

SAGA
TRECE TRONOS



Reo

Jessica Galera Andreu

Reo
Saga
Trece Tronos



Jessica Galera Andreu

jessi-ga.wixsite.com/fantepika

Todos los derechos reservados.
Primera edición: 2019
© Autor: Jessica Galera Andreu
© Portada y contraportada: [DarkWorkX](#)
ISBN: 9781706892175
Sello: Independently published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicatoria

Como siempre hago, le dedico este libro, especialmente, a las personas que luchan por sus sueños, a las que no se rinden, por difícil que sea, a las que perseveran, a las que convierten cada obstáculo y revés en aprendizaje.

Este, además, quiero dedicárselo a Diana Buitrago, que me ha ayudado enormemente en las tareas de corrección, donde yo soy un auténtico desastre. La 'cazadora de espacios'. Mil gracias por tu tiempo y por tu forma de ser.

También a las personas que se han atrevido con Dryadalis (la primera parte de esta saga) y me han transmitido un entusiasmo enorme para poder darle fuerza a Reo.

¡A todas vosotras, GRACIAS!

Índice

- [1 Al borde del abismo](#)
- [2 Cárceles](#)
- [3 Resryon Vakko](#)
- [4 El Muro de la verdad](#)
- [5 Extrañas alianzas](#)
- [6 Puntos débiles](#)
- [7 Una historia olvidada](#)
- [8 Leal](#)
- [9 El rey de Akiteria](#)
- [10 Viejos tratos](#)
- [11 Huidas](#)
- [12 El mundo](#)
- [13 Caronte](#)
- [14 Las mil furias de Akiteria](#)
- [15 Mover el mundo](#)
- [16 Pruebas de sangre](#)
- [17 Las sombras del honor](#)
- [18 Una cárcel de mente y corazón](#)
- [19 El secreto de Akiteria](#)
- [20 Entre rejas](#)
- [21 Hermanos de acero](#)
- [22 Reencuentro con la sangre](#)
- [23 Cicatrices](#)
- [24 Juegos de traición](#)
- [25 Los Cimientos de la Historia](#)
- [26 Secretos y verdades](#)
- [27 Secretos y verdades](#)
- [28 Los Señores del Ocaso](#)
- [29 Una paz imposible](#)
- [30 Sangre sobre secretos](#)
- [Epílogo: Un bando](#)



1 Al borde del abismo

Despertó de un latigazo en su mente, atormentada por los recurrentes monstruos que lo apresaban en el mundo onírico. Después era la realidad la que lo pateaba de regreso a las tinieblas de un sueño intranquilo en el que las pesadillas cobraban vida. Y eso comportaba algo bueno: había logrado dormir después de una semana. Dormir o algo parecido. Pero abrir los ojos por enésima vez lo devolvió a un mundo cruel que destrozó su quebradizo optimismo. El calor era asfixiante y trató de incorporarse. Aquel era el único lugar en Noctia donde brillaba el sol; donde siempre brillaba el sol. Entrecerró los ojos y se encontró sobre una roca de afilados contornos, cuya superficie ardía y le había provocado quemaduras en la cara y en las manos y en el cuerpo. Observó el vacío que se abría a su lado, advirtiendo de una caída, cuyo fin no alcanzaba a atisbarse. Desde abajo ascendía un aire caliente y viciado. Respirar allí se convertía en un lujoso capricho que trató de seguir permitiéndose. Se sentía débil, pero la piedra quemaba y quería salir de allí antes de que la inestable superficie en la que se sostenía acabase por hundirse. El particular sendero hacia la orilla estaba conformado por largos pináculos de roca deformes que emergían desde las profundidades como si fueran los dedos de un monstruo, formando pequeñas plataformas.

Al moverse sintió todos sus huesos doloridos; recordó la paliza de la noche anterior y la forma poco ortodoxa en la que había llegado hasta allí abajo. Un golpe de suerte, sin duda. Hubiera podido seguir precipitándose.

Los muros verticales de Akiteria se alzaban a su alrededor y se sintió como una mosca en una tela de araña. Alzó la mirada hacia el cielo raso y adivinó el vuelo de dos *ósilos*. Los había visto alguna otra vez a lo largo de su vida. Dragones. Ya no quedaban de esas fantásticas criaturas en Noctia, aunque nadie sabía, a ciencia cierta, qué había ocurrido con ellos. Pero los nigromantes habían invertido mucho de su vacío tiempo en dotar de vida a aquellos esqueletos olvidados en las montañas. Parecía imposible que un amasijo de huesos y pellejo putrefacto fuese capaz de sostenerse en el aire, pero así era. No había demasiados porque devolverlos a aquella miserable vida no resultaba sencillo, pero en Akiteria eran requeridos y los nigromantes cobraban muy bien el suministro.

Se llevó la mano a la sangre seca de la sien, quitándose la y se movió sobre aquellas rocas que conformaban un improvisado puente o pasarela sobre el vacío. Al saltar sobre una de ellas, notó cómo se quebraba y buscó otra rápidamente mientras veía precipitarse a la primera. El movimiento producido había captado la atención de uno de los dos *ósilos* que planeaban sobre su cabeza, como buitres esperando un festín. Y se lanzó en picado a por él. El muchacho se apresuró a llegar hasta el lateral de aquel vacío, hacia las paredes, y la bestia refrenó el vuelo, tratando de evitar la colisión. Parecía inexplicable que aquel ser fuese capaz de generar viento con el batir de sus alas, pero lo era y el viento empujó al muchacho, que logró poner el pie en otra de las plataformas. Y después, en otra más y otra. Corrió, jugándose todo al esquivo azar de colocar el

pie en el lugar correcto y al ingenio y la velocidad de rectificar a tiempo si erraba, pero logró alcanzar la meta sin nuevos sobresaltos y resopló con la frente apoyada en la roca.

Los muros de las altísimas tapias eran lisos, como si alguien hubiera pulido su superficie sin haber logrado eliminar del todo su imperfección. Había agujeros salpicando la piedra, celdas de angosta amplitud, donde languidecían aquellos a los que el imperio había sentenciado: una muerte en vida. Una vida infame. En aquellas oquedades atisbó figuras pendientes de sus movimientos, curiosas ante la capacidad del recién llegado para moverse en Akiteria. Su torpeza o ingenio marcaría buena parte de su suerte allí. De pronto se había convertido en el espectáculo de aquellas personas sin raza ni nombre, una vulgar distracción. Lo habían golpeado y torturado de mil maneras diferentes antes de soltarlo al abismo de la prisión. Caer inconsciente había supuesto todo un lujo; hacerlo en un lugar casi inaccesible, una bendición de los dioses oscuros.

Mientras buscaba una forma de alcanzar una de aquellas celdas, distinguió que muchos lo esperaban ya con puñales y dagas que no se molestaban en ocultar. En cuanto se acercase lo suficiente, no dudarían en utilizarlas contra él que, no obstante, no se dejó amedrentar. No podía permanecer ahí, bajo el sol abrasador y la sempiterna amenaza de los *ósilos*. Aquellos que le habían dado la bienvenida, además, le habían hablado de otras amenazas al caer la noche, una noche envuelta en los fogosos rayos de un inquebrantable sol.

Trepó con decisión y sin titubear. Apretó los dientes, tratando de ignorar el dolor y se limitó a buscar los escasos huecos e irregularidades que la pared presentaba. Miró de soslayo y el brillo de una daga delató a su propietario, oculto, seguramente con la intención de sorprenderlo. Se preparó, apoyó bien el pie y se estiró lo suficiente como para saludar al tipo con un puñetazo inesperado que le hizo perder la daga. El muchacho logró agarrar los jirones de la ropa ajada de aquel viejo escuálido, cuyos ojos estaban a punto de salirse de sus cuencas y tiró para precipitarlo al vacío. Su cuerpo se perdió en la nada después de estrellarse contra una de las plataformas de piedra que se erguían abajo, y su grito se apagó súbitamente. El joven se movió hacia el lateral y llegó hasta la angosta gruta que el tipo había ocupado. Aquel espacio le daba para dar cuatro zancadas a lo largo y apenas tres a lo ancho. Había dos recipientes oxidados y una espada larga apoyada en la pared. En el extremo opuesto, una manta arrugada. El olor era rancio e intenso. Estaba demasiado abajo, pero acababa de llegar, tenía hambre y sed, se sentía débil y en aquella jornada daría por bueno aquel agujero, de modo que tomó asiento en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y hundió el rostro entre la manos, extenuado.

Pensar en Adrien le devolvió algo de paz. Habían transcurrido apenas un par de semanas desde la última vez que lo viera y en los veintidós días que había vivido a su lado, había llegado a conocerlo lo suficientemente bien como para saber que aún no se habría repuesto: las mentiras, las medias verdades.

Y pensar en Adrien, también, lo arrastró a una zozobra inquietante, un sentimiento que lo golpeaba hacia otro opuesto en sacudidas dolorosas que lo aturdían. Le había jurado a Moran cumplir con él; si no lo hacía, Adrien pagaría las consecuencias. Los días se desgranaban en una agonía dolorosa y Akiteria amenazaba con ser un escollo demasiado grande. Pero necesitaba salir de allí.

Adrien permanecía sentado al borde de la cama. Aunque la luz que penetraba a través de la ventana era escasa, sus ojos aún trataban de acostumbrarse a ella. El pelo claro se le revolvía,

desordenado, sobre la cabeza y le dio una nueva calada a su cigarrillo. Exhaló el humo con el ceño fruncido y reprimió la tos trepándole por la garganta. Observó la voluta blanquecina que ascendía desdibujándose sobre su cabeza y se preguntó qué hacía fumando. Si ni siquiera le gustaba. Un brazo le rodeó la cintura desnuda, mientras que el otro asomaba sobre su hombro para quitarle el cigarrillo. Chris apoyó la barbilla sobre él y dio una calada; después, le giró la cara para besarlo con unas ganas arrebatadoras sin llegar a expulsar el humo.

—Feliz Navidad —le susurró al apartarse.

Adrien sonrió con pocas ganas.

—Feliz Navidad.

—Esta noche inauguran «Mundo», el nuevo local. ¿Qué te parece si nos pasamos?

Adrien se levantó y empezó a recoger su ropa, esparcida por toda la habitación.

—Paso.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece, Chris.

Christian dio una última calada al cigarrillo y lo apagó, retorciéndolo sobre el cenicero.

—Últimamente estás de un humor insoportable.

—Ya, pues es lo que hay.

Adrien se puso la chaqueta y Chris se incorporó para volver a besarlo.

—Eres un tío insoportable. Pero eres mi tío insoportable y te quiero.

—Tuyo... Eso suena muy posesivo, ¿no? —Chris lo miró sin decir nada y sin soltarse de su cintura—. Fijamos que iríamos poco a poco. No estamos saliendo ni sabemos adónde nos llevará esto.

—Ya lo sé. Te prometí ser paciente y lo cumpliré. ¿Te importa que yo me pase por ese sitio?

—No, haz lo que quieras.

—Eres el mejor.

Adrien asintió y salió de la casa de Chris con rumbo a la suya propia.

0

Al pasar frente a la puerta del salón se encontró con June en el sofá, rodeada de libros y de cuadernos con apuntes. Recogía su rizos en una coleta desenfadada y le dedicó a su hermano una mirada inquisitiva.

—Buenos días —la saludó Adrien desde la puerta.

June no respondió.

—¿Qué pasa, qué he hecho ahora?

—¿No has dormido aquí?

—No. Avisé a mamá anoche, ¿por qué?

June no dijo nada y Adrien exhibió una sonrisa sarcástica al tiempo que cambiaba el peso de su cuerpo y se mantenía en la entrada del salón.

—¿Qué pasa, June? Tengo casi dieciocho años. Creo que estoy facultado para pasar la noche fuera si me viene en gana, ¿no? ¿O tengo que ser un amargado como tú?

La joven se puso en pie y empezó a recoger los libros y apuntes que había esparcido por el salón.

—Supongo que dormir con un gilipollas, si es que acaso habéis dormido, solo puede convertirte en otro gilipollas.

Adrien maldijo para sus adentros y entró en el salón, sujetando a su hermana de la mano con suavidad. Se sentó en el sofá y la sentó sobre su regazo, guardando un largo silencio mientras apoyaba la frente sobre el hombro de June

—Lo siento mucho. Perdóname, por favor. Soy un cretino.

—Echo de menos nuestras charlas sinceras, Adri. Apenas hemos hablado desde... ya sabes, desde que sucedió todo. Y ya sabes lo que creo: esas cosas que no decimos se pudren dentro.

—Tienes toda la razón.

—Mamá y papá no hablaban nunca y al final mira cómo terminaron las cosas.

—Tú y yo no podemos divorciarnos, *lady mandarina*.

June sonrió.

—Pues más nos vale empezar a entendernos porque nuestra relación va para largo, *sir* idiota.

—Me he acostado con Chris. Hemos dormido juntos.

—¿Has vuelto con él?

—No exactamente, pero... ¿cómo me lo quito de la cabeza, June?

—Recordando todas y cada una de las que te ha hecho, Adrien; cómo te dejaba solo mientras aquellos imbéciles te golpeaban y te insultaban; cómo escondía lo vuestro, cómo...

—No me refiero a Christian.

June tardó unos segundos en reaccionar.

—Tayr...

—No se llamaba Tayr —la corrigió él.

—Dios, Adrien, no puedes acostarte con Chris para olvidarte de él. No funcionará, lo sé.

—Yo también. Pero me da igual, June. Estoy en el jodido borde de un abismo y siento que me da igual si me empujan o no. Así lo describió él, ¿sabes? Dijo que al conocerme me vio al borde de la caída y algo en él se rebeló. Pero Tayr ya no está y ya nadie se rebela.

—¡Yo sí me rebelo!

June se apartó y tomó asiento al lado de Adrien.

—¿Nunca te has planteado —empezó a preguntarle— que a veces hay personas que creemos que llegan a nuestras vidas para cumplir con algo, pero que realmente vienen a otra cosa?

—Odio cuando te pones críptica.

—Soy la hija de una feérica.

—Esa frase es mía.

June rio.

—Jódete, ahora es mía. En serio, Adri, puede que Tayr no llegase hasta ti para convertirse en el amor de tu vida; tal vez su único cometido era abrirte los ojos con respecto a Chris, que te valorases, que te dieras cuenta de lo poco que te merece y apartases lo malo. Él mismo te lo pidió antes de irse, que no volvieras con él. No puedes actuar como si todo diera igual.

—Nada de eso consuela. —June notó la voz quebrándose en la garganta de Adrien—. No dejo de pensar en él, no puedo arrancármelo de la cabeza ni tampoco del corazón. Pero no sé nada de él y está en una cárcel de la que no se sale con vida. —Las primeras lágrimas habían empezado a asomar, resbalándose a través de sus mejillas y aclarando sus ojos, con reflejos violáceos—. No quiero que esté ahí ni que le hagan daño. Y es ridículo porque...

—No lo es, Adri.

June tampoco había sido capaz de contener la emoción.

—¿Por qué tengo tan mala suerte, June? ¿Por qué Tayr... o como cojones se llame no puede

ser el hijo de una elfa o una humana o hasta de una marea?

—Adrien, eso no importa.

El muchacho se puso en pie, deshecho y nervioso.

—Mató a un chico, June. A un muchacho de diecisiete años que debía de haber venido hasta aquí y... dijo que había matado muchas veces. Puede que el verdadero Taysr fuese un malnacido, pero ¿acaso tú te atreverías a matarlo por eso? Matar, June.

La joven prolongó su silencio, golpeada primero por la pregunta y después, por los recuerdos. Adrien la miró con el ceño fruncido y se agachó a su lado.

—June...

—Me mordió un vampiro —murmuró ella, con la mirada perdida—, debía permanecer en Ántico hasta que las cosas fueran seguras, pero como humana y como hija de un miembro del Consejo de la Luz, hubiera sido un blanco fácil.

—¿Eres una...?

June se puso en pie como un resorte y se acercó a su hermano. Notó la tensión en su cuerpo y sintió terror ante la idea de generarle miedo.

—No —se apresuró a decir—, ya no. El efecto era reversible y duró apenas unos pocos días, pero... el hambre era desgarradora, Adri. Dolía. La sed era insoportable. Quemaba. Maté.

La expresión conmocionada que había marcado el rostro de June se transformó en una dureza marmórea mientras miraba a su hermano.

—¿Acaso me consideras un monstruo?

0

Abrió los ojos e irguió la cabeza al escuchar un crujido. De nuevo se había quedado dormido y ya iban demasiadas bajadas de guardia, impropias de él. Akiteria no daba tregua y eso lo sabía de sobra. Se mordió el labio inferior, reprimiendo una sonrisa sarcástica. Cómo estaba acusando el tiempo lejos de la Áurea. Allí, los duros entrenamientos le hubieran hecho aguantar días y más días sin pegar ojo y sin embargo, ahora se sentía como un viejo incapaz de mantener la cabeza erguida. Se llevó la mano a los ojos para despejarse y se inclinó ligeramente mirando hacia el exterior. Un hombre llegó hasta su celda con algo de dificultad y mientras accedía, descolgándose, él se preguntó por qué no lo había empujado ya. Su aspecto escuálido y casi enfermizo hacía evidente que debía de llevar tiempo allí, pero no parecía haberse adaptado particularmente bien. Resollaba, mientras se sacudía las manos doloridas y lo escrutaba de arriba a abajo.

—Apenas eres un niño —observó el hombre con la voz rasposa—. No creo que ella vaya a divertirse contigo, en ningún sentido.

Él lo miró, guardando silencio y tratando de calibrarlo. Parecía torpe, pero nunca se había fiado de lo que alguien pareciese. El hombre estaba muy delgado, como todo el que pasase allí más de un mes. Su barba se enredaba en un amasijo de pelo y suciedad ocultando su boca. También su melena gris era un revoltijo de pelo y mugre. Su ropa era apenas un jirón y sobre el pecho llevaba amarrado una especie de atadizo largo anudado al cuello. El hombre caminó despreocupadamente hasta el interior de la celda y valoró los dos recipientes que había allí.

—Los reclamo, en su nombre —farfulló agachado.

Al muchacho le suponía una amenaza tan inexistente que ni siquiera le impidió moverse a sus anchas por allí.

—¿En nombre de quién? —preguntó, hablando por primera vez. Llevaba tantos días sin hacerlo que su propia voz le resultó extraña

—En nombre de Lucille, la reina de Akiteria.

El hombre se puso en pie y lo miró con unos ojos apagados y mortecinos. Alzó el mentón, como si hubiera anunciado algo importante o temible, pero el muchacho solo pudo mirarlo con curiosidad y reprimir la risa.

—¿Este lugar tiene una reina? —preguntó, más divertido que sorprendido. ¿Quién podía proclamarse soberano de un agujero de muerte y podredumbre?

—Así es y tú le debes obediencia, si no quieres morir.

—Si no quiero morir —repitió el joven—. Este es un lugar poco adecuado para querer otra cosa, ¿no te parece?

El hombre sonrió mientras recogía la espada que había apoyada en la pared, al otro lado de la angosta cueva. Su expresión se tornó más cautelosa, convencido de que, si bien al muchacho no le había importado perder dos cachivaches, no sucedería lo mismo con el arma. Pero el joven permaneció en su sitio, inalterable.

El recién llegado sonrió, convencido de que era el miedo el que no le permitía efectuar el menor movimiento. Lo entendía, en parte. Lo compadecía también. Guardó la espada y los recipientes en el interior del pañuelo que llevaba ligado al pecho y lo miró de nuevo.

—La reina exige conocer tu nombre. ¿Cuál es?

El joven se mantuvo en silencio durante unos segundos antes de volver a hablar:

—Reo.

—Reo... —farfulló el hombre, como si se burlase—. Aquí solo eres un puto cadáver.

Caminó hacia la salida y se volteó antes de irse.

—Intenta aguantar por lo menos dos días. Es lo que he apostado.

Después, con la misma torpeza con la que había llegado hasta allí, desapareció.

—¿Y cuál es el premio si ganas? —murmuró Reo para sí.

0

June llevaba un buen rato frente a la puerta del cuarto de Adrien. Era casi ridículo que no se atreviese a entrar. Con su hermano pequeño lo había compartido todo y sin embargo, tras la última confesión que le había hecho, no se había atrevido a volver a cruzarse con él. Llevaba todo el día esquivándolo, evitándolo y eludiéndolo. Tampoco él la había buscado a ella y eso era lo que más la inquietaba. Soltó todo el aire de sus pulmones y llamó a la puerta. Contó hasta tres y entró sin esperar respuesta. Adrien se irguió repentinamente y se arrancó los auriculares que llevaba puestos. Había estado tendido sobre la cama, escuchando música.

—Tenemos que hablar —le soltó June, sin prolegómenos.

—¿Qué pasa?

La joven cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué pasa? Que llevo seis horas torturándome y sin saber qué piensas.

—¿Qué pienso sobre qué?

—Adrien, joder. He matado a una mujer. —Se volteó, convencida de que había gritado

demasiado, pero recordó que Lorna no estaba en casa y continuó hablando—. Y me... aterra pensar que ahora tú me veas como... como a un monstruo. Necesito saber qué piensas.

Adrien esbozó una sonrisa incrédula mientras alzaba una ceja, divertido.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Tú qué crees?

El muchacho se puso en pie y se acercó a su hermana.

—June, no tengo ni idea de lo que pasó en Noctia ni de lo que debe ser vivir allí un solo día. Por lo que contaste, yo no hubiera aguantado ni una hora. ¿Que cómo te veo? Como a June alias *mandarina*, la entrometida con la que puedo hablar de todo, mi consejera, mi amiga, mi hermana. ¿Cómo voy a verte de otro modo?

—¿No te doy miedo? —preguntó ella, ahogando un sollozo.

—No más que antes, idiota. ¿Cómo has podido pensar eso?

—No dijiste nada cuando te conté... bueno, cuando te lo conté.

—No tenía ni la más remota idea. Me quedé en *shock*, no te lo niego, pero jamás podría verte como un monstruo, June.

El muchacho avanzó un paso, abrazándola y ella no pudo más que derrumbarse sobre su propio alivio. Al separarse, la chica había empezado a llorar y se enjugó las lágrimas de forma cuidadosa.

—Me has echado a perder el maquillaje, imbécil.

—Horror... —bromeó Adrien—. ¿Vas a salir?

—Los chicos y yo vamos a ir a ese local nuevo, 'Mundo'. ¿Te vienes?

—No, gracias. Chris ya me ha invitado y lo cierto es que no me apetece.

—¿Vas a comparar su compañía con la mía? —preguntó, ya más recompuesta.

—No, pero...

—Adri, te vendrá bien salir un rato, airearte y desconectar. No puedes seguir pensando en el brujo cañón todo el tiempo.

—Lo llamas así y no ayudas, June.

—Vale, ¿el brujo mentiroso?

El muchacho suspiró profundamente. Sí sentía que necesitaba una tregua, pero no estaba seguro de que fuera a conseguirla en aquel lugar. Sin embargo, miró a June y recordó la expresión asustada que había exhibido hacía solo un momento, el temor a causarle miedo a su propio hermano. Quería demostrarle que no era así y que seguía confiando en ella con la misma fuerza de siempre.

—Vale.

La noche en Luzaria se había transformado por completo. De las sombras que daban albergue a todo tipo de criaturas librando sus propias batallas y cazando a placer, había pasado a una serena y a la vez explosiva amalgama de colores y luz. Las viejas instalaciones eléctricas que alguna vez habían funcionado habían sido reparadas y otras nuevas surtirían a la urbe para potenciar la nueva vida nocturna de la que todos podrían disfrutar.

«Mundo» no quedaba excesivamente lejos de casa, por lo que habían optado por ir andando.

Charlaban de manera distendida mientras se cruzaban a multitud de lúzaros por la calle. El frío que había recibido al nuevo año azotaba con crudeza, pero nada parecía capaz de amedrentar los animosos corazones de elfos, humanos, feéricos e incluso mareas.

Cuando hubieron llegado a la puerta, June refrenó el paso y esperó a su hermano, que había llegado charlando con Lumiel, un simpático elfo de primer año en el instituto con el que compartía el gusto por la música.

—Te veo más animado —le dijo, entrelazando su brazo con el de su hermano.

—Supongo que tenías razón. Me conviene salir un poco.

—Tienes diecisiete años, Adri. Te conviene salir mucho.

La música los recibió a todo volumen y el espectáculo de luz y color emulaba a una Luzaria diferente, liberada. Pero Adrien sabía que eso sería solo un espejismo hasta que las cosas explotasen en Noctia. Después, los noctis serían capaces de tumbar el Muro de Caronte y arrasar con todo, devolviendo la oscuridad a Luzaria. Aquello le recordó que llevaba semanas sin hablar con su padre. June había accedido a visitarlo en alguna que otra ocasión, pero él se había negado. Sentía que necesitaba imponer una prudente distancia con su progenitor, permitir que el rencor y el odio se enfriasen, al menos, hasta convertirse en tolerancia hacia su presencia, pero aquel momento aún no había llegado. Sin embargo, como miembro del Consejo, él debía de estar al tanto de la situación y el muchacho necesitaba conocerla también.

Cuando trató de avanzar entre los cuerpos que bailaban, reían y gritaban animadamente, June se interpuso en su camino.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Me acompañas a la barra?

—¿No íbamos a sentarnos?

—Sí, pero primero...

Adrien alzó la cabeza por encima del hombro de su hermana y atisbó la figura de Christian a lo lejos. No estaba solo y sí muy bien acompañado con un chico al que debía de conocer muy bien, a juzgar por la profundidad y confianza con la que su lengua recorría su boca.

—Adri, sabes que es un imbécil, no... —se interrumpió, guardando silencio ante la sonrisa de Adrien.

—Hace un mes me hubiera muerto viendo eso —confesó el muchacho—. ¿Y sabes en lo único en lo que puedo pensar ahora?

—Te ayudaré a cavar la tumba. Cuando estuve en Estyria caí en una y...

Adrien hizo más amplia su sonrisa y le echó el brazo por encima del hombro a su hermana mientras caminaban, abriéndose paso con dificultad hacia la mesa en la que los demás los esperaban, apartada de la pista de baile.

—En lo único en lo que puedo pensar ahora es en que me muero de envidia, June. Y en que daría lo que fuera porque esos dos fuésemos Tayr y yo.

—Esos dos no tienen nada serio.

—Me da igual si lo tienen o no. Pero están juntos, ahora, besándose. Tal y como están las cosas, ¿qué podría pedir yo?

—¿En serio no te duele?

Adrien negó con la cabeza y June supo que estaba siendo sincero con ella. La joven lo vio tomar asiento junto a Lumiel y un latigazo de culpa la invadió por dentro. Sabía quién era Tayr en realidad por lo que Sara le había contado, y conocer su verdad liberaría a su hermano de esa sensación de estar amando a alguien equivocado.

Pero Akiteria se había llevado al brujo y probablemente no se lo devolviera. Si Adrien estaba

empezando a aceptar la pérdida, guardar silencio sería lo menos doloroso.



2 Cárceles

Construir Akiteria había sido un desafío a los poderes más primarios y elementales de Átraro, nombre que había recibido el Imperio de la Noche hasta que los lúzaros empezaron a referirse a él como Noctia. Nunca había existido prisión como aquella, ni siquiera los desolados páramos de Liverna, donde vagaban los *sombras*, noctis desprovistos de su raza, de su nombre, de su sangre y de su estirpe; noctis desprovistos de su honor. Akiteria no dejaba ni el vacío. La prisión vertical era la muerte de la propia muerte, un mundo en sí mismo diseñado para arrancar las más hondas miserias de la desesperación.

La emperatriz Tanray había ordenado construirla y solo su inesperada inmortalidad le había permitido verla terminada, así como empezar a poblarla con todo aquel que, oponiéndose a su gobierno, fuera capaz de ofrecerle un mínimo de diversión. De lo contrario, una muerte rápida suponía menos riesgos. Una lenta, por contra, prolongaba una vida de rebelión, pero en Akiteria eso no importaba porque de allí nadie salía vivo. Y Reo llevaba horas rebelándose ante esa idea. Probablemente hubiera empezado a hacerlo antes de llegar allí porque si tres meses atrás no tenía ni un solo motivo para luchar, ahora los contaba a manos llenas. Como antiguo general de la *Leggio* había sido el único que en su momento había tenido acceso a los planos de Akiteria. Ningún otro soldado debía conocerlos y aun así, a él mismo se le habían mostrado sesgados. Nunca se sabía si un legionario acabaría en las fauces de aquel agujero mortuorio. El suelo arenoso de la gruta le había permitido dibujar lo poco que recordaba.

Akiteria era una palabra en kraático, la lengua de las emperatrices, un idioma que solo conocían las destinadas a gobernar. Doroyan había optado por que sus tres hijos la aprendieran y a eso le debería ahora buena parte de su suerte. En aquella vieja lengua, el nombre de la prisión significaba «jerarquía». Y así funcionaba todo allí, por lo que tenía entendido: los más fuertes se instalaban en las celdas superiores, donde las amenazas que emergían del incierto vacío no alcanzaban a perjudicarlos. Por contra, los más débiles moraban en celdas inferiores, como la que él estaba ocupando en ese momento.

—En una jerarquía se quiere ascender —murmuraba para sí, mientras repasaba una y otra vez el particular plano trazado en el suelo con su propio dedo—. Pero todos llegamos por arriba y hacia abajo. Aquí el escarmiento es degradarte hasta la muerte.

Un ruido a su espalda lo interrumpió y se puso en pie como un resorte, volteándose. Un hombre lo miraba con sonrisa ladeada y expresión poco amigable. Era más joven que el que lo había visitado horas antes y pese a que debía tratarse de otro preso, su aspecto físico era ostensiblemente mejor que el del viejo.

—La reina me envía, basura —dijo antes de escupir. Llevaba una especie de ramita entre los dientes y el pelo, de un azul desvaído, le cubría un ojo—. Vengo a reclamar tu objeto de más valor.

—No tengo nada —respondió Reo, con serenidad.

El hombre avanzó un paso, al tiempo que hacía moverse la ramita de un lado a otro de sus labios.

—La reina debe ser honrada con una aportación cuando alguien llega a sus dominios.

—Dile a la reina que no creo que se sienta muy honrada con mis calzoncillos, que es lo único de lo que puedo desprenderme en este momento.

El hombre torció la cabeza, como si lo mirase con curiosidad. La risa empezó como una contracción en su garganta y pronto estalló en unas carcajadas sonoras.

—¿Te crees muy gracioso?

—En absoluto. Solo te estoy diciendo que no tengo nada que entregarle a tu reina. Tu amigo vino antes y se lo llevó todo. —Reo extendió los brazos—. Lo que ves es lo que hay.

—Tal vez pueda llevarle tu corazón. Te lo arrancaré con sumo placer

Reo entrecerró los ojos y no le costó adivinar que aquel tipo era un nigromante. A diferencia de él no había sido despojado de la marca de los suyos; si a Liverna solo iban almas sin nombre, Akiteria los aceptaba a todos por igual.

—Prueba —concluyó.

El hombre sonrió y volvió a escupir de nuevo; se sacudió la cabeza con un gesto brusco, apartándose el pelo y dio dos largas zancadas, plantándose ante Reo. Pero antes de que lograra alzar el brazo, el puñetazo del brujo lo hizo volar celda abajo. Caminó despacio y se asomó al abismo para comprobar que del cuerpo de su inesperado visitante no quedaba ni rastro. Alzó la mirada y escrutó figuras asomadas a las celdas superiores, rostros inexpresivos y castigados. Se preguntó cuál sería la celda de aquella que se hacía llamar reina de Akiteria. Resultaba insultante que aquella vanidosa, fuera quien fuese, enviara a tipos tan insignificantes a tratar con él. La parte positiva era que no le habían quitado demasiado tiempo, pues ni de eso disponía. Regresó al fondo de la celda y repasó de nuevo en su mente cada pasillo, puerta y acceso conocido de aquella enorme tumba que era Akiteria.

Las vacaciones de Navidad entraban ya en su cuenta atrás y aquellas fiestas, en concreto, eran difíciles de calificar. Antes de que arrancasen, Adrien las había encarado con la misma desidia de siempre; con la llegada de Tayr había fraguado la ilusión de unas fiestas diferentes y, finalmente, tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, resultaron ser un desastre aún mayor de lo previsto. Sus abuelos habían ido a visitarlos, como de costumbre y se habían instalado en la casa durante los días más señalados. A su padre apenas lo había visto más que para intercambiar con él los correspondientes saludos de rigor y poco más. Cada vez que veía a Ander, recordaba la escena dantesca con la que se topase en la taberna de Moran, el cuerpo pálido y pequeño de Rum agonizando en el mismo callejón en el que Tayr y él habían estado a punto de besarse por primera vez. Las lágrimas de su madre habían fortalecido el rencor y, por último, lo sucedido con Tayr había acabado por sentenciarlo. El brujo se había hecho pasar por alguien que no era, pero el Consejo, con Ander al frente, lo había empujado a todo tipo de mentiras, trampas y patrañas para

culparlo de una situación falsa hasta aquella fatídica noche en su casa en la que él mismo lo había abocado a una confesión que había terminado por condenarlo. Su padre había empezado el trabajo y él lo había terminado, previa traición. Y a pesar de todo, Tayr no le había espetado una mala palabra. Lo había hecho en el apartamento abandonado al que los demonios lo habían arrastrado tras sacarlo de la catedral de Ladasdir, pero Adrien no había tardado en comprender que aquella maniobra del brujo solo tuvo como fin exponerlo a él mismo como alguien de nula importancia para el propio Tayr, pues de lo contrario, los demonios hubieran disfrutado torturándolo para hacer más daño al noctis. Qué idiota había sido.

Cuando llegó a su casa, se detuvo en el umbral de la puerta. Lorna no estaba sola en el salón. La acompañaba Ander y la escena se había tornado ya tan poco habitual que no pudo evitar la sorpresa. La feérica se puso en pie y salió a recibirlo con cariño.

—Hola, Adri. Llevamos un buen rato esperándote.

—Salí con los amigos de June.

—Hola —lo saludó Ander, con una timidez nueva, al tiempo que se ponía en pie. Dio un paso al frente y lo reculó de nuevo, dubitativo ante la forma de dirigirse a su hijo. Finalmente se mantuvo en su sitio.

—¿Y tu hermana? —quiso saber Lorna.

—Dijo que se quedaría un rato más. ¿Qué pasa?

—Tu padre quiere hablar contigo. Es importante.

—Pues tú dirás.

Adrien dejó las llaves sobre la mesa y se quitó la chaqueta mientras miraba a su progenitor.

—La... la noche en que todo explotó —empezó a decir el hombre. Su voz distaba mucho de expresar la firmeza y el temple que siempre la habían caracterizado y ahora era titubeante y temblorosa— el chico juró cumplir algo con el licántropo.

—Ya, ¿y qué?

—El tal Moran dijo que si no cumplía tú pagarías las consecuencias. Pero el brujo está... el chico no está en disposición de cumplir con nada y es previsible que ese tipo venga a por ti. De modo que hasta que tengamos la cosas controladas, vendrás a vivir conmigo.

—¿Qué? —Adrien abrió una sonrisa irónica en sus labios—. ¿A vivir contigo?

—Me marchó a Nova. He pedido el traslado al Consejo allí y me lo han concedido. El tipo te perderá la pista así. No sabemos dónde está él.

—No pienso irme contigo a ninguna parte.

—Tienes diecisiete años. Me temo que lo que quieras en este momento es irrelevante.

Adrien lo miró, sorprendido. Después buscó a Lorna con la mirada. La feérica atestiguaba la conversación más apartada, con los brazos cruzados y un sorprendente ocre envolviendo un aura serena y tranquila.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Tu padre no ha venido a preguntarme, Adrien, sino a informarme.

—Es increíble... —murmuró el muchacho, tratando de contener su ira—. Te desentiendes de tu familia cuando te viene en gana —le reprochó de nuevo a su padre— y cuando vuelve a dártela reapareces para disponer todo como te salga de los cojones, imponiendo tu voluntad.

—Adrien, tu seguridad no es negociable. Si no estuvieras en peligro jamás os pondría en esta situación.

—Metiste a tu hija en Noctia mientras pactabas una guerra con los noctis. Y metiste a un tipo en casa que, se supone era un hijo de puta. Por suerte, el chico era otro. ¿Pero de verdad esperas que alguien crea que te importa nuestra seguridad?

—No me hables así. Hay mil cosas que no entiendes. Estar en el Consejo implica asumir riesgos y tomar decisiones difíciles.

—Eres un mierda y no voy a ir con...

El bofetón de Ander fue más fuerte de lo que había deseado. Lorna avanzó hacia su hijo, mientras este observaba la mano sangrante que se había apartado del labio.

—Lo siento, Adrien. Cariño, perdona.

—No voy a ir contigo a ninguna...

—Adrien estará listo en la fecha que hemos acordado, Ander —lo interrumpió Lorna—. Puedes irte si no tienes nada más que decir.

El hombre asintió.

—Saluda a June de mi parte —zanjó—. Me hubiera gustado verla.

El silencio lo flanqueó hasta la salida y continuó siendo denso e incómodo cuando ya se hubo marchado.

Adrien sintió el calorillo típico de los feéricos cuando sanaban, una de las pocas magias que podían llevar a cabo sin solicitar permiso, y se apartó de un manotazo, molesto también con su madre. Recuperó las llaves y la chaqueta y caminó hacia su habitación, sin llegar a alcanzarla. Lorna lo retuvo antes.

—¿Puedes escucharme? —le preguntó a su hijo, en mitad de la escalera.

—Ya está todo dicho. Os importa una mierda lo que piense yo.

—Si insistías en tu actitud, tu padre se te hubiera llevado ahora mismo. Por el contrario, dispones de una semana de margen para hacer lo que quieras.

Adrien frunció el ceño, desconcertado, y miró la mano de su madre, aferrada todavía a su brazo.

—¿Qué quieres decir?

—Que hagas lo que hagas, yo no te lo impediré. Confío en ti, cariño y en lo que sientes. Sea acertado o erróneo, es tuyo y tienes derecho a vivirlo. Si sale bien, me alegraré. Si sale mal, estaré ahí.

—Mamá...

—Hace días te apremié a moverte antes de que sellasen el Muro de Caronte y no lo hiciste. No era el momento, no estabas preparado.

—¿Quieres que cruce el Muro?

—Quiero que persigas lo que quieres —murmuró la feérica, con la voz quebrada—. Porque si no lo haces serás un desgraciado el resto de tu vida, Adrien.

El muchacho había permanecido de frente por la escalera que ya sorteaba. Se volvió ante las palabras de su madre y le acarició la mejilla.

—Tu aura no ha vuelto a brillar desde la tarde que pasaste con él de compras.

—Odio que puedas percibir eso.

—No puedo evitarlo, Adrien. Es algo inherente a mi naturaleza y te aseguro que, en ocasiones, la mayoría de las veces, resulta aterrador. Porque hay muy pocas personas que emanen una luz blanca y pura, hijo. Y a veces me ahogo entre las tinieblas del mundo.

—Mamá...

—Aquel día descubrí un brillo que solo había visto en ti cuando eras pequeño. Tayr te devolvió el brillo de un niño ilusionado y eso no es algo que pueda ignorar. No quiero ignorarlo.

Adrien le enjugó las lágrimas a su madre. Nunca se había planteado lo que suponía para Lorna ser capaz de conocer el ánimo de la gente. Él mismo lo había tomado como una invasión a su intimidad, pero vivir entre las luces de las personas cuando estas solo destilaban horror debía de

ser agotador. Y sumó culpas a sus culpas por no haber pensado de una forma más generosa en los dones o maldiciones de su madre.

0

Llevaba un buen rato tendido en el arenoso suelo de aquella gruta que hacía las veces de prisión. Resultaba curioso que una cárcel sin celda pudiera apresar de una forma tan asfixiante, pero no podía negarse el efecto que Akiteria generaba en sus desafortunados huéspedes. El techo era una extensión del suelo y de las paredes, como vivir envuelto en roca, un pétreo abrazo que no apretaba, y sin embargo, sí mataba lentamente.

Un fino hilillo de arena le cayó sobre la cara y se irguió, inquieto. Percibió un temblor y al ponerse en pie, un viento caliente, procedente del exterior, le sacudió el pelo y la ropa ajada. Se acercó a la apertura y comprobó que algo se estaba cociendo en las profundidades. Uno de los pináculos que hacía las veces de plataforma se quebró y un intensa columna de humo negro ascendió, implorante, hacia el cielo. Los dos *ósilos* que volaban permanentemente sobre el lugar, rugieron antes de desaparecer al otro lado de un humo irrespirable. Reo calibró sus opciones de trepar hacia arriba si las cosas se ponían feas y, desde luego, era lo que aparentaba. Había un sinfín de celdas sobre su cabeza, pero no tenía idea de lo que podía esperarle en cada una de ellas. En un gesto absurdo abrió y cerró los dedos de la mano, tratando de invocar su brujería, pero no lo lograría. Entrar en Akiteria lo despojaba a uno de todo, incluso de sus más personales dones.

Y cuando el temblor sacudió los muros de nuevo, dio inicio a la escalada. Oyó gritos a uno y otro lado, la piedra quemaba cada vez más, causándole heridas en cada parte de su cuerpo que rozase la pared, pero había aprendido a hacer soportable hasta el más lacerante dolor. Llegó hasta la celda que quedaba sobre la suya y la sobrepasó, convencido de que la altura sería insuficiente allí si las entrañas de aquel mundo dentro del mundo, escupían algo al aire. No asomó nadie desde ella, pero sí lo hizo desde la siguiente, ubicada a su izquierda. Una bota destrozada trataba de pisotearle las manos. Logró hacerlo una vez, pero Reo se obligó a aguantar y seguir ascendiendo. A medida que ganaba altura, los pisotones se convirtieron en patadas en las piernas, en el costado e incluso en la cara. Pero el joven se volteó y soltó el brazo sin llegar a alcanzar a la obesa mujer que había tratado de hacerlo caer. Definitivamente no todo el mundo pasaba hambre en Akiteria, aunque prefirió no preguntarse qué podía acabar comiendo uno cuanto llevaba demasiado tiempo allí; y no era que él mismo no se hubiera visto obligado a ingerir alimentos indeseados durante su larga estancia en Liverna, tierra de sombras.

Pero si algo había aprendido en la vida era que casi siempre las cosas podían empeorar. No le hubiera resultado difícil colarse en la celda de aquella mujer y devolverle los golpes, pero los abismos de aquella prisión endemoniada seguían bramando, el humo se intensificó y en pocos segundos lo acompañó una explosión de lava. Reo ignoró los golpes y apresuró el ascenso tanto como pudo. Rebasó una nueva celda e ignoró al hombre delgaducho que imploraba ayuda. Otra de las cosas que había aprendido a lo largo de sus años entre penurias y miseria era que la supervivencia no tenía compañeros. Miró abajo, alarmado cuando un océano de lava invadió las primeras celdas, entre las que se encontraba la que él mismo había ocupado hasta hacía escasos minutos. Fijó de nuevo la vista arriba y determinó no devolverla abajo. Solo existía el punto al que aferrarse con la mano, el punto al que aferrarse con el pie y la idea clara y determinante de

subir lo más rápido posible el mayor número de metros que fuera capaz. Vio algún cuerpo caer a su derecha, escuchó gritos nuevos a su izquierda y nada importó. Por debajo, otros tantos como él trataban de ganar posiciones, pero al que no le fallaban las fuerzas, lo engullía el magma y durante unos minutos infernales, Akiteria fue aún peor: una muestra del averno más perverso.

Tenía las manos cubiertas de llagas, sentía la piel en carne viva al contacto con la roca, pero no se detuvo hasta que el nivel del fuego líquido dejó de subir y se mantuvo estanco, como un mar de aguas serenas. Apoyó la frente sobre la pared y trató de recuperar el aliento. Alzó de nuevo la cabeza y se fijó la siguiente celda como objetivo por aquel día. Debería seguir ascendiendo, pues estaba seguro de que en aquel nivel, la cárcel aún depararía nuevos horrores, pero necesitaba un descanso y, para su escasa fortuna, la celda estaba desierta. Se arrastró hasta ella, arañándose las rodillas y se dejó caer al suelo, exhausto.

0

Había deseado regresar allí cada día desde que el Muro de Caronte se sellase y, sin embargo, no se había atrevido nunca. Ver los portones cerrados con aquella enorme cadena y la fluctuación de las magias élfica y feérica potenciando el bloqueo lo atenazaba. Aquella era la forma más gráfica de describir su realidad: la vida le planteaba un muro imposible de sortear, de una solidez inquebrantable y sin acceso posible. A un lado: él y sus circunstancias, sus sentimientos, recuerdos y sensaciones. Al otro lado, la única persona capaz de despertar todo aquello y de hacerle creer que el muro no era imposible ni inquebrantable. Por más que lo había intentado, no había conseguido arrancarse a Tayr del alma y después de un tiempo que se le había hecho eterno, se había cansado de intentarlo. ¿Por qué había de hacerlo? Pensar en él le abría esa sonrisa bobalicona de la que luego June se burlaba. Evocar momentos juntos le erizaba el vello. Soñar lo que nunca habían podido vivir, sin embargo, lo derrumbaba por completo. Y vuelta a empezar.

Suspiró hondamente y alzó la mirada hacia el Muro. Al llegar la noche, ya no tañía ninguna campana, acompañando al sonido prolongado del Toque de Queda. Los portones ya no se quejaban al abrirse, dejando a la vista la escalofriante Vía Negra y ningún noctis abandonaba su penumbra para rendir cuentas pendientes en Luzaria. Pero a pesar de eso, las piedras del Muro seguían destilando algo imponente y aterrador. Aunque el silencio ya no fuera nunca el protagonista en el barrio de Nortax, Adrien creyó seguir percibiendo lamentos al otro lado. O tal vez fueran los suyos propios.

Pero no era el Muro lo que había querido ver aquella tarde, si bien se había acercado tanto que no pudo evitar la tentación de visitarlo.

La taberna le generaba sensaciones igual de poderosas. No había cambios desde la última vez que había estado allí. Nadie había regresado a limpiar o recoger nada. Encontró la puerta abierta y cruzó el polvoriento pasillo hasta la sala principal, una estampa inmóvil en el tiempo que lo hizo sentir mareado. Siguió adelante y salió por la puerta, ascendiendo las escaleras que lo llevarían hasta el piso en el que Moran y Rum habían vivido. El licántropo ya no estaba allí; eso le había asegurado su padre, pero tal vez lograrse dar con algo que facilitase su búsqueda. Era cierto que Tayr había hecho un juramento —por su culpa— y que si no cumplía con lo pactado, las cosas podían ponerse feas. Y ni siquiera era que le importase demasiado lo que pudiera pasarle a él mismo, pero con dudas y reticencias, Moran había acabado por ayudarlo y si ahora conocía la situación de Tayr, tal vez volviese a hacerlo, aunque fuera en nombre de aquel misterioso

juramento. Por primera vez, ante la puerta del apartamento, Adrien se preguntó cuándo había decidido interceder de nuevo por el brujo y entonces recordó la conversación que había mantenido con su madre: el brillo de su aura y la única persona capaz de prenderlo. Supuso que ya habría tiempo para dudar y vacilar. Ahora, el reloj corría en contra de todos.

Resopló, al tiempo que empujaba la puerta y encontró el mismo apartamento que aquella noche desesperada en la que había traicionado a Tayr. Los mismos muebles destrozados; la mesa de cristal rota con rastros de su propia sangre; una puerta descolgada de sus goznes; las cortinas arañadas.

Avanzó hasta la habitación de Rum y se detuvo frente a la puerta. Cualquiera cosa que pudiera hablarle del paradero de Moran le serviría, pero entrar allí lo hacía sentir un intruso profanando un lugar sagrado. Después, pensar en Rum le infundió el valor que le faltaba. No habían sido pocas las veces que la licántropa había ayudado a Tayr; al igual que su padre, también con recelos y dudas, pero nunca le había fallado. Era más, ella había sido la primera persona en darse cuenta de lo que estaba naciendo entre ambos. Pensó en la determinación de sus ojos ocre y le resultó fácil imaginarla apremiándolo a entrar en el cuarto y buscar pistas sobre su padre. Y lo hizo. Lo que no había esperado encontrar era a su hermana June, que se volvió y lo miró tan sorprendida como él mismo.



3 Resryon Vakko

Abrió los ojos alertado por un impacto que había sonado demasiado cerca. El dolor había conquistado cada parte de su cuerpo como si fuese un reino abandonado al que solo las peores sensaciones podían reclamar, incapaz de dar albergue a nada remotamente parecido a la vida. O tal vez sí: muerto no dolería, pero anhelar aquello lo espoleó. Tenía mil cosas por las que luchar. Sacó fuerzas de flaqueza y se puso en pie ante la presencia de dos hombres que le doblaban el tamaño. Licántropos, con toda seguridad. Durante toda su vida, estos habían sido amigos; siempre los había visto así y en ocasiones olvidaba que sus años de vida en Liverna habían distorsionado la realidad en la que había crecido, algo que se potenciaba en el micromundo que era Akiteria: allí no había amigos. Allí no había nada.

—Permítenos presentarnos —dijo uno de ellos. Su apariencia era la de un bárbaro: Manos enormes, barba espesa y larga melena grisácea. Su piel debía de haberse convertido en algo parecido a la roca hacía ya mucho tiempo. Mostraba un torso poco definido, pero duro en apariencia y sobre su hombro sostenía un palo de madera—. Él es «Tu-Peor» y yo soy «Pesadilla». Venimos a honrarte con...

—Déjate de idioteces y ve al grano —lo interrumpió el otro, asestándole un golpe en el pecho con el dorso de la mano. Era igual de alto que su gracioso compañero, otra columna de roca con el cabello algo más corto y oscuro. A diferencia del primero de ellos, el brillo en sus ojos negros hablaba de hastío y hartazgo, mientras que el otro dibujaba en su rostro una mueca jocosa mezclada con aires de superioridad.

«Pesadilla» le cedió el madero a su compañero y avanzó unos pocos pasos, llegando a empujar a Reo con el hombro para hincar la rodilla al fondo de la gruta. Solo entonces el muchacho se dio cuenta de que había algo allí, una especie de fardo raído con algún tipo de contenido en su interior.

«Tu-Peor» siguió hablando y atrajo de nuevo la atención de Reo.

—Somos recolectores —le explicó—. Cuando Akiteria vomita, nosotros limpiamos...

—¿Para qué le explicas nada? —lo interrumpió «Pesadilla»—. Pronto será un cadáver y a los cadáveres no les interesa nada. Reserva saliva y fuerza. Aquí siempre hacen falta.

—El chico tiene derecho. A la reina le gustan los buenos modales —repuso el otro—. Todo cuanto hay en este sitio le pertenece a ella, así que cuando las celdas quedan vacías, le llevamos lo que encontramos.

—Y cuando no también —añadió «Pesadilla», con una carcajada—. Eh, mira lo que tiene este cabronazo.

Se puso en pie y mostró lo que parecía un trozo de carne que no hubiera comido ni la mascota de una rusalka. Y sin embargo, Reo sintió que salivaba.

—Tenías comida —observó «Tu-Peor»—. Y no informaste. La comida es para la reina y su corte.

—Matémoslo —sugirió «Pesadilla»—. Al fin y al cabo, si no lo hacemos nosotros, ella lo hará. Créeme, hijo de puta, agradecerás que nos adelantemos.

—Tal vez deberíamos dejárselo a ella. ¿Sabes cuál es su método favorito? —le preguntó «Tu-Peor»?—. Atar al sentenciado con los brazos en alto y abrirlo en canal. Solemos establecer una competición para ver cuánto tiempo dura con vida un noctis con el cuerpo abierto y los órganos aún funcionando.

—La diversión en Akiteria es un preciado tesoro. El récord está en doce minutos, ¿te acuerdas? Lo de aquella bruja fue apoteósico.

—Este duraría menos, es un crío —sentenció «Tu-Peor», cubriendo a Reo con una mirada de desprecio—. Mávalo.

«Pesadilla» sonrió mientras se relamía los labios reseco y devolvió la carne al fardo. Se acercó al muchacho y, sin más prolegómenos, le lanzó un puño que se estampó en la roca de la gruta cuando Reo se movió para esquivarlo. La sonrisa sarcástica voló lejos del rictus de «Pesadilla», que asió al joven de la pechera antes de recibir un golpe sin saber, siquiera, desde dónde le había llegado. Reo lo empujó y su espalda golpeó en la pared opuesta.

—Llévadle ese trozo de mierda a vuestra reina y largaos —exclamó el chico.

«Pesadilla» miró a «Tu-Peor», incrédulo, y este último se acercó a Reo lanzando el grueso madero que llevaba al hombro. El brujo detuvo el golpe con el antebrazo y le arrancó aquel arma improvisada para partírsela en la cabeza al licántropo. Este cayó al suelo, entre espasmos y una sangrante herida abierta en su frente. Después, Reo le propinó una patada que acabó con el hombre volando hacia el abismo de lava. El nivel descendía poco a poco, pero aún podía confundirse, fácilmente, con un lago de fuego. «Pesadilla» tragó saliva, enfurecido, y dio inicio a la transformación. Pero Reo no le dio tiempo a completarla y lanzó de nuevo el madero contra él. El tipo lo apartó de un manotazo y alcanzó a agarrar a Reo, cuya camisa, ya destrozada, acabó por ser un pedazo de tela inexistente y teñido, nuevamente, de la sangre fresca que le emanaba del pecho. El joven brujo se agachó y soltó un golpe letal en el estómago del hombre, que reculó y emitió un sonido ahogado. Sus facciones eran las de un animal deforme, a medias entre el humano y el lobo, incompleto en una y otra faceta. Buscó de nuevo alcanzar a Reo y soltarle un zarpazo con la mano que ya era garra, pero él se la asió antes y la torció, propiciando un crujido escalofriante que hizo que el monstruo sacudiera la cabeza y lo estampase con furia en el suelo.

Reo gateó entre las piernas del licántropo y lo agarró del pelaje que había empezado a aparecer en su espalda. Gritó, mientras lo empujaba para enviarlo también hacia la lava, pero «Pesadilla» se echó al suelo y se aferró a él, que a punto estuvo de ser arrastrado. Reo extendió el brazo para hacerse con el madero y le golpeó repetidas veces en la mano hasta aplastársela y lograr, así, que lo soltase para perderse también entre el fuego líquido. Resollaba y sumaba una nueva herida a las infinitas que punteaban su cuerpo. Dejó caer la frente en el suelo y murmuró:

—Dulces sueños.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —quiso saber June.

Le había costado horrores ser capaz de articular palabra, pero cuando lo logró solo pudo dar libertad a su más absoluta estupefacción.

—¿Yo? —exclamó Adrien—. ¿Qué estás haciendo tú?

June se colocó los rizos detrás de la oreja mientras paseaba la vista por la habitación, perfectamente ordenada y totalmente discordante con el resto del piso.

—Este es el apartamento de una amiga y...

—Este era el apartamento de un licántropo... y de su hija —la interrumpió el muchacho. Entrecerró los ojos y miró a su hermana—. ¿Conocías a Rum?

June negó con la cabeza.

—Solo mediante fotos y descripciones. Conozco a su madre. ¿Y tú, la conocías?

—Hablé con Rum un par o tres de veces, igual que con su padre.

—¿Su padre? ¿Conoces a Moran Tropps? ¿Lo has visto alguna vez?

Adrien alzó una ceja, desconcertado ante el hecho de que también su hermana supiera, cuanto menos, su nombre.

—Moran es el licántropo que estuvo en casa aquella noche, June.

Su hermana era una de las personas más expresivas que conocía y aquella tarde había demostrado sobradamente el porqué. Del susto inicial había pasado a una serenidad casi sorprendente y por último, se movía ahora en una inquietud nueva y aterrada. Avanzó despacio hacia Adrien y tragó saliva con dificultad.

—¿Moran es el tipo que quiso matar a papá?

—Papá mandó matar a Rum —confesó con tristeza—, no a ella directamente, pero sí a todos los clientes de la taberna que Moran tenía aquí en Luzaria, incluida ella.

—Entonces él es...

—El tipo al que juré que Tayr cumpliría con lo que quisiera. El mismo en cuyas manos puse mi vida. Necesito encontrarlo. Nos ayudó un par de veces y quiero pensar que lo haría una tercera si conociera la situación en la que...

—El tipo no está en Luzaria. —June hablaba sin mirar a Adrien. Su vista se había perdido en la nada, como si hilvanase ideas o como si las digiriese—. Sarah me dijo que había ido a despedirse de ella antes de que sellasen el Muro. Regresó a Noctia.

—Entonces la cosa está jodida, June. Pero... si es su mujer, tal vez tenga alguna forma de contactar con él, ¿no? Llévame hasta la tal Sarah.

—¿Para qué quieres contactar con él si quería verte muerto?

—Ante todo y sobre todo lo que quería era ver cumplido lo que fuese que Tayr le juró. Pero si no se entera de la situación en la que él está, entonces solo creará que le mentimos y ahí sí quizás opte por arrancarme la cabeza.

—Joder, Adri. Tiene que haber otra forma. Sarah no quiere saber nada más de él; a decir verdad, nunca ha querido saberlo desde que supo lo que él era.

—¿Un licántropo?

—Se lo ocultó cuando se conocieron. Luego ella quedó embarazada y fue cuando Moran se lo confesó. Sarah nunca se lo perdonó. Cuando Rum nació no quiso saber nada de ella, pero el instinto de madre fue más fuerte y un día le pidió conocerla. Ya no fue capaz de volver a apartarse de su lado aunque Rum prefería vivir con su padre.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Cuándo conociste a Sarah?

—Eso es algo irrelevante.

June se movió a través de la habitación y abrió un cajón para sacar de él toda la ropa de Rum y guardarla, después, en una bolsa de deporte que había traído consigo y que permanecía abierta

en la que había sido la cama de la licántropa.

—¿Adónde vas con eso?

—Sarah quiere tener las cosas de Rum —le explicó ella, mientras se movía por el cuarto, recolectando los enseres de la joven—. Lo último que desea es que todo se quede aquí cuando lo echen abajo.

—June, si no encuentro a Moran papá me llevará a vivir con él a Nova.

Su hermana se detuvo y lo miró, con las manos aún cargadas de ropa.

—¿Qué idiotez es esa?

—La que se le ha pasado por la cabeza a nuestro padre. Estuvo en casa hace un par de días. Cree que Moran volverá a reclamarme cuando Tayr no cumpla lo que le juró y pretende ponerme a salvo en Nova. Se marcha en dos semanas, según me dijo mamá.

—¿Y si tiene razón?

—¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? No pienso largarme a ningún sitio.

June dejó la ropa sobre la cama y se acercó despacio a su hermano, suspirando.

—¿Esto va solo de salvar tu pescuezo... o también de salvar el de tu amado? Porque eso es imposible, Adri.

Adrien tragó saliva y le dedicó una mirada suplicante que fue también una elocuente respuesta. La posibilidad de sacar a Tayr de Akiteria era tan remota como disparatada, pero había alcanzado a colarse en su cabeza y amenazaba con tomar fuerza, insuflada por los ánimos de su propia madre.

—Sarah no querrá recurrir a Moran —murmuró June.

—Déjame intentarlo. Por favor.

0

Reo aún conservaba en su boca el repugnante sabor de aquella carne. Su breve estancia en Luzaria había sido un espejismo también en la parcela gastronómica, pero había pasado mucho tiempo en Liverna comiendo dudosos manjares como aquel y bebiendo agua sucia. No dejaba de resultar curioso lo fácilmente que uno se acostumbraba a lo bueno y los arduos esfuerzos que exigía regresar a lo malo. Había decidido mantenerse ocupado para espantar otro tipo de pensamientos y llevaba ya un buen rato valorando todo lo que había en aquel fardo. No tenía ni la menor idea de quién había podido ocupar aquella celda, pero fuera quien fuese, había ofrecido un combate más que digno a Akiteria. No debía de seguir con vida, puesto que nadie en su sano juicio hubiera abandonado allí aquellas herramientas improvisadas; ni siquiera aquella asquerosa carne. Luego dudó sobre si alguien podía mantenerse cuerdo en un sitio como aquel. A buen seguro, aquella pobre alma había logrado prolongar su agonía allí gracias a aquellos útiles.

Observó el arco que había encontrado y el par de flechas que quedaban. Era todo de fabricación manual y, a buen seguro, mucho menos efectivo que cualquier fantástica arma de la Áurea; incluso los útiles de entrenamiento de la Praes, la legión de formación, serían mucho mejores, y aunque la enésima lección del manual de supervivencia prescribiera que ningún arma es desechable —mucho menos en Akiteria—, ni siquiera lo tocó. Las saetas llevaban una larga y fina cuerda atadas a su parte posterior, con el fin de poder recuperarlas. Reo imaginó que aquello debía de cumplir con dos funciones: la primera era capturar lo que fuese que se hubiera podido cazar con ellas; la segunda, no perder las propias flechas, que a pesar de su sencillez no debía de

resultar fácil fabricarlas.

Renunció a ellas definitivamente y ató el fardo con fuerza, echándoselo a la espalda con el objetivo de seguir trepando. Necesitaba subir lo más rápido posible por aquella prisión vertical y era plenamente consciente de que cada día que pasaba jugaba en su contra. Nunca el tiempo había resultado una losa de semejante envergadura, pero no solo Adrien corría peligro si no lograba advertir a Moran, sino también Ottana si se decidía a meterse en la boca del lobo para reclamar su trono.

No llegó a dar un solo paso al frente antes de encontrarse con tres figuras ante él. Suspiró hondamente, hastiado ante aquella estampa que se repetía una y otra vez. Luchar no solo le restaba fuerzas, sino también ese tiempo convertido en fina arena escurriéndose entre sus dedos.

Bastó un vistazo rápido para saber lo que eran: dos demonios y una vampira.

—Oíd, ¿de verdad esto os compensa? —preguntó. Era ridículo pensar que podía convencerlos de ese modo; indigno, casi, pero la dignidad era también una virtud que podía jugarse en Akiteria —. Todos necesitamos aquí nuestra fuerza y no...

La vampira sonrió mientras torcía la cabeza y le mostraba sus largos colmillos. Hizo un gesto con la mano y Reo comprendió que daba la orden a los otros dos, de modo que soltó el fardo y se preparó para encarar una nueva pelea. Uno de los demonios se lanzó a por él y trató de golpearlo. Lo logró, con una rapidez sorprendente y solo al salir del aturdimiento, el joven brujo comprendió que había sido el otro el que lo había hecho. Lanzó la mano del revés y el bofetón que le asestó al que lo había golpeado le hizo girar la cara. Se agachó y dio media vuelta, propiciando que los demonios estuvieran a punto de golpearse entre ellos, pero había uno más rápido y letal que se detuvo. Reo lo captó al vuelo. Buena parte de su entrenamiento en la Praes había consistido en calibrar la valía del rival, su velocidad, su fuerza, aunque para eso necesitase dejarse golpear unas cuantas veces, cediendo el control del combate. Era algo que no se le había dado especialmente bien. Con apenas trece años había sido un crío orgulloso, diestro con la espada, letal con la daga, certero con el arco. Nada se le resistía y detestaba perder. Tomaba cada golpe recibido como una humillación y aunque la desobediencia ahí le había costado numerosos castigos, se había granjeado una reputación sin igual que lo acompañó durante su primer año en la Aes, su único año en la Argentum y sus dos al frente de la Áurea, la más temida, respetada y letal legión de Átraro. La misma que llegó a liderar con dieciocho años. Qué lejos quedaba ese tiempo. El discurrir del mismo le había enseñado a soltar orgullo y ganar pragmatismo y qué útil había sido eso. Recibió un cabezazo descomunal en el rostro que le hizo sangrar nariz, labio y pómulo. Ni siquiera lo había visto venir y supuso que estaba perdiendo facultades. El hambre, la sed, el sueño, el cansancio, la herida en el pecho. No ayudaban, pero el crío orgulloso que una vez fue emergía, abofeteándose a sí mismo por aquellas excusas. Su puño voló contra el rostro del demonio y la espalda de este se estampó con la pared, desprendiendo piedrecillas de su techo. Fueron segundos de turbación y Reo rascó oro con ellos. Agarró al demonio de la pechera y lo arrastró, pegado aún a la pared, hasta hacerlo volar hacia abajo. No hubo tiempo para congratularse; nunca lo había si el combate no había acabado y alzó el brazo a tiempo para detener al otro demonio. Este efectuó un movimiento brusco y el brazo de Reo crujió de manera escalofriante. El demonio no lo soltó y lo empujó contra la pared, tirándole del pelo con fuerza. La vampira se unió a la fiesta y hundió sus colmillos en el cuello desnudo de Reo, que apretó los dientes aguantando el envite. Reunió fuerzas de donde no las tenía y se apartó de la pared, haciendo caer a la vampira y agarrando al demonio con la otra mano. Soltó un arañazo rabioso en su rostro, que a punto estuvo de arrancarle los ojos al demonio. Este se cubrió la cara con las manos y Reo le propinó una patada en el estómago que lo envió tras los pasos de su congénere. La

vampira se puso en pie, siseando y mostrando sus colmillos. Aún había sangre en las comisuras de sus labios, la misma que el joven brujo sentía corriendo sobre su cuello, deslizándose hacia su pecho. La agarró del pelo y aguantó la embestida de la mujer, cegada por la sed y el aroma embriagador de la sangre. Golpeó su cabeza contra la roca y después la sostuvo del rostro girando su cuello en un crujido letal. El empujón hacia el vacío rubricó el final y Reo maldijo mientras se dejaba caer en el suelo, solicitándole descanso. Necesitaba irse ya.

0

June había estacionado el vehículo en uno de los escasos huecos que dejaban las largas hileras de coches en la zona céntrica de la ciudad. Golpeó al que los precedía y al que los seguía para hacer algo más amplio el angosto aparcamiento y le sonrió a su hermano mientras bajaba del coche.

—June *mandarina*, abriéndose paso en la jungla de estacionamiento, eh.

—Son unos malnacidos aparcando. Un solo coche se come el espacio de dos. Que se jodan.

Adrien le devolvió la sonrisa mientras caminaban, cruzando la calzada entre los vehículos que circulaban a una velocidad casi temeraria. El barrio de Viutah era uno de los más modestos de Luzaria. Allí los edificios no eran tan altos como en el núcleo ni las fachadas desprendían el mismo esplendor, pero tampoco podía considerarse que el sitio estuviera descuidado. A medida que avanzaban, los nervios en el estómago de Adrien se acrecentaban. Cargaba con una de las dos bolsas de deporte que June había llenado con las pertenencias de Rum y no tenía ni la más remota idea de cómo podría tomarse la mujer que su hermana lo llevase hasta allí con ella. Pero estaba decidido a intentarlo.

Accedieron a un portal sin llamar y subieron por la escalera al comprobar que alguien estaba ya utilizando el ascensor. Por suerte, Sarah vivía en el tercer piso y el trayecto no les exigió demasiado, a pesar de lo cual June llegó resollando.

—Te haces vieja, *mandarina* —espetó Adrien. No sonreía. No podía hacerlo, pero se sentía tan tenso que necesitaba romper aquella horrible sensación con cualquier estupidez.

La joven hizo una mueca burlona y llamó al timbre.

—Mi bolsa pesa más que la tuya, enano.

—Ya...

Pocos segundos más tarde, asomó a la puerta una mujer de mediana edad y expresión fatigada. Recogía su cabello castaño en una coleta y escrutó a Adrien con desconfianza sin abrir por completo.

—Hola, Sarah —la saludó June—. Te presento a mi hermano Adrien. Me ha acompañado a recoger las cosas de Rum. Había bastantes y...

—Si necesitabas ayuda, podías habérmelo dicho —respondió Sarah con dureza—. Hubiera recurrido a otros.

La mujer avanzó unos pocos pasos y recogió la bolsa que June llevaba colgada a la espalda. Sus ojos oscuros y apagados, sin embargo, se centraban en Adrien todo el tiempo. El muchacho percibió en torno a ella, un aura oscura y debilitada, como si estuviera enferma.

—A decir verdad... —quiso excusarse June.

—Quiero hablar con usted.

Adrien le cedió también la bolsa que llevaba al tiempo que interrumpía a su hermana.

—¿Hablar? No tengo nada que hablar contigo.

—Conozco a su marido y...

Sarah se coló de regreso en casa y trató de cerrar la puerta, pero Adrien se lo impidió, sosteniéndola.

—No tengo ningún marido y...

—Quiero hablar con usted sobre Moran y no pienso irme hasta haberlo hecho.

—Adrien, cálmate.

—¿Por qué lo traes aquí? —espetó Sarah, nerviosa—. Sabes que no quiero hablar con nadie, no quiero ver a nadie y...

Soltó la puerta y corrió hacia el interior del apartamento. Adrien entró también y se detuvo en el recibidor mientras veía a la mujer pegar la espalda a la pared, como un animal asustado. June lo siguió y cerró con calma. Colocó la mano sobre el antebrazo de su hermano y avanzó despacio hacia Sarah.

—Sé que no quieres que nadie te moleste, pero lo que Adrien tiene que decirte es importante. Sabes que si no, no lo habría hecho. Nos conocemos desde hace tiempo, Sarah. Soy tu amiga.

Las palabras de June parecieron tener un efecto tranquilizador en la mujer, que colocó una de las bolsas sobre la mesa, deslizó la cremallera con cuidado y extrajo una de las chaquetas de Rum. La prenda de ropa desmoronó por completo el color oscuro en el aura de Sarah, llegando a palidecer hasta hacerse imperceptible. Rompió a llorar y June la abrazó ante la mirada culpable de Adrien.

—Lo siento —murmuró.

Su voz apenas había llegado a oírse, pero resultó suficiente para que Sarah se apartase de June, asintiendo.

—Te pido que escuches a Adrien —dijo la chica, con un hilo de voz—. Después, te juro que no volveremos a molestarte más. Sabes que no lo haría si no creyera que...

—Está bien.

Sarah se enjugó las lágrimas que en un momento habían cubierto su rostro. El aura oscura volvió a envolverla, mientras le dedicaba una sonrisa forzada a Adrien.

—Lamento haber sido tan brusco —se disculpó él.

—No, está bien. Siéntate, ¿quieres?

El apartamento no era demasiado grande, o al menos, no lo parecía. Adrien tomó asiento a la mesa, mientras June se apoyaba sobre el alféizar de la ventana que quedaba justo detrás, con los brazos cruzados.

Sarah se había ausentado apenas unos pocos segundos y regresó desde un pasillo oscuro y angosto con un refresco que colocó sobre la mesa con cuidado. Adrien se percató de que le temblaban las manos.

—No tengo otra cosa —se disculpó.

—Está bien, Sarah —la tranquilizó el muchacho—. Esto está genial, de veras.

June le acarició el hombro a la mujer mientras tomaba asiento frente a su hermano y fijaba la mirada sobre el mantel cuadrado que cubría la mesa.

—Tú dirás.

—Se trata de Moran y el chico noctis que llegó durante la Conmuta.

Sarah alzó la mirada y Adrien no pudo dejar de sentirse impactado por el desolador vacío que los embargaba. La mirada de Sarah era la de alguien que lo había perdido todo. Y supuso que era normal, con la muerte de su hija.

—¿Qué pasa con ellos?

—El chico, Tayr; bueno... en realidad no se llamaba así, pero... El caso es que Moran parecía muy interesado en obtener un compromiso por parte de él; no sé en referencia a qué. Y fui yo quien le aseguré que cumpliría con ello, fuese lo que fuera.

El ceño de Sarah se frunció, desconcertada ante aquella explicación. Aquella fue la primera vez que Adrien detectó en ella algo distinto a la nada que, por momentos, la convertía en un fantasma.

—¿Tú, por qué?

—Desesperación. Necesitaba que Moran lo ayudase. Lo habían capturado por mi culpa. Moran dijo que accedería solo si obtenía ese juramento y yo se lo di. Tayr se vio obligado a hacer lo mismo. Pero ahora él está en las prisiones de Akiteria y no podrá cumplir en el plazo en el que Moran le dio. Necesito que tu marido...

—Exmarido —lo corrigió Sarah con dureza.

—Exmarido. Necesito que tu exmarido lo sepa. Necesito hablar con él.

—A mi hermano se le pasa un detalle sin importancia —intervino June con rapidez—. Le dijo a Moran que si el chico no cumplía con su juramento, podía matarlo a él. No quisiera que eso llegara a darse.

Sarah miró a la chica, con calma, y devolvió su atención a Adrien. Hubo un silencio largo y extraño. El baile de auras estaba empezando a marear al muchacho. El color oscuro de Sarah se mezclaba con un rojo que no supo identificar y, lo más llamativo de todo: el dorado de su hermana se había tornado marrón, casi rojizo también. Adrien miró a June de soslayo y devolvió la atención a Sarah, pero las palabras de esta no se dirigieron a él, sino a su hermana.

—No le has dicho quién es, ¿no?

Adrien se volvió y miró a June, desconcertado.

—No —confirmó ella.

Sarah asintió mientras sus dedos se movían despacio sobre el mantel, como si juguetease con los hilillos de este.

—¿A qué te refieres? —preguntó Adrien, nervioso—. ¿Qué es lo que no me ha dicho?

—Hablas de Tayr, pero ese chico no era Tayr —le explicó Sarah con tranquilidad—. Es algo que no ha trascendido en los medios, pero Moran me lo explicó.

—Es cierto —corroboró Adrien—. Se hizo pasar por ese tal Tayr, pero no era él.

—El chico que estaba en tu casa es Resryon Vakko, el hijo de Doroyan, último emperador legítimo de Ántico.

En aquel momento sintió como si las auras dejasen de irradiar luz o tal vez él hubiera dejado de percibir las. Resultaba todo un alivio y al mismo tiempo era como si el mundo se hubiera fundido en una negrura absurda y asfixiante.

—¿Qué? —fue lo único que acertó a preguntar. Necesitaba una confirmación que lo sacase del error. Aquello era absurdo. Tayr le había dicho que su misión en Luzaria era recuperar la Vara de Paxia para proteger a la emperatriz legítima. ¿Cómo iba a serlo él?

—Hace cinco años, la actual emperatriz, Liatli Hassul mató a la familia de Doroyan: a su hija mayor, Ascya; al marido de esta y a él mismo. —La voz de June le llegaba dese un universo lejano y distante. La captó como solía hacerlo cuando era más pequeño y su hermana se colaba en cuarto para contarle algún cuento que lo ayudase a dormir en aquellas noches oscuras que aterraban a todo niño. No acertó a moverse mientras seguía escuchándola, pero no podía ser ella quien le contase aquello. Y sin embargo, lo era—. Por alguna razón, Resryon y Ottana sobrevivieron, así como la sobrina de ambos, hija de Ascya, que era solo un bebé.

»Ottana debía de haber ascendido al trono tras aquello, pero no se atrevió y eso obligó a Resryon a dar un paso al frente y asumir él el gobierno de Ántico, abandonando el liderazgo de las legiones. Les tendieron una trampa y él acabó en Liverna, convertido en un sombra. De ella no se había vuelto a saber nada más, así que Liatli ocupó el trono. Y así pasaron cinco años hasta que Ottana regresó a Ántico con la intención de recuperar su lugar y Resryon reapareció en Luzaria con la idea de hacerse con la Vara.

—Moran era el general de la Argentum —añadió Sarah con voz cansada. Adrien sí pudo mirarla entre el velo entelado que le dejaban las lágrimas apelmazadas en sus ojos—. La Legión de Plata, formada por licántropos, siempre fue leal a Doroyan. Moran era su amigo. Por eso cuando Resryon decidió aceptar su destierro como sombra y vagar por los páramos de Liverna sin reclamar el trono ni venganza, Moran se sintió traicionado, sintió que el chico le fallaba a su padre y a su stirpe. Le hizo la cruz y juró profesarle el más absoluto desprecio.

—Moran... —fue lo único que logró pronunciar Adrien.

—Moran se fue cuando todo este escándalo estalló —le siguió explicando Sarah—. Vino a despedirse y a decirme que el hijo del emperador había vuelto y que había aceptado luchar por recuperarlo todo, que él estaría a su lado. Siempre fue su gran obsesión; por encima de mí e incluso de Rum.

Adrien cerró los puños y las lágrimas se descolgaron por sus mejillas con todo el peso que le caía sobre las espaldas. Sintió la mano de June sobre su hombro y ese fue un peso que no quiso soportar, de modo que se puso en pie y desapareció de allí, ignorando la llamada de su hermana.



4 El Muro de la verdad

Una mano de los dioses. Estas eran tan escasas que uno no podía permitirse el lujo de guardarles rencor pese al abandono, las burlas, los juegos. Y, por contra, había de asirla para seguir avanzando en ese peculiar camino de inescrutables pasos. Nunca había sido demasiado devoto de las cinco diosas. Había vivido el suficiente tiempo entre sangre y sufrimiento como para creer que, si de verdad existían, no era mucho lo que había de agradecerles. Su padre, por contra, sí había invertido tiempo y esfuerzo en contentarlas. Había organizado rituales con ofrendas que hubieran satisfecho hasta a la más exigente divinidad; las fiestas habían durado días y más días en honor a ellas. Cada calle de Ántico era un homenaje a una de las cinco, sus bustos y estatuas estaban por todas partes, desde pequeñas fontanas hasta los montes de Sinergly, que se habían tallado, por completo, con la imagen de las cinco. Y sin embargo, su complaciente padre estaba muerto. También era cierto que Doroyan no había vivido lo mismo que él. Ascendió joven al trono, sustituyendo a su hermana fallecida y renunciando a las armas, lejos del campo de batalla. Nunca viviría los horrores que lo habían curtido a él, nunca tatuaría en su retina las imágenes de la más desgarradora desolación. Todo aquello sustentaba al imperio y verlo caer no le había resultado extraño, pues eran cimientos quebradizos.

Reo había pasado la mañana ascendiendo en la verticalidad de Akiteria y las manos, llenas de ampollas y quemaduras, se le antojaban piedra. Ni siquiera era capaz de cerrar los dedos, pero aquel ungüento milagroso había calmado el dolor y no podía dejar de maravillarse de la destreza que uno llegaba a conseguir en las condiciones de vida más penosas. No sabía quién habría logrado elaborar aquello ni con qué ingredientes. En esa prisión endemoniada, no había nombres ni identidades, solo pequeños legados, la mayoría de los cuales estarían destinados a caer en el olvido, por muy heroicos que resultasen, pero él había logrado recolectar unos cuantos de las distintas celdas que había ido dejando atrás; todas vacías, y no podía negar que le habían servido bien. Honraría a sus creadores con algún altar o busto, si pudiera darles un nombre. Y eso lo hizo pensar en él mismo: sin nombre, sin identidad, sin honor concedido. Y sin embargo, pensaba dejarse el alma por alcanzar algo. Tal vez no fuera tan necesario todo aquello, al menos no más que la voluntad de lograr sus propósitos. Ningún aire mejor para respirar que las causas pendientes, pensó, y ninguna identidad mejor o más necesaria que la del que quiere llevarlas a cabo.

Aún quedaba un mundo sobre su cabeza si quería seguir ascendiendo en la peculiar jerarquía de Akiteria, pero estaba satisfecho con lo logrado hasta el momento. Y sin recibir más visitas inesperadas. Hasta entonces.

Estaba agachado en el interior de su nueva celda, cuando una joven vampira llegó hasta allí. Surcaba su rostro el mismo cansancio que todos, la misma fría indiferencia que acababa traspasando al alma más caritativa en aquel pozo de piedra y pérdida. Pero Reo no se movió.

—Me llamo Tínessly —anunció ella con altivez—. Traigo información privilegiada: el rey

vendrá a verte en persona. La reina está... disgustada con tus últimas acciones. La has privado de valiosos nombres.

—¿Valiosos nombres? Solo han venido a verme su corte de bufones.

Tínessly alzó una ceja, sorprendida ante la serena soberbia que desprendía aquel joven.

—Ten cuidado —anunció—. Con esa actitud aquí puede irte muy mal... o muy bien —sentenció antes de irse.

La visita había sido breve y, al menos, no le había exigido una nueva pelea, pero la vampira había anunciado la llegada del rey y aunque llevaba rato pensando que todos allí estaban absolutamente locos por referirse a Akiteria como una corte, temía que el consorte de aquella dudosa mandataria sería una pieza dura de roer, al menos más de lo que lo habían sido los demás. Ahuecó el fardo con el que había cargado durante todo el día y se tumbó, apoyando la cabeza sobre él. Necesitaría descansar.

0

Era casi mediodía cuando June se levantó con la cabeza embotada. La noche anterior había salido con sus amigas; apenas habían sido un par de horas tomando refrescos y charlando distendidamente, disfrutando del cielo nocturno de Luzaria, algo tan longevo y a la vez tan nuevo para ellos. Pero acostumbrarse al jolgorio lúzar, repleto de luz y color, de sonido y movimiento no iba a resultar tan sencillo como había previsto. De pronto, era como si la ciudad de la luz hubiera creado un enorme escudo contra todo aquello de lo que había sido privada durante largos años, y June no estaba segura de que eso le agradase. Había llegado a acostumbrarse al silencio profundo de la noche, tan hondo que casi podía uno perderse en él. Siempre había sentido fascinación por Noctia y sus criaturas. Aquello que a otros asustaba, a ella le generaba regocijo y curiosidad. Ciertamente era que una vez allí las cosas habían sido diferentes, pero, transcurridas varias semanas de su estancia en el Imperio de la Noche, una indómita nostalgia había empezado a apoderarse de ella. Había pensado en Eugenne, en aquel beso arrancado a las entrañas de la noche que, de pronto, había quedado flotando en un universo extraño sin que nadie lo reclamase como propio. Había pensado en Elain y, cómo no, había pensado en Ottana.

Después de marcharse de la casa de Sarah, había comprobado que Adrien se había ido por su cuenta y que no había regresado a casa cuando ella llegó. Conocía lo suficientemente bien a su hermano como para saber que necesitaría tiempo y distancia para digerir todo aquello que había sabido la tarde anterior, pero ardía en deseos de hablar con él y no pensaba seguir postergando la espera. Lorna debía de estar trabajando y al muchacho lo encontró poniéndose la chaqueta y abandonando el salón.

—¿Vas a salir? —quiso saber.

Adrien le dedicó una mirada asesina y recogió las llaves que había sobre la mesa con dirección a la puerta de salida.

—Adrien —insistió June—, sé que estás enfadado, pero quiero decirte algo.

El muchacho salió a la calle y ella lo siguió. Estaba en pijama y la mañana era fría, pero no pensaba dejar las cosas como estaban; menos aún por la obstinada testarudez de su hermano pequeño.

—¿Vas a escucharme?

Adrien abrió la portezuela del coche, pero no llegó a entrar antes de que June lo agarrase del

brazo, impidiéndoselo.

—Adri, esto es infantil, ridículo e impropio de ti.

—No me dijiste nada —le espetó al final él. Dio un tirón de su brazo y se liberó del agarre de su hermana. Su mirada era un hielo nuevo y June reculó cuando distinguió que los reflejos violeta habían ganado una inusitada fuerza en los iris de Adrien—. Sabías quién era Tayr y te callaste.

—Lo supe hace pocos días, cuando Sarah me lo contó. No tenía ni idea mientras él estuvo aquí, te lo habría dicho en vez de vivir muerta de miedo por lo que ese Tayr podía llegar a hacerte.

Adrien golpeó el techo del coche y se volvió, furioso.

—¡Maldita sea, June! Primero matan a su familia; después le tienden una trampa y lo desposeen de todo para enviarlo a vivir a Liverna, donde pasa nada menos que cinco años. Y cuando viene aquí, luchando por seguir adelante, lo convierten en cabeza de turco de las intrigas de los putos Consejos, lo sentencian y lo envían a Akiteria a morir.

—Ya lo sé —se atrevió a decir ella.

—Y yo he sido cómplice en todo.

—Tú no sabías nada de eso; nadie lo sabía, de hecho. Es decir, el Consejo de la Luz no tiene ni idea de lo que pasó en Ántico hace cinco años, estoy segura. ¿Crees que no hubieran parado las Conmutas? Si querían romper la Ley Común ahí tenían una fantástica excusa.

Adrien se pasó las manos por el pelo y June se acercó ante su gesto abatido.

—No han hecho más que hacerle daño, June. Se fijó en mí, vio en mí algo especial y yo lo dejé solo. Otra vez. Hice lo mismo que han hecho todos con él. Lo vendí, lo traicioné, lo engañé.

June sostuvo a Adrien de la cara, obligándolo a mirarla. Lloraba, lágrimas de rabia e impotencia contra sí mismo, esencialmente.

—No seas tan duro contigo. Tú no tuviste la culpa de nada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —volvió a preguntar, con la voz rota.

—Porque te conozco, Adri. Mírate ahora mismo. Si aceptabas las cosas como eran y te limitabas a dejarlo ir, acabarías superándolo. No puedes sacarlo de Akiteria. Nadie puede.

Adrien resopló y June apartó sus manos de sus mejillas empapadas.

—No voy a dejar las cosas así. Si el Consejo sabe lo que pasó, lo ayudarán. No pueden ignorar todo esto. No pueden dejar impune el asesinato de su familia ni hacer como si nada y condenarlo en esa cárcel.

—El Consejo ya tiene lo que quería.

—Pues me van a oír.

Entró en el coche y cerró con un fuerte portazo. June iba en pijama, pero sabía que su hermano no la esperaría, de modo que rodeó el vehículo y subió a su lado. Adrien la miró con el ceño fruncido.

—Estás jodidamente loco y no va a servir de nada, pero voy contigo.

Por suerte, aparcar en La Sede no conllevaba los mismos quebraderos de cabeza que hacerlo en el resto de la ciudad, al menos si uno era familiar de un miembro del Consejo de la Luz o trabajaba allí. La conducción de Adrien había sido la habitual en él en momentos de tensión y June había dudado entre soldar el cinturón de seguridad o saltar antes de que fuera demasiado tarde,

pero por suerte, no se habían dado consecuencias que lamentar. Bajó en el p rking privado y el ruido de la portezuela cerrándose fue el bramido que augur  la tormenta.

—Adrien, si no te tranquilizas no te dejarán cruzar la puerta.

A June le estaba costando seguirle el paso. Trataba de agarrarlo sin que eso supusiera el más mínimo contratiempo en su avance y de hecho, la joven fue incapaz de tenerlo frente a frente hasta que hubieron alcanzado el ascensor.

—Oye, he hablado con Sarah —aprovech  para decirle—. Le pedí que llamase a Moran. Tal y como ella misma nos dijo, el tipo está en Noctia, pero es un licántropo y existen formas de que ella pueda contactar con él sin que nadie se entere. Vendrá y podremos hablar.

— Crees que me ayudar  con... Resryon?

Sonrió al pronunciar aquel nombre, el auténtico nombre del brujo.

—No lo he llamado por eso, sino por ti. Eres tú quien me preocupa.

— Y él no?  No te importa que una persona inocente se est  pudriendo en una cárcel de mala muerte?

—Por supuesto que me preocupa y lo lamento, pero no puedo...

Las compuertas del ascensor se abrieron en ese momento y Adrien lo abandonó como una embestida sin atender a las palabras de su hermana, que solo pudo resoplar y lamentar el aspecto que el espejo del ascensor le devolvía. Se soltó la pinza que recogía su cabello y se lo atus  con las manos en un intento de que su pijama de perritos no fuera lo más llamativo. Resultaría inútil.

Corrió tras los pasos de su hermano, que encandilaba al portero, el señor Ackles, con una cautivadora sonrisa. El feérico se la devolvió y agitó las alas, desprendiendo un polvillo brillante que hizo estornudar a June.

Alcanzó al fin a su hermano cuando este doblaba hacia el pasillo en el mostrador de recepción. La mujer que atendía all  se puso en pie y trat  de detenerlo, pero Adrien llegó hasta la sala de reuniones antes de que pudiera hacerlo. Abrió, sin llamar a la puerta y top  de lleno con los siete rostros de los siete miembros del Consejo mirándolos, a su hermana y a él. Su padre permanecía de pie al otro lado de la enorme mesa ovalada con el brazo de Gillian Novak apoyado sobre su hombro. El hombre efectuó un sutil movimiento para apartarse y a la mujer no pareció molestarle excesivamente.

—Señores —se disculpó la recepcionista—, lo siento. No he podido...

—Est  bien, Madeleine —respondió Ander—. Puedes irte.

La mujer obedeció, cerrando la puerta tras de s .

— Qu  est is haciendo aquí? —volvió a decir el padre de los muchachos—.  Qu  forma de presentaros es esta?

—Bonito pijama, June —dijo Gillian, antes de dejarse caer sobre su silla.

Adrien abrió la boca con la mirada clavada en la mujer y June temió que aquello pudiera acabar todavía peor de lo que ya lo haría. Se adelantó, anticipándose a su hermano y tratando de evitar un altercado mayor.

—Adrien y yo queremos hablar con vosotros. Sabemos algo que puede ser importante.

— Tan importante como para que no pueda esperar? —insistió Ander.

—Tan importante como para que el Consejo de la Luz deba saberlo ahora mismo —intervino al fin Adrien.

—Hijo, no...

— Por qué no dejamos que los muchachos hablen?

La suave voz de Edran Oxon aportó algo de serenidad al momento y por un instante Adrien temió caer presa de la fascinación que sus alas generaban en él, ocasionado que olvidase todo lo

demás. Pero ni las más hermosas alas de un feérico eclipsarían el verde azulado de unos ojos que amenaza con apagarse en un encierro cruel y despiadado.

—La actual emperatriz de Ántico mató a la familia del legítimo emperador para ocupar su lugar —soltó sin más.

Hubo un cruce de miradas, los rictus sorprendidos ante la irrupción de los muchachos, dejaron paso a una estupefacción y una incredulidad aún mayores.

—¿Qué demonios estás diciendo? —preguntó Aines Drasla, única elfa del Consejo y madre de Azra, cuya desaparición, la noche de la Nut, había prendido todas las alarmas y vertido más basura sobre Tayr, pese a que la joven elfa apareciera horas más tarde, encerrada en la azotea como consecuencia del apagón, que había bloqueado la puerta.

Adrien se movió por la sala con paso veloz y rodeó la mesa, dirigiéndose hacia su padre.

—Una de las exigencias del Consejo para establecer la Ley Común con los noctis, fue la paz entre ellos, pero os estoy diciendo que la mujer que hoy pone el culo en el trono de Ántico mató al entonces emperador y a una de sus hijas; lo intentó con los otros dos. Uno de ellos estuvo aquí, en mi casa, con motivo de la Conmuta, vino a ayudar a su familia de algún modo y lo condenasteis. Es injusto a todas luces y exijo que lo saquéis de Akiteria.

—No sé de dónde sacas todo eso, pero el chico mató al joven que había de llegar para la Conmuta, Tayr Liberthon. —La voz que respondía con sosiego a las palabras de Adrien era la de Darthic Maslo, un marea—. Además, ocupó de manera ilegal un apartamento en Altum. No es ningún santo.

—¿Ocupar un apartamento se paga con Akiteria? —exclamó Adrien, furioso.

—También mató a un chico, ya te lo hemos explicado, Adrien.

La parsimonia de Gillian lo encendía. Atestiguar la indolencia con la que tomaba la mera presencia de los hijos de Ander resultaba ya suficientemente exasperante. Si además lo trataba como a un niño caprichoso e idiota, la cosa solo podía empeorar Adrien miró a June y esta negó con la cabeza.

—¿No vais a hacer nada, entonces? —preguntó.

—Los noctis nos han declarado la guerra. —Adrien se volvió ante una nueva voz, la única que podía empeorar aquella mañana catastrófica, la de Gasgun Andersen—. Era absurdo pensar que después de que sellásemos el Muro se quedarían de brazos cruzados y, ciertamente, no lo harán. No podemos ni debemos intervenir en sus asuntos; si han encerrado a ese tipo, evidentemente no es nuestro problema.

—Fue el Consejo de la Luz —espetó June—, de acuerdo con el de Nix quien decretó su culpabilidad. ¿Cómo no va a ser vuestro problema?

—No lo es —volvió a responder Gasgun con una risa nerviosa que esperaba apoyo en algún otro miembro del Consejo.

—¿Y quién cojones te ha pedido opinión? —le escupió Adrien.

Gasgun acentuó su sonrisa, pero la tensión era tan evidente en su cuerpo que Adrien acabó pensando que explotaría.

—Bueno, soy un miembro del Consejo y tú querías contarle esto al Consejo, ¿no?

—Me refería a alguien que pintase algo, no a un estirado de mierda que no sirve ni para decorar.

June caminó hacia su hermano y se aferró a su brazo, como si temiera que, en cualquier momento, el muchacho pudiera lanzarse a la yugular de alguien.

—Adrien, estás siendo muy maleducado —le dijo su padre.

—¿Por qué? ¿Porque le digo al maniquí la verdad? También podría hacerlo con tu jodida

amante o con la puta marea que solo pisa la ciudad cuando hay comilona en el Consejo. O quizás a la señora madre de la elfa fantasma.

—¡ADRIEN! —bramó su padre, encarándose con él.

Dorthic, el único marea en la sala, se irguió como un resorte, con la cara roja de indignación.

—Me parece bochornoso, Ander. ¿A qué clase de salvaje has criado?

—No es el chico más educado del mundo, desde luego —observó Gillian—, aunque supongo que es corregible.

—Adri, vámonos.

June tiró de su brazo y logró arrastrarlo unos pocos pasos, pero no acallarlo.

—Estáis todos podridos. Puede que un día el Consejo de la Luz velase por la paz entre lúzaros y noctis, puede que la Ley Común se hiciera en beneficio de unos y otros, que todos cedierais en favor de la convivencia. Pero os habéis convertido en una panda de malnacidos capaces de condenar a un chico inocente para alimentar vuestra guerra de mierda.

June había dejado de tirar y la estampa se convirtió en hielo, hasta la temperatura parecía haber descendido mientras todos miraban a Adrien, con el rostro desencajado. Y si alguien se movía bien en la frialdad esa era Gillian Novak. Se puso en pie y se acercó al muchacho.

—Sé que entre ese chico y tú hubo algo, Adrien y entiendo cómo funcionan estos... amores de juventud, pero te estás equivocando, cariño.

Trató de acariciarle la mejilla y Adrien la apartó de un manotazo. Alzó la vista y clavó sus ojos furiosos en su padre.

—¿No hay ni una mísera parcela de mi intimidad que hayas respetado en mi vida? ¿Se lo cuentas todo en la cama?

Ander le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Papá! —gritó June, furiosa—. Podéis iros todos a la mierda —sollozó.

Tiró del brazo de su hermano, pero ninguno de los dos llegó a salir de allí. Edran Oxon se puso en pie y meció suavemente sus alas, impidiéndoles el paso. Los miró, lanzándoles una disculpa mientras ayudaba a Hilmagenta a levantarse.

—Creo que nos iría bien un descanso, señores —apuntó la feérica—. El asunto que tratamos es de extrema gravedad y no nos conviene estar nerviosos. Reanudaremos la reunión dentro de una hora.

Oxon abrió la puerta y Hilmagenta fue la primera en abandonar la sala. El feérico se mantuvo inmóvil, invitando a June y Adrien a seguirla y, por último, fue él mismo quien salió antes de cerrar a su espalda.

—Seguidnos —ordenó.

Su tono fue tajante, pero a pesar de eso, los feéricos conseguían que una orden suya pareciera una petición y en ese momento, tanto Adrien como June lo agradecieron. Ninguno de los dos había estado jamás en un despacho que no fuera el de su padre, y el de Hilmagenta les resultó tan fascinante como surrealista. Una hermosa cascada se descolgaba hacia el lateral de la puerta y varios árboles de tronco rechoncho flanqueaban los costados. La mesa de Hilmagenta quedaba envuelta de preciosas enredaderas en flor.

—Es increíble —exclamó June, olvidando su mal humor.

—Por favor, tomad asiento —les indicó Edran, que aguardaba aún bajo el umbral de la puerta. Cerró, mientras ellos avanzaban para sentarse en las tupidas sillas que quedaban frente a la mesa, también cubiertas de hojas que desprendían una hermosa fragancia. Era como si la primavera que quedaba aún tan lejos se hubiera desplegado en toda su magnitud allí dentro. Hilmagenta había tomado asiento en su sitio, mientras que Edran se mantuvo en pie a su lado. La mujer profirió un

hondo suspiro antes de empezar a hablar.

—Se necesita mucho valor para hacer lo que habéis hecho hoy —dijo—. Plantaros ante la máxima autoridad de Luzaria y decirnos... unas cuantas verdades.

—Aun así, no piensan hacer nada —respondió June.

Adrien se había hundido en la silla y no solo porque esta fuese excesivamente mullida, sino porque aún estaba de mal humor y no tenía muy claro que aquel encuentro con la feérica fuese a servir de algo.

—El Consejo conocía lo sucedido —intervino Edran—. Me temo que no habéis traído ninguna novedad.

—¿Qué? —Las palabras de Edran habían sido lo único capaz de erguir a Adrien—. ¿Lo sabíais? ¿Y no se hizo nada?

—Era una situación compleja de gestionar —volvió a decir Hilmagenta—. Doroyan Vakko siguió con lo que en su día estableció su ancestro, Listhy Vakko, la hija de Tanray. Tratados que intentaban ofrecer buenas condiciones de vida a las *terras* anexionadas, pero que no dejaban de ser conquistas.

»Pensamos que, tal vez, Liatli Hassul podía traer algo distinto y que la sangre del emperador y su familia, bien podían valer el cambio, aunque suene duro.

—Al principio creímos todo el asunto de la enfermedad del emperador Doroyan —continuó Edran. Por momentos, June y Adrien se sentían como en un partido de tenis con la información que uno y otra les proporcionaban—. Más tarde supimos la verdad sobre la usurpación del trono, pero si las cosas se serenaban con Liatli, pensamos que el cambio podía merecer la pena. Ella no había movido ficha aún en ningún sentido. No había reiniciado ninguna campaña de conquistas ni derramado más sangre que la del emperador y su familia. Si las cosas seguían así, tal vez el cambio mereciera la pena.

—¿Y los hijos de Doroyan? —exclamó Adrien, visiblemente nervioso. Se adelantó sobre su silla y se agarró a los reposabrazos con tal fuerza que sus dedos se tornaron blancos—. ¿Qué culpa tenían ellos?

—Ellos hubieran continuado con el legado de su padre —respondió Edran—. Ascyra, la hija mayor, de hecho, estaba preparando su ascenso al trono, puesto que su padre estaba enfermo. Resryon, el hijo mediano, era el general de las tres legiones, un chico con apenas dieciocho años que había logrado convertirse en una leyenda. Jamás los ejércitos habían visto nada igual. Era un crío y se había granjeado el respeto de los hombres más veteranos. *El conquistador*, lo llamaban algunos; *el hijo de Aztabuth* —un demonio de arena que aterraba en las leyendas del este—; *el guerrero dorado*, *asesino de tierras*, capaz de hacer sangrar al mismo suelo, o *Satgeiffun*, que en los dialectos del norte significaba *niño de sangre*. Eran algunos de los nombres con los que sus enemigos lo conocían. Con dieciocho años —remarcó—. En cuanto a Ottana, la más pequeña de los tres, solo hubiera ascendido al trono si a Ascyra le hubiera ocurrido algo. Noctia clamaba por algo de paz y Liatli aseguró traerla.

—Pero nos equivocamos.

Adrien se puso en pie y apartó las lianas que se descolgaban a su espalda con la intención de abandonar el lugar. Cada cosa que oía lo crispaba más y se sentía incapaz de seguir escuchando a aquel par de feéricos que le relataban con una tranquilidad impropia las fechorías del Consejo.

—Adrien, espera. —Hilmagenta se puso en pie y extendió el brazo, bloqueando la puerta que Adrien no logró abrir por más que lo intentó. Se detuvo y golpeó la madera, furioso, pero sin llegar a voltearse—. Soy una feérica y ese aura roja e incendiada me dice lo suficiente de ti. Pero también soy la más poderosa de Luzaria y hay algo más que me hace saber lo que estás dispuesto a

llevar a cabo. Quiero ayudarte.

El joven se volvió, sin moverse de su sitio mientras Hilmagenta se aceraba. June lo miró y reconoció en sus ojos esa rabia y esa impotencia que arrastraban a su impulsivo hermano en tantas ocasiones.

La feérica llegó junto a él y extendió la mano, ofreciéndole un papel plegado.

—Si lo haces, necesitarás esto.

—¿Qué es?

June se acercó y Edran hizo lo propio, situándose al lado de Hilmagenta.

—Atalanta Breaker —leyó Adrien—. Telasia e indicaciones en un mapa. No entiendo...

—Atalanta es mi hermana. Vive en Telasia y ahí es donde podrás encontrarla. No menosprecies su ayuda.

—Telasia es una *terra* de Noctia —repuso June—. ¿Para qué va a querer Adrien...? —Miró a su hermano, interrumpiéndose y los ojos violáceos de este se fijaron en Hilmagenta, ignorando a su hermana—. Dime que no —le pidió June.

—No puedo hacer otra cosa —admitió el joven—. El Consejo no hará nada y yo no puedo dejarlo allí.

—Adri, por dios. No puedes sacarlo de Akiteria. Además, se avecina una guerra; será más cruda aún en Noctia.

—Me da igual, June. Él se la jugó por su familia y todos lo han abandonado. Yo no haré lo mismo.

—Pero...

—No vas a convencerme. —Con algo de dificultad se remangó y le mostró el tatuaje, la marca que el joven brujo le había dibujado en la catedral de Ladasdir la misma noche en que él lo traicionó. Seguía intacto—. Lo que no te lleva por delante te hace más fuerte —recordó—. ¿Por qué quiere ayudarme ahora? —le preguntó a Hilmagenta.

—Porque creo que es una forma de resarcir el mal que hemos hecho. Pensamos que Liatli Hassul podía traer la paz que deseábamos para Noctia, pero no fue así. Esa mujer no solo aspira a las trece *terras*, sino también a Luzaria.

—¿Por qué su hermana vive en Telasia? —acertó a preguntar June—. Es *terra* de brujos y brujas

—Hubo un tiempo en el que las razas no podían mezclarse —explicó Hilmagenta. Edran le ofreció su brazo para que se apoyara—. La Ley lo permitió más adelante, pero mi madre no esperó. De su idilio con un brujo, nacimos Atalanta y yo. Un extraño caso. Siempre los descendientes entre dos razas poseyeron un gen dominante y solo en muy extraños y contados casos esto no fue así. Sobra decir que todas las prohibiciones al respecto llevaron a mi madre a poner a su otra hija a salvo, entregándosela a mi padre. Mis progenitores fueron ejecutados. Por fortuna, mi hermana y yo logramos vivir y mantener el contacto, aunque en muy contadas ocasiones. Si decides cruzar el Muro, búscala. Atalanta podrá ayudarte.



5 Extrañas alianzas

Se irguió como un resorte, con los ojos entrecerrados y chascó la lengua. Hacía mucho tiempo que había aprendido a calibrar los sonidos de su entorno, a convertirlos en señales que advertían y a los que nunca había que ignorar. Ni siquiera en Luzaria había sido capaz de apartarlos y hasta lo más cotidiano y banal había supuesto para él un sobresalto. Se apartó el pelo ondulado de los ojos y fijó su atención en la entrada de la gruta. Poco a poco las sombras difusas que el implacable sol ondulaba en el horizonte, tomaron forma presentando a una figura bien proporcionada. El rey de Akiteria. Adivinaba un pelo algo más corto que el suyo, desordenado sobre su cabeza y, especialmente, alguien a quien aquel infierno había tratado bastante bien, según parecía. El hombre dio un paso adelante, convirtiendo las sombras en una realidad tangible que los dejó clavados en sus respectivos lugares. Reo hubiera apostado todo aquello que una vez había sido su imperio sin miedo a perderlo asegurando que jamás lo encontraría allí, pero la voluntad retorcida de las diosas no entendía de límites. El hombre avanzó un par de pasos más sin dejar de mirarlo y Reo sonrió, apartando la vista de él.

—No me digas que no es gracioso esto —le dijo.

—Es evidente que no llevas aquí el tiempo necesario como para perder la capacidad de reír.

—No, eso seguro. Pero no da la impresión de que Akiteria os trate mal, majestad —añadió con sorna—. Parece que tú también puedes reír.

El recién llegado se rascó la cabeza castaña, visiblemente incómodo.

—Supongo que el orgullo te puede, como siempre fue. Estás llamando demasiado la atención.

—¿Estás preocupado por mí, Zarik?

Notó tensión acumulándose en el cuerpo de su visitante. Tal vez había sido la pronunciación de su nombre. No era nuevo en sus labios, pero las sensaciones eran muy distintas y la mezcla de las nuevas con las viejas generaban un regusto desagradable. Sin embargo, a la tensión inicial la siguió una relajación algo más forzada y también Zarik sonrió.

—Nunca necesitaste quien se preocupase por ti. Es más, te molestaba despertar preocupación como si solo fueras un crío, ¿no? Odiabas que te corrigieran sin...

—¿Se aburrió de ti? —lo interrumpió Reo—. ¿O no hiciste lo suficiente por ella? Dime, ¿por qué acabaste aquí?

—Cinco años, Resryon. ¿O debería decir Reo? ¿Qué importan ya los porqués?

—Sí, supongo que tienes razón. ¿Y entonces qué? ¿Has venido a pelear conmigo?

—No, por el momento. Y supongo que me tocará pedir turno si se enteran de quién eres. Una letra en tu nombre y pasas de ser un simple don nadie al tipo más detestado del mundo. Sabes bien cuánto odio generó la Vakkó, esencialmente tú. No puedes esconderte detrás de un nombre falso. A la reina le va a encantar.

—Oh, la reina... ¿Te has casado? ¿Sin invitarme?

—Deja las bromas ya.

—Estoy en Akiteria, poca broma. Pero desde que he llegado aquí no han dejado de visitarme locos que se presentan como miembros de la corte de la reina. Hasta ahora solo han venido bufones; espero que su majestad empiece a tomarme en serio. Por lo pronto, me ha enviado al rey consorte; algo es algo.

—Algo... Podría destrozarte con los ojos cerrados.

—No me cabe ninguna duda. Tienes experiencia en eso.

Las palabras de Resryon habían logrado el efecto deseado y no pudo negar que aquello le sorprendía tanto como le alegraba. Akiteria endurecía, sí, pero al parecer, algunos de sus moradores llegaban allí con grietas por las que los escrúpulos alcanzaban a colarse. Detectó la amargura en el rostro de Zarik que, no obstante, se recompuso rápidamente.

—Si pretendes darme lástima, lo llevas muy jodido. Solo tienes lo que mereces.

—Oh, lástima —murmuró con sorna—. He vivido durante cinco años en Liverna y ahora estoy aquí, en Akiteria, llamando la atención de la todopoderosa reina que me envía a su rey. Más que lástima me parece una advertencia.

—Piensa lo que te dé la gana, pero te aseguro que antes de lo que crees habrás perdido las ganas de bromear.

Zarik dio media vuelta y se detuvo de espaldas a la salida. El viento agitaba sus ropajes, algo menos ajados que los de aquellos a lo que Resryon había visto hasta el momento.

—Por cierto —añadió ya sin mirarlo—, cuida tus puntos débiles. Lucille los encuentra todos.

—¿Crees ser uno de ellos?

Zarik le dedicó una última mirada antes de desaparecer de allí y, por contra, la vista de Resryon se fijó en su propio antebrazo.

0

June tomó asiento sobre el alféizar de la ventana y trató de aparentar una calma que no sentía. Llevaba todo el día haciéndolo en aras de transmitirle eso mismo a su hermano, pero la joven olvidaba con frecuencia que Adrien captaba la esencia de las auras que envolvían a la gente. La suya no lograría sino delatar su estado de nerviosismo, mientras él daba paseos de un lado a otro.

Sarah caminó hacia la puerta de su apartamento cuando el timbre sonó y la figura de Moran se mantuvo inmóvil al otro lado. Había en su rostro algo nuevo, una expresión que Adrien no había visto hasta entonces. A Moran lo había conocido furioso, muy furioso, y había llegado a encontrarlo abatido, pero la timidez que exhibía aquella tarde era nueva y reveladora del respeto que Sarah despertaba en él; probablemente fuera algo más, pero los mil quebraderos de cabeza no le habían permitido a Adrien preguntarle a June por la relación actual entre ambos. Habían sido pareja, eso estaba claro, pero aparentemente las cosas no habían ido bien entre los dos. Un noctis y una luzara. Prefirió no pensar en ello.

Moran entró en el apartamento cuando Sarah se lo indicó y su mirada no tardó en fijarse en Adrien y en June; en él de manera especial. Su ceño se arrugó y el aura gris del licántropo se

modificó, oscureciéndose, pero nada más en su expresión delató cambio alguno.

—Creo que sobran las presentaciones —dijo Sarah con calma—. O bueno, tal vez... June es la hermana de Adrien.

—La humana de la Conmuta —le aclaró la interpelada.

Moran asintió de manera apenas perceptible.

—El chico quiere hablar contigo —señaló de nuevo Sarah—. ¿Me acompañas, June? Será bueno que hablen solos.

La petición no le agradó especialmente a la muchacha que, sin embargo, acabó claudicando ante la muda petición de su hermano. Las dos desaparecieron a través del pasillo que quedaba a mano izquierda, y el silencio tras de sí fue largo y tenso.

—Gracias por venir —murmuró Adrien.

—Vine porque Sarah me llamó.

—Yo sé lo pedí.

—Ya lo sé.

—Escucha, es sobre Tayr... Resryon —se corrigió.

Más allá de la evidente acritud que Adrien despertaba en Moran, la expresión del licántropo no había evidenciado nada aquella tarde al llegar. Hasta entonces. La gravedad fue una máscara nueva y sincera y la tensión en su cuerpo se hizo evidente en la forma de apretar los puños.

—¿Él te reveló su identidad?

—No, no fue él. Él no pudo decirme nada más después de que... se lo llevaran.

Moran asintió con calma, pero seguía estando nervioso y no se molestó demasiado en ocultarlo.

—Saldrá de Liverna, pues —dijo—. Lo juró y sabe dónde lo esperaré. Si no...

—No está en Liverna —lo interrumpió Adrien—. Está en Akiteria. Fue culpa mía.

Furioso, abatido y retraído. Empezaba a coleccionar las expresiones de Moran, pero no hubiera sabido cómo calificar aquella. El licántropo palideció y hasta Adrien tuvo la sensación de que trastabillaba, de que se hacía más grande, y hasta de que iba a acometer la transformación y arrancarle el pescuezo.

—Akiteria —susurró—. Imposible.

—Vino aquí para...

—Sé para qué vino aquí. Lo que quiero saber es por qué ha acabado allí.

—Confesó su objetivo ante el Consejo de Nix. Le recriminé haberme mentado, se lo reproché, lo presioné y exploté. Lo acusan de ir contra la emperatriz Liatli, pero yo sé que ella no es la legítima propietaria del trono de Ántico y estoy dispuesto a hacer lo que sea para restablecer las cosas y redimir el daño.

Moran se llevó una mano a la frente y caminó a través del apartamento. Llegó hasta un mueble en el que descansaba una fotografía de su hija y se limitó a mirarla, como si la temiera de algún modo. Su muerte sería un peso con el que Moran cargaría toda su vida y Adrien supuso que la viviría preguntándose qué haría ella o qué querría Rum.

—No se sale de Akiteria. Maldito inconsciente —masculló.

—Fue culpa mía. Lo siento.

—Eso no sirve de nada —respondió Moran, dándole aún la espalda.

—No, eso no sirve de nada, pero sí tiene que servir lo que esté dispuesto a hacer por él.

El licántropo se volvió despacio y lo escrutó de arriba a abajo, como si fuera la primera vez que lo veía. Tal vez, de algún modo lo fuese. El papel de Adrien en la vida de Moran había sido completamente irrelevante: un humano molesto que se inmiscuía en una historia demasiado grande,

un efecto colateral. Ahora hablaba de entrar de lleno en aquel conflicto y de llevar algo a cabo para decantar la balanza. Ahora sí necesitaría saber qué podía esperar de él, si acaso lo tomase en serio.

—Lo que estés dispuesto a hacer —repitió—. ¿Y qué es?

—Todo lo que haga falta para sacarlo de allí y devolverle su sitio.

—No tienes ni idea de lo que es Akiteria.

—No, no la tengo y me da igual.

—¿Es que no me has escuchado? No se sale de allí.

—¡Bueno, pues saldrá! —gritó Adrien, furioso. Estaba harto de oír lo mismo, de ver fulminadas sus quebradizas esperanzas antes de que estas pudieran convertirse en algo medianamente consistente. Sabía que era difícil, pero sabía también que lo intentaría a como diera lugar—. Moran, si te he llamado no ha sido para poner mi culo a salvo explicándote que Resryon no podrá cumplir con lo que te prometió, sino para que me ayudes a sacarlo de allí. Eres un soldado, tienes una legión. Eso es algo.

—Eso no es nada.

Adrien se vino abajo. ¿Cómo lograría sacar a Resryon de allí si nadie lo ayudaba? La idea en sí era una temeridad, pero si alguien confiaba en él y le ofrecía apoyo, tal vez pudiera llegar a intentarlo. Intentarlo, se repitió. Lo haría aunque fuese solo. Cruzaría el Muro y llegaría hasta Akiteria. Y moriría en el intento si hacía falta, pero era algo que le debía.

—Solo te pido un favor.

Moran suspiró hondamente.

—Ya te he dicho que no.

—Que mi hermana crea que sí. —Moran lo miró extrañado y se acercó unos pocos pasos—. Si le digo que no me ayudarás, me amarrará antes que permitirme cruzar el Muro. Si piensa que estarás conmigo, no me lo impedirá.

—¿Piensas entrar tú solo? ¿Qué crees, que llegarás a Akiteria y lo sacarás de allí como un héroe?

—Creo que voy a intentarlo aunque no llegue a dar dos pasos allí dentro.

Moran bufó, sorprendido ante la resolución que mostraban los ojos de Adrien, cada vez más lejos del sereno castaño y más cerca del violáceo de su madre.

—¿Por qué?

—Porque lo quiero.

Los labios de Moran exhibieron una sonrisa serena mientras el hombre negaba con la cabeza.

—Lo quieres... ¿No has encontrado a alguien más inaccesible? Es una idiotez.

—Puede que sea una idiotez, como lo tuyo con Sarah. ¿Te lo repitieron muchas veces, Moran? ¿A cuántos hiciste caso? Si ella fuera la que estuviera en Akiteria no arrancarías el putito Muro desde sus cimientos para sacarla de allí? —El licántropo borró la sonrisa de un plumazo—. Pues eso es exactamente lo que voy a hacer. Y si tengo que hacerlo solo, lo haré solo. Y si tengo que morir, moriré. No se me ocurre mejor causa.

—Es una locura —volvió a repetir Moran.

Adrien caminó hacia la salida. Ni siquiera se molestaría en mentir a June y decirle que Moran lo apoyaría. No serviría de nada y el licántropo no sostendría aquella farsa, de modo que lo único que le quedaba era ponerse en marcha. Pero para su sorpresa, la mano de Moran sobre su pecho lo detuvo en el mismo momento en el que June y Sarah regresaban por el pasillo, alertadas por los gritos.

—¿Qué pasa? —quiso saber la hermana de Adrien.

El joven miró al licántropo, que guardó un largo silencio ante de hablar:
—Que nos vamos a Noctia.

0

Oteó la altura a la que se encontraba y aunque el abismo que engullía Akiteria era ya temerario, el desafío que se alzaba sobre su cabeza era aún colosal. Por momentos sentía que aquella cárcel de piedra, fuego y nada era eterna, pero recordaba bien los planos. Había invertido toda la noche en ascender más y más. Aquel era el momento en el que el calor apretaba menos y en el que los particulares moradores de la prisión dormían, con lo cual resultaba algo más sencillo trepar sin que mil manos trataran de hacerlo caer. Aquella noche había subido más de lo que solía hacerlo, pues sabía que cuando Zarik se fuese de la lengua —que lo haría— la prisión entera podía echársele encima. A ojos de todos, la dinastía Vakko había sometido a Átraro a una vida de conquistas y subyugaciones; daba igual si aquello se había llevado a cabo mediante sangrientas campañas o a través de acuerdos. A estos siempre acababa llegándose después de lanzar el guante y verlo recogido por la *terra* de turno. Ninguna se había doblegado ante la mera exigencia y todas habían acabado por ver vertida su sangre. Él había liderado muchas de esas campañas.

Se debatió entre tomarse un respiro o seguir. No importaba cuán alto llegase; sabía que, tarde o temprano, habría de enfrentarse a la reina o a cualquiera de sus secuaces. Aparentemente, Akiteria al completo le había rendido pleitesía y eso lo llevaba a preguntarse qué obtendrían de ella. En aquel lugar en el que la única sentencia clara era la muerte, nadie haría nada para arañar un día más. Había vivido las suficientes guerras y había respirado la suficiente desesperación como para saber que ambas eran mordazas de las que solo podía liberar la muerte. La agonía sin esperanza alimentaba a la desidia y al abandono, pero rara vez espoleaba a las ganas de vivir. No obstante, si en todo aquel círculo de motivaciones y desmotivaciones hubiera una excepción esa sería él. Venganza. La Vakko había sesgado vidas a lo largo de muchos años. Tener ante sí a uno de los responsables sin escapatoria posible y con nada que perder, podía ser una apetecible tentación. Todo dependía de que Zarik se fuera de la lengua. Y lo haría.

Se dejó caer con la espalda pegada a la pared. Sudaba y el cabello mojado se le adhería a la frente, igual que la tela de la camisa se le pegaba al cuerpo. Se remangó y buscó en el fardo la piedra de afilados contornos que había ido puliendo a ratos. Acarició su propio antebrazo y lamentó haber de hacerlo.

—Puntos débiles... —murmuró para sí—. Lo siento, Adri.

Rio, al reparar en que hablaba solo y empezó a rasgar el tatuaje con la piedra. Por más que lo hiciera, era como si la savia con la que Adrien había trazado aquellas líneas emergiera fresca desde algún punto de su piel, mezclándose con su sangre. Pero siguió haciéndolo, furioso, rabioso ante aquel acto incauto que él mismo había propuesto. Daba igual si pensaba que no habría podido acabar allí ni en el peor de sus augurios. Estaba maldito, siempre lo había estado y aquello hubiera tenido que bastar para no enredarse con Adrien y mucho menos, marcarlo de aquella forma ridícula e infantil. Dejó caer la piedra y se pasó las manos por la cara. Si él hubiera dejado de quererlo, al menos el tatuaje desaparecería solo. Pero allí seguía, igual que el primer día y por absurdo que fuese, pensarlo le dio fuerza.

—¿Te aburres?

Alzó la mirada y se irguió sin llegar a levantarse. Allí había una mujer, un demonio. Tenía una

melena larga y encrespada de un blanco apagado que se enredaba hasta su cintura. Vestía un pomposo vestido que alguna vez debió de lucir con porte y elegancia y que en aquel momento resultaba ridículo. Estaba roto, sucio y de su esplendor de antaño no quedaba sino un costoso ejercicio de imaginación, pero aquello resultó suficiente para saber que se trataba de Lucille, la reina de Akiteria.

Resryon se puso en pie.

—¿Por qué nadie me ha dicho que eras tan condenadamente guapo?

El chico alzó una ceja, incrédulo. ¿Aquel circo surrealista formaba parte de la tortura? La mujer se apartó el pelo con un gesto que trató de ser presumido y resultó igual de patético que todo aquello que deseaba proyectar.

—Resryon Vakko —exclamó el demonio, como si anunciase el nombre en un gran acontecimiento—. ¿Qué extraño guiño del destino te trae hasta aquí?

—¿Qué es lo que quieres?

Empezaba a estar harto de aquello y fuera lo que fuese lo que la peculiar corte de Akiteria deseaba de él, quería despacharlo ya, aunque mucho se temía que satisfacer los deseos de aquella panda era algo que no le agradaría.

—Odio matar a hombres guapos, pero tengo que hacerlo, ¿lo entiendes, verdad? El tiempo pasa muy despacio aquí dentro y en ocasiones, a la gente le da por pensar. Si no ratifico mi rol podrían olvidarlo y que olvidasen mi rol me comportaría problemas. Han de recordar quién manda aquí. Eso sí, eres tan asquerosamente apetecible que podría disecarte y mantenerte conmigo durante toda la eternidad, ¿qué te parece?

—Un honor, pero mis planes pasan por algo diferente.

—Planes. —El demonio estalló en risotadas histéricas que solo ayudaron a colmar la paciencia de Resryon—. Aquí la única que los hace soy yo. ¿Por qué todos los guapos sois así de vanidosos y engreídos?

Se lanzó a por él sin previo aviso y Resryon reculó, llegando a esquivarla. Alzó el brazo para detener el nuevo golpe de la mujer y aunque no logró hacerlo, sí aguantó el envite estoicamente. Tiró del brazo de Lucille y la hizo voltearse para propinarle una patada en la espalda que la envió hacia el abismo. O casi. El demonio se detuvo con los pies al borde de la celda. Sus dedos habían llegado a arrancar piedrecillas de la pared, pero dio media vuelta a tiempo para encontrarse con la nueva embestida de Resryon. El demonio se apartó y a punto estuvo él de caer. Dio un salto atrás, evitándolo y lanzó el brazo para golpear a Lucille. Llegó a conseguirlo y el demonio trastabilló, pero dio media vuelta y avanzó hacia Resryon, agarrándolo del cuello y estampándolo contra la pared. Sintió la falta de aire y una quemazón que aún lo alertó más. ¿Cómo podía la mujer estar utilizando magia allí dentro? Lucille entrecerró los ojos mientras sus dedos apretaban con fuerza el cuello del muchacho.

—Vaya ojos tienes, chico. —Tiró de su camisa, arrancándosela sin que eso la hiciera vacilar lo más mínimo en su agarre. Lo acarició, mientras los dedos de su otra mano apretaban su cuello. La fuerza de aquella mujer era sobrenatural, pero no estaba dispuesto a dejar morir su leyenda en una celda podrida de Akiteria. Lanzó el brazo con fuerza pese al poco recorrido que podía darle y Lucille giró la cara como consecuencia del golpe. Lo miró, sorprendida y Resryon leyó la vacilación en sus ojos antes de asestarle un segundo impacto que la hizo soltarlo. El demonio reculó y observó la espada que se apoyaba en la pared. Era extraño que alguien en Akiteria mantuviera las armas lejos de su alcance en lugar de convertirlas en sus más fieles amantes. Máxime cuando ese alguien era Resryon Vakko. Volvió a mirarlo mientras permanecía con la espalda apoyada en la pared, resollando, y sonrió.

—¿Es verdad lo que cuentan? —preguntó Lucille mientras paseaba su lengua por la sangre que le emanaba del labio.

Resryon no dijo nada. Aún trataba de reponerse de tan inesperado ataque y a duras penas lograría hablar.

—Aunque parezca mentira —siguió diciendo ella— hasta aquí llegan los rumores. Al menos los que los carceleros quieren. Decían que abandonaste a las legiones para sentarte en el trono. ¿Tan grande era tu ambición que decidiste deshonorar la leyenda del soldado para ser emperador? Una lástima. No me gustan los hombres así por muy arrebatadoramente hermosos que sean. Y tú eres un dios, está claro. Pero un dios podrido.

Volvió a lanzarse a por él y Resryon fue capaz de contener sus intentos por volver a agarrarlo del cuello. Si lo hacía, no sería capaz de desasirse otra vez. Lanzó el puño y llegó a golpearla de nuevo y ella lo golpeó también a él y el intercambio fue largo y crudo. Nada parecía capaz de doblegar a Lucille y tal vez, Resryon hubiera corrido demasiado para reírse de ella o de sus aspiraciones dentro de aquella cárcel inmunda. No era la reina por enfundarse en un vestido pomposo venido a menos o imaginar una corona sobre su cabeza. Lo era por algo a lo que los demás no podían aspirar. El enésimo puñetazo dio con el joven brujo en el suelo, aturdido, cansado y destrozado. Pero volvió a ponerse en pie ante la sonrisa de Lucille.

—¿No usas armas, Resryon Vakko? ¿Crees que volverás a salir de aquí para gobernar algún día? ¿Por eso no tocas el acero? ¿Para no corromper el Ritual de Paxia? Eres tan imbécil y tan soberbio, maldito hijo de puta con cara de ensueño.

Se acercó a él en dos zancadas y lo agarró por la pechera. Resryon lanzó otro golpe y el demonio lo soltó, echándose las manos a la cara, aturdida y sorprendida. El chico parecía agotado y sin embargo, siempre quedaba un latigazo en su brazo, en su pierna, en su cabeza. Un ramalazo de orgullo. Ese siempre encontraba razón para lanzarse una vez más. Siempre una vez más. Resryon dio un paso adelante y gritó mientras se abalanzaba sobre ella, pero al demonio no le costó demasiado contener la embestida. No lo esperó, sin embargo, cuando el chico se volteó y le estampó un cabezazo en la cara, cubriéndola de sangre. La furia fue nueva en el rostro de Lucille, que agarró a Resryon del pelo y le devolvió el golpe contra la roca de la celda. Lo había paralizado antes con un hechizo que le impidió hacer otra cosa más que caer desmadejado de rodillas. Lucille se agachó frente a él y pegó su cara a la del brujo.

—Parece mentira que aun cubierto de sangre, puedas ser tan hermoso. —Lo besó en los labios y lamió aquella que le brotaba de la boca—. ¿Sabes? En otras circunstancias, si fueras otra persona, tuvieras otro nombre, otro apellido... pero el mismo cuerpo, la misma cara, esos labios y esos ojos, me hubiera enamorado de ti. —Volvió a besarlo y Resryon solo pudo oponer una débil resistencia—. Hubieras sido mío sin ningún género de dudas. —Le asestó un bofetón y el chico ya no pudo más—. Pero así no. Te odio demasiado, odio a tu padre, a tu hermana, a tus ancestros y a tu estirpe. Odio a la perra que te parió y a todo el que ha yacido contigo.

Lo arrastró del pelo y lo dejó caer hacia el abismo de Akiteria.

Adrien observaba la bolsa de deporte. Llevaba un buen rato haciéndolo, sacando prendas que luego metía y después volvía a sacar. Los golpecitos en la puerta no lograron distraer su atención de aquella peculiar disyuntiva y mantuvo la mirada fija en la ropa mientras hablaba:

—Adelante.

June accedió despacio, cerrando la puerta tras de sí. Sonrió con tristeza mientras se acercaba al muchacho y se aferraba a su cintura para abrazarlo.

—¿No sabes qué modelitos llevarte? —preguntó—. No te calientes la cabeza, el barro y la mierda pegan con todo.

Adrien sonrió también con la misma expresión tensa.

—Me metí con su equipaje porque traía cuatro trapos —recordó—. Vivía en una especie de lugar de destierro; sobrevivía, más bien. ¿Cuánta ropa iba a tener?

—¿También te culpas por eso?

—No. —Soltó a su hermana y sacó un par de jerseys de la bolsa, dejándolos caer sobre la cama—. Aquello fue solo el comentario superficial e idiota del chico pijo de ciudad que soy. He sido demasiado gilipollas con él como para poder culparme por algo tan estúpido.

—Adrien, ¿estás seguro de que quieres hacer esto?

—Se lo debo, June. Y me lo debo. Quiero intentarlo, lo necesito. Él arriesgó todo por venir aquí y, supongo que yo no entraba en sus planes. Si no hubiera ocurrido lo que ocurrió, tal vez hubiera conseguido lo que quería, hubiese regresado a Noctia y ahora las cosas le irían mejor. Cruzarse conmigo fue lo peor que le pudo pasar.

—Sigues machacándote. Lo hacías siempre con Chris y lo haces ahora con él.

—No los compares, por favor, no tienen nada que ver. Christian era quien conseguía que me sintiera así; él no hizo más que tratar de que no me comiera ninguna culpa.

—El gilipollas de Chris está al teléfono —añadió June tras un largo silencio—. Dijo que te llama al móvil, pero no contestas y claro, si ya no tienes móvil.

—¿Está al teléfono? ¿Por qué no me lo había dicho? Debe de llevar dos horas esperando —observó Adrien, sonriendo.

Se dejó caer sobre la cama y extendió el brazo para coger el teléfono que estaba sobre la mesilla. Después, le hizo un gesto a su hermana para que se fuera y la chica lo captó al vuelo.

—Chris.

—Hola, Adrien, ¿está todo bien? Llevo un buen rato esperando.

—Sí, está todo bien. ¿Qué pasa?

—Quiero hablar contigo. Es algo serio.

—Tú dirás.

—Me gustaría hacerlo en persona; creo que es lo suficientemente importante.

—¿Te encuentras bien? ¿Te ha pasado algo?

—No, yo... estoy bien. Es solo... ¿Estás seguro de que quieres que lo hablemos por aquí?

—Sí, claro. Estoy un poco liado, no puedo salir ahora y en los próximos días, las cosas se me van a complicar.

—Vale. Yo... he conocido a alguien. Y creo que lo nuestro ya no va a ninguna parte. No sé, tío, traicionaste mi confianza con el brujo ese y ahora... No es que te lo reproche, pero él ya no está y no quiero ser una opción por descarte. Philippe me valora, está dispuesto a esperar, a llevar lo nuestro en secreto con paciencia y sin atosigarme.

Adrien sonrió.

—Lo entiendo. «Y compadezco su llegada al reino del silencio».

—¿En serio? Sé que habíamos hablado de volver a intentarlo y retomar las cosas, pero no puedo... no puedo olvidar lo que ha pasado.

—Tranquilo, Chris. Soy un cabrón traidor que se colgó de otro tío y ahora merezco que me des la patada. Es duro, pero saldré adelante. Creo que pondré un poco de distancia de por medio, será

la única forma de olvidarte. Gracias por tanto. Perdón por tan poco.

Colgó y negó con la cabeza conteniendo la risa. Un golpe al otro lado de la puerta, lo sobresaltó y se puso en pie para comprobar qué había sido. June permanecía apoyada con la espalda en la pared del pasillo y la cara roja, incapaz de aguantar la risa.

—¿Has estado espiando?

—Lo siento —logró pronunciar.

Adrien hizo más amplia su sonrisa.

—Eres una cotilla, *mandarina*.

—Lo siento, de veras, no me dio tiempo a...

—Ya. —Adrien cerró la puerta de su habitación y le echó el brazo por encima del hombro a June—. ¿Me ayudas a superarlo con helado de chocolate?

—¡Por supuesto!

0

Cuando abrió los ojos le recorrió un escalofrío. No podía moverse, no había dolor. Solo roca extendiéndose sobre él. La respiración amenazaba con hacerle explotar el pecho, pero trató de acompañarla y volvió a cerrar los ojos. Evocó los cielos estrellados de cualquier lugar; no importaba si Telasia o Ántico, Luzaria o incluso Liverna. En cualquier momento, por sereno o desesperado que fuese, uno podía alzar la vista hacia el firmamento y envolverse en un terciopelo salpicado de diamantes, sentir la brisa nocturna acariciarle el rostro prometiéndole deliciosas mentiras que se esfumarían al día siguiente, bajo el incendio implacable del sol.

El recuerdo de su madre era un fantasma difuso en su memoria. Apenas lograba evocar su rostro, pues Resryon era solo un niño cuando ella había muerto, pero siempre le quedarían sus historias, esas que había mantenido escritas en un cuaderno hasta que las obligaciones bélicas le obligaron a posponer los cuentos de niños. Tenía solo catorce años cuando ingresó en la Aes, la primera de las legiones, denominadas también legiones de estabilización, pues eran las que se encargaban de que la paz se mantuviera en las *terras* conquistadas cuando las Áureas terminaban su trabajo. Sin embargo, a esa edad no habían sido pocas las noches que había recurrido a aquellos cuentos e historias buscando consuelo a un miedo que no debería sentir, el mismo que lo atenazaba ahora. Tenía veintitrés años, había liderado al grueso de las legiones más grandes y poderosas de Ántico y sin embargo estaba llorando.

—¿Qué diría el mundo si te viera gimotear como un niño?

Una voz femenina lo arrancó de aquella tregua patética en la que se había concedido un permiso obligado para hundirse. Abrió los ojos, pero siguió viendo solo roca y más roca hasta que un rostro vagamente familiar lo eclipsó. Solo la había visto una vez, pero la recordaba: Tínessly, vampira. Otra valiosa lección de la Áurea: memorizar caras y clasificarlas de forma sencilla: amiga o enemiga. Akiteria, al menos, le facilitaba el trabajo: allí todos iban a la misma lista. Tenía mil preguntas maratilleándole en la cabeza, pero no se decidió a formular ninguna, pues todas lo expondrían como la presa fácil que era en aquel momento.

—Tienes tres huesos rotos —le informó Tínessly—. La pierna por dos sitios y el brazo.

—Hay algo más —le dijo él—. No siento nada.

—Estás hechizado. ¿Crees que, de lo contrario, soportarías el dolor?

Aquella información supuso todo un *shock* para él y trató de girar la cabeza para mirar a la

chica, que se había movido y permanecía sentada en el suelo con pose indolente.

—¿Pretendes que me crea que te importa mi dolor?

—Tu dolor me importa una mierda, pero tengo preguntas y quiero respuestas. Te necesito sereno, al menos unos minutos.

—¿Y después qué?

—Eso depende de las respuestas.

—¿Y qué te hace pensar que tengo interés en dártelas?

—Pasar la eternidad como una momia inútil no te servirá de gran cosa, sea lo que sea lo que te propones.

—¿Y qué me propongo, oh, sabia *chupasangres*?

—Eso dímelo tú, oh, torpe *lamepiedras*. Llevas días ascendiendo por la muralla de manera incansable y muy llamativa. Pero eso vendrá después. ¿Es cierto que eres Resryon Vakko, el hijo el emperador Doroyan?

Tardó unos segundos en responder. Estaba tendido en el suelo, inmóvil y totalmente a merced de aquella joven, una situación lo suficientemente humillante como para mandarla al diablo y dejarla sin sus respuestas, pero aquello era tan práctico como permanecer tirado en el suelo mirando el techo, que era exactamente lo que haría si no salía del atolladero.

—Sí, lo soy.

—Oí que estabas muerto.

—No es verdad, a la vista está. Más o menos...

—Sí, bueno, ahora es un tanto dudoso —bromeó ella. Resryon la miró sin devolverle la sonrisa—. De acuerdo, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Es una larga historia, pero el caso es que estoy aquí.

—¿Y qué buscas en este sitio?

—La forma de salir, ¿se puede buscar otra cosa?

—¿Salir de Akiteria? ¿Cuántas veces te has caído desde una celda?

—Demasiadas... —masculló.

Tínessly volvió a asomarse sobre su rostro, obligándolo de algún modo a mirarla.

—Hablo en serio.

—Yo también. Supongo que una forma de cerciorarte de que nadie intente escapar de aquí es asegurar que no existe forma de hacerlo, pero no se me ocurre nada mejor en lo que invertir mi tiempo.

Tínessly guardó un largo silencio, como si las palabras de Resryon la hubieran hecho pensar en algo en lo que no hubiera reparado hasta entonces.

—Cuando empiece a conocerse tu identidad, te matarán.

—Lo intentarán, seguro.

—Dime también que fracasarán. Vienes a Akiteria y pretendes salir con vida, sorteando a toda la jodida prisión.

—Es exactamente lo que pretendo.

—Una férrea voluntad de salir. ¿Tanto tienes fuera?

Resryon guardó silencio. Podía dar mil explicaciones de lo que se cocía en su mente allí dentro, pero el mundo fuera de Akiteria era una parcela que no quería exponer ante nadie.

—Supongo que eso dice suficiente —apuntó Tínessly—. En fin, cuídate, Vakko. Tal vez podamos ayudarnos aquí dentro. Y ahora, tengo que irme antes de que alguien se entere de que te he ayudado. Por cierto, lo siento.

Resryon sonrió de forma irónica, mientras volteaba la cabeza para mirarla, situada ya a la

salida de una de aquellas celdas.

—¿Qué sientes?

—Esto.

Desapareció sin más preámbulos y al hacerlo, el hechizo se rompió. Resryon fue capaz de moverse, pero el dolor se hizo insoportable y llegó a retorcerse en el suelo, tratando de contener las lágrimas y el grito que le arañaba las entrañas pidiéndole libertad.



6 Puntos débiles

La noche aún no había llegado, pero la fuerte tormenta había logrado un factor que no pensaban desperdiciar: las calles de la ciudad estaban mucho menos concurridas y apenas circulaban coches por el extrarradio. Podrían cruzar el Muro sin ser vistos. Lorna llevaba ya un buen rato abrazada a su hijo, cubriéndolo de besos y mirándolo entre sonrisas tristes. Ambos estaban empapados.

June y Sarah permanecían bajo el mismo paraguas, mientras Moran esperaba junto al Muro.

—Cuidate, cariño —le pidió Lorna—. Pedirte que no cometas temeridades cuando cruzas el Muro de Caronte es casi ridículo, pero sé cauto y escucha a las personas que te aconsejan, a Moran, a Atalanta.

—Descuida, mamá. Y gracias por apoyarme. No me habría atrevido sin ti.

—Lo cierto es que resulta incomprensible que sea usted misma quien lo aboca a ello —intervino Sarah—. Perdóneme, pero no puedo entenderlo. Lo está exponiendo.

Lorna giró el cuello y la miró sin soltar las manos de Adrien.

—Lo expongo —aceptó la feérica—. Lo expongo a todo aquello que pueda sucederle porque si lo protejo no le ocurrirá nada.

—¿Y qué hay de malo en eso? —insistió Sarah.

La mujer se adelantó un paso, quedando fuera de la protección del paraguas que June sujetaba.

—La exposición implica aceptar todo aquello que venga. La protección implica desecharlo. No se puede vivir una vida negando todo lo que esta puede darte.

—En ese nido de culebras e intrigas, todo cuanto puede aguardarle es una muerte segura. Es su hijo, tiene diecisiete años.

—Rum no estaba en Noctia —respondió Lorna, volteándose por completo y encarándose con Sarah. Adrien percibió el cambio en la fuerza de su aura—. Y aun así murió. Usted no debió protegerla de todo porque al hacerlo, también le negó la posibilidad de luchar.

—¿Cómo te atreves?

Moran se interpuso entre las dos.

—Por favor. Hay que irse ya.

Sarah dio media vuelta y se alejó. June la llamó un par de veces, pero la mujer no se volvió y su figura se perdió entre el laberinto gris de Luzaria mientras Moran la observaba.

—Lamento si algo la ha molestado —se disculpó Lorna—, pero no deseo que cuestione las razones por las que actúo como lo hago. Soy una feérica; ella es humana y acepto que hay formas de pensar de la otra que nunca entenderemos, pero que debemos respetar.

Moran asintió con poca vehemencia y volvió a apartarse para que Lorna le diera a Adrien un último abrazo. Lo sujetó de la cara y lo miró fijamente, sonriendo.

—Tus ojos...

—¿Qué les está pasando, mamá? —preguntó June, acercándose—. Son cada vez más violetas.

Da miedo mirarte, enano.

—Soy el hijo de una feérica —respondió él en tono jocoso.

—El sello de la tierra está despertando en ti, cariño. Ocurre en ocasiones con los dryadalis. Aprovecha ese don, trabájalo, mejóralo. Te será útil entender el aura de la gente y no hablo solo del color que te indica su humor o estado de ánimo. Serás capaz de mucho más.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, mi vida.

—¿Estás segura de que no tendrás problemas con papá?

—Despreocúpate —concluyó Lorna mientras se apartaba de él.

June se fundió también en un abrazo con su hermano.

—Cuídate, *mandarina*.

—Diles a los noctis que eres mi hermano. Se echarán a temblar.

—Estoy seguro.

—Hay algo que quiero darte —susurró, acercándose más a él. Introdujo la mano en el bolsillo y extrajo cuatro monedas brillantes.

—¿Qué es esto? —preguntó él, en idéntico tono.

—Amuletos. Que nadie los vea.

—¿Puedo comprar algo con ellas?

—No —sentenció June, con una seriedad casi desconocida en ella.

—De acuerdo... Gracias.

Adrien dio media vuelta y sujetó su bolsa de deporte, al tiempo que observaba a Moran. El licántropo colocó las palmas de sus manos sobre el Muro y se mantuvo en silencio y concentrado durante unos segundos. Después, la piedra se disolvió como un papel ardiente y el muchacho reprimió un escalofrío al ver la Vía Negra ante él otra vez. Un viento nuevo se alzó y comprobó que al otro lado del Muro no llovía.

—Vamos —lo apremió Moran.

Adrien se volvió por última vez y le dedicó una sonrisa a su hermana y a su madre.

—Os quiero.

—Nosotras también, cariño.

0

Una punzada en el cuello le hizo abrir los ojos, sobresaltado. Llevaba rato atrapado en un vaivén entre la consciencia y la inconsciencia. El dolor no le había dado tregua y en aquellas condiciones tenía poco que hacer. Una melena larga y oscura se arrastró sobre su cara y no tardó en comprobar que se trataba de una vampira a la que no había visto nunca y que acababa de morderle. Un impulso arraigado en su instinto dotó de fuerza a su brazo sano para asestarle un puñetazo que la dejó inconsciente sobre él.

—¡Apártala! —gritó una voz—. ¿Cómo se atreve?

El cuerpo de la vampira dejó de pesarle y aun con sumo esfuerzo alcanzó a ver cómo un hombre la lanzaba al vacío. Un licántropo. La reina de Akiteria lo acompañaba y había sido quien había expresado su malestar por la aparente osadía de la vampira. La mujer se agachó a su lado y lo arrastró para apoyar su espalda sobre la pared de la gruta, sentándolo. Resryon lo intentó, pero no pudo gritar y la mujer lo asió del pelo sin hacerle daño.

—Puede que no seas tan débil como creía —murmuró para sí—. Tal vez las leyendas tuvieran razón, después de todo. Acostumbro a pensar que todo aquel que se envuelve de un halo legendario lo hace para enmascarar su debilidad. Resryon Vakkó no era una excepción para mí. Pero puede que esta vez me haya equivocado y seas un escogido de las diosas oscuras, tal y como contaban. —Paseó su mano rugosa, coronada por unas larguísimas uñas a través del rostro del brujo, perlado de un sudor frío que le provocaba temblores—. ¿Acaso eres un regalo de ellas? Sí, Lucille, podría serlo —se dijo el demonio a sí mismo—. Que lo sanen —zanjó, antes de asestarle un bofetón—. Te daré una segunda oportunidad. Demuéstrame ser digno del trono y te regalaré el mundo.

—¿Queréis que lo sane? —preguntó el licántropo.

—Tú, no. Díselo a Zarik. Tiene buena mano con los huesos rotos.

0

Llevaban un buen rato caminando sobre la Vía Negra, pero no tanto como para que ya hubiera anochecido de aquella forma. Recordó, entonces, lo que su hermana le explicó sobre Noctia: allí siempre era de noche.

Moran avanzaba por delante de él, con paso presuroso y sin comprobar si lo seguía. Le estaba costando mantenerle el ritmo, pero Adrien no se quejó en ningún momento. La Vía Negra era un camino amplio y serpenteante que lamía la tierra oscura como un reptil sigiloso. Los árboles lo flanqueaban a su paso, altos y siniestros. Distinguía sonido y movimientos entre el laberinto que conformaban sus troncos, pero en ningún momento advirtió al licántropo, pues supuso que él ya habría hecho o dicho algo al respecto si corriera peligro. Por momentos se sentía como un niño ridículo de ciudad en el campo, sobresaltándose por todo y lamentando cada paso que daba y que le generaba una queja nueva en su interior: el cansancio, la bolsa que pesaba a pesar de todo cuanto había prescindido, lo poco que se veía. Pensaba en Resryon y lo imaginaba en una situación tan penosa que lo menos que podía hacer era mantener la boca cerrada.

Se acomodó la bolsa sobre el hombro y se detuvo a observar su antebrazo, donde percibía un pequeño hormigueo. Se rascó y estuvo seguro de que el tatuaje no era tan nítido como antes. Tragó saliva, desconcertado ante lo que eso pudiera significar y determinó que no había allí la suficiente luz para estar seguro de eso. Probablemente fueran imaginaciones suyas. No era posible que Resryon hubiera dejado de sentir algo por él de la noche a la mañana. Claro que lo hubiera entendido de manera paulatina. Por lo que explicaban de Akiteria, el sitio debía de dar para pensar largo y tenido y así, Resryon comprendería que su idilio con Adrien no merecía la pena, que no había hecho más que traicionarlo y exigirle una confianza ciega y que, la suma de todos esos factores, había dado con sus huesos en aquel lugar maldito. Pero eso no podía ocurrir a la velocidad a la que sentía que el tatuaje había empezado a desaparecer. Aquella misma mañana, el símbolo le había insuflado la fuerza que titubeaba en su interior para llevar a cabo la empresa de adentrarse en Noctia y buscarlo.

—Regla número uno de tu estancia aquí: no te pares. Nunca.

Moran se había detenido unos pasos más adelante y lo miraba con su habitual expresión. Adrien dejó caer la bolsa. Perder tinta en su antebrazo era en aquel momento como perder la luz guía de un faro. No supeditaría todo lo que estaba dispuesto a hacer por Resryon al hecho de que

el brujo siguiera sintiendo lo mismo por él, pero pensar en lo contrario lo dejaba solo ante un panorama desolador. De algún modo se había sentido protegido por el sentimiento de Resryon, dueño de algo que solo les pertenecía a ellos dos, y quedarse solo en él lo asustaba, lo frustraba y lo entristecía a partes iguales.

—Estoy hecho polvo —se quejó al fin.

—¿Y qué pensabas?

—Pensaba que recordaría que soy un ser humano y descansaríamos de vez en cuando.

—Pero si apenas hemos empezado a caminar. ¿Crees que podemos parar en cualquier sitio?

—¿Crees tú que soy idiota? Estamos en Elathur, *terra* licántropa. Aquí podríamos parar sin peligro.

Aquella fue la primera vez que veía a Moran sonreír y, lejos de lo que había esperado, el hecho no lo tranquilizó en absoluto.

—¿Quieres probar, Adrien?

—¿Estás tratando de asustarme?

—Tú ya estás asustado. —El licántropo colocó los brazos en jarra y paseó su mirada a través del bosque que envolvía el camino—. Tienes un salvoconducto en Telasia, por lo que sé. La *terra* colinda con Elathur; deberíamos llegar hasta allí.

—¿Cómo sabes lo de Telasia?

—He hablado con tu madre y con tu hermana antes de salir.

—¿En serio?

Adrien negó con la cabeza. Al parecer, sus particulares cuidadoras habían alertado al licántropo de las indicaciones y diligencias que el muchacho había de llevar a cabo, como si no fuera a saber desenvolverse por sí solo. Aquello potenció su enfado, pero recogió la bolsa de deporte y empezó a caminar de nuevo tras los pasos de Moran.

—Genial... —masculló—. Pues seguimos.

Moran se detuvo de nuevo y su mueca exhibió un mayor desagrado.

—¿Quieres sacar a Resryon de Akiteria y ni siquiera eres capaz de caminar durante dos horas sin quejarte?

—Solo he dicho que estoy...

El licántropo caminó hacia él y le arrancó la bolsa de deporte, lanzándola hacia la profundidad del bosque.

—¿Qué cojones...?

—Cambiar de ropa es un lujo que no tendrás —espetó, muy cerca de su rostro—. Al menos no, si eso te ralentiza. Y ahora, esto es lo que haremos: caminar y caminar y caminar hasta salir de Elathur y parar, comer y descansar en Telasia. No tienes ni puta idea lo que se cuece en cada *terra*, así que cierra el pico y camina.

—Vale.

Se sentía perfectamente capacitado para caminar durante horas. De hecho, albergaba tal amalgama de sentimientos en su interior que hubiera corrido hasta que el mundo se acabase, buscando librarse de ellos. Pero estaba furioso, consigo mismo y con Resryon. ¿Qué clase de sentimiento se acababa así? ¿Qué clase de idiota se metía en el infierno para salvar a alguien que ya no lo amaba? Y lo peor era saber que alguna vez sí lo había querido, que no podía dudar de ello porque las marcas élficas solo eran posibles cuando existía el sentimiento. Ojalá hubiera sido falso y no le importase perderlo. Pero había sido auténtico y verlo difuminarse dolía. Así, amasó toda aquella rabia y caminó tras los pasos de Moran.

Le dolía hasta el alma, pero invirtió cada segundo en borrar aquel tatuaje de su brazo. «Nada de puntos débiles», se repetía. La reina no había dado muestras de reparar en la marca, pero eso no quería decir que no lo hubiera hecho o que no acabase haciéndolo. Era improbable que la influencia de alguien allí dentro diera para localizar a otro alguien fuera, pero no correría el riesgo con aquella mujer que había demostrado ser capaz de utilizar la magia en Akiteria. No era la única y también pensó en Tínessly. Ojalá la hubiera retenido y hubiera sido capaz de prolongar la conversación que habían mantenido. Pero se sentía tan débil que a duras penas podía pensar en respirar.

La llegada de Zarik no lo sobresaltó. Lo había estado esperando. El brujo se detuvo en el umbral de la gruta y lo miró largamente antes de atreverse a dar un paso adelante y dejar caer el pequeño atadizo que llevaba amarrado a su pecho.

—¿Eres consciente de la cantidad de problemas que te ahorrarías si te murieras? —le preguntó sin mirarlo.

Resryon rio. No estaba seguro de que lo que Zarik había dicho resultase gracioso. Tal vez, su humor se debiera más bien al dolor, a la fiebre y al malestar que no lo dejaban pensar con claridad. Echó la cabeza atrás, apoyándola en la pared y su voz sonó demasiado baja:

—Pocas veces lo tendrás tan fácil como ahora.

—¿Eso es una invitación?

Resryon rio de nuevo, pero notó el sabor salado de sus propias lágrimas, muriendo en sus labios.

—No. Eso nunca.

Abrió los ojos que había cerrado al no obtener respuesta de su particular sanador, que lo miraba, en silencio.

—Esto va a dolerte, hay que llevar los huesos a su sitio.

Resryon lo miró si decir nada y ya no fue capaz de gritar mientras Zarik llevaba a cabo su particular tarea. La garganta le hervía y sus dedos arañaron la arena hasta sangrar. El rey de Akiteria se movió para colocarse al otro lado y empezar con el brazo, una vez hubo terminado con las piernas, que había entablillado. Rompió el pequeño jirón de tela que le quedaba a Resryon y, sin previo aviso, llevó también el hueso a su sitio. En esta ocasión, el muchacho sí fue capaz de darle rienda suelta a un grito. Trató de moverse y de golpearlo, pero Zarik lo retuvo hasta que las fuerzas lo abandonaron por completo y se mantuvo inmóvil.

—Joder... —resopló Resryon con un hilo de voz quebrada.

Se sorprendió al ser consciente del movimiento que había hecho sin darse cuenta y, en especial, de lo inmóvil que Zarik permanecía, permitiendo el contacto: su frente descansaba sobre el pecho de su peculiar sanador.

—¿Por qué aguantas, Res? —le preguntó.

Lo empujó ligeramente y su espalda volvió a apoyarse en la pared. Por un instante había oído una voz diferente, con un deje conmovido; la misma que había escuchado muchas veces tiempo atrás, cuando las cosas eran muy distintas y Akiteria no era más que un cuento de horror lejano al que otros se sometían, pero no ellos. La voz dura y distante había flaqueado, aunque nada en su expresión delatase cambio alguno.

—Mi padre solía decir —respondió él con gran dificultad, apenas un débil susurro— que el que tiene un motivo siempre se alza. «Puedes perder un imperio entero y seguir adelante», me repetía. «Pero nunca pierdas un motivo». Para tu desgracia tengo mil y voy a pelear por ellos.

Lágrimas nuevas recorrían su rostro como conquistadoras implacables y Zarik lo conocía: no era lástima por sí mismo, ni siquiera el dolor lo que sentía. Era rabia por verse abocado a aquella penosa situación; furia contenida en dos piernas que no podían moverse, en un brazo que no podía golpear. Pero recordaba que su admiración hacia Resryon Vakko había sido solo comparable a otro sentimiento aún mayor.

—Suenas muy poco creíble mirándote ahora.

Estaba mintiendo. En aquel momento, el muchacho era solo un bulto de carne y hueso —rotos muchos de ellos—. Sus ojos estaban apagados y su cuerpo, cubierto de sangre. La determinación no parecía algo capaz de cobijarse en él, pero sabía que pelearía cada minuto mientras el aire le entrase en los pulmones para darle la vuelta a todo. Y temió que ese día llegase.

—¿Un recuerdo?

La voz de Res lo sacó de sus pensamientos y supo que se refería a la daga que asomaba desde su cinturón, la daga que un día había pertenecido a Resryon.

—Un trofeo —zanjó este.

Zarik se puso en pie cuando hubo entablillado el brazo del muchacho y desapareció de allí.

0

Durante el trayecto restante, les había sorprendido una tormenta de granizo y un viento cortante que le habló a Adrien del inestable clima de Noctia. Pero no podía negar que estaba agradecido con el agua fría que lo había despojado del sudor. No había vuelto a abrir la boca, ni para quejarse ni para pedir. Los pasos de Moran a través de la Vía Negra los había seguido en el más absoluto silencio, perdido en una batalla de pensamientos insanos: unos le pedían darse la vuelta, olvidar a Resryon y limitarse a seguir con lo más parecido a lo que había sido su vida antes, en Nova, con su padre. Había detestado la idea desde el momento en el que Ander la había expuesto y sin embargo, aquel trayecto maldito había conseguido que se la replantease. Tal vez poner distancia y cambios drásticos lo ayudasen. Después, otra parte de sí mismo lo hacía sentir una basura por darle cabida a todo aquello. Quizás Resryon ya no sentía por él lo mismo, pero eso no restaba gravedad a la traición sufrida ni al trato injusto del que estaba siendo víctima y él le debía algo. Le debía mucho y haría lo que fuera, aunque el fin de todo aquello pusiera al brujo ante él gritándole que no valía lo más mínimo y que nunca volvería a mirarlo a la cara.

Moran abandonó la Vía Negra y empezó a internarse a través de la espesura. Y como había hecho durante todo el trayecto, Adrien se limitó a seguirlo.

—Aquí podemos descansar.

Reunió unos cuantos troncos secos y prendió una pequeña fogata mientras Adrien se dejaba caer sobre una piedra. Observó las llamas danzando en un contraste llamativo, una nota de luz y color en el gris de Noctia. Todo allí resultaba deprimente.

Moran extendió el brazo y le ofreció una hogaza de pan que había calentado antes en el fuego.

—Gracias. Tenía algo de comida en la bolsa, pero...

El licántropo lo miró mientras masticaba.

—¿Tanto te molesta haber perdido ese bulto inútil?

—No, no es eso.

Se pasó los dedos sobre los restos, casi inexistentes de la marca y se mordió el labio. Moran se percató del gesto y sonrió de manera sarcástica mientras negaba con la cabeza.

—Te dije que Res no era accesible. Asúmelo ya. No ha hecho más que una idiotez tras otra desde hace cinco años. Tú eres la enésima. No te creas especial.

—Lo tengo bien asumido, gracias.

—Oh, sí, claro. No estamos aquí para eso, chico.

—Ya lo sé y no quiero hablar de eso.

Moran siguió masticando mientras miraba el fuego. El crepitar de las llamas se fusionaba con los sonidos de la noche.

—¿Por qué corres peligro en Elathur siendo un licántropo?

—Porque pertenezco a la Legión de Plata, guardianes de la ciudad bruja de Ántico. Salvaguardábamos la urbe y muchos nunca entendieron que sirviéramos a los brujos. Somos enemigos declarados en una de nuestras *terras*. La Argentum es originaria de Sorutz.

—¿Y por qué servís a los brujos?

—Porque siempre fue así. Tratados que honraban viejas alianzas. La ambición de algunas emperatrices o emperadores desdibujó las cosas, pero una vez juramos lealtad y la mantendremos hasta la muerte.

Adrien asintió. Llevaba rato masticando el mismo pedazo de pan. Tenía el estómago cerrado y a través de su garganta no pasaba ni el aire. Cómo se arrepentía de no haber prestado más atención en el Programa de Conocimiento. Ahora sabría mucho más sobre los noctis, como su hermana June.

—¿Y el resto de tu legión?

—La Argentum fue desmantelada. Es la más pequeña de las tres legiones y sus supervivientes regresaron a Sorutz, la antigua ciudadela. Hubiéramos intentado retomar Ántico y despachar a esa perra de una patada en el culo, pero nuestro general se rindió y renunció a todo.

—Resryon... —murmuró Adrien, como si el simple hecho de pronunciar su nombre lo atravesase.

—Sí, Resryon.

—Si se hubiera rendido no hubiera ido a Luzaria, ¿no?

Lo preguntó con el nudo en el estómago apretándose más, como si una conversación en torno al brujo fuese a evidenciar lo que sentía por él, algo que no deseaba exponer ante Moran aunque él mismo se lo hubiera confesado.

—Por su hermana fue a Luzaria, no por él.

El licántropo hablaba con una rabia disfrazada de desidia mientras masticaba y miraba, embelesado, las llamas del fuego.

—Su hermana...

Los acontecimientos se habían precipitado tan deprisa en Luzaria que ni siquiera había preguntado antes de marcharse. Sabía que Resryon tenía dos hermanas y que la mayor de ellas había sido asesinada por la emperatriz Liatli; él y la pequeña habían conseguido salvarse, pero de pronto, sin saber por qué y en aquel momento, hablar de sus hermanas lo humanizó un poco más. De pronto, ya no era el enigmático brujo que no tenía a nada ni a nadie en el mundo. Era un chico con familia, igual que él.

—¿Cómo se llama? —se atrevió a preguntar—. Su hermana.

—Ottana.

—¿Y qué edad tiene?

Moran alzó la vista y lo miró.

—Catorce años. ¿Quieres que te haga un resumen de su vida? No sé por qué insistes.

—No insisto y desde luego no necesito ningún resumen de su vida.

Se revolvió, inquieto por el tono que Moran empleaba con él. No eran amigos, eso lo tenía muy claro, pero si el licántropo seguía crispándolo de aquella manera, debería empezar a asumir la posibilidad de que lo abandonase en mitad de Noctia porque acabaría explotando. Si eso pasaba, sería mejor haber llegado hasta la casa de Atalanta.

—¿Y si nos vamos ya? —Adrien se puso en pie y oteó el entorno—. No creo que sea muy prudente permanecer aquí.

—No lo es, desde luego. Pero imagino que necesitarás descansar.

—Estoy bien. Puedo seguir.

—No necesito heroicidades, muchacho. Conozco tu condición.

—He dicho que no lo necesito. Lo que preciso ahora es moverme.

Moran se puso en pie y cubrió el fuego con la tierra de un par de patadas.

—Entonces, nos vamos.

Caminó de regreso a la Vía Negra y cuando Adrien llegó a su lado se dio cuenta de que el camino se había convertido en una pequeña balsa de agua que apenas le cubría la suela de los zapatos. Desde el diluvio que dejasen atrás hacía ya varias horas, no había vuelto a caer ni una gota y el camino no había mostrado aquel aspecto en ningún momento.

—Vamos —lo apremió Moran.

—¿Qué está pasando?

—La maldición.

El licántropo recuperó el ritmo frenético que había mantenido durante todo el trayecto, pero Adrien le dio alcance, inquieto ante aquellas dos palabras.

—¿Qué maldición? —quiso saber.

—El barquero. Tu hermana debería haberte dicho algo.

—Pues no lo ha hecho, ¿qué puta maldición?

—La que pesa sobre la estirpe de Resryon. Cada cien días, la Vía Negra se convierte en un río y el barquero lo surca buscando almas. Trece, como mínimo.

—El barquero... ¿Caronte?

—¿Crees que el nombre del Muro es casual?

—Un mínimo de trece —murmuraba Adrien, sumido en sus cavilaciones—. ¿Y el máximo?

—Tantas como encuentre a su paso.

—Oh, genial. ¿Y dices que la maldición pesa sobre la familia de Resryon?

—¡Tu chico es una joya, eh! La maldición recayó sobre la emperatriz Tanray, un ancestro suyo. Perjudica a toda Noctia, aunque las almas de su estirpe la sufren de manera especial: quedan atrapadas en los Fuegos de Athalion al morir. Y así ocurrirá mientras nadie salde la deuda.

—¿Y cómo demonios se salda?

—¿También piensas hacerlo tú? Tu chico es un continuo incendio, está claro, pero por suerte te tiene a ti, extinguiendo llamas, ¿no?

—Resryon no es mi chico. —Adrien se detuvo y retomó el paso de nuevo al comprobar que el licántropo seguía avanzando con paso presuroso. No aguantaría aquel ritmo por mucho más tiempo, pero mientras lo hiciera, debería seguir adelante.

—Saldar la deuda... No está en tu mano. Sigamos.



7 Una historia olvidada

Aquella noche, June no había podido pegar ojo. Había pasado la tarde anterior llamando a su hermano a través del teléfono móvil que había guardado en la bolsa de Adrien sin llegar a conseguirlo. El dispositivo había sido suyo tiempo atrás y aunque lo había acabado relegando por uno más moderno, funcionaba a la perfección. Al fin y al cabo, sabía que solo podría contactar con Adrien hasta que el teléfono perdiera la carga de batería, pues luego no existiría lugar en Noctia donde pudiera recargarlo. Pero el caso era que la joven no había logrado oír más allá de los tonos de llamada.

Existían muchas cosas de las que no le había hablado a su hermano, primero porque los acontecimientos se habían desarrollado con suma rapidez y no habían dispuesto casi de tiempo; y segundo porque no quería que Adrien pensara que trataba de espantarlo, de modo que había optado por escribirle en un cuaderno acerca de la maldición existente en Noctia y de la hermana de Resryon, a quien había llegado a conocer. No estaba segura de cómo tomaría Adrien aquella forma de explicarle las cosas, pero en cualquier caso, ya no había marcha atrás. Por su parte, había planificado unos días de escapada con sus amigas, pues a su madre no podría ocultarle la preocupación por la situación generada. Lorna siempre veía más allá de los miradas evasivas o las manos temblorosas y con el aura no podía engañarse a un feérico, de modo que la única forma de hacerlo sería desaparecer durante unos días.

Revisó la maleta por enésima vez. Una de ellas. Llevaba tres y por suerte, no le había costado convencer a Lorna de que lo necesitaba todo. Su madre la conocía a la perfección. De ella ya se había despedido aquella mañana, pues la mujer había de irse a trabajar, y a su padre había optado por no decirle nada. Lo llamaría más adelante, ya desde su lugar de destino para informarle de que ella y su hermano se habían tomado unos días. Probablemente se enfadase, pero de ese modo ganarían algo de tiempo. Lorna no se había mostrado conforme con eso, pero finalmente June había acabado convenciéndola.

Bajó la primera de las maletas hasta el piso de abajo y al volverse topó con una figura extraña que a punto estuvo de arrancarle un grito de la garganta y sin embargo, se quedó en un susurro ahogado:

—Eugenne...

El vampiro se colocó las gafas de sol sobre la cabeza y entornó los ojos ante la embestida del astro diurno que penetraba desde la ventana. Caminó en largas zancadas hasta allí, sin soltar a June del brazo que había apresado y bajó las persianas hasta que el salón quedó en penumbra.

—Cuánto me alegra verte. ¿Te ocurre lo mismo?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Trato de recuperar lo que es mío.

—No sé de qué me hablas.

Eugenne le dedicó una sonrisa ladeada y a pesar de su actitud amenazante, no pudo evitar

reparar en su *look* diferente, adecuado seguramente para pasar inadvertido en Luzaria. Eugene parecía un chico más joven, como solía ocurrir siempre que no se arreglaba con el porte y la elegancia habitual en él. Llevaba el cabello largo recogido en una coleta y un abrigo negro sobre una camisa del mismo color.

—¿Dónde está mi *arkanai*?

La joven suspiró profundamente y supo que sería inútil seguir negándolo. Desde el primer momento había tenido claro que el vampiro se daría cuenta y lo único que había esperado era estar lo suficientemente lejos para entonces. El Muro estaba sellado y la situación entre noctis y lúzaros era más tensa que nunca, pero aparentemente, aquello no había sido impedimento para él.

—No lo tengo.

—¿No lo tienes? ¿Y dónde está?

—Se lo di a mi hermano... a modo de amuleto.

—Sabes perfectamente que no es un amuleto. June, no soy imbécil, aunque me hayas tomado como tal.

Guardó silencio y como le ocurría siempre que estaba nerviosa, los pensamientos y excusas se enredaban en su cabeza como una madeja de la que no podía extraer nada claro.

—¿Dónde está tu hermano? —insistió Eugene.

—No está aquí.

—¿Dónde está? —exclamó aún más molesto.

—Está en Noctia.

El vampiro frunció el ceño y cambió el peso de su cuerpo, colocando los brazos en jarra.

—Mientes. Han sellado el Muro, no podría haber cruzado.

—Cruzó con un licántropo. Él sí sabía cómo. Igual que tú, supongo.

—¿Y por qué tu hermano está en Noctia con un licántropo?

—Eso da igual. ¿Quieres el jodido *arkanai*? Pues bien, él lo tiene.

Eugene la miró largamente antes de volver a hablar.

—De acuerdo, pues esto es lo que haremos: yo iré a buscarlo y tú vendrás conmigo.

—¡Yo no puedo ir contigo! —exclamó ella, indignada.

—No pienso arriesgarme a que me estés tomando el pelo. Te vienes conmigo ahora mismo.

Volvió a agarrarla del brazo en el preciso instante en el que el timbre de la puerta sonó. Los dos se detuvieron, mirándose.

—Son mis amigas —le explicó June—. Nos vamos a la Sierra de Olimpia durante una semana.

—Oh, no te vas a ninguna parte, al menos no con ellas, pero esa semana es tiempo que ganaremos para que nadie te busque ni dé la voz de alarma. Abre la puerta y deshazte de ellas.

June estuvo a punto de protestar, pero una vocecilla dentro de sí misma la acalló. Había pasado las últimas horas intentando contactar con Adrien sin conseguirlo y no podía negar que estaba preocupada. Eugene le ofrecía, de un modo poco amable y exigente, totalmente acorde al que podría exhibir alguien que ha sido robado, buscarlo y encontrarlo. Moverse por Noctia en su compañía sería de lo más seguro y así podría localizar a Adrien, de modo que acabó aceptando. Bufó, fingiendo sentirse molesta y acudió a abrir la puerta. Al otro lado de esta se encontró con los rostros entusiasmados de Liamara y Noaliah, elfa y humana respectivamente.

—¿Estás lista, June?

—Chicas, ha surgido un... imprevisto —se justificó ella—. Me temo que no voy a poder ir con vosotras a Olimpia.

—¿Cómo que no? —exclamó Liamara, decepcionada—. Vamos, no puede ser. Tiene que haber alguna...

Noaliah le hizo guardar silencio dándole pequeños codazos en el brazo y haciendo muecas con la cara para que mirase por encima del hombro de June. Lo hizo y reparó en la presencia de Eugene dentro de la casa.

—¿Ese es tu imprevisible? —preguntó Noaliah en voz baja—. ¿Cómo se llama y de dónde lo has sacado? ¡Está cañón!

—Se llama Eugene y no es... de Luzaria.

—¿Es un elfo?

—Eh... sí, es un elfo. Eugene. ¿Puedes venir?

El vampiro se puso tenso y June se percató. Había pasado poco tiempo con él en Noctia, pero el suficiente como para detectar los cambios en su sempiterna flema. Esbozó una sonrisa forzada y se acercó a la puerta.

—Quiero presentarte a mis amigas, Liamara y Noaliah. Él es Eugene, un... amigo. Elfo, como tú, Lia.

El vampiro la miró, forzando una sonrisa que clamaba a gritos por deshacerse y convertirse en una explosión de ira, pero no sucedería. A pocas personas había conocido con un mayor autocontrol. Aquello era absurdo y lo sabía, pero el cuerpo le exigía una pequeña venganza por la forma en la que el vampiro la había tratado aquella mañana y... ¿por qué no admitirlo? Por aquel beso perdido del que nunca habían vuelto a hablar.

—Bueno, tortolitos —dijo Liamara—, si no vais a poder venir a Olimpia, al menos tomemos algo y despídámonos. Vamos a estar una semana.

—No, lo...

—Claro, chicas —lo interrumpió June, sonriendo—. Aceptamos esa copa, ¿verdad, Eugene?

—Sabes que estoy algo indispuerto —se excusó él.

—Te vendrá bien tomar el aire —respondió Noaliah.

—Tiene razón. —June estaba disfrutando de forma maquiavélica con aquella inesperada encerrona. Se marcharía con él a Noctia y buscarían a su hermano, por supuesto, pero antes podía tomarse su particular revancha.

—Os esperamos en el coche —zanjó Liamara, al tiempo que agarraba a Noaliah del brazo y se alejaban.

—¿Qué cojones pretendes? —escupió Eugene.

—No pretendo nada, pero si no me despido amablemente de ellas, saltarán las alarmas. Llevamos una semana planificando el viaje, no creerán que acepto perdérmelo si no hay una buena razón, de modo que compórtate como esa buena razón, ¿de acuerdo? Solo tomaremos algo y nos largaremos. No será más de una hora.

—¿Una hora? Es de día y yo no soy ningún cretino elfo, sino un vampiro, ¿te acuerdas?

—Pues ponte las gafas de sol. Estás muy guapo.

Cogió la chaqueta que colgaba del perchero y abandonó la casa tras los pasos de sus amigas que ya los esperaban en el coche.

—No puedo creerlo... —murmuró Eugene.

Abrió una sonrisa encantadora y se bajó las gafas de sol de camino al vehículo.

aunque el dolor había llegado a resultar insoportable, a aquellas alturas ya se había acostumbrado a él. A lo que no lograba acostumbrarse era al tiempo que discurría en una agonía muerta, mientras era incapaz de moverse. Pensar en levantarse con las piernas rotas resultaba irrisorio, pero tal vez pudiera arrastrarse, si el maldito brazo se lo permitiera.

Una nueva visita interrumpió la maraña de pensamientos temerarios y alocados que lo distraían y celebró topar de nuevo con aquella muchacha, Tínessly. Estuvo tentado de pedirle ayuda con el dolor, pero guardó silencio. Demandar aquel auxilio lo expondría como un cobarde que ni siquiera podía soportar el sufrimiento físico. Para su fortuna, sin embargo, fue ella quien puso en liza aquella magia que enviaba el suplicio de su cuerpo muy lejos de allí. Resopló al percibirlo y la miró.

—Gracias.

—Nada de gracias. —Tínessly no se había movido de la entrada de la gruta y lo hizo para dejarse caer de rodillas al lado de Resryon. Era evidente que no estaba cómoda ni relajada. Llevaba una espada corta en la mano y su atención era presa del exterior, como si temiera la llegada de alguien—. En Akiteria todo tiene precio. Tú necesitas ayuda y yo también. Tú me la prestas a mí y yo te la presto a ti.

Resryon guardó silencio durante unos segundos, sopesando aquello.

—¿En qué puedes ayudarme tú y en qué quieres que te ayude yo? —se limitó a preguntar. Podía haberse perdido en lo absurdo de aquella propuesta, pero el mismo tiempo que lo había tenido allí postrado durante horas exigía pragmatismo y concisión.

—Ambos queremos salir de aquí, como todo el mundo y ninguno de los dos se ha resignado a lo imposible de hacerlo, al contrario que todos los demás. Formemos un equipo para llevarlo a cabo.

Resryon sonrió.

—Un equipo... Para eso necesito que obres un pequeño milagro que vaya más allá de la ausencia de dolor temporal. Tengo rotas las piernas y un brazo.

—No puedo ayudarte con eso. Si la reina se entera, no me espera nada bueno. Pero sé un poco inteligente, Resryon Vakko. A esa vieja le vuelven loca los hombres guapos.

El brujo alzó una ceja, desconcertado ante aquel apunte y Tínessly chascó la lengua, molesta ante su desconcierto.

—Ser rey de Akiteria supone muchas ventajas —le explicó—. Es evidente que le has entrado por el ojo y si te lo trabajas un poco, supliré a Zarik contigo.

—Oh, ¿el hombre guapo soy yo? Es todo un halago, teniendo en cuenta mi actual aspecto.

—Tómatelo en serio, principito, porque de eso depende que podamos salir de aquí. El rey de Akiteria mora en la celda más alta, con ella y tiene a mano todas las armas de la prisión, comida, fuego, lujos, enseñanzas. Hacen falta varias jornadas para acometer el abandono de Akiteria y necesitaremos todo eso.

—Enseñanzas...

—Cómo recuperar tu poder, brujería. La necesitarás, créeme. Todo eso está en la celda más alta; la llaman La Cumbre. Aunque después toque volver a bajar. Hace falta paciencia, pero el descenso siempre es más fácil.

—Hablas como si conocieras la distribución de Akiteria.

—Como la palma de mi mano, al menos la zona vertical. Lejos de lo que todo el mundo cree, la salida tiene que estar abajo.

Resryon frunció el ceño, desconcertado y por primera vez miró con atención a aquella joven. No debía de tener muchos más años que él, aunque en los vampiros la edad era algo engañoso, y a

pesar de su juventud se mostraba curtida en las penurias de Akiteria. Tenía el cabello rubio, de un ceniciento sucio y desvaído que había cortado a la altura de los hombros de forma poco ortodoxa y menos cuidadosa aún. Sus ojos eran azules, casi blancos, y resueltos. Tenía numerosas cicatrices y un extraordinario manejo de la situación. Pero nada de eso le sorprendía tanto como la certeza y seguridad con las que hablaba de la forma de abandonar la prisión.

—La Jerarquía —murmuró él—. Es siempre ascendente.

—Como la ambición —respondió ella en idéntico tono—. Uno quiere siempre subir más y cuanto más alto estás, más te alejas de ti mismo, de tu propia esencia. Abajo, peleando por sobrevivir, eres tú «yo» más primario. Eso enseña Akiteria. Algunos no lo aprenden nunca y otros lo hacen demasiado tarde.

El silencio se prolongó mientras ambos se miraban.

—¿Cómo sabes todo eso? No puedes saberlo.

—Sé mucho más que tú, Resryon Vakko. He visto la construcción de Akiteria.

—¿Cómo es posible? ¿Quién eres?

—¿Qué clase de preparación te dio tu padre? —preguntó ella, en un tono más relajado—. ¿De veras no te dice nada mi nombre?

—Tinessly —repitió él, como si tratara de caer en la cuenta. Ella permaneció inmóvil, en silencio, mirándolo. De algún modo pareció disfrutar del desconcierto del muchacho y aún potenció su regocijo cuando la expresión de Resryon se transformó—. Tine Hassul. ¿La hija de la emperatriz Tanray?

—Chico listo —le confirmó, al tiempo que aplaudía.

—Eres una vampira.

—Como mi padre.

—Tu padre era Aslur Hassul —repuso él. Doroyan había insistido mucho en el conocimiento de la historia, cada nombre, cada lengua, cada acontecimiento pasado marcaba el devenir del imperio. Siempre lo repetía. Pero Tine lo miró largamente y Resryon comprendió que no estaba en lo cierto.

—Aslur Hassul era brujo —le explicó ella—, príncipe de la *terra* de Telasia. Un nombre a la altura de lo que mi madre reclamaba para mantener la pureza en la estirpe, pero no era el hombre que amaba. Sus hijas fuimos fruto de su auténtico amor. Vladdos Belium, el Vampiro Monarca de Imblion. Fue algo poco común que cada una de sus hijas perteneciera a una raza distinta.

—El Monarca... Pero no puede ser, ¿qué sentido tiene que estés aquí? Y digo más: ¿qué sentido tiene que sigas viva?

—Llevo preguntándome todo eso mucho tiempo y al final he concluido que da igual. El caso es que estoy aquí.

Se puso en pie y oteó el exterior, asegurándose de que Resryon no recibiese ninguna visita indeseada. Su verdadera identidad había empezado a conocerse a lo largo y ancho de la prisión como un reguero de fuego imparable y aquello lo convertía en alguien muy popular, ya fuese para saldar cuentas pendientes o para expresar una absurda y ridícula admiración que de nada servía allí dentro. Akiteria podía funcionar como una jerarquía, pero ante ella, todo el mundo languidecía por igual.

—Mi madre logró la inmortalidad pactando con el barquero —empezó a explicarle Tine. Permanecía de espaldas a él, con la vista clavada en el exterior y las manos acariciando el techo bajo de la gruta. El viento caliente le mecía el cabello corto y arañaba su voz rasgada. Resryon miraba su espada, que había dejado a su lado sin mostrarse preocupada por ello—. En Los Cimientos moraban las gárgolas, los primeros noctis, hijos del mismo mundo, de la roca y la

tierra. Gracias a ellos pudo sellar ese pacto. Y alguien acabó, de forma inesperada, heredándolo después.

—Tú.

—Yo. —Tine lo miró y siguió hablando sin moverse de su sitio, pero con la atención ya fija en Resryon, que permanecía sentado en el suelo de la gruta, con la espalda apoyada en la pared—. Cuando mi hermana Listhy y yo teníamos quince años, alguien atentó contra la vida de mi madre.

»Listhy siempre había sido la preferida, la que lo hacía todo bien, la que siempre sabía qué hacer y qué decir. Yo era una inútil que no servía para nada.

»Tiempo después, supe que había sido mi hermana quien trató de acabar con la vida de nuestra madre. Listhy pactó con generales enemigos del imperio y lideró la rebelión. Ser la preferida de la emperatriz no era suficiente para ella. Anhelaba gobernar, pero nunca lo haría.

—¿Con quince años Listhy convenció a generales enemigos?

—No eras el único niño al que los poderosos respetaban, Resryon Vakko. Mi hermana era un auténtico monstruo sin escrúpulos y estaba dispuesta a entregar el imperio. Por supuesto, ese no sería su plan definitivo, pero si quería aliados había de convencerlos de que las *terras* serían libres.

»La inmortalidad de Caronte impedía a mi madre morir, pero fue capturada y torturada hasta un extremo que se le hizo insoportable por su propia hija, que la apremiaba a renunciar a la inmortalidad en su favor. Listhy me encerró en el Áleon, pero mi madre planificó su golpe maestro con la ayuda de dos soldados fieles. Vinieron a sacarme de allí y me arrastraron hasta Los Cimientos para transferirme su inmortalidad. Después me encerró en Akiteria para que mi hermana no diera conmigo. No fue un gesto conmigo, sino un castigo para Listhy. Sin embargo, las cosas no le salieron a mi madre como esperaba. Cuando la mataron, tras perder su don, no pudo pagarle a Caronte para cruzar al mundo de los muertos. Listhy había repartido los *arkanais* de las *terras* conquistadas a cambio de apoyo en su rebelión contra mi madre.

»Cuando mi hermana supo lo que había pasado, envió soldados a buscarme a Akiteria para despojarme de la inmortalidad y condenarme. Pero aunque invirtió una vida entera en enviar soldados a buscarme, nunca me encontró. Akiteria se lo traga todo, para bien y para mal.

»Listhy está muerta y su descendencia fue ocupando el trono: la línea Vakko de sucesión.

»No sé cómo, pero Liatli debió de desenterrar la historia. Probablemente sea tan ambiciosa como lo fue mi hermana.

—Liatli Hassul, así es. Descendiente tuya, no de tu hermana.

Tine se dejó caer al lado de Resryon, hombro con hombro, y siguió dando rienda suelta al océano de secretos que había guardado durante su larga estancia allí. El joven brujo tuvo la sensación de que debían de haberle pesado mucho durante aquellos años de cautiverio y ese día estaba liberándose de ellos con alguien que podía entenderla bien. Él también conocía el regusto amargo de la traición cercana, la más dolorosa.

—Mi hermana murió y Tine Hassul pasó a ser solo un nombre distorsionado en los libros de historia —añadió la vampira con aire abatido—, pero nadie más volvió a buscarme nunca. Hasta hoy. Liatli ha desenterrado mi nombre y sin embargo no puedo alegrarme.

—Es una descendiente tuya —insistió él.

—Su ambición está igual de podrida y la pesadilla empieza de nuevo. Ha enviado a nuevos soldados a buscarme y a la reina le ha jurado libertad si me entrega.

»Por suerte, la vieja no tiene ni idea de quién soy, pero ha dado inicio a su búsqueda y acabará descubriéndolo.

—¿Y crees que salir de aquí es más seguro?

—La inmortalidad debe pertenecerle a alguien hasta que pueda saldarse la deuda con Caronte y romper la maldición. Y esa es una carga con la que estoy cansada de lidiar.

Resryon giró la cara y Tine lo hizo también. Estaban tan cerca que parecían un par de amigos en una tarde aburrida, relatándose secretos.

—Cansada —murmuró él—. ¿Qué quieres decir?

—Que quiero renunciar a ella, pero sin otorgársela a Liatli.

—¿Y entonces a quién?

—De ti contaban todos que eras el protegido de los dioses y sigues vivo después de lo que ha pasado. Supongo que no les faltaba razón. Eres un general, Resryon Vakko, y te espera la campaña de tu vida. Vístete con la inmortalidad y serás completamente invencible.

—No estoy seguro de que mi papel sea ese.

—Cada uno de nosotros tenemos asignado uno. Aún no has entendido que empujarte al trono fue la manera de librarse del general.

Resryon la miró, confuso. Tine llevaba allí encerrada muchos años y, sin embargo, parecía ser más consciente de lo que había ocurrido fuera que él mismo.

—Mírate. —La vampira cogió su espada y la dejó caer con desdén sobre el regazo de Resryon, que no se movió—. Ni siquiera eres capaz de tocar un arma. Eso querían de ti, apartarte del lugar en el que podrías cambiarlo todo.

—Mi hermana tiene miedo.

—Pues arráncaselo. Y prepárala para que ocupe su lugar. Como te digo, cada uno de nosotros tiene un papel asignado. El de esa niña es el trono; el tuyo, la *Leggio*.

Resryon sonrió con amargura.

—¿Quieres concederme tu inmortalidad? Las almas de la estirpe de Vakko están condenadas en los fuegos de Athalion. Da igual que te apellides Hassul; eres descendiente de ella, igual que yo.

—Entonces libéranos. Tu padre, tu madre y tu hermana están allí, de algún modo.

—Créeme que lo sé. Me martirizo con eso cada día de mi vida. Ni muertos pueden descansar.

—Libéranos —repitió ella, como si ya estuviera muerta. La mirada de Resryon había vuelto a perderse en la nada y, de nuevo, se fijó en los ojos claros de Tine, ahora brillantes y cristalinos—. Estoy harta de vida, Resryon. Mi muerte a cambio de un ejército. Sé que muchos de tus hombres se traicionaron aquella noche, pero los Velados no lo harán.

—¿Los Velados? Son vampiros. Enemigos por antonomasia.

—Juzgaste a muchos como amigos y te traicionaron. Sé lo que sentiste cuando tus legiones se volvieron contra ti y te dejaron solo. No corras más a la hora de juzgar enemigos.

Tine se puso en pie como un resorte, aparentemente alarmada por algún sonido procedente del exterior. Recogió la espada que había permanecido en el suelo y le dedicó una última mirada.

—Vladdos —añadió—. El Monarca es mi padre. Lucharé por ti.

La fugaz desaparición de Tine y la eclosión de dolor en piernas y brazos fueron señales inequívocas de que aquella conversación había llegado a su fin y solo entonces, Resryon pudo empezar a digerirla.



8 Leal

Las tinieblas seguían engullendo el mundo. A Adrien le costaría acostumbrarse a esa sensación, como si el tiempo no discurriera, como si hasta el sol temiera emerger en aquellas tierras en las que el aire pesaba de un modo diferente y siempre arrastraba algo consigo. Allí todo parecía vigilante. Entre el laberinto de árboles que envolvían Telasia uno tenía la sensación de ser constantemente espiado. Los susurros llegaban convertidos en amenazas y eso que apenas llevaba allí unas horas. No sabía cuántas porque su reloj se había parado y contabilizar el paso del tiempo en un cielo sempiternamente negro era imposible.

Resopló al intentar levantarse y notó todo el cuerpo dolorido. Las piedras del camino se le habían clavado, pese al intento de Moran por encontrar una zona lo más despejada posible. Oteó el entorno y del licántropo no halló ni rastro. El gris seguía siendo dueño y señor de aquel universo extraño. Costaba aceptar que todo él colindase con lo que conocía y que solo un muro de piedra separase ambas realidades, mundos tan diferentes. El mundo de Resryon y el suyo propio.

Dio un respingo y se puso en pie al notar que sus piernas sucumbían al agua de la Vía Negra, que cada vez se asemejaba más a un río que a un camino. Moran había insistido en no alejarse demasiado de su curso, pues según había dicho, en su trazado la Ley de no agresión se respetaba; no así en el resto de territorios, donde cada raza era celosa de su *terra* y no permitía intromisiones.

No tenía ni la menor idea de adónde podía haber ido el licántropo, pero no parecía muy seguro quedarse allí. Por un momento temió que lo hubiera abandonado a su suerte. Adrien no había vuelto a quejarse en ningún momento; apenas había cruzado palabra alguna con Moran, que no parecía particularmente entusiasmado por cargar con él, pero aquel pensamiento le hizo sentir inquieto y decidió ir a buscarlo. Tenía los zapatos llenos de lodo y aunque el calor había sido la nota predominante todo el tiempo, mojado aún tras el aguacero, sentía algo de frío. Se sacudió el pelo y trató de ignorar el tatuaje que apenas se distinguía ya. Internarse en Telasia tampoco debía de ser lo más seguro del mundo, pero no podía quedarse allí de pie como un poste. Aquel mundo lo asustaba y negarlo era ridículo. Después, pensaba en Resryon y potenciaba un sentimiento de vergüenza, pero estaba allí a pesar de todo y no recularía. Aún le parecía absurdo aferrarse a esos pensamientos, pero no podía evitarlo y se solicitó un poco de compasión consigo mismo: Resryon no le reprocharía sentir miedo, sino que agradecería cada paso adelante, cada vacilación tumbada y cada duda roída con ese mismo temor. Todo lo hacía por él y lo haría aunque acabase difuminándose hasta su propia piel.

Se detuvo y escrutó el entorno. Su inquietud iba en aumento y ni siquiera la imagen del brujo lograba sacudírsela.

—¿Moran?

Su voz sonó ridícula. No se atrevía a gritar para no atraer a otras presencias indeseadas, pero susurrar tampoco le serviría para dar con el licántropo. Reculó ante un nuevo zumbido y reparó en

un fulgor azulado que recorría el bosque como una exhalación, zigzagueando entre los troncos, envolviéndolos a una velocidad pasmosa. Lo hacía en torno a él, estrechando el cerco, aproximándose cada vez más. Arrancó a correr y el fulgor lo siguió, cayó al suelo de bruces y sintió un dolor desgarrador en el cuello. Se llevó las manos hasta allí y trató de respirar inútilmente. La luz se hizo más fuerte hasta casi cegararlo, pero eso no le importaba porque no podía respirar. Gimoteó y trató de ponerse en pie sin llegar a conseguirlo. Algo lo empujó con fuerza y al quedar de nuevo boca arriba distinguió la figura de Moran. Con una mano lo mantenía contra el suelo, mientras que con la otra manejaba una daga. Antes de cerrar los ojos, aterrado, Adrien solo pudo ver un borbotón de su propia sangre salpicar al licántropo en el rostro. El fulgor había desaparecido, pero el dolor continuó siendo insoportable hasta que el puñetazo de Moran lo cortó, sumiéndolo en una noche aún mayor.

0

Las estridentes risas de las amigas de June estaban empezando a crisparlo. Eugene había efectuado hasta tres intentos de abandonar aquella terraza en la que habían tomado asiento sin llegar a conseguirlo.

Liamara hablaba sin cesar, mientras que Noaliah asentía o negaba con la cabeza en función de lo que su amiga contase y después, acababan estallando en escandalosas risotadas que ya habían llamado la atención de media calle. June sostenía un vaso de chocolate caliente que humeaba entre sus manos, mientras escuchaba las alocadas ocurrencias de Liamara. La joven guardó silencio durante unos segundos y miró a Eugene, que permanecía sentado en la silla, con la espalda apoyada sobre el respaldo y las gafas de sol puestas.

—¿De verdad no quieres tomar nada? —le preguntó Liamara.

El vampiro forzó una nueva sonrisa.

—De verdad, gracias —respondió de forma educada.

—Bueno, ¿Y dónde os conocisteis? —quiso saber Noaliah, visiblemente interesada.

—Sí, eso. June no nos ha hablado nunca de ti —corroboró Liamara.

—Eugene y yo nos conocimos hace poco de... manera casual —se adelantó la interpelada.

—¿En Luzaria? —insistió Liamara.

—Eh... bueno, sí, en Luzaria.

—Estás un poco callado —observó Noaliah—. ¿No te sientes cómodo?

—Estoy bien —respondió él de nuevo—. Resulta un tanto difícil hablar cuando está June, eso es todo.

—Sí, acapara la conversación, ¿verdad? —apuntó Noaliah de nuevo.

—Verdad. June, deberíamos irnos ya.

La tensión era más que evidente en la expresión corporal de Eugene. Mantenía las manos sobre su regazo con los puños apretados y la espalda totalmente erguida contra el respaldo, pero June no podía negar que estaba disfrutando de aquello.

—Oh, os estamos haciendo perder el tiempo —exclamó Liamara, entusiasmada.

—Tranquilas, chicas, no...

—Lo cierto es que me muero por estar a solas contigo. —Las palabras del vampiro la dejaron helada, a ella y a sus dos amigas. Eugene se inclinó hacia adelante, apoyándose sobre el reposabrazos de la silla que la joven ocupaba y se alzó las gafas sobre su cabeza. Brillaba el sol y

a buen a seguro estaba molestándole en los ojos, pero June tomó aquello como un desafío. No sabía de lo que era capaz ni conocía sus límites y en aquel momento tuvo la impresión de que Eugenne quería hacérselo saber.

Liamara y Noaliah rieron, intercambiando miradas cómplices y pequeños codazos.

—Os estamos haciendo perder el tiempo, sí —exclamó la primera.

—No pasa nada, chicas. Lo cierto es que...

Eugenne paseó su mano sobre la mejilla de la joven, que enmudeció de repente al tiempo que un rubor nuevo y extraño se apoderaba de ella. Debía de tener el rostro encendido y solo acertó a colocar la taza sobre la mesa, mientras el vampiro la miraba con una intensidad abrumadora.

—De acuerdo, nosotras nos vamos, pareja —zanjó Noaliah, poniéndose en pie—. Llámanos cuando regreses, June y cuéntanos...

Eugenne la besó y el silencio que se alzó en torno a ellos fue más sólido que nunca. June no sabía si aquello continuaba siendo un desafío, si el vampiro estaba riéndose de ella de algún modo o si había sido ella quien se había perdido en una fantasía ridícula que ya había vivido una vez y en la que no había podido dejar de pensar.

Cuando el vampiro se apartó estaban ya solos en la terraza. Liamara y Noaliah habían desaparecido, como lo habían hecho también los demás clientes. June frunció el ceño desconcertada y se llevó los dedos a los labios, cálidos y húmedos tras el beso.

—¿Qué has hecho? —preguntó, con un hilo de voz

—Besarte.

—¿Por qué?

—No lo sé.

June cogió la bufanda que había colocado en el respaldo de su silla y se puso el gorro de lana que había apoyado sobre su bolso. Se puso en pie y empezó a caminar de manera apresurada. Se volvió fugazmente para detectar a Eugenne siguiéndola a una distancia prudencial. Él volvió a colocarse las gafas de sol y, fundido con la gente en el paisaje invernal de Luzaria, de nuevo le pareció un chico normal, alguien con quien podría salir una tarde a tomar algo y dar un paseo cogidos de la mano. Pero no estaban paseando ni se cogían de la mano. Ni él era un chico normal ni estaban saliendo juntos. Y ser consciente de todo ello bajo el paraguas protector y desconcertante de aquel beso, la hizo sentir furiosa.

Había tratado de arrastrarse ligeramente sobre el suelo arenoso de la celda y apenas se había movido unos pocos centímetros. El dolor era ya parte de sí mismo, pero en aquel momento se sentía atado a un cuerpo inútil del que desearía despojarse. Todo en él era un peso molesto. Los brazos que le habían servido para alzarse con brillantes batallas, espada en mano, no eran sino dos colgajos a sendos lados de su cuerpo. Uno de ellos estaba sano —o todo lo sano que podía referir—, pero el otro era, con diferencia, la dolencia que más le lastraba en ese momento.

La llegada de la reina de Akiteria lo sumió en un desconcierto. No le alegraba particularmente verla allí, pues a ella le debía buena parte de su estado, si no este en su totalidad, pero después de la conversación con Tine, había deseado unas cuantas veces que la particular soberana de aquel reino podrido lo visitase.

—Te sigues moviendo —pronunció la mujer, torciendo la cabeza.

—Soy un culo inquieto.

—Aún no te lo he visto y si acompaña a todo lo demás es una verdadera lástima.

—Supongo que lo acompaña, está igual de destrozado.

Lucille abrió una sonrisa amplia y sincera en sus labios. Agarró al muchacho de los hombros, arrancándole un grito agónico al dar con el brazo roto y lo arrastró de nuevo hasta colocarlo en el mismo lugar en el que lo había dejado la última vez, con la espalda apoyada en la pared. Se agachó delante de él y le apartó el pelo de la cara al tiempo que lo miraba embelesada. Resultaba ridículo que alguien que había de luchar por respirar cada día de su vida, se deleitase en banalidades tales como la belleza ajena, pero así se lo había asegurado Tine y, a tenor de lo que la propia Lucille mostraba, parecía cierto. A pesar del lamentable aspecto que Resryon presentaba, la reina de Akiteria parecía fascinada con él y eso sería algo que debiera aprovechar en su favor.

La mujer deslizó la mano con la que antes le apartó el cabello a través de su mejilla, de su cuello y su pecho para detenerse a la altura del ombligo. Resryon la miraba en silencio, tratando de calibrar intenciones.

—Quiero ser tu rey.

Lamentó el estado de su garganta, que no le había permitido pronunciar aquellas palabras en un tono más alto y, por contra, había dotado a su voz de un aire seductor que no pretendía, pero el demonio parecía complacido y se mordió el labio inferior.

—Compíte con Zarik por la posición —le respondió con serenidad—. Si lo vences, reinarás a mi lado para siempre.

El brujo se tragó una maldición. Malgastar las escasas fuerzas que Akiteria permitía en una absurda competición por ser rey consorte de aquella chiflada no era algo que lo entusiasmase especialmente, pero según Tine aquella sería la única manera de llegar hasta La Cumbre, la celda más alta de la prisión, y proveerse con lo necesario para acometer la huida. Tampoco quería depositar una confianza ciega en Tine. No la conocía e ignoraba si realmente pudiera necesitar su ayuda o si quisiera verlo tan muerto como buena parte de aquella prisión, pero no era alocado pensar que una mujer que se autodenominaba reina gozase de privilegios que otros solo pudieran soñar. También había mostrado debilidad por todo aquel que le entrase por los ojos y lo que parecía claro era que algo debía obtener quien estuviera a su lado; de lo contrario, Zarik no permanecería ahí. Algo lo conocía.

—No puedo competir con él en igualdad de condiciones —respondió con la voz rasgada.

Lucille paseó las manos por sus piernas y tomó asiento sobre su regazo, haciéndolo gritar de nuevo. Había dejado caer todo su peso sobre las piernas de Resryon y sobre ellas se movía de forma socarrona, hasta que, poco a poco, el dolor desapareció y el demonio zanjó la situación con un beso en los labios; los desvió hacia su mejilla y descendió por su cuello, lamiéndolo y provocándole una pequeña quemadura.

—La competición empieza hoy —susurró antes de levantarse e irse.

Resryon se llevó la mano al brazo roto y comprobó que ya no lo estaba. Después, movió las piernas, incrédulo, y ratificó lo mismo. Se puso en pie y la emoción estuvo a punto de embargarlo. Escupió en el suelo y desterró la imagen de Adrien de su mente con rapidez. Su rostro asaltaba asiduamente su cabeza, pero no podía permitirse debilidades allí dentro. La propia Lucille era una prueba de que tenerlas mataba.

«La luna es algo que está en tu cielo y en el mío». Eso le había dicho a Resryon una vez y era cierto. Podía verla con nítida claridad en aquel firmamento negro y salpicado de estrellas. Los jirones de nubes se desplazaban a merced del viento, que había amainado allí, pero que soplaba con furia en la inmensidad del éter, liberando a los astros de su peculiar prisión. Se mantenía tumbado, presa de un fuerte dolor que le generaba sudores fríos y temblores. Movi6 ligeramente la cabeza y atisb6 la figura de Moran, sentado a su lado. El hombre se llev6 algo a la boca, una especie de hierba alargada y fina y despu6s, la coloc6 sobre su cuello. La sinti6 fría y trat6 de mover la mano para llevarla hasta allí, pero Moran no se lo permiti6.

—Tranquilo, chico, te pondrás bien.

Aquella era la primera vez que el licántropo le dirigía palabras amables, unas que intentaban tranquilizarlo y aquello no pintaba nada bien.

—Te ha mordido un *áralo*. No te hubiera sucedido si me hubieses esperado en la Vía Negra, pero eres humano. Los humanos no escuchan y adem6s, no...

Guard6 silencio despu6s de mirarlo. Adrien continuaba con la vista clavada en el cielo, con los dientes apretados y soportando estoicamente el dolor.

—Habr6 pasado en unas horas —se limit6 a seńalar el hombre—. Las brujas y brujos convocan *áralos* para que cacen. Atacan a todo lo que se mueve, con m6s vehemencia cuanto m6s deprisa. Despu6s, los liberan de su magia y los dejan que se apaguen poco a poco. La brujería se disuelve con el paso de las horas y se extinguen, pero hasta entonces son letales. Su ponzońa mata lentamente, a menos que aplique esta cataplasma y a veces, ni así.

Adrien prefiri6 no darle vueltas a aquellas palabras. El dolor era demasiado intenso como para prestarles atenci6n y de todos modos, no era algo que estuviera en su mano. Trataría de aguantar y no se quejaría. A buen seguro, Resryon lo había pasado mucho peor. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos no dependía de él y Adrien nunca había temido a la muerte. Si había de llegar, solo esperaba que Moran cumpliera con lo que habían ido a hacer: sacar a Resryon de Akiteria.

Llovía en Noctia, al menos en *terra* licántropa y June caminaba muy rezagada respecto de Eugenne, que había de detenerse continuamente para esperarla. Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. June estaba molesta y al vampiro se le hizo evidente, pero temía la razón y no tener argumentos para contrarrestarla. En Luzaria la había llevado prácticamente a rastras para recoger las maletas y despedirse de su madre. Por suerte, las auras no se captaban por tel6fono y

Lorna no habría podido saber que su hija le hablaba al lado de un vampiro y que le estaba mintiendo.

Las maletas se habían quedado al otro lado del Muro. Eugene le había asegurado que no cargaría con ningún trasto inútil y aunque June había arrastrado una de ellas durante unos pocos metros, había acabado por rendirse ante la indolencia del vampiro.

Caminaban con los pies sumergidos bajo el acuoso trazado de la Vía Negra, cuyo nivel les alcanzaba ya las rodillas. June lidiaba con los nervios y el enfado, y en aquel momento no sabía a cuál de los dos dar prioridad. Eugene se detuvo por enésima vez y volvió a esperarla.

—Antes de que mantengas esa cara, te recuerdo que he sido yo quien se ha pasado más de una hora soportando a tus amigas —le espetó furioso—. Y que he tenido que hacerlo porque me robaste algo que te entregué en confianza.

—¿Tú me hablas a mí de confianza? —respondió ella, incrédula. Avanzó a largas zancadas, venciendo la resistencia del agua y se plantó ante el vampiro—. Me ocultaste un sinfín de información cuando me encomendaste la misión suicida de sonsacarle a tus propios aliados, los brujos. Y para que lo sepas, mis amigas son maravillosas. Has sido muy descortés con ellas.

Eugene cambió el peso de su cuerpo y June estuvo segura de que habría suspirado si respirase. La miró y ella esperó a que siguiera hablando, pero el vampiro se limitó a efectuar una pregunta que estuvo a punto de crispar sus nervios aún más.

—¿Qué pasa? ¿De veras estás furiosa porque no he sido amable con tus amigas?

—Has dejado mis maletas tiradas en el Muro.

—Llevabas ropa para seis legiones.

—Me has arrastrado hasta Noctia como una prisionera.

—Me robaste el *arkanai*.

—Me has besado dos veces y luego finges que no ha pasado nada.

Eugene enmudeció ante aquel reproche que no esperaba.

—Lo siento —fue lo único que logró hilvanar.

—Las dos veces lo has solucionado con un triste «lo siento». Es patético. Y más lo es aún que yo no deje de darle vueltas y de pensar en ello, como si mereciera la pena.

June lo rebasó y empezó a caminar con toda la premura que no le había concedido al trayecto anteriormente. Eugene tardó unos segundos en seguirla.

—Tienes razón —acabó aceptando—. Sin embargo, estoy seguro de que no beso al aire. Supongo que tú también tendrías algo que decir.

June se detuvo y volvió a girarse.

—La primera vez que lo hiciste fue en plena conversión. ¿Crees que era el momento más lúcido de mi vida?

—Probablemente no y siento haber escogido tan mal el momento.

June bajó la mirada. No había tratado de culparlo ni de reprocharle nada, pero lo había parecido. Suspiró y se mantuvo inmóvil, con el agua hasta las rodillas y completamente empapada por la lluvia.

—Probablemente no debería darle importancia —confesó—. Puede que sea una costumbre vampira o...

—Vamos, June, sabes que no.

Eugene se acercó unos pocos pasos.

—Ni forma parte del ritual de conversión ni pretendía darte una lección frente a tus amigas ni es una costumbre vampira. No sé... —Rio y se llevó las manos a los ojos, mientras negaba con la cabeza—. Dioses...

—Creí que lo único que nublaba tu elocuencia era la tierra en la boca.

El vampiro se apartó la mano de la cara y volvió a mirarla

—Tú también lo consigues.

June alzó una ceja. Aquello no era gran cosa, pero sí un principio.

—Porque hablo demasiado, ¿no? —preguntó sonriendo.

El vampiro correspondió a su gesto y aquella era la primera vez que lo veía relajado desde que se presentase en su casa por la mañana. Le agradaba verlo de aquella guisa aunque rara vez la situación acompañase.

—Sí, eso también. Pero aun cuando callas, no sé qué decir ni cómo controlar lo que... hago. Y una vez más no escojo el mejor momento, pero si te sirve de algo yo tampoco me lo he quitado de la cabeza.

—*Wow*. Ahora sí estás siendo claro.

A pesar de la sinceridad con la que había impregnado cada palabra, Eugene exhibía un aire tímido que a June le resultó encantador. Se acercó a él y volvió a besarle sin que el vampiro tratase de resistirse o hiciera algo más que abandonarse a aquel beso.

—Deberíamos seguir —dijo él cuando ella se apartó.

—Pues sigamos —respondió June ante de embestir de nuevo sus labios. Topó con la sonrisa abierta del vampiro, que correspondió al gesto y habló de nuevo cuando pudo:

—Me refería al camino, June.

Enredaba sus dedos en los tirabuzones de la joven, que se mantenía aferrada a él, con las manos sobre su cintura.

—¿Cuánto falta para la maldición?

—Horas.

La respuesta le erizó el vello y se dejó llevar cuando Eugene la tomó de la mano y siguió caminando.



9 El rey de Akiteria

El concepto del tiempo era distinto en Noctia. No discurría con la misma continuidad que en Luzaria, aunque uno podía seguir desgranando días en un cómputo que en Akiteria, particularmente, se hacía eterno. Y sin embargo, a Resryon nunca le había pesado tanto cada segundo como hasta entonces. A aquella reflexión le sumó la de la perspectiva. Había nacido en el Áleon, la fortaleza imperial, rodeado de personas dispuestas a hacerlo todo por él. Su pronto ingreso en las legiones había añadido dificultad a su vida. No podía decir que fuera fácil, pero tampoco un infierno. Su posterior llegada a Liverna, tras el asalto de Liatli al trono de Doroyan, sí lo había hecho conocer las más bajas miserias de la condición vital, todo aquello a lo que podía enfrentarse alguien que anhelase seguir respirando aunque no viviendo. Aquel instinto estaba demasiado arraigado en él y aunque no hallase razones por las que continuar, simplemente lo hacía. Más allá del breve tiempo transcurrido en Luzaria, Akiteria había modificado todas y cada una de sus perspectivas. De pronto, los sufrimientos de Liverna parecieron menores, como menores los desafíos que allí encaraba.

Y sumido en esas largas reflexiones que Akiteria le proponía, recibió una nueva visita: Zarik se descolgó en la celda con suma facilidad y le dedicó una mirada casi divertida.

—¿Qué te propones, Resryon Vakko?

El interpelado se mantuvo en su sitio, devolviéndole el gesto con una sonrisa abierta y sarcástica.

—Sabes que siempre aspiro a lo máximo.

—Hubo un tiempo en el que te bastó con respirar.

Zarik se dejó caer al otro lado de la gruta, con la espalda apoyada en la pared y suspiró hondamente mientras se aferraba una muñeca con la mano, apoyados ambos brazos sobre sus rodillas.

—¿Ha sido una patraña para que te cure?

—Curarme era un paso en el camino, está claro. No me puedo enfrentar a ti en tal desigualdad. Sería indigno, ¿verdad, Zarik?

—Quieres ocupar mi lugar aquí. ¿Vas a conformarte de nuevo con una vida en La Cumbre? ¿En la celda más alta? ¿Ya está?

—Hablas como si fuera un objetivo menor. Es lo que tú estás haciendo. ¿Cuánto llevas aquí?

—El tiempo suficiente como para llevarte una buena ventaja.

La sonrisa se había atenuado hasta desaparecer en el rostro de Resryon.

—Te uniste a ella, me traicionaste. La herida más honda que me han infligido en la vida con diferencia. No tiene mucho sentido que acabes en el mismo sitio al que, de algún modo, me enviaste.

Zarik había apoyado la cabeza sobre la pared irregular de la gruta. La alzó ante el tono que había adquirido la voz de Resryon.

—Liatli mató a tu padre y a tu hermana; también a tu cuñado. ¿A quién quieres engañar? La herida más honda es...

—Liatli no me juró nunca nada. Ni siquiera la conozco. Mató a mi padre y a mi hermana, a mi cuñado; lo intentó conmigo y con mi otra hermana, también con mi sobrina, que solo era un bebé por aquel entonces. Es otra herida honda, claro que sí, pero no duele como la traición de alguien a quien le diste todo para que te destrozase sin piedad.

Se hizo un silencio largo y doloroso, una alfombra roja a esas sensaciones que no encontraban salida en las palabras, que necesitan flotar enrareciendo el ambiente y acrecentando la percepción de asfixia que ofrecía Akiteria.

—Tu muerte no entraba en el trato —confesó Zarik al fin—. Pero cuando me dijo que te habían matado yo...

Resryon sonrió.

—¿Te rebelaste? No deja de ser gracioso.

—Todo el mundo decía que estabas muerto.

—Sí, Elain y yo nos encargamos de extender el rumor. Ottana estaba a salvo y mi sobrina, también. ¿Para qué remover más la mierda? A ella le aterraba el trono. Me bastó saber que vivía lejos de todas esas intrigas que siempre aborreció, que era todo lo feliz que podía anhelarse para ella. Y quise dejar las cosas así.

—¿Y la venganza?

En esta ocasión fue Resryon quien dejó caer su cabeza hacia atrás, mirando el techo.

—A la mierda la venganza. No iba a devolverme nada.

—La maldición.

—Seguí respirando solo por eso, la jodida maldición. ¿Pero qué iba a hacer contra ella desde Liverna? Sin ejército, sin una puta lealtad que se hubiera mantenido en su sitio. Me vendisteis todos. No sé qué os juró, pero apenas quedaron en su sitio cuatro generales: los tres de la Argentum y uno de la Áurea.

—Juró que la maldición acabaría. Ella no es una Vakko.

—La Vía Negra lleva días encharcándose. Ella es una Hassul, pero desciende de Tanray. La maldición no va a terminar con ella y si así lo creísteis, no sois más que una panda de imbéciles que tendrá lo que merece.

—¿Y para qué has vuelto si no piensas luchar?

Alzó de nuevo la cabeza y sus ojos verde azulados se clavaron en las grises tormentas de Zarik.

—Oh, sí que voy a luchar, ahora sí. Voy a destrozaros.

—Vaya, ¿Y dónde estaba hasta ahora el Resryon vengativo? ¿Qué cojones ha cambiado?

—Que Ottana ha regresado para reclamar el trono. Eso ha cambiado.

—¿Ottana? ¿Reclamando el trono?

—Honrando a su familia, a su nombre, a su sangre. Mi hermana no es ninguna cobarde. Solo era una niña asustada y tenía todo el derecho del mundo a serlo.

—Liatli la destrojará si da un paso en esa dirección.

—No lo hará. Porque me tiene a mí.

—Y a ti te tiene Akite... No quieres La Cumbre para establecerte en un lugar seguro. ¿Para qué entonces, Resryon? No se puede salir de aquí.

El joven brujo sonrió.

—Por lo pronto, Zarik Noleon, quiero tu puesto y tu rol.

Moran se detuvo al hallar el improvisado camastro vacío. A decir verdad no era más que su capa hecha un guiñapo, pero de Adrien no había ni rastro aunque solo se había ausentado unos pocos minutos para dar caza a un conejo. Se irguió al escuchar unos pasos acercándose desde el profundo río que conformaba ya la Vía Negra. Adrien presentaba mucho mejor aspecto aunque continuaba pálido y con el pelo revuelto. Su camiseta estaba impregnada en sangre y parecía cansado.

—¿Dónde demonios estabas?

El muchacho se dejó caer al suelo, en esa especie de campamento en el que había pasado aquella noche infernal. En aquel momento agradeció la sempiterna oscuridad de Noctia porque los rayos de sol hubieran potenciado su dolor de cabeza; estaba seguro.

—Necesitaba beber. Estoy sediento.

Le costaba hablar. La herida en la garganta continuaba enviándole chispazos eléctricos, pero Moran había aplicado sobre ella un extraño mejunje de hierba que la mantenía taponada y que le había dejado la piel tirante.

—Es normal —respondió el licántropo.

Moran azuzó las casi extintas llamas de la fogata que había prendido hacía unas horas y paseó la mirada por el entorno, tratando de asegurarse de que estaban solos.

—He cazado algo —informó.

—No tengo hambre —respondió Adrien—. Tengo el estómago revuelto y ni siquiera sé si podría tragar.

—Todo ese malestar es normal, chico. Pasará. Lo peor ha quedado atrás.

—¿Entonces no me voy a morir? —preguntó, con un tímido amago de sonrisa. Moran lo miró y negó con la cabeza, mientras sonreía irónicamente.

—No, de esta no. Pero ten cuidado cuando decidas poner un pie en *terra noctis* sin preguntar primero.

—Lo tendré.

—Aunque no quieras comer nada deberías hacerlo. Te debilitarás si no.

—Vale, lo intentaré.

Moran lo miró de nuevo mientras despellejaba la pieza que había cazado.

—Me sorprende tanta diligencia de pronto. ¿A qué se debe?

—A que él ha sufrido mucho más que yo. No quiero ser un crío que no hace más que quejarse y poner en uso manías ridículas.

Una vez despellejada la pieza, Moran la ensartó en su daga y empezó a cocinarla del único modo en el que podía hacerse.

—No puedes compararte a él —señaló mientras tomaba asiento a su lado—. Quiero decir, Res es hijo de un emperador y tú...

—Yo, un don nadie, ya lo sé. —Se llevó la mano al cuello y palpó la textura del cataplasma al tiempo que hacía un mohín—. Y que no pintamos nada juntos, también lo sé. No tiene nada que ver con eso.

—Lo que quiero decir es que él nació en un mundo de espadas, guerras, brujería y maldiciones. Y tú en uno más acomodado. Él está acostumbrado a las más complicadas condiciones. Era príncipe y ya desde niño su aprendizaje fue muy férreo y disciplinado: historia,

geografía, lenguas antiguas. A los trece años ya estaba en la legión y con dieciocho ganaba batallas de ensueño. No dirigiéndolas desde la trinchera, sino liderándolas, en primera línea, igual que los demás. Tú no tienes por qué saber lidiar con nada de eso, ni con espectros de brujería. Por eso valoro que estés aquí, que seas capaz de enzarzarte en Noctia... y que lo hagas sin quejarte. Por él.

Adrien permanecía sentado sobre una roca, con el cuerpo inclinado hacia adelante y guardando un total silencio mientras Moran había hablado. Durante los días que había pasado con Resryon había tenido la sensación de que entre ellos había otro peculiar muro tan infranqueable como el de Caronte; un muro que no le había permitido saber nada del muchacho. Por eso, escuchar detalles sobre su vida, su niñez y su carácter le agradaba.

—¿Cómo es? —quiso saber.

—¿Resryon? Siempre fue un crío obediente con su padre, amoroso con sus hermanas, protector a más no poder. Perdió a su madre cuando era un niño y nunca lloró. No debía hacerlo.

—Eso es una gilipollez.

—Puede que en tu mundo lo sea. A él se le exigía la capacidad de sobreponerse a lo adverso.

—Todo el mundo tiene derecho a sufrir. Y a expresarlo.

—No digo que Ántico fuera un imperio ejemplar. Pero era el suyo. Querías saberlo, ¿no?

—Lo siento —se disculpó Adrien—. Te he interrumpido.

—Me has interrumpido y quieres saber más.

Moran retiró la pieza del fuego y la colocó sobre una enorme hoja para dejar que se enfriase.

Adrien sonrió mientras observaba el humeante conejo.

—Eso es, quiero saber más.

—¿Y qué más, muchacho?

—Me has hablado del niño. Háblame del chico que es ahora.

—Ahora... —murmuró Moran con la mirada perdida—. Puedo hablarte del chico que era hace cinco años. Disciplinado, serio, noble, leal, sencillito, cercano. Un ejemplo para los muchachos de la Praes, la legión de formación. Res pasaba mucho tiempo fuera de casa, en las eternas conquistas, pero cuando estaba en el Áleon siempre encontraba un rato para pasarse por los cuarteles y ayudar a los críos que empezaban. Ante sus enemigos se granjeó tanto respeto como ante sus hombres.

»Después, todo se fue a la mierda y él acabó en Liverna tras el asalto al trono y la muerte de su familia. Se negó a luchar, a vengarse, a recuperar todo lo que le habían arrebatado. No sé decirte qué quede de Resryon Vakko en el chico que es hoy.

—Y... él... A los príncipes se les casa por conveniencias y esas cosas, ¿no?

Moran rio mientras le daba un pedazo de carne a Adrien.

—Parcela sentimental, ¿cómo has podido olvidarla, viejo lobo? Nunca fue un chico de muchas conquistas, al menos no aquellas que no se dieran en un campo de batalla. Todos le atribuían un romance con Anven Drokoriah, una chica con la que creció; su mejor amiga y ellos se divertían alimentando el rumor, pero no había nada.

»Res no era el heredero, así que ni siquiera tenía por qué unirse a nadie. Doroyan no obligó nunca a ninguno de sus hijos a emparentarse. La única pareja que se le conoció fue Zarik Noleon, rey de Catarno y Domarna. Sé que tontearon durante un buen tiempo hasta que la cosa estalló. Él lo traicionó, como lo traicionaron todos y se acabó.

—¿Lo traicionó? —preguntó Adrien, sorprendido.

—Sí, eso es. Catarno y Domarna eran *terras* anexionadas, pero el rey entregó sus legiones a Liatli para apoyar el golpe en el trono.

—Joder... ¿pero por qué?

—Por lo mismo que lo hicieron todos los demás: Lialti los convenció del final de la maldición bajo su gobierno, pues su apellido no era Vakko. Una idiotez, la maldición sigue tan viva como siempre y si alguien podía acabar con ella, ese era él.

—Has dicho que tontearon... ¿No era algo serio?

—Resryon no sabe moverse en esa parcela si no es en serio, entregándolo todo. La frialdad que lo guía en el campo de batalla es pura impulsividad en el corazón. Mil veces se lo reproché.

—Tal vez no lo conozcas tanto como crees. Parece que sí sabe moverse en simples tonteos.

Moran dejó de masticar mientras veía a Adrien acariciarse el antebrazo, despojado prácticamente de la marca élfica.

—No debería decirte esto —murmuró al cabo de unos segundos—, porque alimentará algo que debería estar muerto, pero...

—¿Pero qué? —preguntó el joven con impaciencia.

—Conozco a ese muchacho desde que nació y lo quiero como a un hijo. Doroyan era mi amigo. Pero no albergues grandes esperanzas de encontrarlo vivo. Akiteria es una muerte lenta y agónica. Si esa idiotez que os habéis trazado en el brazo está desapareciendo, no es porque haya olvidado ese sentimiento.

—Resryon no está muerto.

—Resryon no va dibujando corazones en las paredes con simples caprichos que luego tacha y olvida. Si te complace saberlo, probablemente estuvo o está enamorado de ti hasta arriba, pero es una idiotez y solo podía acabar mal.

—¿Y por qué?

Adrien se sorprendió a sí mismo defendiendo su historia con Resryon a pesar de todos los argumentos que sumaban peso en la balanza de pros y contras. Moran lo miró sin decir nada.

—Dices que es diferente, el mejor. Si alguien puede salir vivo de Akiteria es él. Y lo hará. Lo haremos.

Se puso en pie y dejó caer el pedazo de carne que había tratado de comerse sin demasiado éxito.

—Y ahora, ¿nos vamos? Hay que seguir.

—Sí, será mejor. Hay que abandonar hoy mismo la Vía Negra. De lo contrario, toparemos con el barquero.

—¿Hoy?

—Hoy es el día.

El castillo de Estyria alzó en ella recuerdos que aun siendo recientes le parecieron recolectados en otra vida. Eugenne empujó la verja que los adentraba en su propiedad y esperó a que June cruzara.

—¿Y mi hermano? Tenemos que encontrarlo.

—El barquero surcará la Vía Negra en cualquier momento —respondió el vampiro con gravedad—. Nadie en su sano juicio haría por topar con él. Dijiste que tu hermano está con Moran Tropps, antiguo general de la Legión Argentum, un perro desgraciado que sirve a otros a falta de causas propias, pero un seguro de vida, si he de ser objetivo. No le pasará nada.

—Adrien no responde al teléfono y ni siquiera tengo la certeza de que haya leído lo que le dejé escrito en el cuaderno de su mochila. Le advertí de todo lo que podía encontrarse aquí, pero...

—June, no le pasará nada. No podemos ir ahora a por él.

Tragó saliva, nerviosa e inquieta, pero Eugene se acercó a ella y sujetó sus manos con suavidad.

—Confía en mí.

0

Una neblina diferente había engullido a la misma noche, arrancándole luces al cielo. No había estrellas ni luna, aunque tampoco nubes que cubrieran su lejano brillo. El aire había cejado, olvidándose de mecer las copas perennes de los árboles. En Noctia, el silencio nunca era completo y, sin embargo, en aquel momento no se escuchaba ni el zumbido de un insecto. El mundo entero había enmudecido. El Imperio de la noche pasó a ser el del silencio.

Moran aceleró el paso y Adrien le seguía el ritmo sin apartar la mirada de la Vía Negra, convertida en un río del mismo color. Durante toda la jornada el nivel de su cauce había ido aumentando como si en su fondo hubiera existido un surtidor. Pero ahora, su superficie era un espejo estanco de cristalina visión.

—Estamos cerca —le advirtió Moran—. Corre.

Y Adrien corrió hasta que el temblor en el suelo lo hizo detenerse. La tierra vibraba y los árboles se sacudían. Por un momento sintió que Noctia se desencajaba de sus cimientos, como si un gigante la hubiera arrancado del mundo. En las calmas aguas del río empezaron a moverse unas ondas suaves, iguales a las que generaría la lluvia al puntear su superficie. Adrien miró a Moran y este tiró de su camiseta para apremiarlo a correr.

—¡Vamos, no te pares!

Lo siguió, adentrándose en la espesura y avanzaron a una velocidad vertiginosa. Saltó troncos tumbados, esquivó ramas traicioneras y no perdió un solo centímetro de distancia con respecto al licántropo, que se volvía a cada segundo para asegurarse de que continuaba tras él.

Un crujido colosal sonó en el silencio profundo, resquebrajándolo por completo. Adrien aminoró el paso, pero Moran lo apremió a seguir corriendo. Tras el bramido, el silencio logró ser aún más hondo. Adrien se detuvo, resollando y tuvo la impresión de que el cielo de Noctia se había convertido en las enormes fauces de una bestia invisible capaz de devorar lo que ya ni siquiera existía.

—Ya ha salido —exclamó Moran—. Vamos.

Adrien lo miró, pero no osó moverse de su sitio. Moran reuló y lo agarró de nuevo de la camiseta para tirar de él y avanzar, ya más despacio a través de la espesura. En pocos minutos hubieron llegado a una casa perdida en mitad de ninguna parte. Resultaba aterrador ver lo cerca que estaba de la Vía Negra, pero aquel detalle pareció no inquietar al licántropo; tal vez porque ya la conociera. Estaba fabricada en madera y barro, viejos tablones medio podridos que, a duras penas, se sostenían y que habían pagado claras las inclemencias del tiempo. Moran se acercó, mientras Adrien no dejaba de voltearse. El suelo seguía temblando, apenas ya un zumbido, pero constante e incontrolable.

El licántropo llamó y la puerta no tardó en abrirse. Una mujer de cabello blanco y ondulado salió a recibirles. No podía negarse cierto parecido a Hilmagenta Breaker, aunque Atalanta no poseía el halo resplandeciente de la feérica; no en vano era una bruja. La mujer les dedicó una mirada neutra y se hizo a un lado, permitiéndoles la entrada.

La temperatura no se modificó demasiado en el interior de aquella casa, que por fuera parecía más pequeña de lo que resultó ser por dentro. La chimenea estaba apagada aunque en su interior colgaba un humeante caldero. Había anaqueles forrando todas las paredes y una mesa gruesa con un par de sillas como único mobiliario. Las botellas, ampollas y mejunjes atiborraban cada rincón y un olor extraño envolvía la sala.

—Llegáis a tiempo para la cena —dijo únicamente la anfitriona.

Moran le dedicó una mirada a Adrien y tomó asiento a la mesa, al tiempo que le indicaba con la cabeza que hiciera lo mismo. El joven se sentó frente a él y miró con curiosidad el cuenco lleno de un caldo rojizo que Atalanta le servía.

—Gracias —murmuró.

La bruja asintió y, cuando los hubo servido, se acercó hasta la ventana, a través de cuyos cristales se limitó a observar en silencio. Adrien miraba a Moran, buscando gestos cómplices en el licántropo. Este alzó una ceja y devoró la sopa con naturalidad. El plato no presentaba el mejor aspecto, pero al menos aquello no le exigiría un arduo esfuerzo para tragar y, en las condiciones en las que su cuello se encontraba, no podía solicitar más.

De pronto, una niña de cabello oscuro y ojos verde azulados asomó a través de la puerta. Tenía el cabello largo y lo recogía en una trenza de la que escapaban multitud de mechones. La chiquilla sonrió antes de entrar y caminó hasta los brazos de Atalanta, que la cargó con cariño.

—¿Son los amigos de Res? —preguntó la cría.

—Sí, mi amor. Ellos son los amigos de tu tío.

Adrien la miró, con un amago de sonrisa pidiéndole asomarse a sus labios e incapaz de engullir un sola cucharada más. El parecido con Resryon era innegable: el mismo color de ojos, el mismo color de pelo y ese tono tostado de su piel.

La pequeña se revolvió para que Atalanta la soltase y, cuando lo hubo conseguido, se acercó a Adrien.

—¿Eres amigo de mi tío? —preguntó la niña.

—Sí, más o menos —respondió él.

—¿Tú sabes cuándo volverá él?

Adrien tragó saliva y dirigió la vista a Moran, como si solicitase ayuda.

—Alea —le dijo este—, el barquero ha salido hoy. Sabes que no se puede andar por ahí.

—Lo sé. Pero solo serán unos días.

—Sí, bueno. De momento tu tío no va a poder venir.

—Pero lo hará pronto —añadió Adrien—. Seguro.

—¿Seguro?

A Alea se le iluminaron los ojos y a Adrien ni siquiera le importó el mudo reproche con el que Moran y Atalanta lo miraban. Lucharía lo indecible para que Resryon pudiera estar algún día de nuevo frente a su sobrina, aquella niña que con apenas cuatro o cinco años hablaba de su tío con el aura encendida.

El sol arañaba con furia la roca de la montaña y el interior de la celda se convertía en una extensión del infierno. Resryon sudaba y sentía el pelo húmedo, cayéndole en bucles desordenados sobre la frente. Se mantenía sentado, reclinado en la pared y con los ojos cerrados. A pesar de eso, percibía la mirada de Zarik clavada en él y casi podía atisbar los pensamientos del brujo. Estaba seguro de que la sombra del arrepentimiento había nublado su mente en alguna ocasión aunque prefiriese una tortura antes que admitirlo, pero Resryon lo conocía bien.

Llevaban una infinidad de horas que aún parecieron más allí sentados, cada uno en la pared opuesta de aquella tumba anticipada. Zarik estaba cerca de la salida, mientras que Resryon se mantenía en la parte más profunda, ambos en silencio.

Voltaron la cabeza cuando Lucille se presentó allí. Ya no enviaba emisarios y eso daba buena muestra de la importancia que le concedía a aquel ridículo asunto, y es que en Akiteria, cualquier minucia podía convertirse en una cuestión vital, tal era el aburrimiento que los azotaba en los casos más livianos. En otras ocasiones, las más, la agonía no dejaba tiempo ni para eso.

Zarik se puso en pie rápidamente y Resryon lo imitó, mucho más despacio.

—Tenéis primera prueba por el trono de Akiteria.

Resryon reprimió la risa. El demonio hablaba con tal solemnidad que cualquiera hubiese podido tomarla en serio, como si aquella prisión inmunda pudiera disponer de uno de los tronos por los que toda su vida había luchado.

La mujer lanzó sendas dagas al aire para que cada uno de los muchachos la cazara al vuelo, tal y como hizo Zarik. La de Resryon le golpeó en el pecho y cayó a sus pies ante su propia mirada, fría como aquella hoja que no pensaba utilizar.

Zarik lo miró y después posó su atención en Lucille. El demonio había establecido un combate a dagas y uno de los contrincantes rechazaba la condición impuesta. No tenía ni idea de cómo reaccionaría la mujer ante aquella indisciplina, puesto que nadie jamás se había atrevido a desobedecerla en algo. Lucille se limitó a sonreír.

—¿Por qué no la coges? —preguntó—. ¿Tan superior te crees?

Miró a Zarik de vuelta, como si esperara a que fuera él quien le aclarase aquel extremo y en efecto, así fue:

—Resryon dio inicio al Rito de Paxia —explicó mientras le devolvía al brujo su atención—. Los emperadores en Ántico renuncian a las armas y al uso de la magia en combate. Supongo que piensa que algún día sentará su culo en otro trono, además del de Akiteria, pero no se da cuenta de que todo fue una trampa.

Lucille entornó los ojos y sonrió, observando a Zarik y Resryon, respectivamente.

—¿Una trampa? —preguntó, visiblemente interesada.

—Indujeron a su hermana a renunciar al trono para que él se viera obligado a ocuparlo. —Zarik hablaba con el demonio, pero sus ojos se mantenían fijos en Resryon todo el tiempo, como si estuviera revelándole algo que ya debiera de saber—. Arrebatarle a la *Leggio* a un general como tú era prioritario y caíste de bruces.

—No necesito armas para destrozarte.

—¿Crees que algún día gobernarás en Ántico? ¿Por qué mantienes el Rito? Empuña la daga y prepárate.

—No la necesito —repitió y su voz sonó más baja, no porque estuviera expresando algún tipo de temor, sino una amenaza velada en un tono rasgado y profundo, como el que tendría una serpiente si pudiera hablar.

—Luchad —sentenció Lucille.

Reculó unos pocos pasos y apoyó su espalda en la pared, mientras se cruzaba de brazos, dispuesta a disfrutar del espectáculo.

—Él no tiene arma —se quejó Zarik.

—Sí la tiene —repuso el demonio—. Si no quiere usarla es cosa suya.

—No es un combate igualado.

Los remilgos de Zarik estaban empezando a impacientar a Lucille, que resopló hondamente y le dedicó una mirada inquisitiva sin volver a decir nada más.

—Hace cinco años te uniste a una tirana para hundirme un puñal por la espalda —intervino Resryon—. A una tirana y a todo su ejército, al mío, a todos los traidores a quienes debo lo ocurrido. ¿Ahora te vienen los remilgos, Zarik?

—El papel de víctima no te queda bien, Resryon Vakko.

—Oh, no pretendo adoptarlo. Lo único que procuro es mantener bien fresco en mi memoria qué os debo a cada uno de vosotros.

—De acuerdo —zanjó Zarik, acercándose a él—. Si a ti te parece bien, entonces a mí también.

Alzó el brazo y lo descargó con furia en un movimiento que Resryon contuvo elevando el suyo y desviando la trayectoria de Zarik. Este aferró con más fuerza la empuñadura de su daga y volvió a atacar en un giro que Resryon atajó, torciéndole el brazo. Zarik gritó de rabia y lanzó un puñetazo con la otra mano, que esta vez alcanzó de lleno el costado de Resryon. El muchacho reaccionó con rapidez y soltó el codo para devolverle el mamporro en la nariz. Empezó a sangrar de forma descontrolada, pero el brujo se enjugó con el antebrazo y no concedió tregua al buscar de nuevo a Resryon. Corrió a por él los pocos pasos que la celda permitía y quiso embestirlo contra la pared, pero él fue más rápido y llegó a apartarse, empujando a Lucille, que solo se movió un poco. Zarik se detuvo a tiempo, pero el movimiento al frenarse lo aprovechó Resryon para agarrarlo del pelo y estampar su cara contra la tapia de la gruta. La sangre se multiplicó en el rostro de Zarik, crispado en una mueca de ira. Se volvió, escupiendo el líquido escarlata que le bañaba la boca, y la daga rubricó una intención asesina mientras buscaba piel. Llegó a rozarla cuando Resryon se quedó sin espacio y aunque alcanzó a asestarle una patada en la espalda a Zarik, este se volteó rápidamente y recorrió con la hoja el pecho de su rival. Por suerte para Resryon fue un corte superficial, aunque en su abdomen llovía sobre mojado y la herida que se había tratado días atrás se reabrió en una invitación a un cruento festival. Zarik olió la sangre y detectó la mueca de dolor en el rostro de Resryon. Alzó de nuevo el brazo armado y, como había ocurrido la primera vez, el muchacho lo detuvo, anteponiendo el suyo propio. Lanzó el otro directo al rostro de Zarik, que pudo apartarse y agarró a Resryon de los escasos restos de su camisa, empujándolo contra el suelo al tiempo que alzaba su rodilla. El golpe fue considerable y el brujo cayó, inclinando la cabeza. La sacudió, buscando ponerse en pie y Zarik hundió la daga en su hombro, arrancándole otro bramido. La retorció con saña, pero Resryon aunó la rabia en su puño y este voló hasta el abdomen de Zarik, dejándolo sin aire. Reculó un paso y Resryon sacó la daga de su hombro con un tirón rápido. El arma voló abismo abajo y ambos estuvieron en las mismas condiciones o al menos en unas más equitativas.

Hubo una pausa ante aquella nueva situación. Ambos resollaban y ambos sangraban para deleite de Lucille, que se mantenía en la misma posición y en un silencio delator de lo que quería: más sangre.

Resryon interrumpió la tregua corriendo hacia Zarik con la intención de hacerlo caer hacia abajo, siguiendo el itinerario de su daga, pero este clavó los pies en el suelo a pesar de la embestida y se agarró al lateral de la celda, poniendo en liza una resistencia atroz. En la fuerza con la que empujaba, Zarik leía rencor, sed de venganza y sobre todo, dolor. No podía entenderlo

de otra manera y por eso había llegado a odiar a Resryon cuando las voces que se referían a él hablaban de rendición, un príncipe sin trono que había acabado en Liverna y que aceptaba su vida allí sin más, en lugar de gritarle al mundo que guardaría la afrenta y la saldaría más pronto que tarde. Aquel no era el chico aguerrido que había conocido, pero podía entender la devastación que debía de haberlo dejado vacío hasta de guerra. Ahora algo lo había espoleado: la exposición absurda de su hermana, y era normal. Resryon siempre la había protegido y defendido, aunque Ottana no lo mereciera.

Logró olvidar aquellos pensamientos y apartarse tras un arduo esfuerzo que tildó de milagroso. Con el sutil movimiento de Zarik fue Resryon quien estuvo a punto de caer, pero la mano salvadora del otro brujo lo mantuvo allí. Resryon lo miró con el ceño fruncido y se zafó de su agarre con un movimiento brusco que debía de haberle arrancado un dolor profundo en su hombro desgarrado. Y sin embargo, el muchacho no abrió la boca. Sí movió la mano cerrada en un puño letal, aprovechando la extraña confusión generada en aquel instante y el aturdimiento abrazó a Zarik por completo, clavando sus rodillas en el suelo. Resryon se cebó con él y le asestó un segundo y un tercero que lo derrumbaron por completo; evitó un intento patético de Zarik por devolvérselo y le regaló un cuarto y un quinto. Una patada en el costado y una última en la cara. Después reculó hasta apoyar la espalda en la pared, más para sostenerse en pie más que para ninguna otra cosa.

—Puto traidor de mierda —murmuró sin voz— Yo confiaba en ti. Yo te quería —sentenció con voz temblorosa.

Se deshizo, arrastrando la espalda sobre la pared y agachándose en el suelo. Zarik no pudo moverse y al otro lado de sus ojos el chico al que había amado de una forma pasional y casi enfermiza, el mismo al que había traicionado y vendido, se convirtió en un borrón difuso al que engulló una negrura sanadora.

Lucille sonrió complacida ante el espectáculo ofrecido. Aplaudió mientras Resryon se llevaba la mano a la cara para apartarse la sangre, agotado y asqueado, pero consciente de que estaba un paso más cerca de La Cumbre.

—Enhorabuena, cariño. Eres el ganador de la primera prueba. Habrá otra más cuando lo decida. Por lo pronto, que ninguno de lo dos se mueva de aquí.

Abandonó la gruta con su habitual rapidez y se encaramó hacia la celda superior. Resryon nunca había sentido curiosidad por la forma en la que aquella mujer se movía en Akiteria, guiada por una agilidad que debía de haber entrenado bien; no en vano, era la primera moradora de aquel lugar. La curiosidad lo llevaba a preguntarse qué habría hecho para estar allí, una curiosidad que después se esfumaba. No le importaba por qué habían entrado otros; solo quería saber cómo saldría él.



10 Viejos tratos

A pesar de la inquietud que había guiado los pasos de June nada más entrar en Noctia, la joven cayó rendida en la habitación que Eugenne dispuso para ella en el castillo de Estyria. Cuando abrió los ojos no sabía cuánto tiempo había dormido. Movi6 la cabeza con los rizos cay6ndole sobre la cara y entre aquella cortina oscura observ6 el c6lido cuarto. Ignoraba si se trataba una mera casualidad o, si acaso, Eugenne haba preparado el lugar a conciencia, pero nada all6 hacfa pensar que se tratase de la estancia en un castillo vampiro. Los muebles le conferfan un aspecto c6lido y acogedor. Habfa una chimenea apagada y una mesa con un zumo y una pequea bandeja cubierta con la tapa.

Se levant6, desperez6ndose a6n y camin6 hasta la ventana. La noche penetraba desde los relucientes cristales y si la visi6n que ofrecfa el mundo desde ellos era ya de por s6 inquietante, en aquella ocasi6n a6n lo fue m6s. La negrura del camposanto que conducfa desde la verja hasta el castillo era total, y a June le resultara imposible adivinar si las tumbas que salpicaban la planicie estaban ocupadas o no, pero lo que s6 podfa ver con claridad era la carroza que permanecfa frente a la puerta. Cuatro antorchas flanqueaban las equinas de su techo y dos corceles oscuros se mantenfan hier6ticos, siguiendo las instrucciones del cochero. A este no podfa verlo y la joven se pregunt6, si acaso, podfa tratarse de su viejo amigo Sam, si es que calificarlo as6 le hacfa justicia a la extraa relaci6n que habfa mantenido con aquel brujo.

Confusa y desconcertada, camin6 hasta la puerta, atus6ndose el pelo. Lo tenfa sucio y enredado tras el largo trayecto hasta all6 y la sensaci6n le resultaba especialmente molesta, pero nada distrajo su curiosidad insaciable. Abri6 la puerta, que chasc6 en el silencio del pasillo y asom6 la cabeza a ambos lados. Todo estaba oscuro. Solo el fulgor de la teas que se anclaban en la pared rompfan con la tiniebla, dibujando un cerco de luz en la piedra del suelo. June estaba descalza y ahog6 un estremecimiento mientras caminaba sobre 6l. A su mente regres6 el hostil rostro de aquella vieja chiflada que, en forma de murci6lago, la habfa atacado hasta en un par de ocasiones. Solo esperaba no toparse con ella otra vez. Baj6 la escalera y sinti6 un ligero alivio cuando sus pies pasaron de caminar sobre la piedra a hacerlo sobre la moqueta roja que desembocaba en la puerta de entrada. Hasta all6 no pensaba llegar o, de lo contrario, Eugenne la descubrirfa. Pero s6 querfa acercarse.

A medida que avanzaba, las voces se hacfan m6s perceptibles aunque a6n no alcanzaba a o6r de qu6 hablaban. Lo 6nico que tuvo claro era que se trataba de una mujer. Camin6 a trav6s del 6ltimo pasillo y se detuvo en el recodo que la conducirfa ya hasta el enorme vest6bulo en el que el vampiro atendfa a su visita. Se asom6 y sinti6 que se tensaba: Anouk. Lo cierto era que nunca habfa tenido problema alguno con la mujer que dirigfa La C6gnita, el lugar en el que los humanos de Intercambio llevaban a cabo su aprendizaje sobre el mundo noctis. Ella apenas habfa tenido ocasi6n de visitarlo en un par o tres de ocasiones, pero no podfa negar que a Anouk le habfa dado razones m6s que de sobra para molestarse y sin embargo, el demonio no lo habfa hecho nunca. En

su retina preservaba el día en que su insaciable curiosidad la había arrastrado hasta aquel arcón, donde el demonio la descubriría al regresar de manera inesperada a la sala en la que estaba enseñándole alquimia. Aun así, no podía tampoco, extenderle una alfombra roja de confianza. Aguzó el oído y aunque el eco que reverberaba en los altos techos lo dificultaba, logró cazar la conversación:

—Ya te he dicho que estoy a punto de recuperarlo.

—Más te vale que sea cierto. Lo que ha pasado es delicado, Eugenne. Cualquier movimiento de la Vakko lo es.

—Resulta un poco ridículo que eso te preocupe, Anouk. Según tengo entendido, el principito ha sido llevado a Akiteria y lo que queda de esa estirpe resulta tan insignificante que me sorprende que te inquiete.

Anouk rebasó a Eugenne y el suelo blanco del vestíbulo se cubrió con la negra capa que arrastraba. Llevaba una capucha puesta, de la que no se había despojado ni siquiera al entrar en el castillo.

—Aunque a una serpiente le cortes la cabeza, sigue moviéndose. Cada uno de esos espasmos es una pequeña rebelión y hasta que no esté muerto, no sofocaremos el aliento de la guerra.

—La guerra... ¿alentada por Ottana? Es una cría frágil y manipulable. Liatli no tardará en dar con ella. Sabes que no le temblará el pulso.

—¿Y cómo ha llegado esa cría frágil y manipulable hasta Ántico?

June se ocultó cuando Anouk alzó la vista y la paseó a través de los altos techos del castillo.

—Acabar con ella será una advertencia para todo aquel que haya podido ayudarla.

—Encerrar a Resryon Vakko en Akiteria ha sido un error —sentenció el demonio—. Debíó habersele matado. Ya ha demostrado que es capaz de volver.

—De Akiteria no vuelve nadie. Supongo que Liatli no deseaba una muerte rápida, sino una lenta agonía.

—*Crasso* error, si se me permite, Eugenne. Con estas cosas es mejor no jugar.

—Como sea, Anouk; no nos corresponde a nosotros decidir. Es la emperatriz quien lo ha ordenado así.

El demonio asintió y caminó de regreso hacia la salida.

—Trata de no demorarte. La paciencia de la emperatriz tiene un límite y nunca fue demasiado amplio.

Eugenne ya no dijo nada más mientras la puerta se cerraba con suavidad frente a él.

Adrien nunca se había sentido tan afectado por una espera. Según Moran habrían de permanecer en la casa de Atalanta hasta que el barquero hubiera recorrido toda la Vía Negra, pues de lo contrario, cualquiera que se cruzase en su camino, acabaría siendo objeto de su reclamo. Era la peculiar maldición de la que adolecía Noctia y de la que nada se sabía en Luzaria. Pero el tiempo se desangraba en una agonía inacabable y la impaciencia le quemaba por dentro.

Aquella mañana había sido el primero en despertarse, si es que acaso a pasar unas pocas horas dando vueltas sobre un camastro incómodo, bombardeado por mil imágenes distintas, podía llamársele dormir. Después, había dado un sinfín de vueltas dentro de la casa y había acabado por salir de ella pese a las indicaciones de Moran y de la propia Atalanta, que apenas cruzaba palabra

con nadie. Adrien estaba convencido de que, de no ser por Alea, no soportaría quedarse allí. Pero la niña era un lazo con Resryon que resistía lo que no había sido capaz de aguantar la marca. En los ojos de la pequeña veía los del brujo; era sangre de su sangre y por ridículo que resultase, era lo más cerca que podía estar de él en ese momento. Pero a medida que las horas discurrían, también acontecía la transformación. Por momentos, Alea pasaba de ser un nexo con Resryon a convertirse en su mejor reclamo, un constante recuerdo de lo que había hecho y de la urgente solución que su error exigía.

Caminó avanzando entre la maleza sin tener claro adónde iba. De forma instintiva se llevó la mano al cuello. La herida apenas le dolía ya, pero recordaba con claridad el día en el que aquella especie de espectro generado por los brujos y brujas de Telasia lo había atacado. Una voz interior lo alertaba sobre la posibilidad de topar con otro, aunque Moran y Atalanta le habían asegurado que durante los días en los que Caronte recorría la Vía Negra, nadie se atrevía a salir. Aquello debía de ser algo así como el Toque de Queda, pero una versión más implacable y aterradora de ello, pues cruzarse con el barquero era una sentencia inapelable de muerte.

Se detuvo súbitamente al llegar al río, aquella superficie estanca que asemejaba un espejo. Nada tenía que ver el serpenteante trazado con cualquier riachuelo de Luzaria o incluso con el Luxia, el río que cruzaba la ciudad bajo su puente colgante. Sabía que debía alejarse, mantenerse lo más apartado posible de la Vía Negra, pero sintió como si algo lo reclamara, una especie de llamada inaudible a la que, de forma temeraria, atendió. Cayó de rodillas a las lindes del río y observó su reflejo en las aguas quietas. Era nítido y claro. Y de pronto una mano emergió del agua agarrándolo de la ropa y arrastrándolo hacia el fondo. Sintió una punzada en la piel al atravesar el agua helada y el aire que no había llegado a tomar reclamaba parcela en los pulmones de Adrien. Pataleó y trató de regresar a la superficie, pero sin que percibiera ya aquella mano que lo había arrastrado, había algo que no lo dejaba moverse. Trató de cerrar los ojos al verse rodeado de rostros implorantes, caras marcadas por el miedo, el dolor y la más honda tristeza, almas atrapadas en el lecho de un río implacable. Sintió que no aguantaba más y que sucumbía ante de un agua milenaria, marcada y maldita.

0

En algún momento había estado tentado de levantarse y acercarse a Zarik, que había permanecido inconsciente durante largas horas. Después, recordaba la vil traición de la que lo había hecho presa y todas esas ganas se esfumaban como volutas de humo en el aire. Y sin embargo, ahí estaba, aplicándole una de las cataplasmas que había encontrado en una celda vacía sobre la herida abierta de la frente. Tendido aún en el suelo, boca arriba, Zarik abrió los ojos y permaneció inmóvil. Resryon se detuvo momentáneamente, atento a su reacción, pero como esta fue nula, continuó con lo que hacía. Zarik sonrió y sintió que toda la cara le dolía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Me agarraste cuando iba a caer. No sé si pensabas que tu gloria no iba a estar lo suficientemente adornada, pero el caso es que no quiero ninguna ventaja. No la necesito y eres un gilipollas si crees que sí.

—Eso no responde a mi pregunta.

Resryon se apartó, furioso con él y, especialmente, furioso consigo mismo. Tomó asiento al

fondo de la gruta y se mantuvo allí.

—Tú me ayudas, yo te ayudo. Así esto está equilibrado. No quiero ventaja, no quiero ayuda y no quiero nada de ti. No te debo nada.

Zarik logró erguirse con un esfuerzo titánico y resopló mientras se llevaba la mano a la cabeza. Cerró los ojos y los abrió varias veces, tomándose unos segundos antes de hablar.

—No lo hice por adornar nada, fue un acto inconsciente.

—Tus actos inconscientes te llevan a salvarme y los conscientes a destrozarme. ¿Ves como me sale más a cuenta tu inconsciencia eterna?

Zarik sonrió.

—Has pasado toda tu vida luchando en pos del deber de tu imperio —le respondió—. Y sin embargo, me reprochas que yo hiciera lo mismo por mi reino. Atisbé el fin de la maldición y pasé por encima de todo para llevarle paz a mi gente; por encima de ti. Y no fue fácil, Resryon Vakko. Pero tú solo deseabas prolongar la putas conquistas, la eterna gloria de *Ántico*, venida a menos, convertida en una cuna de sangre, insaciable siempre. Siempre ansiando más, un jodido trono más y otro más. No os importa otra cosa.

—¿Y crees que Liatli te dará otra cosa?

—Ahora sé que no, pero en su momento así lo aseguraba y la creímos. Cúlpanos por querer acabar con todo esto. Tú no eres mejor opción que ella.

Resryon guardó silencio. Conocía de sobra lo que el mundo pensaba sobre su padre, su dinastía y sus objetivos y desde luego no tenía el menor interés en convencer a nadie de nada.

Zarik volteó la cabeza y miró hacia el exterior.

—Vendrá en cualquier momento —dijo—, con alguna jodida temeridad que deberá enfrentarnos. ¿Por qué seguir con esta locura?

—¿Tienes miedo, Zarik?

—Miedo... De no ser por mí estarías estampado en solo los dioses oscuros saben dónde.

—¿Y quieres que te lo agradezca dejándote ganar la siguiente prueba?

Resryon se puso en pie y se acercó a la salida. Un viento caliente le asaltó y el muchacho se revolvió el pelo, empapado aún por el sudor. Había perdido la camisa, destrozada entre las mil adversidades vividas, y Zarik no pudo evitar observar el tatuaje que cubría su espalda, una tras otras las letras que dibujaban palabras inexistentes, las iniciales de las trece *terras*.

—¿Qué harías si salieras de aquí? —preguntó—. Si pudieras recuperar el trono de *Ántico*.

—Ahora mismo, eso me supone un gran ejercicio de imaginación.

—Siempre tuviste mucha —respondió Zarik, más relajado.

Resryon sonrió y siguió mirando al exterior.

—Cuando salga de aquí y recupere el trono, se lo ofreceré a mi hermana. Eso lo primero.

—¿Y después? ¿Reiniciarías las conquistas de los tronos?

—Hasta el último. No pararé hasta que los trece le pertenezcan a *Ántico*.

Zarik negó con la cabeza y se volteó ligeramente, apoyando la espalda en la rugosa roca.

—Nunca te darás cuenta de lo absurdo que resulta todo esto, Res. Fíjate como objetivo acabar con la jodida maldición y si conseguimos salir de aquí, la legiones de *Catarno* y *Domarna* serán tuyas con el fin de recuperar *Ántico*. Deja a las *terras* libres, olvídate de ellas. Basta de derramar sangre en *Átraro*.

Resryon lo miró mientras mantenía los brazos en alto, apoyados en el bajo techo de la celda. La expresión neutral de su rostro alentó las esperanzas de Zarik, pero la sonrisa torcida en aquella boca que tantas veces había saboreado rompió con cualquier esperanza que su cabeza pudiera haber creado.

—No —zanjó Resryon.

0

Había logrado regresar a su habitación a toda prisa y llevaba un rato pegada a la ventana, viendo cómo se alejaba la carroza de Anouk. Movi6 ligeramente la cabeza sin llegar a voltearse cuando oyó dos golpecitos en la puerta y, sin esperar respuesta, Eugene se asomó. June se volteó al detectar que el vampiro no entraba.

—Sé que has estado escuchando —le dijo—. Y sé también que eres una maestra en obtener conclusiones desastrosas.

—Yo creo que todo está muy claro —respondió, acercándose un par de pasos—. De mí necesitas los *arkanais* para llevárselos a tu emperatriz, la tal Liatli.

—Y creo que nunca te he mentado en eso.

Eugene accedió finalmente a la habitación y se acercó hasta la mesa para comprobar que June no había probado bocado. Removió el zumo con una cuchara y alzó levemente la tapadera que cubría la comida.

—Liatli Hassul mató a la familia de Ottana Vakko.

—Ya lo sé, June. Pero de lo que tú no tienes ni idea, por muy erudita que te creas en la materia, es sobre qué significó para Átraro vivir bajo el peso de la dinastía Vakko. —June se cruzó de brazos, reacia a creer argumento alguno que pudiera justificar la barbarie sufrida por la familia de Ottana, pero también ávida de conocimiento—. Ya fuere bajo tratados ... amistosos —dijo Eugene, arrastrando la palabra con intención— o a través de sangrientas campañas, la Vakko gobernó de manera implacable durante muchos años. ¿Y sabes a qué llamaban ellos anexión? Primero enviaban a miembros del Consejo de Nix en el papel de negociadores, ofreciendo una serie de condiciones a cambio de la adhesión al imperio. Condiciones abusivas e inaceptables que, evidentemente, las *terras* rechazaban.

»Después llegaban las legiones Áureas, con sus negras armaduras moteadas de oro. Arrasaban con todo hasta la rendición y de nuevo el Consejo regresaba, con peores condiciones de las ofrecidas en un primer momento, pero con el corazón del enemigo tocado y hundido. Resryon Vakko, el hermano de Ottana Vakko, lideró esas últimas batallas. Brillante general a pesar de su juventud y sanguinario como pocos.

»Evidentemente, las *terras* se adherían. ¿Y crees que acababa todo ahí? No, en absoluto. Las legiones Aes o de estabilización, se instalaban en la *terra* conquistada durante un mínimo de seis meses. Para sofocar rebeliones, decían. Para cuidar de la paz. No había mayores instigadores de la guerra que ellos mismos, todo para dar excusa a la espada y el acero. Cuando estas se largaban ya no quedaban ganas ni fuerzas para luchar en pos de recuperar lo robado.

»Durante todos estos años, desde Tanray, la maldición ha sido la guinda que colmaba el vaso. Fue ella quien pactó con el barquero, pero como todo cuanto tiene que ver con el imperio Vakko, Átraro o lo que vosotros llamáis Noctia, pagó las consecuencias. A Doroyan nunca le importó que el barquero arrastrara almas cada cien días; nunca eran la suya ni las de su gente.

»Pero a Liatli sí le importa acabar con ello.

—¿Y qué está haciendo para evitarlo? La Vía Negra era un enorme río cuando llegamos. ¿Sacará a su legión y luchará contra el barquero? ¿Por qué Luzaria es ahora una enemiga?

—Acabar con la maldición de Caronte no es tan fácil, June y en cuanto a Luzaria, digamos que no habéis puesto mucho de vuestra parte para evitar la fragmentación.

—Elain te dio información que, por lo visto, has desechado por completo. Dijo que Liatli quería una guerra con Luzaria, que no se conformaría con conquistar Noctia y tú la justificas a pesar de las evidencias que le dan la razón.

—Elain era un general de la Áurea, fiel a la Vakko. ¿Qué pretendes que diga?

—¡Vamos, tú mismo querías que yo me arriesgase por una información que Liatli no iba a darte! No te fías de ella y sin embargo...

June avanzó como una tromba de agua hasta la puerta, pero Eugene le impidió salir colocando su manos sobre el abdomen de la muchacha, que rechazó el contacto y siguió caminando. Eugene la rebasó y cerró la puerta que ella había abierto de un manotazo.

—¿Qué pretendes? —exclamó, alterado—. No se puede salir.

—¿Me estás reteniendo?

—Sí, te estoy reteniendo y lo haré mientras el barquero siga recorriendo la Vía Negra.

—Soy libre de irme si me da la gana.

—No lo harás. Estás en mi casa y aquí mando yo.

0

El grito arrancó en lo más profundo de su ser, un rincón que ni siquiera él conocía, donde anidaban sus más profundos temores, sus miedos más corrosivos y letales, sus más secretas angustias. Cuando se dio cuenta estaba tendido sobre el barro y una copiosa lluvia descargaba sobre su cabeza. Tiritaba de frío y ni la mirada asesina de Moran pudo hacerlo entrar en calor. Atalanta permanecía agachada frente a él y, algo más apartada, logró visualizar la figura menuda de Alea, cuyo rostro albergaba una expresión grave.

Moran lo alzó de los hombros, rasgando ligeramente la camiseta empapada y lo puso en pie. Le costó aguantar el equilibrio y lo logró con la ayuda de Atalanta, que colocó la mano sobre su brazo, sosteniéndolo.

—No puedo creer que seas tan sumamente imbécil —bramó el licántropo. Por un momento, Adrien temió que acometiese la transformación y le arrancara la cabeza. Aquel era un temor recurrente cuando Moran se enfadaba. Supuso, no obstante, que Atalanta no lo permitiría. O eso quiso creer.

—Cálmate, por favor —le solicitó la bruja—. El muchacho está aturdido.

—Aturdido. Que dé gracias a que no esté muerto.

—Dijiste que había que tener cuidado con el barquero —se defendió Adrien y casi le sorprendió ser capaz de vocalizar— y que faltaban días para que llegase hasta aquí.

—¡La Vía Negra, Adrien! —gritó de nuevo el hombre—. ¡Mantente alejado de la Vía Negra! ¿Qué esperas encontrar aquí?

—No... no esperaba encontrar nada. Solo necesitaba caminar un poco. Estoy harto de...

—Me importa una mierda tu hartazgo, ¿me oyes? Si vas a hacer la cosas conmigo, las harás con cabeza. Y si vas a seguir llevando a cabo temeridades e idioteces, hazlas tú solo.

—¡Podría! —gritó Adrien furioso—. Podría teniendo en cuenta que no crees que Res... —Se mordió la lengua cuando Alea llegó hasta allí para abrazarse a Atalanta.

«Podría, teniendo en cuenta que no crees que Res siga vivo». No lo diría delante de la pequeña y dio gracias a su autocontrol, por ser capaz de discernir en mitad de la discusión. Él mismo necesitaba espantar aquellos pensamientos.

—La Vía Negra es su sendero —masculló Moran, en un tono de voz más bajo, pero no menos agresivo. Era como un lobo, advirtiendo a su presa—. Si te cruzas en él te reclama y te mantiene a la espera de su barca. Entonces te arrastra.

—No tiene caso que sigáis discutiendo aquí. Volvamos.

La serena voz de Atalanta puso fin a aquel intercambio de gritos y palabras, y después, la bruja caminó con la niña sujeta de la mano. La pequeña se volteaba continuamente, pero Adrien fue incapaz de hacerle gesto alguno o de moverse. Moran lo rebasó sin dirigirle la palabra y él permaneció allí solo durante unos segundos más. Observó la Vía Negra, cuyas aguas volvían a ser aquel espejo inalterable que reflejaba al cielo y algo dentro de él le pidió alejarse, tal y como había indicado Moran.

0

La situación había alternado silencios exasperantes con tensión. Llevaban horas y más horas recluidos en la misma celda sin poder moverse de allí aunque nada se lo impidiera realmente. Habían sido las condiciones de la reina y aunque resultase absurdo, el camino pasaba por la estúpida competición que esta había establecido. Aquella mujer se había convertido en un símbolo de poder en Akiteria y no resultaba complicado imaginar que La Cumbre estaría custodiada y que uno no podría adentrarse en ella así como así. De lo contrario, la vía directa hubiera sido una elección mucho mejor que aquella insufrible disputa.

Resryon solo podía medir el paso del tiempo por la intensidad del sol. Este había arreciado, aflojado y vuelto a arreciar al menos un par de veces, por lo que el joven dedujo que, cuanto menos, debían de haber transcurrido un par de días sin que nadie osase aparecer por allí. Tampoco Tine. Supuso que todo el mundo en aquel lugar debía de estar al tanto de las circunstancias.

Y al tercer día, Lucille regresó. Zarik había estado dormitando en la celda y, al percibir la llegada del demonio, se irguió. Resryon se mantuvo sentado al fondo, como era habitual en él. La recién llegada entornó los ojos y les dedicó una mirada lasciva a ambos. Escrutó a Zarik con detenimiento, sorprendida de una mejoría que no habría adivinado.

—Segunda prueba —se limitó a anunciar—. Mi príncipe brujo cargará conmigo hasta La

Cumbre. Podréis hacer paradas y luchar por conseguirme. El primero en dejarme en mi lecho habrá ganado.

Resryon y Zarik intercambiaron una mirada desconcertada y, el primero de ellos, alzó una ceja, casi divertido ante la ocurrencia. Pero la diversión voló lejos cuando Lucille se dejó caer de espaldas hacia el abismo que la flanqueaba. Zarik desafió a Resryon con un fugaz vistazo y empezó a descolgarse con una facilidad pasmosa tras el cuerpo de Lucille. Él permaneció allí, mirando. Del cuerpo del demonio no había ni rastro y no tenía ni idea de hasta dónde debería llegar Zarik para recogerla. Lo que sí sabía era que, para llegar hasta La Cumbre, habría de pasar por allí. Tal vez lo hiciera por cualquiera de las otras paredes, pero él era rápido y tenía buena puntería; no podría hacer uso de un arco y flechas, pero sí de una piedra que le allanase el camino, de modo que tomó asiento en la salida de la gruta y esperó.



11 Huidas

Había tratado de abrir todas y cada una de las cuatro ventanas que había en la habitación sin llegar a conseguir que ninguna de las hojas cediera lo más mínimo. Bajó de la mesilla a la que había subido y cogió la tetera que le habían llevado para el desayuno. Calibró peso, material y consistencia y la proyectó contra el cristal, haciéndolo quebrarse en mil pedazos.

En ese preciso instante, Eugenne asomaba a través de la puerta de la habitación. Suspiró profundamente y se detuvo allí mientras June lo miraba desafiante.

—Acabarás congelándote. Las noches son frías en Noctia, al menos en Estyria, creí que ya lo sabrías.

—Pienso salir de aquí.

El vampiro cerró la puerta con cuidado y se mantuvo apoyado en ella.

—¿Por qué eres tan jodidamente obstinada, June Winchester?

—Lo soy, especialmente, cuando un vampiro psicópata pretende mantenerme encerrada en su castillo encantado.

Eugenne se llevó los dedos al puente de la nariz.

—Oye, quería disculparme por lo de antes. Ya sabes, «esta es mi casa y aquí mando yo». No pretendía...

—¿Acaso no es la verdad?

—Quiero tener en cuenta lo que dices y piensas, June, pero no puedo permitirte salir con el barquero atravesando la Vía Negra. No tienes ni idea de lo peligroso que es.

—Cuando el barquero pase, me iré.

—Te irás conmigo a buscar a tu hermano. Por eso estamos aquí, ¿recuerdas?

—El *arkanai*... Quieres la moneda para dársela a ella.

—Quiero la moneda, esencialmente porque es mía. Me la robaste, ¿te lo recuerdo?

—¿Qué nos pasará después a mi hermano y a mí?

—Os llevaré de regreso a Luzaria. No os pasará nada.

June sonrió con sarcasmo mientras alzaba la vista hacia los altos techos.

—Adrien no regresará sin él.

Eugenne entrecerró los ojos y se cruzó de brazos, al tiempo que torcía ligeramente la cabeza.

—¿Sin qué? ¿Por qué está tu hermano en Noctia? Dijiste que un licántropo lo acompañaba.

—Estás loco si piensas que voy a decirte algo.

—June, dime que no tiene nada que ver con el asunto de la Vakko y Liatli. No creo que hayas sido tan sumamente inconsciente como para meter a tu hermano pequeño en esto.

—Adrien toma sus propias decisiones, pero no, tranquilo. Sus razones no son esas.

Podía considerar que, en parte sí lo eran. Tayr Liberthon era en realidad Resryon Vakko, nada menos. El hijo del último emperador legítimo había llegado hasta su casa y había vivido allí una temporada hasta que los acontecimientos se habían precipitado, arrastrándolo a las prisiones de

Akiteria. Solo entonces, ubicando al joven brujo en mitad de aquella intriga, June comprendió lo desproporcionado de aquella empresa ante las posibilidades de su hermano. ¿Cómo iba a sacar Adrien a Resryon de allí? Y aunque algún milagro de los dioses de luz y los oscuros se produjera, ¿qué harían después? Adrien acabaría metido hasta el cuello en las intrigas del trono ántico y nada ni nadie podría evitarlo.

—Si tu hermano está en esto, June, más nos valdrá encontrarlo antes de que lo hagan otros y sacarlo de aquí. Por su bien y por el tuyo espero que no vaya a hacer ningún disparate.

Y June ya no fue capaz de responder. Sacar a alguien de Akiteria podía considerarse un disparate, estaba segura; máxime teniendo en cuenta la identidad de ese alguien.

0

Adrien se había cambiado de ropa y llevaba un atuendo que le resultaba extraño. La camisa de un blanco roto era de manga larga, pero su tejido era fino y suave, con un cuello de pico en el pecho y bastante más holgada de lo que acostumbraba a llevar. El pantalón era de una textura similar, pero en color negro.

Moran estaba solo en el salón, con la cadera apoyada en el alféizar de la ventana y oteando fuera. Se giró fugazmente al oírlo llegar y después de mostrarle su rostro de enojo, volvió a fijar su atención en el exterior.

—Cualquiera diría que te importo —dijo Adrien, acercándose hasta la mesa en la que descansaba una pequeña cesta de mimbre con fruta.

—Me comprometí a cuidar de ti.

—Con Sarah.

Moran se volvió de nuevo mientras Adrien masticaba una manzana.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No.

—¿Cómo acabaste con una lúzara?

El muchacho se acercó y tomó asiento frente al licántropo, que negó con la cabeza mientras sonreía de manera sarcástica.

—¿Para qué preguntas si de todos modos haces lo que te viene en gana?

—Era una formalidad.

Sonrió al toparse con los ojos de Moran, cuya mirada regresó al otro lado del cristal, eludiendo quizás transmitir emociones.

—Eres un dryadalis, ¿no?

—Lo único que puedo hacer es percibir el aura, si lo dices por eso. No he heredado ningún otro don de mi madre. Ella es capaz de convocar magia blanca.

A medida que hablaba, Adrien fue relajándose y apoyó la espalda en la pared mientras seguía masticando.

—Sarah llegó un día a Noctia como humana de La Conmuta.

—¿Bromeas?

—No, no bromeo. Se estableció en Ántico y... La primera vez que la vi... Bueno, podría soltarte un montón de cursiladas. —Adrien sonrió de nuevo, mientras escuchaba a Moran—. Apenas tenía veinte años. Me enamoré como un idiota, pero temí que no aceptase... Sarah era luz y color; no aceptaría quedarse en Noctia y yo no podía abandonar mi vida aquí, de modo que me

mantuve alejado hasta que terminó su intercambio y cuando regresó a Luzaria, empecé a visitarla. Fui correspondido, pero no me atreví a decirle lo que era. Ella quería dejar Noctia atrás. Luego... llegó Rum, no estaba planeado y ante la probabilidad de que fuera como yo, le confesé mi condición. Nunca me perdonó la mentira y cuando Rum nació no la quiso consigo. No puedo culparla, pero mi hija sí lo hizo. Rum no quería saber nada de su madre, aunque Sarah no tardó en buscarla y tratar de rectificar las cosas.

Adrien había dejado de masticar.

—Lo siento mucho.

—Ahora ella está muerta y a nosotros ya no nos liga nada.

—Ya sé que no... no crees en eso del Más Allá y lo cierto es que yo tengo mis reticencias. —Pronunció aquellas palabras con temor. Ya había hecho alusión a aquel tema en el pasado y Moran no se había mostrado por la labor de escucharlo. Sin embargo, sintió que necesitaba ofrecerle un mínimo consuelo al hombre o, si acaso, una creencia firme en algo—. Pero Rum siempre será algo que os una. No podéis hacer como si no hubiera existido nunca.

—Supongo que tienes razón. Ya ves que un lúzaros y un noctis no van a ninguna parte.

—Le mentiste. —Adrien se irguió ligeramente. Conservaba el miedo a hablarle a Moran con franqueza, pero algo en su interior se rebelaba cuando el licántropo trataba de equiparar su propia vida a la de él y Res—. No digo que no tuvieras razones o que obras mal, pero Res y yo sabemos lo que somos. O eso creo. —No habían estado exentos de mentiras en aquellos días juntos; no podía obviarlos, pero las circunstancias que los envolvían a ellos nada tenían que ver con las que habían rodeado a Moran y Sarah.

El licántropo se limitó a mirarlo sin decir nada más, mientras Adrien observaba su antebrazo.

—Ojalá haya dejado de sentir... lo que fuera que sentía por mí —murmuró—. Prefiero a eso a que esté muerto. No puede estarlo, Moran.

—Akiteria es Akiteria, muchacho. —Adrien apretó los puños, harto de escuchar sentencias como aquella—. Pero Resryon Vakko es Resryon Vakko. Mantengamos la fe.

Volteó la cabeza al percibir una presencia al otro lado de la sala y Adrien siguió su mirada hasta topar con Alea.

—¿Jugáis conmigo? —preguntó.

—¡Alea! —exclamó Atalanta, asomándose desde la sala contigua—. Te he dicho mil veces que no molestes.

—Lo siento, pequeña —se disculpó Moran—. Soy demasiado viejo para juegos de niñas.

Adrien dio un saltito desde el alféizar.

—Yo sí juego —respondió sonriendo. El muchacho le guiñó un ojo a Atalanta, dejándole claro que la niña no le suponía molestia alguna. Entendía el aburrimiento de la pequeña, que no podía salir de casa en aquellos días en los que el temible Caronte recorría Noctia coleccionando almas.

La espera duró el tiempo que tardó la idea en instalarse en su cabeza. ¿Y si en vez de limitarse a cumplir con aquella estupidez, aprovechaba la ausencia de la reina para llegar hasta La Cumbre

por su propia cuenta? Ya había descartado antes aquella alternativa, pero la tentación era grande y, cuanto menos, antes de desecharla, habría de valorar la dificultad de ejecutarla. Dedicó minutos eternos bajo un sol de justicia a ascender a través de la vertical pared de Akiteria. No le faltaron curiosos que se asomaban a atestiguar la hazaña; tampoco manos hostiles que trataron de dar con él, ya fuera por venganza hacia la Vakko, por el simple odio que se convertía en el único sentimiento capaz de sobrevivir en Akiteria o por tratar de hacerse con lo que fuera que llevaba en aquel fardo con el que cargaba, atado bajo el brazo y apoyado en su espalda. Le dolía hasta el alma, pero mantuvo el ritmo de forma constante hasta que unos gritos llamaron su atención más abajo. Se desvió ligeramente hasta una celda y comprobó que, como muchas otras, estaba vacía. Se asomó de nuevo y no tardó en ver a Zarik de regreso. Cargaba con el cuerpo del demonio que, a pesar de la caída sufrida, no mostraba signos de sentirse especialmente mal, y aquello no le sorprendió: Lucille podía hacer uso de su poder. Resultaba absurdo pensar que se hubiera dejado caer hacia el vacío si no la salvaguardase su propia magia para cuidarse.

—Mierda... —masculló Resryon.

Mientras se desataba el fardo del pecho, observó el cuidado con el que Zarik franqueaba el paso por la celda que habían ocupado durante largas horas. El brujo descubrió que estaba vacía y continuó con el fatigoso ascenso. Zarik no podía saber dónde se encontraba, de modo que lo esperaría allí con una sorpresa en forma de regreso al averno. No podía negar que la idea de disponer de las legiones de Domarna y Catarno para acometer la recuperación de su propio trono había latido en su cabeza con más insistencia de la que le hubiera agradado. No menospreciaba a aquellos soldados, Los Señores del Ocaso, pero debería desechar la posibilidad, pues además de que Zarik estaba allí tan encerrado como él mismo, nunca le cedería a sus hombres para seguir conquistando *terras*.

Como una dura confirmación de aquella realidad, un golpe lo sacó de sus pensamientos haciéndolo caer al suelo. Se incorporó de inmediato, decidido a devolver la acometida, pero la que estaba frente a sí y le había golpeado con el pie en el pecho al entrar en la celda era Tine.

—¿Qué haces aquí?

—Ya sé que estás de competición por tu amada y eso es algo que hay que aprovechar. Necesito que la mantengas distraída y lejos de La Cumbre lo más que puedas.

—¿Para qué?

—Para hacer lo que tú ibas a hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya habrá tiempo para eso. Distráela y yo sacaré todo lo que pueda de allí.

Resryon se limitó a asentir mientras la joven se marchaba por el mismo camino vertical que la había llevado hasta allí.

Se sacudió el sinfín de preguntas de la cabeza y permaneció atento al ascenso de Zarik. Cargar con el demonio ralentizaba su paso, pero a pesar de eso, avanzaba a buen ritmo y pronto lo tendría allí. Sonrió al comprobar cómo su rival en aquella ridícula y absurda competición capeaba problemas durante la subida. Él no era un miembro de la Vakko, pero eso no le restaba dificultades y algunas de ellas le resultaron divertidas a Resryon. Supuso también que si Zarik no había acometido el ascenso desde la verticalidad de otra pared, se debería única y exclusivamente a que no había podido, pues de lo contrario, no se habría arriesgado a hacerlo por la misma en la que lo había dejado a él, y de aquel guiño de la fortuna, debería obtener ventaja.

Con todo el sigilo y rapidez de los que fue capaz, se trasladó un par de celdas hacia su derecha, midiendo la altura a la que le quedaría Zarik cuando llegase hasta allí. Y al fin, lo tuvo frente a frente. Llegó a golpearlo en la cara cuando se hubo apoyado en la celda y quedó colgando

en el lateral de la misma con los pies sobre el vacío y sin soltar al demonio, que se mostró sorprendida ante la repentina aparición de Resryon, pero no se aferró con más fuerza, como si no le importase volver a caer. Sonrió, mientras Zarik impulsaba su cuerpo y proyectaba su pierna para lanzarle una patada a Resryon que le permitiese acceder hasta la celda que ocupaba. Este último cayó al suelo y Zarik logró su objetivo.

Resryon se puso rápidamente en pie y lo embistió, pero su oponente ya lo esperaba y había dejado a Lucille en el suelo. Aguantó el ataque y lo empujó contra la pared, generándole apenas un leve aturdimiento. En esta ocasión, ninguno de los dos llevaba armas, aunque el demonio se lo había permitido a ambos. Resryon lanzó el puño de nuevo y Zarik lo contuvo para asestarle un codazo en la boca al muchacho, que le escupió su propia sangre en la cara. Zarik dio un paso atrás y Resryon atisbó la ocasión. Lo empujó con violencia y lanzó el brazo a volar, llegando a golpearlo una vez y dos y tres. Zarik le devolvió al menos un golpe, pero aquello no resultó suficiente para aplacar las iras de Res. En cada impacto, en cada patada y en cada puñetazo, el brujo de Domarna y Catarno era capaz de leer la más nítida sed de venganza. Se apartó, dolorido y se lanzó a por Resryon sin descanso. Pero este logró aferrarlo del brazo y proyectarlo hacia la caída de la gruta, que volvió a engullirlo. Por un momento sintió un vuelco en el estómago, pero duró poco. Se acercó a Lucille, resollando y cargó con ella en brazos. El cuerpo del demonio era pequeño y delgado, casi escuálido. Mientras ella rodeaba su cintura con sus piernas, Res podía sentir los huesos que marcaban su fisonomía. Y es que en Akiteria una podía ser reina o vasallo, pero no parecía que la condición distinguiera el derecho a comer o las penurias allí vividas. Aun así, ascender con ella en brazos suponía un esfuerzo considerable. La única gran diferencia era que, frente a Lucille, ninguna mano hostil se atrevió a tratar de empujarlo. Podían odiarla tanto como a él mismo, pero aquella mujer debía de haber dejado clara su posición de poder en Akiteria y, sobre todo, su capacidad de seguir utilizando la magia, algo contra lo que nadie en su sano juicio querría enfrentarse.

Se detuvo en la enésima celda vacía con la que topaba cuando los calambres en el brazo empezaron a advertirle. De Zarik no había rastro alguno y necesitaba descansar. Lucille no dijo nada cuando la dejó en el suelo y se desplomó de rodillas, aún con sangre en la cara y sudando, exhausto y hambriento.

—No durarás mucho en Akiteria —observó el demonio—. ¿Por qué quieres ser rey?

Resryon forzó una sonrisa que hizo que le doliera la cara.

—Ten cuidado, Lucille. El gran error de muchos ahí fuera ha sido subestimarme, darme por acabado.

—No te subestimo ni te doy por acabado, aunque me encanta como suena mi nombre en tus labios, ¿podrías repetirlo?

Resryon se apartó el pelo mojado de la frente.

—Lucille —murmuró de nuevo.

El demonio se agachó ante él y le acarició el rostro.

—No me refiero a que vayas a morir pronto aquí, sino a que no quieres quedarte. Tratarás de salir. Entonces, ¿por qué quieres ser mi rey?

—Supongo que es la vieja costumbre de conquistar todo trono a mi alcance. E incluso los que no lo están.

La mujer hizo más amplia su sonrisa y estalló en sonoras carcajadas que fueron un eco aterrador en el abismo de Akiteria, aunque a Resryon no se lo pareció.

—¿Seguimos? —le preguntó él mientras se reincorporaba.

—Cuando tú quieras, príncipe brujo.

Todo el tiempo huyendo. No recordaba, prácticamente días en calma y sosiego vividos en Noctia. ¿Acaso eso resultaría imposible? Escapadas en el caserón brujo; escapadas en la mansión que Eugenne poseía en Ántico y ahora, escapada del castillo de Estyria. O al menos lo intentaría. Hacerlo a través de la ventana que había roto quedaba descartado, pues la hoja no cedía y los cristales que habían resistido el envite acabarían por cortarla. Eugenne había insistido en trasladarla a otro, pero ella se había negado.

Abandonó la habitación bajo la penumbra habitual. No había nadie a lo largo de los pasillos y, como la vez anterior, las antorchas flanqueándola fueron los únicos testigos de sus andanzas. Recorrió las escaleras prácticamente volando, con los zapatos en la mano y a toda velocidad. No le costó llegar hasta el vestíbulo en el que horas antes, Eugenne y Anouk habían estado hablando. Alzó la mirada al techo, temiendo la presencia de Talea, como si aquel viejo murciélago fuese a aparecer de un momento a otro; aún no la había visto desde su regreso y esperaba poder seguir evitándola al menos hasta desaparecer de allí.

Encontrar a Adrien se había tornado más apremiante que nunca y aunque no ignoraba los peligros de la maldición, convino en mantenerse lejos de la Vía Negra. ¿Cómo iba a atacarla así alguien que solo se movía en una barca?

Abrió el portón, que crujió en la inmensidad de aquella noche eterna y cerró con rapidez, escrutando el entorno con desesperación. Le temblaban las manos y le temblaban los pies. Temía no ser capaz de dar un solo paso en aquella oscuridad que engullía el mundo, pero sabía dónde quedaba la verja y lo único que debería hacer era avanzar con cuidado, aunque fuese a tientas.

Escuchaba el crujido de las hojas secas bajo sus pies y percibía la tierra mulléndose con su peso. Ni siquiera el viento era capaz de interrumpir al mutismo que envolvía el castillo. Aminó la marcha al ser consciente de que había de encontrarse en el camposanto, allí donde las tumbas moteaban la tierra negra como trampas traicioneras de un dudoso descanso. Y June no veía nada. Colocaba el pie, tanteando el entorno antes de atreverse a cargar el peso de su cuerpo en un paso. Su respiración se había disparado y un relámpago vino en su auxilio, proyectándole una visión efímera del lugar. La tormenta no tardaría en desatarse y de eso dio buena muestra el bramido del cielo, que amenazó con partirse en dos. Corrió con mucha más decisión cuando las luces zigzagueantes prendieron de nuevo en un parpadeo salvador. Podía ver la verja en la lejanía y la esperanza, que había empezado siendo un borrón difuso en un horizonte distante, tomó forma y consistencia en su corazón. Cayó de bruces al topar con una figura inesperada frente a ella. Estaba segura de que había salido de una de las tumbas, pero lo había hecho a una velocidad imposible, al menos, imposible para un humano; no así para un vampiro. La figura se mantuvo inmóvil ante ella y ni siquiera trató de moverse, pero June estaba completamente aterrada. Logró ponerse en pie y empujar al hombre para seguir avanzando a una velocidad endiablada.

—¡June!

Escuchó una voz a su espalda, amortiguada por la tormenta, pero no se detuvo. Llegó hasta la verja y empezó a treparla entre continuos resbalones que le abrieron más de una herida. El metal se le escurría entre las manos y la sangre recorrió su codo y su pierna. Llegó hasta arriba y se dejó caer, golpeándose en la frente contra una roca.

—¡June, espera!

Se puso en pie, trastabillando y se alejó lo más deprisa que pudo. La visión se le doblaba por momentos y el mundo parecía una gelatina gigantesca sacudiéndose en mitad de la noche. Los rayos que hacía un momento le habían servido como iluminación no eran ahora sino cegadores destellos que proyectaban un mundo aterrador ante ella. Pero siguió avanzando hasta zambullirse entre los árboles. La voz de Eugenne quedó atrás y el bosque la engulló sin dejar rastro y sin que fuera capaz de discernir dónde quedaba la Vía Negra.

0

Adrien permanecía sentado en el suelo mientras Alea le pintaba la cara de un rojo llamativo con alguna especie de savia que picaba, pero con la que aguantó estoicamente ante la diversión de la pequeña.

—¿Y qué se supone que me pasa en la cara? —preguntó el muchacho, divertido.

—Es sangre —respondió Alea—. Tú eres un general de la Áurea y luchas en la guerra, así que tienes que tener sangre.

—Soy un general de la Áurea —repitió él—. ¿Como Res?

La chiquilla lo miró y los ojos se le iluminaron mientras asentía con vehemencia, sonriendo.

—Sí, eso es —confirmó—. Res es el mejor general del mundo.

—Por supuesto. ¿Y tú?

—Yo soy la emperatriz. No puedo tocar armas para que las *terras* sepan que no les haré daño.

—¡Wow! Una emperatriz.

—Mi mamá iba a serlo. Pero la mataron y no pudo, igual que mi papá. Atalanta dice que yo también lo hubiera sido algún día.

La miró, conmovido por la naturalidad con la que la pequeña había aceptado el asesinato de sus padres. Ningún niño debería poder contar eso sin inmutarse, pensó Adrien. Ningún niño debería poder contar eso. Y hasta en aquella horrible circunstancia se asemejaba a su tío.

—Lo hubieras hecho genial, Alea —le dijo—. Pero bueno... piensa en la cantidad de responsabilidades que tendrías. Por ejemplo, si fueras emperatriz, probablemente no podríamos estar aquí los dos, jugando.

—¿No?

—Quizás no.

La niña seguía pintando su cara con insistencia.

—Oye, ¿No crees que ya tengo mucha sangre?

—Es que eres un general, no un soldado cualquiera. Eres mi marido, ¿de acuerdo?

—¿Tu marido? —rió Adrien.

—¿No te parezco guapa? Porque tú eres muy guapo.

—Eres preciosa, Alea. Y tienes los ojos más bonitos del mundo.

—¿Entonces serás mi marido?

—Por supuesto.

La niña sonrió mientras se llevaba las manos a los ojos, dejándoselos tiznados del rojo que había estado manejando.

—¿Qué es esto? —preguntó, arrodillándose a su lado.

El *Uilmel* apenas se distinguía en su piel, pero su difuso trazado aún no se había perdido del todo, como un cruel recordatorio de lo que un día tuvo.

—Es como un dibujo. ¿Sabes quién me lo hizo?

Alea negó con la cabeza, mientras paseaba sus deditos a través de las líneas casi invisibles.

—Me lo hizo Res.

—¿En serio? ¿Y qué es?

—Es un símbolo que quiere decir «para siempre».

La voz se le quebró aunque trató de disimularlo. Para siempre había durado demasiado poco.

—¿Para siempre qué?

—Bueno, Res y yo... éramos amigos y... nos gustaba estar juntos. Queríamos que fuera así para siempre.

—¿Y por qué casi no se ve?

La cría pegó la cara a su brazo y volvió a levantar la cabeza, esperando una respuesta que saciara su voraz curiosidad.

—Porque ya no sé si él querría que las cosas siguieran siendo así. A lo mejor ya no se acuerda de mí.

Alea se puso en pie como un resorte y buscó entre sus cosas para regresar con otro de aquellos pequeños frascos que contenían savias de colores. Se arrodilló de nuevo ante Adrien y empezó a pintar la marca, repasándola sobre su trazado con un negro profundo.

—No le digas a Atalanta lo que voy a hacer, ¿de acuerdo? —murmuró.

—¿Y qué vas a hacer?

—Magia —susurró la pequeña—. Para que el dibujo no se vaya nunca. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a Res, yo ni siquiera me acuerdo, pero Atalanta me habla de él y ella dice que Res nunca me olvida, aunque no pueda venir. Y seguro que a ti tampoco. Res querría estar siempre contigo porque eres muy bueno y muy guapo y él también. Atalanta dice que tenemos los mismos ojos y la misma sonrisa.

—Y es verdad.

—Yo creo que si el dibujo se ha borrado, tal vez haya sido por la lluvia, pero haré brujería y permanecerá para siempre.

Adrien se mordió el labio inferior mientras miraba cómo la pequeña recuperaba la marca de aquella inocente manera.

—Gracias, Alea.

—De nada.

Sintió un cosquilleo en el antebrazo y cuando paseó sus dedos sobre el dibujo, comprobó que las líneas se habían tatuado a su piel, como sucediera aquella noche en el hermoso templo elfo de Ladadir y habiendo sucedido aquello bajo la bendición de los elfos, en aquel momento ante una pequeña bruja, le concedía a la marca una dimensión aún mayor.



12 El mundo

Aquello se le estaba haciendo una agonía interminable y la cosa empeoró cuando distinguió la figura de Zarik trepando con rapidez desde el abismo. No tenía ni la más remota idea de adónde había ido a parar cuando se hubo deshecho de él, pero era evidente que no tan abajo como hubiera esperado. Verlo, sin embargo, no modificó su plan de ascenso, sencillamente porque no podía hacer otra cosa. No recordaba la última vez que había dormido sin ser acuciado por el dolor; ni la última vez que había comido. Se limitó a dejar la mente en blanco y seguir subiendo. El dolor físico era un enemigo en tregua con el que se había acostumbrado a convivir. Al del alma, simplemente se había inmunizado. Las circunstancias que marcaban su vida eran un cruento recordatorio de una misión que había aletargado demasiado tiempo; tal vez como consecuencia del impacto emocional. Era un soldado, un general, el hijo de un emperador, descendiente de una estirpe honorable de gobierno y conquista, pero aquella noche de hacía cinco años había experimentado la impotencia en su grado más alto: había visto morir a su padre sin poder, si quiera, mover un dedo por salvarlo. Y había visto morir a su hermana mayor, la misma con la que había compartido largas noches de confidencias en las escasas ocasiones que Resryon visitaba Ántico. Había temido ver a Ottana en esa misma tesitura y a su sobrina recién nacida. Había visto morir a Kurt, su cuñado, un buen hombre con el que había compartido risas y noches de insomnio en las filas de la Áurea. Y aquello lo había bloqueado; primero vino el estallido de ira, el incendio que arrasó con todo, prendiendo voces que lo tildaron de loco. Después, la más desoladora nada. El golpe de gracia lo sacó de Ántico y lo despachó en Liverna, convertido en un espectro más de los muchos que por allí vagaban, un sombra. Pero por primera vez en mucho tiempo tenía algo por lo que luchar: su hermana, reclamando una venganza de la que él mismo no fue capaz. Y Adrién. Casi parecía un sueño lo que había vivido con él. En Akiteria no se permitía recordarlo porque él era una debilidad y acumulaba la suficiente experiencia como para saber que uno no podía permitirse adolecer de estas en un lugar como ese. Pensar en él le devolvió un impulso nuevo, pero para entonces, el peso de sus condenas ya lo había ralentizado lo suficiente. Zarik le echó la mano al cuello y le asestó un puñetazo en la cara. Lo tenía casi al lado, sujeto a los escasos salientes que aquella cárcel mortal ofrecía y tiró de él con fuerza. Resryon resbaló, rasgándose con la roca y Zarik sostuvo a Lucille, que no tuvo problema alguno en soltarse del agarre de un brujo para aferrarse al de otro. Sonrió mientras veía a Resryon cayendo hasta impulsarse en la gruta que le quedaba más cerca, justo bajo sus pies. Le faltó el aire por un segundo, pero eso fue todo lo que necesitó para lanzarse de nuevo a la persecución. Zarik ascendía a una velocidad imposible. Durante varios minutos lo había hecho descargado, pero el sol abrasador y las duras condiciones de Akiteria no debían convertir eso en una gran ventaja. Estuvo cerca de darles alcance y para su sorpresa, fue Lucille quien le golpeó. Juego sucio. ¿Y quién se lo recriminaba a la reina? Zarik no perdió un segundo para seguir subiendo y, a pesar del gesto inesperado del demonio, también Resryon continuó. La agarró de un pie y tiró de ella,

arrancándole un grito agudo y teatral. Aquello hizo ceder ligeramente a Zarik que, no obstante, pudo mantenerse sujeto. Resryon distinguió un brillo por encima de su cabeza y no le costó discernir que se trataba de una daga en manos de Lucille. Tampoco costaba atar cabos: Zarik había sido el rey de Akiteria, probablemente desde que llegase allí. A la reina le atraía la hermosura y en el brujo aquel extremo no podía negarse. Pocos podrían competir con él por aquello. A su llegada, Resryon había logrado llamar también su atención, pero la mujer había entendido que no se conformaría con permanecer allí para siempre y así se lo había asegurado hacía solo unos pocos minutos. Si de todos modos no iba a tenerlo, optaría por mantener a Zarik a su lado. Era probable que este le hubiera formulado también promesas de mil cosas que ella anhelase escuchar. No entendía cómo alguien podía mantener la ingenuidad en aquel sitio y creer en palabras de amor, pero el desvarío de la reina chiflada parecía ya más que probado y quizás transformar la realidad en una deseada utopía fuera la única forma de mantenerse vivo allí dentro.

A pesar de sus pensamientos, el instinto lo llevaba a seguir escalando. Le dio alcance a Zarik en cuanto se olvidó de ellos y concedió solo parcela al deber: tenía que detenerlo y arrastrar a aquella loca hasta su celda cuando Tine hubiera tenido tiempo de vaciarla. Pero la loca trató de hundir la daga en su cuello y Resryon la detuvo por los pelos. Soltó una patada que lastró el avance de Zarik e intentó voltear el brazo del demonio para que su mano armada acabase amenazándola a ella misma. El grito de Zarik reveló la resistencia que estaba poniéndole a la escalada y Resryon le asestó otra patada en la espalda que lo hizo resbalar. Lucille acabó colgando de la mano del de Domarna y Catarno, aunque no parecía asustada especialmente. Nada en Akiteria se mostraba capaz de crisparle los nervios; al menos ninguno de los peligros que pudiera deparar la prisión.

Lucille se removió y logró golpear a Resryon con la otra mano. La osadía estuvo a punto de hacer caer a Zarik, que resbaló unos pocos metros más. Alzó la cabeza y vio a Resryon sobre él, solo tendría que dejarse caer y golpearlo. Su posición de superioridad era tan manifiesta que Zarik echó mano de su recurso más demoledor y desesperado para detenerlo:

—¡Ottana lo sabía! —gritó.

Resryon se mantuvo en su sitio, mirando a Zarik por debajo de él y tratando de comprender a qué se refería. Una parte de sí mismo le gritaba que no escuchase; detestaba oír nombres que amaba en aquellos labios traidores, pero esa otra parte que lo había bloqueado durante años tras lo ocurrido se activó de nuevo y le impidió moverse.

—El Consejo de Nix se reunió con ella cuando todo ocurrió y le trasladó la exigencia de Liatli cuando tú aún buscabas al asesino de tu familia. Si renunciaba al trono, si te obligaba a ocuparlo a ti y a abandonar la *Leggio* os perdonaría la vida a los dos. —Su voz era un eco que hacía más honda la herida con cada una de sus reverberaciones—. Ottana sabía quién había matado a tu hermana y a tu padre y guardó silencio mientras tú te volvías loco ejecutando cónsules de *terras* a los que creías traidores. Liatli solo buscaba arrancarte de la legión, dar inicio al Rito de Paxia e impedirte tocar un arma. Descabezadas las legiones, lo demás sería un juego de niños y tu hermana colaboró. Ella también te traicionó, igual que yo, igual que tus generales, igual que tus sirvientes. ¡Estás completamente solo, Resryon Vakko!

Las carcajadas de Lucille acompañaron a las palabras de Zarik, pero esta vez, Res no dio lugar al bloqueo. Tragó saliva y miró la piedra que tenía frente a sí. Solo tenía que aguantar un segundo más; solo uno más antes de derrumbarse. Se descolgó, dejándose caer, pero su gesto inesperado alzó un silencio espeso al darse. Las manos le quemaron en la roca al resbalar a aquella velocidad, pero su pierna impactó directamente sobre el rostro de Lucille, arrancándosela de la mano a Zarik. El cuerpo del demonio se desplomó caída abajo hasta perderse en las sombras

del abismo.

El de Catarno y Domarna lo miró, con el ceño fruncido. Había estado seguro de que iría a por él, de que la ira lo cegaría y no soportaría más tenerlo delante, pero se había limitado a ir contra Lucille.

Resryon se dio impulso y entró en la celda que le quedaba debajo. Un licántropo transformado se le abalanzó de manera inesperada y él se limitó a empujarlo hacia la salida, agarrándolo del pelo al tiempo que Zarik abría las piernas, colgado aún del techo, para que la bestia se colase entre ellas en la vertiginosa caída. Después saltó en el mismo sitio que Resryon. Este se apartó y caminó hasta el fondo de la gruta, apoyó la espalda en la roca y se deshizo hasta acabar sentado en el suelo. Zarik permaneció inmóvil, como si esperase a ser testigo de todos y cada uno de los efectos de su ataque.

—¿Ya está? ¿Te rindes?

Las lágrimas le abrasaban los ojos a Resryon, encendiéndolos de un modo distinto.

—No —respondió con la voz rota—. No, no me rindo. Voy a salir de aquí.

Zarik se acercó, calibrando la reacción de Res y se agachó frente a él al ver que no se movía.

—Lo siento.

Resryon exhibió una sonrisa sarcástica.

—No, no lo sientes —sollozó—. No aún. Pero lo harás.

Zarik extendió el brazo y colocó su mano en la mejilla del muchacho, que se apartó sin que eso espantase al de Domarna y Catarno. Se acercó más a él y le agarró de la cara, obligándole a mirarlo. Resryon forcejeó tratando de apartarse, pero Zarik acabó atrapándolo en un abrazo que lo derrumbó por completo. Y dio rienda suelta al llanto, una rara excepción en él. Era un general, hijo de un emperador. Ni siquiera había llorado cuando, siendo solo un crío, había perdido a su madre; ni en los peores castigos de cualquiera de las tres legiones o, especialmente en la de formación, pero Akiteria le había arrancado lágrimas con la misma facilidad con la que le arrancaba el alma.

—Lo siento, Res, te juro que lo siento.

Resryon se apartó y apoyó de nuevo la cabeza sobre la tapia; seguía llorando.

—Lo sientes porque no os salió bien.

—Lo siento porque aún te quiero. Te dije que merecías lo que te ha pasado, que quería verte muerto, pero nada de eso es verdad. No lo es, maldita sea. Impuse el deber con mi gente a lo que sentía por ti. A lo que siento por ti —se corrigió—. Y odio que no puedas decirme que abandonarás las conquistas porque entonces te seguiría de manera incondicional. Ya lo hubiera hecho entonces. Solo quiero que pares.

—No lo haré. No lo haré nunca.

Zarik lo soltó mientras asentía.

—¿Por qué la has tirado solo a ella? —preguntó tras un largo silencio—. ¿Por qué a mí no?

—Porque para ti no quiero una muerte rápida e indolora. Quiero verte tan destrozado como lo estoy yo ahora. ¿Me ves?!! —bramó—. Quiero verte pedir clemencia de rodillas, suplicar, arrastrarte por un simple gesto de asco.

—Tú no eres así.

—Tú ya no tienes ni puta idea de cómo soy. Queda muy poco del crío imbécil al que engañaste. No queda nada.

Zarik trató de forzar una sonrisa triste que no llegó a ser tal.

—Pues yo te miro a los ojos y sigo viendo al mismo Res. Juras venganza, la llevarás a cabo y seguirás protegiendo a tu hermana, a pesar de todo. Con toda probabilidad un día tu espada me

atravesará de lado a lado. Pero no alargará la agonía. Llevas el imperio demasiado tatuado y todas sus premisas.

Los ojos de Zarik se posaron en el brazo de Res, que descansaba, inmóvil, al lado de su cuerpo.

—Una *Uilmel* —murmuró. La marca no era sino un trazo irregular desgarrado por la herida, pero aún podía distinguirse y reconocerse si se sabía lo que era—. Te hacía en Liverna, condenado y no en Luzaria para unirte a un elfo.

No había rencor en su voz ni un tono que expresase algo más allá de una notable neutralidad. Si acaso, un sutil rastro de dolor.

—No es un elfo.

Resryon no sabía por qué le explicaba aquello, pero la acusación a Ottana aún martilleaba en su cabeza y, mientras buscaba una justificación, su mente continuaba activa, respondiendo ante cualquier sonido, aunque fuesen palabras.

—¿Y entonces?

—Un humano. Un dryadalis.

Zarik hizo más amplia su sonrisa aunque su expresión no se modificó lo más mínimo.

—¿Te unes con un dryadalis y te tatúas un símbolo élfico? ¿Cuándo te has vuelto tan cursi, Res?

Guardó silencio y se limitó a mirar a Zarik. No sabía qué pretendía indagando sobre aquello, qué debía o no importarle a él lo que hubiera hecho y con quién lo hubiera hecho. El de Catarno y Domarna había llegado a asegurarle que seguía queriéndolo, que nunca había dejado de hacerlo, pero las palabras estaban demasiado rotas como para concederles crédito. Solo eran letras formando una oración sin un significado más allá del meramente semántico.

Zarik le apartó el pelo de la cara y se mantuvo allí agachado, muy cerca de él. Resryon se sentía tan derrotado que no alcanzaba a moverse y la mano del otro brujo regresó a su mejilla, donde enjugó lágrimas.

—Ni con un humano ni con un elfo ni con un dryadalis superarías lo nuestro.

—Lo nuestro... —repitió sonriendo. Negó con la cabeza y guardó silencio.

—La vida nos ha puesto en una posición muy jodida, Res. Conquistador y conquistado. Emperador y rey. Hemos luchado por el deber y la obligación pisoteando lo nuestro, sacrificándolo todo. Pero sigue ahí, no puedes obviar el tiempo pasado. Aunque roto, no deja de ser lo que fue.

—Una espada rota no gana batallas.

—La espada que se rompe lo hace porque ya las ha afrontado. Batallas con la que otros no pueden ni soñar. Batallas inolvidables que ya se han ganado al pelearlas.

—La victoria no es inamovible. Lo que hoy se gana, mañana se pierde. Créeme, sé mucho de eso y aunque...

—No tienes ni idea de la cantidad de veces que he pensado en ti. Y sé que he sido un malnacido, Res y que no tengo derecho a decirte nada de esto. Pero la vida me regala la oportunidad de volver a tenerte delante y quiero hacerlo, quiero tomarme una licencia que no me corresponde, una que no me merezco.

—Esto ya no va a ninguna parte, Zarik. Lo mataste y yo lo enterré.

—Tal vez sea así. Dicen que de Akiteria nadie sale. Tal vez lo que se quede aquí fue lo que un día nos unió. O puede que nosotros mismos, pero hoy quiero jurarte tres cosas.

—Juramentos... —se mofó.

Los ojos de Zarik estaban tan empañados como los suyos y pronto, las lágrimas arrastrarían el

barro y la sangre de su rostro.

—La primera es que voy a sacarte de aquí aunque sea lo último que haga. La segunda es que mis legiones serán tuyas te propongas lo que te propongas, me da igual. —Resryon guardó silencio, impresionado ante aquella última oferta. No quería creer en ella. Había visto a Zarik jurarle el mismo mundo y traicionarlo como una rata, pero por inexplicable que resultase, leía verdad en su mirada y un sincero arrepentimiento.

—¿Y la tercera? —preguntó con un susurro.

—La tercera es que moriré bajo tu espada. Y solo así resarciré lo que hice. Tenías, dieciocho años, eras solo un niño y te vendí. Me querías y lo aproveché. Te quería y no me importó. Confiabas en mí y te maté. De algún modo sé que te maté. Y que hoy te he rematado. Pero ya no puedo soportarlo más, estoy cansado de disfraces, de corazas y de mentiras.

Se acercó, despacio, sollozando y deshecho, y colocó su frente contra la de Resryon, que siguió si moverse. Como si calibrase sus reacciones con cada movimiento, Zarik lo besó. Había existido un tiempo en el que la unión de aquellos labios había provocado auténticos incendios que arrasaban mundos enteros. Resryon no pudo ignorar un cosquilleo en el estómago, una sacudida de aquellos días tratando de despertar a un gigante dormido. Zarik se apartó, mirándolo y en aquellos ojos no supo identificar lo que albergaba su alma. Se volteó, rápidamente ante la llegada de una figura inesperada.

—¿Lo has conseguido?

Resryon lanzó la pregunta, se puso en pie y se acercó a ella, relajando ostensiblemente a Zarik, que había temido que se tratase de Lucille.

Tine negó con la cabeza, aunque ella no parecía mucho más tranquila.

—¿Qué hace el rey aquí? —preguntó sin más.

—No te preocupes. Ya se va.

Zarik guardó silencio, mientras Tine lo rebasaba y se colocaba junto a Resryon. Ambos lo miraron, como si ninguno de los dos confiase en pronunciar palabra alguna con él ahí, pero el brujo no se movió.

—No estoy de su parte —se justificó Zarik—. Sé que tramáis algo y sé también que puedo ayudaros. Te debo el mundo, Res. Y te lo daré.

Tine se cruzó de brazos, dejando claro que aquellas palabras no la convencían.

—Sé quién eres y nunca le he dicho nada. —La joven bruja miró a Resryon, sorprendida ante las palabras de Zarik—. Sé que eres Tine Hassul y ella lleva años buscándote.

—¿Y por qué no le has dicho nada? —quiso saber la interpelada.

—Porque los favores de la reina lo obtiene como rey —intervino Resryon—. Y una información de ese calibre es algo de lo que algún día podría hacer buen uso, ¿me equivoco, Zarik?

—Me conoces demasiado, no tiene caso negarlo. La cuestión es que no he hecho uso de esa información ni lo haré si tú no quieres.

—¡Por los dioses oscuros! —exclamó la vampira—. Dile que no quieres.

Resryon puso los ojos en blanco.

—No, no quiero —claudicó—. ¿Qué ha pasado?

Tine pareció desinflarse y encajar la realidad. Si de todos modos, el rey de Akiteria conocía su identidad, ocultar aquella información resultaría irrelevante.

—No he podido —admitió al fin—. Esa puta celda es infranqueable y además está vigilada. Nunca se aleja demasiado rato; ni siquiera con esta ridícula competición. Sobra decir que si me sorprende allí...

—Yo puedo ayudaros.

Resryon miró a Zarik, que no se había movido de su sitio.

—Zarik, lárgate. Y despreocúpate. Olvida todo lo que hemos hablado... y lo que ha pasado aquí.

—Espera, espera, no corras tanto —intervino Tine—. Es el rey de Akiteria, ¿os une algún extraño lazo de amistad, simpatía o lo que sea?

—No.

—Sí.

Resryon negó con la cabeza.

—¿Sí o no?

—Sí. Puede que tú quieras que me olvide de todo, pero no lo haré. Acabo de jurártelo. Puedo despejaros el camino a La Cumbre o sacar de allí lo que necesitéis.

—Joder, qué lujo. ¿Por qué no me dijiste que eras amigo del rey?

—No puedes traernos toda la celda —respondió Res, ignorando el entusiasmo de Tine—. Lo necesitamos todo para acometer la huida.

—De acuerdo —sentenció Zarik—. Iré a buscarla, creará que la competición sigue en marcha, pero ralentizaré el ascenso todo lo posible, el tiempo que necesitéis. Vosotros sois dos.

—Necesitaremos al menos un día —respondió Tine, resuelta.

Zarik asintió

—De acuerdo, no hay problema.



13 Caronte

Tenía la sensación de que la cabeza se le hinchaba por momentos, pero había logrado dejar atrás el estado de aturdimiento y también el castillo de Estyria. Adentrarse en aquel bosque no la tranquilizaba lo más mínimo a pesar de eso. El cielo seguía parpadeando en blancos fognazos que le conferían a aquel laberinto de troncos un aspecto siniestro. Recordaba su última internada en un sitio así y el posterior encuentro con los nigromantes. En aquellas condiciones dar con la frontera de la *terra* de Estyria no resultaría sencillo y el temor a dar un paso en falso la atenazaba.

Apartó ramas y plantas colgantes. Devolvió la vista atrás en numerosas ocasiones y trató de memorizar alguna referencia que la ayudase a orientarse en caso de estar dando vueltas en círculo. Se detuvo y alzó la mirada al cielo que, de pronto, había dejado de iluminarse. No se escuchaba el menor sonido y sin embargo, tenía la impresión de que no estaba sola. Por un momento echó en falta la agudeza visual que Anouk le había concedido con motivo de su primera visita a La Cónita. O incluso las habilidades de la que había llegado a disfrutar como vampira.

Había retomado el paso de manera lenta y dubitativa, pero volvió a refrenarlo hasta quedarse clavada cuando tuvo ante sí el serpenteante trazado de la Vía Negra. Había algo extraño en aquel oscuro sendero cubierto de agua. Desde que se había adentrado en Noctia por reclamo de Eugenne, lo habían seguido sin apartarse de su dibujo y por extraño que resultase, no había dejado de ser, en todo momento, un espejo que reflejaba el cielo con fidelidad. Cada estrella, cada nube, el astro nocturno y su contorno imperfecto. Ni una onda, ni el más mínimo movimiento, como si el agua fuera una extensión del aire que tampoco soplaba y que no traía consigo ningún otro sonido. Pero ahora, unos suaves anillos rasgaban la tersura de su superficie al tiempo que algo vibraba en el suelo. June percibió el temblor como una sacudida y aunque el instinto clamaba por una huida, su curiosidad, como siempre, la mantuvo inmóvil. Un fulgor anaranjado asomó desde el recodo del río y al fin lo tuvo ante sí: Caronte. La barca era una gigantesca construcción de plata parcheada con símbolos negros en un idioma que solo los dioses oscuros debían de comprender; un conjuro, tal vez o una invocación. De su proa colgaba un pequeño farol que iluminaba el camino en aquella boca de lobo en la que se había convertido el mundo. Su luz se proyectaba en las aguas y de pronto dejaban de ser esa negra superficie inmóvil para exhibir rostros implorantes y brazos que emergían de las profundidades y llegaban a acariciar el casco de la barcaza. Una de esas manos capturó el tobillo de June, demasiado cerca del río y la joven no pudo ahogar un grito mientras se dejaba caer hacia atrás, liberándose del frío e inesperado agarre, pero sin poder centrar su atención en otra cosa que no fuera él. La figura de Caronte era un colosal espectro ataviado con una negra capucha en cuyo interior no se adivinaban facciones. Portaba un enorme remo que clavó con fuerza en el lecho del río, deteniendo el lento avance de la barcaza.

June estuvo segura de que la miraba a ella, aunque no hubiera ojos para corroborar tal extremo.

Unos brazos la agarraron desde las axilas, elevándola. Eugenne.

—¡Corre! —gritó el vampiro, al tiempo que tiraba de ella.

June se dejó arrastrar y en pocos segundos, multitud de sombras empezaron a proyectarse a su alrededor. Sentía arañazos en brazos, piernas y rostro; pellizcos y bocados que le causaban pequeñas heridas.

Eugenne se detuvo y desenvainó una espada que había de haber llevado en alguna parte. La oscuridad era tan profunda y June estaba tan sobrecogida por lo que había visto que no acertó a ver de dónde la había sacado. La joven se refugió tras él, mientras el refulgente metal del vampiro sesgaba a aquellas sombras etéreas, sin forma definida que, no obstante, sucumbían ante sus elegantes movimientos. Llegaron a herirlo, igual que habían herido a June porque eran numerosas y estaban por todas partes, pero al menos Eugenne logró librarlos de unas cuantas. Siguió tirando de ella y llegaron hasta una cabaña abandonada y derruida que había en la espesura. La estructura estaba ennegrecida, como si un incendio la hubiese devorado y buena parte del techo yacía inclinado sobre la fachada. No había cristales en las ventanas y el moho y la vegetación se habían adherido a una parte de la pared exterior, pero al menos los refugiaría de tan letal amenaza en aquella noche inquietante.

Eugenne la soltó de la mano nada más acceder al interior y June se agazapó en un rincón, abrazando sus propias rodillas y enterrando su rostro en ellas. Necesitó unos segundos para amasar las palabras y la expresión furiosa de su rostro al alzar la cara.

—Ni se te ocurra saltar con el «ya te lo dije».

Eugenne se apoyó en la pared opuesta y sostuvo la espada con las dos manos, manteniendo la punta clavada en el suelo. Guardó silencio ante las palabras de June.

—¿Qué son? —se atrevió a preguntar ella—. Las sombras.

—Siervos de Caronte. Sería muy fácil eludirlo si no dispusiera de ellas, pero no es él quien arrastra las almas hasta el río. Esas sombras penetran en la espesura y buscan de manera implacable.

—Dios mío... ¿Y esto ocurre cada cien noches?

—Cada cien noches —confirmó él.

June guardó silencio, como si necesitase digerir la idea. Ya la conocía realmente, pero vivirla era algo muy distinto.

—¿Cuándo pasará todo?

—Las sombras siguen a la barca. Caronte seguirá deslizándose por el río y ellas se marcharán con él.

—¿Qué pasaría si no consiguiese las almas establecidas?

—Son un mínimo de trece. Y siempre las consigue.

Si el mundo tuviera una cima, un punto álgido en el que poder acariciar el cielo, Akiteria sería una particular escalera hacia allí. El ascenso se hacía interminable y Res se preguntó cómo lo haría Tine, cómo lo haría cualquiera que quisiera llegar hasta La Cumbre. La vampira debía de haberlo hecho en más de una ocasión y a él su única —y esperaba última— vez se le antojaba un infierno solo equiparable a las penurias de Liverna. Y supuso que eso era algo positivo. Akiteria superaba con creces la podredumbre de la tierras de las sombras. Si algo de lo que vivía en

aquella cárcel vertical podía compararse a un mal menor sería que su suerte debía de estar cambiando.

Se detuvo cuando hubo alcanzado el punto en el que Tine descansaba, con la mirada fija arriba; siempre más arriba.

—Joder, ¿cuándo se acaba esto? —exclamó Res, sin aire.

—¿Te estás quejando? ¿Acaso las leyendas que hablan sobre ti son mentira?

—¿Y cómo conoces tú esas leyendas si llevas años aquí metida?

—Aquí metida, pero no desprovista de magia. Cuando las horas se descuelgan con la lentitud con la que lo hacen en Akiteria, visualizar el mundo exterior, aunque sea a través de un sortilegio, puede convertirse en una gran distracción. No he perdido de vista nada de lo que ha ocurrido en Ántico.

Res asintió con poca vehemencia.

—¿Por qué has logrado conservar la magia?

—El poder de Caronte. La inmortalidad no venía sola, sino que está unida a mi condición. Soy un vampiro.

—En este sitio eso no es poco.

—No, no lo es. ¿Seguimos? La Cumbre es eso.

Res alzó la mirada y desde aquel ángulo solo pudo distinguir una plataforma semicircular de piedra, pero nada más.

—Vamos.

Por primera vez en días tenía una meta visible, un lugar en el que poder alcanzar aquello que hasta ahora solo había logrado imaginar como un anhelo etéreo. Continuó ascendiendo tras los pasos de la vampira y se mantuvieron los dos juntos en un pequeño saliente de la uniforme pared.

—Hay guardias apostados allí. Licántropos.

—¿Qué les da a todos ellos? ¿Por qué todo el mundo la trata como a una reina y fingen que esto es una corte?

—Lucille fue la primera prisionera de Akiteria. Ella fue quien la diseñó y mi madre no quiso que pudiera revelar nada acerca de su distribución, de modo que acabó encerrada aquí. Evidentemente conocer cada rincón de este lugar le concedió una ventaja sobre cualquier otro pobre infeliz que llegase hasta este sitio, así que se autoproclamó reina.

—Pero entonces ha de conocer la salida.

—Akiteria no tiene salida. Esas eran las instrucciones que dio mi madre: una cárcel en la que se entra, pero de la que no se sale.

—Dijiste que la salida debía de estar abajo.

—Abajo solo hay una nada infranqueable por la que nadie ha tratado nunca de pasar. Si la salida no está ahí, entonces no la hay, pero es el único sitio por el que nadie se ha atrevido a intentarlo. Todas las desgracias vienen de abajo.

Los hombros se le hundieron al brujo ante aquella expectativa.

—Todos llegamos por arriba —apuntó, como si su voz acudiera en auxilio de aquella esperanza muerta.

—Por arriba no se puede salir. Vamos —volvió a apremiarlo Tine. Por lo visto, la vampira llevaba allí el tiempo suficiente como para saber que la acción era la mejor medida contra el desánimo; sentir que se hacía algo todo el tiempo, que se avanzaba y que siempre había una motivación. «Una razón para seguir adelante. Siempre». Eso le había dicho su padre y una vez más, se dispuso a ponerlo en liza.

Siguió con resolución el cuerpo menudo de Tine y en poco tiempo llegaron hasta su objetivo.

Se habían colocado debajo de la plataforma que conformaba la celda más grande y cómoda de Akiteria, La Cumbre. Brujo y vampira se miraron.

—No piensas blandir un arma, ¿no?

—No puedo.

Tine bufó.

—Pero si la heredera es tu hermana.

—Si ella no se atreve, yo...

—Ni siquiera completaste el Rito de Paxia.

—¿Me has espiado en cada cosa que he hecho en mi vida?

—No seas egocéntrico. Mi atención estaba puesta en el trono y tú eres un soldado. De lo contrario, habría sabido lo de tu amistad con el rey de Akiteria.

—Amistad...

—¿Algo más, tal vez?

—¿Por qué no nos centramos en entrar en la jodida celda? Zarik no podrá distraer a esa chalada para siempre y ni siquiera estoy seguro de que vaya a hacerlo.

—Sin armas...

—No necesito armas. Solo son licántropos, ¿no? Y en cuanto a ti, ¿no puedes utilizar la magia?

—En La Cumbre, no.

—Supongo, entonces, que sabes pelear. Tú no eras, tampoco, la heredera, ¿no?

La vampira alzó una ceja, divertida.

—Tenemos más en común de lo que creíamos, ¿no? Ambos en segundo plano, empujados al primero y traicionados hasta por las motas de polvo que nos rodearon.

—Enternecedor. ¿Vamos?

Tine asintió y la última mirada que se dedicaron fue una cuenta atrás después de la cual llegaron hasta La Cumbre.

Había cinco licántropos, nada menos, custodiando aquel ostentoso rincón que no era más grande que cualquiera de los balcones del Áleon, el castillo imperial de Ántico. Y aun así, rezumaba un tufo soberbio que hubiera incomodado a Res si no hubiese tenido otras preocupaciones en ese momento. Lidiaba con dos licántropos, mientras Tine lo hacía con otros dos, y un tercero, tal vez el que estuviera al mando, observaba a un lado y otro, como si valorase el combate en el que más falta hiciera su presencia. Resryon sabía bien que los líderes licántropos o Alfas eran capaces de razonar con lógica e inteligencia, mientras que los demás, los movía el más puro instinto. A pesar de la evidencia que le ocupaba, el brujo era capaz de percibir la magia que flotaba en aquel sitio, una especie de aire pesado que lo aplastaba contra el suelo y bajo el cual se hacía difícil hasta moverse. No obstante, no sufrió en demasía para partir el cuello de uno de los licántropos y patear al segundo hasta hacerlo caer al abismo. Echó un rápido vistazo y comprobó que Tine se había deshecho también de uno de ellos y que el segundo no parecía estar poniéndola en excesivas dificultades, así que se centró en el Alfa. Era más grande que los otros y su fiereza se dibujaban en unas facciones crispadas y voraces. Res se preguntó cómo serían capaces de mantener la transformación en unas condiciones tales como las que se daban en Akiteria, y por un momento dilucidó sobre la posibilidad de que la magia de Lucille tuviera algo que ver. Le constaba que sostener la figura del lobo exigía un arduo esfuerzo y dudaba de que el hambre, el sempiterno calor y las penalidades allí sufridas les permitiesen acometerla con plenas garantías.

Se echó al suelo y se deslizó entre las patas de la bestia para alzarse a sus espaldas y romper

sobre su lomo una silla de gruesa madera que acabó hecha pedazos. El animal se volteó, furioso y se abalanzó sobre él sin que tuviera tiempo de hacerse a un lado. Cayó encima del brujo, que trató de forcejear con él para mantener sus implacables fauces a distancia. El animal logró causarle un arañazo en el hombro, pero por suerte la rápida intervención de Tine dio al traste con nuevas intenciones. La espada atravesó su cabeza y asomó a través del cuello, quedando la punta a pocos centímetros del rostro de Resryon, que pudo dejar de aplicar fuerza aunque el lobo acabase desplomándose sobre él. Pudo apartarlo con la ayuda de Tine, que se había deshecho también del otro animal y que extendió su mano para ayudar a Res a ponerse en pie.

—Es milagroso que sigas vivo sin poder empuñar un arma.

—Me enseñaron otras formas —respondió el joven, resollando igual que ella.

—Ya veo. Hay que salir de aquí lo antes posible. Este sitio duele.

—Magia, supongo.

—Por supuesto.

Tine caminó hasta un arcón construido en roca que había al fondo de aquella celda. Era mucho más amplia que cualquiera de los angostos agujeros que moteaba la pared lisa de Akiteria y si bien el mobiliario —por llamarlo de alguna forma— era escaso, lo que debía de ser la cama, llamó enormemente la atención de Res. Era de forma redondeada y estaba conformada por multitud de prendas de ropa: pantalones, faldas, armillas y camisas. Todo ello hecho un guiñapo y apilado para dar forma a algo blando y mullido; probablemente lo único de esas características que hubiera en Akiteria.

Tine forzó la apertura del arcón con una daga. El chasquido llamó la atención de Resryon, que se acercó hasta allí, impresionado. Había comida, piezas de caza, fruta, verdura y botas que debían de contener agua. También había espadas y dagas, arcos y flechas, así como cuatro carcajs.

—¿De dónde coño ha sacado todo esto? —preguntó el muchacho, incrédulo.

—Magia, Resryon. ¿Cuál es el límite de esta?

—¿En Akiteria? Seguramente uno mucho más cercano que fuera de este sitio.

—Es un demonio, un ser ligado a la creación de la vida. Cielo, infierno y todas esas cosas, ya sabes. Todo esto se crea, nace de algún modo o en algún sitio y como demonio, vida y muerte flanquean los extremos de su poder.

—¿Y tú? Ya podrías tener una magia así de útil.

—Soy un vampiro. Domino la magia de sangre; en mi caso, morder pescuezos me mantiene, aunque no tan bien como desearía. La gente en este sitio está hecha un asco.

—A mí me mordiste.

—Tú también estás hecho un asco.

—Vaya, gracias.

Tine sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Hay que cargar con todo esto y largarse.

—¿Y dónde pretendes que llevemos todo esto?

La vampira se acercó hasta la cama y, de entre el amasijo de ropa, logró encontrar una especie de chal que se antojaba la prenda más grande de todas.

—¿Puedes, al menos, llevar armas? ¿Aunque no vayas a usarlas?

—No puedo tocarlas. Yo llevaré la comida y tú, las armas.

—Qué útil resultas —murmuró ella, con ironía. Vamos.

Cuando abrió los ojos, Alea ya no estaba allí con él, aunque el muchacho seguía en el cuarto de la pequeña. Se puso en pie de forma costosa y caminó hasta la sala principal, donde encontró a Atalanta y a la niña, que dormía plácidamente envuelta en una manta.

Adrien bajó la mirada y observó el agua del vaso que había sobre la mesa, temblando como si la advertencia de un terremoto se hubiera cernido sobre la tierra de Noctia, y lo cierto era que también era capaz de percibir la vibración en el suelo. Se dio cuenta de que Atalanta había cerrado las ventanas con las hojas de madera que normalmente ni tocaba y todas las botellas y tarros de vidrio que había sobre las altas estanterías de la habitación vibraban, generando un pequeño e inquietante sonido al topar unas con otras.

La bruja permanecía sentada a la mesa con expresión grave. Apenas movió más que los ojos cuando lo vio entrar y aunque era hermana de Hilmagenta, en nada se parecían el color de sus auras ni las sensaciones que ambas desprendían.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó la mujer, modificando por primera vez su expresión.

Adrien paseó los dedos a través de su mejilla y los vio teñidos de un rojo llamativo.

—Soy un general de la Áurea —respondió, al tiempo que sonreía y le enviaba una mirada a Alea.

—Con esa cantidad de sangre, serías un cadáver de la Áurea.

—Ya. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Moran?

—Moran se ha ido. Por contra, el barquero, está llegando.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—A buscar a los suyos. —Atalanta se puso en pie con dificultad y caminó hasta el caldero en el que hervía algo. Cogió el cucharón y lo removió con calma—. Supongo que tanto tiempo en Luzaria lo ha trastornado.

Adrien la miró y ella se irguió despacio, observándolo también a él.

—Debes irte. Y debes hacerlo antes de que regrese.

—¿Irme? ¿Adónde?

—Akiteria es tu destino, ¿no?

—Sí, pero has dicho que Moran ha ido a...

—A Akiteria uno no se enfrenta con una legión, Adrien. Es absurdo. Si de veras quieres sacar algo o a alguien de allí, deberás colar a un ratón, hacer que se mueva entre sus entresijos, que encuentre la grieta en la roca, las venas de aquel lugar infecto.

Adrien frunció el ceño, desconcertado ante las enigmáticas explicaciones de la bruja.

—¿El ratón soy yo?

Atalanta sonrió.

—Un viejo general lo resuelve todo siempre con una espada en las manos, pero nada más lejos de la realidad. Sin embargo, él no te permitirá hacer las cosas a tu manera.

—A mi manera... Si tuviera una. ¿De qué manera se entra allí? ¿Cómo se libera a alguien de su interior?

—No lo sé, chico, pero recuerda solo una cosa: el problema en Akiteria está en salir, no en entrar. Tú estás fuera y esa es una ventaja de la que has de obtener provecho.

Lo pensó fríamente y tenía razón. Todo el mundo repetía que de Akiteria nadie lograba salir, pero por contra, lo que él deseaba era entrar y desde fuera debía de contar con armas y recursos de los que no dispondría desde dentro.

—Si me voy, Moran me matará. Además, no tengo ni la menor idea de cómo moverme en Noctia. No conozco las *terras* ni su geografía.

—Deberías, siendo el hijo de un miembro del Consejo de la Luz.

Adrien bufó y se pasó la mano por la cara.

—Supongo que Hilmagenta no me envía a casa de su hermana para que esta me riña por lo mal estudiante que he sido.

Atalanta asintió sonriendo.

—Supones bien.

La bruja se desplazó a través de la sala y buscó algo entre los cajones. Caminó hasta acercarse a él con un tarro plano en las manos, similar a los que había estado utilizando Alea para pintarle y lo colocó sobre la mesa con cuidado. Después, tiró de la camisa que el muchacho llevaba puesta, obligándolo a alzar los brazos para sacársela por la cabeza. Adrien no opuso resistencia alguna, pero tampoco podía ocultar su desconcierto.

Atalanta cogió la savia y trazó un símbolo que abarcaba la parte superior del pecho de Adrien.

—¿Qué es esto? —se atrevió a preguntar al fin él.

—Para que lo entiendas, digamos que es algo así como mi firma. Cualquiera que me conozca sabría que solo yo puedo trazarla.

—¿Y eso es bueno? Es decir, ¿que sepan que te conozco me favorece?

—Solo ante las personas adecuadas. Tienes que llegar hasta Ántico y buscar a Elain Debcris, antiguo general de la Áurea. Moverá cielo y tierra por Resryon. De hecho, siempre ha sido así, incluso durante estos cinco años le ha sido leal.

—Elain Debcris... —repitió Adrien, tratando de memorizar el nombre.

Atalanta trazó un círculo en el aire y este fue envolviéndose en un fuego blanco que mostró un rostro en el centro, el de un chico joven, de cabello castaño y ojos oscuros. Adrien apretó los labios y dio un respingo cuando la imagen estalló como una pompa, salpicándole en la cara.

—No, no hay nada entre ellos dos —se apresuró a responder Atalanta—. Es su mejor amigo, su hermano; igual que Anven Drokoriah, aunque las lealtades de esta última sí están en entredicho a día de hoy. Las de Elain, como te digo, no.

—No he dicho nada —se quejó Adrien, ruborizado.

—Tu mente es tan fácil de leer... Y ahora márchate, si quieres hacer algo por él de verdad.

Dedicó una última mirada a la puerta, como si esperase a que por ella apareciese Moran. Y no podía negar que marcharse sin él le asustaba casi tanto como la reacción del licántropo cuando se enterase de lo que había hecho.

—Antes dijiste que mi hermana no te había enviado conmigo para que te riñera. —La voz de Atalanta interrumpió sus pensamientos—. Y tenías razón. Te envió porque sabía que yo pondría en liza soluciones poco populares. ¿Quieres limitarte a esperar al licántropo para plantaros en Akiteria y enzarzaros a espada contra la roca?

—No —respondió con más determinación de la que él mismo había esperado.

—Entonces lárgate, hijo. Y ten cuidado con lo que llevas en el bolsillo.

Reprimió el gesto de llevarse la mano hasta allí, donde descansaban las cinco monedas que June le había entregado. Por suerte no las había guardado en la mochila, junto a todo lo demás. Preguntarse cómo podía saber aquello la bruja era ridículo, así que recogió la camisa que Atalanta le había quitado y volvió a ponérsela.

—Hay muchas personas dispuestas a matar por ellas, Adrien. Pero son la salvación de Resryon.

Frunció el ceño mientras se bajaba la prenda de ropa.

—¿Qué son? —preguntó.

—*Arkanais*. Monedas con las que se paga a Caronte. Pero has de poseer trece, una en representación de cada *terra* para saldar la deuda que acabe con la maldición.

El muchacho asintió, mientras tragaba saliva y caminaba hacia la puerta.

—Espera. ¿Te vas sin esto?

La bruja le acercó una alforja de la que sobresalían varias empuñaduras.

—Si ni siquiera sé utilizarlas.

—Prueba a encontrarte en una situación desesperada. Verás si eres capaz o no de darle buen uso. También hay provisiones para varios días y un mapa que te ayudará a orientarte. Si logras llegar hasta Estyria, tal vez consigas un caballo.

—Gracias, Atalanta. Despideme de Alea.

—Por supuesto. Buena suerte, muchacho.

0

El descenso podía imaginarse como algo más sencillo que el ascenso, pero no estaba resultando menos extenuante. El calor continuaba azotando la roca de manera implacable y tocarla quemaba. Las ampollas se habían convertido ya en parte de su piel y la debilidad hacía mella en su ánimo y en su condición física. Habían birlado algo de comida del arcón de la reina chiflada, pero el tiempo apremiaba y apenas había logrado llevarse a la boca un par de pedazos de fruta. Por momentos se sentía mareado y había de detenerse para recuperar un equilibrio cada vez más complejo. Tine se movía con gracilidad y soltura. Resryon ignoraba cuál habría sido su situación durante el tiempo que llevaba allí, pero no era difícil suponer que con el paso de los años había hallado una forma de hacer más llevadero su cautiverio. Al igual que Lucille, ella también era capaz de convocar magia y si no podía crear comida, tal vez sí hubiese logrado sobrellevar las penurias de mejor manera. Por su parte, él llevaba allí escasos días, pero todos y cada uno de ellos vividos al límite. No se quejaría, por supuesto, aquella había sido una de las primeras lecciones de la Praes, si no la primera. Tal vez incluso hubiera sido un aprendizaje más ancestral y hubiese sido el propio Doroyan el que se lo grabase a fuego en la cuna.

—Resryon... —La voz de Tine, que estaba algunos metros más abajo, lo distrajo y logró espantar el mareo y la debilidad por un instante—, creo que están subiendo. Hay que esconderse.

—Vale.

Tine se balanceó para ocupar la celda que les quedaba más cerca y logró sujetarlo a él cuando se impulsó para seguirla sin llegar a apoyarse por completo en el suelo. Cruzaron una mirada al percatarse de que, en el fondo de la celda, un viejo famélico se ovillaba contra la pared con los ojos abiertos de par en par y su escuálido cuerpo temblando. No era difícil entender que a la vampira no le pareciera una amenaza, de modo que centró toda su atención en el ascenso de Zarik, que cargaba ya con Lucille.

Resryon miraba al viejo y aunque también le habían enseñado que la lástima era un defecto que había de desprender de su corazón, debía de admitirse que no en todo había sido un alumno ejemplar. Buscó en el atadizo que llevaba y extrajo un par de piezas de fruta que le ofreció al hombre.

—¿Qué haces? —le recriminó Tine—. Vamos a necesitarlo todo.

—¿Crees que salir de Akiteria va a depender de dos manzanas?

—Sí, lo creo. No subestimarías ni una migaja si llevases más tiempo aquí y no viviendo en una cuna de oro.

—Cuna de oro... —repitió, sonriendo—. Si a Liverna lo llamas cuna de oro...

El viejo extendió el brazo con temor y se hizo con las manzanas antes de regresar rápidamente hasta su parapeto de roca.

Zarik ascendía por la pared paralela a aquella otra por la que había acometido el descenso. En poco tiempo los hubo rebasado y hubieron de limitarse a esperar a que la altura alcanzada resultara suficiente para poder seguir bajando sin ser vistos.

—¿Es inmortal? —quiso saber Resryon—. Lucille.

—No, no es inmortal.

—Pues dudo que podamos salir de aquí si no la matamos. Cuando Zarik la lleve hasta arriba y se declare ganador, puede que su majestad quiera romperme los pocos huesos sanos que me queden.

Tine sonrió sin mirarlo.

—¿Qué le habéis dado?

—Y yo qué sé —respondió Resryon, con idéntica expresión.

La vampira se asomó y se aseguró de que el brujo y el demonio se habían alejado lo suficiente. Ella misma se movía con agilidad en la jungla de piedra de Akiteria, pero no pudo dejar de maravillarse ante la fuerza de Zarik, cargando con ella todo el tiempo y moviéndose a gran velocidad.

—¿Qué hubo entre él y tú?

—Nada.

—Vale, no quieres hablar y acepto que no es el mejor momento.

—Bravo por ti.

—Oye, estamos perdiendo demasiado tiempo. Habría que dejarse caer. Llegaríamos antes

—Olvidas la sutil circunstancia de que yo no soy inmortal. Puede que a ti no te importe estamparte en lo que sea que haya allí abajo, aunque déjame decirte que una vida eterna con el cuerpo destrozado no se antoja muy apetecible.

—Yo puedo convocar magia, ¿te acuerdas? Detendré la caída a tiempo.

—Dioses, suena tan trágico... ¿A tiempo de qué? ¿Sabes, acaso, lo que hay abajo? ¿Sabes cuándo empezar a parar?

—Confía un poco en mí, Resryon Vakko.

El joven brujo la miró sin decir nada.

—Ya sé que eso te cuesta. Nos han traicionado las personas en las que más confiábamos. Pero haz un ejercicio de esfuerzo, emperador.

La vampira extendió la mano y Res la miró largamente antes de entrelazar sus dedos con los de ella.

Después se pusieron en pie y se mantuvieron durante unos segundos al borde del abismo de aquella celda inmundada. El sol apretaba desde arriba, como siempre y un viento caliente soplaba desde bajo, como siempre. Pero entonces, unas manos ejecutando un sutil empujón los arrastraron hacia aquella boca oscura desde la que solo llegaban desgracias y la caída los engulló durante unos segundos eternos.



14 Las mil furias de Akiteria

June permanecía hecha un ovillo en uno de los rincones de aquella desvencijada cabaña. Abrazaba sus rodillas, mientras en su memoria se repetía una y otra vez la imagen de Caronte y su barcaza. Había pasado toda la vida estudiando a los noctis y jamás hubiera imaginado algo así. El mito del barquero era cierto, después de todo y se sucedía cada cien días. Vivir bajo aquella maldición debía de ser horrible.

Alzó la vista y observó a Eugenne, que permanecía de pie, apoyado en lo que un día debió de ser el alféizar de la ventana, escrutando la noche con calma. Apoyaba el peso de su cuerpo sobre una pierna y había modificado su postura mil veces. En pocas ocasiones lo había visto June tan nervioso. Y como si detectase el peso en la mirada de la joven, el vampiro se volvió y dejó escapar un hondo suspiro.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar? —se atrevió a preguntar ella.

—Uno prudencial. Encontrarse con Caronte no es ninguna tontería. Sus tentáculos son largos e insistentes.

—Ha pasado hace un buen rato —respondió ella, revolviéndose—. Dijiste que sus espectros lo seguirían y yo tengo que encontrar a mi hermano.

—¿A qué viene ahora tanta prisa con tu hermano? Entró en Noctia y tú no solo lo sabías, sino que lo apoyaste. ¿Ahora te urge encontrarlo?

—Me urge, antes de que lo hagas tú o tu amiga.

—Lo único que quiero de tu hermano es mi *arkanai*. Resulta increíble que insinúes otra cosa. ¿Acaso te he hecho daño alguna vez?

June se puso en pie y se acercó a él con el ceño fruncido.

—No, no me has hecho daño nunca, pero sí me retienes como si fuera una vulgar prisionera. Quiero irme.

—Prisionera... —repitió, sonriendo—. Te has largado de mi casa y ahora pretendes largarte de aquí. He llegado a tiempo de evitarte un disgusto, June, pero no voy a seguirte por toda Noctia sacándote de cada lío en el que te metas, porque lo cierto es que tienes una facilidad pasmosa para hacerlo.

—Oh, tengo facilidad para meterme en líos. Es evidente, aquí estoy, contigo.

Eugenne abrió la boca, pero optó por guardar silencio.

—Muérdeme —murmuró June, acercándose más a él.

—¿Qué?

—Lo hiciste ya una vez, ¿no? Por unos días dejé de ser una humana en constante peligro y fui una vampira con capacidad para defenderse.

—Morder no es ninguna idiotez. Se producen mil cambios en ti, en tu cuerpo y en tu forma de ser. Deberías saberlo ya.

—Lo sé y por eso te lo pido. Dijiste que sería más sencillo en adelante; hay cosas que ya tengo

controladas.

—¿Para qué quieres convertirte, June?

—Ya te lo he dicho —espetó ella, nerviosa—. Mi hermano no necesita a una idiota que no pueda hacer nada por él si está en peligro.

—Dijiste que Moran Tropps lo acompañaba. Sabrá cuidarlo.

—¡Dije que no responde al teléfono! —gritó, furiosa—. No sé qué es, Eugene, pero le ha pasado algo y necesito dar con él, poder hacer algo si...

—Yo lo ayudaré si está en peligro; tú no necesitas transformarte.

—¡Hazlo! —gritó ella, hastiada.

—¡No lo haré!

Eugene había respondido en idéntico tono y oírlo gritar era tan poco habitual en él que June no se atrevió a decir nada más. Reculó un paso y dos y tres...

—June...

—Puedes negarte a convertirme, de acuerdo, pero no puedes negarte a dejarme en paz. No quiero que me sigas ni que te preocupes más por mí. Me comprometí a devolverte el *arkanai* y lo haré, pero hasta que dé con él mantente alejado.

—Sabes que la petición es ridícula.

—No es una petición. Es una exigencia.

—June, no...

La palabra murió en su boca y Eugene se limitó a cerrar los ojos, hastiado mientras caminaba hacia la puerta que June había estampado en la pared de madera al salir de la cabaña para zambullirse en una noche más negra que nunca.

—Mierda... —murmuró.

0

La gruesa cortina de lluvia que había descargado en las últimas horas, apenas era ya una fina llovizna que se respiraba más que sentirse. Pero Adrien estaba ya calado hasta los huesos y a cada paso que daba, las dudas lo asaltaban. ¿Debía de haber hecho caso a Atalanta y marcharse o debería haber esperado a Moran? Era cierto que los métodos del licántropo, a la par que lentos, eran poco sutiles y ortodoxos, pero ¿qué garantías tenía él solo de salir victorioso en su empresa?

Llevaba un buen rato caminando y tratando de convencerse a sí mismo de que no estaba allí buscando garantías. Ahora tenía un nombre y un objetivo que parecía menos loco y más accesible que Akiteria: Elain Debris. Según la bruja, un antiguo general de la legión Áurea, igual que el propio Resryon; su hermano, prácticamente y nada más. Se daría de bofetones a sí mismo por plantearse otras posibilidades que en aquel momento importaban poco, por no decir nada. Res había sido encarcelado en una prisión infernal de manera injusta, después del asesinato de toda su familia. Como guinda, él mismo lo había traicionado, de modo que si hubiera mantenido algún tipo de *affaire* con ese muchacho o con cualquier otro estaría en su plena libertad y, desde luego, en aquel momento eso no condicionaría nada. A decir verdad, nunca debería hacerlo, pensó.

Una neblina baja reptaba por encima de una tierra que parecía seca y más negra que la que había dejado atrás. Se agachó y corroboró que, a pesar del escaso tiempo transcurrido desde la lluvia torrencial, aquel suelo no había visto una gota en tiempo. Se irguió de nuevo y extrajo el

mapa que Atalanta le había facilitado. No era bueno con la historia Noctis ni con su geografía; a decir verdad, la vida al otro lado del Muro de Caronte siempre le había importado más bien poco, pero estaba seguro de que había traspasado la frontera entre Estyria y Arleah, *terra nigromante*.

Resopló al alzar la cabeza, mientras guardaba el mapa y se encontró con tres sombras inmóviles que parecían observarlo. Parecían, puesto que no había ojos bajo la capucha que portaban ni atisbo alguno de su rostro. Adrien dudó sobre si hablar o mantenerse en silencio. Y acabó optando por esto último. Retomó el paso con buen ritmo y sin vacilar, pero no tardó en percibir pasos tras él. Aumentó la zancada y las sombras lo hicieron con él. Se movían, veloces, como si levitasen y, sin embargo, escuchaba los pasos hundiéndose entre la alta hierba o aplastando las hojas secas.

La carrera del muchacho era frenética y en su rostro notaba los arañazos y latigazos de las ramas que se descolgaban frente a él como sutiles tentáculos; no agarraban, pero sí golpeaban y causaban heridas a las que no dio la menor importancia. Apartaba vegetación a manotazos y trastabilló en un par de ocasiones hasta dar de bruces sobre la fría superficie del agua. La Vía Negra. Se puso en pie al percibir un cosquilleo en los brazos y volvió la vista atrás, comprobando que los nigromantes se habían quedado rezagados, fuera del río. Volteó la cabeza y topó con un mascarón de proa que se acercaba lentamente. El farol que colgaba en él lo cegó por un momento y fue incapaz de moverse, de respirar, de pestañear. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado algo así. Una colosal figura surcando un camino convertido en agua. El espectro de Caronte convertía a los nigromantes en criaturas insignificantes, y eso que solo el aspecto de esos le había bastado para correr a una velocidad de vértigo.

Con el pecho a punto de estallarle, movió las piernas para salir de allí, dejando atrás a los moradores de los oscuros bosques de Arleah, pero el cosquilleo que había percibido en los brazos al caer a la Vía Negra pronto justificó su origen: manos suplicantes, manos pálidas y esqueléticas emergían de las aguas, agarrándolo. Sacudió las piernas con vehemencia y echó mano a la daga que había llevado colgada al cinturón desde que saliera de la casa de Atalanta. No tenía ni idea de utilizar un arma, pero una daga era la más rápida y ligera, de modo que optó por tenerla al alcance; el instinto haría el resto. O eso esperaba. Hizo de tripas corazón y sesgó carne para zafarse al tiempo que la barcaza seguía avanzando, echándosele prácticamente encima. A medida que lo hacía, la sombra de Caronte se proyectaba más y más grande. Adrien tuvo la sensación de que le hablaba, incluso, en débiles susurros que le arrancaban oscuridad a la noche, pero por suerte no tardó en verse liberado de aquellos inquietantes cepos y logró salir del agua a tiempo. Las mismas manos que habían buscado sus piernas, acariciaban el casco de la barca; incluso aquellas que se habían desprendido de sus brazos y muñecas. Adrien sabía que tenía que correr, alejarse de allí y no mirar atrás, pero su fascinación se había prendado de aquella escena imposible. Caronte, el barquero, el mito. Lo tenía allí delante y nada que hubiera oído de él hacía justicia al halo aterrador que lo envolvía. De pronto, la sombra se hizo aún más alta y se expandió como una nube de tormenta arrastrada por el viento. Y entonces sí, arrancó a correr mientras soportaba el grito infernal que bramó de aquellas fauces de otro mundo. No quiso saber qué decía, solo corrió y voló y cruzó el bosque nigromante que se ubicaba al otro lado de la Vía Negra sin pararse a pensar en qué había delante. Perdió el paso cuando el terreno se hundió bajo sus pies y, de pronto, fue presa de algún tipo de trampa. El eco de aquel grito aterrador aún bailaba en sus oídos y apenas notó el impacto, pero el agujero en el suelo era profundo y le resultaría imposible salir de él. Se puso de pie, llevándose la mano al hombro que se había golpeado y calibró sus escasas posibilidades. Unas sombras eclipsaron el cielo negro y supo que se trataba de nigromantes. No tenía ni idea de si eran los mismos que lo habían seguido hasta allí o no;

resultaría imposible averiguarlo, pues entre la tiniebla que los conformaba, todos eran iguales. Buscó en sus bolsillos y en el fardo que se había llevado de Telasia. Armas, comida y un mapa. El tintineo de las monedas que June le había entregado le recordó que las llevaba guardadas. Un amuleto, había dicho la joven. Sonrió mientras apoyaba la espalda en la pared y se dejaba caer hasta sentarse en el suelo. Menuda suerte le estaban dando aquellas viejas monedas de metal apagado.

—*Arkanais*...

Alzó la cabeza al oír el inquietante susurro que pronunció aquella palabra.

—Tienes *arkanais*.

—¿Habláis vosotros? —preguntó, desconcertado.

—Si nos los entregas, te sacaremos de aquí.

La voz de los nigromantes era humo y ceniza, apenas un susurro, el silbido del viento colándose en una oquedad.

Adrien observó las viejas monedas y recordó las palabras de Atalanta: «Hay muchas personas dispuestas a matar por ellas. Pero son la salvación de Resryon».

Tomar una decisión en aquel momento se antojaba complicado: si no entregaba las monedas, permanecería allí; lo matarían o esperarían a que muriera, pues si algo tenía claro sin necesidad de grandes tesis era que los nigromantes se nutrían de muerte. Además, en aquel pozo de podredumbre, no podría hacérselas llegar a Resryon. Por contra, si les entregaba aquellas monedas a los nigromantes, lo sacarían de allí, pero estaría deshaciéndose de algo aparentemente vital para el joven brujo.

—Solo tengo una —exclamó, esperanzado.

Deshacerse de una era mejor que deshacerse de cinco y estaba claro que cualquier elección dejaba coja una posibilidad. Pero si lograba salir de allí y entregarle cuatro de ellas al muchacho, podría darse con un canto en los dientes.

—De acuerdo —susurró el nigromante.

Un lazo de humo se extendió hacia abajo, lamiendo las paredes del pozo. Se enredó en su muñeca y tiró con fuerza, levantándolo hasta dejarlo apoyado en el suelo. Había sido un método poco sutil que, a punto estuvo de desencajarle el hombro, pero al fin y al cabo estaba libre. Había sido dos espectros ante él, dos nigromantes que aguardaban su pago. Aquel que lo había agarrado no deshizo el nudo y por contra, el otro enredó también su etérea extremidad en torno a su muñeca. No podía mover los brazos y el contacto resultaba doloroso, pero abrió el puño mostrando la moneda. Por suerte no habían llegado a ver las demás, pero Adrien no estaba aún tranquilo. El nigromante cogió el metal que se le ofrecía y lo observó con deleite.

—*Arkanai*... —repitió.

Mientras aquel se regocijaba en la moneda ganada, el otro extendió su brazo, rodeando el cuerpo de Adrien. No era un tacto físico, pero estaba frío y se coló bajo su camisa, como si buscara algo más, provocándole pellizcos y un ligero dolor. Solo sería cuestión de tiempo que diesen con las otras cuatro monedas y entonces sí se presentaría ante Resryon —considerando que lograra sacarlo de Akiteria— con las manos vacías. Y decidió jugárselo todo a una carta. Tragó saliva y se encomendó a los dioses a los que Resryon rezase. Dio un seco tirón de las manos que lo sumieron en un dolor desgarrador y, arrancándole el *arkanai* que había tomado al nigromante, volvió a lanzarse a las fauces del bosque. Uno de ellos le dio alcance, impulsado por una furia visible aun sin unas facciones ante las que poder horrorizarse. Todo cuanto la espectral forma desprendía hablaba de ira y enojo. Adrien trató de traspasarla con su daga en repetidas ocasiones, pero aquel ser no era corpóreo. Nunca habría imaginado que los nigromantes no estuvieran hechos

de carne y hueso o, cuanto menos, de materia tangible, pero así parecía ser. No sabía por qué, pero las manos le dolían horrores después de haberlas liberado del volátil cautiverio nigromante y lo mismo ocurría con distintas partes de su cuerpo que el nigromante acariciaba como una serpiente venenosa a la que le bastase su contacto. Los gritos de Adrien compitieron con el bramido de Caronte, no en cuanto a fiereza e inquietud, pero sí al conquistar el silencio denso de la noche. Una segunda sombra se cernió sobre él y, tendido en el suelo, entre la hojarasca, solo pudo llorar y lamentar su infortunio. Los nigromantes se harían con sus *arkanais* y lo matarían. Esa había sido su heroica incursión por Resryon.

Y en aquel baile de sombras, otra más eclipsó la noche, robándoles gritos nuevos a los nigromantes. Las nubes oscuras de las que estaban formados volaron hacia el cielo convertidas en volutas que descolgaron sus capas oscuras en el suelo. En medio del dolor, Adrien distinguió un contorno distinto y no supo si celebrarlo o lamentarse aún más. La sombra se agachó y discernió el rostro de un hombre joven. Un mechón de cabello negro le cruzaba la cara, cincelada con una expresión grave.

—No te muevas —le pidió—. El tacto de un nigromante es muerte en vida. Dolor en su estado más puro.

Adrien no supo qué estaba haciéndole, pero al menos parecía claro que el tipo quería ayudarlo y no cebarse más con él.

—Me llamo Eugene —se presentó, para su sorpresa— y supongo que tú tienes que ser Adrien.

Aquello lo sorprendió aún más.

—¿Cómo lo sabes? —logró preguntar entre lágrimas—. ¿Quién eres?

—Soy un... amigo de tu hermana.

—June...

—June está bien. O eso creo —añadió, al tiempo que alzaba la cabeza y escrutaba el bosque—. Daré con ella, pero antes tengo que curarte esto porque si no, no me lo perdonará y supongo que ya sabes que tener a June enfadada conviene muy poco. Vamos.

Eugene cargó con el cuerpo de Adrien, que a duras penas podía moverse. Había partes de sí mismo que ni siquiera sentía, tal era el dolor que lo azotaba. Se apoyó en el hombro de aquel extraño y logró arrastrar las piernas hasta que Eugene pudo cargarlo a sus espaldas. A la mente de Adrien regresó la noche en la que aquel espectro creado por los brujos lo había atacado. Evocó la falta de aire en sus pulmones y la desesperación atisbando la vida apagarse ante él. Aquella noche, las sensaciones eran distintas, pero igualmente angustiosas.

—¡June! —gritó Eugene. Su voz se perdió en un eco multiplicado que abrazó el bosque—. ¡June, tu hermano está aquí, está herido y tengo que llevármelo. Si tengo que seguir buscándote, morirá!

Aguardó unos segundos interminables en los que el viento que empezaba a soplar amagaba con falsas esperanzas de que la joven apareciera y se olvidase de aquella absurda huida. Y así fue. Su figura menuda apareció entre las sombras, se detuvo y al comprobar que Eugene no mentía, corrió hacia él.

—¡Por dios, Adrien! —exclamó, alterada—. ¿Qué le ha pasado?

—Nigromantes, supongo. Tengo que sanarlo.

—¿Hay que volver a tu casa?

—Imposible. Estamos demasiado lejos de Estyria. Llegaremos hasta Ántico.

—¿Ántico? No aguantará hasta allí —escupió la joven.

—Hay formas de mantener el veneno a raya. Perderemos un tiempo crucial si damos la vuelta.

June acarició el pelo húmedo de su hermano, que a duras penas lograba mantener los ojos abiertos y trató de esbozar una sonrisa cómplice a la que el joven respondió.

—Te pondrás bien, Adri. Eugene sabe lo que hace. Solo tienes que aguantar un poco, ¿de acuerdo?

Adrien asintió y el vampiro se puso en marcha.

0

La caída había sido interminable, aunque Resryon ya no estaba seguro de si habían llegado a golpearse en el suelo o si Tine había podido detenerlo antes. Le dolía todo el cuerpo, ¿acaso podía potenciarse aquella horrible sensación de haber dado de bruces contra aquella nada? Supuso que sí, a fin de cuentas. Le dolían los huesos, pero no tenía ninguno roto.

Había una nota positiva en aquella novedosa situación y era que la luz del sol había desaparecido y con ella, su asfixiante calor. Por contra aquella nada nueva que los envolvía en los cimientos de Akiteria era fría. Res estaba sudando, así que la sensación se potenciaba, generándole escalofríos. Resopló y se puso en pie. Había perdido el fardo que portaba, pero al menos su compañera de viaje seguía con él. Tine se incorporó refunfuñando al tiempo que buscaba entre el suelo negro. Todo allí era negro, cielo, tierra y el vacío que los rodeaba.

—No puedo creer que seamos tan desgraciados, Resryon, en serio te lo digo.

El joven brujo siguió mirándola, mientras ella buscaba en balde cualquier rastro de todo lo que habían perdido.

—¿No vas a ayudarme? —insistió la vampira.

—Cálmate un poco, ¿quieres? Aquí no hay maleza, no hay nada. Si esas cosas estuvieran, las veríamos.

—¿Hemos ascendido hasta la puta cima de Akiteria para irnos con las manos vacías?

—Eso parece.

Tine arrugó la nariz y lo miró, colocando los brazos en jarra.

—¿Tienes sangre en las venas, Resryon Vakko?

—Algo me queda. Y lo que también tengo es una gran capacidad pragmática. Aseguraste que si había salida estaba aquí y estamos aquí. Si lo hemos perdido todo, saldremos sin nada.

—Bueno, permíteme que puntualice la incerteza. Dije que la salida no estaba arriba y que si existía forma de salir, había de ser por abajo.

—Vale, pues ya estamos abajo. Y lo primero que recomendaría es empezar a caminar.

—¿Hacia dónde? Todo aquí es igual en una y otra dirección.

La vampira bajó los brazos y, por primera vez desde que la conocía, exhibió una latente desesperación.

—Ya lo sé, Tine, pero periódicamente, Akiteria se sacude con una desgracia, ¿no es así?

Ella lo miró sin decir nada, como si esperase una explicación más amplia que no tardó en llegar de labios de Res.

—Inundaciones, lava, temblores de tierra... Todo eso tiene que salir de alguna parte.

—De El Ojo —intervino una nueva voz.

Se voltearon rápidamente para dar con la figura de Zarik.

—¿Qué haces tú aquí? —espetó Resryon, con dureza.

—Creí que estabas distraído a la reina —añadió Tine.

—La subí lo más despacio que pude, tal y como os aseguré. Y hasta ahí llegaba lo pactado. Zarik estaba respondiéndole a ambos, pero sus ojos oscuros se mantenían fijos en el brujo.

—Eres su rey —repuso Tine, enojada—. En cuanto se dé cuenta de que no estás, te buscará por todas partes.

—Espero estar lejos para entonces.

—¿Por qué no la matas? —preguntó Res, con calma.

—Porque no es tan fácil.

Los ojos verde azulados de Resryon buscaron a Tine.

—Dijiste que no era inmortal.

—Y no lo es —respondió ella con seguridad.

—No he dicho que sea inmortal, Res; solo que no es tan fácil matarla y no me refiero a que sea una gran rival en una lucha.

—¿Entonces?

—Si os apetece hablar, podríamos hacerlo luego. Ahora hay que salir de El Ojo.

—¿Cuál es el diámetro? —preguntó Resryon, mientras iniciaban la marcha.

—Kilométrico, así que os sugiero un poco de prisa. Ni por asomo imaginaré que estamos aquí, pero cuando no nos encuentre, desatará las mil furias de Akiteria.

0

El siguiente tramo del camino lo habían llevado a cabo en el más absoluto silencio. Eugene seguía cargando con Adrien y eso le exigía un enorme esfuerzo, pese a su condición de vampiro, pues no se habían detenido ni una sola vez, conscientes todos de que el tiempo apremiaba. June no soltaba la mano de su hermano y había llenado alguno de esos silencios canturreando alguna vieja canción que trataba de insuflarle ánimo a Adrien. No obstante, el muchacho apenas lograba mantener la consciencia durante un par de minutos antes de abandonarse de nuevo a una oscuridad diferente.

June se detuvo y la mano del muchacho se le escurrió al encontrarse ante sí con unas pequeñas casitas de aspecto abandonado. Todo en Noctia arrastraba un halo desolado que hablaba de esa parte que el Muro de Caronte contenía, impidiéndole trascender hasta Luzaria. El lugar parecía abandonado, pero no lo estaba. El fuego de las antorchas crepitaba en sus calles y también pudo distinguir luz en el interior de alguna de aquellas casuchas.

—¿Qué lugar es este? —se atrevió a preguntar con desconfianza.

—Lubecka es una aldea nigromante en la frontera con la *terra* de Ántico.

—¿Nigromante? ¿Y pretendes dirigirte ahí?

—Si seguimos adelante sin más, tu hermano morirá.

Las palabras de Eugene fueron una sentencia demoledora que silenció la más mínima objeción de June.

—Como te digo, está en la frontera; no es propiamente una aldea nigromante, sino más bien una especie de puesto fronterizo ántico. Adrien necesita descansar, un medio de transporte adecuado a su estado y algo de sanación.

Las lágrimas silenciosas trazaban surcos en las mejillas de la joven, pero Eugene no se entretuvo en consolarla. En aquel momento, lo mejor que podía hacer por ella era poner a salvo a su hermano, si es que acaso estaban a tiempo.

Apenas se cruzaron con nadie a su llegada a aquella misteriosa aldea. June distinguió alguna sombra entre la negrura y prefirió no saber si se trataba de uno de aquellos seres encapuchados que se sentaría a esperar desgracias que propiciasen una muerte de la que alimentarse o un brujo o vampiro de Antico.

Llegaron hasta una pequeña posada en la que un par de clientes remoloneaban en una taberna vacía donde sonaba un viejo violín. Eugene cruzó un par de palabras con su propietario y este dispuso rápidamente una habitación para Adrien. Por fortuna parecía que los tentáculos del príncipe de Estyria eran alargados y su influencia alcanzaba los más recónditos parajes de Noctia.

Pronto, Adrien estuvo descansando en un viejo camastro que exhibía de todo salvo comodidad, pero a aquellas alturas, June había aprendido a no solicitar milagros. Eran mundos distintos y allí las diferencias eran mucho más extremas. Su hermano reposaba en un lecho y eso era todo lo que podía esperar en aquel momento.

Eugene había conseguido despegarla de Adrien, animándola a tomar un baño y comer algo mientras él se ocupaba de su hermano junto al brujo que regentaba la posada.

El vampiro observaba al muchacho en la penumbra de la habitación con el rostro perlado en sudor y los rastros del contacto nigromante en su cara, brazos y pecho. Llevaba la camisa abierta y las marcas eran más que evidentes. Apenas habían sido sutiles caricias, pero las zonas se habían amoratado e hinchado un poco. Respiraba de forma agitada y se sacudía entre pequeños espasmos.

Se acercó a él y le apartó el pelo de la frente para valorar sus opciones, mientras esperaba al posadero. La mano de Eugene llegó hasta la camisa del muchacho para rasgarla y entonces los arkanais cayeron sobre la cama. Se quedó petrificado al dar con cinco de ellos. Cinco. Las joyas más buscadas del imperio durante años. Eran trece y allí había reunidas cinco de ellas. ¿Cómo era eso posible? Sintió rabia con June por haberle ocultado tal extremo y recogió las monedas, apretándolas con fuerza en su puño. Se irguió cuando la puerta se abrió, despacio, y Rudis se puso a su lado. Era un brujo alto y espigado, de cabello azulado recogido en una coleta y ojos de un rojo intenso. Eugene ni siquiera lo miró.

—¿Qué se puede hacer por él? —le preguntó.

—Nada —respondió la voz grave de Rudis. Tampoco él apartaba la mirada de Adrien—. El chico ha tenido un baño nigromante. El veneno está muy extendido. Dudo que pase de esta noche y créeme, será lo mejor que pueda pasarle porque en las próximas horas, con el veneno extendido por todas partes, el dolor resultará aterrador. Cuanto menos dure, mejor para él.

Aquella fue la primera vez que Eugene lo miró sin que eso alterase lo más mínimo la expresión de Rudis.

—No puede ser.

—Lo mejor que puedes hacer por él es matarlo tú mismo. Ahórrale sufrimiento. —Eugene volvió a clavar la mirada en Adrien—. Príncipe, es solo un humano. Estamos en guerra con ellos, ¿no? Pues suma una baja en sus filas.

—No puedo hacer eso. Solo es un niño.

Rudis sonrió.

—Un niño... Liatli Hassul es una niña y los críos de la Vakko también lo eran; los de *Augis*, la generación dorada de la Áurea. Todos jugaban a la guerra en la Áurea. No menosprecies su capacidad.

—¿Y si lo convierto?

Eugene se había mostrado absorto en sus cavilaciones mientras Rudis hablaba

—¿Estás loco? —exclamó este, sorprendido—. Con la cantidad de veneno que tiene en la sangre, sería posible que te arrastrase. ¿Quién coño es para preocuparte así?

—Es el hermano de alguien —murmuró el vampiro, pensativo.

—¿La chica de la otra habitación? ¡Cielos, Eugene! ¿Por una mujer?

—No se trata de eso —se justificó él, incómodo—. Pero no es justo que este chico...

—El mundo no se mueve en base a la justicia. Nunca pensé que tuviera que decirte esto. Eres un buen amigo al que aprecio y has tenido el lugar solicitado en la posada, pero necesito la cama mañana a primera hora.

Rudis abandonó la habitación sin más dilación y Eugene permaneció sumido en una dura encrucijada. Desvió la mirada hacia la puerta por la que el posadero había salido y, tras asegurarse de que no volvía a abrirse, se inclinó sobre Adrien. Era posible que aquella alternativa no hiciera gracia a su hermana, aunque ella se lo había solicitado a él hacía escasas horas, pero no para el joven, sino para sí misma. Le volteó ligeramente la cara al muchacho y hundió sus colmillos en su cuello, degustando al instante el agrio sabor de la ponzoña que invadía su cuerpo. Adrien se convulsionó y Eugene reculó despacio. Durante unos segundos se mantuvo inclinado, tratando de tolerar el veneno que empezaba a recorrerlo a él. Era un vampiro y sería capaz de soportarlo. Su organismo era distinto y más poderoso, aunque aquella vez la afección hubiera sido grande.

La misma puerta que se había mantenido cerrada apenas un minuto antes, se abrió de par en par para dar paso a June, que permaneció petrificada bajo el umbral durante unos segundos.

—¿Qué estás haciendo?

Eugene no acertó a responder, indispuesto como aún se sentía. June se acercó a largas zancadas hasta su hermano y observó los dos puntos sangrantes de su cuello.

—Le has mordido...

Después, sus ojos castaños bajaron hasta las manos del vampiro, que sostenía aún los cinco *arkanais*. Siguió mirándolo, atónita y caminó hacia él rodeando la cama.

—Dame los demás. Solo uno es tuyo.

Eugene logró aferrarla del brazo, deteniéndola a tiempo.

—June...

—¡Dame los otros cuatro y llévate el tuyo!

—¡No voy a dártelos! —gritó él, apartándola de un empujón.

Se arrepintió al instante de aquel gesto tan impropio de él, pero la visión se había tornado doble a su alrededor, no lograba distinguir absolutamente nada y su mente se había nublado en un borrón difuso en el que la voz de June espetándole reproches se le tornaba una guinda insufrible.

—Me llevo los cinco y tú te llevas a cambio a tu hermano vivo —logró decir—. Creo que es un trato justo.

June paseó la vista desde Adrien a él mismo.

—No hay nada que hacer por él, June. Si no se convierte morirá esta noche y la recompensa de la vida bien merece cinco *arkanais*.

—Si se los entregas a Liatli... —sollozó ella.

—Si se los entrego a Liatli acabará con la maldición. Es cierto que ella pensó que bajo su gobierno esta se extinguiría, pero tiene sentido que no sea así y al fin y al cabo, no es culpa suya. Solo deseo que esta haya sido la última vez que Caronte recorre el mundo de Noctia.

June se dejó caer sobre la cama de su hermano, a su vera y sostuvo su mano, apretándola con fuerza.

—Lárgate.

Eugene se agachó ante ella y colocó su mano sobre la rodilla de la joven.

—June, hago lo mejor por Noctia, créeme. La Vakko y sus fieles prolongarían las conquistas.

Estamos hartos de sangre. Solo queremos paz.

—Pues vuestra emperatriz os ha llevado a la guerra.

—No ha sido ella. Aunque no lo creas el Consejo de Nix va por libre, igual que lo hace el de la Luz. Eso también es algo que Liatli quiere cambiar. El propio hijo de Doroyan lo intentó en su día. Sus propósitos distaban mucho de los de Liatli, pero también él sabía que con el Consejo al frente, las voluntades estarían siempre compradas.

June observó el rostro perlado en sudor de Eugenne y frunció el ceño con expresión grave, pero en su mente no lograba más que ver el puño del vampiro agarrando los cinco *arkanais*, monedas que debía haberle cogido a su hermano mientras este agonizaba, inconsciente e indefenso.

—¿Por qué tiene cinco? —quiso saber el príncipe de Estyria.

—Lo único que me interesa en este momento es mi hermano. Llévate los cinco si te da la gana y úsalos como te plazca.

Eugenne se puso en pie de manera costosa tras dedicarle una larga mirada y trastabilló al moverse.

—¿Qué te pasa? ¿Es por haberle mordido? —preguntó ella, desconcertada.

Eugenne solo acertó a asentir.

—Adrien se pondrá bien. No podía hacer otra cosa, June.

Ella asintió, mientras las lágrimas seguían arañándole las mejillas.

—Ahora vete.

—Tengo que llevaros de regreso a Luzaria.

—¿Cómo quieres llevarnos a Luzaria si él es un vampiro? ¿Es reversible?

Eugenne guardó silencio.

—No lo sé. La situación es distinta esta vez.

June asintió, haciendo alarde de un encaje que no estaba teniendo realmente. ¿Cómo había acabado todo de aquella manera? Adrien no podía ser un vampiro para siempre, pero en aquel momento digerir eso le resultaba imposible y se conformaba con la nada desdeñable fortuna de que el joven siguiera con vida.

Eugenne caminó despacio hacia la salida y ni siquiera tuvo fuerzas para preguntarle adónde iba o qué sería de ellos. Quería que se marchase y quedarse sola con su hermano. Ya vería qué hacer tras un merecido descanso. Se recostó al lado de Adrien, con la cabeza apoyada sobre el pecho desnudo de su hermano, cuyos moretones y heridas se habían difuminado considerablemente.



15 Mover el mundo

La caminata se estaba haciendo eterna sin que ninguno de los tres tuviera la más mínima idea de hacia dónde dirigirse o seguir. En aquel inhóspito vacío, no había puntos de referencia con los que orientarse. Por momentos, tenían la sensación de estar caminando sobre el aire, bajo el aire y entre el aire. Todo era negrura en aquel entorno endemoniado que estaba empezando a hacerles sentir mareados.

Sin embargo, pronto algo les indicó que la ausencia de novedades podía tomarse como algo positivo en aquel lugar. El suelo tembló como lo hacía la barcaza de Caronte al recorrer la Vía Negra. Sabían que hasta allí, el barquero no llegaba, pero la percepción fue la misma aunque su origen distase.

—El Ojo —apuntó Zarik, visiblemente fatigado.

—Debemos de llevar horas andando —exclamó Tine, angustiada—. ¿En serio me estás diciendo que aún no lo hemos abandonado?

—Es difícil asegurarlo —respondió Zarik de nuevo—. El punto central de Akiteria es kilométrico, como os dije, pero tampoco sabemos si andamos en círculos o si este lugar maldito posee alguna disposición que justifique el no avanzar. Tú viste los planos, ¿no? Como general de la *Leggio*, tuviste acceso a ellos.

Resryon negó con la cabeza mientras escrutaba aquel duro entorno.

—Lo que te enseñan en los planos es mínimo.

—¿Incluso a ti? —quiso saber Tine.

—Especialmente a mí.

—¿Y tú? Eras la hija de su constructora.

—La destinataria del emotivo y maternal regalo que es Akiteria —escupió Tine con desprecio—. ¿Cómo iba a enseñármelo si mi madre quería que me pudiera aquí?

—Qué entrañable mujer —ironizó Zarik—. Habéis estado a un paso de ser las personas más poderosas de Noctia y manejaís tanta información como yo.

—Lo mismo podría decirte —escupió Res, molesto ante aquella observación.

—¿Poderoso yo? ¿Por qué, por acostarme contigo?

—No —respondió Resryon, sonriendo—. Por haberme vendido a tu emperatriz en la pugna por convertirte en su mano derecha. Eras demasiados, Zarik.

Tine alzó una ceja y miró a uno y otro sucesivamente.

—Empiezo a entender lo que se cuece aquí. Fuisteis pareja.

—Pareja —murmuró Zarik—. Es una afirmación un tanto osada. Res nunca supo cómo definir lo que éramos. Estábamos juntos y punto. Supongo que su padre aspiraba a más para él que al rey de una *terra* doblegada.

—Mi padre nunca dispuso para mí aspecto alguno en ese campo, para tus inoportunas ganas de información. Ni para mí ni para mis hermanas. Te recuerdo que Ascya se casó con un hombre que

en aquel momento era un soldado más de la Áurea.

—¿Entonces eras tú el que no se decidía?

—Dioses, no puedo creer esto. ¿En serio hay que hablarlo ahora?

—Tiene razón —intervino Tine—. No puedo negar que estaría horas escuchándoos, pero no creo que sea el momento.

La tierra tembló de nuevo como si ratificase aquella inconveniencia, y una risotada lejana acompañó la sacudida.

—Vámonos —zanjó Resryon, eludiendo la mirada asesina de Zarik.

El brujo lo había besado hacía pocas horas, le había hecho tres juramentos, uno de los cuales pasaba por entregarle a sus legiones para que luchasen por él, fuera cual fuese el propósito designado, pero ahora solo podía leer rabia en sus ojos, dolor. Y no le sorprendió el cambio porque él mismo lo había experimentado en numerosas ocasiones durante las largas jornadas de soledad en Liverna. El dolor por la traición de la persona a la que más había amado; la incompreensión, el odio y el anhelo de los días juntos.

Relegó el tema por completo cuando la sacudida se manifestó con más fuerza y algo algo llegó reptando desde el suelo como una enorme serpiente.

—¡El Ojo se abre —gritó Zarik—. Vamos, corred.

Y corrieron a pesar del cansancio, la debilidad, el hambre y el sueño. Resryon tiró de Tine, pero el mundo se abrió bajo sus pies y cayeron, estrellándose contra piedras y durezas; tampoco lo que había al otro lado del epicentro podía distinguirse, pero dolía y golpeaba de igual manera.

Todo se agitó durante unos segundos interminables en los que apenas lograban verse entre las tinieblas de un universo que se derrumbaba. Caían rocas enormes desde lo alto, donde debía de estar produciéndose un terremoto. Resryon imaginó Akiteria desmoronándose y aquellos cascotes descomunales, aplastándolos ahí abajo. Corrió, buscando un escondrijo, pero una mano tiró de él y cedió al arrastre de Zarik, que lo zambulló en la oquedad que había dejado bajo sí una gigantesca roca plana que debía de haberse desprendido de la pared.

—No veo a Tine —se quejó el muchacho.

—Tine es inmortal —respondió Zarik con calma.

—Aun así corre peligro.

—No, corre peligro de resultar herida, pero no de morir, como tú y como yo, de modo que te sugiero que te calmes y esperes a que esto termine. Sabes que no duran demasiado.

—No duran los desastres comunes, pero este lo ha ocasionado tu reina porque nos está buscando.

—¿Podrías dejar de referirte a ella como «mi reina»?

Resryon se guardó una nueva respuesta. En una situación normal aquella hubiera sido una de las mil discusiones idiotas que acababan en besos o en cualquier otra situación cuyo origen llegaban a olvidar, pero el tiempo había matado todo aquello, aunque Zarik se empeñase en devolverle un poco de pasado y, desde luego, Akiteria no era el mejor lugar para resucitar fantasmas.

La lluvia de rocas siguió dándose y la tensión podía cortarse con un cuchillo. Era evidente que aquella hecatombe estaba durando más de lo habitual y entre el estruendo seguían escuchándose risotadas que causaban confusión.

—Ella las sufre igual —observó Resryon—, ¿tanto nos aborrece que está disfrutando con algo que puede matarla solo porque también nos afecta a nosotros?

—Ya te dije que matarla no es fácil.

—¿Por qué no? ¿Cómo se la mata? ¿Has pensado alguna vez que pueda tener algo que ver con

los desastres de Akiteria? Al fin y al cabo, ella la diseñó, ¿no?

Zarik lo miró, ceñudo.

—Ella la diseñó, pero ¿cómo iba a tener algo que ver con los desastres? Como bien dices, ella también los sufre.

Resryon lo miró largamente. Había palabras entre los dos que no se atrevían a salir y que no encontraban nunca el momento oportuno.

—La he atravesado con una espada de lado a lado —murmuró Zarik al fin, mientras veía las piedras y cascotes precipitarse sobre ellos, que seguían a cubierto bajo la enorme piedra lisa—. Y se ha dedicado a extraerla con toda la calma del mundo.

—¿Y por qué crees, entonces, que no es inmortal?

—Porque ha estado a punto de sucumbir otra vez y porque reconozco la desesperación y el miedo en unos ojos. Los que se muestran ante la muerte. Y porque la inmortalidad solo es un legado de Tanray Vakko obtenido del barquero y transmitida a su hija. Nadie más.

Resryon se asomó en medio de aquella incesante tormenta de piedra y polvo. El tiempo para reaccionar fue prácticamente nulo, pero tiró del brazo de Zarik y arrancó a correr a tiempo de que la enorme roca que se desplomaba sobre ellos destrozase su particular refugio y proyectase multitud de pequeñas piedras hacia un lado y otro. Los dos cayeron al suelo para protegerse de ellas y tras el estruendo se alzó un silencio agónico, el mismo que dejaba tras de sí la muerte en el desolado campo de una gran batalla. Ambos habían vivido muchas de esas y por contradictorio que resultase, el mutismo no aplacaba nervios, sino que los potenciaba.

La nube de polvo tardó en disiparse y solo cuando lo hizo pudieron volver a verse a pesar de estar el uno al lado del otro.

Zarik no dijo nada y Res se limitó a ponerse en pie.

—Hay que encontrar a Tine.

0

Cuando June abrió la puerta, Adrien estaba de pie observando su reflejo en el desgastado espejo de cuerpo entero que había junto a la cama. Miró a su hermana sin moverse y ella cerró la puerta tras de sí, apoyando su espalda en la madera.

—¿Qué me pasa, June? —preguntó sin apenas voz.

Los moretones se mostraban en su torso prácticamente invisibles, pero tenía varios en el pecho, en la espalda, en los brazos y en la cara; había rastros de sangre seca en su cuello y June se lamentó por no haberse afanado más en quitársela, pero el nerviosismo y el cansancio a duras penas se lo habían permitido. La emoción de a ver a Adrien despierto y consciente la embargaba, pero por otra parte ignoraba cómo se tomaría su hermano lo ocurrido. Avanzó hacia él rápidamente y lo abrazó, acentuando aún más su confusión. Sintió las manos de él, acariciando su espalda, respondiendo al abrazo con tibieza y se apartó, leyendo todas las dudas en su rostro.

—Te hirieron los nigromantes —le explicó ella, tratando de ser lo más ordenada y serena posible—. Estabas muy grave.

—Lo recuerdo. Ha sido uno de los dolores más intensos que he sentido jamás. Deseé morirme, June.

La joven se tragó las ganas de llorar, trataría de no hacerlo, facilitándole las cosas a su hermano. Adrien se apartó y tomó asiento sobre la cama que había ocupado en las últimas horas. Se llevó las manos a la cuello y giró la cabeza, como si soportase un dolor muscular. Pero era algo muy diferente lo que se lo ocasionaba.

—Te ha convertido, Adrien.

El muchacho tragó saliva y prolongó el silencio, como si temiera efectuar alguna pregunta, pero acabó entendiendo que la ignorancia no iba a salvarlo de nada.

—¿Cómo?

—Eugenne. El chico que te trajo hasta aquí es un vampiro. Si no lo hubiera hecho estarías muerto.

Adrien se puso en pie, alterándose por segundos y caminó hasta el otro extremo de la habitación. Después se volteó y se agarró el pelo, que tenía aún sucio y encrespado.

—¿Me ha convertido en un vampiro? —preguntó con voz temblorosa.

June se incorporó también y trató de acercarse a él.

—Adri, por favor, tienes que tranquilizarte y escucharme, ¿de acuerdo?

—¿Cómo voy a ser un jodido vampiro, June?

—Adrien, yo también lo fui. Convertirme me ayudó a sobrevivir y también lo hará contigo. Hay margen para revertir el efecto, pero no había otra alternativa porque hubieras acabado muerto, ¿me oyes?

El joven se apoyó en la pared y se deshizo entre sollozos hasta acabar hecho un ovillo en el suelo. June lo abrazó con fuerza y lloró con él.

—Sé que te sientes extraño y hay cosas que tendrás que aprender a calibrar, pero yo voy a ayudarte, cariño, voy a estar contigo todo el tiempo, ¿de acuerdo? No voy a dejarte solo, Adri.

—Yo solo quería sacarlo de allí, June. No quería nada de esto.

—Ya lo sé, pero las cosas se han presentado así y tenemos que afrontarlas, ¿vale?

—Tengo miedo.

—No lo tengas. Yo te ayudaré, también lo he sido, recuérdalo. Ahora tenemos que irnos, Adri. El joven la miró y se limitó a asentir con nulo convencimiento.

Con el último cascote derrumbado, el silencio había abrazado al mundo, devolviéndole a aquella nada que los había envuelto en todo momento y que amenazaba con despertar la más profunda de las demencias. ¿Cuánto podía aguantar la razón ver el mundo como un ciego aun cuando uno sí era capaz de verse a sí mismo o a aquel que estuviera delante? Porque la oscuridad no era completa y sin embargo, solo servía para ver más negra.

Zarik se acercó, con el cabello empapado por su propio sudor y negó con la cabeza, pero Resryon no pensaba rendirse. Nunca había dejado a nadie atrás; aquella era otra de las férreas premisas de la Áurea. A decir verdad lo era de la Praes, donde todo niño aprendía el valor de la lealtad. Y realmente no conocía a Tine más que por lo que ella misma le había contado, pero paradójicamente pensaba que nadie podría entenderlo como ella, pues sus circunstancias, aunque lejanas y distantes en el tiempo, eran muy similares. A ella la había traicionado su propia madre, con el beneplácito de su hermana y el silencio cómplice de muchos otros. Tanray era la emperatriz y no debían de ser pocos los que conocían de la existencia de Tine. Aun así, callaron y justificaron, de algún modo, la desaparición de la joven, muerta en vida para beneficiar a Listhy y no ensombrecer a la propia Tanray. A él, por su parte, lo habían traicionado sus más fieles generales, sus amigos y, por lo que le había dicho Zarik, también su hermana. Y cómo no, él mismo; su amante, su pareja, su todo en aquellos días de dudas, vacilaciones y miedos.

Arrastrado por esos pensamientos, no había cejado en la búsqueda de la vampira hasta dar con ella. Su cuerpo estaba soterrado bajo mil escombros y, sin más demora, empezó a apartarlos para poder liberarla. Zarik se unió a él y en cuanto hubieron comprobado que la joven seguía con vida, aunque inconsciente, se dedicaron a apartar piedra y roca a un ritmo frenético.

Resryon se detuvo momentáneamente, agotado. No era poco todo lo que sepultaba el cuerpo de la joven y la última de las piedras era la más grande, un pedazo de la pared de Akiteria, con toda seguridad.

—Res, tómame un descanso —lo apremió Zarik.

—Imposible. Hay que sacarla de aquí.

—Está herida, eso es evidente, pero no muerta. Tine no puede morir.

—Aun así, Zarik. Imagínate vivir un solo segundo con todo esto encima.

—Está inconsciente.

—Me da igual —bramó el brujo.

Al grito lo acompañó una zozobra que advertía de un desmayo inminente si no aflojaba el ritmo y, consciente de la citada circunstancia, Resryon se mantuvo inmóvil, con la cabeza agachada y las manos sobre sus piernas.

—Un último esfuerzo, Zarik —le solicitó—. La sacamos y paro. Pero no podemos mantenerla ahí.

Zarik lo miró y asintió, aceptando al fin la propuesta.

—La piedra es enorme y muy pesada —apuntó.

—Juntos podemos.

Resryon se apoyó en la piedra y calibró su posición y ángulo, mientras el de Catarno y Domarna se aproximaba.

—Suena bien, ¿no? —dijo este.

—¿El qué?

—Eso de que juntos podemos.

Res sonrió.

—Podemos mover esta piedra, sí.

—Podemos mover el mundo.

—Pues que se note, vamos.

Entendía perfectamente los dobles sentidos con los que Zarik teñía cada una de sus frases, pero Resryon no estaba por la labor de seguirle el juego y, consciente de eso, Zarik no insistió. Se acercó más a él para colocarse a su lado y a la señal dada, empujaron ambos con una fuerza desmesurada. Por varios minutos de voraz insistencia, la roca ni siquiera se movió. Zarik fue consciente de que Res se desplomaría de un momento a otro y aunque estuvo tentado de esperar a que eso ocurriera para que pudiera tomar debido descanso, comprendió que le debía a Resryon mucho más que tomar decisiones por él. Gritó al cielo al tiempo que empujaba, acompañando la resistencia de Resryon y las manos le sangraron al mover la roca, que cayó ladeada, alzando una nueva capa de polvo y liberando a la vampira, cuyas extremidades sangraban.

—Por los dioses oscuros —exclamó Res antes de desplomarse y atisbar los brazos de Zarik, sujetándolo.

0

Adrien y June se habían alejado de la aldea a pie, pese a los intentos de esta última por hacerse con un caballo. Aún no podía creerse que Eugenne se hubiera limitado a desaparecer sin preocuparse lo más mínimo de ellos dos, pero así parecía haber sido. Tampoco podía obviar el estado en el que el vampiro se encontraba al despedirse y aunque no quería preocuparse por eso, no podía dejar de darle vueltas.

Adrien se detuvo súbitamente y June topó con su espalda al no percatarse.

—¿Qué pasa, te encuentras mal? —quiso saber.

—No están —respondió él, tirando del forro de su bolsillo—. Las monedas, no están. Dime que las tienes tú.

—Se las llevó él.

La confesión de June exigió unos segundos para encontrar la forma de salir y como eso no fue posible, sencillamente, la dejó escapar. Adrien se volteó y la miró, ceñudo.

—¿Cómo es eso de que se las ha llevado él?

—Una de ellas le pertenecía; yo se la robé y por eso me trajo hasta aquí de regreso, para encontrarte y devolvérsela. Las demás eran de Sarah.

—¿De Sarah? Atalanta me dijo que podían salvarle la vida a Res.

June guardó silencio durante unos segundos, como si tratase de encontrar una explicación para eso que no le costó demasiado.

—En cierto modo —respondió al fin—. Los *arkanais* se los entregó Moran a Sarah. Creo que a él se los confió Doroyan al presentir que las cosas se pondrían feas. Para acabar con la maldición de Caronte, la familia de Resryon necesita las trece monedas.

—¿Y para qué las quería el vampiro?

—Para lo mismo, al fin y al cabo, Adri. O eso creo... La maldición perjudica a todos por igual, dado que el barquero arrastra tantas almas como encuentre a su paso aun necesitando solo trece, que fueron las que se pactaron. Pero si Liatli Hassul, actual emperatriz, las reúne y salda la deuda, se acabó.

—Pero la maldición se lanzó sobre la familia de Res, sus antepasados.

—¿Y qué es Liatli Hassul sino una antepasada de Tanray? Su línea de ascendencia llega hasta

Tine Hassul, hija de la emperatriz maldita. Le cambió el apellido a la gemela no destinada a gobernar para que la línea de sucesión se mantuviera clara. Le puso el apellido de su padre, pero su sangre es también la de Tanray.

Adrien se mantuvo pensativo durante unos segundos.

—No sé, June, no lo veo claro. Es como si Res los quisiera; buscaba la Vara de Paxia para poner a salvo a su hermana, pero si tan buena fuera Liatli Hassul, ¿por qué iba a haber arriesgado tanto?

—Puede que los propósitos de Liatli sean otros, pero tal vez el fin de la maldición sea común y si es así, podemos estar tranquilos, Adri. Ya sabes cómo es la gente que ocupa lugares de poder, quieren llevarse el mérito de todo lo bueno y sacudirse toda responsabilidad; tal vez se trate solo de una lucha de egos.

—No lo creo.

June bufó, hastiada. No recordaba haber estado tan lúcida como su hermano tras la conversión y ahora deseaba que Adrien tampoco lo estuviera.

—Puede que estés enamorado de él porque estas cosas funcionan así, Adri, pero no lo conoces, no sabes nada de él y... bueno, Eugene afirma que desea seguir conquistando Átraro o Noctia, como lo llamamos nosotros. Por contra, asegura que no es el deseo de Liatli. Nos han declarado la guerra, sí, pero Luzaria se lo ha buscado; tú eres testigo de eso.

Adrien sonrió.

—No pienso volver a dudar de él nunca más porque la primera vez que... —Guardó silencio y se mostró ofuscado. June deseó no haber querido verlo así y solo en ese momento se dio cuenta.

—¿Estás bien?

La mirada de su hermano se tornó intensa sobre ella y la joven reconoció el brillo de aquella sed indómita que arrasaba con todo. Estaba preparada para ello. Extrajo un pequeño cabo de cuerda y lo ligó a una de las manos de Adrien, que se mantuvo inmóvil, parpadeando y tratando de recuperar una escurridiza lucidez. June rodeó el árbol que quedaba a la espalda de su hermano y amarró su otra muñeca.

—¿Qué cojones haces?

—La sed te arrastrará y me arrancarás el cuello si no hago esto. Ojalá lo hubieran hecho conmigo.

—¿La sed?

—Estás empezando a sentirla, Adrien. Llegarás a controlarla, pero las primeras veces te controlará ella a ti y tú no medirás absolutamente nada.

Adrien no volvió a decir nada más y pareció engullido por sus pensamientos. June se acercó a él y le sujetó de la cara.

—Perdóname, enano.

El joven alzó la cabeza de nuevo y el tirón que dio hacia adelante le fue de poco a June, que logró recular a tiempo. Dio media vuelta y valoró qué hacer. Su hermano necesitaría alimentarse, estaba claro, pero no podía matar, pues lo conocía lo suficientemente bien como para saber que aquella idea lo perseguiría para siempre, tal y como le sucedía a ella misma.

Lo despertó un latigazo que le hizo erguirse de manera abrupta y sintió dolor en cada parte de su cuerpo. Tine estaba sentada junto a él y a Zarik lo vio algo más apartado, de espaldas a ambos, aunque se había volteado con su brusco despertar. Resryon se llevó las manos a los ojos y trató de despejarse. Seguían envueltos en negrura, hastiados de ella, sin tregua.

—Estás bien —murmuró él, exclamándolo más que preguntándolo.

—Eso es muy optimista por tu parte —respondió ella, mientras terminaba de vendarse un brazo con un jirón de ropa—. Tengo algunos huesos rotos, pero creo que nada importante.

—Sánate con tu magia.

—Aquí abajo no puedo utilizarla, ya lo he intentado. Supongo que esta especie de nada se lo come todo. Y pronto nos engullirá a nosotros también.

Resryon la miró.

—¿Cómo? ¿Esta es la vampira que ha vivido durante años y más años en Akiteria sin perder la cabeza? ¿Y ahora te rindes?

—¿No te parece demasiado fácil esto, Vakko?

—¿Fácil? —Res espetó una carcajada que, de nuevo, llamó la atención de Zarik—. Creo que tengo un concepto muy diferente de lo que es fácil. Esto es una mierda. Una enorme y oscura mierda.

—No me refiero a eso, sino a dejarse caer.

Resryon miró al frente y el silencio se prolongó por largo tiempo.

—Ya lo has hecho antes —apuntó él—. Habías bajado alguna vez hasta aquí, ¿no?

Tine asintió.

—¿Y entonces? Estamos aquí por ti. Yo quería subir y tú dijiste....

—Pensé que tú marcarías la diferencia. Nunca había bajado aquí contigo, claro.

—¿Yo?

—Como dijo tu ex, fuiste prácticamente el dueño del mundo. Hasta aquí ha llegado tu leyenda. ¿Qué debía ser para alguien como tú escapar de una prisión?

—De una prisión, no, Tine; de Akiteria. Pero, eh —añadió, incorporándose—, no me rindo tan pronto.

—Solo hay negrura y más negrura. No se acaba nunca y no tenemos nada con lo que subsistir.

Resryon extendió la mano para ayudarla a levantarse y pese a la vacilación inicial, la vampira acabó aceptando.

—No quedarse quieto. Lección número número dos de la Praes.

—¿Cuál es la primera?

—Mantente vivo. Si no lo estás, no puedes moverte. Creí que habrías estado en la Praes; como hija de una emperatriz y no destinada a no gobernar deberías.

—Mi único destino fue desaparecer. Mi madre jamás habría puesto en mis manos los conocimientos de la legión.

—Tu madre te subestimó. No has necesitado a la *Leggio* para mantenerte con vida aquí dentro. Y eso merece un homenaje: salir.

Tine le dio dos toquecitos en el hombro a Res mientras sonreía, visiblemente emocionada e incómoda ante el hecho de exhibirlo.

—Empiezo a entender la verdad de tu leyenda, Resryon Vakko. Sabes mantener el ánimo. Supongo que eso en legiones como la Áurea, harta de guerra y sangre, es crucial.

—La Áurea no es una legión harta de guerra y sangre —intervino la voz pausada de Zarik, acercándose—, sino sedienta de ello.

Tine los miró a uno yo a otro.

—No acabasteis muy bien, ¿no?

Res sonrió.

—No mucho.

—Es una pena, hacéis una pareja preciosa.

Resryon la fulminó con la mirada y la vampira captó el gesto al vuelo.

—No he dicho nada. ¿Vamos?



16 Pruebas de sangre

Adrien y June caminaban de la mano. La joven había esperado un tiempo prudencial apartada de su hermano, conocedora de que el efecto de la sed se prolongaba durante un buen rato y después se aplacaba, aunque esta no hubiera conseguido saciarse. Más tarde, se reactivaría con más ímpetu y las cosas se complicarían cada vez más. Urgía llegar a Ántico y encontrar, cuanto antes a Elain, pues ese había sido el encargo que Atalanta le diera a Adrien según le había contado él mismo.

Una parte de sí misma detestaba la idea de volver a encontrarse con aquel brujo antipático que no le había facilitado, precisamente, sus primeras horas en Noctia. Sin embargo, Elain había acabado por salvarle la vida, se había preocupado de ella y había mostrado una lealtad fuera de dudas al cuidar de Ottana. La parte de June que era consciente de eso, mantenía fresco el recuerdo del mordisco en su cuello en aquel callejón para evitar ser descubiertos por la Timoria, un acto de osadía que el joven permitió. Esa parte de June deseaba volver a verlo.

Adrien y ella se detuvieron al topar con un carromato en mitad del camino que circulaba en paralelo con la Vía Negra hasta acabar bifurcándose hacia la izquierda. El caballo que tiraba de él pastaba tranquilamente en las lindes del sendero, pero no parecía haber nadie allí. Un rastro visible rasgaba el camino hasta el agua y no les costó deducir la suerte que había corrido aquel pobre desdichado que, con toda probabilidad, se había cruzado con Caronte y sus secuaces.

—Deberíamos utilizarla —propuso June, acercándose a la diligencia y reconduciendo al animal.

—Es de alguien que está muerto —respondió Adrien, casi escandalizado.

—Ya, pero ese alguien no va a utilizarlo y a nosotros nos servirá para llegar antes.

Adrien se acercó y ayudó a su hermana a atar las correas del caballo. Cuando lo hubieron logrado, extendió las manos y ella lo miró, sin comprender.

—No sé cuánto quede de camino pero no pienso exponerte. En cualquier momento esa sed devoradora regresará y... no puedo controlar absolutamente nada.

June asintió. No podía ocultar que le dolía horrores haber de maniatar a Adrien, pero sabía de primera mano que el chico tenía razón. Ligó sus manos con fuerza y después, el joven ocupó un lugar en la parte posterior del carromato. June lo ató también a uno de los gruesos soportes de madera y rezó interiormente por que fuese lo bastante resistente. Después, ella misma tomó asiento al frente de la diligencia y se puso en camino. Lo miró de soslayo cuando reiniciaron la marcha y lo vio hecho un ovillo con la frente apoyada en el mismo soporte que aferraba sus manos. Adrien estaba cansado y herido. Había cicatrices nuevas en su rostro, brazos y en todo su cuerpo. Tenía unas ojeras negruzcas y, de haber sido capaz de distinguir el aura como lo hacía él, June estaba segura de que se habría oscurecido. Urgía llegar a Ántico y ayudarlo cuanto antes.

Tine se dejó caer de rodillas contra el suelo negro ante el horizonte negro y habiendo dejado atrás un camino aún más negro que todo lo anterior. Imaginar millas y más millas de aquello potenciaba una angustia asfixiante.

Resryon se agachó ante ella.

—Voy a acabar pensando que adoras mis arengas.

—Ni mil arengas tuyas nos sacarán de aquí.

Unas risotadas a sus espaldas interrumpieron la conversación, y este hecho que había venido repitiéndose constantemente en un cruel recuerdo de quién les pisaba los talones, no hubiese tenido mayor relevancia de no ser porque en esta ocasión vinieron acompañadas de la figura de su propietaria: Lucille caminaba con paso indolente y expresión divertida. Torció la cabeza al verlos y la fina línea de sus labios se transformó en una sonrisa de autosuficiencia. Sus carcajadas, sin embargo, se mantuvieron en un eco infinito.

—Qué curioso equipo —observó—. ¿Y qué tenéis vosotros en común?

Tine y Resryon se habían puesto en pie al verla llegar, aunque ninguno dijo nada. ¿Qué podía querer realmente aquella mujer de ellos? ¿Por qué tomarse la molestia de seguirlos hasta allí en lugar de limitarse a darlos por perdidos? Res podía entender su deseo de pertenencia sobre Zarik; de un modo u otro lo consideraba suyo y además, él había pugnado por seguir siéndolo. Igual que él mismo lo había hecho por despojarlo de aquel rol y ocuparlo en su lugar. Supuso que a esas alturas, Lucille ya sabría que había gato encerrado en aquella ridícula disputa.

—Mi rey me abandona —dijo con desprecio—. No me sorprende del pequeño emperador sin trono. Lo leí en sus ojos el primer día. Y en cuanto a vuestra acompañante... me sorprende que estéis dispuestos a invertir fuerza y esfuerzo en salvar a alguien más que a vosotros mismos. Pero cargáis con ella y no acierto... —Guardó silencio y entornó los ojos, mirando a la vampira. Alzó las cejas y volvió a sonreír. Cada gesto en ella era extremo, exagerado y teatral—. No puedo creerlo. ¿Cuánto hace que lo sabes, Zarik?

—Mucho, alteza —respondió el joven con desdén—. Parece que no eres tan lista como te crees.

—¿Eso piensas? No te apresures, mi rey. Al menos he sido más sincera que tú, ¿no es algo de lo que debería presumir?

—Haz lo que te dé la gana. Yo me he hartado de representar el papel del consorte perfecto.

—Pues es una lástima. Pero lo has hecho bien, querido. Y me considero alguien justa. Tu liberad y la de tu amigo a cambio de Tine Hassul.

—¿Y para qué la quieres? —preguntó Zarik—. Los que la buscaban ya están muertos.

—Ella posee la inmortalidad del barquero, un regalo nada desdeñable en los tiempos que corren.

—Tú posees algo parecido —apuntó Zarik, como si la acusase de algo.

Lucille sonrió.

—Y tú te mueres por saber qué es —se regocijó—. De todos modos no es suficiente para mí. Siempre he ansiado más. Merezco más.

—No vamos a dejarla aquí —intervino Resryon por primera vez—. Confórmate con tu extraño modo de inmortalidad.

—No es inmortal.

Zarik extrajo la espada que portaba en la vaina y se mostró amenazante con la mujer.

—¿Debo deducir, pues, que tampoco tú aceptas el trato? —preguntó Lucille.

Los ojos de Zarik se encontraron con los de Resryon; implacables estos últimos, dubitativos los primeros. Y Res leyó esa duda sin problemas. Lo sabía capaz de abandonar allí a Tine por comprar aquella deshonrosa libertad con él, una que, con toda probabilidad, ni siquiera fuera cierta. Pero Zarik también lo conocía lo suficientemente bien a él como para saber que no lo haría, de modo que aceptarlo no serviría de nada.

Zarik lanzó la espada en un tajo diagonal que a punto estuvo de sorprender a Lucille. El demonio no había llevado arma visible a mano, pero su poder hizo el resto y en pocos segundos, manejó una espada brillante y cegadora en la mano. Respondió a la embestida y atacó a Tine por sorpresa. Resryon la asió del brazo y tiró de ella hacia atrás, a tiempo de evitar un mal mayor. La vampira no podía morir, pero la condena al dolor y al sufrimiento debía de resultar más mortífera que la propia ausencia de vida.

Tine debería saber luchar, como le correspondía a los hijos de un emperador o emperatriz no destinado a gobernar. Sin embargo, tal y como ella misma había explicado, su madre le negó todo derecho a defenderse, todo recurso puesto a disposición de su propia supervivencia. Todo recurso salvo su propio instinto, que la había mantenido entera, cuanto menos, durante sus largos años de cautiverio en Akiteria. No era poco.

Resryon agarró a Lucille cuando el enésimo ataque de Zarik la hizo caer. La asió del pelo y le asestó un soberbio puñetazo que la envió de regreso a Zarik para que este hundiera en su pecho la hoja de la espada. No sucedería nada; aquella escena no era nueva para el de Catarno y Domarna, pero verlo erizó el vello de la nuca a Resryon. ¿Cómo acabar con ella así? ¿Cómo negar su inmortalidad?

—El chico no puede tocar armas —se burló el demonio—. ¿Aún confías en poner tu culo en el trono de Ántico? Eres un imbécil y un ingenuo. Nadie te quiere ya allí, a decir verdad, nadie quiso nunca a tu padre ni a tu hermana; nadie quiso nunca a tu asquerosa estirpe. Ojalá la sangre se te pudra en las venas, Resryon Vakko.

La rabia anidó en su estómago. Nunca había sido de aquellos que caían en las provocaciones, pero en su interior acumulaba años y más años de un dolor que había alzado a su familia a los altares. No toleraba la más mínima ofensa sobre ninguno de ellos y escucharlas alzó la furia de mil tormentas. Resryon agarró a Lucille y le asestó un cabezazo que le hizo sangrar a él mismo. La asió de la pechera con fuerza y la sucesión de puñetazos fue música celestial para sus oídos con cada hueso que crujía. El demonio llegó a devolverle un par, pero no tardó en convertirse en una muñeca de trapo en las manos desnudas de Resryon, que acabaron empujándola con asco hasta hacerla caer al suelo. Allí, Zarik le dio el golpe de gracia hundiendo su espada con la misma furia en su estómago, atravesándola de lado a lado y penetrando en aquel suelo negro que presagiaba futuros. Lucille quedó ensartada y aunque sabían que sería solo cuestión de tiempo verla libre y acometiendo la persecución, ninguno de los tres desaprovechó el tiempo. Era un demonio, debía de ser capaz de ofrecer una resistencia mayor y si embargo, allí estaba. Jugando.

Los pasos de Eugenne habían perdido algo de su característica resolución. Sonaban en los altos techos del Áleon de un modo diferente y lamentó presentarse allí de aquel modo; no porque eso resultase una descortesía para con la emperatriz, sino por sí mismo. Cada uno de sus

encuentros con Liatli Hassul era como una partida en la que siempre existían cartas ocultas. A pesar de la juventud de la bruja, sus formas lo enervaban y estaba seguro de que la regente de Antico ocultaba tantos secretos como él mismo.

Alzó el mentón al tenerla delante. Liatli Hassul desprendía indiferencia de una manera única. Nada en ella era sencillo. Lucía un pomposo vestido rojo que contrastaba con las negras paredes de la sala. Las columnas parecían flanquearla, como soldados vigías de su calma y no era que en la sala hubiese pocos. Sin grandes esfuerzos, Eugene contó, al menos, una veintena. La emperatriz recogía su negra cabellera en un exótico peinado que le dejaba caer mechones rizados a ambos lados de un rostro ovalado y de hermosas facciones. Se mantenía de pie, erguida y con las manos entrelazadas.

—No tienes buen aspecto, Eugene —señaló con voz melodiosa—. ¿Te encuentras bien?

—He tenido algún contratiempo, pero no es nada importante.

La joven emperatriz asintió y bajó la escalera que separaba el trono del resto de la sala. Era más baja que Eugene, pero nada en sus centímetros de menos hablaba de inferioridad.

—Mis skrives han recalcado tu insistencia por este encuentro —anunció, refiriéndose a aquellos servidores tan especiales que lograban enervar a Eugene. Los skrives—. Espero que realmente exista urgencia en todo esto.

—Oh, existe.

El vampiro extendió las manos ahuecadas y los cinco arkanais hicieron brillar los ojos de Liatli, que no pudo disimular su sorpresa.

—Está el tuyo —observó la joven, sorprendida.

—Estoy dispuesto a colaborar contigo, siempre te lo he dicho.

Liatli sonrió.

—Pero siempre has impuesto condiciones. No creo que sea distinto esta vez.

—¿Qué harás con ella? —preguntó Eugene

—Aún no lo sé. Pero tengo entendido que siempre la has querido muerta. ¿Qué ocurre ahora?

—Te han informado correctamente. Me preocupa que la mantengas con vida.

—¿Por qué tanta prisa? Ottana no es más que una niña.

—Exacto. —Eugene se acercó a Liatli—. Ottana solo es una niña; su renuncia al trono arrastró a Resryon. Su cobardía. ¿Crees que ahora se va a meter ella sola en la boca del lobo?

—Sé más claro, Eugene. No tengo tiempo para adivinanzas.

—Que no está sola. Y tengo razones para pensar que Elain Debcris debe de estar cerca. Estaban juntos no hace mucho. Si no la matas, hará algo para ayudarla.

—Elain Debcris era parte de la Augis, según tengo entendido, ¿no es así?

—Así es. No nos conviene tenerlo en las inmediaciones del Áleon planeando algo.

—Aun siendo uno de esos brillantes soldados que dio la Praes, entrar solo en el Áleon para salvar a esa niña es descabellado, príncipe. Me indigna que lo consideres capaz. ¿Qué clase de soldados crees que vigilan estos muros?

—No lo subestimes, Liatli.

—No vuelvas a tutearme. Nunca más. Dame los *arkanais* y lárgate. Hoy no estoy de humor.

Eugene se mordió la lengua, algo que acostumbraba a hacer con Liatli delante. No la temía, pero importunarla acarrearía una serie de contratiempos con los que no le apetecía lidiar.

Extendió la mano cuando ella se lo solicitó y depositó sobre su palma cuatro monedas.

—La mía aún no. Así lo pactamos.

Ella lo miró sin decir nada y Eugene dio media vuelta para salir de allí. La sala del trono era enorme y, sin embargo, a él lo asfixiaba, como si las enormes columnas de ceniza que soportaban

los altos techos fuesen a derrumbarse de un momento a otro. Había visitado aquel lugar bajo el gobierno de Doroyan Vakko y aún podía rememorar el blanco cegador de aquella sala y del resto. Entrar en el Áleon había sido hacerlo a un mundo de contrastes: del negro de sus muros exteriores, al blanco impoluto del interior. Pero Liatli se había encargado de unificar tonos aludiendo a que el mundo interno de una emperatriz no debía de diferir tanto del externo de un conciudadano más. También había sustituido la Lágrima del Renacer, antiguo símbolo del imperio de la Vakko, por los Ave Fénix de Hassul. Ambos estandartes con un fin común, pero de distinta interpretación. La Lágrima hablaba de todas las que Ántico había derramado, permanentemente enfrentada al mundo y centro de rebeldías y conspiraciones, pero siempre dispuesta a alzarse, a convertir las lágrimas en agua que regase sus anhelos. Por contra, la idea de Liatli hablaba del emerger de las cenizas a las que antes se había visto obligada a reducir Ántico.

0

De la misma manera que no sabían cuánto habían avanzado, tampoco conocían cuánta distancia los separaba de Lucille; de lo que sí estaban seguros era de que no sería suficiente. Nunca lo sería. El demonio se alzaría y se sumiría en aquella incansable persecución que estaba empezando a exasperarlos. A cada paso que daban, se convencían más y más de que Akiteria no tenía salida y cada metro avanzado no tenía otro fin más que no estarse quietos, moverse.

Zarik cayó de rodillas, reclamando la atención de Resryon y Tine, que se volvieron, mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó la vampira.

El brujo respiraba de manera costosa. Se llevó la mano al pecho y alzó la cabeza, mirándolos.

—Lucille —murmuró sin resuello.

—¿Lucille, qué? —quiso saber Res.

—La unión que me convierte en su consorte. No está rota y puede controlarme a través de ella. Una especie de... *Uilmel*, pero dañina y letal —añadió con una sonrisa sarcástica.

—¿Por qué cojones te trazaste algo así con ella? —inquirió Tine, sorprendida.

—Ser rey concedía muchas ventajas —explicó Zarik, visiblemente fatigado—, pero también exigía pagos. ¿O acaso creéis que la vieja hace algo de manera desinteresada?

—Personalmente creí que le bastaba con acostarse contigo —respondió Tine con indiferencia.

—No me he acostado con ella.

La respuesta se la dio a Tine, pero sus ojos buscaron a Resryon, como si mediante aquellas palabras le aclarase algo a él.

—¿Bromeas? —exclamó la vampira.

—No, no bromeo.

—¿Y cómo has podido evitarlo y mantener tu rol?

—Nunca me ha pedido tal cosa, para tu insaciable curiosidad.

Res se acercó y se arrodilló junto a Zarik.

—¿Qué te está haciendo?

El brujo giró levemente la cabeza y elaboró un gargajo rojizo.

—Míname, lastrarme. Impedir que os siga el ritmo. Está jugando y quiere saber si me dejaréis atrás.

—¿Puedes seguir? —preguntó Res.

—Ahora sí, pero seguirá forzando.

—Pues sigue mientras puedas.

Resryon extendió la mano y Zarik la aferró para ponerse en pie.

—Es ridículo seguir caminando —musitó Tine—. Siento haberos dado esperanza. Es evidente que me equivoqué.

—¿Y qué quieres hacer, Tine? —espetó Resryon, enfadado—. ¿Buscar un sitio en el que morirte? Dioses, espera, tú no puedes morirte. Pues lo tienes muy jodido, entonces.

—Siento mucho que este sitio de mierda no tenga salida.

—Y yo siento tener que estar oyendo tus lamentos cada diez minutos. ¡Sigue caminando!

—Escucha, emperador de la nada —bramó la vampira, molesta. Se acercó a Res en dos zancadas y le asestó un empujón que le hizo topar con Zarik—, puede que estés acostumbrado a que el mundo entero se doblegue ante ti, pero a mí no me das órdenes, ¿lo entiendes?

—¡Doblegarse ante mí! Nadie que no haya recibido antes un espadazo. ¿Es eso lo que pides?

Tine soltó el puño a la altura del pómulo de Resryon y la herida empezó a sangrar de inmediato en el instante en el que Zarik se interpuso entre los dos.

—Eh, basta. Res tiene razón y yo soy la mejor prueba de eso. Me está minando para que no sigamos avanzando.

—¿En serio crees que vas a ganarte su perdón dándole la razón en todo? Todos y cada uno de los que estamos aquí encerrados somos juguetes para ella. Lo que te une a tu emperador es más que notorio y a la vieja le divierte comprobar si te va a dejar tirado o si te va a salvar el culo a pesar de la asquerosa rata traidora que has sido para él.

Tine gritó, como si desease que su voz se hubiera escuchado a lo largo y ancho de toda Akiteria para que Lucille fuera consciente de que, al menos, una de los tres integrantes de aquella absurda expedición de huida era consciente de lo ridículo de seguir avanzando.

La vampira los miró, dejando patente el arrepentimiento por sus últimas palabras, pero no dijo nada más y siguió caminando a pesar de sus pensamientos.

Resryon le dedicó una fugaz mirada a Zarik y avanzó tras sus pasos.

0

El carromato había hecho su entrada en la ciudad cuando la noche empezaba a bostezar sobre la hermosa y escalofriante Ántico. Siempre reinaba la oscuridad en aquel cielo que, en los días del barquero, se tornaba aún más negro, pero June había aprendido a discernir los fulgores que este proyectaba y el movimiento de la luna sobre su cabeza para evaluar el momento del día en el que se encontraba. En la capital bruja, además, ayudaba la actividad en la calle. Decrecía de forma ostensible al caer las postreras horas de la jornada y ahora apenas se había encontrado con algunas personas que le dedicaban miradas recelosas al acceder a la ciudad.

June cubría su cabeza con un pañuelo en aras de pasar lo más inadvertida posible. Miró a Adrien de soslayo y comprobó que estaba dormido. Parte de la estructura del carromato se había quebrado como consecuencia de un nuevo brote de sed. El muchacho la vivía cada vez con más intensidad, cada vez más desgarradora en su interior y si no hubiera estado atado, habría destrozado a June. Tenía que alimentar a su hermano; no obviaba aquella dura realidad, pero no quería hacerlo sesgando la vida de ningún inocente.

Empezó a moverse por las calles oscuras sin tener claro adónde dirigirse. Allí debería

encontrar a Elain, pero Ántico era una ciudad enorme y lo único que se le ocurrió en aquel momento fue acudir a la mansión de Eugenne. No sabía si el vampiro estaría allí, pero había de llevar a su hermano a algún lugar seguro y aunque el príncipe de Estyria los sorprendiese en su casa, no podría hacer otra cosa más que sacarlos de Noctia. Las consecuencias de todo eso para Adrien serían devastadoras: regresar convertido en un vampiro y sin haber conseguido el propósito de liberar a Resryon de su cautiverio en Akiteria. Pero las circunstancias se habían desarrollado de manera dramática y llegados a aquel punto solo le quedaba tomar complejas decisiones.

Siguió su instinto, tratando de recordar la ubicación exacta de aquella llamativa mansión que quedaba en las afueras de Ántico y, tras un discreto avance, al fin la tuvo ante sí.

Detuvo el carromato delante de aquella elegante fachada que se alzaba imponente contra el cielo nocturno, fundiéndose con él. June se volteó, calibrando el estado de su hermano.

—Adri... —susurró.

El muchacho se movió, pero no llegó a erguirse ni a responder a la llamada de June. La joven se acercó, venciendo reticencias para alcanzar a Adrien. Era su hermano y no quería temerlo, pero ahora también era un vampiro y no quería confiar en él.

—Adri... —repitió, al tiempo que le acariciaba la cara. Tenía heridas nuevas, consecuencias de las sacudidas que él mismo había dado en el carromato, acuciado por la sed, pero el joven abrió los ojos y miró a su hermana.

—June, mátame —le pidió con la voz rota.

—No digas idioteces. Esta sensación pasará.

El chico dejó caer la cabeza hacia atrás y siguió respirando de manera dificultosa.

—Necesito que hagas un último esfuerzo. Hemos llegado a un sitio en el que podrán ayudarte. Pero tienes que bajar de aquí, ¿de acuerdo?

Adrien asintió y se irguió de manera costosa. June lo desató y lo ayudó a bajar del carromato. Su cuerpo, agotado, se sostenía sobre su hermana y así llegaron hasta la puerta. Apoyó a Adrien sobre la pared y recordó cómo funcionaba aquella cerradura: una apertura de sangre. En el tiempo en el que ella misma se había hospedado allí, había logrado abrir mediante su propia sangre. Eugenne la había mordido y durante aquel lapso de tiempo en el que ella prolongaba su condición de vampira, la sangre de ambos era la misma. Ahora no creía que aquello fuese a funcionar; al menos no con ella. Pero sí con su hermano. Miró a Adrien, que se mantenía con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados. June acarició el rostro y el muchacho la miró, agotado.

—Necesito un poco de tu sangre, enano.

—No sé si me quede algo.

La joven forzó una sonrisa y tomó su mano. Extrajo una daga que él mismo había llevado guardada en su cinto y le efectuó al muchacho un corte en la palma. Adrien dio un respingo, pero las fuerzas no le dieron para nada más. La puerta crujió y cedió al reconocer la sangre de Eugenne.

—Vamos.

Adrien volvió a apoyarse en su hermana y accedieron al interior de la mansión.

—*Wow*, ¿aquí vive tu vampiro?

—No es mi vampiro. Pero sí, aquí vive Eugenne.

—Átame rápido, June. Siento que viene otra vez.

La chica lo agarró de la cara y pegó su frente a la de él.

—Aguanta, Adri. Será la última vez, ¿de acuerdo? Solucionaré esto ahora mismo.

—Vale. Te lo prometo. Y se lo prometo a él.

June le apartó el pelo claro de la cara, preocupada ante aquella obsesión que su hermano mostraba por Resryon. Lo había traicionado una vez y, conociéndolo, sabía que Adrien necesitaría mover cielo y tierra para sentir que se acercaba, cuanto menos, a saldar la deuda, a conseguir su perdón.

Ascendieron escaleras arriba, arrastrando los pasos de Adrien y llegaron a la habitación que June había ocupado durante su estancia allí. El joven se desplomó sobre la cama y June volvió a amarrarlo al cabecero. Odiaba tener que hacer aquello, pero no había otra opción.



17 Las sombras del honor

Tine había caminado sin volver la vista atrás. No tenía ni la más remota idea de adónde dirigirse, pero cualquier dirección resultaba irrelevante en aquel universo de negro y éter. El aire se había tornado más pesado y el frío azotaba sin que eso modificara nada más en torno a ellos. Resryon la había seguido y Zarik zanjaba la expedición hasta que las piernas se le doblaron y cayó desplomado. Tine se detuvo y Resryon la imitó. Se voltearon, observando el cuerpo inerte del brujo y ninguno de los dos se movió.

—Muy bien, emperador —dijo Tine, suspirando—, esto es cuestión de pragmatismo. No es mi amigo y aunque agradezco lo que ha hecho por nosotros, no le debo nada. Llevo años aquí, viéndolo disfrutar de sus privilegios como rey y segar vidas en pos de mantenerlos. No tengo ningún problema en dejarlo aquí, así que tú dirás.

Res volvió a fijar su atención en el brujo y meditó durante unos segundos. Caminó de regreso hacia él y se agachó para evaluar su estado. Un hilillo de sangre le fluía desde la comisura de los labios, y más líquido escarlata le teñía la camisa sucia. Comprobó que no estaba inconsciente y que lo miraba desde unos ojos apagados, en medio de una respiración fatigosa.

—Es tan buena ocasión como cualquier otra —murmuró Zarik.

—¿Para qué?

—Para matarme —respondió con una sonrisa—. Era lo que querías, ¿no? Que fuera lenta y doliese. Lo está siendo, créeme.

—Debería dejarte morir como un perro, tienes razón. Siempre la tenías.

—Tengo siete años más que tú. En algo había de notarse.

Resryon guardó un largo silencio antes de volver a hablar.

—Dime una cosa, ¿volverías a hacerlo? ¿Volverías a traicionarme si te encontrases de nuevo ante la misma tesitura?

Zarik lo miró con los ojos empañados y más sangre brotándole desde la boca. Ladeó la cabeza para no ahogarse y tosió antes de asentir.

—Sí —escupió con voz ronca y las lágrimas arrancándole sangre y mugre del rostro a su paso—. Si volviera a aquel momento, probablemente lo haría. Era mi deber, Res. Quería acabar con las invasiones de tu imperio. Lo que yo sentía por ti no podía estar por encima. Era egoísta y mezquino. Aunque destrozarte me destrozase a mí mismo, aunque yo no tuviera futuro, se lo debía a mi gente.

—Y, sin embargo, me ofreces tus legiones.

—Tenía una deuda con mi gente. Ahora la tengo contigo.

Res asintió levemente antes de ayudarlo a ponerse en pie. Zarik necesitó unos segundos para recomponerse. Lanzó un hondo suspiro y se llevó la mano al costado.

—¿Vas a cargar conmigo?

—Nunca dejo a nadie atrás. Tú obedeces las premisas de tu reino; yo, las de mi imperio.

—¿Nos lo llevamos? —inquirió Tine, mostrando su completo desacuerdo.

—Si de todos modos no vamos a ninguna parte, ¿qué más te da?

—Me da porque esa loca lo quiere y lo va a convertir en un reguero de sangre que la traiga hasta nosotros.

—¿Crees que lo necesita? —preguntó Res.

—Me da igual. Allá tú si quieres cargar con uno de tus asesinos. Tienes mucho que aprender.

0

June se movía con desconfianza en las calles de Ántico. Recordar las últimas veces que lo había hecho, la sumía en una sensación de inquietud que se potenciaba a cada minuto que pasaba, pero buscó argumentos para tranquilizarse y descubrió que no le faltaban: ya no era una vampira buscando presa ni tampoco la humana de la Conmuta. Solo era una sombra más en el entresijo de la capital bruja, deslizándose sobre su tierra negra y entre sus negras fachadas. Se enjugó el sudor de la frente y siguió avanzando. De vez en cuando se volteaba, tratando de dar con alguna referencia que, después, la guiase en su regreso, pues nunca se había alejado tanto de la mansión de Eugene.

Había visitado la pequeña casa a la que Elain y Ottana la llevasen cuando se conocieron, pero allí, no solo no encontró a nadie, sino que tampoco halló señales de que el lugar estuviera habitado.

El avance entre las callejas oscuras la llevó hasta una imponente forma que la dejó sin aire: el Áleon. Había leído incesantes datos acerca del castillo imperial. Conocía prácticamente todas las medidas del lugar, así como su distribución, su historia, su mística y su folclore. La emperatriz Álea Bukslabba lo había mandado construir hacía más de quinientos años. Sus muros habían ido creciendo y ascendiendo al mismo ritmo que la ambición bruja en Ántico. Con el paso el tiempo se habían acometido dos importantes ampliaciones en la obra, recordaba. La emperatriz Rilia Sacrum había alzado las dos torres frontales que ejercían de vigías, convirtiéndose en la parte más alta de la fortaleza. Por último, la emperatriz Daxta Vakko, la primera de aquella gran dinastía, había ordenado elevar la altura de las torres y construir otras dos más en la parte posterior, espadas hacia el cielo, amenazando hasta a los dioses oscuros, pues a nadie rendía pleitesía el imperio ántico.

Aun en la oscuridad, June reconocería aquella mole de piedra sin lugar a dudas. Alrededor del Áleon, una muralla solo comparable al Muro de Caronte, ofrecía un abrazo opresor y protector al mismo tiempo. El acceso al lugar era infranqueable y a pesar de todo, no eran pocos los que se movían cerca de la tapia de roca. Mercaderes, pensó, ansiosos por ocupar un lugar privilegiado en los inexistentes fulgores del día, para poder endosar su mercancía a quienes entrasen o salieran del castillo; quizás, a la mismísima emperatriz, Liatli Hassul.

June caminaba despacio, paseando sus dedos sobre la rugosa superficie del muro, embelesada ante aquel mortecino esplendor que hablaba de historia y de leyenda. Tan distraída iba que no pudo evitar la colisión con uno de los mercaderes que, aparentemente, había encontrado ya un buen sitio junto a la muralla. El hombre se encaró con ella y sus ojos amarillos prendieron en llama.

—Humana —exclamó con una voz rasgada—. Una humana en Ántico.

Exhibió unos colmillos largo y unas fauces sedientas. Estaba segura de que debía de tratarse

de un vampiro, pero jamás había topado con uno con un aire tan salvaje como aquel, que en poco distaba de un animal. La asió del brazo y la arrastró con una fuerza descomunal, alejándola de allí. June gritó, tratando de zafarse y golpeando a aquel extraño con nula fortuna. Ni siquiera se inmutaba, no aminoraba el paso ni expresaba la más mínima queja.

De pronto, el tipo se detuvo y se desplomó, cortando en seco los gritos de June que, sin el cuerpo de su captor delante, solo tuvo ante sí una oscura capucha ocultando facciones. Tragó saliva y no se atrevió más que a bajar la cabeza y observar la daga que emergía desde las entrañas de aquel que había tratado de llevársela. El encapuchado se agachó y recuperó el arma. Cuando se alzó de nuevo, June fue capaz de verlo y reconocerlo.

—Elain... —exclamó con la voz rota.

—La humana *metomentodo* —respondió él con una medio sonrisa sarcástica.

—¿Qué haces aquí?

—Soy un brujo en Ántico. Nada especial —volvió a decir, guardando la daga entre los pliegues de su capa—. ¿Qué haces tú aquí?

—Es una larga historia, pero ahora necesito tu ayuda.

—A la vista está.

—No me refería a... él. Te estaba buscando, necesito que me acompañes.

Elain la miró largamente.

—Se trata de mi hermano. Por favor.

Las lágrimas amenazaban con empezar a rodar de un momento a otro y la habitual dureza de Elain no se alzó esta vez.

0

Zarik era rey. Sus padres habían gobernado en las primeras *terras* unidas de toda Noctia, al margen del imperio. La reina de Domarna y el rey de Catarno habían convertido a las suyas en las primeras y únicas *terras* unificadas en aquel vasto mundo al contraer matrimonio. Domarna había ofrecido, años atrás, una férrea resistencia ante la invasión ántica, mientras que Catarno había sucumbido a ella. Con la unificación, la reina aceptó que su *terra* se convirtiera en parte del imperio brujo y tras una larga negociación, Catarno y Domarna podían considerarse privilegiadas, aunque Zarik no lo viviría así. Y es que a la muerte de su padre, las cosas se habían modificado de manera dramática. La reina, que un día aceptase a regañadientes la subyugación de los suyos, alzó de nuevo las espadas y lanzó a los ejércitos del denominado *bireino* contra Ántico. Zarik recordaba el aciago día en el que había visto a sus hermanos por última vez durante un combate interminable contra las legiones Áureas. Nark había caído en el campo de batalla, luchando con toda la fiereza que cabía esperar en un comandante. Arin lo había hecho días después, agonizando en su lecho sin ser capaz de superar la infección causada por la herida de una hoja. Y el *bireino* claudicó. ¿Cómo podía considerarse privilegiado algo que derivase de todo ese desastre? Y sin embargo, la barbarie le trajo a Resryon, apenas un niño bañado en soberbia, cuyos ojos le fascinaron nada más verlo. El por aquel entonces príncipe de Ántico había liderado la reconquista de Catarno y Domarna. La rebelión se sofocó de manera brillante y la presencia de Resryon fue requerida en apoyo de las negociaciones del Consejo, al que acompañó el propio Doroyan. Los príncipes se habían conocido entonces y su tórrido romance no había tardado en conocerse, para indignación de catarneses y domarneses que, no obstante, habían visto aplacada su furia con los acuerdos alcanzados. Las últimas *terras* conquistadas se convertían, también, en las más

afortunadas.

Zarik era rey y sin embargo, le estaba temblando el pulso para hundir aquella daga en su pecho y acabar de una vez con la agonía. Resopló, con lágrimas en los ojos y la daga se escurrió de entre sus manos cuando Res lo asió de los brazos y tiró de él hacia atrás de manera inesperada. Durante unos segundos guardaron silencio, con la vista clavada en la brillante hoja que descansaba en el suelo. Res lo mantenía sujeto y Zarik percibía el cuerpo del muchacho agachado detrás de él, con la mejilla muy cerca de la suya propia.

—Esto es nuevo —dijo—. ¿Suicidio, Zarik? Bastante indigno.

A Zarik le costaba un mundo hablar, respirar y parpadear. Su cuerpo cubierto de sangre no lo diferenciaba en nada de un muerto cualquiera en una gran batalla o en una de menor renombre; al fin y al cabo, la muerte acababa reduciendo grandezas y arrancando importancia. O concendiéndola, tal vez.

Se llevó la mano a los ojos y Res tuvo la impresión de que se aguantaba los sollozos. Curiosamente, verlo de aquella guisa no le reportaba ninguna satisfacción, a pesar de que el propio Zarik había atestiguado también su gran debacle.

—Zarik —insistió Resryon, apartándole el pelo de la frente.

El brujo dio rienda suelta al llanto y a Res le impactó su propia sorpresa. Había visto a hombres derrumbados llorando como niños y nunca se había sobrecogido. Pero ver a Zarik era otra cosa. Se colocó a su lado y apoyó la cabeza del brujo sobre su hombro, abrazándolo, como el propio Zarik había hecho días atrás con él mismo. No hubo palabras ni tampoco besos. Solo el cariño que ambos se habían tenido alguna vez convertido en el residuo de un sentimiento mucho más poderoso y distante. Zarik alzó levemente la cabeza.

—Te quiero —susurró.

Res le enjugó la sangre que seguía brotándole, incesante, de entre los labios.

—No puedo responderte lo que quisieras oír.

—¿Por el dryadalis?

—No, no es por él. Pero olvida eso ahora. Hay que acabar con esto y no me refiero a atravesarte con una hoja. Hay que enfrentar a esa malnacida.

—No la vencerás. Y menos aún sin armas. Me quiere a mí. Marchaos.

—No.

Tine regresó después de haberse negado a esperar a Zarik tras su enésima caída. Se detuvo, mirándolos y retomó el paso entre resoplidos de hastío y cansancio.

—Lo siento —le dijo Resryon, sosteniendo aún la cabeza de Zarik sobre su hombro—. Lo de antes, no debí gritarte. Tú llevas mucho más tiempo aquí. Estás harta y es normal.

—Olvidalo. Tienes razón, supongo. Esto es una mierda sin salida, pero somos hijos de reyes y emperadores, ¿no? Caigamos con un poco de dignidad, moviéndonos, al menos, que parezca que peleamos.

—No tiene nada que ver con los emperadores o los reyes. La dignidad, digo. Tampoco se trata de honrar un estatus.

—¿Y entonces, moverse para qué?

—Porque cualquier paso puede ser el definitivo, por muy perdido que parezcas estar. Creo que deberíamos volver a subir

Tine lo miró y sonrió antes de dar paso a la risa floja y, por último, a las carcajadas. Se detuvo, en seco, al comprobar que ni Res ni Zarik la acompañaban en su expresión.

—¿Lo dices en serio?

—Aquí abajo parece claro que podemos pasarnos la vida caminando sin llegar a ninguna

parte. O tal vez sí, no lo sé. Pero arriba hay algo. Todos llegamos por allí.

—Sí, ¿quieres que te diga lo que hay? Un batallón de brujos perdidos en ninguna parte. Puede que te acompañe una leyenda de infarto, general, pero no creo que dé para vencer tú solo a media Timoria.

—Pensaremos el cómo, pero al menos ya tendremos un dónde.

—Id —intervino la voz rota de Zarik.

—¿Qué parte del «nadie atrás» te has perdido? —exclamó Resryon, molesto ante el hecho de haber de repetir lo mismo.

—No me he perdido ninguna parte, pero estoy en mi derecho de decidir. No se trata de ti, sino de mí.

Tine se apartó, suspirando hondamente.

—Os dejo con vuestras discusiones de pareja. Necesito alejarme.

—Zarik..

—No quiero que cargues conmigo.

—¿Y qué pasa si yo sí quiero cargar contigo? ¿Es por lo que ya no siento?

—No, Res; no soy tan infantil. «Nadie atrás». Defiendes las premisas de la Áurea. «Sin lastre». Yo defiendo las de mis legiones, Los Señores del Ocaso. Déjame honrarlas.

—Me hiciste tres juramentos no hace tanto y voy a asegurarme de que cumplas con ellos. Eso también es honrarlas.

0

June se apresuró al llegar a la mansión de Eugenne, pero Elaine se detuvo a una distancia prudencial.

—La casa del *chupasangres* —apuntó el brujo—. No me dijiste que estuvierais hospedándoos aquí.

—No estamos hospedándonos...

Un grito rasgando la noche silenció a June. Accedió rápidamente a través de la puerta que no había llegado a cerrar al marcharse, por temor a no poder abrir a su regreso. Elaine la siguió, presuroso, y cruzaron el enorme salón hasta ascender la escalera que conducía al piso superior. June estampó la puerta de la habitación contra la pared y allí solo vio una cama revuelta y un cabezal arrancado. Dio media vuelta y ya no encontró a Elaine, que debía de haber salido por la puerta del salón que conducía al jardín trasero. Lo siguió y llegó hasta una tupida extensión, cubierta de helechos en la parte inferior y plantas trepadoras que se abrazaban a los altos muros, forrados de celosías. Allí no había rastro de nadie, pero Elaine estaba seguro de que el grito había llegado desde aquel lugar. Y entonces reparó en su figura agazapada en la esquina, respirando de manera entrecortada. June temió acercarse y fue Elaine quien lo hizo, pero la joven lo rebasó, librándose del agarre del brujo, que trataba de contenerla.

—¡Adrien!

Había un cuerpo tendido a su lado y June trató de ignorarlo, pues su estado impedía discernir de quién se trataba. Parecía haber pertenecido a un hombre, pero la joven estaba segura de que no era Eugenne.

Elaine se detuvo a pocos metros, viendo cómo los hermanos se abrazaban. O más bien, cómo June abrazaba a Adrien, cuyo rostro ensangrentado era un reflejo de la más absoluta devastación. Apenas pestañeaba y su cuerpo temblaba.

—Lo he matado... —murmuró sin voz—. Pasaba por el otro lado del muro, lo oí y lo cacé.

June lloraba, conocedora de la sensación que llevaba implícita aquel acto.

—Adrien, escúchame. No puede evitarse y he sido idiota al pensar que sí.

—No puedo creer que haya cometido el mismo error que tú —observó Elain, crispando los ya destrozados nervios de June.

—¡Vete a la mierda! —bramó ella, furiosa.

Necesitaba alguien que serenase a su hermano pequeño y no que acentuara un sentimiento de culpa que conocía muy bien.

—June... —insistió Adrien, que no lograba hilvanar palabra.

—Vamos, levanta.

Mientras ella ayudaba a su hermano a incorporarse, la sombra de Elain se perdió entre la oscuridad y June supo que se había marchado. Buscarlo había sido una idiotez.

Adrien se puso en pie y ella lo acompañó de regreso hasta el salón, donde prendió la chimenea para conseguir la calidez que la noche y los sucesos les habían robado a ambos. Adrien permanecía con sus ojos violáceos clavados en la llama. Tras su conversión habían adquirido un matiz distinto que los dotaba de una sobrenaturalidad aún más potenciada.

—¿Qué estoy haciendo, June? —preguntó al fin.

Su hermana tomó asiento en el suelo, apoyando las manos sobre el regazo de Adrien, aferrando las de su hermano.

—Estás en Noctia para ayudar a Resryon y estás siendo muy valiente. Seguro que nadie ha hecho por él nada como esto y Res lo valorará.

Adrien sonrió con tristeza.

—Es la primera vez que apoyas esta locura.

—Porque veo todo lo que has sido capaz de hacer, Adri.

—Es lo mínimo que merece, pero esto se me queda enorme. Estoy acojonado con cada paso que doy y ahora soy un vampiro y él no va a querer verme ni en pintura.

—Adri, estás tocado por lo que ha pasado y es normal, pero...

Alzó el brazo y se lo mostró a su hermana.

—¿Ves esto? Me lo hizo su sobrina, una cría preciosa que piensa que su tío aún siente algo por mí. La marca de Res se fue. Moran piensa que puede ser porque esté muerto.

—Y tú prefieres que haya dejado de quererte.

—Por supuesto, June. Muerto no podría devolverle nada de lo que le debo ni pedirle perdón ni...

June se puso de rodillas y sostuvo a su hermano de la cara.

—Vamos a hacer una cosa: buscaremos la forma de sacarlo de allí, pero necesito que dejes de castigarte con eso, Adri. Estabas en una situación difícil, papá te hizo elegir entre venderlo a él o abandonarme a mí. Fue una crueldad impropia y jugó con tus sentimientos. Apuesto a que fue idea de Gillian Novak, pero eso no me importa ahora. Es nuestro padre y nunca debió ponerte en esa tesitura. Elegiste, me elegiste a mí y Res lo entenderá perfectamente.

—Lo traicioné.

—Adri, lo oí hablar en casa la última noche antes de que se lo llevaran. Te hizo toda una declaración de amor.

—Y lo mandé a la mierda. Me he matado por conservar a Chris y he dejado escapar a Res. Soy una basura, June.

La chica contuvo las ganas de abofetear a su hermano. Pensar que la ruptura con Christian podía ser algo tan fácil había sido ilusorio. Había mucho que reparar en Adrien, la permanente

sensación de no valía, exigirse más y que todo cuanto daba nunca fuese suficiente.

June no pudo más y se puso en pie, caminando hasta la salida. Necesitaba impregnarse de la sensación fría de la Antico nocturna y concederle a Adrien espacio. Aquella noche no lograría convencerlo de nada.

Se detuvo al abrir la puerta y topar con la figura de Elain sentada en la escalera de acceso al pórtico.

—Creí que te habrías ido —murmuró.

El brujo se puso en pie y se ajustó la capa. Bajó las escaleras que le faltaban y apenas pudo dar dos pasos antes de que June lo retuviera, agarrándolo de la capa.

—Espera. —Elain se volvió—. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Ponlo delante de soldados de la Timoria.

—¿Qué? ¿Qué clase de ayuda es esa?

—Tu hermano necesita saciarse y si tiene que matar, que lo haga de manera útil.

—Uno de esos tipos lo destrozaría.

—No lo subestimes ahora mismo.

—¿Por qué has accedido a venir? No he tenido que insistir.

—La chica de los porqués... —murmuró, paseando la mirada por la noche que, de pronto, adquiriría un tono distinto, como si la luna fuera capaz de potenciar su brillo.

June lo miró, pestañeando.

—El barquero se ha ido —aclaró Elain—. Tregua de cien días.

—Lo he visto.

El brujo sonrió.

—No me sorprende. Allá donde hay un problema siempre estás tú.

—Necesito que hables con Adrien, por favor.

—Oye, me pediste que te acompañase y aquí estoy. Pero consolar a humanos asustados... o a vampiros no es mi fuerte.

—No necesito que... Atalanta lo envió hasta aquí para buscarte.

—¿Atalanta? ¿Está bien Alea? ¿Le ha pasado algo?

—Supongo que no —respondió June, frunciendo el ceño—. Es mi hermano quien ha estado con ellas.

—¿Y por qué la bruja lo envía conmigo?

—Tendrás que hablar con él si quieres saberlo—sentenció June con una sonrisa.

Elain negó con la cabeza y acabó regresando al interior de la mansión vampira.

0

Resryon colocó a Zarik sentado contra la pared y echó un rápido vistazo al entorno en el que llevaban días y más días moviéndose. Negro sobre negro.

—Tan buen sitio como cualquier otro —concluyó, exhalando todo el aire de sus pulmones—. Necesito que me esperéis aquí.

—¿Cómo? —preguntó Tine, confusa.

—Voy a volver a subir. Llegaré hasta la parte superior y...

—¿Y qué? —lo interrumpió la vampira—. En el mejor de los casos, saldrás tú solo. ¿Qué ganamos nosotros aquí? Es él quien no puede moverse, que espere él. Yo voy contigo.

Res le dedicó una mirada a Zarik, que sonrió discretamente.

—Hazle caso —concluyó el brujo con un hilo de voz—. Si lo conseguís, aquí estaré. Si no, ¿qué más da dónde?

—Tine... —insistió Res, pero la muchacha se apartó, dejando claro que no tenía nada más de qué hablar.

Res se agachó delante de Zarik y su expresión fue la de alguien que acomete una conversación difícil.

—No sé qué encontraré allí arriba, pero sí sé que no encontraré aquí abajo.

Zarik asintió y Res colocó una mano sobre su mejilla.

—Solo tienes que esperarme... y aguantar.

Resryon tragó saliva ante su silencio. Por más que trataba de conjurar en su mente aquellos días de traición y condena, de dolor y rabia, no era capaz de ver a Zarik con odio. Cuando se dio cuenta, además, el brujo había colocado en su mano un jirón de tela sucio. Abrió la mano y leyó una sola palabra.

—Entrégaselo a la Cámara Antigua de Domarna —le pidió ya sin voz.

Resryon recordaba al órgano al que el brujo había hecho alusión, el homónimo del Consejo de Nix, que siempre había envuelto a su padre y a toda emperatriz o emperador en Ántico. Viejos mentores y asesores con opinión de todo e idea en nada que manipulaban las situaciones a su antojo tratando de que los hilos se moviesen bajo su voluntad. Nunca le habían agradado, pero Doroyan siempre había defendido su papel, aludiendo a su sabiduría y objetividad. No pensaba que su padre fuera un iluso, así que suponía que aquella panda de viejos había de tener alguna utilidad que a él mismo se le escapaba.

Los reyes de Domarna y Catarno no eran diferentes, pero a la muerte del rey, toda fuerza política y militar se había concentrado en Domarna, donde la reina, apartada por decisión propia para ceder el total control a su único hijo vivo, seguía ostentando el poder tras la desaparición de este.

—Sabrán que es mío —continuó diciendo Zarik— y tendrás a las legiones prometidas.

—Tu madre me colgará en la plaza.

Zarik sonrió, respondiendo a la misma expresión en Res.

—Es probable que lo intente, pero siempre supiste embaucarla.

—Mentira, siempre me odió.

—Sabía que yo te quería y eso era suficiente para tolerarte. Paró mi matrimonio por ti.

—Lo sé. La liamos buena.

Zarik rio, aunque las lágrimas le arrancaban la sangre de las mejillas

—No le cuentes la verdad —solicitó sin aliento.

—¿A qué te refieres?

—No le cuentes que todo ha acabado aquí para mí. Dile que pudimos salir los dos y que me perdiste de vista.

—Zarik, no te dejes aquí muriendo. No podría, aunque quisiera. Si encuentro la forma de salir, volveré a buscarte con el camino despejado.

—¿Por qué?

—Porque un día te quise. Te quise con el alma y en nombre de eso no podría abandonarte nunca.

—Ojalá el dryadalis sepa valorarte como no lo hice yo.

—No creo que vuelva a verlo... ni tampoco creo que no me valorases.

—Volverás a verlo. Siempre un motivo, ¿recuerdas? Sé cómo es tu forma de querer, sé que no

la regalas.

Resryon se acercó a Zarik y posó sus labios sobre los del brujo, que buscó un último asidero contra su boca.

—Ayúdame a hacerlo —le suplicó Zarik—. Por favor, no puedo más, pero lo alargará hasta un límite insoportable. Te juré morir bajo tu mano. Hazlo sin tocarla, pero... mátame.

Res se mantuvo con la frente pegada a la de Zarik y, sosteniendo su cara entre sus manos, bajó la mirada hasta la daga que las temblorosas manos del brujo sostenían, una daga que antes le había pertenecido a él. Mil imágenes desfilaron por su mente a una velocidad vertiginosa y ya no le importó si el hijo de un emperador había de llorar o no. Por primera vez en cinco años volvió a tocar una empuñadura y a pasear sus manos sobre la hoja de un arma. Miró a Zarik a los ojos y volvió a besarlos antes de hablar.

—Hubiéramos podido con todo juntos —murmuró, degustando el sabor salado de sus lágrimas—. Joder, lo hubiéramos conseguido todo, si tú no me hubieras traicionado. Y por los dioses oscuros te juro que no te guardo rencor, te lo juro. Te lo juro, Zarik. Hace poco te pregunté si volverías a hacerlo y dijiste que sí. Lo aprecié, de veras. Actuaste con plena convicción y no por un sentimiento variable que modificarías a las primeras de cambio. Te mantuviste firme y así debía ser. Ya no te quiero y no puedo regalarte una mentira en un momento así, no lo mereces. Pero te amé, ten plena seguridad en ello. Por los putos dioses que te amé como un loco.

—Y yo, Res...

—Ya lo sé. Lo sé.

—Ve a mi celda. Nuestro secreto.

Resryon frunció el ceño ante aquella repentina petición, pero de los labios de Zarik ya no volvió a salir una sola palabra más. Apoyó su cabeza con cuidado sobre la tapia y la mano que le había aferrado la camisa se descolgó, exhalando sus labios un último aliento.

Resryon retiró la hoja que había hundido en el abdomen de Zarik.

—Los tatuajes importantes se llevan en el corazón —añadió, observando su antebrazo desgarrado—. Ahí te voy a llevar toda la vida... mi rey.

Cuando se volvió, Tine lo estaba mirando. Caminó hasta agacharse a su lado y colocó una mano sobre su hombro.

—Como te dije, ver el mundo a través de un conjuro se convirtió en un pasatiempo para mí. El día que supe que habías dado inicio al Rito de Paxia estuve segura de que algún día volverías a tocar un arma. No se acaba tan pronto con un general de leyenda. Pero siempre pensé que sería un acto de guerra el que volvería a poner una espada en tus manos. Lo ha hecho un acto de amor y hoy te digo, sin duda alguna, que me inclinaría ante un emperador como tú.

—No soy emperador. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—Estamos en Akiteria, Resryon. Confórmate con ser un vivo.

El brujo asintió mientras miraba el rostro inerte de Zarik.

—¿Cuál fue su celda? —quiso saber.

—¿Su celda? El rey vivía en La Cumbre, con la reina, ya lo sabes.

—Antes de eso debió de haber ocupado otra, ¿no? Llévame a su celda.

Adrien alzó la cabeza cuando vio a June aparecer con alguien más. Tenía la sensación de que

en el jardín ya la había acompañado aquella misma figura, pero lo sucedido fuera de las paredes de la mansión le resultaba tan difuso que no hubiera podido estar seguro. Sin embargo, había visto esa cara en algún sitio.

A pesar de todo se mantuvo repantigado en el enorme sillón que daba a la chimenea hasta que las palabras de su hermana lo espolearon y se irguió como un resorte.

—Adri, te presento a Elain Debris, antiguo general de la Áurea y amigo de Resryon.

Adrien lo escrutó todo lo minuciosamente posible que la sorpresa le permitió y recordó, entonces, que Atalanta le había enseñado su rostro ya. Era un chico alto y bien plantado, de cabello castaño oscuro y ojos negros. Su piel era tostada y distinguió cicatrices en su rostro. Todo lo demás quedaba cubierto por una amplia capa negra. Tampoco podía dejar de sorprenderle lo jóvenes que eran los generales de la Áurea.

—Soy Adrien —dijo, extendiendo la mano.

Elain alzó una ceja y miró a June, que hizo un gesto con la cabeza. Entonces, el brujo correspondió al saludo del muchacho.

—Elain. Tu hermana dice que Atalanta te envió en mi busca. ¿Está todo bien allí?

—Sí. Ella está bien y Alea, también.

—¿Y entonces para qué te envía conmigo?

Adrien tomó aire antes de responder y trató de encontrar un tono y unas palabras que no lo hicieran sonar ridículo.

—Quiero sacar a Res de Akiteria.

No estaba seguro de haberlo conseguido.

—¿Sacar a Res de Akiteria? ¿Tú?

June temió que Elain pudiera burlarse de la idea. La tensión se instaló en la boca de su estómago y estuvo segura de que su hermano sentía exactamente lo mismo que ella, pero para sorpresa de uno y otra, no lo hizo.

—Acometer eso no es sencillo. Nadie ha salido jamás de allí.

—No es sencillo —repitió Adrien, acercándose a él—, ¿pero crees que es posible? Me basta con eso.

—De hecho, mi hermano lleva días moviéndose en la idea de que no lo es —intervino June, sonriendo—. Pero moviéndose.

Elain suspiró hondamente y se despojó de la capa que llevaba puesta.

—¿Tienes la certeza de que el *chupasangres* no vendrá? —le preguntó a June.

—Me temo que no. No tenía otro sitio al que ir.

La respuesta no dejó complacido al brujo, pero tampoco pareció concederle mayor importancia.

—No puedo moverme de Ántico sin dejar protegida a Ottana —dijo al fin.

—¿Dónde está ella? —quiso saber June.

—La tiene Liatli. Mil veces le advertí sobre lo imprudente de salir sola y acercarse tanto al Áleon, pero es obstinada y testaruda y no escucha.

—Joder... —murmuró June, visiblemente nerviosa—, ¿le hará daño?

Elain no respondió y la joven se arrepintió al momento de haber expuesto la posibilidad, no porque esta no pudiera darse, sino porque, al igual que había hecho su hermano, también Elain había de moverse sin plantearse opción alguna que no fuera sacarla de allí.

—Ottana es... —empezó a decir Adrien, tratando de recordar.

—La hermana de Res —concluyó ella misma.

—¿Cómo podemos ayudarla? —quiso saber Adri.

Elain paseó la mirada hacia June.

—La ayudaste una vez —dijo entonces—, siendo una vampira, hospedándote en casa de uno de sus grandes enemigos. Ahora, sigues aquí y el vampiro es tu hermano. Me temo que no puedo compartir mis planes con vosotros.

—No puedo creer que aún dudes de mí —espetó June, molesta—. Apenas la conozco, pero aprecio a Ottana.

—Y en honor al aprecio que también ella te tiene he tratado de ayudarte hoy a ti, pero me muevo en el filo y no regalo confianza.

June bufó, impaciente. Entendía a Elain, pero el tiempo apremiaba también para sacar a Res de Akiteria, única manera en la cual Adrien accedería a ocuparse de él mismo y poder revertir el efecto antes de que fuera demasiado tarde.

—Mi hermano es un vampiro porque ha estado a punto de morir. Eugene le mordió después de que los nigromantes lo tocasen hasta casi matarlo. No hubo posibilidad, Elain; ni siquiera preguntó, pero si la elección estaba entre ver a Adrien muerto o verlo convertido en lo que es ahora, lo hubiera tenido claro. Yo también lo he sido, no es fácil, pero Adri está dispuesto a todo por Resryon.

Elain miró a Adrien, como si tratase de valorar qué opciones tenía aquel chico de ayudarlo. La respuesta no parecía muy halagüeña.

—¿Conoces a Res? —le preguntó.

—Estoy enamorado de él. Y haré lo que haga falta por sacarlo de allí, aun a costa de mi propia vida.

Elain paseó la vista entre June y Adrien, calibrando la confianza que podía depositar en ellos como si fuera algo que pudiera leer en sus rostros. Y por extraño que resultase, así fue.

—Tengo contactos en el Consejo de Nix —confesó al fin—; no todos están de acuerdo con la nueva emperatriz, aunque los apoyos son mínimos. Pero tienen la Vara de Paxia y si consigo hacérsela llegar a Ottana, yo podría salir de Ántico y sacar a Res de allí. Liatli no podría hacerle nada porque ella sí completó el Rito de Paxia, aunque después no se atrevió a subir al trono. La vara la protegerá a ella hasta que otra persona complete el rito. Res no llegó a hacerlo.

La seguridad en las palabras de Elain sacudió un ánimo nuevo y renovado en el espíritu de Adrien, que se acercó a él con los ojos brillantes.

—¿Es posible hacerlo? ¿Es posible sacar a Res de Akiteria?

—Me da igual si es o no posible. Lo haré.

—Lo haremos —corrigió Adrien.

—¿Cuándo podemos reunirnos con ellos? —intervino June—. Con el Consejo.

—Suelen ser ellos quienes se ponen en contacto conmigo. No quieren el más mínimo riesgo.

—Entonces deberíamos empezar por salir de aquí.

June se mostraba de pronto más resuelta que nunca, como siempre había sido. La mayor de los hermanos Winchester siempre había sido la chica sensata, la que tenía soluciones para todo y siempre sabía lo que había que hacer. Verla de nuevo de aquella guisa, sumado al hecho de estar junto al mejor amigo de Resryon, llenó a Adrien de una entereza nueva envuelta en una calma necesaria.

—¿Sigue disponible la casa en la que os ocultabais Otty y tú? —preguntó June—. Estuve antes de venir aquí, pero parecía abandonada.

Elain alzó una ceja, mientras recogía de nuevo su capa.

—¿Estuviste antes allí que aquí?

—Sí, ¿qué tiene de especial?

—Bueno, recurriste antes al brujo antipático que al vampiro seductor. Es algo.

—¿Vampiro seductor? ¿Qué te has fumado?

—La casa está disponible, pero apenas la piso.

June asintió y buscó a su hermano por encima del hombro de Elain, encontrándolo con expresión divertida. La aparición del brujo parecía haber traído consigo un poco de aire fresco, quizás por tratarse de una conexión tan directa a Res, que lo hacía sentir un poco más cerca de él. June sonrió al verlo de aquella guisa.

—¿Estás bien? ¿Puedes caminar?

—Sí, de momento sí.

—Pues nos vamos.



18 Una cárcel de mente y corazón

Caminar de regreso hasta El Ojo podía convertirse en otro infierno de nada y más millas sin posibilidad de orientación alguna, pero no fue así. No debían de haber transcurrido más de un par de horas cuando estuvieron frente a aquella marca redondeada en el suelo, kilométrica, desde la que se originaban todos los desastres que azotaban Akiteria y a sus moradores. Resryon y Tine se detuvieron, observando el lugar y la vampira sonrió.

—Es lo que quiere —señaló—, que subamos. Por eso hemos llegado tan pronto. No sé cómo lo hace, pero esta jodida cárcel se mueve a su voluntad. Por eso no se puede salir.

Res alzó la mirada aunque desde aquel punto aún se hacía imposible vislumbrar algo.

—Si quiere que subamos, subiremos, aunque posiblemente no tanto como querría.

—Recuerdo el lugar en el que se ubicaba la primera celda que Zarik ocupó, pero no celda exacta.

—No importa, Tine. Daré con ella.

—¿Y qué encontrarás allí?

—No lo sé, pero hay algo, estoy seguro.

Tine lo miró largamente antes de hablar:

—Puede que un día estuvieras enamorado de él. Pero te traicionó. No creas a pies juntillas cada palabra que haya salido de su boca. Sabía que moriría y no le importaría...

—Sabía que moriría y aun así me ayudó. No quiero confiar todo a lo que un día las circunstancias le abocaron a hacerme, sino a lo que eligió libremente.

—Lo justificas.

—Trato de ser justo. No sé qué hubiera hecho yo en su lugar. En cualquier caso, o nos lo jugamos todo a esa carta o se acabó.

Tine asintió y dieron inicio a un frenético ascenso.

Adrien caminaba tras los pasos de Elain en las inmediaciones del Áleon. La fortaleza imperial resultaba imponente desde cualquier punto de Ántico, pero desde su sólida base de piedra negra lo hacía de un modo especial. Por momentos, Adrien evocaba el Muro de Caronte, aunque la roca no era igual.

Incontables mercaderes se apostaban en el perímetro de la muralla y al mismo tiempo, también eran muchos y muy notorios los soldados de la Timoria que caminaban con aparente despreocupación por la zona, pero pendientes del menor movimiento extraño que pudiera darse. Era de conocimiento popular que el excéntrico gusto de la emperatriz permitiendo a los

mercaderes acercarse tanto a su residencia no agradaba entre los soldados. Los hurtos, los escándalos por regateos abusivos y demás altercados se daban con frecuencia, pero era un hecho que a Liatli Hassul le agradaba rodearse de aquel ambiente y de las mercancías que los comerciantes traían desde todas las *terras* de Ántico y con las cuales la agasajaban.

Adrien se volvió al no ver a June junto a ellos y la encontró detenida en uno de los tenderetes, deleitándose con unos pendientes plateados. El muchacho miró a Elain, que negó con la cabeza y bufó bajo su capucha oscura.

—June, *mandarina*, ¿te importa? —exclamó el joven, agarrándola del brazo—. No estamos aquí para eso.

—¿Y qué hay de malo en que me lleve una baratija?

—Céntrate, ¿vale?

June arrugó la nariz y se cruzó de brazos, molesta.

—Bueno, ¿Y qué queréis? Llevamos más de dos horas paseando por este sitio. Casi es milagroso que esos soldados no nos digan nada.

—Yrona y Olmer suelen merodear por aquí cuando quieren que me reúna con ellos.

—Es el lugar más indiscreto del mundo —apuntó June.

—Exacto —corroboró Elain—. ¿Quién iba a imaginar que se fraguaría una revuelta frente a sus propias narices? Pero hay que estar alerta.

Adrien cerró el puño bajo la capa que había cogido del armario de Eugenne. Había empezado a temblar y empezaba a conocer aquella desagradable sensación que se presentaba en el peor momento posible. Elain lo miró.

—Dime que no.

—Sí.

—¿Qué pasa? —intervino June—. ¿La sed?

—Hay que salir de aquí —propuso Elain.

—¿Y el Consejo? —se quejó Adrien.

—Si empiezas a atacar aquí a la gente, dudo mucho que el Consejo vaya a acercarse.

—Puedo aguantar un poco más.

Elain agarró a Adrien del brazo y emprendieron la marcha bajo la escrutadora mirada de un soldado de la Timoria. June trataba de seguirles el paso, preocupada por un nuevo brote de sed de su hermano. Recordaba los suyos como horribles episodios de enajenación en los que solo podía pensar en morder y saciarse de sangre ajena. Ver a Adrien en aquella tesitura le ponía el estómago del revés, y solo en ese momento fue consciente de que, a diferencia de lo sucedido con ella, esta vez no había trato con Eugenne ni habían quedado en volver a verse. Pero el tiempo apremiaba y si transcurría demasiado, el efecto dejaría de ser irreversible.

Elain lo llevó a la parte posterior de la muralla, donde no había mercaderes. Solo algún que otro animalillo y cajas vacías junto a un par de carromatos.

June llegó corriendo tras haberles perdido la pista entre la multitud.

—Creo que nos están siguiendo —apuntó, azorada.

—Ya lo sé —respondió Elain—. Ocupate de tu hermano.

Adrien permanecía apoyado en la pared, mientras June lo sujetaba. Empezaba a notar esos sudores fríos que le generaban temblores y esa sensación de percibir la sangre circulando en el interior de su venas como si fuera una jauría desbocada. En sus oídos se instalaba un zumbido persistente y las piernas se le tornaban mantequilla.

—¿Qué va a hacer? —quiso saber el muchacho.

—Ocuparse del tipo, supongo.

—June, márchate. Ve con él.

La joven lo miró y negó con la cabeza, pues la voz no le salía.

—Pronto la sed será incontenible; no podré aguantar y te haré daño. No podré cargar con eso, *mandarina*.

El apodo la abofeteó, era el nexa cómplice que les ligaba a una vida sencilla en Luzaria, la vida de dos hermanos cuyas grandes preocupaciones pasaban por los exámenes de última hora o los amoríos. Nada que ver con las intrigas acontecidas al otro lado del Muro de Caronte, con emperadores, soldados, asesinatos y conspiraciones. Casi le costaba encontrar el momento en el que todo había derivado en aquella sinrazón, pero allí estaban, en la parte posterior de la fortaleza imperial bruja, con Adrien a punto de experimentar la sed de un vampiro neófito y dudando sobre si salir corriendo para protegerse o protegerlo a él mismo, su hermano pequeño.

Cuando se dio cuenta caminaba despacio, alejándose, consciente de que nada podría hacer cuando el hambre o la sed alcanzasen su punto álgido. Frente a sí no tendría a su hermano de diecisiete años, sino a un monstruo con instintos insaciables. Corrió, tratando de no mirar atrás y antes de poder voltear la esquina, topó con el pecho de Elain, que regresaba arrastrando un bulto pesado. June se llevó las manos a la boca al comprobar que se trataba del soldado que los había seguido hasta allí. Avanzó despacio, arrastrándolo y lo empujó frente a Adrien. El tipo parecía inconsciente, pero su pecho subía y bajaba, dejando patente que respiraba.

También Elain resollaba y en su mano, oculta bajo la capa, Adrien distinguió el brillo velado de una daga.

—No puedo... está indefenso —se justificó.

—No es ningún santo —respondió Elain con frialdad—. Responde ante la emperatriz que mató a la familia de Res. Creí que te importaba.

—Sí, pero...

—Adrien, tienes que saciarte —intervino June, nerviosa—. En pocos minutos todo te dará igual y es preferible que lo hagas con él. Poco a poco serás capaz de controlar tus actos aun cuando la sed te guíe, pero aún no. Estamos cerca de lo que buscamos.

—¿De Res? No estamos cerca de Akiteria.

—No acometeré una marcha a Akiteria sin dejar protegida a Ottana. Res no me lo perdonaría ni yo tampoco.

Las rodillas se le doblaron a Adrien, cuyo temblor iba en aumento. Sus ojos, que en los últimos días habían potenciado su tonalidad violácea, se enrojecieron y sintió la garganta ardiéndole. Bufó, alzando los labios y trató de abalanzarse sobre June. Elain se interpuso en su camino, empujándolo y enviándolo directamente sobre el cuerpo inmóvil del soldado al que Adrien agarró con furia. Hundió sus colmillos en el cuello de aquel hombre, que solo llegó a convulsionar y abrir mucho los ojos antes de exhalar el último aliento.

June se llevó las manos a la boca, horrorizada. Era plenamente consciente de que ella también había sido igual, pero verlo desde fuera, reflejado en su hermano, le resultó insoportable. Lo había hecho varias veces, pero nunca había sido consciente de un modo tan claro y nítido como estaba siéndolo en aquel momento. Temblorosa también, dio un paso adelante, y sin ser consciente, topó con el cuerpo de Elain. Hubiera querido apartarse y rectificar su trayectoria, pero estaba completamente bloqueada. Elain colocó una mano con suavidad sobre su espalda y se limitó a esperar.

Algo se movió, entonces, tras él y enseguida, una figura cubierta con una capucha granate se lanzó a la huida.

—¡Espera! —gritó Elain, deteniéndola.

Soltó a June y avanzó un par de pasos.

—Puedes confiar en ellos —añadió.

La figura se detuvo y se volteó ligeramente sin que eso revelase el menor rasgo de su rostro. Alzó ligeramente la cara y June solo pudo distinguir dos ojos centelleantes que parecían titilar desde las profundidades de aquella tela.

—No confío en nadie y creí que tú tampoco —pronunció la voz grave de un hombre.

—Atalanta los envió conmigo. Si ella lo ha hecho es...

—Ha llegado —lo interrumpió el recién llegado—. La esperábamos más tarde, dado que Caronte había salido de su cueva, pero las cosas han ido bien. No volverá a estar sola. Ve al alba.

La figura se perdió de nuevo entre las sombras y el granate se fundió con el negro en un baño de sangre y tinieblas. Eso era *Ántico*.

—¿Quién era? —se atrevió a preguntar June—. ¿A qué se refería?

—La Vara de Paxia. La trajeron desde Luzaria y ya ha llegado a la sede del Consejo de Nix. Debo robarla esta madrugada.

—Te ayudaremos —sentenció June.

Adrien los miraba, sentado en el suelo y con la sangre del soldado chorreándole desde los labios. Se llevó las manos a la cara y empezó a vomitar.

0

El ascenso había sido meteórico. Una energía nueva lo impulsaba cada vez que recordaba la estampa de Zarik allí abajo, completamente ensangrentado y falto de una vida que siempre le brotó a raudales por cada poro de su piel. Ciertamente como él mismo le había dicho, las circunstancias los habían situado en puntos equidistantes y muy complejos, pero aún recordaba al joven vigoroso del que se había enamorado. Zarik era tan distinto a Adrien y, sin embargo, no dudaba de que este último fuera capaz de desatar en él los mismos sentimientos y sensaciones. O quizás, unas más poderosas. Adrien. En él había pensado mucho más de lo que le agradaría, pero la imagen de aquel chico soñador e idealista hubiera sido una forma de debilidad que en Akiteria no podía ni quería permitirse. No volvería a verlo nunca más y si el recuerdo de Zarik le dejaba un océano de imágenes y sensaciones vividas, el de Adrien lo bañaba en la amargura de lo que ni siquiera pudo llegar a ser; un futuro muerto antes de tiempo y sin posibilidad, siquiera, de convertirse en un pasado de recuerdos. Ni eso le quedaba.

Tine llegó tras él, resollando y accedió al interior de la misma celda en la que él mismo aguardaba.

—Pudiera ser esta —anunció la vampira, sin aire—, o tal vez la de encima o la de la izquierda. No lo recuerdo con exactitud, Res. Zarik estuvo muy poco tiempo fuera de La Cumbre pero hemos mirado en muchas y...

Resryon avanzó unos pocos pasos y escrutó con minuciosidad la pared de la gruta. Sus dedos doloridos y llenos de heridas pasaron por la piedra rugosa hasta dar con una inscripción.

«No hay peor cárcel que una mente atormentada ni mayor laberinto que un corazón roto. Lucille».

La inscripción se leía con algo de dificultad, pues debía de llevar grabada mucho tiempo, pero aquellas palabras no le revelaban demasiado. Tine se agachó a su lado y leyó lo mismo.

—Tal vez sí fuera esta la celda —apuntó—. Todos en Akiteria le tienen miedo a la reina, pero

ninguno la devoción de grabar en su pared algo que dijera ella. ¿Qué sentido tiene esto, qué te dijo el rey?

—Mi celda, nuestro secreto —evocó Res.

—¿El secreto de quién? ¿De Lucille y suyo? ¿Y cómo demonios vamos a saberlo?

—No podemos saberlo.

—¿Y entonces?

—Si no podemos saberlo, no podía referirse a un secreto entre ellos dos.

—¿Uno contigo? ¿Teníais secretos?

—No —respondió él, tratando de hacer memoria.

—Algo que solo supierais vosotros o...

—Espera. Kraático —murmuró Resryon.

—¿Qué pasa con el kraático?

—La lengua del imperio, solo la hablan los emperadores aunque mi padre nos la hizo aprender a mis hermanas y a mí; todas las lenguas del imperio.

—¿Hablas todas las malditas lenguas de Átraro?

—Sí. Zarik me pidió que le enseñara kraático.

—Eso está prohibido, Resryon Vakko. El kraático es solo para emperadores, como bien has dicho.

Res la miró y sonrió fugazmente antes de volver a sumirse en el enigma de aquella frase.

—Ya lo sé, Tine Hassul. Sin embargo... todo prohibía compartir el kraático común, pero nadie hablaba del antiguo.

—¿También hablas el antiguo? Venga ya.

—Mi padre solía decir que el segundo kraático era lengua de emperadores, pero el primero era la lengua de los dioses. Sí, nos hizo aprenderlo también.

—Joder con Doroyan... —murmuró Tine, sonriendo.

—El kraático antiguo funciona mediante sonidos derivados de la *etimomancia*. ¿Cómo lo llevas?

—*Etimomancia* —repitió Tine, fascinada—. Llevaba años sin oírlo, el significado de las palabras desglosadas. Llegué a conocer algunas nociones, pero prácticamente nada.

—Lucille.

—Lucille sería... ¿luz de la oscuridad?

—De la tiniebla —la corrigió Res.

—Vale, tiniebla.

—La traducción en kraático sería...

—Jerarquía —lo interrumpió Tine—. ¿En qué nos ayuda eso? No tiene nada que ver.

Resryon negó con la cabeza.

—Kraático antiguo, Tine —le reprendió Res—. Akiteria —resolvió el muchacho sonriendo—. El kraático se limitó a traducir literalmente cada palabra. Jerarquía es Akiteria, pero la antigua lengua las desglosaba mediante la *etimomancia* y funcionaba por sonidos, ya te lo he dicho. Luz de la tiniebla: *aki eath iriia*. El mismo sonido, prácticamente, que la traducción literal de «jerarquía» en la lengua actual.

—No puedo creerlo... Eráis complicados el brujito y tú, eh.

—Hay algo más —respondió Resryon, resoplando—. La frase. «No hay peor cárcel que una mente atormentada ni mayor laberinto que un corazón roto».

Tine miraba a Resryon, convencida de que el joven estaba muy cerca de desentrañar algo que pudiera resultar determinante para sus intereses.

—Es ella —dijo al fin el brujo—. Lucille es la mente atormentada y el corazón roto. Ella es la cárcel.

—No entiendo nada.

—Akiteria no es un lugar físico, no es una construcción llevada a cabo en mitad de alguna nada podrida. Es ella, su mente y su corazón, trastornados por algún tipo de...

—¿Amor imposible?

—Amor imposible, amor perdido, no lo sé.

—¿Y entonces cómo explicas este sitio?

—Magia, Tine. Brujería. Han convertido la mente y el corazón de Lucille en una cárcel. ¿Qué mejor forma de no revelar nada sobre este sitio que el que solo exista en el interior de su creadora? Quizás por eso Zarik quiso ser su rey, tal vez pensó que reparando esa mente y ese corazón...

—¿Y de qué forma se sale entonces?

—Matándola, supongo.

Tine se puso en pie y reuló unos pocos pasos.

—¿Y quién cojones va a saber que Akiteria es una mujer?

—Nadie, probablemente.

—¿Y entonces?

—Entonces no se puede salir.

Res se dejó caer en el suelo y se volteó, apoyando la espalda en la misma pared en la que habían desentrañado su aciago destino.

—¿Entonces Zarik lo sabía? Si te dio estas pistas... ¿A qué cojones jugaba? ¿No crees que confiaste en él de nuevo demasiado pronto?

Res hundió la cara entre sus manos y no dijo nada más.

—¿A qué vino esta adivinanza? —siguió parlotando Tine—. Dioses, no puedo creer nada de esto. En la mente de una loca. Ni en mis peores ideas hubiera podido...

—¿Podrías callarte de una jodida vez?

Tine lo miró largamente, tentada de asestarle un bofetón, pero entendía el sentir del muchacho y acabó por dejarse caer a su lado, hombro con hombro.

—Solo pueden sacarnos desde fuera —dijo Res, entonces.

Y ella sonrió con amargura.

—Viví hace un montón de años. Si quedase alguien que me hubiera apreciado lo más mínimo, habría muerto hace mucho. Mi lista de candidatos a héroe es inexistente. ¿Qué tal la tuya?

—Pues veamos, media Átraro me considera muerto y la otra media desearía que estuviera vivo para poder matarme.

—¿Nadie te es leal?

—Moran Tropps, general de la Argentum y amigo de mi padre. Sabe que estoy vivo, pasó un montón de tiempo tratando de espolear mi sed de venganza y ahora me exige el cumplimiento de una promesa. Elain Debcris, mi mejor amigo y Anven Drokoriah. No cuento con nadie más.

—¿Alguno sabe que estás aquí?

—Lo ignoro.

—¿Entonces no hay nadie que pueda buscarte en este sitio?

—Lo sabe Adrien, pero...

Alzó la cabeza y se arrepintió al instante de haberlo nombrado.

—¿Quién es Adrien?

—Nadie.

—Res...

—Nadie que vaya a poder sacarnos de aquí, Tine. Y si puedo elegir, no lo metería en esta mierda jamás.

—Perdona, emperador, pero en este momento lo que tú querrías resulta bastante indiferente. La cuestión es si ellos estarían dispuestos a sacarte de aquí, por encima, incluso, de tu propia voluntad. En definitiva, ¿alguno de ellos es más testarudo que tú?

—Ninguno desobedecería una orden mía por más que les jodiera.

—¿El tal Adrien tampoco?

Resryon rio.

—El tal Adrien, sí lo haría. Se metería si las cosas no hubieran acabado derivando en una enorme mierda, pero le mentí y no me perdonará jamás. Vive en Luzaria. Es imposible.

—¿El dueño de tu *Uilmel* vive en Luzaria? ¿Un elfo?

—¿Por qué todo el mundo me relaciona con un puto elfo?

—Seguro que alguno hay en tu lista.

Res observó la herida. La había rasgado con insistencia durante días, pero el dibujo se trazaba una y otra vez sobre la líneas enrojecidas de su piel.

—No parece que te guarde un gran rencor y si lo hace, no parece que sea mayor que lo que sea que siente por ti. Resryon Vakko, el rompecorazones, eh.

El joven brujo sonrió con amargura.

—Es un dryadalis, tiene su vida en Luzaria, no sabe nada de Noctia, el muro está sellado y aunque aún me quiera, sabe que debe odiarme. Acabará haciéndolo.

—¿Tan grave fue lo que le hiciste? —Res guardó silencio—. Ojalá no y ojalá hayas dejado en él una mejor huella que en el rey de Akiteria. Por amor uno hace auténticas locuras, Resryon.

0

Las horas se hacían eternas esperando y con el cielo en perpetua noche, la sensación de que el tiempo no discurría se potenciaba.

June bajó la escalera de la casa en la que Elain se había estado guareciendo junto a Ottana y encontró al brujo sentado frente a la chimenea que prendía, con el cuerpo inclinado hacia adelante. Adrien había logrado quedarse dormido y, después de todo lo vivido, June lo agradeció.

—Creí que los brujos no sentíais el frío del mismo modo que un humano —apuntó, frotándose los brazos con sus propias manos.

—Lo he encendido para ti. Para vosotros —se corrigió.

June alzó una ceja, desconcertada por el cambio de actitud que detectaba en Elain.

—Está bien, ¿quién eres y qué has hecho con Elain Debcris?

El brujo alzó la mirada y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—El polvorín ha estallado. Ya no hace falta conservar apariencias. No soy tan idiota como crees.

June tomó asiento a su lado y durante unos silenciosos segundos toda atención se centró en las llamas que danzaban al antojo de la noche, proyectando sombras en la pared.

—¿Cuánto tiempo falta? —quiso saber ella.

—Dos o tres horas.

—Adrien quiere acompañarnos.

—Es mejor que vaya yo solo. Hace falta sigilo para colarse en La Estela.

—La Estela es el edificio sede del Consejo de Nix, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Y después qué?

—Después hay que entrar en el Áleon y hacerle llegar a Ottana la vara. Nadie podrá dañarla mientras Liatli no haya completado el Rito de Paxia. Necesitará veintiún días para eso; un margen pequeño, pero suficiente... espero.

June miró a Elain, que hablaba con la mirada clavada en sus propias manos, con las que él mismo jugueteaba. A la luz del fuego, sus facciones se tornaban más misteriosas y llamativas, más enigmáticas. Tenía el pelo un poco más largo que la última vez que lo había visto.

La joven extendió la mano respondiendo a un impulso nuevo y desconocido, y le acarició el cuello al reparar en la herida que ella misma le causara al morderle aquella noche cuando trataban de evitar un encuentro indeseado con la Timoria. Elain movió la cabeza y la miró en silencio.

—La cicatriz no se ha ido —murmuró June, paseando sus dedos sobre ella.

—No se irá.

Los ojos oscuros del brujo la observaron con un brillo que no le resultaba nuevo. Lo había visto en aquella otra ocasión, cuando lo había mordido y, sin embargo, no le había dado el significado que le otorgaba en aquel momento. Cuando June se acercó a él ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo, pero se sentía como si fuera víctima de una vertiginosa caída hacia un destino inevitable. Sus labios se encontraron con los de Elain en un contacto abrasador. Aquel beso le disparó la respiración y su mente dio inicio de inmediato una absurda labor de comparación. Los labios de Eugene la habían buscado con dulzura y cuidado. Los de Elain la recibieron con un punto salvaje que despertó en ella sensaciones nuevas y adictivas. Lo sostuvo de la cara y él le devolvió el desafío con otra tentativa sobre su boca. La mano de Elain se perdió entre su pelo, aferrándolo con fuerza, mientras la otra guiaba su cintura, acercándola, estrechándola más contra su cuerpo. June se colocó a horcajadas sobre su regazo y el gesto fue el pistoletazo de salida para una naciente locura. Tiró de la camisa de Elain, sacándosela por la cabeza y se deleitó en su torso firme y definido, en cuyo centro se tatuaba una gota con líneas curvas emergiendo hacia un cielo inexacto.

—¿Qué es? —preguntó con un susurro, mientras paseaba sus dedos sobre la marca.

Elain la despojó de su jersey antes de responder:

—La Lágrima del Renacer, el símbolo de Ántico.

Volvieron a fundirse en un tórrido beso que competía con el fuego de la chimenea. June ni siquiera sabía en qué momento uno podía haber adivinado en el otro aquella intención. Elain había sido siempre brusco con ella, antipático y aborrecible, pero desde su regreso a Noctia algo había cambiado en su forma de ser.

Las manos de la joven se sorprendieron de la cantidad de cicatrices que encontraron a su paso en la suave piel del brujo, entre ellas un enorme corte en el costado.

—¿Cómo te hiciste esto? —preguntó June con la respiración agitada.

—Conquista de Arleah —respondió él, en idéntico tono—. Un nigromante.

—¿Recuerdas cómo te hiciste cada herida?

—Casi todas.

La siguiente pregunta quedó silenciada contra la boca de Elain. La agarró con firmeza y se puso en pie para llevarla sobre la mesa, donde la colocó con cuidado. Allí la despojó de su camisa, desabrochando los botones con lentitud mientras combinaba besos de fuego con intensas miradas que la hacían desear más. Cada movimiento en él era pura determinación; no había duda

ni zozobra, como sí la había percibido en Eugene. El vampiro había tanteado el terreno en todo momento, temeroso de dar un paso en falso, atento en cada instante a las reacciones de June. Pero en Elain todo era arrollador. Los besos del brujo descendieron a través de su cuello, mientras sus manos se deleitaban en sus pechos. June tiró de él, recostándose sobre la mesa y Elain se dejó llevar. Percibir todo el peso de él sobre su cuerpo la sumía en un estado tan nuevo que, por momentos se sorprendía. Aquella experiencia no resultaba desconocida para ella. June había salido con varios chicos en Luzaria, pero ninguno como Elain. Tal vez su condición de brujo le otorgase una excitación novedosa a la experiencia; Elain era un noctis, un general pese a su corta edad, un chico que había dirigido legiones y luchado en sangrientas guerras. No lo admiraba por ello, pero esa vida debía de exigir una madurez muy por encima de la de cualquier lúzar con el que hubiera intimado, y abandonarse entre aquellos brazos la hizo sentir especial. Elain era historia de Ántico.

La pasión los arrastró desterrando por completo la tensión antes vivida y sofocando los deseos contenidos que necesitaban explotar. Los jadeos llenaron la noche apagando los sonidos de la casa y la calle: el crepitar del fuego, las lejanas voces de los mercaderes e incluso el rumor de las olas golpeando en los acantilados brujos. Todo quedó soterrado bajo unos minutos eternos.



19 El secreto de Akiteria

Resryon abrió los ojos al notar algo impactando contra su pecho, apenas una pequeña piedra que no revestía mayores consecuencias, pero que bastó para despertarlo del sueño intranquilo en el que se había sumido. Tine sonrió al encontrarse con su mirada.

—¿Te aburres, Hassul?

—¿Tú qué crees? Llevo horas aquí sentada y me queda una eternidad. Al menos tú morirás algún día.

—Qué alentador todo...

Se giraron velozmente y Tine se puso en pie a la velocidad del rayo cuando Lucille se presentó allí. Resryon continuó sentado en su sitio, con los brazos descansando sobre sus rodillas y expresión grave. A esas alturas ya estaba convencido de que la mujer no se movía por Akiteria igual que el resto, no necesitaba colgarse y descolgarse de un lado a otro y sus apariciones solían ser repentinas e inexplicables cuando se ignoraba la verdad. Pero él ya la había descubierto y moverse sobre la consciencia de uno mismo había de resultar tarea más sencilla.

La mujer empezó a aplaudir con parsimonia al tiempo que exhibía una sonrisa abierta y desagradable.

—Así que lo has adivinado, Resryon Vakko —pronunció con voz melosa—. Aunque Zarik no te lo dijo, supiste desentrañar el misterio de Akiteria.

—¿Hay premio? —preguntó él, en tono jocoso—. No sé, una libertad o dos estaría bien.

—No, lo cierto es que no hay premio, pero sí condena... para ella.

Fue entonces cuando Resryon se puso en pie, junto a Tine.

—La inmortalidad me pesa desde hace demasiado, zorra chiflada —respondió Tine.

—No hablo de la inmortalidad. ¿No te has preguntado, bombón —dijo, dirigiéndose a Res— por qué tu amante no te contaba algo tan importante? ¿Por qué lo redujo a una adivinanza previa a la muerte?

Aquel demonio lograba crísparlo como pocos lo habían conseguido, pero detestaba exhibirlo, de modo que Resryon guardó silencio.

—Porque no se puede —continuó Lucille, con voz cantarina—. Aquel al que se le cuenta el secreto es condenado a permanecer en Akiteria para siempre.

—¿Acaso no es esa la idea con la que todos entramos? —escupió Tine.

Lucille se encogió de hombros mientras caminaba con despreocupación por la celda

—Muchos buscan la salida y tal vez lograrían encontrarla, pero aunque fuese un enorme portal con un letrero indicando por dónde se abandona este mundo infame, tú no podrías hacerlo. Porque el emperador te contó la verdad.

Resryon y Tine cruzaron una mirada, como si trataran de adivinar a qué se refería.

—El brujo lo averiguó, Tínessly Hassul, lo supo por él mismo, pero te lo contó. Estabas ahí, con él, mientras desentrañaba cada palabra y te la comunicaba... condenándote.

Tine apretó los puños y no se mostró excesivamente afectada por la noticia.

—¿Zarik te dijo quién era yo? Me consta que me buscaste durante largo tiempo por orden de mi hermana y que vuelves a hacerlo hoy por expreso deseo de Liatli.

—Oh, no. Él no me dijo nada. Aunque admito que llegué a sospechar de que mis dos hermosos candidatos a rey huyeran con una simple rea. Y bueno, yo no puedo bucear en las conciencias ajenas hasta que estas perecen. Una vez muerto, Zarik ha seguido siéndome de gran utilidad.

»Por cierto, emperador, resulta entrañable lo que sentía por ti. Es una lástima que seas tan rencoroso. Hubiéramos podido vivir los tres juntos en La Cumbre. Pero está bien, lo habéis querido así.

»Liatli vendrá a por ti y me liberará —añadió, fijando su atención esta vez en Tine—. Ya no hay forma en la que puedas salir, pero supongo que te encontrará utilidad aquí dentro. Además, no...

Un espasmo interrumpió el discurso del demonio y cuando se dio cuenta, la hoja de una daga asomaba desde su abdomen. Un hilo de sangre le brotó desde la boca y se volteó, sonriendo ante el rostro de Resryon, que recuperó la daga con un seco tirón.

—Eres tan sexy con un arma en las manos...

La postrera patada en el estómago propinada por el brujo puso fin a la verborrea del demonio, que volvió a precipitarse hacia abajo como ya lo había hecho tantas otras veces. Volvería a subir, sin duda alguna. Ahora ya entendían aquella extraña forma de inmortalidad de la que Zarik les había hablado. Lucille podía morir, pero no en Akiteria, no en su propio subconsciente, sino en el mundo real. En Noctia. Donde fuera que estuviese.

—Lo siento —susurró Resryon—. Siento mucho haberte...

—Res, no seas idiota. —Tine suspiró hondamente y se acercó a él—. ¿Recuerdas qué te dije al principio? Solo necesitaba salir de aquí para morir. Estoy harta de vida y la inmortalidad es un peso con el que no deseo seguir cargando. Me da igual morir aquí o en Noctia. Sigo necesitando que salgas y que llegues hasta el templo de Los Cimientos, que te sometas al ritual y me arranques la condena. Y ahora necesito que lo hagas antes de que me encuentren. Porque lo harán.

—¿Qué pasa si te encuentran?

—Que hará lo imposible por arrancarme la inmortalidad. Pero yo deseo dártela a ti y eso ha de hacer posible que la consigas aunque yo no esté presente en el ritual. Si ella da conmigo, me torturará hasta obtener de mí el beneplácito para ser ella quien la adquiera. No podría soportar una tortura, sé que cederé.

Tine había empezado a sollozar y Res la abrazó, tratando de ofrecerle consuelo.

—Pero no puedo salir de aquí —dijo tras un largo silencio.

—Una *Uilmel* es un lazo mágico, Resryon —respondió ella, apartándose—. No solo es un símbolo o un dibujo. Puedes llamarlo de algún modo.

—Te dije que no lo arrastraré aquí.

—Tiene que liberarte, Res.

Aquella era la primera vez que veía a Tine deshecha, completamente derrumbada.

—Tine...

—Ese chico es tu única oportunidad, la mía. Y la de Ántico. Llámalo, reaviva el lazo. ¿Para qué sirve el amor, sino para salvar vidas?

Elain se había quedado dormido junto a ella, pero a June le resultó imposible. Sus dedos acariciaban las ondas desordenadas del pelo del brujo, abrazada a él como si temiera dejarlo ir y regresar a aquella dura realidad. Y entonces, el joven abrió los ojos y la miró sin moverse, prendiendo una inusitada duda en el interior de la muchacha. A cada arrebato en Eugene le había seguido un silencio indiferente y temía volver a encontrarse con lo mismo aunque quien yaciera junto a ella esa vez no fuera el vampiro. Elain la miró largamente.

—Eres lo más raro que me ha pasado en la vida —murmuró con la voz ronca.

—¿Se supone que debo darte las gracias por eso o arrancarte el cuello?

Aquella era la primera vez que veía una sonrisa franca y sincera en el rostro de Elain.

—Ya estuviste a punto de hacerlo una vez. Arrancarme el cuello, quiero decir.

—También te di las gracias cuando me ayudaste a escapar del caserón. Tú tampoco eres lo más normal del mundo, Elain Debris.

—Gracias.

Elain se incorporó y tomó asiento sobre la mesa con las piernas colgando. June se mantuvo erguida, dudosa, detrás de él. El brujo tenía razón en lo extraño que había resultado aquello. Sentía cada movimiento en ella forzado y envuelto en mil dudas, pero decidió dar rienda suelta a lo que le nacía, convencida de que la reacción de él también la ayudaría a saber si se había equivocado, tal y como había ocurrido con Eugene. Abrazó la cintura de Elain y apoyó su barbilla sobre su hombro.

—¿Te has decidido por arrancarme el cuello? —preguntó él.

June rio.

—No, aún no. ¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

—No, ¿tú sí? —preguntó él, volteando ligeramente la cabeza.

—No —se apresuró a responder ella. Y estaba siendo sincera.

Elain le acarició el brazo con el que ella envolvía su cintura y permaneció inmóvil, mirando el fuego que seguía crepitando en la chimenea.

Un carraspeo atrajo la atención de ambos y Elain saltó de la mesa recuperando rápidamente sus pantalones. June se dejó caer al otro lado y empezó a farfullar todo tipo de maldiciones.

—Por mí no os preocupéis —exclamó Adrien, divertido. Se había detenido en lo alto de la escalera y se había dado la vuelta al topar con la inesperada escena.

—¿No sabes llamar a las puertas, Adrien? —espetó su hermana, furiosa.

—¿A qué puerta quieres que llame? Esto es un salón... o algo parecido.

—Ya hemos esperado suficiente —intervino Elain, colocándose de nuevo la camisa.

A Adrien le dio tiempo a distinguir el tatuaje que el muchacho tenía en la parte central del pecho; no se parecía en nada al de Resryon y aunque aquello le generaba curiosidad, convino que no era el momento para formular preguntas.

Acabó de bajar la escalera cuando se percató de que ambos se habían vestido ya y le dedicó

un gesto cómplice a su hermana.

0

El cabello de Ottana estaba sucio y encrespado. Tal era su grado de aburrimiento que llevaba horas pendiente del caracoleo de sus ondas. Recordaba aquellos tiempos en el *Áleon* cuando sus criados habían peinado con devoción su bonita melena dorada, elaborando complejos recogidos. Había pasado mucho tiempo desde entonces y la horrorizó pensar que echaba de menos eso y no su vida en el castillo, junto a su familia. Amaba a su padre y a sus hermanos; apreciaba a su cuñado y adoraba a su sobrina, pero el paso del tiempo había endurecido su corazón y había aprendido a vivir sin ellos. Así, las minucias de su vida imperial habían empezado a colmar su mente en muchas ocasiones.

Paseó la vista entre los demás presos, que albergaba la celda colindante. Liatli había tumbado muros en las prisiones hasta acabar convirtiéndolas en una sala enorme donde todos compartían espacio; todos salvo ella. La versión oficial contaba que la emperatriz no hacía distinciones entre prisioneros de ningún tipo y todos acababan en el mismo lugar. La extraoficial hablaba del agrado de la emperatriz por dejar a los presos pelearse y matarse entre ellos. Fuera como fuere, solo habían cinco personas en las cárceles contando a Ottana. Un viejo que hablaba solo sentado al fondo, dos mujeres más, una de las cuales llevaba un niño sentado sobre su regazo y un hombre que desglosaba las horas muertas tratando de afilar una estaca. Ninguno la había molestado en demasía y Ottana estuvo segura de que no conocían su identidad, pues poco quedaba de la preciosa jovencita de caros ropajes y elegante aspecto que siempre se había mostrado ante el mundo.

Unos pasos la alertaron, pero no se puso en pie cuando vio llegar a Anven. No estaba segura de si la chica pertenecía a esa parcela de nimiedades en la que pensaba a menudo o en esa otra sin la que había aprendido a vivir. Anven había sido la mejor amiga de su hermano. Durante mucho tiempo, fueron numerosas las personas —ella incluida— que habían creído que los dos estaban juntos, un rumor que ambos se habían encargado de alimentar por pura diversión, según había llegado a saber. Pero ahora ella estaba allí y su hermano estaba muerto. ¿Qué sentido podía tener que Anven sirviera a su asesina? A Ottana nunca le había caído particularmente bien a pesar de la estrecha amistad que unía a la chica con su hermano y aquella realidad no hizo sino acrecentar su acritud, y es que Anven solía ser implacable en las lecciones que a veces impartía en la Praes, la legión de formación, donde Ottana detestaba estar. No le agradaban las espadas ni las dagas ni las armas. Ella había nacido para ser emperatriz o así habría sido de no ser por Ascyá. Aquel sentimiento la había frustrado durante toda su vida, potenciando en ella una desidia que muchos —Anven especialmente— le habían recriminado.

—No has comido nada —observó la joven.

Ottana paseó la vista hacia la bandeja intacta que había en el suelo al otro lado de la celda que estaba ocupando.

—No solucionarás nada así, Ottana. Te presentas en *Ántico* para reclamar el trono, según afirmas y ahora te dejas morir en las cárceles por... inanición. ¿No te parece bastante ridículo?

—Ridículo es que estés aquí, sermoneándome después de haber traicionado a mi hermano. Nunca te importé una mierda y tampoco él, de modo que cierra el pico y llévate eso.

Señaló con la barbilla la bandeja y le dio la espalda, apoyándola sobre los barrotes.

—Tú me hablas de traición. Aceptaste rechazar ese trono con el que ahora se te llena la boca y lo obligaste a apartarse de su puesto al frente de las legiones.

—Le salvé la vida —exclamó Ottana ofuscada. Siguió sin moverse aunque el cuerpo le pedía incorporarse y sacudir la celda hasta tumbar los barrotes. No sería capaz y lo sabía, de modo que lo último que deseaba era ofrecer una imagen desesperada de sí misma.

—A pesar de todo cuanto Res te defendía —continuó Anven—, siempre fuiste una cría irresponsable y asustadiza. Me hubiese gustado verte enfrentándote a las torturas que yo soporté, Ottana.

—¿Las que te arrancaron el juramento de lealtad hacia Liatli? —preguntó la chiquilla, de nuevo sin mirarla—. Mi hermano hubiera muerto antes que aceptar. También Elain.

—Elain... Qué útil eso de morir, ¿verdad?

—No se trata de lo útil que sea. Se llama honor.

—¡Es irrisorio, Ottana! De pronto me hablas de traición y de honor. Por falta de todo eso estamos aquí, pero al menos yo...

—¡Lárgate!

Ottana se puso en pie como un resorte y Anven no reconoció en sus ojos el brillo de la ira. Llevaba cinco años sin verla, pero ante sí ya no estaba aquella niña asustada de nueve años, sino una mujercita resuelta a recuperar su lugar. Y por ridículo que aquello pudiera parecer, algo en su interior le advirtió.

0

La Estela era un elevado pináculo de extraña construcción. Parte de su fachada redondeada se hundía en la tierra, mientras que la otra parte se alzaba hacia el cielo nocturno, fundiéndose con su negrura. Había puntitos de luz azulada salpicándola como si se tratase de pequeñas ventanas de diminuto aspecto, aunque de cerca se asemejaba a más a una cadena de finos eslabones que envolvían su angosto contorno.

Soplaba un viento frío aquella noche cuando Elain, Adrien y June llegaron hasta allí. Las escasas ventanas que, por altura resultaban accesibles, estaban cerradas con barrotes y Elain sabía perfectamente que los hechizos de brujería potenciaban la clausura. Sin embargo, el joven brujo supo cómo contrarrestarlo y en pocos segundos, el hierro forjado de uno de los ventanales quedó convertido en una serie de varas maleables a través de las cuales no costaba lo más mínimo introducirse.

—Demasiado fácil —observó June mientras Elain se deslizaba a través de la apertura.

—La magia atávica quedó prohibida hace mucho tiempo —explicó él ya desde dentro—, pero resulta verdaderamente práctica.

—¿Magia atávica? —exclamó June, que fue la siguiente en entrar—. Nunca he oído hablar de ella.

—Porque está prohibida, ¿no me escuchas?

June lo miró cuando el joven la sostuvo, ayudándola a colocar los pies en el suelo.

—Sí te escucho —respondió ella, molesta—. ¿Pero en serio tú sí puedes utilizarla y el Consejo de Nix no?

—El Consejo respeta esa ley; quizás una de las pocas a las que atiendan porque entrar en

guerras con magia atávica puede ser algo sumamente peligroso para toda Átraro.

—¿Y por qué tú sí la conoces?

—Porque durante las conquistas de *terras* encontrábamos tribus salvajes muy alejadas de la actualidad; tribus de toda clase y razas.

—¿Y os enseñaban eso? —exclamó ella, escandalizada.

Adrien cayó a su lado en ese momento.

—June mandarina es el *súmun* de la corrección —le aclaró a Elain—. No te saltes una norma delante de ella o será implacable.

—Muy gracioso, Adrien. Esto es peligroso.

—Lo es, así que ¿por qué no nos centramos en lo que hemos venido a hacer? —espetó Elain.

June suspiró hondamente y una nubecilla de vaho le indicó que el frío era más crudo dentro de La Estela que fuera de ella. Alzó la mirada hacia los altos techos y observó, fascinada, la enorme sala en la que se encontraban. Multitud de cuadros forraban la pared, aunque lo más curioso era que ni uno solo de ellos guardaba una imagen lógica en su interior. June tuvo la impresión de que los protagonistas de aquellos retratos —si es que acaso se trataba de eso— debían de haber huido de sus pinturas. Tampoco había paisajes o emplazamientos concretos, sino que los fondos eran borrones difusos y distorsionados.

Una sombra espectral cruzándose frente a ella le arrancó un grito de las entrañas y Adrien cubrió la boca de su hermana con la mano. Elain dejó escapar un hondo suspiro y se alejó de ambos.

—Son *fantasgos* —explicó—. Vagan de un lado a otro por los pasillos de La Estela. Son incorpóreos, pero procurad que no os atraviesen o darían inicio a una persecución implacable. Para cuando el Consejo de Nix llegase solo encontrarían un cadáver congelado.

—Joder... —masculló Adrien, al tiempo que soltaba la mano que había enmudecido a June.

—Tú quédate aquí —le solicitó Elain a la muchacha—. Tu hermano y yo iremos a por la vara. —El brujo acarició sus dedos con delicadeza—. No te cruces con ninguno de ellos; se mueven despacio y son fácilmente evitables. Si viene alguien, suéltala.

June se miró las manos, que permanecían una sobre otra, ahuecadas, como si resguardasen algo en su interior. Y lo cierto era que notaba un cosquilleo en las palmas.

—¿Qué es? —se atrevió a preguntar, temerosa.

—Tú suéltala... y sal por esa ventana.

—¿Y vosotros?

—June *mandarina* es increíblemente terca —intervino Adrien, irritado—. Elain sabrá qué hacer, June. Tú preocúpate de avisarnos y salir de aquí si viene alguien, tal y como te ha dicho, ¿de acuerdo? Y no te topes con ninguna de estas cosas —añadió mientras una de ellas cruzaba por delante de él.

La joven bufó, pero ya no se atrevió a decir nada más cuando Elain la miró, dedicándole una sonrisa casi inexistente y acariciándole la barbilla antes de desaparecer a través de una larguísima escalera que caracoleaba siguiendo el contorno de la fachada circular.

La llegada hasta los pisos superiores discurrió de forma sencilla pese a los *fantasgos* y, aunque lo detestase, la irritante voz de su hermana advirtiéndole sobre ello, se abrió paso en su cabeza. Pero pronto las cosas se complicaron y Adrien no supo si celebrarlo o maldecir.

Elain apoyó un pie en el alféizar de la ventana y el viento de la noche le sacudió el cabello castaño. El brujo se volvió y lo miró, como si fuera capaz de leer sus pensamientos.

—Todas las puertas están cerradas —explicó— y la única manera de entrar en la sala *Nekor* es por aquí. ¿Crees que podrás?

Se tragó la pregunta. ¿Por qué la ventana podía abrirse con magia atávica y la puerta no? Si Elain no recurría a ella sería por algo y Adrien no quería parecer el crío asustado que dudaba a cada paso. Aquella había sido su gran obsesión desde que llegase a Noctia y conociera todo por lo que Resryon había pasado a lo largo de su vida. Como un latigazo, el pensamiento lo azuzaba a seguir adelante con todo aquello con lo que topase de manera casi temeraria. Se apartó para dejar pasar a un *fantasgo* y después dio un paso al frente.

Cuando se dio cuenta seguía a Elain a través del saliente que envolvía la fachada. Reparó también en aquellas lucecillas que primero le habían parecido ventanas y después, eslabones de una cadena; eran huesos incrustados en la fachada. Desde allí podía distinguirlo sin ningún tipo de dificultad; algunos eran alargados y otros redondeados y pequeños. Halló también una calavera en su recorrido y estuvo a punto de marearse, pero cerró los ojos, respiró profundamente y fue capaz de seguir a Elain hasta otra sala cuyos barrotes el brujo «derritió», como había hecho con la ventana de acceso a *La Estela*.

Elain dio un salto y Adrien resopló cuando estuvo de nuevo pisando tierra firme. Sin embargo, el alivio duró poco. El brujo se encaramó sobre un saliente en la pared, una especie de banco de piedra y abrió algún tipo de trampilla que se ocultaba en el techo.

—¿Cómo conoces todos estos entresijos?

Elain lo miró fugazmente y sonrió.

—Res tenía los planos de todo. Era el hijo del emperador; debía conocer todas y cada una de las instalaciones importantes para el gobierno de Ántico, y *La Estela* era el más relevante después del Áleon.

—Entiendo.

Elain trepó hasta el techo con poco esfuerzo, evitando de nuevo a los *fantasgos*, y extendió el brazo para que Adrien hiciera lo mismo. El muchacho sentía todo su cuerpo dolorido, pero no se quejó y en pocos segundos estuvo gateando a través de una angosta galería bajo la cual dejaba atrás algunas salas en penumbra que lograba ver gracias a las numerosas trampillas que se abrían en aquel lugar. En todas ellas paseaban esas sombras espectrales que tanto lo horrorizaban. Su paso allí parecía ser más rápido.

A pesar del frío que lo había azotado al entrar en *La Estela*, moverse a través de lugares tan estrechos, le hizo sudar de lo lindo. Le dolían las manos y le dolían las rodillas, aunque al menos no se sentía cansado. June le había aclarado que aquella sería una de las múltiples ventajas que acarrearía la condición de vampiro. Reprimió una sonrisa al recordar la forma en la que su hermana había tratado de tranquilizarlo respecto a su nueva situación; por momentos June le había parecido un vendedor, convenciendo a un cliente indeciso de lo fantástico de su mercancía. Pero conocía a su hermana demasiado bien y leía el miedo en sus ojos.

—Es aquí.

Elain se detuvo y apartó la trampilla de una habitación algo más oscuras que las que habían dejado atrás. Era pequeña y la cantidad de *fantasgos* que se movían en ella debía de dificultar cualquier acción allí abajo.

—De acuerdo... —suspiró el brujo—. ¿Cómo te digo esto?

Adrien tragó saliva mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—Solo dilo —respondió, aunque no tenía ni la más remota idea de a qué se refería Elain.

—Creo que yo poseo más fortaleza física que tú, de modo que yo te sostendré y tú recuperarás la vara.

Adrien sonrió con pocas ganas.

—¿Eso era? ¿Llamarme flojo con delicadeza? Vale.

—No podemos tocar el suelo —le advirtió Elain, mientras Adrien se acercaba más a la trampilla.

—¿Por qué no?

—Porque despertaríamos a muertos muy jodidos de controlar —explicó con total naturalidad—. En la pared hay una vitrina que ha de contener la vara. Es el lugar en el que siempre estuvo guardada mientras estuvo en Átraro. Hay que romperla, cogerla y largarse. Cuando los fragmentos de cristal caigan al suelo, los despertarán, pero si no nos ven, la persecución se acabará pronto.

—¿Y qué hay de los *fantasgos*?

—Se cruzarán contigo; es inevitable, pero no les daremos tiempo a congelarte. Tranquilo.

Adrien dudó sobre efectuar o no la pregunta, pero aquella noche ya se había tragado demasiadas. Algo le advirtió de que se arrepentiría, pero como siempre, ese algo llegó después del acto impulsivo.

—¿Qué muertos son esos tan jodidos de controlar?

—Demonios mayores. Ellos crearon Átraro junto a los dioses oscuros en un lugar llamado Los Cimientos. Estos últimos se fueron. Los demonios, no.





20 Entre rejas

Eugenne estaba inquieto. Había depositado demasiadas esperanzas en la figura de Liatli Hassul, apoyando la caída de la Vakko de forma activa y sin reservas, pero a medida que el tiempo pasaba, una voz interna le advertía. Primero estaba la situación con Luzaria. El vampiro siempre había sido partidario de romper relaciones con los lúzaros, que trataban a los noctis como mascotas, permitiéndoles abandonar su confinamiento al otro lado del muro de manera temporal. No en pocas ocasiones había abogado por la disolución de la Ley Común, pero de ahí a plantear una guerra distaba una eternidad. Estaba hastiado de sangre, al menos de aquella que no brotaba del cuello de una víctima en la cacería común de un vampiro. Deseaba poner fin a las conquistas, como lo deseaban muchos otros y en esa lucha, que debía arrastrar también a la maldición de Caronte, había invertido los últimos años de su vida.

A pesar de que la Timoria le había regalado una enorme mansión en Ántico en nombre de la emperatriz, muchas veces Eugenne se hospedaba en el castillo imperial, como señal de buena voluntad por parte de Liatli y de él mismo. Pero eso cada vez lo enervaba más. Aquella noche se arrepintió de no haber dormido en su casa, al menos hasta que recordaba que la mansión y el castillo no dejaban de pertenecer a la emperatriz y que se hospedase en una o en otra, solo estaba recibiendo la discutible benevolencia de Liatli.

Se irguió como un resorte pocos segundos antes de que la Timoria accediese a su cuarto tumbando la puerta. Lo había sentido, pero no con la suficiente antelación.

—Estás detenido en nombre de la emperatriz —anunció el vozarrón de un soldado—. Serás interrogado.

—Esto es ridículo —se defendió—. ¿De qué se me acusa? He hablado con la emperatriz hoy mismo.

—Cuando has hablado con la emperatriz, ella aún no sabía a quién hospedabas en tu casa. O mejor dicho, en la casa de la emperatriz.

—¿Y a quién se supone que estoy hospedando?

—Han visto a Elain Debcris allí y a un vampiro acompañados de alguien más, una chica humana, al parecer. El brujo traidor y uno de los tuyos. Qué casualidad.

Fue inevitable. La imagen de June y Adrien se instaló en su mente de inmediato y no se atrevió a decir nada más mientras lo arrastraban hacia los calabozos. Lo último que deseaba era perjudicar a la muchacha y a su hermano. El malestar que había sentido después de morder a Adrien le había hecho olvidarse de ellos en aquella recóndita aldea, pero debería de haber sabido que no lograrían marcharse sin más. Abandonar Noctia se había convertido en una misión tan complicada como acceder a ella, al menos si uno no contaba con los recursos necesarios para hacerlo con seguridad. Además, June había dejado entrever que su hermano no accedería a abandonar el Imperio de la Noche sin lograr su disparatado propósito.

June llevaba ya un buen rato esquivando a aquellos espectros que levitaban sobre el suelo enlosado de un lado a otro a un ritmo lento y cadencioso. Había llegado a pensar si acaso no se trataría de las personas que debían de aparecer en los retratos vacíos de la pared. Imaginar pinturas saltando de sus cuadros le ofrecía una visión más fantasiosa y menos aterradora de la situación.

Seguía con las palmas unidas, percibiendo el cosquilleo de algo entre sus manos sin atreverse a descubrir de qué se trataba. Fuera lo que fuese, debía de ser algo que los ayudase en caso de emergencia, de modo que, por una vez, decidió que su curiosidad no pondría en jaque las cosas.

Escuchó voces en el exterior y un sudor frío se apoderó de ella. La puerta cedió con un chirrido agónico y June corrió a ocultarse detrás de un ostentoso sillón de aspecto anticuado que casi parecía un trono. Adivinó dos figuras accediendo al lugar y ahogó un respingo cuando algunas de las antorchas que se anclaban en la pared prendieron de forma repentina y sin que nadie las hubiera alimentado. Solo la mitad de la sala quedó iluminada mientras que la parte en la que ella se ocultaba siguió a oscuras. Las sombras espectrales se desplazaron hasta allí, como si huyeran de la luz.

June se asomó y reconoció a las recién llegadas. A una de ellas solo la había visto un par de veces durante las ceremonias previas a su Conmuta y, cómo no, en los libros de conocimiento noctis, aunque tenía muy claro quién era. A la otra la recordaba perfectamente: Anouk parecía una mujer diferente fuera de la ostentabilidad de La Cógmita. En la casa de Eugenne apenas había logrado distinguir sus facciones a la escasa luz del castillo. El demonio departía con Vanora en una conversación discreta y con tintes de conjura. Por suerte, June pudo captar bien lo que decían.

—Ha cumplido con ello —observó Anouk—. Se comprometió y lo ha hecho. No entiendo por qué la emperatriz ha ordenado apresarlo.

—Eugenne es un vampiro, querida —respondió Vanora con calma. La bruja paseaba a través de la sala, como si se deleitase en cada punto de la misma, aunque siendo miembro del Consejo de Nix debía de haber visto el lugar mil veces.

June se tensó al oír aquella parte de la conversación. Al parecer y pese al hecho de que Eugenne siempre se había posicionado del lado de Liatli, esta había ordenado su captura.

—Hace ya largo tiempo que Liatli los convirtió en aliados —respondió Anouk.

—Su confianza en ellos nunca ha sido total. Los vampiros son seres traicioneros.

El demonio sonrió.

—¿Sabe Feilan que opinas eso?

—Feilan es un vampiro y representa a los suyos en el Consejo. Es lo justo y así se determinó en los albores. Eso no quita que cada uno de nosotros conozca de las debilidades y los puntos a tener en cuenta que caracterizan a cada raza.

—En todo caso, algo habrá hecho el vampiro. Sé que le hizo llegar a la emperatriz cuatro *arkanais*. Si aun así, lo ha apresado, debe de ser algo grave.

—Lo cierto es que aún no nos lo ha comunicado. Traer la Vara de Paxia desde Luzaria nos ha exigido más tiempo del deseado. La maldición nos pilló de camino.

—La maldición... —susurró Anouk, en actitud pensativa—. ¿Crees que, realmente, Liatli podrá hacer algo contra ella?

—Juntando los *arkanais*, está claro que sí. Saldará la deuda con Caronte y el barquero será

historia.

—¿Y después qué?

—Después viviremos en paz.

—¿Piensas que Liatli no reclamará Átraro para sí?

Vanora se encogió de hombros.

—No sé si la reclamará o no, pero estaría en su derecho si así fuera. Si la emperatriz logra liberarnos del mal que nos azota, muchos abrazarán su gobierno.

—Eso pasa por ejecutar a Ottana. Me crispa saber que la cría está allí, viva.

—Tranquila, Anouk. Todo a su debido tiempo. Esa niña es todo cuanto queda de la Vakko. Tal vez el barquero la reclame en el pago de la maldición. Conviene mantenerla con vida.

—Todo lo que queda de la Vakko —repitió Anouk—. ¿Qué hay del príncipe?

Vanora sonrió y alzó una ceja, divertida.

—Está en Akiteria. De allí no se sale.

June ya había oído suficiente. Abrió las palmas de las manos y una mariposa negra aleteó sin llegar a alzar el vuelo. June la miró, fascinada. Algo en ella era distinto e increíble y aunque no supo qué era, solo pudo limitarse a observar al insecto volar a través de la enorme sala pasando totalmente inadvertida y perdiéndose escaleras arriba. Ella debía encontrar la forma de salir de allí, pero no lograría ni moverse si las dos inesperadas visitas no se marchaban.

0

Adrien se descolgó mientras Elain lo sujetaba por los pies. El brujo lo sacudió hacia el costado para que no topase con un *fantasgo*. Aquello acabaría resultando inevitable, pero mientras pudieran eludirlo debían intentarlo. Supondría una dificultad menos.

—Voy a tratar de darte impulso —masculló Elain, con los dientes apretados—. Ayúdame tú también con el cuerpo y en cuanto llegues a la vitrina, destrórzala con la daga.

—¿Seguro que no hay otra forma de abrirla?

—No para nosotros, Adrien. Límitate a hacerme caso, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes...

Ver a los *fantasgos* del revés lo sumió en una sensación extraña; no sabía si le causaban risa o pavor. Eran seres normales y corrientes, con formas humanas y facciones tristes, pero en figuras espectrales y transparentes que desprendían fulgores blanquecinos. Fluctuaban, en la inconsistencia que los caracterizaba y el fulgor se atenuaba y crecía como si se tratase de una llama.

Impulsándose como si fuera un columpio, colgando cabeza abajo, Adrien alcanzó fugazmente la vitrina, pero la hoja de la daga ni siquiera generó el más mínimo arañazo en ella.

—Tienes que darle con más fuerza —le advirtió Elain.

Adrien no fue capaz de reprimir un respingo cuando un *fantasgo* cruzó a través de él. Apenas fue un segundo, pero el frío glacial que lo recorrió de arriba a abajo estuvo a punto de romperle el alma.

—Vamos, da igual —exclamó Elain—. No podíamos evitarlos para siempre. Sigue

impulsándote.

La misión se tornó más que difícil. Habiendo captado ya su presencia, los *fantasgos* se arremolinaron en torno a él y desde sus bocas vacías emergían gritos agudos y graves lamentos. Trataban de tocarlo inútilmente, pues sus manos etéreas lo atravesaban sin llegar a dañarle. Sin embargo, el frío del que estaban hechos sí le caló hasta lo más profundo del alma. La daga resbaló de su mano, totalmente congelada y sintió que hasta el aire que respiraba se convertía en un puñado de esquirlas de hielo que le arañaban la garganta.

—¡Adrien! —lo llamó Elain, al ver que había dejado de balancearse—. Rápido, no te pares.

El lúzaro no respondió y Elain trató de tirar de él hacia arriba.

—¡No! —bramó Adrien, con dificultad—. No me subas aún.

—Apenas puedes moverte. Lo intentaré yo.

—¡Suéltame!

—No puedo soltarte, ¿es que no me has oído antes? Los demonios...

—¡Suéltame, joder, Elain! Así no puedo hacer nada.

Pataleó hasta lograr que el brujo lo liberase del agarre y cayó sobre un montón de tierra húmeda. Los *fantasgos* seguían moviéndose en torno a él, como si le implorasen algo. Los gritos lo estaban volviendo loco, pero trató de centrarse en la única posibilidad de moverse. Sobre la tierra había una neblina que le impedía dar con la daga por más que tantease. Algo le asió la muñeca y Adrien se puso en pie dando un seco tirón que lo liberó del agarre. Alzó la cabeza y vio la vitrina con la vara en su interior. Corrió con dificultad, cayéndose en repetidas ocasiones al sentir que lo agarraban, y el vaho lo envolvía, igual que la escarcha se había adherido a su pelo. Tomó aire y soltó el puño sobre la vitrina, destrozándola por completo. No prestó atención a la sangre que le chorreaba por el brazo, e introdujo la mano para arrancar la vara de su sitio.

—Joder... —masculló Elain.

Al volverse, sin embargo, Adrien topó con una figura gigantesca. Su piel rojiza estaba descarnada y solo una de las dos astas que un día debió de haber lucido en la cabeza, se mantenía sobre ella. La otra permanecía descolgada junto a un jirón de piel muerta sobre su pecho. La ira brillaba en unos ojos vacíos y Adrien solo pudo alzar la vista para fijarse en Elain, que continuaba asomado a la trampilla del techo. El brujo lanzó un tajo con la espada que le sesgó la cabeza al demonio, aunque algo le decía a Adrien que aquello solo le haría ganar unos pocos segundos. Y deberían ser suficientes. Corrió, empujando el cuerpo de aquel horrible ser y alzó el brazo para que Elain lo agarrase y lo subiera de nuevo. En aquel momento divisaron a la mariposa negra revoloteando alrededor del demonio decapitado.

—Mierda —farfulló Elain—. Hay que salir de aquí.

—Tenemos la vara, no hay problema, ¿no?

—No cantes victoria hasta haber salido. Dámela.

El brujo cogió el preciado objeto y cerró la trampilla, pero los *fantasgos* habían logrado ascender hasta allí en su ingrátida existencia y el frío arreció en el túnel. A Adrien ya le costaba gatear con la mano destrozada, pero estaba resuelto a no ceder en la parte de la misión que podía considerar más sencilla. Habían entrado y habían logrado hacerse con la vara por la que Resryon había arriesgado todo en Luzaria. Solo les quedaba salir de allí. Pensó en June y quiso creer que su hermana estaría a salvo si había podido dar la voz de alarma, pero tampoco podía estar seguro de eso y la duda le generaba un dolor tan intenso como la mano. Los metros finales se convirtieron en una agonía en la que la debilidad solo lo espoléaba para seguir avanzando a pesar de su existencia, y aun así, Elain hubo de tirar de él en el postrero tramo hasta caer ambos en la habitación por la que habían accedido. Sin demora, el brujo lo arrastró hasta el alféizar de la

ventana, donde el avance se tornó toda una temeridad. Adrien temblaba y sangraba a partes iguales, pero Elain no lo soltó pese a los traspiés del muchacho, que le proporcionaban secos tirones que aguantó estoicamente. Los *fantasgos* se adhirieron a la fachada en una persecución implacable, pero el ritmo de Elain era endemoniado y en pocos segundos estuvieron de nuevo con los pies en el firme suelo de una sala en penumbra.

—Hay que salir por una ventana —anunció el brujo—, pero por una cuyo salto no te deje estampado en el suelo.

Adrien asintió, al tiempo que Elain rasgaba un jirón de su capa y envolvía la mano del lúzaros con ella.

—Ahora no —se quejó el muchacho.

—No tardarás en regenerarte, pero ahora mismo te estás desangrando. No pienso devolverle a June el cadáver de su hermano. Me mataría.

Elain esbozó un amago de sonrisa y Adrien trató de responder a él sin estar seguro de haberlo conseguido.

—¿Regenerarme? —logró preguntar.

—Eres un vampiro. Es lo que ocurre con ellos. Vamos.

Retomaron la marcha en un veloz descenso a través de la escalera y durante el mismo, Elain ya acertó a ver la luz que alumbraba la planta baja.

Los *fantasgos* no abandonaron su persecución y continuaron tras sus pasos cuando avanzaron a través de un largo pasillo en busca de una ventana que permitiera un salto factible.

—¿Cuándo dejarán de seguirnos? —quiso saber Adrien.

—Cuando salgamos de La Estela. Son guardianes, por así decirlo.

—Hielan y duelen, pero por lo demás resultan poco intimidatorios, ¿no crees?

Elain lo miró mientras accedía a una de las salas y esquivaba a otros *fantasgos* que se unieron, despacio, a la persecución.

—No necesitan gran cosa en La Estela. Nadie estaría lo suficientemente loco como para colarse aquí.

Sonrió de nuevo y esta vez Adrien sí estuvo seguro de que no le había devuelto el gesto cómplice. ¿Cómo hacerlo si ellos mismos estaban allí? ¿Cómo de sensato podía resultar eso? Ni un ápice, probablemente, pero no estaba allí con la sensatez como bandera, convino.

Elain se asomó a la ventana y valoró la caída desde allí. La altura no era excesiva aunque aún podía seguir considerándose temeraria; sin embargo, las opciones se acababan y mucho se temía que June no hubiera podido abandonar el lugar si quien quisiera que fuese la visita inesperada, no se había marchado aún de allí.

—¿Te atreves? —preguntó Elain.

—¿A saltar? —Adrien resopló. Aún tenía escarcha en pelo y un sudor frío le perlaba el rostro. Temblaba y seguía sangrando hasta el punto de marearse—. Sí, claro.

Elain le dedicó una larga mirada.

—¿Haces todo esto por él? Es bastante loco.

—Se lo debo.

—No creo que él te cobrase nada así.

Adrien sonrió débilmente.

—Joder, me encantaría poder sacarte ahora mismo un montón de información sobre él, pero no es el sitio ni el momento, ¿no?

—No, no lo es, pero te prometo que si llegas hasta ahí abajo y consigues mantenerte oculto y a salvo hasta que me asegure de que tu hermana está fuera y bien, te contaré lo que quieras.

—¿Te has enamorado de June?

La pregunta le brotó sola de los labios. No sabía si la pérdida de sangre pudiera deshinibirlo de alguna manera; nunca había perdido tanta, aunque en los últimos días hubiera tentado a la suerte en demasía, pero prefirió no darle importancia a la cuestión cuando Elain guardó silencio.

—Hay que saltar, Adrien. ¿Podrás llevar la vara contigo?

El muchacho asintió y se preparó para ello al tiempo que recogía la reliquia.

—Trata de impulsarte hasta las copas de los árboles. Si consigues llegar, refrenarán la caída.

—Vale.

Se dispuso a hacerlo y Elain colocó la mano sobre su pecho, deteniéndolo.

—¿De veras crees que puedes?

—Sí, puedo hacerlo.

Hubo de confesarse a sí mismo que la hazaña le exigiría un último esfuerzo del que estaba dispuesto a hacer acopio. Resopló de nuevo, tragó saliva y visualizó el rostro de Resryon. Estaba más cerca que nunca de la locura de sacarlo de Akiteria. No podía dudar ahora. Y no dudó. El impulso fue considerable y aunque la caída le arrancó toda la determinación, fue capaz de agarrarse a las ramas de los frondosos árboles que engullían La Estela. Aquello apenas logró frenarlo un poco y siguió cayendo hasta que su cuerpo dio de bruces contra el suelo. La tierra era dura y se sintió dolorido. Recuperó la capacidad de respirar y se solicitó una tregua, tendido en el suelo y observando las verdes hojas que ejercían de techo, eclipsando parcialmente un cielo negro y sin estrellas.

0

Elain regresó sobre sus pasos hasta la escalera y observó la sala principal que le quedaba a la vista desde allí. No tardó en discernir las conocidas figuras de Vanora y Anouk, hablando cerca de la chimenea, donde la primera de ellas azuzaba un vivo fuego, mientras June permanecía oculta tras el sillón.

Elain supo enseguida que si no las distraía desde fuera, ella no podría ni moverse de allí, de modo que le hizo un gesto a la lúzara y, tras haberse asegurado de que seguía en el interior de La Estela, buscó una sala a través de cuya ventana descolgarse. Los *fantasgos* aún lo seguían y por fortuna, pudo sumarlos de nuevo a la persecución sin que hubiesen llegado a alertar a los que estaban abajo, algo que habría hecho saber a Anouk y a Vanora que había problemas. Al brujo no le quedó más remedio que regresar a la misma sala desde la que Adrien había saltado, puesto que todas las demás estaban cerradas a cal y canto. Hubiera preferido otra que no expusiera al muchacho cuando Vanora y Anouk salieran, pero no había elección posible y a aquellas alturas, Elain ya tenía perfectamente claro que lamentarse no servía de nada y que había de limitarse a buscar alternativas.

Apenas se lo pensó y saltó con pocos problemas doblando las piernas en el suelo al impactar contra este. Observó el entorno y fue incapaz de ver a Adrien. Sabía que el muchacho estaba muy débil, pero quiso pensar que las fuerzas le habían dado para alejarse de allí. Cogió una piedra y la proyectó contra el cristal de una de las ventanas, que saltó hecho añicos. Por primera vez en años

se sintió como un crío llevando a cabo una travesura y corrió, rodeando la fachada hasta alcanzar la ventana cuyos barrotes fluctuarían para permitir la huida de June. Por suerte, una vez fuera del edificio, los *fantasgos* habían dejado de perseguirlo, pero había robado la Vara de Paxia y si se acercaba demasiado, los que vagaban en la planta baja empezarían a buscarlo.

Las figuras de Vanora y Anouk no tardaron en salir, buscando el origen de lo sucedido. Aquello parecía algún tipo de travesura, pero ambas mujeres sabían que nadie sería lo suficientemente incauto como para acercarse hasta allí de forma intencionada, de modo que dieron por sentado que el incidente podía quedar impune si se trataba de la consecuencia ocasionada por niños despistados.

Para cuando regresaron, June ya había abandonado la casa a través de la ventana y con la ayuda de Elain. Sin embargo, el brujo se había acercado demasiado y los *fantasgos* atravesaron el muro hasta detenerse junto al edificio. Anouk y Vanora fueron conscientes de ello y supieron que no se trataba de una simple travesura o de un involuntario incidente. Habían estado en el interior de La Estela y Elain supo que no tardarían más de unos pocos minutos en averiguar que la vara había desaparecido.

Ni al brujo ni a la lúzara les costó dar con Adrien, que se había refugiado contra el gigantesco tronco de algún árbol milenario. Apoyado en ambos, dieron inicio a la carrera y se adentraron en la espesura del bosque que circundaba Ántico, cuyas luces se vislumbraban en la lejanía





21 Hermanos de acero

Habían logrado alejarse una distancia considerable y Adrien ya no pudo más. No era el lugar más seguro, pero internarse entre las calles de la ciudad aún auguraba mucho más peligro. Elain era de sobra conocido allí y el aspecto de Adrien raramente pasaría inadvertido. Tampoco costaría demasiado darse cuenta de que June era una humana y, conocido que el Muro había sido sellado, su presencia allí resultaría también inquietante. El estado del lúzaró hacía necesaria una cama, descanso y cuidados, pero a medida que avanzaban en toda aquella sinrazón, las necesidades empezaban a convertirse en lujos que escaseaban.

Elain había logrado contener la hemorragia de Adrien con brujería y los sudores habían remitido ligeramente, pero la sangre perdida lo había debilitado en exceso. June no había logrado reprimir las lágrimas y ahora, la cabeza de su hermano se sostenía sobre su hombro mientras esperaban e ideaban el modo de entrar en el Áleon. Hacerlo en La Estela no había resultado tarea sencilla o al menos, el precio había sido considerable, pero el hogar de la emperatriz resultaría aún mucho más inaccesible y los recursos mágicos quedarían al margen si no deseaban ser descubiertos. Con la presencia de los mercaderes envolviendo la muralla perimetral, además, la discreción se tornaba aún más complicada.

—No puedo creer que hayamos salido con vida de allí —murmuró June, con la mejilla apoyada sobre la cabeza de su hermano, que permanecía despierto.

—Elain sabe lo que se hace —respondió él con un hilo de voz.

—No estés tan seguro de eso —sentenció el interpelado.

—Esas dos —volvió a decir June—, Anouk y Vanora, hablaban de Eugenne. Parece que la emperatriz va a apresarlos.

—Una escoria menos.

June apartó la mirada y tardó en responder.

—Le ha entregado los cuatro *arkanais* a la emperatriz —anunció.

Adrien se irguió y la miró.

—¿Se los ha entregado? ¿De parte de quién está el vampiro?

—De Liatli Hassul, por supuesto. Los ejércitos del Príncipe fueron determinantes en la caída de Antico bajo el dominio de esa zorra.

—Tengo entendido que Res necesita las trece monedas —apuntó Adrien.

—Así es. No será fácil conseguirlas. Pero si esa mujer tiene unas cuantas, matarla resultará aún más provechoso de lo esperado.

—Hablas como si fuera fácil —espetó June, molesta.

—Y tú hablas como si solo pudiera limitarme a hacer cosas fáciles. Hablamos de recuperar un imperio entero y sacar a su emperador de una cárcel imposible. Nada de eso es fácil.

—Creo que si ayudamos a Eugenne, podría sernos de utilidad. No confía en Liatli por completo.

June se había armado de valor para soltar la frase. No era un misterio para ella la acritud existente entre Elain y Eugenne, pero estaba segura de que el príncipe de Estyria no conocía las auténticas intenciones de Liatli Hassul y si acababa por hacerlo, contar con él sería una baza a tener en cuenta. Más allá de eso, había otros aspectos que no podía obviar: Eugenne había salvado la vida de su hermano y a ella misma en su encuentro con Caronte. Los besos no tenían nada que ver en la imposibilidad de abandonarlo a su suerte. O de eso trató de convencerse June.

Elain se puso en pie de mala gana.

—Ayúdalo tú si quieres. Mi único objetivo dentro del Áleon se llama Ottana Vakko. Y ya estamos perdiendo demasiado tiempo.

—¡Espera!

Adrien se incorporó con dificultad y caminó hasta alcanzar a Elain, que permanecía inmóvil algo más apartado.

—Mi hermano está herido, ¿no puedes aguardar un poco más? —solicitó June.

—Tu hermano no tiene por qué entrar. Lo que queda por hacer es cosa mía.

—Quiero entrar —respondió Adrien sin titubeos—. Estoy bien. Estoy perfectamente. —Mostró el brazo y la herida se había cerrado por completo—. Vampiros —añadió sonriendo—. Y digo más: si alguien lo va a tener jodido para entrar ese eres tú. Te conoce todo el mundo, según dices.

Elain entrecerró los ojos y se apoyó en la Vara de Paxia.

—¿Y qué pretendes, entrar tu solo?

—Es la idea.

—Adrien, estás completamente chiflado —espetó June, plantándose ante él en dos zancadas—. No puedes hacer eso. No conoces el castillo, no sabrás moverte en él.

—Entonces que él me dé indicaciones.

Hubo un silencioso cruce de miradas que delataba los pensamientos de cada uno. Elain sabía que aquello era una locura y que June tenía razón en que el lúzaró no conocía la distribución del castillo y no sabría moverse con soltura en su interior. Pero tampoco era menos cierto que Adrien le había dicho la verdad: a él no le resultaría sencillo entrar sin que lo reconocieran, y eso supondría una captura inmediata y una siguiente ejecución. ¿De qué habría servido todo, entonces?

Los ojos violáceos de Adrien solo delataban la impaciencia por una respuesta del brujo; una respuesta que le permitiera entrar en el hogar de Resryon y poner a salvo a la hermana de este para poder seguir buscándolo antes de que fuera demasiado tarde.

June intercalaba miradas entre Elain y Adrien, deseando que el primero de ellos impusiera una cordura que no permitiera a su hermano pasearse por la fortaleza imperial; menos aún en las cárceles.

Por fin, Elain dio media vuelta y empezó a caminar mientras hablaba:

—Las cárceles están en el subterráneo del Áleon. —Adrien aceleró el paso para darle alcance mientras June bufaba tras ellos—. Quienes tienen acceso a las prisiones son los propios reos, la servidumbre que se encarga de alimentarlos... o algo parecido, y los soldados.

—¿Y si me hago pasar por un ladrón?

—¡No! —bramó June—. ¡Te ahorcarán!

—¿Por robar? —La pregunta se la dirigió Adrien a Elain, que trataba de ignorar a la hermana del muchacho y sus continuas reticencias por llevar a cabo aquella parte del plan.

El brujo se detuvo y suspiró profundamente.

—No lo sé. Liatli Hassul es rara y retorcida, pero busca congraciarse con todos, que la vean como la salvadora. ¿Por qué creéis que no ha dado inicio a guerra alguna o a conquistas? Eso es

lo que le recriminaban a la familia de Res.

—¿Y no es cierto?

Adrien se volvió y miró a su hermana después de la pregunta que había brotado de los labios de esta.

—Sí, lo es —confirmó Elain—. La Vakko fue una dinastía de conquistas y anexiones.

—¿Y si Liatli Hassul trae paz?

—¿Estás hablando en serio, June? —espetó su hermano, molesto—. ¿Justificarías los actos de alguien que antes hubiera matado a papá, mamá y a mí mismo para alcanzarlos?

—Si fijas el punto de vista en Resryon Vakko, por supuesto que no hay discusión. Pero si lo fijas en una familia cualquiera en una *terra* devastada por la Áurea y anexionada por la fuerza, tal vez vieras las cosas de otro modo.

Adrien se volvió de nuevo y mantuvo la atención presa en Elain.

—Yo entraré. Fingiré ser un ladrón y si me...

—¿Es que no me estas oyendo?

June dio dos pasos y lo agarró del brazo, pero Adrien se zafó con brusquedad.

—No he llegado hasta aquí para largarme ahora. Asumiré todos los jodidos riesgos que sea necesario y no te estoy pidiendo permiso, June, porque no lo necesito. Eres tú la que no debería estar aquí.

—¡Vine porque estaba preocupada por ti!

—Viniste porque el vampiro te lo exigió para poder quitarme los *arkanais* que ahora tiene esa asesina de mierda. No te entrometas más.

El muchacho comenzó a caminar rebasando a Elain, que le dedicó una larga mirada a June.

—No le permitas hacer locuras —le pidió ella.

—Tu hermano es mayor para decidir por él mismo. Y nadie que pretenda sacar a otro alguien de Akiteria lo hará sin cometer locuras.

—Estás enfadado porque he hablado de ayudar a Eugene y tú lo odias. Por eso vas a dejar que mi hermano se arriesgue.

—Por mí, puedes hacer lo que te venga en gana por el vampiro. A mí no me debes ninguna explicación. Tu hermano estaba aquí, dispuesto a todo mucho antes de encontrarse conmigo.

Dio media vuelta y su capa negra se sacudió en la oscuridad como una sombra, tras los pasos de Adrien.

—Latigazos —le dijo.

La voz de Elain le hizo aminorar el paso mientras avanzaba a través del laberinto de calles que conformaban el núcleo central de Ántico, una vez hubieron dejado atrás el bosque. El brujo lo agarró del brazo y lo hizo torcer hacia la derecha, pues Adrien no tenía ni la más remota idea de cómo llegar hasta la fortaleza imperial. En ese momento, lo único que necesitaba era apartarse de June, que los seguía mucho más rezagada y molesta.

—No creo que Liatli Hassul mande a nadie a la horca por un robo, pero sí le regalará unos cuantos latigazos ejemplarizantes.

—Eso puedo soportarlo —respondió Adrien—. Luego me regeneraré, ¿no?

—No son ninguna tontería.

—Ya lo sé.

—Él no querría esto —intervino June—. Si realmente es el chico que dibujas, no desearía nada de esto. Aunque no tienes mucho ojo con los tíos, hay que admitirlo.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Adrien, ignorando a su hermana.

—Hay una galería de túneles subterráneos que llegan hasta la cárceles sin acceder a ellas. Si

te haces pasar por un ladrón no podrías llevar la Vara hasta allí, pero yo sí a través de los túneles.

—¿Por qué hay túneles que llegan hasta allí sin acceder? —quiso saber Adrien

—Ascya los recorría cuando era una niña. La hermana mayor de Res. —Elain sonrió, como si evocase una historia divertida y nostálgica a la vez—. Se embadurnaba la cara, llegaba hasta el acceso a las prisiones y les daba comida a los generales y soldados capturados durante las batallas por las anexiones. Se hacía pasar por una cría de las cocinas que admiraba la determinación y el arrojo de todo soldado. Puede parecer una idiotez, pero no imaginarías la cantidad de información que Ascya pudo conseguir así para transmitírsela luego a su padre y a los generales de la Áurea, la Argentum y la Aes. Con el tiempo y los tratados dejó de hacerlo, pero los túneles siguen ahí. O al menos seguían hace cinco años.

—¿Y por qué entonces no nos limitamos a colarnos por ahí? —preguntó June—. No hace falta que capturen a nadie.

—Porque tengo contactos dentro y sé que Ottana no está en la misma celda, sino en una contigua. Liatli proclama la igualdad del pueblo y los gobernantes, pero no es idiota y meterla en la misma celda que el resto la expondría. Necesitamos a alguien en medio.

—El contacto del que hablas... —trató de reponer June.

—Nadie dentro del Áleon se expondrá —la interrumpió Elain—. Si hay esperanza, está fuera.

—Entraré yo —sentenció Adrien.

0

El griterío centró en él todas las miradas y no le sorprendió lo más mínimo. Dos regios soldados arrastraban a Adrien desde los brazos tras haberlo «sorprendido» robando un par de pulseras de una de las paradas más cercanas a la entrada del castillo. Elain observaba el barullo algo más apartado y June ni siquiera se atrevía a mirar. La hermana del muchacho permanecía al otro lado del recodo de un angosto callejón, que conducía hasta la parte posterior del Áleon, allí donde el propio Elain se había reunido con un miembro del Consejo de Nix en secreto hacía solo un par de noches.

Adrien ni siquiera sentía la circulación sanguínea a través de sus brazos, y se preguntó si se lo debería a su condición de vampiro o si acaso aquellos brutos apretaban tanto que impedían que la sangre fluyera normalmente por sus venas.

La atención sobre él se redujo considerablemente una vez atravesaron las murallas de acceso a la fortaleza. Solo unos pocos soldados y otras tantas personas, que habían de pertenecer al servicio de la emperatriz, repararon en él mientras lo arrastraban hasta el interior de unos arcos de piedra que discurrían envolviendo el perímetro de la enorme construcción. Siguieron el sendero bajo el amparo de aquellas longevas piedras negras que se cernían sobre su cabeza y donde las sombras producidas por las teas, bailaban en una danza salvaje y furiosa.

En el endiablado avance, Adrien acertó a ver a un grupo de muchachos y muchachas de corta edad mirándolo. Vestían el mismo uniforme y el lúzaró estuvo seguro de que se trataba de los jóvenes pertenecientes a la Praes, la legión de formación. Ninguno parecía excesivamente alarmado mientras masticaban algo, sentados cerca de una alberca que había junto a unos edificios largos y bajos.

Los soldados que lo habían apresado aún siguieron arrastrándolo hasta alcanzar una especie de patio cerrado con varios postes clavados en forma rectangular, uno junto a otro. Adrien

mantuvo el tipo cuando le arrancaron la camisa y lo maniataron a uno de los palos. Tal y como Elain había predicho, la particular justicia de Liatli Hassul no le escatimaría unos cuantos latigazos para inculcarle la lección.

El muchacho resopló y movió los dedos con nerviosismo al tiempo que tatuaba la imagen de Resryon en su mente. ¿Qué serían para el noctis unos cuantos latigazos? A él mismo no deberían suponerle mayor problema; dolerían en aquel momento, por supuesto que sí, pero en poco tiempo se habría regenerado y no quedaría ni rastro de los golpes.

Los soldados no habían abierto la boca en ningún momento y así continuó siendo cuando el correctivo dio inicio. El primer latigazo lo dejó sin respiración, tensando todos y cada uno de los músculos de su cuerpo y borrando la imagen de Res, como si así lo alejase de cualquier posibilidad de sentir aquel dolor lacerante. El segundo golpe de la fusta lo hizo encogerse, abrazarse al poste en una apariencia salvadora que no le serviría de nada. El tercero le arrancó las lágrimas y los gritos. Lloró, como el niño débil que siempre había detestado ser y suplicó que parasen.

Cuando lo desataron había perdido la cuenta de los latigazos sufridos y casi le hizo sentir miedo el océano de sensaciones que no le atenazaban. El dolor se había tornado una nada difícil de explicar que le había secado el llanto. Pero a pesar de que todo había terminado ya, las piernas no le respondían y se lo llevaron de nuevo a rastras escaleras abajo. La vista se le nublaba por momentos y cada sonido que escuchaba parecía tener origen muy lejos de allí.

No era la primera vez que alguien lo golpeaba y, sin embargo, lo que había vivido en el instituto le pareció un juego de niños en aquel momento. Lo dejaron tendido en el frío y húmedo suelo de algún sitio que debían de ser las cárceles y en aquel momento, ni siquiera eso podía

celebrar. Tampoco estaba seguro por completo de su ubicación, pues no conseguía alzar la cabeza ni, mucho menos, enfocar la visión.

0

Elain se había despojado de la capa oscura que llevaba y la había hecho un guñapo en la parte posterior de la muralla que envolvía el Áleon. Ese lado colindaba con un oscuro callejón sin vigilancia, por el que, sin embargo, nadie se atrevería a entrar. Afiladas púas protegían su cima y a través de ellas, brillaba una luz fluctuante que debía de tratarse de algún tipo de magia oscura acentuando su protección.

June sostenía la vara mientras Elain se detuvo en su particular escalada para allanarse la entrada. Sus manos humeantes separaron las púas abriendo un angosto acceso por el que debería descolgarse. A la lúzara no le pasaron inadvertidas las quemaduras que había en las manos del brujo. Desde arriba y sin quejarse lo más mínimo, extendió el brazo y June le hizo llegar la vara.

—¿Podrás sacar a mi hermano?

—Es la idea.

—No, la idea es hacerle llegar la vara a Ottana.

Elain miró a June largamente.

—No voy a abandonar a Adrien ahí dentro.

June asintió de manera apenas perceptible. Quería confiar en Elain, pero en aquel momento y en aquella situación, no podía hacerlo en nadie.

—¿Cómo podría ayudaros? —preguntó.

—Mantente a salvo —respondió Elain.

Se dejó caer al otro lado y June bufó, llegando a propinarle una patada al muro.

Elain ni siquiera había llegado a moverse cuando la hoja de una daga le lamió la espalda, generándole un corte fino y sangrante.

—¿Recuerdas que Res solía decirte que te faltaban ojos en el culo?

Se volvió, despacio, para topar con la mirada azul de Anven.

—Sí, todos adolecemos de algo.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí y... con la Vara de Paxia?

La voz de la joven bruja menguó hasta convertirse en un susurro tan incrédulo como su propio rostro, observando aquella vara legendaria que llevaba años sin ver. Anven volvió a mirarlo, esperando una respuesta que no llegaba.

—No puedo contártelo —admitió Elain.

—¿Quieres hacérsela llegar a Ottana?

—Alláname el camino.

Anven esbozó una sonrisa incrédula.

—Elain, eres tan patético... Me pregunto cómo cojones lograrías entrar en la Áurea. ¿Acaso ser amigo de Resryon te... allanó el camino? —inquirió, dando forma a las mismas palabras que él había utilizado.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos en un campo de batalla, es mezquino que digas eso.

—El Elain que luchaba codo con codo conmigo, no me habría pedido que le allanase el camino a ninguna parte.

—Ese Elain tampoco te habría roto el cuello jamás y es precisamente lo que trato de evitar.

—Inténtalo —lo desafió ella.

—No tengo tiempo para esto. ¿Qué crees que diría Resryon si te viera impedirme proteger a su hermana?

—Su hermana me trae sin cuidado; él lo sabía, y ahora tú también. Res está muerto y ya no...

—Espero que la confianza que te hayas ganado de la zorra que hoy pone el culo en su trono sea la suficiente para que no quiera sonsacarte cosas, Anven, porque si yo adolezco de no cuidar mi espaldas, tú siempre has llevado muy mal las torturas.

Anven alzó el mentón y trató de mostrar una seguridad que no sentía, porque Elain estaba en lo cierto. La Áurea contaba sus batallas por victorias, pero no todas habían resultado sencillas; era más, rara vez alguna había sido fácil. El escuadrón Augis de la Áurea, una brillante generación de jovencísimos soldados con el propio Resryon al frente, había sido capturada en la *terra* nigromante de Vieros, donde fueron sometidos a las más absolutas atrocidades. Sobrevivieron, gracias a la llegada de un nuevo escuadrón áureo, pero las torturas sufridas habían marcado a Anven más que a ningún otro miembro de aquella generación de oro, sacándole información, así como la nueva emperatriz le había arrancado el juramento de lealtad.

—Me he ganado su confianza, sí —confesó, con los ojos brillantes. No lloraría, esa era una de las primeras lecciones que impartían las Praes. En ellas los niños llegaban a llorar tanto que se secaban o esa era la leyenda que perseguía a las legiones de formación.

—Pues devuélvesela a tu emperador, Anven Drokoriah. Resryon está vivo y al confesarte esto, pongo su vida en tus manos. Pero no me queda otra opción. Un día los tres fuimos hermanos. Confío en que eso te pueda más que el puto juramento que le hayas hecho a Hassul.

—Estás mintiendo —respondió ella, tras un largo silencio cargado de incredulidad.

—No, no estoy mintiendo. Si no dejas a Ottana protegida, no podré ir a buscarlo.

Anven avanzó unos pocos pasos y agarró a Elain de la camisa.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—En Akiteria.

Igual que había avanzado, la joven reculó, negando con la cabeza.

—Entonces está muerto.

—Cualquiera lo estaría, pero hablamos de Resryon Vakko. Acepto que hayas perdido la fe en mí, pero no la pierdas en él. Le debes demasiado.

Anven bajó la mirada y su rostro desconcertado aún se mantuvo durante unos segundos más.

—No puedes entrar al Áleon con la Vara de Paxia, pasearte tranquilamente por él y entregársela a Ottana.

—Gracias, Anven. Acabas de arruinar mi brillante plan —respondió Elain con ironía—. Pensaba llegar hasta los túneles. Hay alguien en las cárceles a quien se la haré llegar para que se la entregue a ella. Pero necesito que lo cubras ahí dentro.

—¿A quién?

—Un chico, ha entrado hoy por robar en el mercado.

—¿Un vulgar ladrón?

—No, esa fue la forma de entrar. Es un dryadalis. Conoce a Res.

—Eso no es posible.

—Anven, hay una historia muy larga que se resume en que fui yo quien se encargó de extender el rumor sobre su muerte a petición suya. El resto te lo contaré más adelante si salimos con vida de aquí para sacarlo de Akiteria. No puedo perder más tiempo.

La bruja lo miró largamente.

—Creí que tú...

Elain dio un paso adelante y la abrazó, sintiendo al instante los brazos de Anven en torno a su cintura. Captó la desesperación en ellos y supo que para la joven no había sido fácil tomar aquel camino.

—Creíste que le había fallado, pero no es así. Vivimos en Liverna cinco años; yo lo protegí y él me protegió, como siempre fue. Y un día salimos de allí.

Anven se separó del abrazo consolador de Elain.

—Te cubro hasta el acceso a los túneles —anunció, con la voz aún rota—. Después buscaré a ese chico.

—No permitas que le pase nada, por favor. Algo me dice que Res no lo tomaría nada bien.

—¿Otro príncipe domarnés?

Elain sonrió.

—No lo sé. Espero que no salga tan rana.

Anven sonrió de manera discreta, pues el nerviosismo se había instalado en su pecho, estrujándolo.



22 Reencuentro con la sangre

June no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados; qué poco la conocía Elain si acaso creía eso. No tenía ni la más remota idea de cómo sortearía el acero y la magia que protegían el muro en la parte superior del mismo, allá por donde el propio Elain había cruzado hasta el otro lado, pero encontraría la manera. Tan resuelta a lograrlo iba que ni siquiera reparó en la presencia de la figura que tiró de ella, obligándola a bajar de forma brusca. June sintió que todos sus músculos se tensaban y lo único que acertó a hacer fue lanzar un puñetazo que dio de lleno en el rostro de aquel que había tratado de retenerla. No podía creerlo. ¿Un regio soldado de la Timoria, aturdido por el golpe de una chica humana? Trató de correr, pero la mano que antes la había hecho bajar, la asió, impidiéndole la huida.

—¡June! —gritó una voz, inmovilizando todo su cuerpo.

La capucha cayó hacia atrás, dejando al descubierto el rostro de Eugenne, cuyo labio sangraba de manera notable.

—¡Tú! —exclamó June, incrédula.

—Yo. —Eugenne volvió a colocarse la capucha y tiró de la joven, alejándola de allí—. Y tú en tu línea de meterte en líos. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No, ¿qué estás haciendo tú? Creí que te habrían apresado.

El vampiro se detuvo y la miró con el ceño fruncido. La sempiterna oscuridad de Noctia lograba un efecto inquietante y al mismo tiempo, excitante sobre él.

—¿Ibas a rescatarme? —preguntó con sorna.

—No, bueno, yo...

—¿Cómo sabes tú eso?

—Escuché una conversación... entre Vanora y Anouk.

Mil preguntas asaltaron al vampiro en aquel momento, pero de entre todas ellas, acabó concediéndole prioridad a la que debía aclararle por qué él mismo había terminado metido en un lío de aquel calado.

—Liatli ordenó mi detención como bien dices. ¿Y sabes por qué, June?

Eugenne empezó a tirar de ella, alejándola de las miradas indiscretas que empezaban a envolverlos como una maraña inquietante.

—¿Y cómo iba a saberlo?

—Bien, déjame que te lo explique. Liatli supo que había alguien hospedándose en mi mansión en Ántico, pero ¿sabes qué? Que como hago muchas otra veces, en esta ocasión yo me alojaba en el Áleon. Quien ocupaba mi casa era un vampiro acompañado de Elain Debris y una chica, así que la emperatriz ató cabos: si ese malnacido traidor estaba en mi casa junto a uno de los míos —añadió, dibujando unas comillas con sus manos—, yo debía tener algo que ver, así que dio orden de capturarme y puso precio a mi cabeza.

June tragó saliva, azorada por la parte de culpa que ella misma podía tener en la difícil

situación de Eugenne. Sin embargo, la joven luzara no se dejó amedrentar.

—Esto no habría pasado si no nos hubieras abandonado a mi hermano y a mí. Nos dejaste tirados en esa aldea infecta en mitad de ninguna parte. Llegamos hasta aquí y no supe... adónde acudir.

—No os dejé tirados. Yo... Morder a tu hermano con la cantidad de veneno nigromante que había en su sangre hubiera podido matarme. Solo quería estar lejos de vosotros... de ti.

—Pero no volviste, Eugenne.

—No, no volví, tienes razón.

El vampiro bajó la cabeza, avergonzado e incapaz de ofrecerle una explicación a la joven. Tal vez sí los hubiera dejado tirados, después de todo.

—Creí que la emperatriz era tu aliada —añadió June unos segundos después—, pero si se enteró de quién había en tu casa es porque te vigilaba, ¿no?

—Ella me vigilaba a mí y yo, a ella. Nunca confiamos del todo en el otro, pero aún no he visto nada que me haga pensar que Liatli no es de fiar.

—¿Y entonces por qué la vigilabas? ¿Por qué quisiste que espíase a los brujos en su día?

—Porque se arriesgó mucho por ocupar el trono y debíamos cerciorarnos de si no quería lo mismo que Vakkó. Ambición, conquistas, sangre... De ser así, no le habríamos puesto las cosas fáciles.

Guardaron silencio durante unos segundos. June no podía rebatirle nada de aquello porque ella misma le había expuesto esa idea a su hermano. Adrien defendería a Resryon a toda costa porque se había enamorado de él y, a aquellas alturas, June ya conocía de la entrega de su hermano en aquella situación, pero ¿y si Liatli Hassul no era tan mala como la habían pintado? ¿Y si era ella quien acababa entregándole a Noctia esa paz por la que clamaba?

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó June.

Eugenne observó el entorno. Se habían alejado del Áleon y con el avance del día, la actividad había decrecido considerablemente entre sus calles.

—Por lo pronto, alejarme de Liatli y no volver hasta que pueda concederle una certeza de que estoy de su parte.

June asintió.

—¿Dónde está tu hermano?

—No lo sé —mintió la joven—. Pero... si te ayudo, ¿me prometes que volveremos a Luzaria sanos y salvos?

—Si no sabes dónde está él...

—Mi hermano está bien. O eso creo.

—¿Por qué estabas con Elain Debris? ¿Están juntos?

—Yo... topé con él y necesitaba ayuda con la sed de Adrien. Nos... Elain cazó y... después se fue. Puede que mi hermano se haya marchado con él; no sé dónde están.

—Ibas a entrar en el Áleon.

—Por ti, ya te lo he dicho. Pensé que estabas ahí. Puede que fuera una idiotez, pero... no sé, solo pensé eso... que estabas ahí.

Eugenne la miró y asintió. June deseaba confiar en él y entregarle, de algún modo, un arma que sirviera para garantizar la seguridad de Adrien, pero todo en torno al vampiro era un terreno pantanoso que le aterraba pisar. Si erraba podía pagarlo muy caro. Si acertaba y perjudicaba a Resryon, podía perder a su hermano para siempre. Por lo pronto, lo que necesitaba era ganar algo de tiempo y alejar a Eugenne de la incursión de Elain y Adrien.

Cuando abrió los ojos se encontró tendido en un suelo frío y húmedo. Para su sorpresa, sin embargo, fue capaz de sentarse. La espalda le dolía, pero estaba seguro de que la regeneración vampírica había dado inicio ya, escatimándole buena parte del sufrimiento esperado. Paseó la mirada a través de la enorme celda en la que se encontraba y reparó en dos mujeres que tomaban asiento en el mismo suelo que él, acurrucadas muy juntas una de la otra, y el pequeño cuerpo de un niño dormitando contra el pecho de la primera. Ninguna podía ser la hermana de Resryon. De modo que se giró y entonces la vio en una celda de diminutas dimensiones ubicada justo al lado de aquella que él ocupaba. La muchacha joven permanecía sentada junto a los barrotes con la mirada perdida en la nada. Su largo cabello rubio se encrespaba en una maraña enredada y sucia, mientras que en su bonita cara se abrían heridas y arañazos que no le restaban un ápice de hermosura, pese a su aspecto. La joven lo miró con desconfianza y se arrebujó aún más entre sus ropajes.

Adrien no quería llamar la atención allí dentro, pero se puso en pie, tratando de localizar el acceso a través del cual Elain podría hacerle llegar la Vara de Paxia. Por otra parte y, siendo esta una preciada reliquia, se preguntó si acaso los otros presos no tratarían de hacerse con ella y, en caso afirmativo, cómo podría evitarlo. Caminó despacio a través de la celda y se acercó hasta la pensativa muchacha, agachándose ante ella. Si extendía el brazo podía llegar a tocarla, pero no lo haría.

—Hola. ¿Eres Ottana?

La chiquilla lo miró con los ojos como platos. Había estado segura de que nadie la había reconocido, pero aquel extraño al que los guardias habían traído hacía pocos minutos, sí parecía tener claro quién era ella y eso no auguraba nada bueno. La joven tragó saliva y no se atrevió a abrir la boca, pero a Adrien ya no le cupo duda al escrutar claramente y de frente las facciones de la muchacha.

—No voy a hacerte daño —murmuró—. Estoy aquí para ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Conozco a tu hermano.

Las facciones dulces de la joven se endurecieron con aquella confesión.

—Mi hermano está muerto.

—No lo está, Ottana —susurró Adrien—. Ignoro todo lo que ha pasado, pero Res estuvo en mi casa, en Luzaria. Buscaba la Vara de Paxia para hacértela llegar.

—¿Qué clase de broma es esta? —masculló ella con los dientes apretados.

—Te estoy diciendo la verdad. Elain Debcris está conmigo. Él me hará llegar la vara para que pueda entregártela. Por eso estoy aquí.

De manera inconsciente, la mirada de Ottana se fijó en el *Uilmel* que Adrien llevaba tatuado en el antebrazo. No había forma alguna de que la joven supiera que aquello se lo había grabado el propio Res, pero aun así, a Adrien le sorprendió el modo en el que la chiquilla miraba la marca.

El lúzaró se puso en pie al escuchar una especie de siseo que llegaba desde el otro lado de la celda. Se incorporó, y ya no le importaba si estaba o no llamando la atención de los demás. Había llegado demasiado lejos; estaba hablando con la hermana de Resryon, sangre de su sangre y lo único que necesitaba era entregarle aquella dichosa vara para que su vida dejase de correr peligro.

Tanteó la pared y se apartó cuando una de las sólidas rocas que la conformaban empezó a

moverse hasta abrir una apertura que lo dejó frente a los ojos oscuro de Elain.

—¿Estás bien? —le preguntó el brujo.

Adrien sonrió, aunque el hecho de que estuviera despojado de su camisa hacía evidente que ya había recibido el pertinente correctivo.

—Estoy bien. Está aquí. Vamos, dámela.

Los ojos de Elain trataron de comprobar quién más había en la celda antes de entregarle la vara.

—Ten cuidado. Alguien podría quererla.

—No le servirá a nadie, ¿no? Es decir, la única que ha llevado a cabo el rito para hacerse con su protección es Ottana.

—Un rito —repitió Elain—. Veintiún días de divina disciplina para hacerse con una poderosa protección. Es algo muy goloso, ¿no te parece?

—Creí que solo le servía a la emperatriz o emperador.

—A la emperatriz o al emperador. O a cualquier que lleve a cabo el rito. No lo sabemos, Adrien. Nadie más ha hecho nunca uso de ella, pero estoy seguro de que a más de uno le gustaría probarla.

—¡Elain!

La exclamación de Ottana al otro lado de las prisiones interrumpió la conversación mientras el brujo deslizaba la vara a través de la angosta apertura, entregándosela a Adrien.

—Hola, Otty. Vamos a sacarte de ahí, pero por lo pronto, esto es tuyo.

Ottana la miró, embelesada y, por un momento fue incapaz de tocarla, siquiera, cuando Adrien se acercó con ella en la mano.

—¿Acaso es cierto que...?

La voz se le quebró al tratar de formular aquella pregunta para la que, ni siquiera, encontraba palabras.

—Lo es —confirmó Elain.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque nadie podía saberlo, Otty. Había mucho en juego y tu hermano me pidió que guardase silencio. Mi lealtad hacia él es absoluta y lo sabes. Adrien es el hermano de June, ¿la recuerdas?

—¿Cómo olvidarla? —preguntó ella, con una sonrisa—. ¿Está aquí también?

—June se ha quedado fuera —respondió Elain—. Está bien.

El mensaje también iba destinado a Adrien, que no pudo disimular su inquietud por la discusión que lo había separado de su hermana.

—¿Y Res? —preguntó Ottana, inquieta—. ¿Dónde está?

—Creo que deberíamos dejar esta charla para más adelante.

Adrien interrumpió la conversación cuando el hombre que había afilado la daga casi con devoción se acercó hasta ellos con los ojos clavados en la vara.

—Mierda —masculló Elain—. La vara te protege, Ottana, pero tú tienes que salir de ahí.

El hombre no disimuló sus intenciones y fue directo a por Ottana, pero Adrien se interpuso en su camino, soltándole un puñetazo que le hizo voltear la cara. La furia tomó forma en sus facciones, crispándolas y aquello le hizo dar inicio a una inesperada transformación. Por un momento, Adrien se preguntó si el propio Elain u Ottana habían sido conscientes de su condición de licántropo, pero si fue así, ninguno dijo nada.

La bestia trató de embestir a la hermana de Resryon, que apenas podía apartarse en la estrechez de su celda, pero una protección invisible repelió el ataque mientras la joven agarraba

con fuerza la vara. Aquello no hizo sino acrecentar la furia del lobo, que buscó saldar cuentas pendientes con Adrien. Se abalanzó sobre él y el muchacho llegó a esquivarlo aunque no consiguiera librarse del arañazo en un hombro que le escocía horrores.

—¡Adrien!

Los gritos de Elain le llegaban amortiguados, pero alcanzó a ver la daga del brujo deslizándose por el agujero en la pared y se lanzó a por ella a tiempo de voltearse y hundirla en el pecho del animal, que rubricaba un agónico final con un postrero zarpazo en la cara. Ni siquiera había llegado a ponerse en pie, dolorido aún y con la ayuda de Ottana, cuando el esquelético viejo que había murmurado idioteces al otro lado de la celda se puso en pie y lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—Es un demonio —murmuró Ottana—. Sé luchar y la vara me protege. No te expongas inútilmente; deja que se acerque.

Pero la única amenaza no llegaba desde el viejo. Las dos mujeres también se habían puesto en pie y sus miradas de advertencia recorrían al propio Adrien, a la misma Ottana y al viejo que acechaba en las sombras.

—¿Y ellas?

—Nigromantes.

Recordar el infierno vivido después de ser perseguido y atacado por nigromantes le erizó el vello de la nuca. Hubiera optado, sin dudar, por mil latigazos más antes que volver a enfrentarse a aquel dolor que parecía nacer desde lo más profundo de su propio ser.

De manera inconsciente, su mirada buscó a Elain al otro lado del muro, pero se había alejado demasiado de la apertura para poder saber si el brujo seguía allí o si se había marchado; en todo caso, poco o nada podría hacer desde su ubicación. Y entonces percibió una sed que en aquel momento no supo si describir como inoportuna o todo lo contrario. El viejo corrió hacia Ottana y aunque ella se preparó para recibirlo, Adrien se interpuso agarrando al demonio por la pechera y asestándole un brutal mordisco en el cuello. El viejo torció la cabeza y soltó un quejido roto mientras la sangre manaba desde su garganta cuando Adrien lo dejó caer al suelo como un muñeco.

—Qué asco —murmuró mientras se limpiaba la sangre de la boca.

Habían reducido el número de amenazas, pero las peores aún estaban en liza.

Unos pasos distrajeron la atención de Adrien y Ottana cuando Anven se presentó allí. La hermana de Res quiso aferrarse a la esperanza de que la lealtad que alguna vez Anven había convertido en bandera hacia Res, le impidiera quedarse de brazos cruzados si la veía a ella en peligro, pero entonces recordó el tipo de relación que había mantenido siempre con la propia Anven y todas sus esperanzas se derrumbaron. Se quedaría mirando y no pensaría que Ántico había perdido gran cosa si ella moría. Sí con Doroyan, con Ascya o con Resryon, pero no con ella misma. Sin embargo, la vara la protegía y debería acostumbrarse a ser un objetivo mucho más difícil; imposible, a decir verdad.

Tras la oscura figura de Anven, ataviada con la negra armadura de la Timoria, llegó la de Elain, destrozando por completo las teorías y pensamientos de Ottana. Ambos trataron de entretenerse lo menos posible para abrir la puerta de la celda y en pocos segundos, todo se precipitó. Elain tiró de Ottana y de Adrien, sacándolos de allí, mientras Anven se enfrentaba sola a las nigromantes. El combate, si es que podía calificarse así y no como escabechina, duró apenas unos pocos segundos. La piel de Anven se tornaba oscura, como si estuviera carbonizada, cada vez que tocaba a una de aquellas dos mujeres o incluso al pequeño. Los tres atacaban con fiereza y sin necesidad de armas.

—¡Salid de aquí! —gritó Anven, en el momento en el que la hoja de su espada sesgó la cabeza del niño, arrancándole gritos desgarrados a las otras dos nigromantes.

—Yo no me voy —rebató Ottana—. No corro peligro y no he llegado hasta aquí para irme ahora. Quiero el trono y lo recuperaré.

—Eso está genial, Ottana, pero no será tan sencillo como pedírselo a Liatli —bramó Elain—. Deberás mover hilos en el Consejo, con aquellos que están de nuestro lado, e incluso con el ejército. Eso solicita paciencia y muchos pasos en firme. Ahora hay que salir de aquí.

Anven llegó junto a ellos, herida y resollando, pero bien. Adrien comprobó, entonces, que los cuerpos de las dos mujeres yacían desparramados en el frío suelo de la celda, igual que todos los demás.

—Yo os sacaré —dijo la joven—. Hay que hacerlo antes de que se enteren de lo que ha pasado aquí.

Elain asintió y sujetó a Ottana de la mano.

—Vamos.

Empezaron a recorrer el angosto pasillo que había de llevarlos hasta la planta superior, pero entonces Elain se detuvo al ver que Adrien no se había movido de su sitio.

—Adrien —lo llamó.

—Hay algo aquí —respondió él, con apenas un susurro.

—¿Algo como qué?

El lúzaro se llevó la mano al *Uilmel* y el brujo fue consciente de aquel gesto.

—Anven —dijo entonces—, necesito que saques a Ottana del Áleon. Busca un lugar seguro para ella y trata de que pueda reunirse con Yrona y Olmer.

—¿Están de parte de Res? —quiso saber ella.

—Son la única fuerza que nos queda dentro del Consejo. Ellos podrían tratar de recuperar a la Áurea y afrontar la reconquista más complicada de todas: la de Ántico y su trono.

La bruja asintió, consciente de la premura que se le exigía a todo aquello.

—¿Qué harás tú? —preguntó después.

—Volver con un general que nos conduzca a todos hacia esa meta.

Anven sonrió.

—Quiero acompañarte —solicitó la voz tímida de Ottana.

—Si queremos que cada cual ocupe su lugar, Otty —respondió Elain—, acompaña a Anven y ponte a salvo. Haz lo que haría una auténtica emperatriz y deja a los soldados el campo de batalla.

La joven miró a Anven. Sabía perfectamente lo que ella le había reprochado cada día de su vida desde que todo estallase: haber apartado a Res de la Áurea para sentarlo en el trono. Hubiera sido un buen emperador, a nadie le cabía duda de eso, pero la *Leggio* habría perdido a un grandioso general en un tiempo en el que la sangre y al acero dirimían las batallas más importantes.

Ottana acabó claudicando

—Dile a mi hermano que le quiero —solicitó, antes de perderse con Anven pasillo a través.

Elain se volvió de nuevo fijando toda su atención en Adrien.

—¿Qué pasa?

—Me duele. La marca.

Durante unos segundos, Elain no supo qué decir ni cómo interpretar aquello. La voz de Adrien volvió a despertarlo de esos pensamientos en los que no quería profundizar.

—Siempre oí que la marca no era solo un tatuaje, sino una ligadura de verdad —explicó Adrien—. Así entienden la unión los elfos. ¿Por qué me duele, entonces?

—No lo sé. Tal vez...

El silencio se prolongó tratando de dar continuidad a la respuesta que no deseaba formarse en su mente.

—No —zanjó Adrien, como si su voz pudiera ser el golpe sobre la mesa que deseaba darle a aquella situación eterna—. Tú no. Eres su mejor amigo. Tú no puedes pensar que está muerto. Si lo estuviera no dolería. La muerte no duele. El amor sí, en el alma. Duelen las cosas que importan porque el dolor forma parte de la vida. Y amar es, sobre todas las cosas, vivir.

Rebasó a Elain y empezó a caminar a largas zancadas, como si de pronto, algún tipo de oscura revelación le hubiera indicado un camino claro y directo, pero lo cierto era que no se trataba más que de la adrenalina buscando una salida, no de aquella cárcel, sino de su angustia interior.

—Esto es una cárcel, como Akiteria —dijo entonces. Regresó sobre sus pasos y volvió a entrar en la celda que había ocupado hacía solo unos pocos minutos. Elain lo miraba desde el otro lado de los barrotes.

—Esto no tiene nada que ver con Akiteria.

—Aquí se forjó la idea, ¿no? En el Áleon. ¿Has visto alguna vez los planos? ¿El mapa en el que se ubica? ¿Algo?

—Solo Res tuvo acceso a una parte de los planos, pero decía que no servía de nada conocerlos sesgados. De la ubicación nunca supimos nada.

Volvió hasta la tapia en la que antes había visto escritos, días contados por aquellos que habían visto apagarse su libertad entre la oscuridad de la roca y el olvido. Nombres que habían llevado a sus mentes y corazones en los postreros días. Oraciones, poemas y recuerdos que, quizás, hubieran aportado algún consuelo alguna vez.

—Tú te reúnes con el Consejo de Nix en las puertas del Áleon porque afirmas que es el lugar más insospechado —apuntó Adrien, palpando aún la tapia—. ¿No ocurriría lo mismo con Akiteria? Todo el mundo la ubica en algún bosque perdido, en un abismo imposible, en una ciénaga olvidada. ¿Pero y si está aquí?

Observó una línea gruesa en la pared que se mostraba distinta al resto de la tapia

—¿Qué es esto? —preguntó, mientras sus dedos se deslizaban sobre ella.

—Antes esto estaba dividido en celdas individuales. Cada preso ocupaba una, pero Liatli tiró muros para unificar la prisión y hacer solo una. Ahí debía haber un muro antes.

Adrien caminó sin apartar la mano de la tapia y Elain se acercó a él, como si no comprendiera qué estaba buscando.

—¿Los tiró todos? —preguntó el lúzar.

—Por detrás de la pared sur están los túneles, ya lo has visto. Al menos eso lo ha respetado. Supongo que o le sacaría alguna utilidad o ni siquiera sabe que existen.

—¿Y detrás de los otros muros?

—No lo sé, Adrien.

—La cárcel no es cuadrada por completo. ¿Podíamos tirar pared? ¿Puede haber otros pasadizos? ¿Algo detrás de esto, joder!

Golpeó la pared con furia y los nudillos le sangraron en la misma mano con la que había destrozado la vitrina en La Estela. Estaba furioso, desesperado y harto de dar vueltas sobre nada.

—¿Estás loco? —espetó Elain—. Si derrumbamos la pared, todo el mundo se enterará. En medio minuto tendremos a la Timoria encima.

Adrien se apartó el pelo de la cara y se mantuvo inmóvil, mirándolo, como si aquel anuncio no le afectase lo más mínimo.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Elain en voz baja.

—Los putos planos, un mapa. A Resryon. Un jodido favor de los dioses. Necesito algo para seguir —musitó con la voz rota.

Se llevó las manos a la cara y apoyó la espalda en la tapia. Las lágrimas le encendían los ojos y aunque resultase una locura que llamaría la atención de todo el mundo, la mano del brujo prendió con un fulgor verdoso.

—Aparta. —Adrien obedeció y se colocó junto a a él—. Solo una cosa: si esto sale mal y no hay nada ahí atrás, corre como no lo hayas hecho en tu vida.

Adrien no dijo nada y el haz de luz se hizo enorme en torno a la mano del brujo, alzando un viento gélido que voló junto a la luz hasta estamparse en la pared y destrozarla. El polvo se alzó como si tratase de espantar a los intrusos que perturbaban su paz después de años conformando las tapias del olvido, allí donde habían languidecido tantas y tantas vidas. Y cuando se rindió, depositándose de nuevo en el suelo, tuvieron ante sí el túmulo de una mujer dormida. Elain combinaba su mirada incrédula sobre el hallazgo con otras recelosas sobre la entrada. La explosión debía de haberse oído en todo el Áleon; puede que incluso en toda Ántico y los soldados no tardarían en llegar hasta allí.

—¿Quién es? —preguntó Adrien, situándose junto al monumento. Solo entonces fue capaz de discernir que aquello no era una tumba, sino una mujer. Tal era la cantidad de polvo y telarañas que la cubrían que, por un momento, le había parecido un trozo de roca olvidada. Incluso la magia que giraba en torno a ella era solo una luz mortecina y apagada que nada tenía que ver con los vivos fulgores que había visto en todos aquellos capaces de manejar magia oscura o blanca.

Apartó telarañas y el rostro dormido de la mujer no le decía nada; tampoco a Elain, que se acercó.

—No la había visto jamás —aclaró este.

Adrien siguió apartando más telarañas que, prácticamente, habían sepultado el cuerpo y solo entonces pudieron comprobar que su piel estaba repleta de cortes como si alguien hubiera trazado un macabro dibujo sobre ella.

—Su piel —observó Adrien horrorizado—, es un jodido un mapa.

Sus palabras habían aludido solo a una expresión, pero de pronto los dos se miraron, como si estas hubieran dado en el clavo.

—Tu brazo —señaló Elain.

Fijaron la atención en la marca, que se había tornado de un color amoratado. Los trazos se abrieron lentamente y empezaron a sangrar, mientras que a Adrien se le hacía difícil ocultar el dolor.

—¿Qué cojones te está pasando? —exclamó Elain, desconcertado.

—No lo sé, pero esta mujer y el *Uilmel* están relacionados, seguro.

Encontrar una explicación no se hacía sencillo, pero por primera vez, Adrien tuvo la sensación de estar muy cerca de aquello que buscaba. Paseó la vista a través del cuerpo de la mujer y comprobó que sostenía una daga entre las manos.

—Lucille... —murmuró, sin tener ni la más remota idea del origen de aquel nombre y de por qué había llegado hasta sus labios.

Miró a Elain y este negó con la cabeza.

—No puede ser ella.

—¿Quién es?

—La única que se me ocurre es Lucille Adilver. Fue la mujer que diseñó gran parte del Áleon. La arquitecta de la emperatriz Tanray.

—¿Pudo diseñar Akiteria?

—Tal vez.

Los muchachos voltearon la cabeza al escuchar el sonido de unos pasos que se acercaban. Los acompañaban órdenes y el tintineo metálico de las espadas golpeando contra las armaduras y las cotas de malla.

—Esto no sirve de nada —escupió Elain, inquieto—. Aunque fuese...

Pero llegar hasta allí no había resultado sencillo y si de todos modos iban a marcharse con las manos vacías, el lúzaró decidió jugárselo todo a una carta: le arrancó a la mujer la daga de las manos y la hundió en su pecho sintiendo un escalofrío al instante. Reculó, horrorizado ante su propio acto. Era la primera vez que mataba y ni siquiera estaba seguro de que ella lo mereciera. A decir verdad tampoco podía estarlo de que aquella mujer viviera. De pronto, la roca de la sala empezó a derrumbarse y eso les hizo ganar algo de tiempo, pues la entrada quedó sepultada aunque también lo hizo, entonces, la salida. Paredes, techos y el propio túmulo en el que se había convertido el lecho de Lucille acabaron desmoronándose como las ruinas de un espectral monumento funerario.

Elain tiró de Adrien para apartarlo de allí mientras los cascotes inundaban la sala, haciendo temblar el suelo. Incluso este cedió bajo sus pies hasta engullirlos de forma parcial. Cuando todo hubo acabado, después de unos segundos eternos, se alzó un silencio denso mientras el polvo ascendía como volutas de humo, creando formas y deshaciéndolas a su antojo. Y entonces la distinguieron al otro lado de la densa cortina de partículas. Una figura se acercó, tosiendo y respirando con dificultad. Resryon los miró y sin apenas prestar atención supo que se encontraba en el Áleon, su hogar. Clavó la mirada en Adrien, incrédulos ambos, bloqueados los dos totalmente y con la sensación más confusa y desconcertante de sus vidas. Elain se abalanzó sobre el brujo para fundirse en un abrazo de hierro que Resryon le devolvió, visiblemente emocionado y feliz. Sus ojos, sin embargo, seguían presos de un lloroso Adrien mientras Elain balbuceaba palabras casi ininteligibles sin soltar a su amigo.

—Dioses, no puedo creer que estés vivo —exclamó al fin, apartándose—. ¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Es algo más complejo —respondió él—. Lucille Adilver era Akiteria, sus emociones y su mente. La brujería las convirtió en una prisión. No era un sitio. Y aunque reina allí, ella era su mayor prisionera.

—¿Y los demás? ¿Solo estabas tú?

—En la celda indicada, sí.

Res colocó la mano sobre el hombro del otro brujo, al que no deseaba apartar. Su fiel y único amigo. Si en algún momento hubiera creído posible abandonar Akiteria, no le habría extrañado lo más mínimo encontrar a Elain tras la gesta. Él nunca lo abandonaría, como ya le había demostrado. Pero topar con Adrien había destrozado todas sus defensas y por más que quisiera prolongar el reencuentro con Elain no conseguía dejar de mirar al lúzaró.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar—. ¿Cómo... cómo has...?

Había tratado de llamarlo a través del *Uilmel* sin tener ni la más remota idea de cómo hacerlo. Solo pudo pensar en él de la manera más intensa posible, pero aun así no había esperado resultado alguno; mucho menos encontrarlo allí. Adrien no acertó a responder. Bajó la mirada y se topó con la sonrisa de Elain al tiempo que Resryon lo envolvía en otro férreo abrazo. En aquel momento, a Adri le pareció increíble tenerlo allí, estar sintiéndolo de nuevo, percibir su aroma, aun sucio y herido, aun roto y devastado era el chico del que se había enamorado.

—Lo siento, Res —murmuró con la voz amortiguada.

Resryon lo apartó, despacio, mirándolo, como si necesitase constatar que realmente era él,

llorando y pronunciando su nombre sin mentiras de por medio. Asegurándole que lo quería cuando él ni siquiera hubiera creído posible volver a verlo.

—Tenía que sacarte de aquí —siguió diciendo Adrien—. Te lo debía. Ojalá un día puedas perdonarme.

—No había nada que perdonar, Adrien. Te lo dije en Luzaria y te lo repito aquí.

—Me equivoqué. Todo cuanto ha ocurrido me lo ha demostrado.

Adrien se acercó a él. Las ganas de besarle lo mataban, pero ignoraba cuál sería la respuesta de Resryon. Tal vez no hubiera nada que perdonar y el brujo hubiera comprendido sus razones mejor que él mismo, pero de ahí a seguir sintiendo iba un mundo. El *Uilmel* se había atenuado en su antebrazo hasta casi desaparecer y si aún seguía luciendo sobre su piel era porque la sobrina de Res se había encargado de ello con la inocencia propia de una niña. La marca de los elfos había empezado a sangrar hacía pocos minutos y aún no sabía a qué achacarlo. Pero sus miedos estallaron por los aires como solo Res sabía espantarlos. El brujo lo besó, mirándolo, decidido a no perderse ni un segundo de la presencia del dryadalis, resuelto a guardar cada gesto en su memoria, así como había querido desterrarlo de ella en Akiteria.

—Te he echado de menos —susurró Res contra su boca.

Las palabras del brujo le abrieron una sonrisa a Adrien que, sin embargo, no podía dejar de llorar.

—Lamento interrumpir, pero hay que salir de aquí —intervino Elain.

Las voces de los soldados se oían aún al otro lado de los escombros y aunque aquello los haría demorarse, sería solo cuestión de tiempo que dieran con ellos.

Los muchachos se separaron y Resryon le dio a Adrien un beso rápido. Hubiera querido seguir fundido en un contacto eterno, recuperar parte del tiempo perdido, pero la urgencia en las palabras de Elain se lo impidió. Res mantuvo su mano aferrando la de Adrien y miró al brujo.

—¿Y mi hermana?

—Ottana está bien. Liatli la capturó, pero la hemos liberado y hemos logrado hacerle llegar la Vara de Paxia. Anven se la ha llevado; no sé nada más. Hay que irse lejos.

Resryon negó con la cabeza.

—Debo hacer algo antes —dijo—. Con la Vara, Ottana estará protegida en cualquier circunstancia.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —quiso saber Adrien.

—Tengo que llegar hasta Los Cimientos de Átraro y liberar a Tine Hassul de su inmortalidad antes de que den con ella.

—¿Tine Hassul? —exclamó Elain, desconcertado.

—Está en Akiteria, es dueña de la inmortalidad de su madre y quiere hacerme destinatario de ella para que no lo sea Liatli. La está buscando. Le prometí libertad.

—¿Serás inmortal? —preguntó Elain con poca sorpresa.

—Mejor yo que Liatli. Ya veremos después.

Elain asintió.

—De acuerdo, hay que salir de aquí, entonces.



23 Cicatrices

June se detuvo y, tras de sí, Ántico era solo un amasijo de sombras punteadas por las luces de las antorchas, titilantes estrellas descolgadas de un cielo negro que no albergaba ni luna aquella noche. Suspiró profundamente y una nubecilla de vaho le recordó que al declinar el oscuro día, el ocaso traía consigo un frío mayor que ella no había notado por la caminata alejándose del Áleon. Ni siquiera estaba segura de por qué andaba tras los pasos de Eugene. Pensó o quiso pensar que el vampiro acabaría ayudándola como había hecho siempre, pese a la desconcertante relación que ambos habían mantenido desde que se conocieran.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar al fin.

—A La Cógnota.

La joven arrugó la nariz y puso los brazos en jarra.

—No he perdido nada allí. Ya no soy la estudiante de la Conmuta, por si no te acuerdas.

—Eso es evidente. Te moverías de forma distinta si no desconocieras tantas cosas.

Eugene seguía avanzando como una embestida. Apenas le había dirigido la palabra desde que le impidiera entrar al Áleon y ni siquiera se había mostrado demasiado pendiente de que ella lo siguiera, aunque a aquellas alturas los sempiternos cambios de actitud del vampiro empezaban a resultarle normales.

June no le había dicho nada acerca de la incursión de su hermano y Elain en el castillo, pues de lo que no podía estar tan segura era de que el vampiro no fuera a delatarlos para complacer a la emperatriz, que lo creía un traidor de manera equivocada. Y eso, supuso, era lo que lo tenía de aquel pésimo humor.

—¿Qué esperas de la tal Anouk?

—¡Mediación! —gritó, girándose.

Después retomó la marcha y se adentró en el bosquecillo que flanqueaba Ántico por el norte.

—¿Mediación? —preguntó June, siguiéndolo.

—Resultaría fácil que Liatli me creyera si te arrastrase ante ella y le explicara la verdad, pero dado que no puedo hacer eso, confío en que Anouk pueda mediar por mí.

—¿Tanto te importa lo que piense la emperatriz?

—Ha puesto precio a mi cabeza, June. Por tu culpa me cree un traidor. Y ya ni siquiera se trata de lo que crea de mí, sino de que la Timoria me busca para llevarme ante ella y ¿quieres saber qué pasará si me encuentran?

June se detuvo al escuchar unos pasos haciendo crujir las hojas secas que se extendían en el camino como una alfombra ocre. Un caballo oscuro se acercó hasta allí. Sus ojos se teñían de un rojo llamativo y vivaz; tenía una larga crin oscura e iba perfectamente ensillado. Eugene lo montó sin sorprenderle su presencia allí, como si hubiera estado esperándolo. O tal vez así hubiera sido realmente. Aquel caballo, desde luego, tenía toda la pinta de pertenecer a la raza de los vampiros y como solía ocurrirle a June, a toda situación crítica se le sumaban un sinfín de preguntas

ridículas: ¿Había animales vampiros?

—¿Subes o no? —espetó Eugene, molesto.

June lo miró largamente, su silueta recortada contra el cielo oscuro. Era evidente que las cosas no iban bien para el vampiro. Su coleta estaba medio desecha y llevaba la camisa ligeramente desabrochada; los pantalones, llenos de barro y su expresión serena e inalterable se había tornado agria e incluso déspota.

—Acabas de decir que no puedes arrastrarme ante Liatli —dijo June—. ¿Por qué no?

—¿Lo preguntas en serio? ¿Acaso quieres que te mate?

—¿Y por qué iba a matarme tu bondadosa emperatriz?

—Porque acompañas a un traidor como Elain Debcris y lo refugias en mi casa.

—¿Y acaso a ti te importa lo que ella me haga?

—¿A qué juegas, June?

—No estoy jugando, te lo aseguro. Pero no te entiendo. Hace pocos días me dejaste tirada con mi hermano recién convertido ¿y ahora te preocupas por mi seguridad?

Eugene suspiró hondamente.

—Siempre me he preocupado por tu seguridad. Lamento haberte dejado con tu hermano en aquella aldea. No estaba bien ni podía pensar con claridad. Lo siento. Y ahora ven conmigo, por favor.

June acabó por desinflarse y caminó hasta acercarse a aquel corcel que se mantenía hierático, como si se tratase de una estatua de ceniza. Odiaba admitirlo, pero cada vez que Eugene abandonaba el tono imperante y frío con el que solía hablarle muchas veces, todas sus defensas se derrumbaban. Pensó en Elain y se sintió culpable por lo que había ocurrido entre los dos, pero después, desterró pensamientos mientras tomaba la mano de Eugene para subir tras él sobre su caballo. Ella era libre de hacer lo que le diera la gana con quien quisiera, pues a ninguno de ellos le debía nada.

Se agarró con fuerza a la cintura del vampiro cuando el caballo se volteó y dio inicio una cabalgada endemoniada, que arrancó toda imagen en la mente de June.

0

Habían regresado a la casa que Elain había ocupado con Ottana y que ahora parecía abandonada. No tardarían en marcharse de allí, pero necesitaban recuperarse, reorganizarse y descansar después de los últimos acontecimientos vividos. Hubieran querido contactar con la hermana de Resryon, pero no tenían ni idea de adónde la había llevado Anven y buscarla era demasiado arriesgado.

Adrien llamó a la puerta de la habitación de Elain, que tardó unos segundos en abrir. No le dio la sensación de que lo hubiera despertado y eso resultó un pequeño alivio.

—Necesito que me ayudes —murmuró el lúzar con timidez. Sudaba y temblaba y Elain no necesitó más para saber a qué se refería.

—La sed...

Adrien asintió con los ojos llorosos.

—No quiero que él me vea así.

Pero la puerta se abrió por completo y Resryon lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—A Adrien le tocaron nigromantes —explicó Elain con calma—. El *chupasangres* de Estyria lo salvó... convirtiéndolo.

—¿Eres un vampiro? —quiso saber Res, aunque realmente ya lo supiera a tenor de la explicación que Elain le había ofrecido y que Adrien había escuchado con la cabeza apoyada sobre el marco de la puerta, resignado.

—Enemigos de Antico, ¿no? —murmuró con voz temblorosa—. Casi es mejor que siguiera siendo el *mindundi* del humano.

—Elain, ¿puedes dejarnos solos?

—Claro.

El brujo colocó la mano sobre el hombro de Adrien y caminó pasillo abajo hacia la escalera.

—Pasa —le solicitó Resryon, apartándose de la entrada.

Adrien solo se atrevió a dar un paso adelante.

—Sé que tenemos que hablar, Res, pero ahora no. Ahora no puedo.

El brujo cerró la puerta y apoyó su espalda en la pared. Había tomado un baño y lucía una fina camisa blanca a través de la que podía distinguirse el tatuaje, el borrón difuso en el pecho que representaba la marca de un sombra, alguien sin nombre, identidad ni estirpe, aunque Adrien tuviera muy claros todos y cada uno de aquellos extremos en el chico que tenía delante.

—Muérdeme a mí —susurró Resryon.

Adrien reculó un paso por puro instinto.

—Ni hablar.

—Vamos, Adri.

—No, no me hagas esto. A ti no puedo... —Adrien se apartó y llegó a largas zancadas hasta la ventana—. Ahí fuera hay muchos hijos de puta que querrían verte muerto. A ellos sí, pero a ti no. Destrocé al viejo en las prisiones, lo mordí y quedé prácticamente partido en dos.

—A mí no me harás eso. No me va a pasar nada. Me han mordido cientos de vampiros a lo largo de mi vida.

—A lo largo de tu vida te han hecho muchas cosas repulsivas y yo no quiero seguir sumándome en esas listas. Ya lo hice una vez.

Resryon se acercó y paseó sus dedos entre el pelo de Adrien.

—¿Por qué no dejas de torturarte por lo que pasó?

—No puedo. Y ahora tú me pides que me sacie contigo, que aplaque esta horrible sed con tu sangre y yo no...

Resryon lo besó y las sensaciones se multiplicaron en el interior de Adrien. Un calor abrasador conquistó cada rincón de su cuerpo, cada ápice hasta nublarle la razón. Pero lejos de apagar la sed, los labios del brujo, su respiración contra su boca, no hicieron sino prenderla más. Y por algún motivo, Adrien pensaba que eso era lo que Resryon estaba buscando.

—Res... —susurró sin fuerza ni voz—, para.

Pero el joven brujo se deshizo de la camisa, sacándosela por la cabeza y la tentación empezaba a tornarse locura en el interior de Adrien. Paseó sus manos sobre su torso, que había multiplicado heridas respecto de la última vez. Había una especialmente notoria en su abdomen, un corte curado, pero que debía de haberle acarreado muchos problemas.

Adrien inclinó la cabeza cuando los labios de Res buscaron su cuello, como si fuera él quien necesitase saciar aquella sed, pero la que al brujo le invadía era otra, también presente en el cuerpo de Adrien, en sus entrañas y en su corazón. Resryon le quitó la camisa y la dejó caer a un lado. El beso fue la traducción de un volcán largamente contenido, de una explosión que había

deseado darse mucho tiempo atrás sin llegar nunca a encontrar el momento. La lengua del brujo recorriendo su boca estuvo a punto de volverlo loco, pero entonces todo se detuvo y Res miró fijamente a Adrien.

—¿Qué pasa? —preguntó este aún jadeando.

Res lo volteó, despacio y sus ojos verde azulados se clavaron en los latigazos que ya eran solo cicatrices blancas. Deslizó sus dedos con suavidad sobre las marcas.

—¿Quién ha sido?

—Eso da igual —respondió Adrien, sin volverse.

Res paseó su mano sobre la espalda de Adrien y besó con cuidado las cicatrices del muchacho. Después apoyó la barbilla sobre su hombro.

—¿Quién ha sido? —repitió.

El lúzaró tardó unos segundos en responder.

—Los soldados de Liatli. Fingí haber robado en el mercado para poder entrar en tu casa y dar con tu hermana. Queríamos hacerle llegar la vara. —Al fin se volteó, quedando de frente a Resryon—. No es nada, olvídalo.

Adrien trató de volver a besarlo, pero Resryon se apartó sin moverse de allí.

—He pasado cinco años lejos de mi vida —respondió después—. Durante ese tiempo, muchos creyeron que me había rendido y puede que tuvieran razón. Pero si algo no he hecho jamás es olvidar. Desde esa noche, recuerdo afrentas, Adri, una tras otra. Las pagarán todas, incluida esta.

—Entiendo tus ansias de venganza, pero no quiero que el odio te coma.

—No, ya no es odio —respondió, acariciándole la mejilla—. El odio me cegó las primeras semanas. Días en los que hice auténticas locuras e idioteces impropias de mí. Ahora se trata solo de justicia.

Res volvió a besarlo y aunque sus últimas palabras habían inquietado a Adrien, el lúzaró no tardó en perderse en las sensaciones que las manos, la boca y el cuerpo del brujo despertaban en él, eclipsando todo lo demás.

Sus dedos se ciñeron con fuerza en torno al cabello desordenado de Res y fue empujándolo hasta la cama, donde cayeron desplomados. El brujo lo apartó ligeramente hasta acabar colocándose sobre él y Adrien ya no pudo más. Cayó de bruces en la tentación que Resryon llevaba rato ofreciéndole y este no opuso resistencia alguna cuando los colmillos del muchacho, algo más largos de lo habitual, se hundieron en su cuello. Se escuchó un gemido y la oleada de placer que recorrió al lúzaró lo alzó hacia un paraíso desconocido y nuevo. No era la primera vez que saciaba aquella sed con sangre, pero nunca había sido la de Resryon y no halló comparación posible para eso. Dejó caer la cabeza sobre la cama y observó al brujo, por cuyo cuello resbalaban gotas de sangre que le alcanzaban el pecho para acabar descolgándose sobre el cuerpo de Adrien, sacudido por una respiración alocada.

—¿Te he hecho daño? —preguntó con un susurro.

Resryon negó con la cabeza y volvió a embestir su boca aun cubierta de sangre. Y ya despojado de aquella atroz sensación, Adrien dio rienda suelta a la suya propia. Las lenguas de ambos se encontraron en un saludo salvaje. En aquel momento no había precauciones que extremar ni cautela exigida. En aquel momento no había nada salvo ellos mismos. Adrien sintió que se volvía loco cuando los besos de Res se descolgaron hacia su cuello, con una pasión arrebatadora que mataba, fulminaba y ejecutaba cualquier duda que hubiera podido tener respecto de lo que Resryon sentía. La lengua del brujo recorrió su pecho, deslizando con ella la sangre que le había goteado a Adrien, la suya propia.

Cerró los ojos y se dejó arrastrar hacia el mayor océano de sensaciones que había conocido

nunca.

0

Por momentos, June había llegado a pensar que el caballo de Eugenne era capaz de volar. Y no era así, pero la velocidad que empleaba, sumada a la gracilidad de su cabalgada, había hecho el viaje mucho más placentero. Inmersos en la espesura que flanqueaba la Vía Negra, a June le había resultado imposible saber cuánto tiempo había transcurrido. Aferrada a la cintura del vampiro, el trayecto había discurrido de forma amena y enseguida se encontraron de nuevo ante aquella maravillosa e inquietante construcción: La Cónita. Cuando bajó del caballo no fue capaz de evitar una sensación extraña. La cuna del saber noctis. Allí debía de haber pasado la mayor parte de su tiempo durante La Conmuta, aprendiendo y empapándose de conocimiento. Sin embargo, apenas había llegado a pisar el lugar en un par de ocasiones. Y lo lamentaba de veras.

Despertó de los pensamientos que la castigaban cuando la suave mano de Eugenne agarró la suya mientras la miraba. Ella no dijo nada y se dejó llevar hasta la entrada. La puerta cedió como si Anouk estuviera esperando al vampiro y el corazón le latía tan deprisa a June que ni siquiera se atrevió a hacer preguntas.

Tras pasaron el umbral de la entrada y allí ya vislumbraron la figura de Anouk en lo alto de la escalera, tal y como June la había encontrado el primer día que llegase hasta aquel sitio. El demonio descendió con gracilidad, como si levitase, igual que la había visto hacer siempre. Llevaba un pomposo vestido negro que dejaba al descubierto sus hombros. Recogía su larga melena roja en una compleja trenza y al contrario de lo que acostumbraba, había sustituido su expresión amable por un rictus grave que presagiaba el motivo de su inesperada —o no tanto— visita.

June la miró mientras se acercaba y el pensamiento ridículo de turno pidió espacio en su cabeza: ¿Acaso sería posible sorprender a Anouk en pijama y moño? Chascó la lengua ante la estúpida cuestión que le planteaba su mente y se limitó a tratar de mantener el temple cuando Eugenne y ella tuvieron al demonio ante sí.

—Querido... —murmuró Anouk, cuando ya había llegado abajo.

—Lamento presentarme de esta manera en tu casa. —Eugenne mantuvo la mano de June sujeta mientras que, con la otra, tomaba la de Anouk para besar su dorso—. Necesito tu ayuda.

No hubo cambio en la expresión del demonio y June no supo si aquella petición la sorprendía o si, por el contrario, la esperaba. De igual manera, tampoco podía estar segura de que la posibilidad de que no la tomase desprevenida pudiera augurar algo bueno. ¿En qué medida podía Eugenne confiar en Anouk? Las lealtades en Noctia parecían moverse sobre un filo muy peligroso y quebradizo, y en ningún caso eran totales.

—Pasad, por favor.

La mujer se apartó e hizo un gesto con la mano, señalando hacia el enorme salón, en cuya chimenea crepitaba un fuego vivo y alegre. Eugenne accedió hasta el señorial sofá que quedaba frente al hogar y June lo siguió de manera dubitativa. Los enormes ventanales ocupaban prácticamente toda la pared oeste del salón y colaboraban muy poco en la labor de que aquel sitio pareciera acogedor. Sin embargo, aquello parecía importar poco, pues Eugenne no llegó a tomar asiento.

—Liatli ha puesto precio a mi cabeza —soltó sin más—. La Timoria me está buscando, pero todo se debe a un malentendido y necesito que medies con ella por mí. La conoces, no me escuchará.

—Supongo que no ha dado ese paso sin más —observó Anouk, apoyada en el respaldo de una silla. Una enorme mesa para ocho comensales partía la sala en dos y el demonio se había detenido allí.

—Ya te he dicho que se trata de un malentendido. Elain Debcris se coló en mi casa con un desconocido, un vampiro, al parecer, y Liatli pensó que estaban allí con mi beneplácito, que era uno de los míos.

June lo miró, plenamente consciente de todo cuanto el vampiro había omitido, que no era poco. Su presencia y su papel en todo aquello habían quedado fuera de forma deliberada.

—¿Y qué hacía Elain Debcris en tu casa?

—No lo sé, Anouk. Acudí a Ántico para hablar con Liatli y me hospedé en el Áleon. Pero he sabido que ese tipo andaba cerca y aunque no tengo ni la más mínima idea de lo que planea, no es difícil saber que está relacionado con la prisionera de oro.

Anouk asintió.

—June, me congratula volver a verte —añadió mirándola a ella.

Daba la impresión de que no hubiera reparado en su presencia allí hasta aquel momento, pero June fue capaz de sonreír en una mueca forzada

—Lo mismo digo.

—Tal vez te apetezca descansar un poco, comer algo y tomar un baño caliente.

—Lo cierto es que no, pero te lo agradezco.

—June... —Eugenne se acercó a ella—, aprovecha la hospitalidad que te brinda Anouk. Te lo mereces, ha sido un viaje largo y penoso.

—No ha sido un...

Eugenne se plantó ante ella y aunque June no supo cómo lo había hecho, tuvo la sensación de que la sala había quedado en penumbra, como si el vampiro hubiera ejercido de eclipse.

—Quiere hablar conmigo a solas —masculló entre dientes—. ¿Te importaría facilitármelo un poco?

—Te contará cosas que me ocultarás —respondió ella en idéntico tono.

—Tienes mi palabra de honor de que no será así.

—Palabra de honor —repitió ella.

—Palabra de honor —sentenció él.

June bufó y reculó un paso hasta que su cuerpo topó con el de una mujer alta y espigada. Recogía su cabello blanco en un moño a la altura de la nuca y vestía un sobrio uniforme negro.

—Zarcha te acompañará a una habitación —anunció Anouk—. Hubo un tiempo en el que La Cógnota era una residencia para alumnos noctis. Ya no es así, pero será un placer habilitar un cuarto para ti.

—Muchas gracias —respondió con desgana.

Eugenne observó a June perderse entre las sombras del pasillo y escuchó sus huecas pisadas ascendiendo hacia la planta superior cuando la voz de Anouk le habló.

—No creí volver a verla —dijo el demonio—. Tengo entendido que el Muro está sellado y que la chica se fue en su momento.

—Es una historia larga y que en nada concierne al asunto por el que te visito.

Eugenne volvió a fijar su atención en Anouk, que permanecía inmóvil en su sitio.

—¿Estás seguro, Eugenne? Puede que Liatli cometa errores por desconocer información; un

malentendido, como has dicho. Pero entre nosotros eso no debería ocurrir. No somos niños jugando a gobernar imperios.

—Se llevó mi *arkanai* y quise recuperarlo. Lo único que sé es que su hermano entró en Noctia. Ignoro dónde está ese muchacho, pero June entró a buscarlo. Ella no tiene nada que ver en esto.

—La proteges.

—Solo es una humana. Inofensiva y no...

—June pertenece a la Sociedad de la Luna. Por eso se llevó tu *arkanai* y supongo que trataba de hacer lo mismo con el mío.

Eugenne la miró como si necesitase una información más extensa o una constatación, una prueba. O tal vez, una rectificación. Cualquiera de esos extremos le devolvería la palabra, pero en ese momento fue incapaz de hacer uso de ella y tuvo que ser Anouk quien siguiera hablando.

—Tengo buen ojo y June se presumía como una alumna ejemplar. Tiene conocimientos y curiosidad. Esta última, en demasía. Me agradan las preguntas de las mentes inquietas, pero no tanto verlas hurgar sin permiso en sitios donde no deben meter las manos.

»Cuando la encontré husmeando quise averiguar por qué, qué buscaba. Llegar hasta Luzaria durante las noches de libertad que los lúzaros tienen a bien concedernos y recopilar información sobre la chica no resultó excesivamente difícil. Y ya sabes, aunque los datos oficiales de tu nueva conquista son interesantes, los extraoficiales lo son aún más. Todo el mundo los tiene.

»Es hija de un miembro del Consejo de la Luz, Ander Winchester y de una feérica de tierra, Lorna Rice. Pero además, está metida en la Sociedad de la Luna que, como bien sabes, se dedicaba hace muchos años a buscar *arkanais*; primero en conocimiento del propio Consejo y más tarde, de una manera totalmente ajena a este.

—Tú lo has dicho: hace muchos años. Es ridículo que...

—La Sociedad está ahora regentada por Sarah Prius, esposa en su día de Moran Tropps y amiga de June. Dado que la hija común de ambos era una licántropa, la tal Sarah puso mucho empeño en acabar con la maldición. La chica quería volver a Noctia y por lo que sé, Moran le impuso la condición de vivir en Luzaria hasta que cumpliera dieciocho años y después, podrían marcharse si así lo deseaba. El tipo quería que estuviera cerca de su madre y trataba de acabar con la maldición antes de que su pequeña viniera.

»June accedió encantada a formar parte de la Sociedad cuando Sarah se lo propuso. Y me consta que hay más lúzaros ahí dentro. Y probablemente, más *arkanais*.

Eugenne había escuchado toda la explicación en completo silencio y con la cadera apoyada sobre el regio sofá del salón. Anouk se acercó y colocó una mano sobre el hombro del vampiro.

—Te cuento todo esto porque si te haces con esos *arkanais* y se los entregas a Liatli te resultará mucho más sencillo convencerla sobre el supuesto malentendido. Y también para que extremes cautela con la chica. No sé hasta qué punto es trigo limpio, Eugenne. Eres mi amigo y te aprecio, pero cuando se te cruza en el camino una mujer, pareces idiota.

Cuando abrió los ojos no se atrevió a moverse. El brazo de Resryon abarcaba su cuerpo y el rostro del brujo se había hundido en su cuello, donde percibía su respiración, cálida y tranquila. Las cosas habían sucedido tan deprisa que casi no acertaba a situar todos y cada uno de los acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. Apenas unos días atrás, Adrien se despertaba en

su casa como un fantasma sin aliciente pensando en él y olvidándolo —o intentándolo— en los brazos de Christian. Qué ridículo le resultaba ahora pensar que algo así pudiera eclipsar a Res o a lo que lo unía a él. Se había sentido atraído por el brujo desde el primer momento en el que topasen en el salón de su casa tras regresar de la de su exnovio, destrozado y borracho, pero hacía unas pocas horas habían rebasado juntos una frontera que no admitía vuelta atrás. Supo que nada más volvería a situarlo nunca entre la espada y la pared, que ya no sería capaz de traicionarlo o mentirle y aquello lo sumió en un alivio reparador.

Resryon se movió ligeramente y sin modificar su postura, su mano se entrelazó con la de Adrien.

—¿Alguna vez has dudado? —preguntó el lúzar.

—¿De qué? —La voz de Res fue el murmullo ronco de quien acaba de despertar.

—De lo que sientes.

Acarició el antebrazo del brujo con un trazado perfecto que ambos vieron sin moverse aunque flanqueado de arañazos y heridas.

—No —respondió Res con sosiego—. Pero en Akiteria no podía permitirme el lujo de que lo supieran. Intenté arrancármelo, aunque pensaras que ya no te quería. Preferí eso a que fueran a por ti para hacerme daño.

—Yo prefería que ya no me quisieras a que estuvieras muerto. Moran lo pensaba.

Resryon alzó la cabeza.

—¿Moran?

—Fui a buscarlo. Necesitaba encontrarte, pensé que con su ayuda me sería más fácil.

Resryon sonrió y le dio a Adrien un beso rápido.

—Estás como una cabra. Meterte aquí no es como colarte en un local en Luzaria.

—Ya lo sé. Pero no podía dejar las cosas así y menos aún cuando supe lo que te habían hecho; no pude quedarme de brazos cruzados. Yo te envié a Akiteria.

Resryon se acomodó en la cama, apoyándose sobre su codo.

—Necesito que me prometas una cosa.

—Lo que quieras.

El brujo sonrió.

—Nunca digas eso sin saber antes qué te van a pedir.

—A ti sí, lo que quieras, Res.

—Ni siquiera a mí. Me encanta oír mi nombre en tus labios —concluyó antes de volver a besarlo—. Prométeme que te olvidarás de lo que pasó. No quiero que vivas permanentemente con la idea de que me traicionaste o de que me debes algo. Ya pasó, lo entiendo perfectamente y ahora estamos juntos. Bien. ¿Vale?

Adrien asintió y Res volvió a cogerle de la mano.

—¿Cómo es posible que tu *Uilmel* esté tan perfecto?

—¿Quieres conocer mi secreto?

—Me muero de ganas.

—Se llama Alea. Y cuando le dije que temía que su tío se hubiera olvidado de mí, me lo repasó y me lo fijó con brujería; dijo que estaba segura de que siempre me recordarías.

Los ojos de Resryon se tornaron brillantes mientras repasaba con los dedos la marca.

—¿Has conocido a mi sobrina? —preguntó con la voz rota.

Adrien asintió y se irguió, acariciándole el cabello.

—Es una cría preciosa y se parece tanto a ti... No será tu hija, ¿no?

Resryon rio y las lágrimas pugnaron por arañarle el rostro. Adrien sabía que haría lo

imposible por contenerlas, como siempre le habían enseñado.

—Mi hermana era preciosa —confesó con la voz rota—. No veo a su hija desde hace cinco años, desde que nació.

—Pues es guapísima, Res. Tiene tus mismos ojos y tu misma sonrisa, y una nobleza enorme. Si vieras la devoción y el amor con los que hablaba de ti. Eso sí, debes saber que soy su marido.

Res rio y Adrien lo abrazó con fuerza, mientras guardaba un necesario silencio durante unos segundos. Cuando el brujo se apartó le enjugó las lágrimas mientras él resoplaba.

—Pensé que no podías tener unos ojos más increíbles, pero llorando eres un dios.

—Qué bonito —respondió Res, con ironía—. Llorando. Si mi padre viera todo lo que he llorado en los últimos días me molería a palos.

—No es malo llorar. Siento todo por lo que has pasado. Todo lo que te han hecho.

—No lo sientas. Lo pagarán.

La sentencia en sus palabras se tradujo en sus ojos. Seguían brillando, pero de un modo distinto, letal, implacable.

0

Aún se sentía como una intrusa entre las paredes del castillo. Los bustos que se habían esculpido en todos los accesos a cada sala y los frescos que habían decorado las tapias habían sido destruidos y, en muchos casos, reemplazados: ojos acusadores y burlescos; dedos señalando vergüenzas y hasta susurros escupiendo reproches. Liatli había ordenado modificarlo todo tras instalarse allí, harta del permanente desafío en cada paso que daba. Y sin embargo, aún quedaban vestigios del gobierno de Doroyan y su estirpe. No sabía explicar dónde, pues hasta el color de las paredes era opuesto, el de los techos. Liatli había creado un mundo a su antojo allí dentro y aun así, percibía el peso acusador de la Vakko repitiéndole que no era bienvenida.

El Consejo de Nix era una de esas marcas que Doroyan había dejado en su camino, aunque al menos había logrado algunas buenas alianzas dentro del mismo. No todas y eso era algo que sabía bien y que sus miembros opositores se esforzaban poco en ocultar. Por eso detestaba aquellos concilios interminables que acababan crispándola aunque hubiera de tragarse su propia frustración en pos de parecer serena y controlada. Pero no podía ir contra ellos si deseaba que el pueblo llano la viera como lo que era: la salvadora que había venido a dejar de regar con sangre cada parcela de tierra. Además, debía admitir que el Consejo era sabio y manejaba información, aunque nunca pudiera estar segura de en favor de quién se utilizaba.

Aquella tarde, además, su estado de ánimo era más irascible que de costumbre, a tenor de los últimos acontecimientos desarrollados. Suspiró, soltando todo el aire de sus pulmones, y ocupó la silla habitual en la larga mesa. Uxgon la había seguido en todo momento, concediéndole a su presencia el halo que, en ocasiones, le era tan ajeno. Liatli tenía veintiún años, era menuda y delgada, y aunque hubiera sido capaz de perpetrar un golpe de tamaña importancia, solía sentirse muy pequeña en aquel lugar. Acompañarse de soldados de la recuperada Timoria la ayudaba a engrandecerse, aunque no sabía si aquel efecto se daba ante el Consejo de Nix.

El general se mantuvo tras la silla de Liatli y sus ojos se clavaron en la nada, tratando de no mostrarse amenazante con ninguno de los consejeros.

El silencio se prolongó de manera incómoda entre los asistentes. Debía ser la emperatriz la que marcara el inicio de aquellas tediosas reuniones, pero Liatli no estaba por la labor de seguir

formalidades y protocolos.

Lasthas carraspeó y la mirada de la emperatriz sobre él mismo fue señal suficiente para que el demonio se atreviese a hablar:

—Con permiso, alteza imperial —dijo con voz cenicienta—, insisto en lo que os expresé la última vez. La Timoria no debería disgregarse por un... vampiro.

Las palabras del demonio captaron la atención de Uxgon y también la de Liatli, aunque el consejero no se mostró alertado ante ninguno de los dos.

—Tú me repites lo de la última vez —espetó Liatli con desgana— y yo hago lo mismo. La Timoria no está solo buscando a Eugenne D'Arsak que, para más señas era el señor de Estyria y general de las Espadas Rotas, un valeroso ejército vampiro que hubiera agradecido mantener en la recámara. También buscan a Ottana Vakkó. ¿Hace falta que te recuerde quién es?

—No, alteza, no es necesario.

Vanora alzó la mano ligeramente y sin esperar a que nadie le cediera el turno habló:

—Entiendo que los acontecimientos justifican el despliegue efectuado. Sin embargo, insisto en la necesidad de poner cuidado en nuestras acciones y, especialmente, de llevarlas a cabo bajo la más absoluta discreción. No nos interesa un ejército arrasando con todo, sino una mano silenciosa extendiéndose en pos de erradicar agentes molestos. Os recuerdo, alteza, que tenéis vuestra mejor baza en la búsqueda de la paz. Muchos podrían no entender las acciones de la Timoria como un inicio poco halagüeño para tal fin.

—¿Inicio? Llevo cinco años sentada en el trono, Vanora. Y no he derramado ni una gota de sangre.

—Salvo la de la familia imperial —repuso Olmer con calma—. La sangre no se olvida con más sangre.

—¿Me recriminas algo, licántropo?

—En absoluto. Solo os recuerdo que no todo el mundo en Ántico está con vos y que ganaros el favor de esos os costará más cuanto más sangre sigan apartando en el camino hacia su emperatriz.

Liatli se recostó en su silla, en absoluto ajena a la acritud que Olmer le profesaba. Sabía que la Argentum había sido la única legión leal a la Vakkó y aunque el licántropo no formaba parte de ella, tenía claro que pensaba igual. También Yrona, que solía ser mucho más discreta en sus valoraciones.

—Mi gente debe entender que les traigo la paz que la Vakkó les negó durante años, pero también deben saber que seré implacable ante cualquier burla o amenaza —anunció Liatli—. Haré un anuncio si es necesario, transmitiré mi voluntad. No quiero que piensen que tienen al frente a alguien débil.

—Saben que matasteis a toda la familia imperial en su propia casa —insistió Olmer—. No creo que os tomen por alguien débil.

—Me interesa tanto que no lo hagan ellos como que no lo hagáis vosotros. Esto podría costarte un severo correctivo, Olmer. El Consejo no está al margen de la Ley.

—¿Y que Ley prohíbe hablar con claridad... alteza imperial?

—Ninguna, por supuesto. Pero las ofensas a tu emperatriz sí podrían exigirte un alto precio. No quisiera entrar en esa dinámica, de modo que te pido cautela.

—Deberías estar agradecido a la bondad de nuestra emperatriz —intervino la voz melosa de Feilan—. Como vampira, lamento profundamente el papel adoptado por Eugenne D'Arsak. Es príncipe de Estyria y una influencia considerable en los círculos de sangre vampíricos. Como bien decís, sus Espadas Rotas nos hubieran sido de gran valía.

—Hubiera podido ser así —sentenció Liatli—, pero no lo ha sido. La Timoria no parará hasta

encontrarlo y darle muerte, al igual que a Ottana Vakko y también a Elain Deberis. Todo rastro de traición debe ser eliminado. Y ahora doy por finalizado este concilio. Estoy agotada.

El Consejo en pleno se puso en pie y tras un lento desfile de gestos que revelaban tanto como las propias palabras, Liatli permaneció allí sola con Uxgon.

—No puedo confiar en ninguno de ellos lo suficiente —murmuró la emperatriz, como si hablase para sí.

—La mayoría de ellos están con vos —respondió el general sin moverse de su sitio.

—Aun así. No me fio. No necesito que la oposición sea férrea para causarme problemas. Con que exista es suficiente. Y la hay.

Liatli se puso en pie y fijó sus ojos claros en Uxgon. Aquel hombre debía de ser uno de los pocos que no parecía sentirse intimidado por la mirada de hielo de la emperatriz.

—En ese caso, ¿a quién recurriréis? —preguntó.

—Ottana es la única que puede saber algo. Era parte de la línea de sucesión; Doroyan tuvo que ponerla al corriente, ella debe de saber qué ha sido de aquellos que estaban presos en Akiteria ahora que la tal Lucille ha muerto.

—Alguien debió aletargarla en ese hechizo y abrir su mente y corazón para convertirla en cárcel; eso está claro. Alguien debió de hacerlo. No puede ser tan difícil.

—La Vakko estuvo siempre llena de secretos. Incluso su idioma era de prohibida enseñanza. Abriré al kraático al pueblo. Todas las lenguas del imperio serán accesibles para los noctis que deseen conocerlas, una muestra más de mi buen voluntad.

—Que así sea, pues.

—Pero hay más secretos, Uxgon, y necesito conocerlos todos.

0

Anouk lo había dejado solo en el salón y Eugenne llevaba un buen rato zarandeado por un sinfín de pensamientos contradictorios. Permanecía sentado en el suntuoso sofá con la mirada clavada en un fuego que no le transmitía la más mínima calidez. Desvió la vista hacia los amplios ventanales y el viento que soplaba fuera sacudía las ramas de los árboles como si fueran marionetas agitando los brazos en actitud amenazante, pero en su mente solo redundaban las palabras de Anouk. Y contenerse le costaba cada vez más. Una parte de sí mismo deseaba subir la escalera, tumbar la puerta de June y exigirle mil explicaciones. Estaba dolido por su mutismo y se sentía ridículo por ello. Por otra se preguntaba qué obligación tenía la joven de contarle lo que Anouk había averiguado. Y la rabia más irracional acabó por ganar la partida. June sabía de la importancia de juntar lo *arkanais* y además, tenía pleno conocimiento del fin que tenía llevarlo a cabo: acabar con la maldición de Caronte. Y sin embargo, había guardado silencio.

Se puso en pie a gran velocidad y recorrió el amplio salón hasta llegar al vestíbulo. Ascendió la escalera como una ráfaga y se detuvo, alertado por una intuición que rara vez le fallaba. Al silbido del viento se sumó un cabalgar estrepitoso que aplastaba la tierra y hacía crujir las hojas secas. El sonido metálico ahogó todo lo demás y la sombra de Anouk recorrió el vestíbulo mirándolo. Eugenne permanecía inmóvil en mitad de la escalera, sujeto a la balastrada dorada. La puerta se tumbó en aquel momento y Anouk solo tuvo tiempo de recular para evitar que le cayera encima, mientras el vampiro recorría el último tramo de su vertiginoso ascenso. Se detuvo

arriba y escuchó el vozarrón de un hombre, retumbando como el trueno en la cumbre.

—¿Se refugia aquí? —preguntó sin más.

—Aquí no se refugia nadie desde hace tiempo —respondió la voz serena de Anouk.

—Llevamos días vigilándote por orden de la emperatriz y el vampiro ha llegado hoy. ¿Dónde está?

—Eugenne estuvo aquí, es cierto. Me pidió que intercediese con Liatli debido a un malentendido y después se marchó.

El soldado caminó unos pocos pasos, acercándose al demonio. Su mano descansaba sobre el pomo de su espada y sus ojos negros se paseaban por los altos techos con aire indolente.

—La has traicionado.

—Le profeso una total lealtad a la emperatriz. Resulta indignante que insinúes lo opuesto.

—Las órdenes eran claras —sentenció el soldado al tiempo que la hoja de su espada se deslizaba a través de la vaina en un movimiento suave que hizo gemir el acero. Tampoco aquel gesto, sin embargo, sirvió para alzar la menor inquietud en la estoica figura de Anouk—. Si mientes, debes morir.

La hoja resbaló con la misma elegancia y algo más de brusquedad en las entrañas del demonio. Anouk cayó al suelo de rodillas y Eugenne ya no lo pensó más. Había esperado una señal de la mujer, un gesto cómplice o una palabra que lo lanzase a una lucha con garantías, pero aquello no se había dado y Anouk había claudicado sin más ante los seis soldados que permanecían en semicírculo a la entrada. Y aunque lamentó la falta de previsión que debería haberlo llevado a salvar a Anouk, solo pudo correr pasillo a través buscando a June. Presuroso, Eugenne abrió varias puertas antes de dar con la joven, de pie en la tinaja de cobre que había en el cuarto, totalmente desnuda.

La lúzara se llevó las manos al pecho y al bajo vientre tratando de cubrirse, pero Eugenne se limitó a recoger una toalla y lanzársela por encima.

—Hay que salir de aquí —exclamó.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta?

—¿No me estás escuchando? Hay que salir de aquí.

El vampiro caminó hacia la cama en un par de zancadas y recogió una sencilla bata blanca que había sobre ella. Envolvió a June con la prenda y la agarró de la mano, arrastrándola hasta el pasillo, que recorrieron en dirección opuesta a la escalinata.

—¿Se puede saber qué cojones está pasando? —exclamó June, mientras Eugenne continuaba tirando de ella. Sentía su propia mano fría y carente de circulación sanguínea, pero cada vez que trataba de zafarse, el vampiro potenciaba el agarre.

—Han matado a Anouk —susurró Eugenne volteando un recodo en el largo pasillo—. Y lo harán con nosotros si nos descubren aquí.

June se agarraba la bata, tratando de mantenerla cerrada y procurando no hacer del frío un problema mayor, pero el desconcierto y aquella repentina huida no ayudaban a concederle calma.

—¿Cómo es eso de que la han matado? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Quién?

—¿No lo adivinas?

Eugenne abrió un puerta que quedaba prácticamente camuflada con la roca de la tapia y de pronto estuvieron en una especie de biblioteca pequeña y polvorienta. Los anaqueles que la conformaban eran bajos y apenas había tres de ellos, pero todos estaban completamente atestados de libros, viejos volúmenes tan sucios como la propia estancia. Había una mesa de madera al fondo y una pequeña chimenea apagada. Eugenne se movía en aquel sitio con soltura y eso hacía evidente la amistad que debía de haberlo unido a Anouk y las veces que debía de haber estado en

aquel sitio, del que además, conocía accesos y rutas secretas. Movi6 uno de los grabados de la pared y la mesa de madera se separ6 en dos piezas, dejando al descubierto un paso en la roca que quedaba a su lado.

—¿Tu emperatriz la ha matado? —bram6 June, llevándose después una mano a la boca ante la voz aguda y demasiado alta que le había salido—. ¿Y d6nde queda su infinita bondad, Eugene? ¿Sigues confiando en ella?

—Su infinita bondad queda soterrada tras las nulas ganas de ser traicionada.

—¿Traicionada?

—Metiste en mi casa a nuestro peor enemigo, June. Y yo he cometido el error de venir a pedirle ayuda sin prever que tambi6n estarían vigilando a Anouk. Es culpa mía.

Eugene aceptaba una parte de culpa, pero indirecta o directamente acababa de atribuirle otra gran parte a ella, y June hubiera deseado ponerse a gritar. All6 realmente nadie confiaba en nadie y los apoyos no eran sino maniobras interesadas en pos de beneficios propios, pero las voces de los soldados llegando hasta all6, la obligaron a guardar silencio y escurrirse junto a Eugene a trav6s de aquellos oscuros pasadizos secretos.



24 Juegos de traición

Cuando Adrien bajó la escalera de la vieja casa en la que él, Res y Elain se estaban ocultando, encontró a estos dos juntos en el salón. Elain permanecía de pie y Res lo hacía agachado en el suelo, sobre el trazo de una especie de dibujo circular. Los dos se volvieron ante su llegada y Adrien se sintió como un insecto molesto. Eran amigos, habían crecido juntos y era la segunda vez que llegaba de manera inesperada mientras ellos charlaban tranquilamente.

—Hola —saludó con timidez.

Res se puso en pie y le dio un beso rápido en los labios.

—Hola. ¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras le acariciaba la mejilla.

—Bien. ¿Qué estáis haciendo? —quiso saber Adrien.

—Abrir un portal —respondió un sonriente Elain—. Es la forma más rápida de moverse por Noctia, pero por desgracia no soy muy ducho en brujería fuera de combate. Nunca me interesó demasiado y ahora me doy cuenta de lo útil que era.

—Tranquilo —intervino Resryon—. Yo lo haré.

Elain pestañeó dejando patente su incredulidad.

—Hola, alteza imperial —bromeó Elain—. Rito de Paxia ¿te acuerdas? Nada de espadas y nada de dagas y nada de arcos y flechas y nada de magia —recalcó con intención.

—¿Nada de magia? —preguntó Adrien, sorprendido—. La utilizaste en Luzaria.

—Hay una serie de dones innatos que sí pueden utilizarse aunque hayas iniciado el Rito de Paxia —explicó Res—. Son los que usé en Luzaria. Pero la Alta Brujería se aprende y es esa la que no puede emplearse.

—¿Y abrir un portal es Alta Brujería?

—Sí —exclamó Elain—. Lo es.

—Da igual, rompí el Rito en Akiteria —respondió Res, como si hubiera dicho alguna nimiedad.

Elain miró a Adrien, que se mantenía mudo, alejado del trazado en el suelo.

—Bueno, lo sorprendente sería que hubieras salido de allí sin tocar un arma. No te preocupes.

Res buscó al lúzaros con una mirada fugaz y volvió a agacharse para continuar con el trazo de aquel símbolo que debía de formar parte del hechizo o el conjuro para abrir un portal que los llevase lejos de allí sin un penoso viaje de por medio. Adrien lo agradecía, desde luego.

—No me has contado nada de allí —siguió diciendo Elain, con naturalidad—. ¿Qué te hizo recuperar la espada? Debió de ser jodido.

—Las cosas serían más sencillas allí si no estuvieras permanentemente con algo roto. Cada paso es una puta trampa y lo peor que te puede pasar es quedar lastrado.

—Entiendo. ¿Qué hay allí?

—Ósilos, hay dos sobrevolando la cárcel.

—Joder, ¿entonces es cierto que existen?

—Sí, existen. Al menos en la conciencia de esa loca.

—¿Usaste la espada con ellos? Venga ya, ¿tumbaste a una bestia de esas con una espada?

Res sonrió fugazmente mientras lo miraba y retomaba su tarea en el suelo. Adrien tuvo la sensación de estar en mitad de una charla entre amigos. No se sentía celoso de Elain por creer que pudiera haber existido algo más entre los dos, sino por la complicidad que se hacía más que evidente entre ambos, porque Elain había estado ahí siempre, de manera incondicional. Pero el propio Res le había pedido que desterrase pensamientos insanos sobre lo acontecido en Luzaria y aunque le costase horrores, lo haría, pues tampoco era justo ignorar lo que había hecho para salvarlo.

—¿Qué es un *ósilo*? —preguntó Adrien, mientras tomaba asiento sobre la mesa, junto a Elain.

—Es el esqueleto de un dragón muerto —respondió este último—. Los nigromantes le devuelven la vida, pero nunca habíamos visto uno y llegamos a dudar de su existencia. Sin embargo ya lo ves, Resryon Vakko retomó las armas para tumbar a un bicho de esos con una espada. Son enormes.

—No retomé la espada por ningún *ósilo*. Siento cargarme la leyenda, pero los dos que había seguían vivos cuando me sacasteis de allí.

—Vaya, ¿Y entonces?

—¿Qué más da?

Elain sonrió.

—Vamos, Res. ¿Tienes miedo a que suene ridículo? Vale, no la recuperaste por un *ósilo*, da igual por lo que fuera. No lo habrías hecho si no hubiera sido necesario.

—Pues quédate con eso.

—Dioses, le das tanto misterio que acabaré pensando que fue por un gusano. No pasa nada y si no...

—Fue por Zarik, ¿vale?

Res había tratado de sonar templado, pero la interrupción dejó patente un tono duro y hastiado. Le había incomodado acabar confesando y aunque Adrien no tenía claro por qué, el cambio en la expresión de Elain parecía entenderlo.

—¿Estaba allí? —se limitó a preguntar este.

—Sí, estaba allí.

—Joder... Pues arrancarle hasta el último puto órgano del cuerpo me parece una buena razón para retomar una espada.

—¿Zarik Noleon? —se atrevió a preguntar Adrien.

Res y Elain lo miraron, incapaces o en absoluto interesados por ocultar su sorpresa. Hasta ese día, Adrien solo había oído aquel nombre una vez, pero le resultaría imposible olvidarlo porque aquel era el único chico del que Resryon se había enamorado alguna vez, según le había explicado Moran.

Res se puso en pie y Elain dio un saltito desde la mesa, apartándose hasta la ventana.

—¿Cómo sabes quién es? —preguntó el joven príncipe.

—Moran me habló de él. Yo le pregunté... por algunas cosas. ¿Mataste a ese chico? ¿Porque te traicionó?

Aquello ni siquiera trataba de ser un reproche. Se había jurado no volver a hacerle uno, al menos en lo que a actuaciones respecto de lo sucedido con su familia se refería, pero los pensamientos traicioneros regresaron a su mente y le hicieron plantearse por qué había matado a aquel chico por lo mismo por lo que a él le había perdonado.

Resryon buscó a Elain con la mirada y este se mantenía sentado sobre el alféizar de la ventana, atento a la respuesta.

—Lo maté, pero no por eso.

—¿Y entonces?

—Es una historia muy larga, Adri.

Pero Res empezaba a conocer bien a Adrien y aquellas últimas respuestas habían prendido también preguntas en Elain.

—¿Podemos abrir ahora el portal? —preguntó—. Hablaremos de ello de camino a Los Cimientos. Es peligroso que prolonguemos nuestra estancia aquí.

—Mira, en eso estoy de acuerdo.

Elain regresó junto a Adrien y Resryon y este último se alejó un par de pasos y unió sus manos como si solicitase caridad. Sus ojos se encendieron por un momento y de ellos se desprendió una voluta de humo amarillo que alcanzó las palmas de sus manos y cayó al suelo como agua cuando Resryon las separó. Convertido, entonces, en un líquido dorado, recorrió cada trazo hasta dibujar el mismo círculo y los mismos símbolos que había en el suelo. De entre ellos se alzaron nuevas líneas rectas que conformaron una puerta al otro lado de la cual se alzaba un bosque de espesa arboleda. Era de día en ella y Adrien sintió una emoción nueva al redescubrir el sol.

—Vamos.

Elain colocó su mano sobre el hombro del muchacho y lo acució a cruzar sin demora. Él mismo lo siguió y, por último, lo hizo Resryon. Al instante las líneas desaparecieron y el portal se esfumó. Ante ellos solo quedaba un bosque tras el cual despuntaban los rayos del sol, que les molestaban en los ojos por la forma en la que incidían sobre ellos.

—Joder, sol —murmuró Adrien.

Cerró los párpados y se empapó de aquella luz de bronce que llevaba tantos días sin sentir.

—Odio el sol —farfulló Elain.

—Y yo —apuntó Resryon.

—Creí que a ti te gustaba —espetó de nuevo el primero.

—He tenido sol para mil vidas créeme.

—¿Hay sol en Akiteria?

—Solo hay sol en Akiteria.

—Y hablando de Akiteria, ¿vas a contarnos qué pasó con Zarik?

Resryon volvió a buscar de nuevo a Adrien con la mirada y este se colocó junto a Elain.

—Sí, dijiste que querías cruzar el portal y ya lo hemos hecho —señalo el lúzar.

—No puedo creerlo, ¿sois cómplices en una conjura contra mí? —espetó el brujo, entre incrédulo y divertido.

Ninguno de los otros dos dijo nada y el tono jocosos se esfumó al instante como lo había hecho el portal.

—Zarik me ayudó, estaba muriéndose y me pidió que acabara con su sufrimiento. Lo atravesé con una daga. Fin.

Se apartó de allí y echó a andar, pero ninguno de los dos muchachos lo siguió. Res se detuvo, resoplando y volvió a darse media vuelta.

—¿Rompiste el Rito de Paxia por compasión hacia ese tío? —preguntó Elain.

—Ya te he dicho que me ayudó. De no ser por él, cuando matasteis a Lucille yo no habría estado allí. Me empeciné en buscar la salida por abajo, pero abajo no estaba. Ni arriba. No la había y no lo habría sabido de no ser por él.

—¿Estamos hablando del mismo hijo de puta que le entregó sus legiones a Liatli Hassul para

destrozarte? ¿Del mismo que apoyó la muerte de tu familia? ¿Del mismo que te vendió a pesar de jurarte amor eterno? Mil veces te advertí que no era buena idea enredarse con un rey subyugado y mil veces me ignoraste, pero esto...

—No puedo creer que vayas a empezar con eso ahora —lo interrumpió Resryon—. Soy plenamente consciente de todo cuanto hizo, pero se sacrificó por mí, ¿vale? No solo me ayudó a salir de allí, sino que...

—¡No te ayudó a salir de allí, Res! —bramó Elain, furioso—. Fuimos nosotros los que entramos en tu casa y te sacamos de Akiteria. Fuimos nosotros los que nos la jugamos, fue él quien se comió diez latigazos de la Timoria por ti, ¿y ahora le cuelgas medallas a ese malnacido? No hay quien te entienda.

Elain se internó en la espesura y a su paso, golpeó el tronco de un árbol, calcinándolo al instante.

—¡Elain! —gritó Resryon—. No se puede hacer magia aquí.

—¡A la mierda la magia, a la mierda las reglas y a la mierda tú! Tu padre te lo repitió mil veces —siguió gritando. Se había dado la vuelta y le hablaba a Res con un dedo acusador apuntándolo directamente como si fuera una espada de condena—. Eras el mejor soldado de la historia antigua, el mejor general, un bendecido de los dioses oscuros. Pero siempre te pudo el corazón y nunca para bien. He pasado cinco años de mi vida en la mierda, contigo, a tu lado, luchando por no dejar que te hundieras cuando quisiste rendirte, aceptándolo cuando juraste no pelear nunca más y dándote la mano cuando cambiaste de opinión para levantarte. Busqué a tu hermana, la protegí, hice todo lo que me pediste. Para que ahora vuelva ese hijo de puta y mandes todo a la mierda por él. ¿Cómo puedes ser tan imbécil?

—No tienes ni idea de nada, de lo que pasé en Akiteria, de cómo son las cosas allí y de lo que supuso que él estuviera allí.

—¡Venga ya, Resryon! —Elain regresó sobre sus pasos y le asestó un fuerte empujón al brujo—. Mató a tu hermana con una cría recién nacida, a tu padre. Habría hecho lo mismo contigo y con Ottana.

—Fue Liatli quien hizo eso, no él.

—¡Con su ayuda! —bramó Elain—. No te mereces esto —concluyó, hablándole a Adrien mientras se marchaba.

Resryon lo miró, sin moverse de su sitio, temiendo su reacción.

—No es lo que cree. Entiendo lo que siente, pero yo no... Para mí solo estás tú.

Adrien se acercó a Res y lo besó en los labios.

—Ya lo sé.

—No he sufrido traición más grande que la de Zarik, Adrien, pero estaba arrepentido y quería ayudarme. Sé que no fue fácil para él, pero no solo me indicó cómo salir de allí sin condenarme, sino que me ofreció sus legiones. Juró que moriría bajo mi espada, aceptaba que era la única forma de saldar su deuda y yo no podía dejarlo sufrir de ese modo. Lucille lo estaba destrozando, pero lo mantendría con vida hasta llevarlo a un límite insostenible. Fue un acto de caridad, tú lo hubieras tenido con Chris.

—Me acosté con él. Cuando tú te fuiste me acosté con Chris.

Adrien no supo, siquiera, por qué había dicho aquello. ¿Acaso respondía a una necesidad de devolverle el golpe a Res? ¿A una de sincerarse como él mismo lo estaba haciendo? Había llegado a conocer de la importancia del Rito de Paxia. En las más extremas situaciones en Luzaria, Resryon se había negado a tomar un arma para mantenerlo vigente; no lo había concluido, pero estaba decidido a hacerlo. Sin embargo, en Akiteria había roto con todo para darle una

muerte piadosa a la persona a la que un día amó.

—¿Por qué? Es decir él y tú...

La pregunta de Res lo rescató de sus pensamientos.

—No lo sé. Necesitaba arrancarme tu imagen, todo lo que habías despertado en mí. Después de que te fueras, él insistió. Me buscaba, me prometía mil cosas que sabía que no cumpliría, pero me daba igual. Nadie iba a apartarme del abismo, así que solo buscaba que me empujaran a él.

Adrien lo abrazó y de nuevo, como solía pasarle, solo allí olvidaba las encrucijadas y las dudas que lo habían torturado. Resryon se había convertido en su única certeza y aunque las palabras fueran suficientes para creerse uno al otro, el *Uilmel*, intacto pese a todo y pese a todos, se había convertido en una innecesaria confirmación.

0

Ottana se apartó los rizos de la cara y mantuvo la mirada fija en la interminable lista de nombres que Anven le había facilitado: los integrantes de la Timoria. La legión era enorme, casi tan grande como lo había sido antes la *Leggio*, las tres legiones de su padre juntas. Reconoció nombres en aquel listado; no todos porque nunca había puesto interés en aquello, pero sí los suficientes como para tener claro que muchos de los miembros de la *Áurea* y la *Aes* se habían pasado a la Timoria. Por lo que sabía, ni un solo licántropo de la *Argentum* lo había hecho, pero no tenía ni la más remota idea de dónde estaría la Legión de Plata. Si pudiera dar con ella, Ottana sabía que estarían de su lado. Moran Tropps, su general, siempre había sido un buen amigo de Doroyan y cuando las cosas se habían precipitado con el asesinato de su familia, fue él quien estuvo ahí, tratando de que su hermano, cegado por la ira y arrastrado por la sed de venganza, no acabase volviéndose loco.

Se volvió, alertada ante la llegada de Anven, que venía resollando. Ocultarse en aquella gruta en mitad del bosque no era lo más seguro del mundo tal y como estaban las cosas, pero hacerlo en *Ántico* resultaba aún más peligroso. Anven se había escapado cada vez que había podido para visitarla, pero hacerlo la exponía y la joven había racionado mucho y prudentemente su escapadas.

—Nos van a matar a todos —dijo mientras trataba de recuperar el aliento.

—¿Has averiguado algo sobre mi hermano?

Ottana se incorporó y se acercó a la muchacha que, no obstante, la agarró del brazo y volvió a adentrarla en la oscura rocosidad de aquella gruta que Otty aseguraba conocer bien.

—Nadie sabe nada de Res. Ni siquiera nosotras podemos estar seguras de que esté bien y esté aquí. No hay rastro de Elain ni del chico que lo acompañaba.

—Si se han marchado es porque él está bien.

—A día de hoy no tenemos ninguna certeza, Ottana. Y sigo pensando que deberías largarte de aquí. Estar en *Ántico* te pone en peligro y de paso, también a mí. Aseguras que Atalanta cuidó de vosotras tiempo atrás, ¿no? De Alea y de ti; incluso de Resryon y de Elain. Vuelve con ella.

—No voy a volver con ella y no insistas más en eso. —Aquella determinación se le hacía nueva a Anven, que siempre había visto en Ottana a una cría miedosa, eludiendo toda responsabilidad. Aquella actitud la había crispado y sin embargo, escogía el peor momento posible para dejar de ser así—. Te he dicho que estoy aquí con el firme objetivo de recuperar el trono. Solo así mi hermano podrá volver con tranquilidad y solo así yo seré capaz de redimirme con él. Pero necesito una legión, Anven.

—No puedo conseguírtela. La Timoria la conforman aquellos que acabaron hartos de la *Vakko*.

¿Quién crees que se cambiaría de bando ahora? El simple hecho de plantearlo me enviaría a la horca.

—¿Hartos de la Vakko? ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, Ottana, te estoy hablando de manera muy clara. Me jugué la vida en cada batalla, en cada conquista y en cada anexión. No vengas ahora a indignarte por el hartazgo que había en las filas de la Áurea, por supuesto que lo había. Pero eso no quita que unos pocos hubiéramos ido con Resryon hasta el mismísimo infierno. Yo lo habría hecho.

—Eso no lo sé yo.

—Lo sabía él. Lo sabe. Y eso es más que suficiente.

—Iré al Áleon con legión o sin ella. La Vara de Paxia me protege. Liatli no podrá hacerme nada. Ni su Timoria tampoco.

Acarició la reliquia y Anven la miró, como si tratase de impregnarse de su protección.

—¿Y qué esperas conseguir plantándote allí? ¿Le exigirás que te ceda el trono y piensas que se irá? ¿Así, sin más?

—Yo...

—Necesitas una legión, Ottana Vakko, tú lo has dicho. El problema es que no hay ninguna que le sea leal a tu familia. Solo la Argentum se mantenía en su sitio y la Legión de Plata desapareció hace mucho. No tomarás el trono de otro modo que no sea por la fuerza. Y hablo de una fuerza que supere a la Timoria.

Ottana tomó asiento sobre una piedra y fijó la vista en aquella interminable sucesión de nombres, hombres y mujeres que no le decían nada. Sabía que Anven tenía razón, pero necesitaba dar un golpe sobre la mesa por ella misma, redimir cada ofensa que su estirpe hubiera tenido que soportar en los últimos años y propiciar que Resryon, estuviera donde estuviese, pudiera nombrarla con orgullo. Y así lo haría.

Anven dio media vuelta y se marchó de nuevo tras dejarle algo de comida dentro de un zurrón. También detestaba aceptar que la joven estaba asumiendo un enorme riesgo al visitarla y supo que Res le estaría agradecido.

0

La Cógnota había quedado atrás, engullida entre las sombras y la niebla baja que siempre poblaba el lugar. Eugene ni siquiera había podido recuperar a su caballo, que debía de haber quedado a buen resguardo en los establos de aquel sitio. Los entresijos internos de la vieja edificación les habían concedido una asfixiante libertad, y huir de allí se había tornado en una angustiosa misión. La maleza los había cobijado y la noche se había ofrecido como aliada para ocultarlos ante los numerosos ojos de la Timoria que habían llegado hasta allí para dar con el vampiro, pero aquello no había hecho, sino empezar.

June frotaba sus propios brazos, helada como se sentía tras la inesperada huida. No se había quejado, pues las urgencias apremiaban y lo sucedido con Anouk aún la mantenía en *shock*. Por suerte, ella no había visto nada de lo ocurrido, pero el mero hecho de saberlo, le revolvía las tripas.

Se agachó en las lindes del riachuelo que serpenteaba en el bosque y bebió del agua helada que se le escurría entre los dedos temblorosos.

—¿Pensabas contarme alguna vez que formas parte de la Sociedad de la Luna?

La pregunta de Eugenne sonó a su espalda y por un momento valoró la posibilidad de no girarse, de salir corriendo y probar suerte en una huida imposible, pero su sentido común la disuadió de ello. No podía pasar la vida huyendo de la mirada de Eugenne; ni siquiera lograría hacerlo una sola noche, pues su visión ya no era la misma que cuando estuvo convertida. Se ahorró la pregunta, convencida de que había sido Anouk quien se lo había contado. Y que lo supiera aquel demonio, ya no la sorprendió. Se puso en pie, abrazándose aún a sí misma y se volteó, despacio, tratando de no mostrar inseguridad.

—¿Hay alguna razón por la que tuviera que contártelo?

Eugenne llevaba su larga melena suelta, a la altura de los hombros y aquel aspecto salvaje agradaba a June tanto como la inquietaba. El vampiro la había ayudado siempre, pero no lo conocía y tenía la impresión de que cada cosa que ocurría tensaba más la cuerda de sus propios límites. ¿Hasta dónde se estiraría? ¿Dónde terminaría su indulgencia?

—No, supongo que no —respondió sin embargo—. ¿Tenéis más *arkanais*?

—Eso no es asunto tuyo.

—June, acaban de matar a Anouk por mi causa. —Eugenne se acercó y el nerviosismo de la joven se prendió como una mecha; y ni siquiera estuvo segura de a qué se lo atribuía. El vampiro no la asustaba, de eso estaba convencida o al menos, de eso quería convencerse—. Puedes juzgar los métodos de Liatli, pero no sus objetivos: desea acabar con la maldición de Caronte, que almas inocentes dejen de perecer cada cien noches por el pacto injusto de una mujer ambiciosa como Tanray Vakko.

—Sigues defendiéndola, no puedo creerlo.

—Maldita sea, June. Yo habría hecho lo mismo que ha hecho ella. Me considera un traidor y todo me señala. Claro que ha puesto precio a mi cabeza. Y Anouk me ha ayudado, eso la sitúa en mi mismo bando. Liatli es joven, pero está bien asesorada.

—¿Por el Consejo de Nix? Igual que el de la Luz, solo vela por sus propios intereses.

—Si no estoy equivocado, la Sociedad de la Luna también tenía ese objetivo: coleccionar *arkanais* para saldar la deuda.

Eugenne había ignorado deliberadamente las acusaciones de June. No podía perder el tiempo en opiniones personales y, por contra, si aquella sociedad que creía extinguida, tenía *arkanais* en su poder, los necesitaba, por sobre todas las cosas.

—June, por favor.

Se acercó más a ella y le sostuvo la mano en un gesto suplicante.

—Ya veo que conoces bien la sociedad —respondió ella, zafándose—. No creo que necesites información.

—La conocía hace muchos años, pero tenía entendido que se había disuelto y que el Consejo de la Luz era el único organismo que mediaba con noctis.

—La Sociedad de la Luna no media con noctis. —June cerró los ojos y suspiró profundamente antes de seguir hablando. La duda la sacudía por dentro. No deseaba revelar nada al vampiro, pero al mismo tiempo aceptaba que el fin de la sociedad y el de la emperatriz oscura era el mismo: acabar con Caronte y su escabechina—. Conocí a Sarah hace poco más de un año.

—¿Quién es Sarah?

—La mujer de Moran Tropps. O exmujer. Su hija iba a venir a vivir a Noctia y ella estaba empeñada en limpiar este lugar de esa maldición para que Rum no corriera ningún peligro al establecerse aquí. Forjé una buena amistad con Sarah y me ofreció acceder a la sociedad. Sabía que me fascinaba el mundo noctis y que conocía muchas cosas, pero no tenía ni idea de lo que eran los *arkanais*. Sin embargo, conocer de la existencia de esas monedas me resultó increíble y quise

ayudarla.

—Tenías una misión al llegar aquí durante la Conmuta, ¿verdad? Por eso robaste mi *arkanai*.

—Tenía que robar el de Anouk, pero me encontré con el tuyo por sorpresa en la palma de mi mano. Al fin y al cabo, los necesitábamos todos si queríamos...

Multitud de luces blancas interrumpieron la conversación. Eugene reculó un par de pasos, entrecerrando los ojos y protegiéndose con los brazos, pues el intenso resplandor amenazaba con dejarlo ciego. Para June la molestia también fue importante y cuando la luz aflojó, se encontraron rodeados de varios soldados de nívea armadura.

—La Guardia Blanca —musitó June.

Eugene la miró, sorprendido ante aquella revelación y para sorpresa de ambos, Ander Winchester se abrió paso entre la multitud, perfectamente armado y equipado.

—Papá...

El hielo fue respuesta en los ojos de su padre. No hubo emoción contenida por el recuento ni ningún otro tipo de sentimiento que pudiera adivinarse bajo la escarcha. Verlo ataviado de aquella forma no le resultó más extraño que su propia presencia. Los miembros del Consejo de la Luz también lo eran de la Guardia Blanca, aunque solo en contadas ocasiones tomaran parte en algunos eventos y, desde luego, hacía mucho que en Luzaria la guerra no era una enemiga.

—¿Dónde está Adrien? —preguntó Ander secamente.

—No lo sé —logró responder ella.

—Os venís ahora mismo a Luzaria —anunció el hombre con dureza—. Las cosas van a cambiar mucho a partir de este momento, June. Y tú, vampiro, quedas detenido en nombre del Consejo de la Luz.

—Papá...

Ander le asestó un soberbio bofetón cuando la joven trató de agarrar su brazo. June reculó hasta que su cuerpo topó con el de Eugene, que parecía tranquilo. El vampiro la miró y su mano suave se deslizó sobre el golpe en el rostro aún sorprendido de la muchacha.

—Apártate de mi hija, malnacido.

El seco empujón de Ander lo envió contra dos soldados que no se demoraron en esposar sus manos a su espalda sin que él tratase de resistirse. June observaba la maniobra, horrorizada, mientras su propio padre la cubría con una manta.

Los soldados arrastraron a Eugene lejos de allí y a ella la voz la traicionó con un silencio ahogado.

—Me has decepcionado enormemente, June. Confiaba en ti y... te has vuelto loca. Pero esto no va a quedar así. Te lo juro. Vamos. Volvemos a casa.

La agarró con fuerza del brazo y la arrastró hasta la Vía Negra, en cuyo trazado aguardaban los vehículos de la Guardia.



25 Los Cimientos de la Historia

Paradójicamente, Los Cimientos parecían el lugar más normal de Noctia o al menos el más similar a Luzaria. Sin poder hacer uso de la magia en aquellas tierras indómitas envueltas por una gruesa espesura, se habían visto obligados a caminar durante un buen rato. El sol había descendido en lo alto del firmamento, dejando paso a una noche serena de agradable temperatura. La luna era un astro gigantesco coronando el éter y a pesar de la oscuridad que les flanqueó el camino hasta el templo, podían ver sin demasiados problemas.

Elain avanzaba en primer término, marcando un ritmo temerario.

—¿Cuánto más vais a alargar esto? —preguntó Adrien.

—Conozco a Elain. Necesita tiempo y espacio. Acabará por entenderlo.

—¿Sabes que él y mi hermana...?

Resryon se detuvo y lo miró, alzando una ceja. Después retomó el paso.

—¿Hablas en serio?

—No digo que haya nada entre ellos, pero sí ha pasado algo.

—¿Dónde está tu hermana?

—No lo sé. Nos separamos al entrar en el Áleon. Discutimos. Espero que esté bien.

Resryon lo miró largamente. Hubiera querido poder tranquilizarle, pero la situación era cada vez más compleja en Ántico y llegar hasta allí sembraba todo de incertezas, máxime cuando uno no era un ciudadano más que aceptaba sin reparos el gobierno de Liatli Hassul. El brujo solo fue capaz de agarrar su mano y entrelazar sus dedos, apretándolos con fuerza. Adrien le respondió con una sonrisa y lo abrazó mientras seguían avanzando.

—Me alegro de estar contigo —murmuró contra su cuello.

—Yo también, aunque no aquí.

Adrien se separó sin soltar su mano.

—Ojalá estuviéramos en Luzaria —apuntó—. Ojalá hubiéramos podido cumplir con el año de la Comuta, lejos de todos estos peligros y penurias. Levantarnos todos los días bajo el mismo techo; poder tocar la guitarra dedicándote alguna canción. Te hubiera llevado a comprar ropa todos los días.

Resryon sonrió.

—No, no lo hubieras hecho.

Adrien rio también, evocando aquel día y el agobio del brujo.

—Bueno, hubiera sido la excusa.

Res se detuvo, tirando de la mano que aún le agarraba a Adrien. El cuerpo del lúzaró topó con el suyo propio.

—No necesitas excusas —murmuró contra su boca antes de fundirse en un beso ajeno a todo.

Retomaron el paso y pronto, la sombra del templo se alzó en mitad del claro, una edificación

de elevada altura que, sin embargo, no habían sido capaces de divisar desde ningún otro punto, y eso resultaba difícil de entender, puesto que su estructura sobresalía muy por encima de los árboles.

—Los Cimientos —murmuró Resryon—. Aquí empezó todo, el origen de los noctis.

La sombra de la torre se proyectaba amenazante en el suelo, eclipsando la claridad de aquella noche serena.

Resryon se apartó del lado de Adrien y corrió hacia Elain para agarrarlo de la camisa en el momento justo en el que una enorme gárgola de piedra se desplomaba frente a él. Adrien los alcanzó y miró a Elain, preocupado.

—¿Estás bien?

El brujo solo pudo asentir mientras miraba a su amigo.

—Gracias —musitó—. ¿Cómo sabías...?

—No lo sabía. Pero no podía ser tan fácil entrar.

—Largo tiempo ha transcurrido desde que la vida en Noctia se apartó de su origen. —La voz de aquel colosal fragmento de piedra era arena en la garganta y trueno en la cumbre. Su roca era oscura y estaba desgastada por las inclemencias de un tiempo implacable—. Hoy la calma del templo vuela a verse perturbada.

Resryon alzó la mirada al cielo y encontró el punto en el que la gárgola debía de haber descansado, vigilante, hasta que unos pasos intrusos la habían alertado y apremiado a abandonar su lugar. Había una polvareda revolviéndose en lo alto de la torre y otras gárgolas parecían removerse inquietas en las alturas.

—Alguien llegó hasta aquí una vez solicitando la inmortalidad de Caronte —dijo Resryon con voz tranquila.

—Hasta en dos ocasiones llegó aquí Tanray Vakko. La primera, para efectuar la petición y sellar el pacto. La segunda, para que su hija heredase el don. ¿Qué vienes a pedir tú, Resryon Vakko, hijo del linaje inmortal?

El interpelado tragó saliva. Pocas cosas lo inquietaban y a muchas se había enfrentado. Pensó en Tine y la imaginó sufriendo en lo que los dioses oscuros quisieran que hubiera terminado siendo Akiteria. Una cárcel en la conciencia y el corazón de un muerto. Si alguna vez había pensado que aquel sitio no podía ser peor, ahora estaba convencido de que sí.

—Hoy soy yo quien os reclama la inmortalidad que Tine Hassul accede a cederme.

La gárgola guardó silencio durante largos segundos antes de que su voz volviera a hacer temblar el mundo:

—Uno tras otro... Todos reclamáis lo mismo y ninguno repara en fallos. La inmortalidad sigue pareciéndoos un don y estáis dispuestos a pagar el precio más alto por gozarla. Sea así, pues. Caronte os la concedió y hoy tú la recibes libremente. Si de veras lo haces con el beneplácito de su dueña, la poseerás. Si no es así será destruido. Accede al templo... solo.

Resryon resopló y dio media vuelta y suspiró, mirando a Adrien.

—No habías dicho nada de eso último —apuntó este—. Si esa mujer no te la cede libremente, entrar ahí te destruirá.

—Sí me la cede libremente —respondió él, acercándose—. No te preocupes.

—¿Y si es una trampa? —insistió Adrien—. Es una Hassul, ¿no? Como Liatli.

—Adrien, volveré enseguida. Confía en mí.

Lo besó, despacio, grabando cada segundo, degustándolo, como si aquel beso pudiera cargarlo de una determinación que aparentaba más que sentir. Confiaba plenamente en Tine y la sombra de la traición no había planeado sobre ella en ningún momento, pero Resryon recordó, entonces, que

había vivido rodeado de un imperio de ellos y que nunca lo había previsto.

—Ten cuidado —le pidió Adrien.

—Descuida.

Después, Resryon miró a Elain, que se mantenía en su sitio.

—Deséame suerte, al menos.

—Nunca la has necesitado.

—¿En serio vas a dejar que se vaya así? —exclamó Adrien, incrédulo—. ¿Cuándo os conocisteis?

—¿A qué viene esa pregunta? —quiso saber Elain—. Volverá en un momento y siendo...

—Responde —le exigió Adrien, avanzando unos pocos pasos para colocarse entre los dos.

—Era el hijo del emperador —respondió Elain, señalando a Res con la cabeza—. Siempre supe que existía. Todo el mundo lo sabía.

—Me refiero a la primera vez que hablasteis, que hicisteis algo juntos, lo que sea.

—Adrien, no es el momento —intervino Res.

—Exacto —corroboró Elain—. Puede que en tu mundo de algodón cada acto suponga un trago. Pero este es nuestro día a día: el peligro, la guerra, la sangre, la incertidumbre...

—¡Exacto! —gritó Adrien, furioso—. Peligro, guerra, sangre e incertidumbre. Vuestra vida no ha tenido nada que ver con la mía, claro que no. Joder, dirigíais batallas mientras yo me enfrentaba a exámenes. Os habéis movido siempre al filo, la posibilidad de perderos el uno al otro es tan natural entre vosotros que ni siquiera os habéis parado a pensar en lo que implica de verdad. Y solo el día que sea tarde os daréis cuenta.

Resryon y Elain se miraron.

—Él será inmortal —señaló este último.

—Hay mil formas de perder a una persona, Elain. Y no todas tienen vuelta atrás. Tiene que entrar ahí y jugárselo todo a que no sea una trampa.

—Antes de entrar en la Praes —intervino Resryon, captando la atención de todos—. Espiábamos a los que ya estaban dentro desde la parte posterior de los acuartelamientos, encaramados al muro. Eso sí, estuve un mes hablando solo —añadió sonriendo.

Elain suspiró hondamente.

—Eras el jodido hijo del emperador —dijo—, hablar contigo daba miedo. Si te ofendía podías ejecutarame.

—Ejecutarte... —murmuró Res, sonriendo.

—¿Qué quieres? Tenía seis años.

—Seis años —volvió a decir Adrien—. Tenías seis años cuando lo conociste, habéis pasado la vida juntos, hace unos días ni siquiera sabías si estaba vivo y ahora que lo tienes aquí, ¿te limitas a ignorarlo porque hizo algo que no entiendes?

—¿Estás intentando mediar?

Elain apoyó el peso de su cuerpo sobre una pierna mientras negaba con la cabeza.

—Es que esto es ridículo —repitió Adrien—. Joder, ¿qué le reprochas?

—Tú estás colgado de él, no eres objetivo.

—Y tú eres su mejor amigo, tampoco eres objetivo. —Adrien caminó hacia Elain, dejando a Res algo más atrasado—. Ninguno de nosotros puede ser objetivo con él y ni siquiera tenemos que serlo.

—No lo entiendes, Adrien.

—Zarik fue un hijo de puta conmigo —intervino Res— y yo no pude serlo con él. Eso es todo cuanto hay que entender. Y no tiene nada que ver con sentimientos, al menos no uno presente. Para

mí solo está Adrien y si esta jodida marca no te dice nada, espero que al menos mi palabra sí lo haga. —Res alzó el brazo y la mirada de Elain se fijó en el *Uilmel*—. Nunca te he mentado. Lamento si sientes que te he fallado, Elain. Es lo último que deseo. Dijiste que siempre actúo con el corazón y nunca para bien, pero yo creo que cuando actúas con él nunca hay nada mal hecho, aunque te destrocen.

Elain tardó uno segundos en responder.

—¿Y qué hay de práctico en que te destrocen?

—No es práctico. Pero solo después de que te tumben puedes alzarte como un titán. No todo lo que pasa en la vida es útil, pero todo enseña algo. Mataron a toda mi familia delante de mí, Elain; confía un poco en que sé de lo que hablo.

Elain asintió con poca vehemencia y acabó dando un paso al frente para abrazar a Res.

—Si ese malnacido nos ha devuelto a un general como tú, solo puedo darle las gracias — señaló apartándose de él—. Suerte, Res. Te esperamos aquí.

Resryon empezó a caminar hacia atrás, sonriéndoles a ambos.

—Volveré enseguida.

—Te quiero.

Las palabras de Adrien lo dejaron clavado en su sitio y el lúzaró añadió algunas más:

—Ahora serás inmortal, pero... vosotros siempre os habéis movido al filo, y ahora me toca hacerlo también a mí. 0

Resryon desandó sus pasos y se fundió en un beso con Adrien, lo abrazó en medio de la angustia nueva de la situación que el joven planteaba: perderse, un paso en falso. Cada uno de los que daban podía llevarlos a tan aciago fin y hasta ese día no había sido consciente de ello. Su propia leyenda lo había envuelto en un aura de invencibilidad tan grande como falsa. Ahora sería inmortal y sin embargo, sentía que no podría desprenderse de esos miedos nuevos.

—Te quiero —susurró contra la boca de Adrien—. Te amo.

Se apartó y corrió hacia la negrura que daba acceso al templo.

0

El alba la saludó sentada en el alféizar de la ventana, en su habitación. En Noctia, había invertido jornadas y más jornadas en avanzar y la Guardia Blanca la había devuelto a su casa en apenas unas pocas horas en helicóptero. Regresar a Luzaria se le hizo tan extraño como había ocurrido la última vez. De pronto se sintió ajena a aquel mundo de comodidades y perfumes agradables. No había tocado la cama y continuaba con la bata que Eugenne le había echado por encima durante su precipitada huida de La Cónita.

Unos suaves golpes en la puerta distrajeron su atención, pero June no respondió. Lorna entró despacio y cerró tras ella para acercarse a su hija con el sigilo propio de un feérico.

—No has tocado la cama —observó la mujer.

—No podría dormir. Jamás había visto a papá mirarme de esa forma.

—Las cosas se han tornado extremas, June. Esto no es una noche llegando tarde de la calle cuando ya ha sonado el Toque de Queda. Y acepto que es mi culpa.

June se volvió y observó el rostro grave de su madre.

—¿Estás arrepentida de haber permitido que Adrien fuera a Noctia?

—No. Sé que es algo que necesitaba hacer, pero tengo miedo de lo que pueda pasarle, claro que sí. Y me temo que tu padre y yo nunca coincidiremos en eso. Pero él solo quiere protegernos.

—Adrien estaba bien. Estuve con él. Nos vimos obligados a separarnos, pero está con Elain y él sabrá cuidarlo.

—¿Elain?

—Un chico brujo. Y hablando de chicos, ¿sabes lo que harán con Eugene?

—¿El vampiro? —June asintió—. No lo sé, cariño. Por ahora sé que está en La Sede y que quieren interrogarlo. También querrán hablar contigo, mi vida. Tu padre está convencido de que Moran se ha llevado a Adri y no habido forma de hacerle entrar en razón.

—¿Y qué tiene que ver Eugene con Moran?

—Estaba contigo, según sé. Imagino que él es una forma de tirar del hilo. Además, su cara está en todos los telediarios y tus amigas han hablado con Ander. Vieron al vampiro aquí hace unos días, dicen que cambiaste de planes precipitadamente y te fuiste con él. Lo acusan de secuestrarte, June.

—¡Pero eso es ridículo! —exclamó alterada. Se puso en pie y empezó a dar paseos nerviosos por la habitación.

—June, ¿por qué no me dijiste nada? No puedo ayudarte si vas por libre.

—Es cierto que Eugene estuvo aquí. Le conocí durante La Conmuta y me ayudó, fue muy amable conmigo. Vino... a verme y como estaba preocupada por Adrien, aceptó acompañarme a buscarlo. Eso es todo.

Lorna le dedicó una larga mirada.

—Sabes que no puedes mentirme, June. Tu aura es un arco iris alocado en este momento.

—No puedo decirte nada más, mamá. Solo pedirte que confíes en mí.

La labor de la Sociedad de la Luna se había llevado en el más estricto secreto y no estaba solo en manos de June la responsabilidad de revelar su existencia.

—Las cosas están muy feas, no voy a engañarte —volvió a decir Lorna—. La guerra es una realidad entre Noctia y Luzaria.

—¿Por causa de quién?

—¿Y qué importa eso, June? La guerra arrasa por igual con aquellos que la inician y aquellos que la confrontan. Unos y otros estaban deseando darle rienda suelta.

June se acercó a su madre.

—Has dicho que querrán hablar también conmigo.

—Así es.

—¿Sabes cuándo vendrán a buscarme?

—Tu padre solo dijo que vendrían temprano, que estuvieras preparada.

—¿Crees que tengo tiempo de hacer algo antes?

—¿Hacer qué, June? Os he apoyado en todo y sigo haciéndolo, cariño, a pesar de las mentiras, pero no compliques más las cosas por el momento.

—Necesito hacer esto, mamá. Necesito que confíes en mí y me des tiempo si cuando vienen aún no he regresado. Por favor.

Lorna la miró largamente. Pocos entendían la forma de hacer y pensar de los feéricos, salvo ellos mismos. Para muchos, el pensamiento utópico de los seres mágicos resultaba contraproducente y poco realista, sobre todo en la libertad que le concedían a sus hijos, pero su máxima en la vida era atender los sentimientos, acarreado con las heridas que ello supusiera.

—Tu padre ha preparado todo en Nova para cuando Adrien vuelva —confesó, como si aquellas palabras escapasen de entre sus labios y tratasen de justificar que esta vez no fuera a allanarle el camino a su hija.

June sonrió.

—Primero tendrá que dar con él, ¿no?

—Cariño...

—Una cosa sí tengo clara, mamá. No sé lo que acabe pasando en uno u otro lado del Muro de Caronte, pero mi hermano no será el mismo cuando ese día llegue. A casa no volverá el crío de diecisiete años que papá puede manejar y llevarse a vivir con su amante, estoy segura.

»Y ahora, si tú no me ayudas, entonces tendré que hacer esto sola.

June caminó en largas zancadas hasta su armario y sacó de allí una sudadera azul y un pantalón vaquero que suplió a su pobre indumentaria. Lorna se mantuvo en su sitio, inmóvil y solo habló cuando la joven se dirigió hacia la puerta.

—Hay guardias en la entrada de casa.

La joven suspiró profundamente, sujeta aún al pomo.

—¿Y cómo puedo salir, entonces?

Lorna unió las palmas de sus manos y las separó despacio. Entre ellas había una especie de tela de araña blanca y brillante que se hizo más y más extensa hasta acabar conformando un portal circular.

—Magia blanca —exclamó June, incrédula ante lo que acababan de ver sus ojos—. Está prohibida, mamá.

—Vamos, June. No aguantará demasiado.

La joven abrazó a su madre, emocionada.

—Te quiero. Estaremos bien, te lo prometo.

—Yo también te quiero, mi vida. Ten cuidado. Tened cuidado.

June cruzó el portal y la magia blanca se extinguió, dejando tras de sí apenas un pequeño rastro, como el paso de una estrella fugaz.

Se miró las manos después de atravesar aquella magia extraña que la hacía sentir un cosquilleo en todo su cuerpo. Definitivamente, las cosas estaban cambiando de manera considerable en Luzaria y de eso daba buena muestra el hecho de que su madre hubiera accedido a utilizar la magia blanca sin la irritante burocracia que se solicitaba para ello. Aun así, sabía que Lorna no podía arriesgar demasiado. Ander ya le había arrancado a su hijo de su lado y si no quería que las cosas empeorasen; su papel en cualquier salto de normas debía quedar al margen. Divisó su propia casa a unos pocos metros y desde allí, distinguió a los miembros de la Guardia Blanca que vigilaban la entrada. Se ajustó la capucha de la sudadera que había cogido y se lanzó a la carrera.

Por fortuna, las cosas parecían haberse calmado mucho respecto de la última vez. Si bien la vigilancia era extrema en su casa y seguramente en cualquier edificio importante, el resto de la ciudad se movía bajo una normalidad extraña. La gente iba y venía, sumida en sus propios asuntos y ajena, en apariencia, a la realidad que se cocía al otro lado del Muro. Demasiado ajena tal vez, teniendo en cuenta que la propia Guardia Blanca se había atrevido a adentrarse en Noctia. ¿Lo habrían hecho con conocimiento de la emperatriz? Pensar en ella la hacía sacar humo de la cabeza, porque a pesar de sus métodos horribles y sanguinarios, todo cuanto Eugenne le había contado sobre sus objetivos le parecía razonable: acabar con la maldición, poner fin a los sangrientos paseos del barquero a través de la Vía Negra y dejar a las *terras* tranquilas, libres de anexiones y conquistas. Si esas eran las verdaderas metas de Liatli Hassul, no podía estar tan equivocada. Y aunque su hermano nunca atendería a razones, June no podía dejar de pensar que si lograban todo aquello, uno y otros saldrían ganando. Noctia y Luzaria. Aquello pondría fin a las guerras y sin conflictos bélicos soterrados, Luzaria podría estar abierta a permitir que los noctis ocupasen también los territorios de la luz, en paz y sin tratados restrictivos e incómodos de por

medio.

Sumida en toda aquella maraña de pensamientos, había llegado hasta el barrio élfico de Lossa. Allí se despojó de la capucha, consciente de que entre los elfos le costaría más pasar inadvertida de aquella guisa. Al llegar y, a pesar de la premura que la azotaba, no pudo evitar deleitarse en la hermosura del Mercado de Invierno, que se exponía de manera anual y en el que se mostraban las más hermosas joyas y vestimentas élficas, abalorios de extremada belleza que se combinaban con los más exóticos y deliciosos perfumes. Si fuera capaz de llegar hasta el puerto, se deleitaría con las embarcaciones élficas, llegadas desde todas partes de aquel vasto mundo, pero mucho se temía que no estaba allí para eso.

Se pasó la mano por la cara y torció un recodo hasta llegar a la única casa que había al final del camino. Se acercó a ella, resuelta, y llamó sin más demora. El pequeño claro siempre la había embelesado. La puesta de sol convertía aquel lugar en un reducto de dioses, concediéndole al cielo un tono anaranjado único en Luzaria al proyectarse contra las aguas del mar que quedaba más abajo, en el acantilado.

El rostro somnoliento de Liamara asomó al otro lado de la puerta. La elfa tenía el cabello revuelto y la ropa arrugada, algo poco habitual en aquella raza, aunque June siempre había pensado que su amiga era una elfa muy poco común.

—¡June! —exclamó, abriendo los ojos de par en par—. ¿Dónde estabas? Pensamos que el elfo-vampiro te habría arrancado el pescuezo. Tu padre llamó y... tu madre y no...

June puso los ojos en blanco ante las desdichadas teorías de Liamara.

—Es una historia muy larga, Lia, pero necesito hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Liamara se apartó y June accedió al interior de la casa. Allí, la temperatura ascendió de manera súbita y aunque a tenor del frío que hacía en la calle, lo hubiera agradecido, lo cierto era que la carrera que la había llevado hasta allí la tenía sudando. Aquella mañana ni siquiera tuvo tiempo de deleitarse, como solía hacerlo, con la disposición de las casas élficas, de altos techos y numerosas columnas; con grabados en las paredes y colores suaves decorando su exótico mobiliario.

—¿Has sabido algo de Sarah? —preguntó.

Liamara cerró la única ventana que había mantenido abierta y escrutó el entorno como si temiera que esas paredes pudieran escuchar algo.

—No, desde que dijo que se marchaba. Las cosas ya están lo suficientemente complicadas como para dificultarlas más. Esto no me huele bien, June.

—Estás en lo cierto y pienso que aún se puede poner peor. El caso es que necesito los *arkanais*.

—¿Todos? ¿Para qué?

—No sé exactamente cómo, pero en Noctia saben de la existencia de la Sociedad. Alguien me asegura que el propósito de Liatli Hassul es poner fin a la maldición y si eso es cierto, tenemos que ayudarla.

—¿La emperatriz?

—Tiene mucho más poder que nosotras, Lia, más que la Sociedad de la Luna. Apenas quedamos unos pocos miembros, nunca fuimos demasiados. Sarah la lideraba y ella se ha desentendido de todo. Nunca podremos hacernos con todos. Ella sí.

—¿La conoces?

—No... pero sí conozco a personas que pueden hacérselos llegar. Ella ya tiene algunos. Incluso creo que si la ayudamos, la situación tensa entre Noctia y Luzaria se calmaría.

—Tal vez tengas razón, June, pero creo que es arriesgado hacérselos llegar sin conocer sus verdaderas intenciones. Sarah se ha ido, no dejó instrucciones y... tal vez deberíamos llamarla.

—Lia, mi hermano está allí. Si no hago algo por que toda esta mierda acabe, no sé qué puede pasarle.

—Adrien... Joder, no puedes utilizarlo como cebo. Sabes que si él está de por medio haría cualquier cosa, pero... Sara podría matarnos. Lleva toda su vida...

—¿Por qué iba a matarnos? ¿Acaso no soy tan miembro de la Sociedad como ella y como tú? Sarah es mi amiga.

—Sí, pero... Estas tres me las encomendó a mí.

—Vamos, Lia. Piensa un poco: las cosas están horribles y Sarah se ha marchado. Como tú has dicho, no dejó instrucciones, ni con los *arkanais* que tú guardas ni con los que guardaba yo.

—¿Guardabas? ¿Qué les ha pasado?

—Eso da igual. Escucha. ¿Alguien más te ha llamado? ¿Alguien se ha preocupado por las monedas?

Lia negó con la cabeza.

—Exacto —siguió June—. Todo el mundo se ha desentendido. Los *peces gordos* se van y nos dejan a nosotras con el *marrón*.

—Eso no es así. Sarah se marchó por lo que le ocurrió a su hija. Está mal y...

—Tener los *arkanais* es peligroso, Lia. He estado en Noctia. Hay muertes por ellos. Si alguien se entera de que los tienes...

—¿Y cómo iban a hacerlo?

—¿Cómo sabía un jodido demonio de Noctia que la Sociedad de la Luna existe, Lia? La guerra ha estallado, la Ley Común solo es papel mojado y las normas ya no sirven. En Noctia utilizan la magia oscura; en Luzaria, la magia blanca y que den con los *arkanais* solo es cuestión de tiempo. Unos y otros. Todos condenarán que los tuviéramos y callásemos.

—Vale, si querías meterme el miedo en el cuerpo lo has conseguido.

Liamara cruzó el salón de manera apresurada y regresó en poco tiempo sosteniendo una caja de madera oscura que le entregó a June, en absoluto exenta de recelos. Unos gritos fuera las pusieron en alerta sin que hubieran llegado a cruzar más palabras. Liamara se acercó hasta la ventana que había cerrado y observó a través del resquicio que quedaba entre las hojas.

—La Guardia Blanca —musitó pálida.

—Hay que salir de aquí.

—¿Te han seguido?

—No lo sé. Juraría que no, pero no puedo asegurarlo.

—Vamos, márchate.

Lia sujetó a June del brazo y la condujo hasta la parte posterior de la casa, una sala pequeña en cuyo suelo incidía la luz del incipiente sol. Entre las dos movieron una mesilla pequeña y apartaron una alfombra dejando a la vista una trampilla angosta y difícil de distinguir.

—Vamos, ven conmigo —le pidió June, mientras abrían la tapa del suelo.

—No puedo.

Los golpes en la puerta se hicieron más que evidentes y a ninguna de las dos le cupo duda alguna de que no estaban llamando, sino intentando entrar.

—Joder... —murmuró June—. Hay que salir de aquí, Lia.

—Yo no voy a irme a ninguna parte.

—¿Pero no lo estás oyendo? No vienen a preguntar. Vienen a... ¡ah!

La elfa empujó a June, haciéndola caer al interior de la trampilla que habían abierto.

—¡Lía!

Sus gritos se apagaron cuando Liamara cerró la trampa y la escasa luz del sol que penetraba entre los resquicios del suelo se convirtió en su única iluminación. June quiso insistir, pero la voz de un hombre la disuadió de abrir la boca.

—¿Dónde está? —preguntó.

June no lo reconoció, pero la Guardia Blanca era tan numerosa que aquello no la sorprendía. Se mantuvo allí agazapada, sujetando el cofre con los *arkanais* contra su pecho y con el corazón encogido. Alzó la mirada y solo podía distinguir bultos moviéndose de un lado a otro y tapándole momentáneamente la luz del sol. Se oían golpes más allá, como si aquellos soldados estuvieran poniéndolo todo patas arriba.

—¿El qué? —insistió Liamara—. No sé qué buscáis.

Su voz le llegó amortiguada y June reconoció en su amiga un tono inquieto.

—No te hagas la tonta. Sabemos que ha venido hasta aquí. ¿Qué planea?

—No tengo ni la más remota idea de lo que estáis diciendo.

Un golpe seco suplió a la voces y June ahogó un grito cuando la sangre se coló entre los resquicios de los tablones que conformaban el suelo. La luz quedó eclipsada y supo que era el cuerpo de Liamara el que había tendido sobre la madera. Echó a correr, tanteando las paredes para poder avanzar sin hacer ruido. No era la primera vez que recorría aquel pasadizo, pero la situación sí era la más tensa en la que lo había hecho. Las piernas le temblaban y las imágenes que no había llegado a ver, tomaban forma en su cabeza. La Guardia Blanca ya no se andaba con apariencias ni medias tintas. Le horrorizaba pensar que su padre estuviera al corriente de su métodos y las lágrimas le cubrían el rostro mientras corría, tragándose unos sollozos que la delatarían. Cuando el pasadizo llegó a su fin, tras unos minutos eternos de angustioso avance, alzó los brazos y sus manos temblorosas retiraron despacio la trampa que daba a la angosta calleja, en el barrio feérico de Marem. No distinguió nada extraño a su alrededor y se atrevió a apartar la tapa para salir. Respiró sin ser capaz de tranquilizarse y permaneció durante unos segundos sentada en el suelo. Tenía el estómago revuelto y acabó vomitando al tiempo que lloraba. Pero unos gritos similares a los que había oído en casa de Liamara le advirtieron de que no habría tregua. Se puso en pie y caminó con decisión tras ajustarse de nuevo la capucha. Vio gente corriendo, asustada, y trató de seguir a la marea humana para pasar inadvertida, pero algo la hizo detenerse, sorprendida. Su imagen aparecía en los enormes monitores de la ciudad; debajo se movía un letrero con su nombre y todos sus datos: color de pelo, color de ojos, altura.

—Joder...

Siguió corriendo, tratando de que la capucha se mantuviera en su sitio. La situación caótica la ayudaba a pasar desapercibida y así fue hasta que chocó con el cuerpo de alguien y ese alguien la reconoció. Una mujer de avanzada edad permanecía en el suelo, mirándola horrorizada. June había tratado de ponerla en pie tirando de su mano, mientras sus labios murmuraban disculpas inconexas, pero la anciana trataba de revolverse sin dejar de gritar. Su voz acabó atrayendo la atención de otros tantos y al final fue la Guardia Blanca la que retomó la persecución que habían iniciado en su propia casa aunque ni ella misma se hubiera percatado. Mientras corría, apartando a unos y otros, no pudo evitar pensar en Lorna. Su madre había vuelto a ser su cómplice y los métodos de la Guardia no escatimaban en dolor. Pero su padre estaba al frente de aquel ejército, como miembro del Consejo de la Luz y él no podía permitir que a su mujer le pasase lo mismo que había ocurrido con Liamara.

Se detuvo al ser consciente de que un nutrido grupo de armaduras blancas la esperaban en la bocacalle. Tras ella, corrían otros tantos y a los laterales, la gente la señalaba como si fuera una

criminal. Avanzó unos pocos pasos, perdida y valorando la temeraria y poco realista posibilidad de huir a través de un edificio. Colarse en uno y ocultarse en algún piso solo prolongaría la agonía, pero entonces un coche se detuvo ante ella con un frenazo que la hizo sacar el corazón por la boca. La portezuela se abrió y Chris la miró con el ceño fruncido.

—¡Sube!

—¡No!

La respuesta emergió de manera automática de sus labios, pero al instante se dio cuenta de lo poco posibilitada que estaba para elegir.

—¡Vamos, June!

Y no lo pensó más a la hora de zambullirse en el interior del vehículo. Ni siquiera podía estar segura de que Christian no fuese a entregarla y solo hubiera querido burlarse de ella. No esperaba gran cosa de aquel chico, pero para su sorpresa, aceleró, propiciando que el grupo de la Guardia Blanca que cerraba el acceso a la calle, hubiera de apartarse para no ser atropellado.

—Esto es de locos —farfulló, mientras seguía conduciendo—. ¿Qué cojones has hecho para que te estén buscando todos?

June fue incapaz de responder.

0

A Ottana solo le quedaba contar las piedras para lograr algún tipo de distracción que no eternizara las jornadas en la gruta. Anven había insistido en la necesidad de mantenerla allí toda vez que las cosas parecían ir calmándose a medida que los días transcurrían. Si no habían dado con ella ya, era poco probable que lo hicieran más adelante. Pero aquellas jornadas muertas de interminables minutos le habían dado vía libre para pensamientos demoledores que solicitaban acción. Su hermano estaba vivo y ella no estaba sola en el mundo. Resryon había soportado una agonía infinita esperando el momento oportuno y ahora había movido ficha. Pronto podrían reunirse y abrazarse de nuevo; pronto podría pedirle perdón y ofrecerle una explicación. El Consejo de Nix la había apremiado a no aceptar el trono para propiciar que él hubiera de hacerlo, abandonando a sus legiones. Aquella había sido la exigencia de Liatli Hassul para mantener a ambos con vida y Ottana estaba segura de que él lo entendería, pero aquel suceso la había marcado y sentía que necesitaba desahogarse.

También Elain había hecho gala de su lealtad. Había estado con él todo ese tiempo, según le había contado Anven, que aseguraba no saber nada más. Llegado el momento, el mejor amigo de su hermano, lo había dejado todo para ir a buscarla y protegerla. Todos se movían y ella se limitaba a esperar. Y ya lo había hecho por demasiado tiempo.

Se puso en pie y recuperó la Vara de Paxia que había descansado a su lado. Pero ni siquiera había alcanzado a dar dos pasos cuando la brillante hoja de una espada se cruzó en su camino, impidiéndole avanzar. Anven.

—¿Adónde crees que vas?

—Estoy harta de esperar aquí. Ni siquiera sé a qué.

—Por lo pronto, que tu cabeza deje de ser la más buscada de Átraro me parece un buen aliciente.

Apartó la espada y volvió a guardarla en la vaina de su cinturón.

—Tengo la Vara de Paxia. Elain se arriesgó mucho para hacérmela llegar, así que darle uso

estaría bien. Nadie puede hacerme nada con ella mientras esté bajo su protección.

—¿Y cuánto crees que tardará Liatli en hacer uso de ella? Lleva años buscándola.

—Aun así, necesitará veintiún días para ver completado el Rito. Y ese es el tiempo del que dispongo para enfrentarme a ella.

—¿Enfrentarte a ella? —Anven esbozó una sonrisa—. No la conoces, Ottana.

—Pero tú sí crees conocerme a mí, ¿verdad? Y piensas que soy una cría incapaz.

—¿Incapaz de qué? Esa misma vara que te protege te impide utilizar armas o brujería. ¿Piensas derribarla a exigencias, Otty?

—No me llames así —murmuró con los dientes apretados y la rabia desdibujando sus bonitas facciones.

—Y aunque pudieras utilizar un arma, tampoco serviría de nada —continuó Anven—. Es mejor que tú.

La frustración la sacudía por dentro. La amiga de su hermano no era la única que no confiaba en su destreza con la espada y aunque no podía culparla, lo detestaba; casi tanto como empuñar un arma. Y no porque sus escrúpulos se lo impidieran, sino porque su pericia con cualquiera de ellas dejaba mucho que desear. Sin embargo y aunque fuera la mejor guerrera de Ántico, Anven tenía razón: no podía echar mano de ninguno de aquellos recursos: ni acero ni magia.

—Dioses, Ottana, deja ya esas tonterías, ¿de acuerdo? —le pidió Anven.

—Voy a ir al Áleon porque es mi casa —se encaró la chiquilla—. Y ni tú ni nadie me lo va a impedir.

—Oye, si te soy sincera, en lo que a mí respecta, podrías irte al diablo, pero eres la hermana de mi mejor amigo y solo por él, no pienso dejar que te pase nada.

Ottana le dedicó una larga mirada y extendió la mano por detrás de su falda, atrayendo con brujería una piedra de considerable tamaño y afilados contornos. Nada en su expresión delataba sus intenciones y la roca salió proyectada sin que Anven tuviera tiempo a reaccionar y evitar el golpe que la dejó inconsciente en el suelo.

Cualquiera que hubiera crecido en las legiones de formación sabría emplear la brujería, pero aquellas artes solían relegarse en favor del acero, una muestra de valentía.

—Puede que la espada no se me diera bien —murmuró, furiosa—, pero en brujería era... soy bastante buena.

Empezó a caminar y algo en su conciencia la reconcomía. Se volteó y anduvo de regreso con Anven. No la soportaba, como tampoco la joven la soportaba a ella y nunca ninguna de las dos había escondido su acritud por la otra a pesar de Resryon, pero lo que había hecho tampoco le había resultado agradable. Sin embargo, trató de convencerse de que pocos confiarían en ella para dar un paso al frente y solventar las cosas.

Ella misma dudaba, temía, pero se sentía en el deber y la obligación de hacerlo.

—Lo siento —murmuró, antes de salir corriendo.

La noche había abrazado Los Cimientos, profunda y silenciosa. Al haber llegado hasta allí mediante un portal, Adrien no tenía ni la más remota idea de dónde estaba ubicada exactamente aquella tierra, pero fuera donde fuere, parecía un mundo ajeno y distante, un mundo diferente en el que no le importaría prolongar su estancia. El templo era un gigante negro a sus espaldas y los

murmullos de las gárgolas habían dejado de inquietarlo hacía ya rato. Habían prendido una pequeña fogata ante la construcción y si bien a las piedras del lugar no parecía haberles hecho especial gracia, el transcurso de las horas y la ausencia de altercados, las había relajado.

Miró a Elain y lo vio exactamente igual que las anteriores ocasiones en las que había tratado de abordar algún tipo de conversación con él. El brujo estaba preocupado por Resryon y no podía negar que él también. Cuando el joven príncipe había accedido al interior del templo, los rayos bronceos del sol aún bañaban el bosque. De eso habían pasado horas y la posibilidad de que Tine le hubiera tendido una trampa empezaba a cobrar consistencia.

—¿Y si entramos? —se atrevió a preguntar al fin, exasperado ante aquella espera eterna y tensa.

Elain apartó al fin sus oscuros ojos del fuego.

—Aún no.

—Hace horas que no sabemos nada de él. No sé si sigues enfadado, pero yo no aguanto más.

Se puso en pie y no llegó a dar un paso cuando su cuerpo topó con el de Resryon. Elain se incorporó también como un resorte y ambos lo miraron, como si en su mera apariencia pudieran ser capaces de detectar algún cambio, pero todo en él era exactamente igual. Sonrió y le dio un beso corto a Adrien. Elain se acercó, escrutándolo con suma atención.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien.

—Has tardado mucho —apuntó Adrien.

El lúzarlo lo miraba, conteniendo las ganas de abrazarlo. Por momentos se sentía ridículo por no dar rienda suelta a lo que deseaba hacer, pero algo en él le advertía, como si fuera lo que fuese lo que Res hubiera vivido en aquel templo, pudiera dañarlo. Resryon le acarició la mejilla y sonrió.

—Estoy bien, de veras.

—¿Ya eres inmortal? —quiso saber Elain.

Como si hubiera esperado la pregunta, el brujo hizo una filigrana con la daga que llevaba en la mano y se la ofreció a Elain por el mango.

—Compruébalo.

Adrien observó la hoja con el estómago encogido. Por más que el muchacho no pudiera sucumbir ante la más atroz herida, verlo sufrir por una le generaba escalofríos. Por suerte para él, Elain se limitó a dar media vuelta y cubrir la fogata con tierra, apagándola.

—No hace falta.

—¿Te sientes diferente? —preguntó Adrien.

—Lo cierto es que no.

—Bueno, ¿y ahora qué?

Elain se mantuvo en su sitio, con los brazos en jarra.

—Catarno y Domarna —respondió Resryon—. Zarik me prometió a sus legiones y si quiero recuperar Ántico, las necesito.

—¿Esos son los reinos de tu ex? —intervino Adrien.

Elain alzó una ceja y sonrió, divertido, por la forma en la que el lúzarlo se había referido a Zarik. A Res aquello no le pasó inadvertido, pero trató de mantener la compostura.

—Sí, su padre era rey de Catarno y su madre, lo era de Domarna. Al casarse, ambas *terras* se unificaron. Sus hermanos murieron, así que él era rey.

—O esa es la teoría —apuntó Elain—. La reina Lánarkel claudicó ante muchas de las solicitudes de su esposo, pero a la muerte de este, volvió a alzar mil recelos contra Ántico, a

hacer exigencias imposibles y a dejar claro que sus *terras* no eran subyugadas. No vas a tener tan fácil que te ceda a Los Señores del Ocaso. He oído que cuando su hijo desapareció, volvió a asumir el rol de reina.

—El rey era Zarik y le guste o no, tendrá que cumplir sus órdenes.

—¿Y cómo demostrarás que es una orden suya?

—Tengo cómo hacerlo, Elain. Zarik me dio la forma.

—En ese caso habría que alejarse y abrir un portal. En Los Cimientos no se puede, ya lo sabéis.



26 Secretos y verdades

June observó el garaje en el que Chris había estacionado el vehículo. Era grande, acorde a la mansión que lo albergaba. No se atrevió a moverse de allí mientras la puerta se cerraba mediante el mecanismo automático que la hacía bajar, y las voces y gritos se quedaban fuera. Chris rodeó el coche y se plantó delante de ella, que permanecía inmóvil, sujetando la caja que contenía los *arkanais* contra su pecho.

—¿Qué está pasando? —exigió saber Chris—. ¿Dónde está Adrien?

June se llevó una mano a la cara.

—No sé qué está pasando. La guerra entre Noctia y Luzaria, supongo.

—¿Dónde está Adrien? —insistió Chris.

—Deja a mi hermano en paz.

—June, hace más de una semana que no sé nada de él. Lo he llamado mil veces, tu madre no sabe nada, tu padre tampoco y yo necesito saber que está bien porque me estoy volviendo loco. Solo saber que está bien.

June lo observó largamente. La preocupación era más que evidente en su rostro, pero aun así, miraba a aquel chico y solo veía al cobarde que había abandonado a su hermano a los pies de los caballos.

—Estás obsesionado con él, no enamorado.

—Te juro que si él no me quiere a su lado, me apartaré, pero ahora necesito verlo. Por favor. No me soportas, tú no eres santo de mi devoción, pero no estamos hablando ni de ti ni de mí, sino de él.

Y aquella fue la primera vez desde que conocía a Chris que sus palabras le parecían sinceras y coherentes. Y a pesar de los celos que sentía hacia él, no le importó su presencia para derrumbarse porque lo sucedido en casa de Liamara aún redundaban en su cabeza. June se apoyó sobre el capó del coche y resopló. Chris se acercó y colocó una mano sobre su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó con un susurro.

—Mi hermano está en Noctia —acabó admitiendo.

Durante unos segundos se preguntó interiormente si había hecho lo correcto. En un momento como aquel medir confianzas resultaba difícil.

—¿En Noctia? ¿Ha ido por... el noctis? ¿Por el brujo?

—¿Cambiaría eso algo?

Chris reculó un paso y bajó la mirada mientras negaba con la cabeza.

—No.

—Christian, necesito llegar hasta La Sede.

—¿Para qué?

—Para sacar de allí a la única persona que puede llevarme con Adrien.

—¿Al vampiro?

La joven alzó una ceja, desconcertada ante el hecho de que Chris conociera de la existencia de Eugenne.

—¿Cómo...?

—Todo el mundo sabe que la Guardia Blanca capturó a un vampiro en Noctia. Ha salido en las noticias, dijeron que te había secuestrado. ¿Quién es el tipo?

—Dios, secuestrado... No es nadie importante, pero estaba conmigo y para mi padre eso resultó suficiente. Oye, ahora no puedo pararme a dar explicaciones. Necesito llegar hasta La Sede.

—Te llevaré con una condición.

June bufó, enfurruñada. Lo último que necesitaba era que aquel odioso chico le impusiera condiciones, pero no tenía elección y lo sabía. Sus posibilidades eran poco halagüeñas y en aquel instante necesitaba tragarse el orgullo.

—¿Cuál?

—Quiero ir a Noctia, a buscarlo.

Resopló y tardó unos segundos en responder.

—No va a volver contigo.

—Eso que me lo diga él. ¿Quieres ir a La Sede o no? Porque a mí nadie me busca y puedo llegar hasta allí sin excesivos problemas.

Lo pensó, a pesar de que no tenía nada que pensar y acabó asintiendo, sabedora de la situación.

—Cogeré el coche de mi padre —indicó Chris—, porque supongo que algunos estarán siguiendo el mío tras la escapadita.

Había otro vehículo junto a aquel que los había llevado hasta allí. Estaba cubierto por una lona oscura y Chris la apartó, dejando al descubierto un carísimo monovolumen blanco del que cogió las llaves que colgaban en un llavero en la pared.

—¿Vamos?

—¿Y si nos paran? Mi padre pondrá Luzaria patas arriba para encontrarme si hace falta. Me trajo prácticamente a rastras desde Noctia y no aceptará así de fácil que vuelva a escabullirme otra vez.

—Siempre tienes el maletero.

June chascó la lengua y optó por tomar asiento en la parte posterior del vehículo; no tan posterior como el maletero, pero suficiente, quiso pensar, teniendo en cuenta que el coche tenía los vidrios tintados.

Entrar en el Áleon no le había costado lo más mínimo. Aunque los portones estaban abiertos, cumpliendo con las premisas de la emperatriz Liatli, había guardias apostados en ellos que hubieran impedido la entrada de cualquier mercader o curioso. Pero todos conocían perfectamente a Ottana Vakko y si alguno no lo hubiera hecho, la Vara de Paxia hubiera supuesto suficiente acreditación.

El paso decidido de Ottana disfrazaba un miedo atroz. Toda su vida lo había tenido y recordaba que su padre le decía que era lo normal y que no debía sentir vergüenza por ello. La vida de un emperador no era sencilla, las responsabilidades que cargaba a sus espaldas podrían doblar al más regio hombre o mujer en el mundo, pero el gobernante de Ántico había de ser una columna que mantuviera el peso de todo aquello lo más lejos posible del suelo; aun con temores, aun con dudas. Doroyan solía pensar que nada en la apariencia de un emperador había de dejar a la vista debilidad alguna. Y Ottana debía ser ahora emperatriz. Muerto su padre, su madre y su hermana mayor, la línea de sucesión la marcaba a ella.

Avanzaba como un ciclón captando miradas a su paso. Había sirvientes y soldados en el patio principal o Patio del Miedo, como se lo conocía. Era extenso y carente de todo, no había árboles ni plantas; no había absolutamente nada que pudiera confundir a quien lo cruzaba con otra cosa. Todo en aquella blanca extensión enlosada debía señalar a las almas osadas que lo cruzaban. Y ella lo cruzó entre los murmullos y las miradas de soslayo.

Se detuvo, pálida, cuando una voz gritó su nombre y respiró, sin un alivio total, cuando distinguió que la voz era la de Anven, que corría tras ella. No se detuvo a pesar de todo y fue la joven la que la alcanzó, empujándola. Resollaba tras la carrera y desde su frente herida brotaba sangre que había empezado a secarse en algún punto de su rostro.

—Lo vas a echar todo a perder —masculló Anven, con los dientes apretados—. Lárgate de aquí ahora mismo.

—Aparta. No voy a marcharme. La Vara me protege.

—A mí no, Ottana, y me he jugado mucho por ti.

—Nadie te lo ha pedido, Anven Drokoriah. Eras amiga, novia o no me importa qué de mi hermano, no mía. Sal de mi camino.

—Te matará.

—¿Es que acaso no entiendes la función de la vara?

Ottana la apartó de un manotazo y continuó su camino ante la incrédula mirada de Anven, que se mantuvo clavada en su sitio.

—No sé qué está pasando, pero deberías mantenerte al margen.

La voz de Sirthak a su espalda no le hizo volverse. Conocía al muchacho, un soldado, instructor de la Praes o legión de formación; un diestro guerrero que había luchado en la Aes, pero un simple aprendiz en opinión de Anven, aunque fueran evidentes sus habilidades con una espada en la mano.

La joven lo miró fugazmente y clavó de nuevo la vista en Ottana.

—Además, tiene razón en que la protege la Vara, ¿no? —insistió él.

—Sirthak, ¿por qué no te vas a aprender cómo se sostiene una daga?

—Porque no quisiera que uno de los ejercicios que nos plantee la emperatriz sea torturar a alguna preciosa traidora.

Anven lo miró y se encontró con los ojos verdes de Sirthak; era un par de años menor que ella, pero más alto. El favorito de la emperatriz, según decían. Liatli había puesto a prueba su lealtad ubicándolo como preceptor en la Praes, a la postre, una factoría de soldados para la Timoria. Anven solía burlarse de él, asegurando que su estancia allí solo respondía a su necesidad de aprender a utilizar un arma. Aquella tarde, sin embargo, no encontró espacio para la burla.

Llegó a Domarna como una tromba de agua arrasando el camino sin que piedra alguna, en forma de soldado, fuera capaz de contenerlo. La incredulidad había paralizado a muchos de ellos y la tardanza a otros tantos. A medida que avanzaba, seguido por Adrien y Elain, se alzaban gritos a su espalda, órdenes bramando una detención y hasta un ataque indiscriminado contra los tres, pero nada detuvo a Resryon en sus intenciones. Caminar entre las arenosas calles de Domarna despertaba en él unas sensaciones dormidas. Los momentos allí vividos junto a Zarik se mezclaban con las imágenes en el infierno de Akiteria. Los blancos edificios se alzaban hacia un cielo anaranjado y el aire caliente de las lejanas dunas le acariciaba la piel, susurrándole una bienvenida diferente.

Hacía rato que Elain había dejado de lanzar advertencias, de maldecir el método directo de Resryon y de predecir muertes de todo tipo, proporcionadas por los vigías, el ejército y hasta la gente de la calle, apedreándolos. No fueron pocos los que se detuvieron a su paso, murmurando. Muchos de ellos no lo habían reconocido; otros tantos ni siquiera sabían qué rostro tenía el hijo de Doroyan, pero algo en su halo era diferente y levantando una estela de improperios y exclamaciones se plantó ante las puertas doradas del palacio.

Allí las lanzas se cruzaron frente a él, impidiéndole el paso.

—Joder —masculló Elain. Su mano se apretaba tan fuerte en torno a la empuñadura de su espada que estaba seguro de que debía de tenerla marcada en la palma—. Es un milagro que hayamos llegado vivos hasta aquí, pero de la reina no nos vamos a librar. Nos va a matar.

—Candidatos no faltan, desde luego —añadió Adrien.

Elain se volvió y observó que había varios soldados más apuntándolos con espadas, dagas, lanzas y cimitarras. Ninguno de ellos se movía, pero a la más mínima orden, una lluvia de acero podía suponer la diferencia.

—Quiero hablar con la reina Lánarkel —solicitó Resryon con voz firme.

Los guaridas que custodiaban la entrada se miraron y se hicieron a un lado cuando un tercero llegó hasta allí.

—Resryon Vakko —murmuró entrecerrando los ojos—. ¿Los fantasmas solicitan audiencia?

El hombre alzó la mano y aquello fue una señal para que los soldados se mantuvieran alerta, pero sin atacar.

—Eso parece, Halran —respondió Resryon, con la misma calma que lo había llevado hasta allí.

Adrien se revolvió, inquieto. No sabía si el hecho de que conociera a aquel tipo podía considerarse bueno o malo.

—Quiero hablar con la reina.

El hombre, que le sacaba varios centímetros, resopló, mientras su mirada paseaba de un lado a otro con indiferencia.

—No estoy seguro de que ella desee hablar contigo.

—Yo creo que sí. Le traigo algo... de Zarik.

La expresión se modificó en el rostro de Halran, que por un momento se asemejó un miura, exhalando aire por la nariz, furioso.

—Resulta indignante que te atrevas a entrar así hasta las puertas del palacio, como si fueras bienvenido, con esa calma y reclames hablar con ella —espetó—. Y resulta aún más indignante que te acojas a la baza de su hijo, desaparecido hace ya mucho tiempo, para tu información. Tu soberbia sigue tirando de ti con fuerza, Vakko. Lo que pasó en tu casa debería enseñarte algo.

—¿En serio? ¿Qué?

—Que no sois invencibles.

—Todo esto está muy bien —intervino Elain—, pero no hemos venido a charlar contigo. ¿Por qué no le preguntas a tu reina si podemos hacerlo con ella y despachamos este asunto cuanto antes? Me resulta ligeramente incómodo todo esto.

Las puertas crujieron a las espaldas de los guardias y Halran reculó, apartándose. Resryon permaneció inmóvil en su sitio y le dedicó a Adrien una mirada que trató de ser tranquilizadora sin llegar a conseguirlo.

Las hojas de los inmensos portones gimieron abriéndose lentamente y la fortaleza domarnesa apresó la atención de Adrien. Era una hermosa construcción de piedra blanca que se alzaba hacia el cielo, coronada por multitud de torres de dorados techos. Exóticas plantas las envolvían y desde algunas ventanas se descolgaban enredaderas salpicadas de flores rojas y violetas. El contraste entre el arenoso entorno y aquella frondosidad lo fascinó, pero su atención perdió interés en todo cuando la vio. La reina Lánarkel era una mujer anciana, su rostro apergaminado coleccionaba arrugas en cada parte de él. Tenía unos labios finos y apretados y sus ojos, pequeños y entrecerrados, exhibían un hielo aterrador. Llevaba multitud de joyas que debían de pesar más que ella misma y, en contraste, vestía un sencillo traje de gasa rojo con un velo cruzándose en diagonal sobre su pecho. Lo cerraba un broche dorado y sobre su cabeza blanca, se aferraba una tiara con un rubí besándole la frente.

Lánarkel se sostenía sobre una vara dorada y, con paso lento y cadencioso, llegó hasta allí, flanqueada por dos mujeres más jóvenes. Su otra mano quedaba envuelta en un haz de luz violáceo al que parecía acariciar, como si se tratase de algún tipo de mascota fiel.

Se detuvo ante Resryon y lo escrutó con detenimiento. El joven brujo sabía que la mujer no se alegraba de verlo allí, pero la neutralidad en su rostro hacía imposible adivinar cuál era el sentimiento que la invadía. Curiosidad, indiferencia, sed de venganza o el regocijo de saberlo vencido, al menos en gran parte. Despojado de su trono y de las legiones que hicieron caer a la propia Domarna junto con Catarno.

—Las voces llegan hasta mis oídos y a estas alturas ya no sé si darles crédito, pero por más increíbles que resulten... aquí estás.

Resryon se inclinó hacia adelante, en una reverencia que imitaron Adrien y Elain.

—Me congratula ver que estás bien —respondió él.

Los protocolos siempre habían formado parte de su vida hasta el punto de ser incapaz de saber qué se escondía debajo de ellos: falsedad o mera educación. Y no le importaba. Al menos no con aquella mujer, cuyo aspecto había decaído tanto desde la última vez que la viera. Y no podía ser de otro modo: varias muertes separaban aquellos días, además de las que la Áurea generase en su momento: su esposo y dos de sus hijos; la suerte del tercero aún debía de ignorarla.

—No sé si tú estás bien —murmuró Lánarkel con poca voz—. Pero estás vivo y eso no es poco. Oí que habías llegado a Akiteria.

—Oíste bien.

—Zarik..

—Zarik y yo logramos salir de allí. Él... está bien.

La noticia debía de haberla alegrado y sin embargo la mujer permaneció inalterable ante ella. Mentir por piedad. Nunca había sido amigo de eso. Resryon había aprendido a enfrentarse al enemigo desde su más tierna infancia, y las circunstancias que a veces hablaban de muerte, eran enemigas piadosas en sí mismas. Uno había de ser capaz de mirarlas a unos ojos imaginarios y aprender a lidiar con ellas, a capear el temporal sin que infligieran más castigo que una espada.

Porque también eran enemigas poderosas. Pero Lánarkel miraba la vida desde unos ojos pequeños en sus postreros días y sumar más carga a sus espaldas le pareció tan cruel como innecesario.

Res extendió el brazo y le ofreció algo.

—Esto es suyo. Me lo entregó para ti.

Una de las dos mujeres que se había mantenido a su espalda, se adelantó un paso y recogió el jirón de ropa sucio que le mostró a la reina. Ella lo observó largamente, sin inmutarse y al fin alzó la vista.

—Mis legiones —murmuró sonriendo—. Quieres que te ceda mis legiones.

Las habladurías y murmullos se alzaron de boca en boca, entre los soldados y los domarneses que se habían acercado, curiosos, hasta las puertas del palacio.

Lánarkel había sido una mujer poderosa y resuelta. El peso de los años no había restado fortaleza a su leyenda y de esas últimas Resryon sabía un rato. Por más que se atribuyera buena parte de su existencia a la suerte o al favor de los dioses, lo que uno se labraba con su propio sudor y su sangre era el mejor sustento para el mito. A la mujer no le importaba dirimir relevantes cuestiones a las puertas de su casa, frente a sus soldados y a su gente.

—¿Por qué no está él aquí? —preguntó al fin la reina.

—Le perdí la pista al salir de Akiteria. Nos movían asuntos diferentes.

—Dicen que no se puede salir de Akiteria.

—Dicen muchas cosas y ya ves que no todas son ciertas.

—Ya veo... ¿Por qué iba a querer mi hijo cederte a sus legiones? Nunca aprobó tus objetivos... pese a todo.

—Sabes que eso es suyo —dijo, señalando con la cabeza el pedazo de tela en el que Zarik había escrito algo que todos en Domarna, especialmente su madre, reconocerían como suyo—. Tu hijo creía debérmelo.

—Debértelo... Mis legiones lucharían por ti, te ayudarían a recuperar tu trono y después, te lanzarías a la conquista de mis *terras*. Resultaría absurdo que te ayudase, ¿no crees?

—Liatli condenó a tu hijo a Akiteria. ¿Sigues pensando que su gobierno será mejor que el de mi padre?

—Tu padre está muerto. Ni a él ni a ella les debemos nada.

—Puede que no, pero a tu hijo le debes honor. Lo prometió y si no cumples, harás que haya faltado a su palabra.

Lánarkel sonrió, mientras apoyaba las dos manos sobre su vara, generando que el fulgor violáceo se esfumase.

—Cosa que a ti te importa mucho, ¿verdad? —observó.

—Me importa. Tu hijo me importó en su día y no creo que dudes de ello.

La reina asintió débilmente.

—Suficientes quebraderos de cabeza me trajo aquella locura. Hablas del honor de mi hijo —añadió después—, pero yo también poseo el mío y dotar a un enemigo con mis propias legiones no me parece razonable. Sin embargo, como bien dices, traes la palabra de mi hijo y a él le debo mantenerla. Quieres a mis legiones y sobre ellas manda su comandante. Te enfrentarás a él mañana. Si consigues doblegarlo, Los Señores del Ocaso serán tuyos, Resryon Vakko. Si no, mañana al anochecer, la pira con tu cuerpo presidirá las celebraciones de Catarno y Domarna.

Resryon sonrió.

—Que así sea, pues.

—¡Que los hospeden en el palacio! —exclamó la mujer—. Esa es mi única concesión en honor a Zarik. Todo lo demás tendrás que ganártelo.

La reina dio media vuelta y regresó a través del mismo camino que la había llevado hasta allí. Las mujeres que la habían acompañado, la sostuvieron desde sendos brazos para ayudarla.

—Pues no es tan terrible, ¿no? —preguntó Adrien, cuando todos los que habían asistido al encuentro entre Resryon y la reina habían empezado a disgregarse.

—No conoces al comandante de Los Señores del Ocaso —apuntó Elain—. Un jodido sanguinario al que le encanta hacer agonizar a sus víctimas. Y puede que tú seas inmortal, Res —añadió en voz baja—, pero no eres inmune al dolor.

—Descuida. En Akiteria me he doctorado.

Res trató de sujetar a Adrien de la mano, pero el muchacho se zafó, reculando.

—Es la madre de tu... Bueno, es mejor que no sepa... ya sabes. Podría enfadarse. Más.

—Bien visto —añadió Elain, cruzándose entre Res y Adrien—. Contento, príncipe azul —le solicitó a Resryon, palmeándole la espalda—. Y vamos a descansar, no veo la hora de echarme en una cama sin tener que estar con la guardia en alto.

Pero ninguno de los dos se movió; Adrien con la vista clavada en el suelo y Res, con la suya fija en él.

—La sed... —murmuró Adrien.

—Joder —farfulló Elain—. ¿En serio? ¿ahora?

—Vamos —lo apremió Resryon, mientras tiraba de su brazo.

0

Chris entró corriendo al ascensor en el que June lo esperaba, el que había de llevarlos hasta el subsuelo de La Sede. Llegar hasta allí no había resultado fácil. Las patrullas de la Guardia Blanca los habían detenido en un par de ocasiones, pero por suerte, la influencia del padre de Chris había resultado suficiente para que los soldados no husmeasen más de la cuenta ni registrasen el coche, de modo que el único problema se había presentado a la hora de entrar en el edificio. Chris había requerido la atención del hombre que custodiaba la entrada, solicitándole ayuda con su coche y después, se las había ingeniado para dejarlo inconsciente fuera de su sitio. Aquello aún debía de estar afectándole, pues no había abierto la boca desde que el ascensor había iniciado su silencioso descenso.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó June, que había aprovechado la ausencia del hombre para entrar y esperarlo allí.

—¿Y si lo he matado? Quizás le he dado demasiado fuerte.

—Seguro que no.

Chris echó la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre la pared del ascensor.

—Muy mal deben de estar las cosas si June *mandarina*, la hermana de Adri, trata de consolarme.

—Están mal, créeme; solo así se explica que te haya convertido en mi cómplice en esto.

Chris resopló.

—Mi hermano te vio —soltó la joven, sin tener demasiado claro por qué le contaba aquello ahora—. En 'Mundo', el nuevo local. Te besabas con otro chico. Además, sé que lo llamaste para dejarle.

—Sé que me vio en el local —admitió Chris, para sorpresa de June.

—¿Lo sabes?

—Os vi llegar y lo propicié. Adrien había accedido a que volviéramos a vernos, pero no quería que retomásemos la relación... de un modo más serio. Pensé que si era consciente de que así podía perderme, reaccionaría. No lo hizo, así que fui a más, quise cortar.

—Métodos retorcidos, cómo no. Mi hermano ya no te quiere. Se ha enamorado de otra persona y si realmente lo quieres, desearás que sea feliz con él.

Chris sonrió sin mirarla.

—¿Con el brujo? ¿Crees que con él va a ser feliz? Tengo entendido que iba a ser llevado a esa cárcel de la que no se sale; mató a un chico y suplantó su identidad. Mucho tienes que odiarme si prefieres a alguien así.

June tragó saliva y guardó silencio. Dicho de aquella forma, todo sonaba extrañamente razonable en boca de Chris, pero supuso que guardar apariencias y secretos resultaba absurdo a aquellas alturas y que ponerle forma a la verdad haría que las cosas sonasen distintas, menos simples.

—Resryon Vakko es el hijo del emperador Doroyan. Mataron a toda su familia y supongo que detrás de los gobernantes de un imperio hay intrigas que ni tú ni yo alcanzaríamos a comprender en mil vidas.

—¿El hijo del emperador? —preguntó Chris, desprovisto del timbre de sosiego que había empleado hasta entonces—. Difícil competir, entonces.

—Competir... —El timbre del ascensor les avisó de su llegada—. Supongo que eso evidencia lo poco que conoces a Adrien. A él le daría igual quién fuera ese brujo si te quisiera a ti. El problema es que has hecho todo para perderle.

Las puertas se abrieron y ninguno de los dos volvió a decir nada más sobre aquel asunto.

—¿Adónde vamos exactamente? —quiso saber Chris.

—El edificio es enorme y siempre está atestado de gente —respondió June, mientras avanzaba a través del largo pasillo. A diferencia de lo que sucedía en las plantas superiores, la zona del archivo era oscura y sus paredes estaban desconchadas y poco cuidadas. El olor se hacía agobiante y no había ventanas que concedieran más luz que las de los escasos fluorescentes que aún funcionaban—. Si consigo deshabilitar los sistemas electrónicos de las zonas superiores, quedarán bloqueadas. Compuertas y todos sus artilugios de seguridad, y al menos nos libramos de unas cuantas molestias. No tengo ni la más remota idea de dónde puede estar Eugenne, pero necesito encontrarlo y sacarlo de aquí.

Anduvieron con celeridad hasta bajar unas escalinatas metálicas frente a las cuales se cerraba una puerta acristalada que dejaba a la vista pantallas de monitorización, cámaras y multitud de sistemas electrónicos.

—El puesto de control y vigilancia del edificio —observó Chris—. ¿Cómo sabías que no había nadie?

—A las doce se hace el relevo y aunque este sitio no debería quedar nunca vacío, mi padre me dijo que Simon solía marcharse antes de que Rufus viniera. Son elfos, no les gusta trabajar y se lo toman con calma; al fin y al cabo, ¿quién va a venir hasta aquí abajo?

June tecleó un código sobre el pequeño panel que quedaba a la izquierda de la puerta y un siseo desbloqueó el acceso.

—Joder —murmuró Chris—. ¿Tu padre nunca consideró un peligro darte toda esa información?

—Ya ves que no. Solía acompañarlo a La Sede cuando era pequeña y él me lo explicaba todo acerca el edificio.

—Ya veo.

—Si desconecto esto de aquí —dijo, señalando una sección del cableado—, inhabilitaré las puertas y los sistemas de seguridad del sector uno, que son las oficinas y las habitaciones para que se hospedasen los asistentes a eventos nocturnos. La mayor parte de la gente que haya en el edificio ahora estará ahí. Hasta que consigan darse cuenta y hacer algo, tendremos un tiempo de oro para buscar a Eugene.

—No tienes ni la más remota idea de dónde está. Podemos morirnos buscando por este edificio.

—Ya, pero no hay otra opción, Christian y si existe una forma más rápida de dar con él es desde aquí. Tenemos monitorizadas muchas secciones.

—Inhabilita el sector C —indicó el joven, señalando otra de las fases del cableado y los botones—. Harás que nadie pueda acceder al edificio y mientras, yo subiré. Obtendré información sobre la ubicación del vampiro y te lo diré al instante. Inhabilita las zonas necesarias y abre la que yo necesite. Lo encontraré.

June lo miró y pestañeó, incrédula.

—¿Cómo... cómo sabes...?

—Me encanta la electrónica. No es difícil saber cómo funciona esto porque el sistema es bastante obsoleto. Lo sabrías si te hubieras molestado en conocerme mínimamente.

—Me hubiera molestado en hacerlo si no hubieras sido un cerdo con mi hermano.

—Oye, yo no..

—No es momento de discutir esto, Chris —zanjó la muchacha—. Eugene no te conoce y si lo encuentras es probable que no quiera ir contigo. Quédate tú aquí manejando los sistemas.

—¿Crees que alguien va a decirte a ti dónde está el vampiro?

—Sé de alguien que me dará la información. Pero necesito que tú me abras y cierres accesos, Chris.

—Vale. ¿Tienes el móvil operativo?

June sacó el teléfono de su bolsillo y comprobó que todo estaba en orden. Durante su estancia en Noctia no lo había llevado consigo, pero por suerte, su madre lo había guardado bien en casa.

—Si me le juegas, estás muerto.

—Hasta ahora te ayudado, ¿no?

—Hasta ahora sí.

June le dedicó una última mirada y deseó que al menos algo de lo que Adrien había visto alguna vez en él mereciese la pena.

podieron avanzar en torno a ella como si estuvieran escoltándola hasta el trono imperial en el que aguardaba Liatli. Ottana avanzaba con el disfraz de una seguridad, cuya falsedad delataba el temblor de sus manos, su respiración agitada y los latidos de su propio corazón. El silencio era tan denso en aquel sitio que por momentos temía que todo aquello pudiera dejar en evidencia su auténtico estado de ánimo, pero siguió caminando, consciente de que su única arma contra todo era la mera apariencia.

Llevaba cinco años alejada del Áleon y verlo tan cambiado le retorció el alma por dentro. Hacía solo unas pocas horas la habían llevado presa hasta allí, pero en esas pocas horas había estado lejos del salón del trono y de las estancias más importantes. Ahora, caminando por aquel lugar en el que había vivido mil cosas, los recuerdos la sacudían castigándola por todo aquello que había tratado de mantener al margen de su mente en los años pasados. El aliento de su padre le llegó desde algún sitio recriminándole la forma cobarde en la que se había doblegado a las exigencias de Liatli para apartar a su hermano de las legiones. Trató de convencerse de que solo era viento, ráfagas que cruzaban la sala helándole la piel, pero carentes de voz, de identidad y de argumentos para una culpa que solo había vivido en ella. Cerró los ojos con fuerza para apartar la engañosa visión de la figura de Ascya en el trono y recuperar la que lo estaba ocupando realmente. Su hermana mayor había de ser la que tomase asiento allí, con su pose regia, con sus ojos azules y su tez oscura. Pero Liatli era muy distinta y estaba allí después de haberse tendido una alfombra de sangre hacia el gobierno de Ántico; la sangre de su familia.

Ottana se detuvo al llegar ante ella y golpeó el suelo con la Vara de Paxia, lanzando una advertencia. Estaba segura de que la sonrisa de autosuficiencia de Liatli era tan falsa como su propio valor. Había oído mil cosas sobre la crispación de la emperatriz desde que escapase de las prisiones y en nada concordaba aquello con la serenidad de la joven regente. Estabilizar un imperio como Ántico no le resultaría fácil; lo había visto reflejado en los actos de su padre durante toda su vida y eso que Doroyan heredaba buena parte del trabajo hecho por su hermana, que había fallecido durante su gobierno, víctima de una penosa enfermedad. Cuánto más no habría de costarle a Liatli tras la forma precipitada y violenta con la que se había hecho dueña de todo. O casi todo. Para ninguna de ellas era ajeno el hecho de que las lealtades resultaban a veces traicioneras serpientes de las que uno no podía fiarse.

—No creí volver a verte tan pronto.

La voz de la emperatriz reverberó a través de la sala con una insistencia macabra, clavándose una y otra vez en el corazón de la joven princesa.

—Pues aquí me tienes.

Trató de que la suya no temblase y llegó a conseguirlo, pero sabía que en cualquier momento, el terror la traicionaría. ¿Cómo podía generar tal miedo una chica que apenas había de tener unos pocos años más que ella? No lo sabía, pero así era.

—Y lo celebro —respondió Liatli—. Ni siquiera me diste ocasión de explicarte qué quería, Ottana.

—Me apresaste. Supongo que nada bueno para mí.

—Mis métodos siempre han sido algo cuestionable, pero hubo un tiempo en el que tú y yo nos entendíamos muy bien y no veo por qué no iba a seguir siendo así.

Ottana apretó el puño de la mano que no sostenía la Vara.

—Jamás nos hemos entendido —masculló. Y la rabia la ayudó a disfrazar su miedo—. Me pusiste entre la espada y la pared; si apartaba a mi hermano, nos permitirías vivir.

—Y fuiste una chica razonable. Hubieras sido una buena emperatriz...

—Lo seré.

Liatli se puso en pie y se acercó unos pocos pasos. Nada en ella resultaba intimidatorio y a su vez, todo lo era.

—Lo hubieras sido —repitió Liatli—, si las premisas de la Vakko no te obligasen. Solo busco la paz para Átraro, Ottana y estoy segura de que podríamos llegar a entendernos.

—Solo he venido aquí para informarte de...

—Nunca te gustaron las armas.

Liatli bajó los escalones que alzaban el trono por encima del resto de la sala y caminó en torno a Ottana como un depredador lo haría sobre su presa. La chiquilla ni siquiera acertó a moverse.

—Me consta que no fuiste una buena alumna en la Praes. Gozas de muchas y muy buenas virtudes, Ottana, pero la lucha no es una de ellas. ¿Tanto difiere realmente tu voluntad de la mía?

—Mataste a mi familia. Nos destrozaste. ¿Cómo te atreves, siquiera, a hacerme esa pregunta?

—Tienes razón. Maté a tu familia y sé que no puedes mirarme con algo distinto al odio. Sin embargo, estoy segura de que más allá de métodos y hechos, estamos de acuerdo en que lo mejor para Átraro sería dejar a las *terras* en paz. Detener el inútil derramamiento de sangre que históricamente ha cubierto el nombre de nuestra estirpe y concederles, al fin, un poco de sosiego.

Ottana guardó silencio. No había mentido en el hecho de que odiaba las armas; tampoco en que era una mala alumna en la Praes, pues nunca había puesto el menor interés en saber manejar una espada, pero de ninguna manera podía estar de acuerdo con la mujer que le había arrebatado todo.

—Hay algo que me gustaría que vieras. Sígueme.

Liatli recorrió medio salón del trono antes de detenerse y voltearse ante la inamovilidad de Ottana, que se giró, pero se mantuvo, pétrea, en su sitio.

—Sabes que no puedo hacerte daño mientras estés bajo la protección de la Vara de Paxia, Ottana y sabes, también, que no he dado inicio a ritual alguno. No tengo interés en ello.

—¿No te interesa un arma que te ofrece inmunidad? —preguntó ella, incrédula.

—No tengo intención de dañar a nadie, de modo que no tengo por qué cuidarme yo.

—No tienes intención de dañar a nadie —repitió Ottana, acercándose a ella—, pero tienes una legión armada hasta los dientes, tan poderosa como la Áurea y mucho más numerosa.

—La situación no me permite prescindir de ella, Ottana. No tengo intención de atacar, pero sí de defenderme si alguien lo hace. Sin embargo, eliminé todo rastro de la Áurea, la Argentum y la Aes, como muestra de que mis soldados no harán lo mismo que hacían ellos. Conquistas indiscriminadas, sangre, dolor. Imposición —sentenció—. Ahora sígueme, por favor.

Ottana echó un vistazo rápido a los soldados que la habían flanqueado y que se mantenían inmóviles allí en la sala. Liatli no le había indicado a ninguno que la siguiera y aquello jugó a favor de su credulidad. La chiquilla caminó tras ella a una distancia prudencial y recorrieron los conocidos pasillos de su casa con la misma sensación que la había atenazado en la sala del trono. Una sensación que se acrecentó cuando alcanzaron el destino propuesto por Liatli: los aposentos de Doroyan. El seco crujido de la puerta la dejó clavada en su sitio. La emperatriz entró, pero ella no fue capaz de seguirla, pues allí había tenido lugar la masacre hacía cinco años, cuando todos fueron arrancados de la cama y enviados al dormitorio del emperador, donde ya los esperaban los asesinos de su familia. Ottana solo recordaba la traumática visión de su padre maniatado y amordazado; a su lado, su hermana Ascya y el marido de esta. Y después, las manos heladas aferrándola, obligándola a no gritar y la hoja sobre su garganta, amenazando con arrebatarse la vida. El último en llegar había sido Resryon, somnoliento y agotado. Él había sido el único al que había visto revolverse y tratar de luchar en vano. Después, la voz del único hombre que había

hablado aquella noche, probablemente uno de los soldados de Liatli, le había escupido palabras que evidenciaban un odio voraz contra el joven príncipe, unas enormes ansias de venganza y una cuenta pendiente con él mismo, más que con el propio emperador. Matar a Doroyan, a Ascya y a su esposo había sido un juego para aquel hombre; dejar a Resryon para el último y verlo sufrir hasta el límite de lo soportable. Ottana hubiera sido la siguiente de no ser por la llegada del único general de la Áurea que le había sido leal a la Vakko, Kurt Lovlonia, que había aparecido muerto poco tiempo después.

Cuando Ottana se dio cuenta, no solo había empezado a llorar, sino que había entrado en la habitación de su padre.

—¿Por qué me traes aquí? —se atrevió a preguntar con la voz rota.

—Porque uno debe afrontar sus debilidades, Ottana. Sé lo que implica para ti estar aquí y hasta que no seas capaz de estar en este sitio y mantener la frialdad no estarás preparada.

—¿Preparada para qué?

—Para cumplir con tu destino, sea este el que sea. A mí no me pareces la chica cobarde de la que todos hablan. Dioses, estás aquí, delante de mí, desafiándome. ¿Qué más muestra de valor quiere el mundo, Ottana? Me parece admirable.

—Solo intentas copar mis oídos de palabras melosas y falsas —respondió ella, mirándola—. Crees que soy idiota.

—Quiero hacerte más fuerte —dijo Liatli, regresando a la salida—. También en la medida de tus enemigos se mide tu propia valía. No puedo ni quiero dañarte, Ottana Vakko, pero hay cosas que necesito saber para poder liberar a Átraro del yugo de tu estirpe.

—¿Saber?

—Los secretos. Tu dinastía estaba llena de ellos. Si los compartieras conmigo, te liberarías de una carga tan opresora como asfixiante, Ottana.

—No sé de qué hablas.

—Akiteria, por ejemplo. Cuando tu padre murió, su alma reclamó un oráculo contigo, como manda la tradición, su heredera. Y te contó cosas. Necesito saber qué ocurre con los presos de Akiteria si... ya lo sabes. Lucille ha muerto.

Ottana tragó saliva.

—Mi padre no me habló de Akiteria después de morir.

—No me lo creo —sentenció Liatli tras un largo silencio—. Como te digo, no puedo ni pretendo hacerte daño, pero tal vez sí necesites reflexionar un poco. Y eso no te lo va a impedir tu Vara.

Reculó un paso y las puertas del dormitorio se cerraron, apresándola en un cautiverio que asfixiaba más por los recuerdos que por las paredes que se le echaban encima. Trató de abrir inútilmente y, con la espalda pegada a esa misma puerta, se dejó caer hasta el suelo, donde lloró como la niña que era.



27 Secretos y verdades

Sus colmillos se hundieron en la piel de Resryon con un ansia renovada, como si nunca hubiera degustado el cálido sabor de la sangre, de su sangre. June le había dicho que cada vez sería más capaz de controlarse, pero cuando era el cuello del brujo el que quedaba apresado entre sus incisivos, la necesidad aumentaba hasta un extremo que lo asustaba porque a pesar del caos que le nublaba la mente, era conocedor de lo que estaba haciendo. Y no podía parar. Lo había apresado contra la pared ante la nula resistencia de Resryon y las sensaciones más desgarradoras de su vida lo sacudían por dentro pidiéndole que no se apartara, que succionara hasta la última gota de su sangre, pero en aquella parcela había de ser la cabeza quien mandase por encima del corazón. Su frente descansó sobre el hombro de Res mientras trataba de acompasar su respiración alocada. El brujo le paseó la mano por la nuca y Adrien trató de apartarse, pero el noctis dio media vuelta y quien acabó con la espalda en la pared fue el lúzaró. Y no hubo palabras. A aquellas alturas, Resryon ya tenía perfectamente claro que a Adrien ninguna le serviría y que el único argumento válido con el que contaba era su cercanía. Lo besó sin importarle de nuevo que su propia sangre impregnase la boca del lúzaró, y Adrien solo pudo abandonarse a aquel arrebató que le hizo olvidarse de todo. Después se miraron en silencio y Resryon limpió la sangre de los labios de Adrien con el dedo. Este lo apartó sutilmente, furioso aún consigo mismo, y se dejó caer sobre la cama que la reina Lánarkel había dispuesto para él en aquella enorme habitación, contigua a la de Elain y el propio Res.

—¿Qué pasa? —quiso saber este, dejándose caer a su lado.

—Nada.

—Adri...

—Pasa que no quiero seguir alimentándome de ti —bramó al tiempo que alzaba la cabeza de la almohada. Resryon le paseó la mano por el pelo. La sangre de la herida se le deslizaba hacia el pecho y había llegado a impregnar la sábana.

—La cama... —exclamó Adrien, azorado.

—A la reina Lánarkel encontrarse con mi sangre por ahí le parecerá fabuloso. No te preocupes ahora por la cama. Sabes que no me importa que te sacies conmigo.

—Pero a mí sí. Me siento como una mierda después de hacerlo —añadió, sentándose sobre el lecho en el que había estado tendido.

—Es ridículo que te sientas así. Necesitas hacerlo y yo estoy aquí, ¿por qué no? ¿qué hay de malo en ello?

—Cada vez me cuesta más. Pierdo el control por completo. No eres el primero del que... bebo y contigo es diferente.

—¿Aún no te das cuenta de que entre nosotros siempre es diferente? Todo, lo que sea.

—No hablo de lo nuestro.

Res le agarró la cara, induciéndolo a mirarlo.

—Acabaremos con ello. Dejarás de ser un vampiro y la sed dejará de acuciarte, pero mientras lo haga, estoy aquí para ti. De eso se trata, Adri. De estar para el otro, ¿no? Te has metido en Noctia. Soy plenamente consciente de cada herida que hay en tu cuerpo porque antes no estaban y no son minucias. Te ha mordido un *áralo*; conozco ese dolor lacerante que te impide hasta respirar. Y te ha tocado un nigromante; sientes la piel ardiendo, como si te la estuvieran arrancando a tiras y todo a tu alrededor se esfuma. Pero has estado ahí para mí y ahora yo quiero hacer lo mismo.

Los hombros de Adrien se vinieron abajo y el contacto con los labios de Resryon le resultó balsámico a los suyos propios, como siempre ocurría. El brujo lo agarró del brazo y trató de que se recostara a su lado, pero Adrien se mostró reacio a ello.

—Aquí no.

—Solo quiero que te tumbes conmigo —aclaró Res—, sin hacer nada que no quieras hacer.

—Nada que no quiera hacer —repitió él, sonriendo—. Joder, Res, contigo quiero hacer de todo, pero es la casa de la madre de tu ex.

—Mi ex...

Adrien se tumbó en la cama y recostó la cabeza sobre el pecho de Resryon, cuyos dedos jugueteaban con los mechones de su pelo claro.

—¿No pasó nada con él en Akiteria?

La pregunta tomó al brujo por sorpresa, pero no lo hizo evidente.

—Él me besó y yo lo besé —confesó.

Adrien mantuvo la mirada clavada en la ventana que le quedaba delante, pero no se movió.

—Se estaba muriendo. Solo fue una forma de despedirme, un... homenaje a lo que un día hubo. No quería que lo último que se llevase fuera el sabor de la traición.

—¿Ya no sientes nada por él?

—Él está muerto, Adrien. Y aunque viviera... no, ya no siento nada por él.

—¿Por qué a él no lo perdonaste y a mí sí? Te hicimos lo mismo, ¿no? —preguntó, alzando la cabeza y mirando a Res a los ojos—. ¿Te dolió más su traición que la mía?

—Sí, me dolió mucho más. Ayudó a una mujer a matar a mi familia, Adri y a arrebatárnoslo todo. Tú ayudaste a tu padre cuando te hizo pensar que al otro lado de esa balanza estaba tu hermana. ¿Te parece equiparable?

—No, supongo que no. Pero lo que yo hice te envió a Akiteria.

—Juraste no darle más vueltas a eso.

—Ya lo sé.

Adrien volvió a apoyar la cabeza sobre el pecho del brujo y tras un largo silencio, la pregunta esta vez le sorprendió a él.

—¿Por qué te acostaste con Chris? —Y de nuevo el lúzarlo lo miró—. No entiendo qué te llevó a pensar que metiéndolo en tu cama ibas a... apartarme. ¿Así de fácil?

—No, Res. Sabía que no era la forma, pero... no sé, me dio igual todo.

El silencio amasó la respuesta entre los dos durante unos minutos.

—Cielos, lo que daría por una guitarra.

Adrien sonrió.

—¿Tienes *mono* de oírme cantar, brujo?

—Me muero por oírte cantar, dryadalis. Y tocar la guitarra. Es una sensación de paz alucinante.

—Paz... Me alegra que te guste. ¿No puedes crear una con brujería?

Res rio, mientras Adrien se incorporaba.

—La brujería no funciona como vosotros creéis. ¿Por qué te levantas?

—Porque si sigo acostado a tu lado sin hacer nada, me voy a volver loco y tengo la sensación de que esa reina tiene ojos por todas partes. Deberías irte a tu cuarto y descansar.

Resryon permaneció sentado, con las manos apoyadas sobre la cama, algo más atrás que su cuerpo.

—¿Me estás echando?

Adrien sonrió.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Con esos ojos... ¡Dios!

Se abalanzó de nuevo sobre él, abriéndole una sonrisa franca a Resryon y ya ninguno de los dos volvió a moverse.

0

June caminaba con firmeza y el teléfono móvil pegado al oído. Chris le había prestado su sudadera negra para que le resultase más fácil moverse por el edificio, teniendo en cuenta que las imágenes que circulaban de ella en todas las pantallas de Luzaria la mostraban con su sudadera azul.

—Sector cero, deshabilitado —le informó la voz de Chris al otro lado del auricular.

—De acuerdo.

Los accesos al edificio estaban cortados y, por tanto, June ascendió en el ascensor con la tranquilidad de saber que nadie llegaría hasta allí, en especial, el hombre al que Chris había engañado para poder entrar en La Sede del Consejo de la Luz.

—Chris, ¿podrías hacer algo con las cámaras de seguridad del pasillo? Advertirán de mi llegada antes de que se produzca.

Christian resopló.

—Podría intentar algo.

—Inténtalo.

El timbre del ascensor la avisó al tiempo que las puertas se abrían y la joven recorrió el siguiente pasillo. Allí se cruzó con algunas personas que la miraron con poco disimulo. Su distinta indumentaria generaba dudas, pero June escuchaba murmullos a cada paso sin que eso la detuviera. Mientras Chris no la informase de nuevos cambios, decidió acometer el último tramo de ascenso por la escalera, donde podría burlar los ángulos de las cámaras de vigilancia con más facilidad que las del ascensor.

En la escalera apenas se cruzó con un par de personas, que la miraron con la misma curiosidad con la que lo había hecho el resto. Era más que evidente que no se trataba de una trabajadora de La Sede y en aquellos días complicados, las visitas de familiares se habían restringido.

—Acabo de llegar al sector D —informó la joven, en voz baja—. Es la zona caliente del edificio.

—¿Adónde vas concretamente?

—Cúbreme en todo cuanto puedas. Necesito hablar con Hilmagenta Breaker.

—¿La feérica? —exclamó Chris, sorprendido.

—¿Conoces a alguna otra?

—¡Eh!

Una voz a su espalda interrumpió la conversación y al girarse, June reconoció el rostro de Gasgun Andersen, el miembro más joven del Consejo de la Luz, y al que Adrien no había soportado jamás. La chica empezó a correr cuando distinguió que Andersen había dado la voz de alarma y buscaba a los miembros de seguridad al tiempo que todos corrían y el escenario se tornaba caótico a su alrededor.

June empujó la puerta del despacho de Hilmagenta, que se puso en pie, alertada ante la irrupción de la joven.

—¡June! —exclamó la mujer, abriendo sus alas de par en par.

—Necesito saber dónde está Eugenne, el vampiro que trajeron ayer aquí.

—¿Es cierto que te secuestró? —cuestionó la mujer sin moverse de su sitio.

—¡Por supuesto que no! Es la única persona que puede llevarme junto a mi hermano y la única que ahora mismo puede poner paz a la situación que hará colisionar a Luzaria y Noctia. Señora Breaker, por favor.

La mujer acabó por asentir.

—Supongo que conoces el edificio, ¿verdad? —preguntó, acercándose a ella.

—Como la palma de mi mano.

—No sé cuán sencillo te resulte moverte a través de él en este momento. —Alzó la mirada hacia la cámara de seguridad.

—No se preocupe, está inhabilitada. O eso espero —masculló.

Hilmagenta frunció el ceño, pero el tiempo apremiaba y no solicitó ninguna explicación.

—Yo no puedo usar mi poder sin delatarme y ahora mismo eso es muy peligroso. El Consejo no escatima en métodos y no puedo negarte que temo por cómo terminen la cosas.

—Solo dígame dónde puedo encontrar a Eugenne.

—El vampiro está en el Sector E. Han restringido su poder y están interrogándolo. Tu padre ha perdido el norte, June; está convencido de que el chico sabe dónde está tu hermano y como te digo, no se está escatimando en medios para sonsacarle.

—¿Hay personas vigilando la zona? Es decir, si consigo llegar hasta allí, ¿tendré demasiados problemas para salir después?

—No será fácil, June. Ander ha redoblado la vigilancia y todas las plantas están custodiadas; ni que decir el acceso a La Sede. No sé cómo has conseguido entrar.

—Sector E. Muchas gracias, señora.

—Ten cuidado, hija.

June abrió de nuevo la puerta y salió como una embestida empujando a las dos mujeres que se habían acercado hasta el despacho de la feérica, repletas de curiosidad.

Gasgun le salió al paso y trató de retenerla, pero June le asestó un soberbio puñetazo que dio con el hombre en el suelo.

—¡Esa por mi hermano! —exclamó, mientras corría. Se apartó cuando uno de los guardias llegó hasta ella y logró burlarlo zigzagueando hasta colarse en el ascensor, que inició la bajada al momento. June marcó de nuevo el número en su teléfono móvil y Chris respondió al instante.

—Necesito que me bloques los niveles superiores y me des vía libre en el sector E.

—Tienes vía libre en el sector E. Bloquear los niveles superiores ya es más difícil porque son los más sofisticados.

—¿Pero podrás hacerlo o no?

—Sí, June, pero necesitaré más tiempo.

—No lo tenemos, Chris.

—Ya lo sé. Cuando salgas del ascensor ve a tu derecha —le indicó—. Por el otro lado hay tres salas vacías y una cuarta con tres personas; en cuanto salgas, serán conscientes de tu llegada. No veo los controles de la cámara que hay allí.

—Vale.

Obedeció y caminó hacia la dirección que Christian le había indicado. Al final del pasillo llegó a una puerta metálica que permanecía cerrada.

—¿Puedes desbloquear esta puerta? Si no, no puedo entrar.

—Vale, dame un segundo.

June escuchaba el sonido de las teclas al otro lado del teléfono móvil y no podía negar que contar con Chris en aquella ocasión había resultado un golpe de suerte. Algo bueno tenía que sacar de la presencia de aquel chico en sus vidas.

—Deberías poder entrar, pero te están siguiendo.

—¿Quién?

—Guardia Blanca. Ya te he dicho que bloquear el sector principal es más difícil. Las puertas funcionan correctamente. Lo único que he podido hacer es capar el ascensor. Solo llega hasta el sector C. Pero irán por la escalera.

June accedió a través de la puerta y siguió avanzando a largas zancadas.

—¿Cómo lo tengo yo por la escalera?

—Tú puedes ir por el ascensor. Tienes vía libre hasta las planta tres. Los accesos al edificio están cerrados, ¿te acuerdas?

—Prefiero ir por la escalera. Supongo que no sabemos si hay gente en los sectores F y G, ¿verdad?

—Los tengo habilitados, pero de momento no veo a nadie, salvo...

—¿A quién, Chris? —preguntó mientras bajaba más escaleras.

—Al vampiro. Yo no conozco el edificio como tú, pero está en una sala pequeña. Lo tienen maniatado y con una especie de collar raro.

—Un inhibidor, para impedir que utilice cualquiera de sus dones noctis.

—Dones... Parece que le han zurrado un poco.

—¿Está bien? —preguntó ella, notablemente preocupada.

—No sé qué es bien para un tipo de esos, June. Está quieto, mirando la mesa y... bueno, tiene golpes pero está consciente y sí, supongo que bien.

June se detuvo al abrir el acceso a la siguiente sala. Sudaba y estaba resollando por las carreras llevadas a cabo en el entresijo de pasillos que hacían de La Sede un laberinto enloquecedor. Por fortuna, ella lo conocía bien en su mayoría, aunque había zonas como esa en la que se encontraba que conformaban un desafío para su memoria. Se detuvo al encontrarse de frente con un miembro de la guardia blanca, ataviado con una nívea armadura que mostraba en su pecho el emblema de Luzaria, medio sol extendiendo sus rayos hacia un horizonte incierto. A diferencia de lo que solía ser habitual, el hombre no llevaba puesto su casco. Sonrió desde unos labios finos bordeados por una barba espesa y canosa.

—No hay manera de que puedas salir de aquí, chiquilla. Te has metido en la boca del lobo.

June se tragó una maldición que no le hizo llegar a Chris para no delatar la forma en la que había estado moviéndose a través del edificio.

—Vamos, tu padre nos ha dado orden de no hacerte daño, así que si dejas esta idiotez, no te pasará nada.

La muchacha se acercó a él, extendiendo las manos como si solicitase que se las ligasen. El hombre la miró alzando una ceja y todo se precipitó a gran velocidad. June se escurrió entre las

piernas abiertas del guardia y se puso en pie a sus espaldas para asestarle una patada que lo hizo caer de bruces en el suelo. Corrió y dobló el recodo del pasillo hasta dar con una última puerta que había de conducirla hacia el sector E. Se precipitó sobre la última puerta y llegó al fin hasta el lugar indicado.

—¿Sigues ahí? —preguntó con el teléfono en el oído de nuevo.

—Sí, lo siento. No había cámara en ese ángulo del pasillo.

—Genial...

—He bloqueado la puerta que te queda detrás. Pero tengo una mala noticia, June. Tu padre está en ese sector. Está reunido con algunos soldados y un par de miembros del Consejo, pero no creo que tarde mucho en visitar al vampiro por lo que han dicho.

—Joder...

—No sé en qué sitio exacto está. Solo veo la sala. Y me da que por poco tiempo se han dado cuenta de los fallos simultáneos y vienen hacia aquí. Tengo que irme, June.

—No puedes irte —exclamó ella, tratando de mantener la voz baja—. Necesitaré que me desbloquee la salida.

—Hay temporizadores. La salida se desbloqueará en diez minutos; ese es el tiempo que tienes para sacar a tu vampiro de ahí. Si me pillan, mi padre me mata.

—Creí que ibas a asumir cualquier riesgo por Adrien.

—Esto no tiene nada que ver con él. Adrien está en Noctia y tú pierdes el tiempo metiéndote aquí para rescatar a un vampiro. Podemos encontrarlo sin él.

—¡Chris!

La comunicación se cortó y June guardó el teléfono en su bolsillo.

—No puedo creerlo. Eres idiota, June Winchester —farfallo ella consigo misma—. Por confiar en ese malnacido.

Llegó a la primera puerta y acarició la hoja como si eso fuese a proporcionarle la información deseada. Detrás de ella podía estar Eugene, su padre o tal vez, nadie. Apoyó la oreja sobre su superficie y no oyó nada, por lo que dedujo que no era el lugar en el que debía de estar llevándose a cabo una reunión acalorada y aunque eso no le asegurase nada, decidió asumir el riesgo. Dio un empujón y se topó con los ojos incrédulos de Eugene. Tenía multitud de mechones fuera de su coleta y heridas en el rostro, moretones y sangre seca junto al labio.

—Por dios, no puedo creerlo. —Corrió hacia él y acarició los soportes que mantenían sus manos fijas sobre la superficie de la mesa—. Voy a sacarte de aquí —le aseguró la muchacha, acariciándole el rostro. Los ojos suplicantes del vampiro distaban mucho de exhibir la seguridad que siempre los vestía—. ¿Por qué dejaste que te capturasen? Tú podías haberte largado.

—Necesito las monedas, June —respondió con voz rasgada—. Sé que no lo entiendes, pero las necesito.

—Las tengo, Eugene —confesó ella tras una larga vacilación.

El vampiro la miró y algo se modificó en su expresión fatigada.

—Deja que las guarde —le pidió la joven— y... decida... si quiero... en fin, me gustaría conocer a Liatli Hassul.

Eugene negó con la cabeza.

—No, June.

—¿Por qué no? La has defendido siempre, ¿no? ¿Qué podría pasar?

—Lo que puede pasar es que si decides no dárselas, no saldrás con vida de allí.

La joven lo miró largamente y algo en ella se activó.

—Hay que salir de aquí. Ya hablaremos de lo demás.

—Esto no es una simple esposa.

Eugenne movió los dedos de sus manos mientras June recuperaba su teléfono móvil. Christian respondió al otro lado.

—¿Sabrías cómo desactivar los anclajes que Eugenne tiene?

—Estoy fuera, no puedo hacerlo.

—Ya sé que estás fuera y que no puedes hacerlo. Pero necesito que me digas cómo hacerlo yo.

—No es difícil, pero te vas a llevar una pequeña descarga. En la parte inferior, esos anclajes tienen un orificio diminuto. Es un sistema de seguridad. Tienes que meter algo lo suficientemente fino como para que quepa y te llevarás un *regalito* que te dejará chamuscada si no eres capaz de apartarte rápidamente. Pero es la única forma. Dile a tu amigo que te empuje cuando ocurra. Te estoy esperando en la parte posterior. Si no es conmigo, no podrás salir de aquí.

June cortó la comunicación. No deseaba admitir que el chico tenía razón porque la había dejado tirada allí dentro. Se deshizo de una horquilla y rezó interiormente para que cupiera por aquel agujero. Se arrodilló junto a Eugenne y trató de localizar el hueco.

—Empújame cuando sea necesario.

—¿Necesario?

El grito trató de arrancarle en lo más profundo de su garganta, pero no llegó a salir apenas cuando Eugenne la empujó con la pierna, haciéndola caer al suelo. Se incorporó como un resorte al saberse liberado de aquel anclaje y se arrodilló junto a ella, sujetándola.

—¡June! ¿Estás bien?

La joven parecía aturdida y sus dedos estaban ennegrecidos, pero asintió, mientras trataba de incorporarse ayudada por el propio Eugenne.

—Hay que salir de aquí —murmuró, recuperando la claridad

En ese momento la puerta se abrió y el padre de June los miró, flanqueado por dos soldados de la Guardia Blanca.

0

Anven soltó la cuerda que había mantenido tensa durante unos segundos y la flecha se clavó en el centro de la diana. Se alzaron algunos aplausos en el grupo poco numeroso que permanecía en los campos de entrenamiento, situados en la zona oeste del Áleon. La joven sonrió con desgana y desvió la vista hacia la fortaleza imperial. No había vuelto a saber nada de Ottana desde su llegada y de eso habían pasado ya más de cinco horas. Acceder al interior sin que la emperatriz o uno de los generales lo hubiera solicitado era una temeridad que no se había atrevido a llevar a cabo.

Recogió el arco y el carcaj que contenía las flechas restantes y decidió dar por terminada aquella jornada de entrenamientos. Se sentía descentrada y ausente, pero no se le ocurría la manera de comprobar que aquella obstinada chiquilla estuviera bien. Era cierto que con la Vara de Paxia no había de correr peligro, pero también lo era que Liatli Hassul no la atendería como a una visita más y la despediría después, acompañándola hasta la puerta.

Estaba a punto de llegar a la solitaria zona de las chozas del ejército, vacías habitualmente durante la jornada mientras cada soldado cumplía con las diferentes misiones asignadas, cuando unas manos la arrastraron hasta el interior de la suya propia. Trató de revolverse y zafarse de los dedos que la amordazaban y la sostenían, pero al encontrarse con el rostro de Yrona apareciendo

bajo la capucha de una oscura figura, se mantuvo inmóvil. Al hacerlo, las manos la soltaron y Anven observó que se trataba de Olmer. La bruja y el licántropo pertenecían al Consejo de Nix, pero para nadie eran secretas las diferencias que los separaban de los demás miembros y de la propia emperatriz.

—Anven Drokoriah —murmuró la mujer—, me pregunto qué diría tu padre si te viera ahora.

Golpe bajo. Las palabras la dejaron helada. Pandyan Drokoriah había sido una leyenda dentro de la Aurea, un general admirado y querido por sus soldados, e incluso respetado por los enemigos. No eran pocos los que habían asegurado que, a su muerte, su alma había bendecido a Resryon Vakko con sus dones. El hijo del emperador era considerado el heredero de su mejor legado, su ojo derecho, y por eso habían sido otros tantos los que habían idealizado un romance entre su hija y el propio Resryon, algo que a ellos dos les había divertido exhibir sin ser cierto.

—Supongo que podría decir lo mismo de vos, mi señora —respondió ofendida—. ¿Qué clase de consejero se mete en la chabola de un soldado y lo arrastra como un vulgar secuestrador?

—La clase de consejero que valora la vida de ese soldado —intervino Olmer—. Si alguien le va con el chisme a Liatli, estarás muerta en horas. Me consta que te costó mucho ganarte su confianza.

—No moriré yo sola, en todo caso.

—¿Qué te parece si tratamos de que no muera nadie más? —Yrona aportó la serenidad que la conversación estaba empezando a perder—. Liatli tiene a Ottana Vakko —siguió diciendo—. No sabemos qué clase de enajenación la ha traído hasta aquí cuando había logrado escapar de las prisiones, pero necesitamos que te la lleves de nuevo.

—¿Yo? —exclamó Anven, sorprendida—. Si esa chica ha venido hasta aquí, que cargue con las consecuencias.

Olmer sonrió.

—Con nosotros no tienes que fingir. Siempre fuiste leal a Resryon y por tanto, a su dinastía, aunque esta haya quedado tristemente representada en su hermana pequeña. Es nuestra única esperanza para devolver las cosas a su sitio.

Anven necesitó unos segundos para procesar aquella información.

—¿Vosotros... no? Lo que estáis sugiriendo es... estáis contra la emperatriz.

—Qué sorpresa, ¿no? —exclamó Olmer, aburrido.

—Todo el mundo conoce de vuestros desacuerdos, pero de ahí a conspirar contra su gobierno...

Olmer miró a Yrona, que negó con la cabeza.

—Comprendemos tu cautela, Drokoriah —dijo la mujer—, pero no tiene razón de ser con nosotros. Estamos del mismo lado.

Anven resopló y empezó a dar paseos nerviosos por la sala.

—Nos matarán...—murmuró al fin.

—No, si tenemos cuidado —respondió Olmer—. Hay que buscar la manera y necesitamos que estés preparada. Nosotros podemos velar por los límites dentro del Consejo, pero habrá un momento en el que será el ejército el que deba tomar parte.

—La Timoria está con ella. Al completo —escupió Anven, iracunda. No podía obviar la luz que le había traído el hecho de estar hablando de Resryon, de la Vakko y de todo aquello a lo que siempre había entregado su lealtad, con personas que aspiraban a recuperarlo, pero al mismo tiempo se sentía furiosa porque todo eso la colocaba en el punto de mira y ya lo había sufrido suficiente. No soportaría nuevas torturas. No lo aguantaría y la idea la horrorizaba.

—No hablamos de la Timoria —dijo Yrona, recuperando su dispersa atención—, sino de la

Áurea, de la auténtica. Nuestro símbolo, la Lágrima del Renacer. Caímos, pero nos alzaremos. Sin embargo, necesitamos a esa cría sana y salva.

—Hallaremos la manera —añadió Olmer—. Permanece alerta y busca apoyos que no nos fallen, Drokoriah. Un paso en falso y estaremos todos muertos.

Las sombras de Yrona y Olmer desaparecieron con el mismo sigilo con el que habían llegado hasta allí y cuando se quedó sola, Anven aún era capaz de percibir los latidos de su propio corazón en el silencio de la tarde. Se sentó sobre su camastro y trató de atar cabos: durante muchos años, una minoría en el Consejo había discrepado de las formas y los fondos de Liatli Hassul —Olmer e Yrona—, pero nunca se habían lanzado a hacer algo de manera activa. Ahora que Ottana había regresado y reclamaba el trono, ahora que Elain había vuelto a la ciudad, los acontecimientos se precipitaban de una manera tan favorable como engañosa.

Agarró la espada y se puso en pie a la velocidad del rayo para que la hoja acabase apuntando directamente sobre el cuello de Sirthak, que alzó los brazos en un gesto de cautela.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber la joven—. ¿Cómo te atreves a entrar sin mi permiso?

—Has sido más hospitalaria con tus anteriores visitas —respondió el joven, apartando la hoja con la mano.

Anven no fue capaz de reaccionar. Tragó saliva y se aferró con fuerza a la empuñadura de su arma.

—¿Qué has oído? —se atrevió a preguntar.

—Todo. Conspirar contra la emperatriz en los cuarteles de su ejército no es muy inteligente, aunque en tu favor debo decir que no ha sido cosa tuya.

—Yo no conspiro contra nadie.

Anven le dio la espalda a Sirthak y trató de que su nerviosismo no quedase en evidencia.

—Es cierto que le eras leal a Resryon como pocos; al fin y al cabo estabais juntos, ¿no? ¿De verdad no apoyarías a su hermana si luchase por recuperar el trono para la Vakkó?

La joven se volvió, sonriendo.

—¿Te envía tu emperatriz a obtener información? Porque si es así, pierdes el tiempo, Sirth. Vuelve a su cama. No tengo nada que ver con lo que Yrona y Olmer han venido a proponerme.

—Liatli no me envía.

—¿Entonces qué quieres?

—Vi a alguien internarse en el campamento. Estoy de guardia. Ten cuidado, Anven. Estás jugando con fuego y mi silencio no siempre va a salvarte el culo.

El muchacho se marchó y la tensión se desplomó sobre su cabeza. Sirthak había oído las palabras de los consejeros, pero ella no había podido pronunciar prácticamente ni una, por lo que no debía temer por lo que el chico pudiera explicarle a la emperatriz. No le era ajeno el papel que el muchacho tenía en la vida de Liatli, un entretenimiento en su cama y aunque no pudiera contarle

nada desfavorable a ella misma, sabía que el mero hecho de revelar lo sucedido e inmiscuirlo en aquella conspiración resultaría suficiente para que la emperatriz la ejecutase.



28 Los Señores del Ocaso

Adrien alzó la mirada y casi se sintió mareado al comprobar la ingente cantidad de personas que se habían congregado en La Espiral. Aquel era el nombre que recibía el círculo en el que Resryon y el comandante de Los Señores del Ocaso dirimirían el futuro de estos últimos, así como su lealtades. Por lo que el muchacho había podido saber, la extensión de esos círculos se hacía cada vez más pequeña en la competiciones y campeonatos que Catarno y Domarna organizaban y del que salía un vencedor al que se honraba durante varias fechas. No sabía si la reina Lánarkel pensaba llevar a cabo allí aquella competición, pero en todo caso, la lucha tendría lugar en el círculo más amplio.

Adrien resopló por enésima vez, sentado entre la multitud, junto a Elain, que parecía mucho más tranquilo.

—Si sigues soltando suspiros acabaré ahogándote —espetó el brujo, molesto.

—¿Y qué quieres? No sé cómo puedes estar tan tranquilo.

—Estoy tranquilo porque he visto a Resryon pelear desde que éramos críos y por si se te olvida hay un pequeño detalle que está a su favor.

—La inmortalidad —susurró Adrien.

—¡Shhh! ¿Estás loco? No susurres en un reino de brujos, dryadalis.

Elain le echó la mano sobre la rodilla para detener el movimiento nervioso que sacudía la pierna de Adrien como una locomotora.

—Dioses, estate quieto.

Y lo estuvo al ver a Resryon accediendo al interior del círculo. La noche en Domarna quedaba espantada por el fuego. Toda la parte superior del recinto en el que se encontraban era un enorme anillo cuyas llamas proyectaban gigantescas sombras en el muro liso que se alzaba en la parte posterior. Y según había podido saber Adrien, el fin de aquella pared era precisamente ese: proyectar sombras que se presentaban como un espectáculo secundario del que muy pocos solían disfrutar, presa como estaba su atención de los combates que allí se desarrollaban.

A Resryon lo vio tranquilo y aquello no le sorprendió. Pocas veces el brujo había perdido la calma y en aquel momento ni siquiera se jugaba la vida, pero si algo le había enseñado Noctia era que tan terrible como la muerte y menos piadosa que esta, podía ser el dolor. Además, Elain se había referido al comandante de Los Señores del Ocaso como un hombre sanguinario y torturador. Desde luego, su aspecto físico ayudaba a creerlo. El hombre accedió después de Resryon y los abucheos que habían coronado la entrada del joven brujo se convirtieron en vítores y aplausos para el comandante, que se despojó del yelmo que llevaba para saludar a la concurrencia. Su rostro daba miedo o al menos eso pensó Adrien. Tenía una barba negra y espesa, una cicatriz que le partía el ojo y la boca, y la misma expresión que un lobo que llevase semanas sin comer. Gritó hacia la grada alzando los brazos y el gesto se recibió como una valiosa ofrenda que el público

saldó con más gritos.

—Dime dos cosas de ese tipo que me tranquilicen —le pidió Adrien a Elain.

—Que no es inmortal y que se llama Eltor.

Adrien sonrió, sin ser capaz de despojarse de su nerviosismo.

—¿Y en qué cojones me tranquiliza que se llame Eltor?

—En nada, pero no se me ocurría una segunda.

—Vete a la mierda, Elain —respondió Adrien, negando con la cabeza.

Elain le dio una palmada en el hombro sin dejar de reír.

—No necesitas saber nada de Eltor, sino de su oponente: se llama Resryon Vakko, es una leyenda en las Legiones Áureas; lo era con solo dieciocho años. Sus compañeros lo han apodado de mil maneras diferentes; sus enemigos, también. Es el general más brillante que ha dado el ejército ántico, bendecido por los dioses, según dicen, inmortal —añadió susurrando—. Y ha salido vivo de Akiteria. ¿Quieres más?

Adrien sonrió sin mirarlo.

—Que toda esta mierda acabe. Solo eso.

El combate arrancó y Adrien ya tuvo claro desde el principio que no solo las espadas dirimirían a un vencedor, sino también la magia. Brujería. Apenas había visto a Resryon utilizarla en Luzaria, sino para sanarlo, pero en cuanto Eltor se puso el yelmo sobre la cabeza y sostuvo las dos espadas que mantenía en cada mano, un haz de luz violeta lo envolvió como una espiral, en honor, quizás, al círculo en el que luchaban. Resryon había escogido una espada y un escudo, pues a ambos contrincantes se les había permitido armarse por cuenta propia. De igual manera, dos líneas azuladas aparecieron a su espalda. Por un momento, Adrien las había identificado como alas, pero solo eran líneas verticales que fluctuaban con cada movimiento del muchacho, como si lo flanqueasen sosteniéndose por algún tipo de eje imaginario.

Los primeros movimientos entre ambos contendientes sirvieron como toma de contacto; gestos más imprecisos calibrando la valía del rival. Entonces Adrien se preguntó si aquella sería la primera vez que se enfrentaban, ya que ambos parecían conocerse bien, igual que el propio Elain había podido darle algún dato de Eltor.

La reina Lánarkel permanecía sentada al otro lado de La Espiral, en un ostentoso sillón de piedra con un cojín rojo que debía acomodar ligeramente el lugar para su real trasero. Las mujeres que siempre caminaban tras ella, aguardaban de pie, a su lado. Adrien se encontró con la fría mirada de la soberana y tuvo la sensación de que si el odio pudiera materializarse, en los ojos de la reina habrían sido dos espadas perforándolo.

—¿Crees que sabe que Res y yo...? —preguntó sin dejar de mirarla.

Elain observaba el combate con atención.

—Claro que lo sabe. Decían de ella que es capaz de perforar la mente y pensamiento de cualquier noctis; no digamos ya un humano. En época de guerra volvía locos a los prisioneros de Catarno y Domarna, literalmente. Penetraba en sus mentes y moldeaba sus pensamientos a su antojo.

Las palabras de Elain le habían erizado el vello de la nunca, pero la tensión en su cuerpo duró hasta que un fogonazo atrajo su atención de regreso a La Espiral. Dos discos plateados salieron proyectados de las manos de Eltor hacia Resryon, que logró contenerlos con el escudo y los resplandores azules, que se cruzaron frente a él conformando una «x». El joven príncipe reculó, soportando la acometida y enseguida recuperó la posición para abalanzarse sobre su rival lanzando la espada que impactó contra una barrera invisible. Los golpes eran truenos retumbando en el mundo y Adrien cumplió con los deseos de Elain sobre no moverse al ser incapaz hasta de

pestañear. La lucha se prolongaba y nada parecía evidenciar que uno u otro pudiera estar resultando vencedor. Hasta que Resryon hizo perder una de sus espadas a Eltor y aquello enmudeció a los asistentes que habían jaleado la pelea como animales.

El círculo que envolvía a Eltor empezó a girar a una velocidad temeraria en torno a él y pasó de un violáceo vivo a un rojo abrasador. Las líneas se convirtieron en cabos que se extendieron, emulando dos látigos que golpeaban con furia y que topaban una y otra vez con el escudo de Resryon, envuelto también en el fulgor azul. Las líneas ya no flanqueaban su espalda, sino que parecían proteger a la coraza y al acero. Uno de los cabos de magia de Eltor llegó a golpear a Resryon en el brazo y Adrien se puso en pie de manera automática. Elain lo agarró y lo obligó a sentarse de nuevo.

El golpe le había quemado parte de la camisa y también la piel, que humeaba, pero Resryon no parecía especialmente afectado.

Eltor lanzó un nuevo latigazo y Res lo esquivó agachándose, pero la magia parecía perseguirlo con una implacabilidad diabólica. El joven brujo se agachó y al alzarse de nuevo, dejó caer la espada sobre la luz roja, cortándola al instante. El fulgor se extinguió y a Eltor solo le quedó un fragmento mucho más corto del que había tenido al inicio. Lo amasó hasta convertirlo en una esfera y antes de que fuera capaz de maniobrar con él, la líneas azuladas de Resryon lo destrozaron, hundiéndose en su centro.

Los dos contendientes miraron a la reina cuando esta alzó el brazo.

—Sin brujería —solicitó—. No quiero ver esto eternizado.

—Como ordenéis, alteza —respondió Eltor con su vozarrón.

Adrien no sabía cuánto tiempo llevaban peleando, pero ambos resollaban y sudaban. Supuso que el uso de la magia les había supuesto un considerable esfuerzo.

La espada de Eltor cayendo sobre Res se asemejó a una montaña desplomándose sobre el mundo, pero el joven aguantó la acometida sin ceder un milímetro. Efectuó un movimiento en forma de arco con el escudo y apartó el acero de su rival, soltando el suyo propio. Eltor reculó y Res dio media vuelta, lanzando su espada de nuevo hasta que esta llegó a encontrar la piel del hombre, que sangró por vez primera.

Eltor se llevó la mano a la herida y tras unos aparentes segundos de asimilación, la alzó para que el lugar rugiera reclamando la de su enemigo.

Resryon no dio tregua y se lanzó otra vez a por él. Cada segundo que pasaba allí le parecía una pérdida de tiempo; necesaria a tenor del juego que Lánarkel había planteado, pero nada en ese combate estaba ayudando a Ántico ni a su hermana. Descargó su acero y a Eltor le costó contener los golpes. El comandante era mucho más corpulento, pero estaba probando de primera mano la leyenda de Resryon Vakko. Pocos creían en ella al encontrarse con el muchacho y muchos menos dudaban de ella tras luchar con él. Sin embargo, comprobar la veracidad de la misma no hacía sino alentar las ganas de luchar y tumbarlo, porque entonces la leyenda cambiaría de propietario: la grandeza de un rival había de medir la valía propia.

Resryon gritó, rabioso y su espada lo acompañó sesgando el costado de Eltor, que trastabilló mientras su mano cubría de nuevo una herida en su cuerpo; la segunda, mientras el saldo en Res se limitaba a una quemadura en el brazo.

El suceso solo agrió más la expresión del comandante, que volvió a colocarse frente a él y alzó la espada para detener la de Resryon. De pronto, el joven brujo salió proyectado y su cuerpo acabó estampado contra el muro del que se había apartado multitud de gente para no sufrir el impacto.

Adrien se puso en pie, indignado.

—¡Ha usado magia! —bramó, atrayendo la atención de los brujos que lo rodeaban—. Has dicho que no lo hicieran.

Elain tiró de nuevo del brazo de Adrien.

—No le hables así a la reina. Te digo más: no le hables a la reina. No hables, simplemente.

—Pero está haciendo trampa.

Resryon se puso en pie y miró a Lánarkel, que le quedaba prácticamente al lado, sin que nada en la expresión de esta denotase desacuerdo. El joven recuperó la espada que había perdido y caminó con determinación de regreso hacia La Espiral. Su acero sesgó el aire y buscó la piel de su enemigo, que lo contuvo cruzando su espada. Había recuperado la otra y luchaba armado con dos como lo había hecho al principio. De nuevo, el intercambio se tornó titánico. Eltor bajó una espada y Resryon la contuvo con la suya. Entonces Eltor soltó la otra y mientras Res volvía a detenerla, la primera cortó encontrando su objetivo en el costado del muchacho. Reculó al sentir la hoja hundiéndose en su piel y lanzó de nuevo la suya contra Eltor. El hombre se apartó del acero, pero no del escudo que Resryon utilizó para romperle la nariz. Aquello ya no generó regocijo ni sorpresa. Era sangre sobre más sangre y La Espiral parecía insaciable con aquel líquido escarlata. Eltor gritó mientras lanzaba las espadas al suelo, teñido de rabia y una luz amarilla envolvió a Res, doblándolo de rodillas en el suelo. Gritó mientras en su cuerpo se abrían cortes y heridas sangrantes.

—¿Te gusta la sangre, Resryon Vakko? ¡Pues báñate en ella, hijo de puta!

Res alzó la cabeza y apretó los dientes proyectando su espada en un lanzamiento letal contra el pecho de Eltor. Aquello había sido lo último que el comandante esperase y su brujería se apagó por la sorpresa.

—Me gusta más la tuya, malnacido —masculló furioso.

Eltor miró su estómago y arrancó despacio la hoja que lo atravesaba. De nuevo el lugar había enmudecido. Adrien llevaba rato de pie y Elain ya no había tratado de volver a sentarlo. La reina continuaba con su marmórea atención presa del combate. Resryon se puso en pie, de forma costosa. Todo en él era sangre y muchos de los sobrenombres con los que lo habían apodado cobraron sentido. Caminó hacia Eltor y recogió uno de los aceros de los que él mismo se había deshecho para descargarlo de nuevo sobre él. El hombre llegó a contener el golpe, pero su estado era más que lamentable y parecía evidente que el combate se prolongaría apenas unos minutos más. Res no se apiadó pese a eso y embistió de nuevo, un tajo que Eltor contuvo a la desesperada con su propia mano, sesgada en dos por la afilada hoja. El hombre intentó prender un haz de magia que lo protegiera, pero Res llegó a hundir de nuevo su arma en el estómago de Eltor, y por fin acabó derrumbándose de rodillas.

—Me rindo —murmuró con voz rota.

Un niño saltó a la arena y corrió hacia el hombre, abrazándolo. La mano temblorosa del comandante se apoyó en su espalda y lo atrajo contra su pecho.

Adrien observó atónito cómo murmuraba algo al oído del pequeño, probablemente una despedida del que debía de ser su hijo. Aquella visión le dio un vuelco al estómago. De pronto el tipo ya no era el sanguinario que había tratado de matar a Resryon, sino el padre que se había visto abocado a un combate inútil por el juego retorcido de su reina. Buscó a Res con la mirada y no llegó a encontrarlo. Los ojos glaciales del brujo no mostraban titubeo alguno.

Eltor besó al niño y el pequeño se apartó de su padre. Al pasar por el lado de Resryon se detuvo, mirándolo.

—¿Puedo deciros algo? —preguntó el chiquillo.

Resryon no llegó a responder. Algo atravesó su estómago desde su espalda y no le costó

comprobar que se trataba de la hoja de una daga, el último latigazo de Eltor con un arma que, probablemente, le había entregado su hijo. Resryon miró al frente como si la visión se le nublase. Los rugidos de su entorno desaparecieron y solo fue capaz de localizar a Adrien y Elain. Pero lejos de desplomarse, como todos habían esperado, le asestó un soberbio bofetón a Eltor y su mano hizo cepo en el brazo del niño, que trataba de zafarse sin llegar a conseguirlo. Eltor quiso incorporarse para liberar a su hijo, pero a Res le costó muy poco esfuerzo hacerlo caer de nuevo con una patada en la cara.

—¡Padre! —gritó el crío.

Resryon sacó la daga que aún se mantenía en su espalda con un seco tirón y empujó al niño haciéndolo caer al suelo para recuperar el cuerpo de su padre sin más demora. Agarró a Eltor del pelo y colocó la daga contra su cuello al tiempo que sus ojos se clavaban en la reina. Los murmullos se alzaron de boca en boca acompañando al crepitar del fuego en aquella noche de espectáculo que rara vez generaba esos silencios en torno a La Espiral.

—El combate era a vida o muerte —pronunció Lánarkel con calma.

—¡No lo hagas! —gritó Adrien a su espalda. Res no se giró para mirarlo—. Es lo mismo que hicieron contigo. Matar a tu familia delante de ti. Es un niño, Res.

—Vete —le exigió al chiquillo con calma.

—Hazle caso, Bruin. —solicitó Eltor con un hilo de voz.

—No quiero... —balbuceó el niño—. Padre...

—¿Te tiembla el pulso, Resryon Vakko?

La reina se puso en pie con la ayuda de las dos mujeres que la flanqueaban.

—No lo mates —le pidió el niño—. Por favor.

—¿Tu padre te ha hablado alguna vez de honor? —preguntó él secamente.

El niño asintió con vehemencia.

—Pues después de esta noche, lo ha perdido todo. La única posibilidad que le queda es morir. Déjale eso al menos.

El chiquillo miró a su madre, situada entre el público y con el llanto surcándole el rostro, y se mantuvo en su sitio.

—Llévatelo —le ordenó Eltor a la mujer.

Esta entró corriendo en La Espiral y besó en los labios a su marido antes de agarrar a su hijo, entre llantos y alejarse de allí.

El silencio siguió envolviendo la noche domarnesa y hasta el fuego parecía inmóvil, agrandando las sombras sin conferirles la vida que habitualmente las sacudía en la tapia. Res miró a Eltor y comprobó que ya no respiraba. Los brujos de Domarna eran *ígneos* y sus vidas no se consideraban extinguidas por completo hasta que el fuego las devoraba, pero Eltor ya no volvería a respirar ni a hablar ni a mirar a su hijo a los ojos. Del mismo modo que él, como *captia*, solo se consideraría muerto por completo al ser decapitado.

Un fugaz fogonazo le trajo el rostro del niño a la mente y el beso de su mujer, pero todo aquel tipo de pensamientos había de desterrarse con rapidez de cabeza y corazón. Soltó el pelo de Eltor y su cuerpo se desplomó en el suelo. Después, su mano prendió un haz de fuego y lo dejó caer sobre el comandante para que las llamas lo devorasen reduciéndolo a cenizas.

El viento no había soplado en toda la noche y sin embargo lo hizo en aquel momento arrastrando lejos de allí todo rastro del malogrado comandante.

Cuando Resryon se dio cuenta, la reina estaba frente a él, acompañada como siempre de las mujeres que la sostenían.

—Te di mi palabra y la cumpliré. Los Señores del Ocaso lucharán por ti.

La mujer que había a su derecha extendió la mano entregándole algo al muchacho: un espejo circular del tamaño de su mano que tenía multitud de grabados en su parte posterior y un rubí en la superior.

—El *spéculo*. Proyecta el fulgor de la luna cuando desees que las legiones acudan y las legiones acudirán.

—Os lo agradezco —dijo él, bajando la cabeza y observando su propio reflejo en el cristal. Sangre sobre sangre.

—Sé que mi hijo está muerto. Sé también que te amó de verdad y nunca he dudado de que ese sentimiento fuese mutuo.

Resryon tragó saliva. Salir airoso de engañar a la reina Lánarkel de Domarna no hubiera sido una empresa fácil y aunque había albergado la esperanza de lograrlo, no le sorprendió saberse derrotado ahí.

—Lo fue, no lo dudéis —admitió.

—Has dado honor a su palabra. Ahora quiero que te largues de aquí, que te lleves a ese otro chico y que hagas de lo ocurrido hoy algo que merezca la pena. —Res la miró con el ceño fruncido—. Sé que eres inmortal y te has hecho con el don para contar con el tiempo suficiente de conquistar Átraro. Los dioses oscuros saben que haré de tu vida eterna una agonía. Al menos en el preciso instante en el que pongas un pie en Catarno o Domarna.

»Solicítadle a mis esclavas que os abran un portal adonde deseéis. Os quiero fuera ya.

Resryon la observó marcharse sola por primera vez desde su regreso. Las mujeres que siempre la acompañaban permanecían allí, inmóviles, a la espera de que se les indicase el destino al que habría de llevarles un nuevo portal mágico que no prolongase la marcha por más días de los que la reina Lánarkel estaba dispuesta a aguantar.

Adrien se acercó junto a Elain. Este último lo abrazó, sonriendo.

—Los tienes, hermano —dijo—. Los Señores del Ocaso son tuyos. Me encantará ver la cara de Liatli Hassul cuando los mismos que la ayudaron a sentar su asqueroso culo en el trono se lo levanten.

Res sonrió con pocas ganas mientras sus ojos se fijaban en Adrien, cuya expresión distaba mucho de la euforia de Elain. El lúzaró vaciló, observando toda la sangre que impregnaba al brujo; no era que eso lo disuadiera de anhelar su cercanía, pero no podía negar que le impresionaba. Había oído mil cosas sobre la leyenda de Resryon, pero nunca lo había visto granjearse parte de ella.

Un hilillo de sangre le brotó al brujo de entre los labios y la mano de Adrien se colocó sobre su abdomen. Elain se apartó para concederles algo de intimidad, toda la que podían tener en medio de La Espiral con el público aún abandonando el lugar entre miradas y murmullos.

—Si no fueras inmortal, esta herida... te habría...

—Lo primero que te enseñan en las legiones de formación es que lo que podría haber pasado no tumba a un enemigo ni te mata a ti ni decide nada. Lo que podría haber pasado simplemente no existe.

Adrien asintió.

—Te abrazaría, pero estoy hecho una mierda.

El lúzaró dio un paso adelante y se fundió en un abrazo con él.

—Me da igual la sangre o... Solo quiero que estés bien.

—Estoy bien, Adri.

—Chicos, deberíamos irnos —intervino Elain, algo más apartado—. La pregunta es adónde.

—A Imblion —respondió Res, apartándose del abrazo de Adrien.

—¿Imblion? —exclamó Elain, sorprendido—. ¿Estás loco?
—Tenemos a Los Señores del Ocaso. Ahora le toca al Ejército Velado.
—Estás loco.

0

Ander avanzó mientras los soldados que lo habían acompañado se mantenían algo más rezagados. Atrás había quedado la toga con la que habitualmente Ander desarrollaba sus acciones en el Consejo de la Luz, y tal como fuere la última vez, portaba la regia armadura blanca que caracterizaba a los soldados de la Guardia, donde el hombre ostentaba, además, un importante rol, como todos los demás miembros del Consejo.

—June, estás perdiendo el norte —escupió Ander—. Apártate de ahí y ven conmigo.

—¿Yo? Eres tú quien tiene activada una alerta por toda la ciudad buscando a tu hija como si fuera una vulgar delincuente.

Ander avanzó un paso.

—No te estoy buscando por eso, ¿cómo puedes...? Te buscaba para mantenerte a salvo.

—¿A salvo de quién? ¿De la Guardia Blanca?

—La Guardia Blanca te protege, June.

—¿De quién, papá? ¡Han matado a Lía!

—June, no sé de quién me hablas, pero ven a mi lado y apártate de él.

—No pienso apartarme de él. Lo has traído aquí de manera injusta.

—Tus amigas dijeron que estuvo en casa. Te arrastró a Noctia.

—No me arrastró a ninguna parte. Eugene no hizo más que ayudarme cuando estuve en Noctia y ahora iba a llevarme con Adrien, pero lo jodiste todo.

El bofetón le vino por sorpresa y el gesto de Eugene, sujetándola del brazo para apartarla, desató la reacción en los soldados, que lo apuntaron con sus armas. June reuló, ejerciendo de eclipse para proteger al vampiro.

—June, apártate de ahí.

—De un tiempo a esta parte no te reconozco —dijo la joven, dolida—. Rompiste tu familia con tu amante, dejaste de escucharnos y empezaste a solucionarlo todo a base de bofetones.

Aquellas palabras removieron algo en el interior de Ander, una agria reflexión en voz alta que lo había abofeteado a él aun sin tocarlo. Y no lo pudo disimular.

—Las cosas se han complicado, cariño, solo trato de protegeros. Pero no puedo admitir que tu madre os apoye en cada locura.

—Siempre dijiste que eso fue lo que te enamoró de ella, que hacía cosas que los demás calificaban de locas, pero las hacía con el corazón. ¿Ahora es eso lo que no puedes admitir en ella?

—Este no es el momento ni el lugar de discutir eso, June. Apártate de él. Es un vampiro, un noctis y estamos en guerra con ellos.

—No pienso apartarme. —Reuló aún más y su espalda topó con el pecho de Eugene, cuyas manos sintió sobre las suyas, entrelazando sus dedos.

—No quiero hacerle daño a June —dijo al fin este—, ni a nadie. Por contra, si permiten que me marche, puedo hacer mucho en favor de la paz con Luzaria.

—La paz... Lleváis tiempo fraguando la guerra —escupió Ander con desdén—. No dejaremos que te marches así como así. Antes tendrás que explicarnos muchas cosas.

Eugene tardó en responder, pero sus acciones lo hicieron por él. El vampiro se soltó del agarre de la joven y extendió el brazo por encima de su hombro. Aquello estampó a los soldados

contra la pared, dejándolos desarmados mientras que el padre de June no podía moverse.

—¿Qué... qué estás haciendo, monstruo? —bramó Ander, alarmado—. ¡June!

El vampiro lo rebasó, sujetando a la joven de una mano y la llevó hasta el pasillo.

—¡June! —insistió su padre.

Eugenne se detuvo, dubitativo ante la reacción de la muchacha, pero lo único que la joven hizo fue tirar de la mano del vampiro. Corrieron pasillo a través y buscaron el ascensor. Desde allí, podrían llegar hasta la última planta sin problemas, ya que Chris había habilitado todas las puertas y accesos.

El elevador empezó a bajar con el discreto siseo de su mecanismo y June se apoyó en la esquina del reducido habitáculo, mientras Eugenne la miraba. El vampiro se acercó, despacio y paseó su mano helada por la mejilla de la joven, que se abrazó a su cintura, liberando toda la tensión.

—¿Estás bien? —preguntó el noctis.

Ella asintió, apartándose y tras una larga y silenciosa mirada, Eugenne volvió a besarla como había hecho ya tantas otras veces.

—Siento que estés metida en todo esto.

—No me metiste tú, ya lo ves. Soy parte de la Sociedad de la Luna; conocía de los *arkanais*, su existencia y... tomé parte.

—Si accedieras a entregármelos, todo esto podría acabar para ti.

—Insistes en eso —se quejó June, empujándolo—. Es lo único que quieres de mí, ¿no? Los jodidos *arkanais*.

—June, no entiendes nada y no creo que este sea el momento de explicártelo.

—Pues inténtalo, Eugenne, porque puede que no haya otro. Un minuto y doce segundos. Es el tiempo de descenso que marca el contador. Y el que tienes para convencerme de que algo de lo que hago merece la pena.

—No estás hablando de los *arkanais*, ¿verdad?

June guardó silencio y el vampiro suspiró hondamente antes de empezar a hablar.

—En muy pocas ocasiones pasa... pero pasa. Cuando muerdes a alguien, especialmente a un ser no mágico, existe la posibilidad de que se cree una alianza de sangre. Me pasó contigo en cuanto te transformé. Y eso hace que sienta algo por ti mucho más poderoso de lo que serías capaz de comprender. No me interesan solo los *arkanais*, pero que no los tengas tú es la única forma de dejarte al margen y sé —añadió, interrumpiendo lo que no había llegado a salir de la boca de la joven—, sé que tú no quieres quedarte al margen, pero yo sí deseo apartarte. Que estés a salvo.

—Una alianza de sangre. No lo había oído nunca.

—Pues existen, June. Tú misma has de notarlos, aunque en ti resulte algo más... calmado.

—Y tú...

—Yo me he enamorado de ti. Pero no es posible. Eres una lúzara, yo un noctis. Esto no tenía que haber pasado.

—¿Te arrepientes?

—Sí, me arrepiento cada maldito día de mi vida.

La puerta se abrió en aquel momento y Eugenne tuvo el tiempo justo de extender de nuevo el brazo y repetir la maniobra que había llevado a cabo en la planta superior, ocasionando que los soldados de la Guardia Blanca cayeran desplomados al suelo. Agarró a June de la mano y corrieron hacia la salida, donde los esperaba el coche de Chris. El vampiro la miró y ella dudó durante unos segundos, mientras el chico los apremiaba a subir.

—¡Vamos! —gritó.

La llegada de nuevos soldados acabó por decidirla y el vehículo de Chris los engulló para salir de allí.

Abandonaron rápidamente la propiedad y el barrio para adentrarse en el tráfico de la ciudad. Hasta que empezasen a dar la voz de alarma de lo que había ocurrido en La Sede dispondrían de un breve margen de tiempo, pero eso no tardaría en darse y entonces, todos los ojos estarían puestos en el coche de Christian.

Eugenne viajaba en el asiento posterior y June lo hacía en el de copiloto. Ninguno de los dos había dicho nada desde que subieran al vehículo y la atención de la joven estaba presa al otro lado de la ventanilla.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Chris.

—A Noctia —respondió June.

—No es seguro —intervino Eugenne, inclinándose hacia adelante. El sol lo cegaba por momentos y solo el hecho de que los vidrios posteriores del vehículo fueran tintados lo ayudaba mínimamente.

—Mi hermano está allí y no volveré sin él.

—Mira, por una vez estamos de acuerdo —añadió Chris.

—Puedo dar con él sin problemas y traerlo si...

—No pienso darte las putas monedas.

Eugenne volvió a echarse hacia atrás, hastiado de la testarudez de la joven.

—¿Qué monedas? —quiso saber Chris.

—Que tú se las des a Liatli no arreglará nada, June —volvió a decir el vampiro, ignorando la pregunta del otro muchacho—; que lo haga yo, sí.

—Es que resulta que no sé si quiero entregárselas a tu emperatriz. Si ella te considera un traidor, el problema es tuyo.

—Un problema en el que me metiste tú por aliarte con ese imbécil de Elain Debris y colarlo en mi casa.

—Al menos él no es una jodida duda con patas.

—¿Qué?

—Olvidalo.

—Vale —suspiró Chris—, no entiendo absolutamente nada, pero ¿cómo demonios vamos a llegar hasta Noctia? El Muro ya estaba vigilado antes y supongo que ahora, habrán cuadruplicado la atención allí.

—Por el agua.

June hablaba con más seguridad de la que sentía. Estaba molesta con Eugenne; para una vez que el vampiro se había decidido a hablar de lo que sentía, hacía como si no importase, como si la única decisión al respecto fuese la suya y la voluntad de June no contase.

—Llegaremos hasta el barrio de las mareas y allí tomaremos una lancha hasta Noctia —aclaró la joven.

—¿Desde cuándo tienes una lancha? —quiso saber Chris.

—Rectifico —respondió ella—. Robaremos una lancha.

—Joder —masculló Christian de nuevo—. ¿Es seguro ir a Noctia?

—¿Y quién demonios eres tu? —intervino Eugenne—. ¿También hay que traerlo a él?

—El que haga lo que quiera.

—De acuerdo —zanjó Chris—, hacia Nortax, entonces.



29 Una paz imposible

Ottana no se había atrevido a moverse de su sitio, pero había dejado de llorar hacía un buen rato. La chiquilla permanecía agazapada en el rincón, con los ojos aún enrojecidos, pero capaz de pasear la mirada a través de la enorme estancia. Había logrado resistir los recuerdos e incluso suplirlos por otros menos dolorosos. De niña solía darle miedo dormir sola en su cuarto y recorría los largos pasillos presurosa, para cobijarse al resguardo de su padre. Como este la reprendía, al igual que su hermana Ascya, Ottana prefería hacerlo con Resryon, pero su hermano pasaba largas temporadas fuera de casa y ella acababa regresando a la protección de su padre. Al emperador no le agradaba que ninguno de sus hijos mostrase debilidad o miedo, pero el hombre acababa sucumbiendo ante los pucheros de Ottana. Sonrió al recordarlo y suspiró, más serena. ¿Acaso podía tener razón Liatli y afrontar sus miedos la haría más fuerte? ¿Acaso podía desearlo de verdad la emperatriz? Detestaba pensar en ella con ese rol, pero negar la realidad también sería una muestra de debilidad y aunque tarde, estaba empezando a entender que esta había de ser desterrada.

La puerta crujió y Ottana se puso en pie rápidamente, recuperando la Vara de Paxia que había colocado a su lado en el suelo. Tocarla y verla como una realidad tangible la ayudaba a ser consciente de la real protección que le confería.

Liatli entró sola en la habitación y le dedicó una cautivadora sonrisa. No podía negar la belleza de la joven emperatriz, pero aquel aspecto resultaba irrelevante en ese momento.

—Espero que estés mejor —dijo.

Ottana tardó unos segundos en responder.

—¿Qué es lo que pretendes encerrándome aquí?

—No soy idiota, Ottana. El mero hecho de ocupar el trono no me convierte en emperatriz. Hay mucho más. Hay secretos que solo conoce un emperador o su heredero.

»Alguien organizó el otro día una huida en las cárceles; estoy convencida de que fue Elain Debris, al que han visto rondando por aquí. Todos los presos resultaron muertos salvo tú y un insignificante ladrón que ha desaparecido.

»En la huida, Lucille resultó muerta. Los viejos legajos secretos dejan claro que ella es Akiteria. Matarla ha debido incidir en aquellos que estaban presos y necesito saber cómo.

—Te estoy diciendo la verdad. Mi padre murió de manera inesperada. Sí que solicitó un oráculo tras su muerte, como manda la tradición, y me reclamó a mí, pero la situación era tan desesperada que no llegó a hablarme de Akiteria.

—No puedo creerte, Ottana y me duele que desconfíes de mí, pese a las oportunidades que estoy otorgándote. Eres una niña y no me pasa inadvertido. Deseo ser justa contigo, pero... ¡Traedla! —exclamó Liatli, inclinando ligeramente la cabeza hacia el pasillo.

Dos soldados accedieron hasta el interior de la habitación sosteniendo a Anven Drokoriah desde sendos brazos. La habían golpeado y amordazado y, mientras Ottana se mantenía totalmente paralizada, los soldados ataron los brazos de Anven a una soga que pasaron por las vigas de los altos techos manteniéndolos alzados. Solo entonces, Ottana reparó en que la blanca superficie de estos había sido destruida; supuso que, tal y como había sucedido en las demás salas que había llegado a ver, Liatli querría cambiar muchas cosas allí.

—La novia de tu hermano, según contaban —dijo la emperatriz, mientras paseaba con calma alrededor de la habitación—. Tal vez en honor a él decidas contarme la verdad.

—Ya te he dicho la verdad —insistió Ottana.

Uno de los soldados agarró la larga trenza de Anven y la sesgó de forma poco cuidadosa tras el gesto de la emperatriz. Después, la hoja de su espada lamió el cuello de la joven, dibujándole un trazo rojizo sobre su nívea piel.

—Esto puede alargarse tanto como lo desees —explicó Liatli—. Doroyan no te hizo llamar para nada.

—¡No me habló de Akiteria! —gritó Ottana.

No apreciaba a Anven lo más mínimo, pero verla de aquella guisa por su causa, la sumió en un caos interior que amenazaba con volverla loca. Imaginó a Resryon espetándole todo tipo de reproches y la idea se le hizo insoportable.

En aquel momento, Sirthak entró en la habitación y se detuvo junto a Liatli, que lo saludó con un beso en los labios.

—¿Me llamabas para...?

El muchacho a duras penas logró devolvérselo. Sus ojos verdes se habían clavado en Anven, que le devolvía la mirada con un odio intrínseco. Sus pensamientos estaban más que claros: Sirthak se había ido de la lengua; le había contado a Liatli sobre su conversación en los cuarteles con Yrona y Olmer y probablemente, los consejeros ya estuvieran muertos.

—Sí, requiero de tus servicios. Ottana —añadió, fijándose en la chiquilla—, ahora que conoces la nueva situación, te permitiré reflexionar sobre ella. No quiero que la dejéis sola —ordenó la emperatriz a los dos soldados—. No quiero que hablen entre ellas. De momento, sed benevolentes con Drokoriah, la quiero viva. Habrá tiempo para ensañarse si Ottana no habla. Si, por el contrario, lo hace, llamadme.

0

Después de cruzar el portal que las esclavas de la reina Lánarkel habían abierto para ellos, Elain, Resryon y Adrien avanzaban a través de las áridas tierras de Imblion. Las mujeres se habían negado a acercarlos más, pues de todos era conocida la animadversión entre vampiros y brujos, independientemente de que estos últimos fueran o no los de Ántico.

Elain avanzaba abriendo la procesión con la empuñadura de su espada sujeta. El brujo ya había dejado patente su desacuerdo por llegar hasta allí, a pesar de que Res le había explicado todo lo que Tine le había confesado en Akiteria acerca de su auténtico padre.

Resryon se detuvo para esperar a Adrien, que avanzaba en último término. El muchacho caminaba serio y cabizbajo, como sucedía cada vez que se alimentaba de él y eso acababa de ocurrir hacía escasos minutos. El brujo insistía en la nula importancia de que lo llevase a cabo, pero Adrien no lo veía así. Res lo agarró de la mano y tiró de él sin decirle nada, consciente de que nada de lo que dijese lo ayudaría y de que solo necesitaba su tiempo.

Retomaron el ascenso hasta la colina y antes de llegar a cima ya pudieron ver las columnas de

humo, alzándose suplicantes hacia un cielo enrojecido por las llamas.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó Elain, deteniéndose.

Pronto los gritos y los choques de acero se hicieron audibles y los tres corrieron a través de la ladera hasta alcanzar la loma que les ofreció la aterradora visión: dos ejércitos enfrentándose a espada y magia. Las llamas habían hecho arder parte de Imblion, pero los vampiros respondieron con solvencia, como no podía ser de otro modo. Desde allí arriba y en la oscuridad, apenas podía distinguirse nada, pero lo que parecía claro era que los Ejércitos Velados mostraban ya su valía sin que Res los hubiera reclamado para sí, pero ¿contra quién?

—Vamos —exclamó este.

—¡Espera, espera, espera! —Elain lo agarró del brazo, impidiéndole avanzar—. Imblion ha sido atacada por alguien y dirime su propia guerra, ¿qué tenemos que ver nosotros?

—¿Es necesario que te recuerde que Los Velados lucharán con nosotros, Elain?

—Eso es algo que aún no sabemos. Ya has visto lo que nos ha costado en Domarna que la voluntad de Zarik se cumpliera. ¿Qué te hace pensar que aquí será distinto con respecto a Tine Hassul? Podemos bajar ahí a rompernos el alma para nada y vale, tú eres inmortal, pero yo no voy a jugarme el tipo por luchar en favor de los vampiros.

—Entonces quédate aquí con Adrien.

—Yo no he dicho que vaya a quedarme —intervino este último.

—¿Y qué piensas hacer ahí abajo? —espetó Res, molesto—. Eso es la guerra, Adrien. Y las heroicidades no sirven más que para sembrar el camino de cadáveres. Hazme un favor y quédate aquí. Por favor.

Se acercó a él y lo besó en los labios, un contacto rápido antes de arrancar a correr ladera abajo.

—¿De verdad vas a quedarte aquí? —exclamó Adrien, incrédulo.

Elain se limitó a negar con la cabeza mientras observaba el desastre.

—Si tuviera la certeza de que tú sí vas a quedarte, tal vez iría. Pero no lo harás. Empiezo a conocerte.

Y no hicieron falta más palabras. Adrien pestañeó mientras lo miraba y tomó el mismo camino que había emprendido Res a una velocidad algo inferior. Escuchó maldiciones a su espalda y supo que Elain lo seguía, pero nada le hizo detenerse.

En los últimos días se había internado en Noctia y había afrontado todo tipo de amenazas, pero aquello era diferente; tal y como había dicho Resryon, aquello era la guerra. No saldría indemne de ella, pero lo único que pretendía era no perder de vista al brujo, no dejarlo solo, aunque su apoyo hubiera de ser ridículo en aquellas circunstancias.

Cuando llegó a hasta Imblion ya no fue capaz de verlo. Los cuerpos corrían de un lado a otro convertidos en sombras. La luz de la magia en uno y otro sentido convertía al mundo en un lienzo negro de arco iris siniestros que prometían un espectáculo tan fascinante como dantesco. Había muertos en el suelo, vampiros con espadas hundidas hasta lo más profundo de sus corazones y al llegar hasta allí pudo reconocer el Ave Fénix que se grababa en las armaduras de la Timoria. Sin embargo, hubo un símbolo más que distinguió en una tercera armadura plateada.

Una mano tiró de él en el preciso momento en el que una espada se clavaba en la pared que le quedaba al lado. Alzó la mirada, helado, y se encontró con el rostro ensangrentado de Moran. El muchacho abrió la boca, pero no alcanzó a pronunciar palabra alguna. La llegada de un brujo enemigo reclamó la atención del licántropo, que lo despachó con facilidad y volvió a agarrarlo para moverse por el campo de batalla con él.

—Prefiero no saber por qué estás aquí —bramó el hombre.

Adrien vio entonces lobos de enorme tamaño surcando el lugar y al fin pudo clarificar posiciones. Al parecer, la Argentum estaba allí, luchando en favor de los vampiros y en contra de las legiones de la emperatriz ántica.

La escabechina no duró mucho más, pues ya debía de llevar un buen rato en marcha cuando ellos habían llegado. Sin embargo, a Adrien aquel tiempo le pareció eterno, especialmente porque no había sido capaz de dar con Resryon y no tenía ni la más remota idea de cómo podía encontrarse el brujo. A Elain sí lo había visto, luchando pese a sus reticencias y victorioso tras los postreros cruces de espada.

Moran resollaba cuando el silencio de la muerte se adueñó de aquel paraje. Imblion no parecía una ciudad demasiado grande, apenas un castillo y varias casas rodeándolo, más similares a una aldea que a un gran reino o al menos, eso debió de ser algún día. Ahora solo quedaban escombros, construcciones derruidas y calcinadas en su mayoría a las que el fuego aún lamía. El castillo había soportado la embestida con mejor suerte, aunque no toda su estructura se había librado de la ira ántica.

Moran se dejó caer en el suelo y Adrien lo miró, sorprendido. Elain llegó hasta allí en aquel momento y lo señaló con el dedo.

—Voy a matarte si no lo ha hecho nadie más, porque además de... —Se interrumpió al ver a Moran y se mantuvo inmóvil, igual que Resryon, que llegó tras él. El brujo abrió los ojos de par en par al ver allí a Adrien y avanzó como una embestida hacia él.

—¿Qué cojones está haciendo él aquí? —preguntó, volteándose hacia Elain.

—Arrancó a correr detrás de ti.

—Te dije que te mantuvieras al margen.

Adrien lo miró y comprobó que el brujo estaba herido. Tenía una brecha en la frente, un golpe en el labio y el brazo derecho totalmente ensangrentado. Res extendió el otro y le acarició la mejilla, visiblemente preocupado.

—¿Te han hecho algo?

—No. Moran... él me ha...

Resryon lo miró y se agachó frente al general licántropo, que seguía abatido en el suelo. El hombre lo miró y asintió, visiblemente emocionado.

—Blandes un arma —observó con poca voz.

—El general ha vuelto —apuntó Elain, sonriendo.

—Estoy decidido a recuperarlo todo.

—Me congratula saberlo, hijo. Y, aunque despojado de legión, cuentas con mi más inquebrantable lealtad. Lucharé por ti y lucharé por tu padre. Moriré por ambos si hace falta.

Adrien paseó la mirada a través del campo de batalla. Los cuerpos de los lobos se extendían por doquier y también los de aquellos que habían luchado bajo una apariencia humana.

—No queda nadie... —murmuró Moran, desolado.

—¿Por qué viniste hasta aquí? —quiso saber Res, tras un largo silencio de dolorosa constatación.

—Fui a buscar a mis hombres mientras el chico estaba en casa de Atalanta. Pero se marchó, así que seguí su pista hasta Ántico. No llegué a adentrarme en la ciudad, no hubiera sido seguro. Allí las cosas están muy revueltas. La emperatriz lo tiene todo patas arriba buscando a Eugenne D'Arsak o más concretamente a su cabeza; contaban que había ayudado a Elain.

—Y una mierda —exclamó este último—. El vampiro no me ha ayudado en nada.

—Supimos que Hassul había enviado a una legión hacia aquí al pensar que El Príncipe pudiera recurrir al Monarca, algo que al parecer no se ha dado —siguió explicando Moran—.

Vinimos pensando que tal vez encontraríamos a Elain si por alguna razón se había aliado con el Príncipe y, por consiguiente, con El Monarca

»No pretendíamos ayudar a los Velados, sino golpear a la Timoria, dado que de Adrien no había rastro, pero Vladdos Belium nos solicitó ayuda y dijo que vendrías. Admito que no di crédito a esto último, pero ¿qué opción teníamos?

—¿La emperatriz manda a destruir a los vampiros con los que vive aliada? —preguntó Elain, sorprendido.

—Los vampiros de Imblion no se han aliado jamás con Liatli Hassul ni con ninguna otra emperatriz ántica —aclaró una voz nueva.

Resryon se puso en pie al igual que el licántropo. Elain se apartó y Adrien fue incapaz de moverse. Vladdos Belium era un vampiro, según le había contado Resryon, el padre de Tine y Listhy Hassul. Era un hombre de extremada altura, delgado en demasía y de acerada piel. Su cabello negro, perfectamente peinado hacia atrás, no hablaba de una batalla hacía escasos minutos y a sus labios los circundaba una perilla bien cuidada. Solo un ligero moretón rompía con el aspecto impoluto del vampiro, cuyos colmillos se distinguían a la perfección.

—Aun así —respondió Elain—, el Príncipe es vuestro amigo. Si Liatli os ataca a vos...

—Supongo que la paz con los vampiros siempre ha ido algo frágil, quebradizo y sobre todo, interesado para Liatli Hassul —volvió a responder Vladdos—. Si ha mantenido algún conflicto con Eugene, es lógico que se lance a por nosotros.

—Ha enviado a un número patético de timores —observó de nuevo Elain.

—Aún se mueve con discreción y sigilo. —Vladdos paseó la mirada a través de la negra extensión imblia—. No quiere que nadie la relacione con ataques, batallas o guerra. Es su gran baza.

—¿Cómo sabíais que yo vendría? —preguntó Resryon.

—Lo supe hace unos pocos días. Sé que has liberado a mi hija de su carga y te estoy agradecido, Resryon Vakko.

—¿Cómo podéis saberlo? —intervino Elain, sorprendido.

—El lazo de sangre que une a un padre con su hija permite sentir muchas cosas más de las que se ven. Nunca la conocí. Tanray me negó ese derecho, pero siempre la sentí ligada a mí, a ella y a Listhy.

—Vuestra hija me envió aquí con un propósito.

Vladdos lo miró sin decir nada, como si esperase a que el propio Res le dijera a qué.

—Dijo que los Ejércitos Velados lucharían conmigo.

Al parecer el lazo de sangre no daba para que el vampiro conociera aquella información. Sin embargo, su rostro neutro no expresó sorpresa alguna.

—¿Y con qué propósito?

—Recuperar el trono para mi hermana y mantenerme al frente de mis legiones, las cuales, por supuesto, recuperaré también.

—¿Las mismas que te traicionaron?

Resryon no dijo nada. Por supuesto que quería recuperar a la *Leggio* al completo, pero era cierto que dos de ellas lo habían traicionado y de la tercera no quedaba más que su fiel general. No tenía ni la más remota idea de cómo volver a alzarlas. Solo sabía que lo haría.

Vladdos asintió, pese al silencio de Res.

—Si así te lo prometió Tine, así será. Tus *Argentum* me han prestado buena ayuda esta noche, aunque el precio pagado haya sido excesivo. Con sinceridad te confieso que lamento la desaparición de la fiel Legión de Plata.

—No fui yo quien les ordenó venir a luchar —admitió Resryon—. Fue cosa de su general, Moran Tropps. A él le debes todo. Tu legión será honrada y vengada, Moran. Te lo juro.

Moran sonrió con tristeza y colocó una mano sobre el hombro del brujo antes de fundirse en un sincero abrazo con él.

—Hospedaos en mi casa y restableceos —indicó Vladdos—, hay asuntos de los que hablar. Nuestra hospitalidad no podrá ser igual que antes, pero será cálida y el pueblo de Imblion se encargará de ello.

—Os lo agradezco, Alteza.

Adrien no pudo negar lo sorprendente que le resultaba la diferencia entre Vladdos Belim y la reina Lánarkel, ambos condicionados por sus propios hijos a cederle las legiones a su enemigo. El primero lo había hecho sin demora ni condiciones. La segunda se había servido de un espectáculo que aún latía en la cabeza de Adrien despertando una idea que no se había planteado hasta la fecha.

0

La huida se había complicado algo más de lo esperado, pero la noche acabó engullendo la lancha y June supo que no se debía a la hora que pudiera ser, pues en Luzaria había de estar amaneciendo. Noctia los recibía en su abrazo de sempiterna oscuridad, algo a lo que aún tendría que acostumbrarse Chris, que se mostraba empecinado en dar con Adrien.

Las patrullas de la Guardia Blanca los habían seguido durante los últimos kilómetros hasta su llegada al barrio de las mareas, pero por suerte habían conseguido llegar hasta el puerto y sustraer una embarcación ligera con la que apenas habían tardado una media hora en alcanzar la costas de Noctia. En plena noche resultaría prácticamente imposible darles alcance en el agua y de eso se sirvieron para acometer el postrero tramo en la huida.

Eugenne había decidido, además, hundir la lancha a pocos metros de la costa y a aquellas alturas llegaban resollando y totalmente empapados. Por suerte, la temperatura en Noctia era alta durante el día.

—Joder, qué asco —farfulló Chris. Su ropa no solo estaba completamente empapada, sino también sucia—. ¿Habrás algún sitio en el que podamos cambiarnos?

Eugenne miró a June, pero la joven seguía molesta por la última conversación que habían mantenido, de modo que el vampiro se limitó a responder haciendo gala de una paciencia infinita.

—En mi casa podrás darte un baño y cambiarte.

—Y de paso, puedes quedarte allí hasta que yo regrese con Adrien —espetó la joven, molesta ante las superficiales observaciones del muchacho.

—No voy a quedarme en casa de nadie.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Colgarte de mi cuello? ¿Qué pasa si no quiero estar todo el jodido camino escuchando tus malditas quejas?

—Lo siento, ¿vale?

June resopló y se acercó a Eugenne.

—¿Hay alguna manera más rápida de llegar hasta Ántico? ¿Tu caballo, por ejemplo?

—No quiero que vayas a Ántico, ¿qué parte te perdiste? Déjame llegar a mi, mantente en mi casa con el chico y cuando solucione las cosas con Liatli volveré a buscarte.

—¿Qué parte de «hago lo que me da la gana» te has perdido tú? Es mi hermano el que está aquí y no voy a quedarme de brazos cruzados. Por si eso fuera poco, los *arkanais* los tengo yo, ¿lo recuerdas? Yo. Y no pienso dártelos.

June empezó a caminar y Eugenne la siguió.

—No puedo creerlo —farfulló el vampiro—. Te pasas los días esperando una confesión por mi parte y cuando llega, te enfadas conmigo.

—Supongo que esperaba algo más valiente por tu parte o quizás, algo en lo que mi palabra valiera de algo.

—Pues no puedes esperar otra cosa, June. Ya has visto cómo es aquí la situación. De ningún modo permitiré que te alcance el fuego cruzado.

—¿A qué tienes miedo?

—¡A que te pase algo! —gritó Eugene, deteniéndose.

—Él es más valiente que tú. —La ira había tomado el control en el cuerpo de la joven. Ella misma había estado asustada al llegar a Noctia, pero lo había hecho, porque June creía firmemente que aquello que se deseaba de verdad podía con los miedos. Había de poder con los miedos. Era la única manera de lograr las cosas.

—¿A quién te refieres?

—¿A Elain!

—¿Y qué tiene que ver él ahora?

—Nada.

La joven volvió a rebasarlo y también lo rebasó Chris, mirándolo con aquel recelo del que era incapaz de despojarse.

June se quedó inmóvil y se volteó, mirando a Eugene.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó Chris—. El sitio está totalmente carbonizado. ¿Es ahí donde teníamos que ir?

El vampiro avanzó a largas zancadas y se situó al frente del horror: el castillo de Estyria había sido reducido a cenizas. Apenas quedaban en pie un par de torres, pero toda la tierra que lo envolvía había pasado a ser un páramo raso de muerte que había de haber sucumbido a las llamas. Alguna de las tumbas abiertas aún dejaba escapar volutas de humo blanco y deforme. La verja estaba doblada en la parte superior y Eugene encajó su rostro entre dos barrotes, mirando incrédulo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó June, tan absorta como él—. ¿Ha sido Liatli?

Eugene asintió de manera apenas perceptible.

—Lo siento.

Colocó su mano sobre el brazo de Eugene y se encontró con su gélida mirada antes de apartarse de allí. Algo era distinto en esas pupilas, más salvaje y primitivo.

—¿Adónde vas? —le preguntó June, mientras lo veía alejarse.

—A Antico. A pedir cuentas.

—¿Entonces no nos podemos cambiar?

La pregunta de Chris murió en la más absoluta indiferencia.

0

Ottana había crecido toda su vida a la sombra de sus hermanos. Ascyra sería la heredera, una joven brillante en prácticamente todas las facetas que se le exigían a una emperatriz. Ante las situaciones más complejas mantenía el temple y la calma. Antes de dar inicio al Rito de Paxia, su esgrima había generado tantos elogios como envidias y en el arte de gobernar, poseía un frío raciocinio no exento de un cálido corazón con su gente. Sabía tomar decisiones sin que le temblase el pulso y organizar estrategias militares con gran cabal. Por su parte, Resryon había resultado un excelente general que ya desde niño había despertado la admiración de propios y extraños. El chico había recortado los tiempos exigidos de servicio en cada legión y además, lo

había hecho rodeado de muchachos como él mismo, la *Augis*, la generación de oro; única e irreplicable. Con apenas dieciocho años había rubricado la conquista de dos *terras* y hombres que le doblaban la edad y el tamaño lo seguían de manera incondicional, totalmente rendidos a una leyenda que no había tardado en alzarse.

De ella, en cambio, nadie esperaba nada. Era la pequeña y su única aspiración había de ser a enrolarse en una legión tras licenciarse en la Praes, pero ella detestaba las armas y su mal uso de ellas lo dejaba en evidencia. Así las cosas, todo lo vivido en los últimos cinco años la había hecho sentirse más fuerte, como esa Lágrima del Renacer que bañaba las tierras dañadas del imperio antiguo o incluso ese Ave Fénix con el que ahora Liatli Hassul lo identificaba. Sin embargo, aquello no había sido más que un espejismo y de ello daba buena muestra el terror irracional con el que asistía, inmóvil y bloqueada, a la tortura de Anven. La joven había resistido con estoicismo los primeros minutos, aguantando lágrimas y gritos, pero al fin había acabado por estallar y Ottana solo deseaba ser capaz de aislarse de todo aquello. Liatli no la dejaría en paz hasta que ella le diera aquella información de la que la emperatriz la creía poseedora, pero había especificado que no quería a Anven muerta y a eso se aferraba la chiquilla. Sufriría, pero después todo terminaría y la joven volvería a su lugar. Resryon lo entendería. Resryon lo entendería. Resryon lo entendería. La idea no era más que un eco en su cabeza que se caía a pedazos cada vez que trataba de darle forma. ¿Qué haría Resryon? Ver inmóvil la tortura de alguien a quien amaba, no; de eso estaba segura, pero tampoco confesaría, no hablaría. Y ella era incapaz de luchar.

0

Resryon permanecía inclinado hacia adelante, con las manos apoyadas sobre el tocador; tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera había reparado en la llegada de Adrien. El brujo aún no se había cambiado y su camisa continuaba impregnada en sangre, igual que su pelo. Todo en él se bañaba en el líquido escarlata en el que había sido bendecido. Era un general, había crecido con la guerra en las venas; las batallas habían sido su día a día, la misma certeza que para Adrien la salida del sol.

Se acercó, despacio y sus manos envolvieron la cintura de Resryon, que alzó ligeramente la cabeza hasta ver a Adrien reflejado en el espejo que tenía delante. El lúzaró apoyó su barbilla sobre el hombro del brujo.

—¿Cómo estás? —susurró.

—Bien.

—La verdad, Res. No quiero lo que todos esperan del hijo del emperador.

Se mantuvieron en silencio durante unos largos segundos, mirándose a través del espejo.

—Mal —acabó admitiendo—. La Argentum es la única legión que me fue leal, la única dispuesta a luchar conmigo. Y la han masacrado. Me estoy acostumbrando a ver desaparecer delante de mis narices todo lo que me importa sin poder salvaguardarlo. Eran hombres y mujeres leales a mi padre, leales a mí.

Adrien le dio un beso en el hombro y le apartó el pelo sucio de la cara.

—Deberías relajarte y darte un baño.

—Lo siento. Estoy hecho un asco —admitió, tratando de apartarse.

Pero Adrien no le permitió moverse.

—No lo digo por eso, tonto.

Se aproximó más a él y el cerco de sus brazos se estrechó en torno a la cintura del brujo. Las manos del lúzaró recorrieron su torso, perdiéndose por debajo de su camisa, mientras él lo miraba a través del espejo. Res inclinó el cuello ligeramente cuando los labios de Adrien lo buscaron. El

lúzaro había iniciado aquella acometida con cierto temor al rechazo por el momento en el que se daba, pero no tardó en percibir la entrega de Resryon y eso lo hizo relajarse. El noctis se volteó, despacio y el encontronazo entre sus bocas desató la misma pasión abrasadora de siempre. Algo era nuevo en cada beso y al mismo tiempo, familiar y cálido. Algo convertía el contacto entre sus lenguas en una danza exótica y emocionante al tiempo que los hacía evocar sensaciones conocidas y anheladas, como un regreso a casa tras el exilio. La respiración de uno y otro se alzó, agitada, disparando el latido de sus corazones que casi podía llegar a oírse.

Adrien se apartó, despacio y sonrió al percibir la muda súplica de Resryon por ver prolongado aquel beso de fuego. Rasgó la camisa del brujo con un tirón y acarició su pecho, cubierto de marcas y cicatrices. Todo aquello tenía un significado y sin embargo, a él solo le importaba su piel sin más, sin símbolos que lo definieran o heridas que hablasen del brutal salvajismo que había amenazado con arrebatárselo cada día de su vida. Sintió la mano de Res revolver su pelo en su nuca, acercándolo, mientras sus propios besos iniciaban una caída deliciosa sobre el tórax del brujo. Soñaba con borrar todo aquello que no hablase de amor. Las conquistas, las traiciones, la lucha por cada paso dado.

Mientras sus manos buscaban un acceso en el pantalón del noctis, su boca volvió a buscar la de Res, ahogándola en su propio aliento. A Resryon se le escapó un gemido y aquel delicioso sonido amenazaba con volverlo loco y despertar un deseo incontrolable; suponía para Adrien la mayor conquista de todas, el imperio de su cuerpo, donde él era emperador. Res dio un paso adelante, empujándolo con suavidad, pero Adrien lo contuvo hasta apresararlo contra la pared que quedaba junto al espejo. Siempre había sido Resryon el que había llevado la iniciativa de sus encuentros: el que había intentado besarlo en el callejón en Luzaria, el que lo había hecho en el archivo de La Sede y el que había vuelto a hacerlo en otras tantas ocasiones más. Adrien quería que Res supiera que él no se limitaba a aceptar todo aquello que le brindaba, que también lo solicitaba y hasta lo exigía. Y no podía negar que ver a Resryon doblegado ante su deseo potenciaba su excitación, cada sensación y cada sentimiento hasta elevarlo al cielo.

—Hoy mando yo, aunque el emperador seas tú —murmuró contra su boca.

—No soy emperador —respondió el brujo entre el ritmo agitado de su respiración.

—General, entonces. Hoy mando yo aunque tú seas el general. Hoy eres mío.

—Hoy y siempre. Siempre que quieras.

El fuego que los había arrasado continuaba latente, envolviéndolos en aquella pausa de palabras que lo serenaban y al mismo tiempo, lo avivaban.

—Joder, siempre he detestado la posesión —admitió, pausando el encontronazo— y sin embargo la utilizo contigo.

—No digas tonterías, Adrien. No puedes adueñarte del cuerpo de nadie, pero sí de su alma. Y esa persona solo es tuya cuando te la entrega por su propia voluntad. Por supuesto que soy tuyo. Tuyo.

—¿Y qué pasa si también quiero tu cuerpo? —preguntó sonriendo.

Otro beso incendiario trató de alzarse como respuesta, pero la voz le salió a Resryon convertida en un susurro jadeante.

—Que lo tienes por entero. Eso pasa.

Y otro beso más, cargado de entrega y deseo, devolvió el protagonismo a las llamas y aquel cuarto antes gélido tras lo ocurrido, se convirtió en un delicioso incendio. Adrien dio media vuelta y lo empujó de espaldas hasta la cama.

—¿Te imaginas esto cada día? —preguntó, mientras Resryon se deleitaba en la curva de su cuello, arrancándole suspiros alocados.

—Es posible, ¿no? —respondió el brujo con un susurro.

—Sin la guerra de por medio.

—Ojalá, Adrien.

—Pero eso está en tu mano...

Los besos se detuvieron y las miradas continuaron entrelazadas de una manera diferente.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que he vivido solo una batalla y no es eso lo que quiero para ti. Es aterrador, Res. Dar un paso teniendo que mirar a todas partes sin saber desde dónde te van a venir uno y mil intentos por verte muerto. Ya sé que ahora no puedes, pero...

—Esta es mi vida, Adri.

—Lo sé, pero una vez recuperes el trono podrías cambiar las cosas, ¿no? Dejar que cada *terra* viva su vida y centrarnos nosotros en la nuestra.

Res trató de incorporarse y se mantuvo sentado en la cama, con la espalda encorvada hacia adelante mientras Adrien se apartaba.

—¿Acaso no anhelas la paz?

—Tú no lo entiendes.

—Pues explícamelo. No puedes vivir toda tu vida cegado por la venganza. Porque Liatli Hassul mandó matar a tu familia, pero muchos la apoyaron, te dieron la espalda. ¿Piensas dedicar tu vida a matarlos a todos, uno por uno?

Resryon se puso en pie y se acercó a la ventana.

—No —respondió—, pero cuando recupere el trono para mi hermana, yo volveré al frente de la *Áurea*. La legión de Oro regresará más fuerte que nunca y las *terras* caerán una tras otra.

—¿Lo ves? A eso me refiero. —Adrien también se puso en pie—. ¿Por qué esa sed de conquistas? Domarna y Catarno te están ayudando. Imblion también.

—Me están ayudando y sabré agradecerse en los tratados.

—Porque aun así las conquistarás, ¿no? ¿Por qué? ¿Por ego? ¿Para que tu leyenda no se apague?

—No lo entiendes, Adrien y no voy a dirimir esto contigo. Las conquistas forman parte de mi vida, de *Ántico*, de ese chico del que te has enamorado o... de ese al que no quieres a tu lado. La elección es tuya.

Adrien sonrió.

—¿Y ya está? ¿Si decido que no quiero esa faceta belicosa de Resryon Vakko me voy por donde he venido y se acabó?

—No es eso lo que quiero. —Res se acercó a él y trató de besarlo en los labios, pero Adrien se apartó—. Te quiero y quiero estar contigo. Haré lo imposible por mantenerte a mi lado, pero si decides que no quieres estar, yo tengo que limitarme a aceptarlo. Y sé que mi vida no es fácil.

—Puede que sea todo lo difícil que tú quieres que sea.

Resryon lo miró largamente.

—Tal vez. Somos circunstancias, Adrien. Algunas nos vienen impuestas y otras las hacemos nosotros.

Adrien lo rebasó y caminó hasta la puerta, donde se detuvo.

—Elain quiere que nos vayamos cuanto antes. Parece que las cosas en *Ántico* se complican y el Consejo de la Luz está allí. Quería decírtelo él, pero le dije que venía a verte y me pidió que lo hiciera yo.

—Adrien, escúchame...

El joven salió por la puerta y la conversación se dio por finalizada.



30 Sangre sobre secretos

La mansión estaba intacta y a Eugenne aquello no le extrañó. Sabía sobradamente que los hombres de Liatli habrían estado allí buscando a Elain Debcris y a su acompañante, Adrien, además de a él mismo, pero las apariencias le importaban a la emperatriz lo suficiente como para no poner la casa patas arriba en plena ciudad ántica. Fuera de sus fronteras no le había importado porque la convivencia entre vampiros y brujos había sido siempre algo tenso, el pago de favores tras la toma del trono, pero en absoluto algo cómodo para ninguna de las dos razas, especialmente para la bruja.

Eugenne entró por la puerta al mismo tiempo que June bajaba la escalera. Desvió la mirada de la mesa, recordando lo que había pasado sobre ella con Elain, y no era que no quisiera evocar al brujo, pero aceptaba que el sitio no había sido el mejor. Por momentos sentía que su cabeza estaba hecha un lío entre la elegante caballerosidad de Eugenne y la aplastante y hasta soberbia seguridad de Elain. Y entonces se sentía ridícula situándose en una elección donde no había nada que decidir. Lo sucedido con Elain había sido fruto de un impulso, deseo sin más. Con Eugenne ni siquiera importaba a qué respondiera lo que los unía, aunque al parecer se trataba solo de una rara conexión dada en aquella noche en la que el vampiro la había convertido.

Cuando Eugenne se despojó de la capucha, June se dio cuenta de que tenía sangre en la comisura del labio y entendió que había estado de caza.

—¿Y tu amigo? —preguntó, deshaciéndose de la capa.

—Chris está bañándose y cambiándose.

—¿Por qué está aquí?

—Era la pareja de mi hermano. Una relación condenada al fracaso que ambos se empeñaron en salvar durante un larga agonía que derivó en el inevitable final. Ahora quiere volver con él.

—Juegos de un crío lúzar, al final. No debería haber bastado para traerlo.

—Bueno, podíamos haberlo dejado caer por la borda, cierto.

Eugenne suspiró hondamente mientras June se acariciaba los brazos, tratando de combatir el frío.

—Voy a ir al Áleon —dijo el vampiro.

—Y quieres los *arkanais* —añadió June, apoyando su cadera sobre la mesa.

—No, los *arkanais* son tuyos. Decide tú qué hacer con ellos.

—Si te presentas allí sin ellos te matará.

—Despreocúpate.

June lo retuvo, sujetándolo de la mano.

—¿Cómo pretendes que me desentienda? Te acompaño.

—No.

—Sí. Oye, tú tomas tus propias decisiones y yo tomo las mías.

—Os acompaño —intervino Chris desde la escalera—, aunque no tengo ni idea de adónde

vais.

0

Las postreras horas del día habían acentuado la oscuridad y lo único que había variado en los aposentos de Doroyan era la incapacidad de Anven para seguir gritando.

—¡Dejadla en paz! —se atrevió a exigir Ottana. Lo había hecho en varias ocasiones más, había tratado de golpear a aquellos hombres y hasta de liberar a la muchacha, pero aunque lo soldados no podían dañarla, tampoco ella lograba hacer lo propio con ellos.

Las risotadas de aquellos hombres habían prendido una ira que no era nueva en Ottana, pero a la que solía costarle aderezar de valor. Y esta vez lo había logrado sin que eso sirviera de gran cosa.

La puerta se abrió y Liatli accedió hasta la habitación. La reacción fue automática en Ottana, que se puso en pie y le asestó un soberbio bofetón a la emperatriz. Los soldados se olvidaron de Anven y flanquearon a Liatli ante la imposibilidad de agarrar a Ottana.

La emperatriz alzó el brazo, reclamando calma.

—Salid de aquí y esperad en el pasillo —pidió.

—¿Estáis segura, alteza? —preguntó uno de aquellos dos hombres—. Nada podréis hacer contra ella si os ataca.

—Sé defenderme y en todo caso, ni vosotros ni yo podemos hacer nada contra ella. Tampoco lo pretendo. Solo quiero que hablemos.

Los soldados accedieron a regañadientes, y Ottana se quedó sola con Liatli. También Anven seguía allí, pero su estado apenas le permitía ser consciente de lo que ocurría a su alrededor.

—No sé bien cómo calificar esto, Ottana. Resistencia o egoísmo. Creí que la novia de tu hermano...

—Anven no es la novia de mi hermano y utilizarla para obtener cualquier cosa es sencillamente ridículo. Mi padre no me habló de Akiteria al morir, ya te lo dije.

Liatli la miró largamente antes de empezar a caminar a través de la habitación.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Te habló de otra cosa. Solicitó un oráculo contigo.

—No le cuentes nada.

La voz de Anven captó la atención de las dos y potenció la vergüenza en Ottana. Conocía el terror que la joven sentía por las torturas, la que siempre había sido su gran asignatura pendiente en las Praes, según había podido saber, pero estaba allí, soportando estoicamente y aun así, la apremiaba a guardar silencio.

—¿Y que ganaría yo si te lo contase? —preguntó Ottana, tratando de desviar la atención de Anven.

—¡Ottana! —gritó esta de nuevo.

Liatli le asestó un bofetón a la joven, cuyo estado era ya lamentable. Su rostro era una mapa de sangre. Habían ajado su camisa y la herida en el muslo, causada al hundirle la hoja de una daga, le había impedido seguir apoyando la pierna. Como las órdenes pasaban por mantenerla con vida, los soldados habían practicado un torniquete que había cortado la hemorragia, pero la herida no había sido tratada y con toda probabilidad acabaría infectándose. Anven estaba convencida de que sus horas se acababan y había rezado en varias ocasiones por que aquello se diera. Las heridas sufridas no la matarían al momento, pero sí acabarían por hacerlo y aquello coincidiría con el instante en que Liatli se rindiera con Ottana u Ottana con la propia Liatli; lo que sucediera antes.

—Ella no puede saber nada, ¿verdad? —observó Liatli, acariciándole el rostro a Anven—. Siempre oí que los secretos de la Vakko no podían ser pronunciados en el mundo de los vivos.

—Anven no sabe nada, déjala ya. La torturas como si me importase y lo cierto es que no la soporto —exclamó Ottana.

Anven hubiera sonreído si las fuerzas le hubieran dado para ello, pero no lo hizo. El sentimiento era mutuo, pero aun así, ella se había arriesgado por Ottana. Sin embargo, la hermana de Resryon había sido incapaz de hacer algo remotamente parecido por ella y se había limitado a mirar, probablemente con regocijo, la tortura de la que estaba siendo víctima.

—Escucha, Ottana —volvió a decir Liatli—. Mi único anhelo es zanjar la maldición de Caronte que tantas vidas siega cada cien noches. Además, deseo garantizar la paz a las *terras*, poder prometerles y cumplir que no habrá más conquistas. Deseo una vida en paz. ¿Realmente nuestros objetivos están tan alejados?

—¡Mataste a mi familia! —gritó la chiquilla con los dientes apretados.

—Sabes perfectamente que Doroyan nunca hubiera accedido a poner paz. Tampoco tu hermana Ascyra y mucho menos Resryon. No espero que lo comprendas, yo jamás lo haría. Pero hemos de ser capaces de dejar el dolor atrás, Ottana Vakko; eso se le solicita a una emperatriz. Mirar por su gente antes que por ella misma. Has sufrido un dolor atroz, pero Átraro al completo lo merecía.

—No lo entiendes —murmuró Ottana, deshecha. Las lágrimas habían cubierto su rostro mientras las palabras de Liatli se deshojaban como una flor titubeante ante la decisión a tomar. En boca de la emperatriz todo sonaba cuerdo y en absoluto carente de sentido, pero estaba hablando de la muerte de su familia, del asesinato cruel y despiadado cometido a traición del que habían sido víctima todos y cada uno de ellos. ¿Cómo podía eso tener sentido?

—Trato de entenderlo. Pero no hay comprensión sin conocimiento. Necesito saber, primero.

—¿Y qué harías una vez consiguieras todo eso? El fin de la maldición y la paz. ¿Me devolverías el trono?

—No estaría cerrada a ello. Solo necesito garantías de que la situación se mantendrá. No te miento, Ottana, no me apartaría sin esa certeza, pero te aseguro que es todo cuanto ansío. Te lo juro.

Escuchó la voz temblorosa de Liatli y la vio llorando por vez primera, despojada del halo implacable que siempre había lucido. ¿Acaso tan falso como el suyo propio? Podía llegar a entender las razones de Liatli y era cierto que la Vakko nunca hubiera renunciado a las conquistas. Ottana conocía bien a su padre y a sus hermanos, que habían saciado su vida y su conocimiento en las fuentes del saber ántico, pero aun así, jamás podría justificarlo.

—Sé que no es lo que tu familia querría y que te sientes en una encrucijada porque necesitas cumplir con su memoria, pero no se trata de prolongar una sucesión de sangre y muerte. A veces una mujer fuerte ha de ser capaz de dar un golpe sobre la mesa y romper con lo establecido, con aquello que ama. Se llama sacrificio.

—Pero no podemos hacer eso —admitió Ottana, vencida.

—¿Por qué no?

Liatli se acercó a ella con los ojos entornados, ávida de conocimiento y presintiendo que estaba cerca de saciarlo.

—No puedo decírtelo. No puede ser pronunciado —repitió, como si recordase una valiosa lección.

—Dímelo sin decirlo —susurró Liatli—. Puedes hacerlo, es información importante, Ottana —repitió la emperatriz, llorando—. Solo clamamos por la paz.

El pecho de Ottana estaba a punto de estallar. Alzó la mano con la palma hacia arriba,

decidida a darle a Liatli lo que deseaba; no lo pedía para ella, sino para Átraro. Siempre había detestado las armas y nunca había entendido por qué su familia no. Por qué ella era la más insignificante solo por eso. Una luz azulada prendió en su mano, originando una esfera de la que partió una voz susurrante.

Anven gritó, furiosa, interrumpiendo aquel embrujo e invocando una magia que le había quedado restringida mediante el conjuro que los soldados habían aplicado en ella. La conversación entre Ottana y Liatli le había permitido ver transcurrido el tiempo de duración y quedar libre para acometer un ataque a la desesperada. Si no lograba salir indemne sería el final. Liatli no le perdonaría aquello, pero había de jugárselo todo a una carta porque los secretos de la dinastía, tal y como había dicho la propia emperatriz, no podían pronunciarse en el mundo de los vivos.

Anven golpeó a Liatli y esta cayó al suelo, topando con los pies de Ottana, que se aferraba a la Vara como si fuese una espada salvadora. La emperatriz se puso en pie y le devolvió la embestida a Anven, cuya fuerza seguía aún muy mermada.

—¡Soldados! —gritó Liatli.

Aquellos que habían abandonado la recámara obedeciendo sus órdenes hacía escasos minutos, regresaron como resortes para capturar a Anven. El primero de ellos estuvo a punto de agarrarla, pero la joven se zafó de él con un hechizo que lo dejó ciego. El hombre lanzaba manotazos tratando de dar con ella mientras el otro optó por la espada. Anven lo tuvo fácil para asestarle una patada en la cara y librarse del primero. Se agachó y logró esquivar la hoja del segundo, pero el hombre la agarró del cuello dejándola sin aire. Liatli se hizo con la daga del soldado que había tendido en el suelo, sin moverse y la proyectó a gran velocidad contra la muchacha, que logró voltearse a tiempo para que la hoja se clavara en la espalda del otro soldado.

Sirthak llegó en ese momento, atraído por los golpes y a tiempo de ver cómo Anven se libraba de Liatli lanzándole la espada del otro soldado como si fuera una daga. El tiempo se ralentizó cuando la hoja voló hacia la emperatriz y esta tiró de Ottana para anteponerla a sí misma, ocasionado que el arma atravesase por completo el pecho menudo de la chiquilla y apenas llegase a rozar el suyo propio.

—No puedes dañarla —exclamó Sirthak, dando un paso adelante.

—Ahora sí puedo... —dijo Liatli con dificultad—. Ha utilizado la magia, rompiendo el Rito de Paxia.

Anven se acercó a ella en dos zancadas y le asestó un puñetazo que la hizo caer inconsciente al lado de una desmadejada Ottana. El acero aún asomaba desde su estómago, impregnado en sangre, igual que su boca.

Los únicos que aún respiraban en aquella sala guardaron un prolongado silencio con la mirada clavada en la chiquilla. Anven alzó la vista y la sorpresa, bañada en llanto, dejó paso a un nítido odio.

—Yo no le dije nada —admitió Sirthak, leyendo sus pensamientos—. Te juro por lo más sagrado que no le dije nada.

—¿Y cómo lo supo? —preguntó ella, sollozando.

—No lo sé, Anven. Yo no fui —insistió.

Los gritos al otro lado del pasillo evidenciaron lo que ya sabían: que lo sucedido en aquella habitación no pasaría inadvertido en el resto del Áleon y que los soldados llegaban ya hasta allí.

—Tienes que largarte. Despertará y...

—No me iré sin matarla —masculló Anven con los dientes apretados por la rabia e incapaz aún de procesar lo sucedido.

—No puedes matarla —respondió el muchacho, interponiéndose entre ella y Liatli.

—¿Y eso por qué, Sirthak? ¿Porque te la estás tirando? ¿Porque te da todo lo que le pides?

—No puedes matarla porque tiene cuatro *arkanais* y nadie sabe dónde los guarda —bramó el muchacho, molesto—. No te enteras de absolutamente nada. Por alguna razón le agrado, me arrastra a su cama, sí, y trato de forjar una relación de confianza que la resquebraje porque no es tan fuerte como pretende mostrar. Sé que estoy cerca de saber dónde los tiene, pero si la matas nadie lo sabrá jamás. Y si no te pasases la vida mirándome por encima del hombro, entenderías lo que me pasa contigo, idiota.

Sirthak caminó hasta el armario que se alzaba detrás de la puerta y lo empujó para tumbarlo, complicando así la entrada de los soldados que ya se oían más cerca.

—Tienes que irte, Anven. Rápido. Te juro que obtendré esa información y que todo esto resultará útil.

Anven corrió hacia la ventana sin rechistar, pero Sirthak la agarró de la mano.

—Espera. Liatli sabía que yo estaba aquí. Cuando despierte querrá saber por qué no te retuve o te maté.

—Pues inventa algo. Parece que eres bueno mintiendo.

—¿Qué cojones me recriminas?

—Ahora no hay tiempo para esto, Sirth.

—Tienes razón. Pégame.

—¿Quieres que te pegue?

—Eso he dicho. Vamos. No puedo ser el único indemne aquí.

Anven alzó la mirada hasta la puerta y comprobó que los soldados ya trataban de entrar.

—Venga, Anven.

La chica le asestó un soberbio puñetazo que dio con el muchacho en el suelo. Pero entonces fue incapaz de marcharse sin antes comprobar que aún respiraba. Sirthak no había perdido la consciencia, pero su mirada vacía hacía evidente que tampoco estaba del todo allí.

—Lo siento... —murmuró. Echó un último vistazo a Ottana, acercándose a ella para recuperar la Vara de Paxia y, entonces, desapareció a través de la ventana.

0

Resryon lideraba a los Ejércitos Velados, una mancha negra que avanzaba despacio sobre la tierra oscura de Ántico. Los edificios de la ciudad se alzaban en siluetas recortadas contra la luz de la luna. El cielo estaba salpicado de estrellas y Adrien estaba seguro de que ninguna de las anteriores noches lo había visto así.

Elain cabalgaba algo más rezagado y, al lado de Resryon lo hacían Moran y Vladdos. Res era plenamente consciente de que si hubieran llegado hasta allí con Los Señores del Ocaso sumada a los Velados, la advertencia lanzada habría sido mayor, pero no tenía intención de cargar contra la Timoria aquella noche en Ántico porque de sobra sabía que el daño colateral que causase a su gente sería tan grande como inasumible. Se detuvieron en las lindes del bosque y observaron una calma inusual en la ciudad, un silencio profundo y una quietud extraña. Las llamas de la antorchas se distinguían en la lejanía, como puntos de broncea luz batallando contra la tiniebla.

—El aire de Ántico trae consigo algo extraño esta noche —observó Vladdos.

—Estoy de acuerdo —convino Moran—. Pero supongo que Ántico ya no es la que conocimos.

—Supones bien —intervino Elain, adelantándose—, pero es cierto que hay algo raro. He estado en la ciudad otras veces ya bajo el gobierno de esa zorra y la noche es distinta.

—Esperad aquí —solicitó Resryon—. Trataré de acercarme más.

Adrien se revolvió, inquieto cuando el brujo le dedicó una fugaz mirada y cabalgó raudo hasta perderse en la noche. No habían vuelto a cruzar palabra desde la conversación mantenida en Imblion, pero en su mente reverberaban sus propias palabras: un paso en falso. En mitad de aquella guerra absurda podían darlo en cualquier momento y la posibilidad de que eso ocurriera en la situación que mantenían los dos en aquel momento, le apretaba la garganta con una furia asesina.

—Tranquilo —le solicitó Moran—. Volverá.

Adrien suspiró hondamente sin responder. Estaba harto de que lo trataran como un crío idiota con consuelos que no necesitaba. No precisaba que le aseguraran cosas imposibles de adivinar; solo deseaba ver a Res regresar de entre las sombras y que este fuera capaz de olvidar aquella campaña de conquistas que había condicionado su vida hasta destrozarla.

Resryon regresó rápidamente y Adrien respiró al fin.

—Hay bandera negra —anunció, refrenando al caballo a su llegada.

Hubo un cruce de miradas desconcertadas y una única voz formulando la pregunta:

—¿Y eso qué quiere decir? —solicitó saber Adrien.

—Una tregua —confirmó Elain. Veinticuatro horas sin poder cruzar una espada en la ciudad. Suelen solicitarla los enemigos que se personan en Ántico.

—Resulta curioso que Liatli lo haya mantenido —apuntó Moran.

—Se vende como una mujer de paz —explicó Elain de nuevo—, es lógico que haya mantenido todo aquello que no implique arrancar cabezas.

—Como sea —volvió a decir Resryon—. No sé quién haya llegado hasta aquí solicitándola, pero se presenta como la ocasión perfecta para llegar ante Liatli Hassul y dejar las cosas claras; advertirle y anunciarle lo que encontrará si opone resistencia.

—La opondrá, Res —aseguró Elain.

—Lo sé. Pero es algo que necesito hacer, Elain. No entrar como una tromba de agua y atravesarla con la espada; necesito mirarla a los ojos y que sepa todas y cada una de las que le guardo.

Elain asintió, comprensivo ante la situación.

—Me gustaría pedirlos que os mantuvierais aquí —solicitó Resryon—. Con un tregua alzada no hay peligro y no quiero asustar a los ánticos si realmente no hay razón para ello.

—Aquí te esperaremos —respondió Vladdos con calma.

—Yo te acompaño.

La voz decidida de Adrien no le sorprendió y aunque hubiera querido indicarle que él debía hacer lo mismo, acabó determinando que en idéntica situación a la inversa, él tampoco se quedaría esperando. Asintió con nula convicción y poco a poco y en silencio se fundieron con las sombras.

El bosque era una extensión de ese silencio extraño y profundo, como si también las criaturas que lo moraban fuesen presas de aquella tregua.

Adrien trataba de concentrarse en cualquier idiotez. Había montado algunas veces a caballo, pero pocas y ninguna con la destreza que le exigía la situación. En Resryon sí distinguía una costumbre que naturalizaba cada movimiento, como si el corcel fuera parte de su propio cuerpo.

Un vientecillo helado los saludó cuando dejaron atrás la espesura, en silencio, y la ciudad de Ántico se exhibió frente a ellos como una amalgama de sombras y luces gobernada por el Áleon, su gigante silencioso. Una bandera negra a media hasta se azotaba en las torres del muro que envolvía la fortaleza.

En pocos minutos habían llegado hasta el acceso a la ciudad y Adrien distinguió un cambio en

el suelo: la tierra seca del bosque dejó paso a una más oscura, como si Ántico fuera un mundo diferente y supuso que, en cierto modo, lo era; con sus intrigas y misterios, con su historia y su leyenda, con sus hijos y con su sangre.

Resryon bajó del caballo y Adrien lo imitó.

—Estás a tiempo de volver —dijo el brujo—. Yo no corro peligro.

—Yo tampoco, ¿no? Es decir, hay bandera negra.

—Una tregua de Liatli Hassul. Papel mojado.

—No te dejaré solo.

Resryon sonrió.

—Sigues enfadado.

—Aun así.

—Ni siquiera entiendes por qué hago esto y no te culpo, pero...

—No pierdas el tiempo intentando convencerme, Res. No entiendo por qué no dejas a un lado las jodidas conquistas y buscas otra forma de acabar con esto, una que no arrastre la vida de inocentes, pero aun sí, te acompañaré. Hasta donde haga falta.

—¿Si te beso me darás un bofetón?

Adrien negó con la cabeza, reprimiendo una sonrisa.

—Prueba.

Res dio un paso adelante y lo besó.

—Te amo.

—Yo también, jodido testarudo.

—Entonces, ¿vienes conmigo? —preguntó mientras extendía la mano. Adrien se la dio con fuerza.

—Siempre.

Puso un pie en Ántico y sintió como si no lo hubiera hecho en años, a pesar de que Akiteria, Lucille, había estado siempre en su propia casa. Pero aquella huida le había impedido impregnarse de sensaciones. Ahora evocaba cada día vivido en la ciudad que lo vio nacer. Dejó atrás los barrios periféricos y recordó cada calle por la que había pasado siendo solo un crío, saltando de la mano de su padre o desfilando con la Praes.

Pronto las miradas empezaron a cubrirlo con un cuchicheo entre incrédulo y dubitativo. Habían pasado cinco años y Resryon tenía por aquel entonces dieciocho, apenas un niño. Ahora, con veintitrés, se exhibía ante el mundo de una manera muy diferente. No dejaba de ser un niño, pero la vida le había demostrado que eran las vivencias las que lo fortalecían y lo hacían madurar. El paso del tiempo no garantizaba nada más que el cumplimiento de años que podían atesorar auténticas joyas o caer en la más absoluta indiferencia. No. No era el desfilarse del tiempo, sino los objetivos de cada uno en cada segundo, la disposición a alcanzar una meta y los pasos dados con ese fin.

Hubo soldados que le salieron al paso, cruzando miradas entre ellos, porque muchos lo reconocieron; porque muchos habían servido a aquel general elegido por los dioses y envuelto por la leyenda. Y muchos no se atrevieron a ponerle una mano encima. Ni siquiera a mirarlo. Caminaron a su alrededor, temerosos de que fuese un fantasma o peor aún, de que fuese real. Y así llegó hasta los negros portones del Áleon.

—Quiero ver a Liatli Hassul.

Y su voz fue un trueno en las cumbres que abrazaban Ántico, como si los muertos se hubieran alzado aunando su reclamo en él.

Liatli avanzaba con cuatro soldados de la Timoria a sus espaldas, como sombras prolongadas de sí misma. Los moretones eran notorios en su rostro y su expresión, siempre serena, se mostraba crispada y furiosa. Había estado cerca de conocer lo secretos de la Vakko, algo que le hubiera abierto las puertas a una necesaria parcela de oscuridad. Sin embargo, los acontecimientos habían vuelto a dar un giro inesperado, tal y como venía sucediendo en los últimos días. Para bien o para mal todo parecía a punto de transformarse y la joven emperatriz no estaba dispuesta a permitir que todo aquello por cuanto había luchado se desmoronase frente a sus narices.

Se detuvo ante las tres figuras que había frente al trono y suspiró hondamente antes de tomar asiento en la regia silla imperial.

—Habla.

Una de las tres figuras de blanca armadura avanzó despacio hasta que un soldado de la Timoria extendió el brazo indicándole que era suficiente.

—Mi nombre es Ander Winchester, soy miembro del Consejo de la Luz y comandante de la Guardia Blanca.

—¿Y qué quieres? Ofendéis a Noctia sellando el Muro y lanzándonos el guante y ahora os personáis aquí en un... helicóptero —añadió, como si le costase recordar el nombre—. No es la primera incursión que hacéis en Noctia, según tengo entendido.

—Lo hacemos, esta vez, bajo la solicitud de una tregua.

—Lo sé. Las banderas negras ondean en la ciudad, por si no os habéis dado cuenta.

—Lo hemos visto, alteza imperial y os lo agradecemos. No hemos visto nunca con malos ojos vuestra llegada, a pesar de algunos detalles que desconocíamos sobre vuestro ascenso al trono. Sin embargo, tengo entendido que los anteriores ocupantes están causando algunos problemas.

—Habéis entendido mal. No entiendo el propósito de esta visita.

—Han secuestrado a mis hijos.

Ander avanzó un paso más y el soldado lo detuvo, impidiéndoselo.

Liatli suspiró, hastiada.

—¿Y qué ha de importarme a mí eso? Con todo respeto, mi señor, son otros los problemas que me atañen.

—Resryon Vakko estuvo en mi casa, haciéndose pasar por Tayr Liberthon. Moran Tropps estaba con él. Estoy seguro de que esos nombres no os son indiferentes. El licántropo reclamaba algo de mi hijo y Adrien desapareció.

»Después, quien llegó hasta mi casa fue el tal Eugenne D'Arsak, con mi hija. Y ahora ella ha desaparecido y él ha escapado.

Liatli frunció el ceño, desconcertada.

—Resryon Vakko fue enviado a Akiteria —dijo la joven, con poca convicción—. En cuanto al príncipe de Estyria, mi gente lo busca con insistencia.

—Deseo ofreceros a la Guarida Blanca para dar con ellos.

Liatli sonrió.

—No necesito a la Guarida Blanca para encontrar a Eugenne D'Arsak Resryon Vakko está muerto y...

Un soldado entró corriendo a toda prisa, interrumpiendo la charla entre Liatli y Ander. Llegó hasta el oído de la emperatriz y susurró algo en su oído que modificó su expresión. La emperatriz se puso en pie.

—Os solicito una pausa, mi señor. Hay asuntos graves que requieren de mí. Volveré enseguida.

Liatli se detuvo y por primera vez desde que había ocupado el trono ántico sintió verdadera inquietud. Tener ante sí a Resryon Vakko era algo parecido a una sentencia de muerte. La ira teñía los ojos verde azulados del brujo que destellaban de un modo especial, salvaje y letal. Lo acompañaba un chico al que no había visto en su vida y que le resultaba totalmente irrelevante. La sombra del joven general acaparaba todo en aquella enorme sala haciéndola pequeña. Durante los cinco años que llevaba gobernando en el Áleon había modificado mil cosas y sin embargo, todo en torno a aquel chico era familiar. No lo había visto jamás, pero los retratos del castillo reproducían su rostro con enorme fidelidad.

Liatli carraspeó y trató de que el muchacho no le restara un ápice de la grandeza que ella se atribuía. A Resryon Vakko lo acompañaba una leyenda, pero ella había sido capaz de desafiarla y salir victoriosa hasta la fecha, había acabado con toda su familia y lo había enviado a Liverna antes de hacerlo a Akiteria cuando, de manera casual, supo que el brujo aún vivía.

—Por inesperado, imagino —empezó Liatli—, no tengo ni la más remota idea de cómo recibirte, Resryon Vakko.

—A mí, en cambio, se me ocurren mil maneras diferentes de saludarte, Liatli Hassul. Y cada una duele más que la anterior.

—Resulta curioso que cada uno de nosotros haya condicionado tanto la vida del otro y ni siquiera nos hayamos tenido frente a frente hasta el día de hoy.

—Mi padre me enseñó que mirar a alguien a los ojos puede ser la mayor muestra de respeto y también de desprecio.

—Y déjame adivinar —respondió ella, sonriendo—. Tú no me respetas.

—Tu nivel de cinismo resulta bastante patético. He venido a matarte.

—Hay alzada una tregua, por si no te has dado cuenta.

—Me importan una mierda tus treguas.

Liatli dio un paso atrás cuando Resryon dio uno adelante y la emperatriz alzó la mano para reclamar a los soldados que se apostaban en la parte superior de la sala, donde una balastrada negra recorría todo el perímetro cerca de los techos sin que una escalera permitiera subir hasta allí. Seis soldados de la Timoria asomaron con sendos arcos apuntando directamente a Resryon y Adrien. El brujo se situó delante del muchacho en un gesto instintivo y sujetó su mano, percibiendo al instante los dedos del lúzaro apretando los suyos.

—Las treguas siempre se han respetado en Ántico, por lo que tengo entendido —anunció Liatli.

—Disfruta de cada partícula de aire que entre en tus pulmones, zorra, porque serán las últimas. Estás muerta y no voy a parar hasta destrozarte. Vengaré una a una todas las muertes que se dieron aquí aquella noche.

Liatli sintió que las piernas le temblaban, pero trató de mantenerse entera y no mostrarlo. Los primeros tiempos al frente del trono no habían sido sencillos y se había hartado de escuchar amenazas. Ninguna tan certera como la que acababa de oír. Pero Liatli no estaba dispuesta a que Resryon se llevase la última palabra.

—Si quieres vengarlas todas, que no se te olvide esta.

Hizo un gesto con la cabeza y uno de los soldados que había en la parte superior, dejó caer el cuerpo inerte de Ottana, que impactó contra el frío enlosado. Resryon fue incapaz de moverse

durante unos segundos.

—¿Quién es? —preguntó Adrien, situándose delante de él—. Res.

—Mi hermana... —susurró y corrió hacia el cuerpo de la chiquilla. Se arrodilló ante ella y sostuvo su rostro frío y pálido.

—Otty... Otty, cariño. No.

—Anven Drokoriah la atravesó con una espada cuando tu hermana trataba de revelarme los secretos de la Vakko. La fidelidad de esa chica ha quedado fuera de toda discusión, ¿verdad? No puede decirse lo mismo de tu hermana. Ya me ayudó aquella noche y hoy trataba de volver a hacerlo. De no ser por la zorra que te tirabas en la Áurea, lo sabría todo.

—¡Cállate! —bramó Adrien.

Los portones se abrieron en ese momento, estampándose contra las paredes como si una ráfaga de viento las hubiera tumbado. Los soldados corrieron a situarse en el ángulo que les dejaba frente a los recién llegados: Eugene, Chris y June.

—Adrien... —murmuró esta última.

Pero el vampiro la sujetó, impidiéndole correr hacia su hermano en cuanto vio a los soldados apostados en la balaustrada. Adrien frunció el ceño ante la inesperada presencia de Chris. A cualquiera hubiera podido esperar allí salvo al muchacho y las preguntas se agolparon en su cabeza.

—Hoy es el día de las visitas inesperadas —pronunció Liatli—. Llevo días buscándote, Eugene.

—Estyria es un páramo de cenizas —dijo él, con voz neutra—, pero supongo que eso ya lo sabes tú. Te he servido fielmente desde que ascendiste al trono y ni siquiera has sido capaz de intentar aclarar las cosas antes de juzgarme y condenarme.

—Prolongar lo inevitable solo sirve para generar problemas. Mira, si no. Resryon Vakko, ¿qué te parece? —El vampiro lo miró y lejos de ver al general de leyenda solo tuvo ante sí a un muchacho destrozado ante el cuerpo inerte de su hermana pequeña. June se llevó una mano a la boca y corrió a abrazar a Adrien sin que Eugene pudiera retenerla—. Debí haberlo matado. Prolongar su existencia para que se apagase poco a poco fue una mala idea. Y a ti no te menosprecio. No volveré a cometer el mismo error.

—Qué honor. ¿Matar a una cría es tu gran muestra de autoridad? ¿Esto es lo que quieres que tu gente vea?

—Es una larga historia y no me apetece repetirla. Yo no he matado a Ottana Vakko, aunque tampoco creo que esté privando al mundo de gran cosa.

Resryon se puso en pie y avanzó hacia Liatli como una embestida mientras las flechas llovían sobre él sin que ninguna lograra detenerlo. June tiró de Adrien, apartándolo y Eugene hizo lo mismo con ella.

—¡Res! —gritó Adrien.

La sala empezó a llenarse de soldados que contuvieron al brujo, apartándolo de la emperatriz. Resryon prendió un haz de luz roja que zigzagueaba en torno a él, como si fueran pequeños relámpagos a su alrededor. Los soldados se apartaron y todo se mantuvo inmóvil durante unos segundos. Después, el fulgor rojizo se apagó y Res cayó de rodillas al suelo, mirándose las manos, como si en ellas fuese capaz de dar con la explicación. La rabia crecía en su interior al mismo ritmo que la magia y la fuerza se apagaban. Volteó la cabeza cuando una sombra accedió a la sala y la reconoció al instante: Vultamor, su preceptor de brujería. El mandato en las legiones le había reclamado tanto tiempo que no había dispuesto de él para aprender a dominar la magia que se le exigía a todo brujo, de modo que Vultamor lo había acompañado en cada campaña para

instruirlo.

—Tú también... —murmuró el joven, sonriendo. Los ojos aún le brillaban.

—Siempre te dije que tu destreza con el acero relegaba tu habilidad con la magia —dijo el hombre con serenidad mientras se acercaba a Liatli. Su túnica negra casi arrastraba el suelo y contrastaba con su barba y su cabello violáceos—. Hubieras podido ser un gran brujo si le hubieras dedicado al arte oscuro el mismo tiempo que a la espada, pero ya sabes cómo pensaba tu padre y qué priorizaba. No es culpa tuya.

—¿Por qué no estás muerto? —preguntó Liatli, entrecerrando los ojos—. Tienes cinco flechas atravesándote.

—La leyenda... —murmuró un soldado desde arriba.

—Ninguna leyenda te hace inmortal —espetó la emperatriz—. La encontraste, ¿verdad? Ella te la cedió.

Res se mantuvo de rodillas en el suelo. Detestaba permanecer así ante la asesina de su familia, pero aunque inmortal, había perdido mucha sangre.

—Matadlos a todos —ordenó Liatli, furiosa y harta de sobresaltos—. Y apresad a Vakko, encerradlo bajo llave, amordazadlo. Todo para que no pueda dar un solo paso hasta que su inmortalidad sea mía.

—Hay una tregua solicitada, alteza imperial —respondió Vultamor.

La emperatriz lo miró, sonriendo.

—¿Qué reglas se respetan en una guerra, hechicero? No pienso prolongar más esto.

Resryon se volvió ligeramente, buscando a Adrien.

—Vete —le ordenó.

—De aquí no se va nadie —sentenció la emperatriz.

—Él no tiene nada que ver con esta mierda. Ni tampoco su hermana, ni el chico —añadió, en alusión a Chris—. Deja que vayan.

—Deduzco quiénes son y resulta que hay alguien que han venido a buscarlos, ofreciéndome una suculenta recompensa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Resryon.

—La Guardia Blanca se me ofrece. No deseo alzar guerra alguna, pero si me la planteas, pasaré por encima de ti como lo hice con tu familia. Estoy harta de intentar las cosas por las buenas.

—Por las buenas... —murmuró Res, con una sonrisa irónica.

En aquel momento, Ander accedió a la sala acompañado de dos soldados de la Timoria que habían ido a buscarlo.

—¡Adrien, June! —exclamó al ver a sus hijos.

La joven reculó un paso mientras Adrien arrancaba a correr junto a Resryon, a cuyo lado cayó también de rodillas, sosteniendo su rostro.

—No me iré, ¿me oyes?

—A mí no puede matarme.

—Pero sí torturarte y encerrarte y... —Se interrumpió, incapaz de imaginar la situación—. Ayúdale —le pidió a su padre con el rostro humedecido por las lágrimas—. Si buscas en mí algún rastro de cariño, ayúdale y resarce lo que hicisteis con él.

Ander guardó silencio, bloqueado ante la inesperada petición de su hijo. Liatli lo miraba como si disfrutase del titubeo del hombre, que no dijo nada. La que sí habló fue June, avanzando como una embestida.

—Tengo tres *arkanais* en mi poder —anunció—. Si haces daño a alguien aquí, jamás sabrás

dónde están.

—Mientes... —murmuró Liatli

Eugenne cerró los ojos y se tragó una maldición.

—No, no miento. Por lo que tengo entendido tu deseo es acabar con la maldición y restablecer la paz, asegurar la libertad de las *terras*. Y no me parece un mal fin. Estoy dispuesta a entregarte las monedas si permites que nos vayamos.

—¡June! —exclamó Adrien—. ¿Qué dices?

—Este es el trato que propongo —intervino Liatli—: tú me das los *arkanais* y yo dejo que os marchéis. Todos menos Vakko.

—¡Vete a la mierda! —bramó Adrien, incorporándose—. Tú no eres nadie aquí, solo una jodida asesina, una vulgar usurpadora. Nunca podrás ocupar su lugar. ¡Muérete!

—Tal vez quieras quedarte acompañándolo —respondió la emperatriz—. Será un juego divertido el de los enamorados.

—No se queda —intervino Res—. Adrien, vete.

—No pienso volver a cometer el mismo error.

El grito de un soldado advirtiendo fue lo último que se escuchó antes de que los Ejércitos Velados entrasen en la sala con un estruendo. Elain cabalgaba con ellos y su espada fue la primera en encontrarse al enemigo. Los soldados de la Timoria corrieron a cubrir a Liatli mientras la batalla estallaba.

El grito que abandonó la garganta de Vladdos ensordeció a todos. Era un llamamiento a las hordas de vampiros que pudieran estar cerca. No había demasiadas esperanzas de que en Estyria hubiera quedado alguno, pero si era así, ninguna mano sería rechazada.

Adrien tiró de Resryon, tratando de sacarlo de allí. El brujo se resistía, pero estaba herido y la pérdida de sangre no lo ayudaba.

—¡No me iré sin Ottana! —bramó cuando Elain llegó hasta allí junto a su caballo.

Este último miró a Adrien, que no se lo pensó un segundo a la hora de zigzaguear entre la batalla hasta llegar al cuerpo inerte de la chiquilla. Atrás dejó los gritos de Resryon y de Elain, pero no tardó en abrirse paso de regreso cargando con ella.

—Monta con él y largaos de aquí. ¡Moran! —exclamó Elain—. Cúbrellos.

El licántropo llegó hasta ellos sesgando un par de vidas a su paso y cabalgó junto a Adrien y Res fuera del Áleon. Los soldados de la Timoria se agolpaban allí, pero el paso veloz de los corceles no les concedió margen más que para lanzar algún acero que no acertó en ninguno de ellos.

Elain se abrió paso hasta June, que destrozaba un jarrón sobre la cabeza de un soldado.

—¡*Wow!* —exclamó el brujo.

—¡Elain!

—Voy a sacarte de aquí.

—¡Aléjate de mi hija!

Elain no pudo esquivar el puñetazo de Ander, pero por fortuna el impacto apenas lo noqueó.

—¡Papá! —gritó la joven, indignada. Trató de empujarlo sin llegar a conseguirlo, pues el férreo agarre de Ander la arrastró entre el barullo hacia la salida. Elain los miró y aunque la sangre le pedía arrancarle a la muchacha de los brazos, acabó determinando que era su padre y que haría todo por ponerla a salvo.

Elain se encontró, entonces, con la gélida mirada de Eugenne, que sesgó la cabeza de un soldado timor para acercarse hasta él. Extendió la mano y le entregó algo al muchacho: una ampolla.

—Dásela a June.

El vampiro se esfumó sin más y el brujo se escurrió también cuando los Velados habían acabado con buena parte de la Timoria. Un nuevo escuadrón de estos últimos llegó hasta allí y el muchacho supo que aquello solo podría acabar en una escabechina, como había sucedido ya en Imblion.

—¡Retirada! —gritó.

Vladdos lo miró. Había sangre en su rostro y en la comisura de sus labios. El Monarca debía de haber aprovechado la escaramuza para saciarse y a la voz del brujo, ordenó a los suyos salir de allí. El propio Vladdos se acercó con su oscuro caballo y le tendió la mano para que Elain montase con él, huyendo.



Epílogo: Un bando

Tras la huida, habían abierto un portal hacia Imblion y después lo habían bloqueado. Quedarse en las inmediaciones de Ántico, tal y como estaban las cosas, no era factible y cualquier huida, sin más, hubiera dado con la Timoria persiguiéndolos durante horas o días.

Cuando Adrien abrió la puerta del cuarto en el que se había bañado, topó con Chris sentado sobre el banco que quedaba delante. Imblion era aún un montón de escombros, pero Vladdos y su gente se había esmerado por conferirle comodidad a los escasos rincones que habían quedado en pie.

Chris se puso en pie y se acercó a Adrien con aire tímido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó este último.

—Dicen que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Yo soy uno de esos imbéciles. Pero no puedo estar sin ti, Adri.

Adrien suspiró hondamente.

—No puedo creer que hayas venido aquí solo para esto.

—¿Solo? Eres mi vida y creo que he sido lo suficientemente ruin contigo como para concederte el privilegio de enviarme a la mierda frente a frente.

—¿Has venido para que te mande a la mierda?

—He venido para que regreses conmigo a Luzaria. No sé qué nos depare el futuro, pero sí sé que quiero afrontarlo contigo. Y me da igual mi padre o los imbéciles del instituto.

—Chris...

—Ya sé que te he fallado y que ahora te has... ilusionado con él. No me respondas ahora. Pero piénsalo, al menos.

Adrien guardó silencio. ¿Qué podía decirle?

—¿Puedo abrazarte? —preguntó Chris tras un largo silencio.

El muchacho no respondió, pero Chris avanzó un paso y se fundió con él.

—Te quiero —le susurró al oído antes de apartarse y caminar pasillo a través.

Adrien lo miró alejarse, sorprendido ante aquel gesto. Se había adentrado en Noctia y había llegado hasta el mismísimo Áleon buscándolo, solo para decirle que lo quería y que asumiría un rechazo.

Alzó la cabeza al escuchar el tañido de una campana y supo que el ritual funerario por Ottana había dado inicio. Salió precipitadamente del aquel laberinto de piedra y ruina y avanzó entre la tierra negra de Imblion rumbo al templo. Sabía que allí se encontraría Resryon y, en efecto, allí lo vio, frente al túmulo de Ottana, que los vampiros habían preparado para la ocasión. El lugar era enorme aunque faltaba parte del techo y los vidrios de las ventanas. Las paredes estaban teñidas de hollín y un viento gélido jugueteaba colándose por cada rincón, silbando y alzando una melodía siniestra a su paso. La sala era circular y el cuerpo de Ottana descansaba sobre un altar de piedra en el centro de la misma, rodeada por los vampiros de Imblion y aquellos que los habían

acompañado desde Ántico: Moran, Elain y el propio Resryon.

Adrien se acercó despacio y lo abrazó por detrás, colocando su barbilla sobre su hombro. El brujo puso su mano sobre la de él, pero no dijo nada. Adrien comprobó que no lloraba y que esos ojos que siempre lo habían fascinado tanto se mantenían fijos sobre el único miembro de su familia que le había quedado. Junto a Ottana había una refulgente espada con la que alguien habría de decapitarla. Eso era lo que se hacía con los brujos *captia* cuando estos morían.

—No estás solo —dijo Adrien, muy cerca de su oído—. Me tienes a mí, a Elain, a Moran... Nunca estarás solo, ¿me oyes?

Resryon asintió y Adrien lo rodeó para situarse a su lado.

—Te quiero, Res.

El brujo no respondió, pero colocó su frente sobre la de Adrien y el gesto sonó a una gratitud derrumbada.

June permanecía inmóvil, con el rostro bañado en lágrimas. Su mirada se trasladó desde Adrien hacia Elain. El brujo no había cruzado con ella una sola palabra y al igual que Resryon, se mantenía entero mirando el cuerpo de Ottana, a quien se había desvivido por proteger en las últimas semanas.

Vladdos lideraba aquella ceremonia funeraria y sus vampiros envolvían al cerco de los brujos, honrando a Ottana de alguna manera. De pronto la rabia estalló y Elain gritó, furioso, rompiendo el denso silencio al que solo había aderezado la voz de Vladdos. Res trató de agarrarlo del brazo, pero el muchacho se zafó empujándolo y sus pasos se perdieron entre las ruinas del castillo. June lo siguió y lo encontró con las manos apoyadas en la pared, una de ellas ensangrentada. Se volvió al oírla y por un momento, la joven temió que su furia se proyectase esta vez contra ella, pero no lo hizo. June se acercó ante el silencio del brujo y, dubitativa, colocó una mano sobre su hombro.

—Lo siento mucho. Sé que era como una hermana también para ti. Apenas la conocí, pero llegué a apreciarla de veras y... vi la forma en la que te preocupabas por ella.

Elain dio media vuelta y apoyó la espalda en la misma pared a la que había golpeado. Asintió de manera apenas perceptible y le entregó a June la ampolla de líquido violáceo.

—El Príncipe me la dio para ti. Supongo que es para tu hermano. El antídoto.

June la cogió, sorprendida.

—¿Cuándo te la dio?

—En el Áleon.

—¿Y por qué no me la dio a mí? ¿Cuándo...?

—No lo sé, June. Pero Eugene D'Arsak no es de los que regala nada. Pregúntate qué ha obtenido él de ti.

June lo miró, atónita. Aquello no tenía sentido. No le hablaría a Elain de la confesión de Eugene, pero el vampiro la había ayudado en varias ocasiones y del mismo modo le había proporcionado el preparado cuando ella se convirtió... después de espiar para él. Se echó las manos al bolsillo y enseguida notó su falta.

—¡No! —bramó.

—¿Qué pasa?

—¡Los *arkanais*! ¡Me los ha quitado!

—¿Cuántos tenías?

—¡Tres!

—Joder...

Resryon y Adrien llegaron en aquel momento y escucharon con gravedad.

—Eugenne ya se hizo con otros cuatro —siguió explicando June—. Y la Timoria debió de hacerse con el de Anouk.

—¿Anouk? ¿La preceptora de La Cógnota? —quiso saber Res.

June asintió.

—Entonces la zorra de Liatli tiene nueve —apuntó Elain.

—Más el del propio Eugenne —aclaró de nuevo June.

—Diez arkanais —sentenció Res.

—¿Y eso es malo? —Adrien habló por primera vez—. Si quiere acabar con la maldición igualmente, ¿qué importa que lo haga ella o que seamos nosotros?

—Soy yo quien tiene que hacerlo.

—¿Pero por qué, Res? —insistió Adrien—. ¿Hay alguna razón concreta, algo que yo no sepa? Dime que no es solo por ego, por dar cumplimento a las voces que reclaman que el chico-leyenda sea el que acabó con la maldición. ¿Qué pasa?

—Pasa que si yo no renuncio a la inmortalidad, la maldición no puede romperse. Debo devolvérsela a Caronte, como el don que Tanray le solicitó en su día.

—¿Y cuál es el problema? ¿Acaso deseas ser inmortal? Dijiste que Tine te lo pidió y creí que representaba más una carga que cualquier otra cosa.

—Sí, pero quiero venganza, Adrien. Y tiempo para obtenerla.

—Es decir, que si Liatli Hassul reuniera los trece *arkanais* y convocase a Caronte para romper la maldición, ¿tú no lo permitirías para poder vengarte de ella?

Resryon no respondió, pero no hizo falta. Adrien se apartó en un caminar nervioso. Paseó sus dedos entre su propio cabello y miró a todos. Elain, June y al propio Resryon.

—La maldición arrastra la vida de personas inocentes —dijo el lúzar—. Soluciona eso y después véngate, si lo deseas. Entiendo el daño que te han hecho. Estaré a tu lado en eso.

Todos se giraron ante la llegada de Vladdos, que solía aparecer como un fantasma, silencioso y espectral.

—Los miembros de la Guardia Blanca se marchan, atendiendo a mi exigencia —anunció—. Su comandante desea hablar antes con sus hijos.

—No debieron llegar hasta aquí —farfulló Elain, molesto.

—Accedieron a través del portal —se justificó Vladdos—, nadie los invitó a venir. Por eso se marchan ya o habrán de atenerse a las consecuencias.

—Yo no tengo nada que decirle a mi padre —respondió June, apartándose hasta tomar asiento sobre el alféizar de la ventana.

Adrien giró la cabeza cuando Chris apareció al otro lado del pasillo.

—Tu padre se marcha y yo... me voy con él —dijo con timidez—. ¿Nos acompañas?

Adrien volvió a mirar a Resryon y este siguió guardando silencio. El brujo había dejado claro una vez que haría lo imposible por no perderlo, pero si decidía marcharse, lo respetaría.

—Adrien —lo llamó June. La joven no se movió de su sitio, pero extendió el brazo, ofreciéndole el preparado que Eugenne le había entregado a Elain.

Adrien se acercó a ella, dubitativo.

—Si decides volver —le dijo su hermana— esto te ayudará a recuperar tu normalidad. Es la poción para que dejes a un lado al vampiro. Fin de la sed.

Adrien la cogió y la miró largamente. Sus ojos buscaron de nuevo a Resryon y este siguió guardando silencio.

FIN

Agradecimientos

Como hice ya en la dedicatoria, aquí quiero reiterar mi agradecimiento a Diana Buitrago por su inestimable ayuda en la corrección del texto, así como en sus impresiones con cada capítulo, personaje y escenario. Sin ti es posible que Trece Tronos no existiera. Porque has sido la primera-primerísima en leerla. Gracias siempre por tu apoyo.

Y nada, quiero agradecerle también su apoyo y su compañía a esas personitas que siempre están ahí: a la propia Diana, a Karen Holmes (Dragon-Caos-siters), a Jose Antonio Sánchez alias 'Kahitano' (mi bro), y a mi sister originaria, Lúdia Castro Navàs. Que además, todos ellos son fantásticos escritores a los que tenéis que conocer.

¡GRACIAS POR ESTAR SIEMPRE AHÍ!

Descubre la saga Trece Tronos en mi página web:

jessi-ga.wixsite.com/fantepika

Ya tienes a la venta Dryadalis, su primera novela y a lo largo de 2020 podrás completar la saga.

